

The background of the cover is a dark, almost black, space filled with intricate, flowing, and ethereal red shapes. These shapes resemble smoke, mist, or perhaps the folds of a fabric, creating a sense of movement and depth. The red is a deep, rich hue, and the overall effect is one of mystery and drama.

LOS CAÍDOS

VERÓNICA A. FLEITAS SOLICH

1. Praga.

Praga es la ciudad de las torres, la ciudad de la magia. Praga es una ciudad hermosa, tanto de día, como de noche. Incluso bajo el grueso manto de nieve que lleva dos horas acumulándose sobre las cúpulas y los tejados de la ciudad vieja, o como la llaman aquí Staré Město.

El cielo se ha vuelto rojo debido a la densidad de las nubes que lo cubren por completo. Las luces del alumbrado público provocan que la nieve caída adquiera una tonalidad rosada muy extraña. Toda la ciudad se ve algo parduzca esta noche, lo cual da la sensación de que se está viendo una fotografía vieja. Ni muy lejos de eso, esta ciudad se ha quedado en el tiempo, y no en un mal sentido.

Quién diría que bajo dichas condiciones, me pasearía como si nada por la calle adoquinada sobre zapatos de más de diez centímetros de alto, sin temer tropezar o caer, o lo peor de todo, romperme el alma.

La verdad es que tanto da si voy descalza o sobre zapatos que puedan usarse como mortíferas armas, mi estabilidad es excelente, mejor de lo que fuera jamás. Gracias a ese balance perfecto, camino con la espalda recta, la cabeza erguida. Lo único en mí que no va seguro de sí, son mis manos. Hace un frío de muerte y si bien la temperatura del invierno ya no es un problema realmente significativo para mí, aún continúa sin gustarme el frío. Mis dedos enguantados en cuero se sienten más a gusto dentro de los bolsillos del abrigo que me llega a los tobillos.

El puente Carlos tiene su encanto a estas horas, sus estatuas (treinta, que representan santos, personajes históricos y bíblicos) parecen cobrar vida a la lente de la madrugada que recién se asoma por una nueva vuelta del reloj astronómico de la Ciudad Vieja; éstas se confunden con los osados turistas, que pese al frío de grados bajo cero, se acercaron hasta allí para sacarse una foto con el río Moldava de fondo.

Me alejé de allí lo más pronto posible, los flashes y otras luces fuertes todavía me molestan, además no estoy aquí de paseo, no en tanto y en cuanto tenga trabajo que hacer.

El frío aprieta y mi cuerpo no reacciona más que con un molesto cosquilleo

sobre la piel. A la antigua yo, de estar aquí ahora, le castañearían los dientes, sin embargo mi nuevo ser, puede incluso arriesgarse a asomar la nariz por encima de la bufanda que llevo enroscada alrededor del cuello.

Los copos de nieve flotan ingravidos frente a mis ojos. El mundo es increíblemente tanto más maravilloso desde que cambié, que su belleza me resulta imposible de describir.

La ciudad se oscurece a medida que me alejo de la zona más turística. Un par de jóvenes alemanes, uno de ellos de más de dos metros de altura, rubio, extremadamente blanco y tan borracho que no reconocería a su madre si se la pusiesen delante, y con una mirada que cuando no deben encontrarse nublada por el alcohol deber resultar hiriente como acero al rojo vivo acaban de gritarme una sarta de barbaridades que me imagino que de no ser yo una verdadera amenaza para sus cuerpos humanos, habrían intentado llevar a cabo. Supongo que su sexto sentido (o lo que sea que les advirtió sobre el peligro latente en mí), los conminó a seguir de largo.

No me pregunten cómo ni por qué, simplemente sé que ese joven alto de ojos azules, no llegará muy lejos. Será su madre quien deba reconocerlo.

Sacudiendo los hombros para quitarme de encima esa horrible sensación que acabo de experimentar, sigo adelante.

La dirección que me facilitó Gaspar por teléfono, no queda muy lejos, al menos claro, que no haya memorizado bien el mapa que dejé hace una hora, en la habitación del lujoso hotel en que me hospedo.

No, no estoy lejos, ya lo siento. Para percibir esto no precisas ni de un mapa, ni de una brújula, si hasta el más moderno sistema de GPS resultaría de lo más obsoleto. Para encontrar lo que busco, solamente se necesita ser lo que yo soy: un demonio. Uno muy especial, uno que todavía se encuentra en proceso de aprender a gobernar sus propias fuerzas y desarrollar su potencial. Este demonio tiene trabajo. Si llegué a República Checa con una duda, ahora ya tengo una certeza y mi corazón es capaz de guiarme hasta ella con los ojos cerrados.

El pub no debe quedar muy lejos de aquí, o tal vez lo que busco sea mucho más grande y más fuerte de lo que todos creímos, también existe una tercera opción, esta es: que en el camino me topara con algo de lo que ni Gaspar ni yo teníamos conocimiento. Dudo que sea eso último y prefiero pensar que estoy cerca y no que lo que necesito encontrar excede nuestras expectativas. No quiero tener problemas, ni quiero que la persona a la que busco los tenga.

Las cosas no siempre salen bien, aprendí a lidiar con eso, es solo que esta vez tengo un presentimiento, uno no muy bueno.

—Vamos Eliza, son el frío y la nieve los que te hacen sentir así —me dije—. Es la noche... son esos chicos que pasaron a tu lado unos minutos atrás. Son tus ganas de regresar al hotel, darte una ducha caliente y meterte en la cama. Doblé a mi derecha en la primera esquina y fue instantáneo, di de frente con aquella energía que buscaba.

Lo que vi no me dijo demasiado. Un callejón un tanto oscuro de edificios antiguos, con pintadas en los muros, jóvenes en sus vehículos y deambulando por la calle, fumando, bebiendo, conversando, algunos riendo, una pareja besándose como si fuese la última vez a unos tres metros a mi izquierda.

La música de rock gótico llegó a mis oídos, la música de una banda en vivo que tocaba en alguna rincón escondido para el ser humano normal, la cual capte gracias a mi desarrollada audición y porque me permití hacerlo a sabiendas de lo que debía buscar; cualquier otra persona en mi lugar no hubiese captado más que un murmullo sordo.

Alce la cabeza. El cartel amurado en la esquina me indicó mi arribo a destino. —Muy bien, ahí vamos —entoné en voz baja al tiempo que me echaba a andar otra vez en dirección a la puerta custodiada por dos tipos de aspecto siniestro. El supuesto pub no pintaba ser uno de esos locales que están de moda, sino más bien, un sitio para renegados, para gente a la que no le van las modas, mucho menos la luz, o los colores. Todos los concurrentes, en su mayoría jóvenes de entre unos dieciocho y veinticinco años iban de negro y con una estética muy particular.

Noté una oscuridad que nada tenía que ver con la noche o con el color de las ropas de los concurrentes. Se me cerró el pecho y erizó el bello de la nuca. Mis dedos apretaron el celular que cargaba en el bolsillo derecho. Una oleada de angustia me trepó por la garganta. Ni Gaspar ni yo teníamos la menor idea de nada cuando organizamos este viaje. ¡Y yo que creí que no pasaría de nada más allá de lo normal y, más probablemente, una falsa alarma!

Un grupo de cinco chicos pasó por mi lado llevándome por delante, seguían mi camino pero por lo visto tenían prisa y me rebasaron. Al observarlos en detalle me percaté que el atuendo que había elegido no desentonaba nada con los que ellos lucían. Íbamos todos como la noche: de negro, fríos y un tanto sombríos. Mis uñas pintadas de negro calzaban a la perfección en esta escena, si bien esa no fue mi intención cuando me las pinté.

Más allá de cualquier banalidad, Praga era aquí más gótica que en cualquier

otro rincón.

Antes de llegar a mitad del callejón sentí que mi temperatura corporal se elevaba unos cuantos grados por encima de los tantos que diferenciaba mi organismo del de un humano común y corriente.

Entré en calor. A esta altura podría derretir en pocos segundos o como mucho un minuto, una bola de nieve entre mis manos. Desenrosqué la bufanda de alrededor de mi cuello y solté los botones de mi abrigo de corte militar. El viento frío que se coló por entre las solapas haciendo flotar mi blusa negra, la cual era más apta para un día de verano que para la temperatura bajo cero de la noche. El frío no me molestó, todo lo contrario, me relajó, al menos momentáneamente.

El dobladillo de mi abrigo se arremolinó a mis pies amenazando con enredarse entre los tacos de mis zapatos.

Los cinco muchachos se detuvieron ante las puertas negras, yo, tras ellos. Al instante comprobé que ninguno de los que conformaba el grupo, así como ni ninguna de las personas que se encontraba en la calle, era la fuente de la palpitante energía que tanto me preocupara en cuanto la sentí hace unas calles. Con pasmosa exactitud era capaz de asegurar que aquello que tan fuerte latía, se encontraba dentro de pub. Un corazón palpitante dentro de un gran edificio de piedra de cientos de años. Un latido firme y poderoso, una vida que probablemente pendiese de un hilo en este momento. La desesperación y la necesidad, y el vacío resultantes de ese primer sentimiento se hicieron míos al punto de invadirme por completo. A veces me parece que el universo es una gran sola cosa compacta que se mueve a un único ritmo dirigido por un poder superior, igual que una gran orquesta perfectamente afinada por el oído detallista del director.

En un pobre checo aprendido durante las horas que duró mi vuelo, obtuve el ingreso al lugar luego de que los cinco muchachos que me precedían, consiguiesen convencer a los hombres de la puerta para que los dejaran entrar, evidentemente ellos no eran habitués de la casa y por lo visto, la casa tenía sus reglas —unas bastante estrictas— que definían quienes entraban y quiénes no. Sinceramente a mí me dio la sensación de que los chicos eran perfectos para este lugar pero obviamente los dos guardias no opinaban igual. Lo admito, los ayudé un poco, sólo un poco. En cambio... por lo que respecta a mí. Bien, no me gusta hacer estas cosas; ni modo, tengo que entrar antes de que por muy mala suerte, alguien con menos modales e intenciones no tan buenas, se abra paso a como dé lugar hasta aquella tan especial entidad que pide ayuda a los

gritos. Ayuda y una guía que eche un poco de claridad sobre las sombras que cubren su existencia así como las nubes cubren la vida de Praga esta noche. Las puertas del lugar se abrieron para mí al tiempo que la sonrisa de mis labios se desvanecía. Esos hombres acababan de ver en mí, lo que mis ojos tantas veces vieran en los de los que ahora son mi familia. Me estremecí, acostumbrarse a semejantes reacciones no es sencillo, esta vida te da miles de ventajas sobre los humanos, ventajas que tienen una contrapartida sobre uno mismo, a mí en ocasiones esos detalles de afinación (por llamarlos de algún modo) me parecen una carga difícil de manipular. Dicen que se debe a que todavía soy joven, a que no terminé de asumir mis poderes y fuerzas, yo creo que eso se debe, ni más ni menos, a que en cierto punto sé que lo que soy y lo que puedo llegar a ser —como muchos lo dijeron, incluso mi padre— es algo todavía mucho más grande que el resto de mis congéneres, y eso en algún punto me asusta. Suerte que esta vida también me dio un montón de amigos y una familia adoptiva que me apoya a muerte, y me ayuda a sostenerme en pie. No, seas lo que seas, vivas en el mundo en el que vivas, la vida no es sencilla. Tal como dijo alguien una vez: no hay felicidad sin dolor. Sin duda el dolor que pueda experimentar en mi nueva existencia, no le llega ni a los talones a la felicidad que me ha tocado.

Si el frío de afuera era glacial, el calor de adentro, más que infernal.

Arranqué la bufanda de mi cuello y continué bajando las escaleras. El hueco de las mismas era un túnel de paredes púrpuras apenas iluminado por tres pobres fuentes de luz negra instaladas en el techo.

Inmediatamente impactó de frente contra mi rostro, el olor a cerveza, tabaco y otras tantas cosas.

Los cinco chicos empujaron la puerta del final de la escalera y así, retumbó sobre mi pecho, la vibración de la música.

Para mi sorpresa, uno de los chicos sostuvo la puerta para mí. No debía pasar de los quince años y así y todo, se plantó en su sitio todavía con la puerta entre las manos, para dedicarme una mirada que a cualquier chica de su edad... me corrijo, a cualquier mujer, podría hacerle temblar el piso.

Le agradecí en checo.

Ante mi voz, el muchacho alzó las cejas, soltó la puerta y dio un paso atrás. Se puso rojo de vergüenza; no llegué a ver su piel ruborizarse con esta luz, pero lo sentí. La sangre que le subió al rostro no fue la única reacción de su cuerpo.

—¡Jiri!

Lo llamó uno de sus amigos por su nombre, mientras el resto seguía adelante internándose entre el gentío.

Jiri no le hizo caso.

Empujé la puerta y di un paso al frente. Jiri retrocedió una distancia similar sin atreverse a darme la espalda. La camarera que apareció por detrás de él cargando una bandeja con seis altísimos vasos de plástico conteniendo lo que a mí me dio la impresión debía ser un litro de cerveza, lo esquivo sin problemas.

—¿Es la primera vez que vienes?

El chico asintió con la cabeza.

—¿No deberías estar en tu casa?, es demasiado tarde para alguien de tu edad.

El chico se encogió de hombros al tiempo que se metía las manos en los bolsillos.

—¿Qué traes ahí?

En un principio creí que no me había entendido, este idioma era completamente nuevo para mí, y si bien, después del cambio aprender idiomas es un pasatiempo del que disfruto muchísimo y el cual me resulta en extremo fácil, supuse que por causa de mi entonación y acento, él se había quedado en ascuas. No fue así, el muchacho sacó la mano derecha, su puño estaba cerrado pero no tardó en abrirlo para mí.

Lo logré otra vez, si bien no fue intencional, el chico simplemente lo hizo, vaya a saber Dios por qué. Eso no tuvo nada que ver con mis poderes.

Extendí una mano y él dejó caer sobre mi palma una bolsita con un montón de pastillas.

—Si te pesco otra vez con algo semejante encima, te juro que lo lamentarás.

Arrepentido, negó con la cabeza. Ahora apenas si podía sostenerme la mirada.

—Qué bueno que nos entendamos. Lárgate ya.

Jiri salió corriendo. Se llevó por delante a su amigo propinándole sin querer, un buen golpe del lado derecho, acto seguido lo tomó por el abrigo y lo arrastró lejos de mí. Ambos se perdieron entre la gran concurrencia.

La puerta se cerró a mis espaldas con un profundo sonido de succión. Entonces el mundo volvió a moverse con total normalidad otra vez. Alcé la cabeza y examiné lo que me rodeaba.

El lugar bien podría ser la representación de un moderno antro de vampiros salido de una novela gótica moderna.

Aquí nadie debía saber lo que es el sol, lo que significa la palabra diurno, y mucho menos, la importancia del color en la vida.

El lugar era más grande de lo que preví, incluso más de lo que uno podía adivinar desde la calle.

La banda, compuesta por cuatro chicos y dos chicas, se sacudían como posesos al fondo del salón. Una multitud los seguía muy cerca del escenario. La música que vomitaban los parlantes no permitía oír casi nada más.

Busqué entre los rostros pálidos a aquello que me llamaba, que tironeaba de mí por el pecho.

Todas estas almas eran tan densas, tan nutridas de tantos sentimientos que por un momento creí que lo que había experimentado afuera no se debía a un solo cuerpo, sino a la sumatoria de todos los cuerpos que llenaban el lugar.

Aturdida, y no precisamente a causa de la música, bajé los escalones restantes y así me hallé al mismo nivel del público. Me eché andar sin una dirección precisa al tiempo que me quitaba el abrigo (antes me guardé el celular y el dinero en el bolsillo trasero del pantalón). Se me secó la boca. Todavía no entiendo por qué, me puse más nerviosa aún.

Entendí que necesita parar dos minutos para aclarar la mente.

Desperdigados por los rincones había sillones y mesas bajas, y por en medio del camino, entre la gente parada, mesas redondas y altas copadas por botellas y vasos; ninguna de esas dos opciones terminaba de agradarme, por eso busqué la barra. La encontré a mi izquierda, la vi por entre un par de cabezas.

Procuré no ser demasiado ruda con los empujones que tuve que dar para abrirme paso hasta allí, era consciente que sino provocaría un par de moretones y no era la intención.

Atendiendo los pedidos, uno atrás del otro igual que si el tiempo se agotase para nosotros, estaban tres chicos vistiendo el mismo estilo blanco y negro (blanco por sus pieles, negro por sus ropa y cabellos) que todos los demás aquí. Los tres, adrede o no, llevaban uno o más crucifijos plasmados tanto en su indumentaria o en los accesorios con los que la completaban. Anillos, cinturones, aros, colgantes y demás. Cruces en todas sus versiones.

Un chico a mi izquierda pidió dos cerveza a los gritos. Uno de los tres *bartenders* levantó la cabeza y le hizo una señal con la mano, en respuesta, acababa de tomar su pedido.

Una cerveza parecía la opción más común aquí, si bien a mí, lo que se me antojaba en este instante, era un buen vaso de agua.

No puedo pedir agua —pensé. No aquí. Ya suficiente, de por sí, llamó la atención. El chico a mi izquierda no paraba de espiarme por el rabillo del ojo. Esa mirada de ojos grises con la que me crucé me hizo recordar a otra que...

—¿Qué te sirvo?

Di un respingo. Se me aflojaron las rodillas y casi me caigo. De hecho creo que no caí porque mi cuerpo entraba en este espacio demasiado apretado entre el del muchacho de ojos grises y quien se encontraba a mi derecha.

—¿Qué bebes? ¿Qué te pongo?

Giré la cabeza lentamente por miedo a marearme. Aquello era demasiado, su energía vibraba delante de mí igual que un poderoso campo magnético; sentía la corriente como si fuese estática con un zumbido insistente y una vibración claramente perceptible.

—¿Bebes algo sí o no?

Un par de ojos verdes me traspasó el cerebro provocándome un fuerte dolor.

No debía ser mucho mayor que Jiri. Tenía un rostro de niña, casi angelical, lechosamente blanco allí donde había logrado cubrir las pecas cobrizas con maquillaje. Sus rasgos eran suaves y delicados; una nariz pequeña muy recta, labios finos y rosados, pómulos apenas prominentes, un mentón suave, todo enmarcado en unas cejas muy claras. Lo único sombrío en su aspecto (más allá de lo que irradiaba su mirada) era la sombra morada que como humo, rodeaba sus ojos.

Una mata naranja, del color del fuego a muy a alta temperatura, le caía por los hombros hasta los codos, precipitándose en suaves hondas sobre sus níveos y delgados brazos salpicados de pecas. Iba de negro, igual que todos los demás, con una simple camiseta sin mangas y un pantalón de cuero del mismo color. Un cinturón de cuero con tachas cuadradas engalanaba sus caderas. Las tiras de un corpiño púrpura asomaban por debajo de la remera. Y de una gruesa cadena de plata, colgaba sobre su cuello una cruz de tau.

La muchacha era al menos una cabeza más baja que yo; pequeñita, delgada, de aspecto vulnerable y endeble.

Aquella visión me cerró la garganta y el pecho. De por sí fue malo atestiguar que aquella inmensa fuente de poder provenía de una niña, como para colmo de males, ser testigo de la amargura y el miedo que le corría por las venas en un torrente desenfrenado. Miedo hacia todo, y en este momento, especialmente miedo hacia mí.

Le pedí una cerveza negra. Supe que de no hablar en ese instante, la perdería para siempre.

—Enseguida —me contestó alejándose presurosa.

Si alguien, cualquiera, hubiese reparado en ella ahora, no le habría costado notar lo alterada que la chica se sentía. Sí, sin duda no hace falta ser lo que yo

soy, ni mucho menos tener poderes especiales, para darse cuenta de que algo que acaba de presenciar no le agrada ni un poco. Me figuro que de ser por ella, recogería sus petates y se mandaría mudar lo más lejos de mí que pudiese.

La chica se movió por entre sus compañeros, los cuales continuaban atendiendo a dos manos a la sedienta clientela. Cuando se estiró para buscar una botella de *Guinness* de la heladera, le temblaron las manos de un modo bastante alevoso.

Su desesperación no era un cuento, y mucho menos un invento mío.

Evitando mis ojos, volvió a mí, colocó la botella frente a mis manos y me indicó el valor de mi consumición.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté antes de tenderle el importe.

—Marie —me contestó tironeando del billete que no solté de entre mis dedos. Sus uñas y las mías estaban del mismo color, la única diferencia era que ella había estado royéndoselas y el esmalte se había saltado. También noté que debía, de los nervios, arrancarse pellejitos de alrededor de las uñas. Su piel enseñaba lastimaduras recientes y cascarás secas, en más de un lugar.

Mintió, la súbita aceleración de su pulso me lo indicó.

—¿Cómo te llamas? —Repetí.

—¿Qué quiere? No me voy con mujeres, no me gustan las mujeres, no importa cuánto me ofrezcas, además es política del dueño no permitir que los empleados se dediquen a cobrar por...

—Quiero saber tu nombre, es eso lo que quiero, tu verdadero nombre.

Nos miramos. Dudó.

—Anežka —soltó por fin, ahora sí decía la verdad.

—Gracias—. Para tranquilizarla un poco, solté el billete—. Quédate con el cambio.

—Lo pondré en el frasco de las propinas —gruñó alejándose de mí otra vez. No deseaba tener nada que ver conmigo, al punto de siquiera pensar en tocar un solo centavo de mi propina.

Bebí un largo trago sin perderla de vista. De todos modos no tendría problema alguno si bebía toda la botella o tres en cinco minutos, el alcohol ya no causa efecto alguno en mí.

El muchacho de ojos grises se alejó cargando sus dos cervezas por lo que pude acomodarme mejor frente a la barra.

Anežka me lanzó una mirada nerviosa desde la otra punta de la barra mientras preparaba un trago. Le sostuve la mirada procurando no asustarla todavía más;

la real intención de aquel contacto visual, al menos por mi parte, era permitir que se acostumbrase a mí, a mi presencia, que entendiese que ni pretendía llevarla a la cama, ni matarla, ni venderle drogas ni engañarla. Lograr eso iba a costarme mucho, la chica estaba completamente fuera de sí, es por eso tropezó con uno de sus compañeros y la copa que cargaba se le cayó de las manos y fue a estrellarse contra el piso.

Alguien gritó su nombre. Lo busqué con la mirada. Fue un tipo con cara de perro, de mejillas chupadas (la piel de su rostro parecía cuero muy viejo), extremadamente delgado y una calva imposible de disimular. De mal modo, desde la abertura conectaba la barra con la parte de atrás del local la amenazó con comenzar a descontarle de su paga todo lo que rompiese o echase a perder.

—¡Y limpia eso de inmediato, antes de que alguien tropiece! —Bramó el hombre—. ¡No pienso pagar a ninguno de ustedes por nuevo!

La chica caminó hasta el hombre, hasta la abertura, él se demoró en dejarla pasar, finalmente se movió, Anežka se perdió en la oscuridad y el hombre tras ella. A los pocos segundos la palpitante fuente de energía regresó con una escoba, un trapo y papel de diario para recoger los cristales.

Unos minutos después todo había vuelto a la normalidad.

Terminé mi cerveza y la banda acabó de interpretar su quinto tema desde mi llegada, de hecho pararon, evidentemente este era un intervalo previamente organizado. No pasaron ni dos segundos entre el final de la música en vivo y la que salió de los parlantes programada por un muchacho aislado en una especie de torreta a la derecha del escenario. Creí reconocer un tema que había escuchado antes en algún lado, tal vez saliendo del iPod de mi mejor amigo.

Baje la botella vacía y esperé a que la chica con cabellos de fuego pasase por delante de mí (cosa que obviamente evitaba hacer, de eso ya me había percatado un rato atrás), para pedirle una segunda.

Anežka manoteó la botella de mis manos, la arrojó a un tacho a su derecha.

—¿Todavía aquí?—me espetó al plantar de muy mal modo, la nueva botellita ante mí. Aún no le quitaba la tapa, y para más detalles, todavía la sostenía por el cuello como si en realidad no quisiese dejarla ir.

—¿Crees que puedas tomarte cinco minutos para conversar conmigo?

—Estoy muy ocupada, hay mucho trabajo hoy y al mi jefe no le gusta que perdamos el tiempo.

—Lo sé, lo noté. Entonces... ¿Cuántos años tienes Anežka?

—Eso tampoco es de su incumbencia. ¿Acaso es del gobierno? No tiene apariencia de ser una inspectora del gobierno y de hecho, tampoco tiene apariencia de ser de por aquí. Su checo tiene un acento extraño que la delata.

—No, no soy de por aquí y tampoco soy del gobierno.

—Muchos turistas llegan aquí para perder la cabeza.

—No es mi intención. Vine aquí por trabajo, de hecho, estoy trabajando.

—¿Desde cuándo ser mafioso es trabajar? Conozco a las de su tipo —destapó la botella y la empujó hacia mí—, no me creo esos cuentos de que me llevará a París y me convertirá en una super modelo. No sería la primera vez que me vienen con esa historia. Oiga, que me faltan como unos veinte centímetros y muchas ganas, para convertirme en una de esas seso hueco que indefectiblemente tiene que acabar acostándose con cuanto tipo... o mujer —acotó alzando una ceja —se les cruce por delante para conseguir un trabajo. Yo ya tengo un trabajo y estoy perfectamente bien en él.

—Apuesto cualquier cosa a que siquiera tienes edad para poder trabajar aquí.

—No me amenace, no le servirá de nada.

—No es amenaza. Que tienes, ¿quince?

—Casi diecisiete.

—¿Casi? ¿No puedes tomarte cinco minutos para salir a fumar? —Su aliento olía a tabaco—. No soy de ninguna agencia de modelos, ni del gobierno, no viene a ofrecerte un trabajo. No me gustan las mujeres sino los hombres y para más dato, tengo pareja. Para que no lo acotes, también te aviso no que planeo armar un trío, y para mayor información... —me incliné sobre la barra—, te digo que sé por qué sientes tan angustiada. Sé que me temes y que también le temes a otras tantas cosas, no sé con exactitud cuáles son esas otras cosas, sin embargo puedo ayudarte a descubrirlas y batallar contra ellas. Puedo ayudarte a conseguir un poco de tranquilidad. No pretendo sonar pedante... ni modo, el asunto es que te conviene hablar conmigo. De veras Anežka, sé por lo que estás pasando, y también sé que es probable que todo empeore aún más en un futuro no muy cercano—. Hice una pausa, la chica tenía cara de terror—. La mayoría de las personas no comprende esto, tampoco saben que existe, no quieren saber que nada similar puede llegar a ser real.

—¿Quién demonios es usted?

¡Bingo! ¡Pronunció la palabra clave!

—Mi nombre es Eliza. ¿Nos vemos en la puerta en cinco minutos?

Dudó, parecía congelada en su sitio.

—Créeme, sé lo que significa ver y experimentar cosas con las que otros

siquiera tienen pesadillas. Soy completamente consciente de lo malo que puede ser eso. Quiero ayudarte. Te prometo que mi intención no es otra que intentar responder al menos, algunas de las preguntas que me figuro tienes —le di dos segundos para asimilar lo que acababa de soltarle—. ¿En la calle en cinco minutos? —insistí pasándole el dinero que debía cobrarme por mi bebida.

Tomó el billete y se quedó con la vista fija en el borde interno de la barra.

—A la vuelta hay un callejón —comenzó a decir apuntando hacia atrás con la cabeza—. Es por donde entra la mercadería y recogen la basura, en este momento ha de estar desierto. La veré allí en cinco minutos. Ahora aléjese de la barra por favor.

Lo decía en serio, me vería allí en cinco minutos. Manoteé mi cerveza de la barra si bien no tenía intención de beberla y me alejé.

Eché un último vistazo a mi alrededor buscando aquello que antes ni sentí ni vi. No lo encontré. No, aquí y probablemente también en un radio de una o dos manzanas, era yo la única de los nuestros. Eso me tranquilizó, saber que aún no salieron a cazarla y que con un poco de suerte, es probable que todavía no tengan ni idea de que existe.

Sin más, me largué de allí.

El frío del exterior me llevó por delante. Volví a calzarme los guantes, me enrosqué la bufanda en el cuello y abotoné hasta el último botón de mi abrigo. Me dieron unas ganas locas de buscar un taxi y soltarle al chofer la dirección de mi hotel, allí en un cuarto, había quedado la fuente de calor más importante para mí.

Controlé las ganas, ni pensaba abandonar a la chica (y jamás lo haría), en ella había algo que me recordaba a mí misma, y también un poco a mi mejor amigo... a ese que tanto extrañaba yo cada vez que por una razón o por otra, pasaba horas sin ver o escuchar su voz.

El celular me pesaba en el bolsillo a causa de la necesidad de llamarlo.

Un tipo que me silbó desde el interior de una camioneta azul estacionada justo frente a la puerta del local, me devolvió a la realidad.

Sin mirar atrás caminé hasta la esquina y giré a la derecha. Ni falta que hacía ver los tachos de basura, el olor me indicó el camino.

Entré al callejón. Ni señales de Anežka. Lo que sí había eran muchos cajones de cerveza y otras bebidas, mucha basura y un viejo banco de plaza un tanto destartado. El piso de cemento exhibía manchas de todas clases y había

colillas de cigarrillo por doquier.

Al fondo, entre las bolsas de basura y las botellas vacías, divisé una ancha puerta de acero. Miré la hora en mi reloj (la versión femenina de aquel que llevaba y lleva el amor de mi vida —el cual es un regalo suyo—), según éste, siete minutos pasaron desde que la chica y yo nos separamos. Dos míseros minutos no es un retraso considerable, eso, en situaciones normales, pero al ver la hora no pude dejar de preguntarme si se encontraría bien.

Un chirriante sonido metálico me hizo alzar los ojos. Por detrás de la pesada puerta de acero, apareció la chica, enfundada en una gruesa campera gris con piel alrededor de la capucha. De sus labios ya colgaba un cigarrillo aun sin encender. Llevaba las manos escondidas dentro de los bolsillos.

Caminó hasta mí hasta que nos separó algo más de un metro.

—¿Qué es lo que quiere?

—Por empezar me gustaría que confíes en mí.

Anežka destilaba hostilidad.

—Si me diesen un centavo por cada vez que escuché eso, ya sería rica y no tendría que estar hablando con usted.

—Dudo que el dinero modifique en nada tu situación.

—¡Usted qué sabe! Si hasta huele a dinero, con su reloj, su costoso abrigo y lo que lleva colgando del cuello. Imagino que en su vida jamás le ha faltado nada.

—Eso no es del todo cierto. Sin embargo permítame aclarar que lo que más necesité en esta vida, no me lo dio el dinero.

—¿Quién le contó sobre mí? ¿Acaso fue alguno de esos malditos médicos? ¡Me importa un cuerno si tiene intenciones de ofrecerme dinero para que le deje hacerme más exámenes! ¡Estoy harta, no soy un conejillo de indias!

—Tampoco vine para eso, de hecho no tengo certeza alguna de qué es exactamente lo que eres capaz de...

De la nada Anežka saco un enorme daga que blandió frente a mi rostro.

—No volverán a encerrarme y si usted es una de ellos le sugiero que se marche.

¡¿Ellos?!
¡¿Ellos?!
¡¿Ellos?!

—¿Acaso sabes...?

—Dígale a los fanáticos que estaban con mi madre que no importa a cuantos de sus cómplices envíen para intentar convencerme. Dígale que tal como siempre deseó, su hija está muerta.

—No me envía tu madre, yo...

—¡Por qué no mejor se larga ya! No me obligué a lastimarla.

—No podrías hacerme daño con eso.

—¿Quiere hacer la prueba?

En un fogonazo recordé la noche buena en que Vicente me dijo quién era y qué quería, la noche en que con mi mano enfundada en la suya, se clavó un cuchillo en el abdomen para demostrarme que no bromeaba.

—¿Qué es lo que puedes hacer?

—Puedo cortarle la garganta. Mi padre era soldado, antes de dejarnos tuvo tiempo suficiente para enseñarme a matar.

—No me refería a con el cuchillo. ¿Tienes visiones, escuchas voces? ¿Tienes la constante sensación de que alguien te sigue con la mirada sin importar dónde encuentres? ¿Por qué te internaron, por qué tu madre podría querer enviar tras de ti a un grupo de fanáticos religiosos?

—Ella cree que estoy poseída por un demonio, o tal vez, por el Diablo mismo. Los ojos de Eleazar, aquellos que cuando se tornaran marrones pudiera identificar como demasiado parecidos a los míos, volvieron del recuerdo.

—No estás poseída, Anežka. Y ciertamente tampoco padeces de ninguna enfermedad. Lo que te tocó experimentar, tal como te dije allí dentro, es algo de lo que la mayoría de los seres humanos siquiera sospecha que existe. Sea lo que sea que puedas hacer, cualquier cosa que hasta ahora pensaras que era una maldición, un mal karma, podría convertirse en un don. Uno que con educación, disciplina y empeño de tu parte, podrías aprender a controlar para llevar una vida tanto más tranquila y estable. Todo eso, si eliges confiar en mí. No te prometo una solución milagrosa, los milagros aquí no tienen cabida. Lo que sí te prometo es que si confías en mí, si optas por quedarte a mi lado, intentaré mantenerte a salvo hasta que tú misma seas capaz de cuidarte y de tomar tus propias decisiones.

—¿Cuidarme?! ¿De quién, de qué?

—De otros con intenciones menos nobles.

—Sí, ya mencionó allí dentro eso y yo sigo sin creerle. Conviví con esto durante toda mi vida. Esto me redujo a nada... esto y todos lo que se ofrecieron tan voluntariosamente a ayudarme terminaron por arruinar mi existencia. ¡Sea clara, quién es usted y qué quiere! ¡¿Por qué me hace esto?!

—Ya te lo dije, vine a ayudarte.

—No, no eso... es usted. Usted hace que... —se echó hacia atrás apretando las mandíbulas— ...hace que se me revuelvan las tripas, que me dé dolor de cabeza, y ese olor... lo he sentido antes.

Una ola fría me cayó en la cabeza bañándome hasta los pies; la chica que tenía en frente tenía el don de reconocernos, aunque me figuro que ella no es consciente de eso.

—Créeme, no soy lo peor que puedas olfatear en el aire, sí otros de los míos, aquellos que probablemente siquiera soliciten tu permiso, o los cuales sin duda, no se molestarán en tratarte como a un ser humano, se acercan ti, olerá a mil demonios, a una mezcla de carne podrida, basura que ha pasado muchos días al sol y a otras tantas otras cosas desagradables más.

—¿Quiénes son ustedes?

No le respondí, la chica se encontraba demasiado alterada, no era buen momento para soltarle que soy un demonio y que lo más probable es que su única opción de vida, sea convertirse en esto también.

—¡Contésteme! Contésteme o le juro que...

Mi mano derecha se cerró sobre la suya izquierda. Apreté sobre su puño para que la daga no se le cayese.

—Soy alguien capaz de hacer esto sin correr riesgo de morir.

Tiré de su mano con la mía e imité a Vicente.

Dolió. Con plena precepción de mi organismo noté la daga internándose en mi carne, dañando tejidos, músculos y órganos vitales. Sentí mi propia sangre desparramándose por el interior de mi cuerpo. También sentí su corazón, bombeando enloquecido y sus pulmones esforzándose por incorporar aire. A la chica casi se le saltan los ojos de las órbitas.

Arranqué el cuchillo de mi abdomen con un fuerte sensación de *deja vú*.

Anežka se quedó de piedra, observándome, siquiera soltó la daga.

Con la mano sucia de sangre, desabotoné el abrigo arruinado. Aparté la camisa, la herida estaba casi cerrada ya.

—¿Qué? La puta madre, cómo mierda hizo eso —balbuceó.

Le arranqué la daga de la mano y la limpié en el interior de mi abrigo. Tendría que tirarlo a la basura en la mañana.

Le devolví su arma y comencé a cerrarme el abrigo. La mancha de sangre se notaba a pesar de que el tejido era negro.

—Lo ves, eso no te servirá contra los otros si vienen por ti. Yo sí puedo defenderte de ellos.

—¿Y cómo sé que no es de usted de quien tendría que defenderme?

—Porque ellos también me persiguieron a mí, porque yo solía ser como tú.

—¿Cómo yo?

—Humana, con un pie en este mundo y otro, en el otro.

—¿Es broma, de qué mierda habla?

—¡Anežka, se te acabaron tus cinco minutos!

Las dos dimos un respingo, ella de inmediato se ocupó de ocultar el filo plateado entre sus ropas.

—¡Trae tu trasero de vuelta aquí o considérate despedida en este preciso instante! —Gritó el mismo tipo flaco, pelado que le gritara allí dentro, cuando la copa se le cayó de las manos.

—Enseguida voy.

—Les he dicho un centenar de veces que arreglen sus porquerías en otra parte y no en mi local.

—No es nada de eso. Dame dos segundos.

—No tengo por qué darte nada. Si no vuelves aquí puedes ir buscando otro trabajo.

Anežka se volvió hacia mí.

—Quizá usted no lo comprenda, no puedo perder mi trabajo.

—¿Tienes celular, lo llevas encima?

—Sí, por qué—. Hizo el amago de llevar la mano al bolsillo izquierdo de su campera —fui más rápida, le arrebaté el celular del bolsillo y comencé a teclear mi número. Llamé. En cuanto sentí la vibración en el bolsillo de mi pantalón corté.

—Si algo sucede, cualquier cosa que te parezca más extraña que de costumbre, o si simplemente necesitas alguna cosa, lo que sea, llámame. No importa la hora, te contestaré—. Le devolví el celular—. ¿Dónde vives?

—No pienso decírselo.

Preferí no decirle que es probable que en un par de horas pudiese averiguarlo.

—Puedo esperar a que salgas...

—Si se queda por aquí él terminara echándome —apuntó con la cabeza hacia atrás.

—Podemos vernos en la mañana y terminar nuestra conversación.

—No acostumbro levantarme antes del mediodía.

—¿Puedo volver mañana en la noche? Por qué no mejor me llamas en la tarde...

—¿Anežka, tendré que ir a buscarte? —la amenazó su jefe.

—Tengo que irme.

—Prométeme que no huirás de mí, que volveremos a vernos. Tienes que saber la verdad, tienes que saber a qué te enfrentas. Todavía eres una niña, pese a todo, no puedes ni debes enfrentarte a esto sola.

—Hace mucho tiempo que dejé de ser una niña—. Bajó la cabeza y se guardó el celular en el bolsillo—. Tengo que irme.

Verla alejarse así sin más, me partió el corazón. Fue desgarrador ser testigo del modo en que la distancia arrancaba de mí, mis fuerzas. Ella estaba llevándose todo consigo.

No logro distinguir si esa debilidad que me sobrevino fue real, me refiero a que si ella sería capaz de robarle a un demonio sus fuerzas, o que a mí, su angustia, su desesperación y soledad me corroían el alma, al no ser capaz de hacer por ella, mucho por ayudarla en un futuro inmediato, sentí pena, una gran pena.

La puerta de acero amenazó con atrapar largos mechones de su cabello cobrizo ya que ella se había quitado la capucha de la cabeza de camino al local. El tiempo se congeló en ese instante.

Tardé, no tengo ni idea de cuánto tiempo en recuperar el control de mi cuerpo. Cuando lo hice, salí a la calle otra vez, y procurando tapar la mancha de sangre con mi larga bufanda, busqué un taxi y me largué en dirección a mi hotel.

2. Uno de los nuestros.

Echando antes un vistazo en dirección a los ascensores (no quería ser sorprendida haciendo esto) presioné la manija de la puerta. La lucecita de la cerradura electrónica se puso verde sin necesidad de insertar la tarjeta en la ranura.

Es una tontería, pero no creí que aquello de abrir puertas sin necesidad de llaves, funcionase también con las cerraduras electrónicas de los hoteles. Aprendí el truco en mi luna de miel; habíamos salido a dar un paseo nocturno por la playa y a nuestro regreso, nos percatamos de que ninguno de los dos se había preocupado por llevar la llave del cuarto. Con un gesto previo muy parecido al que acababa de ejecutar Vicente se había ocupado de abrir la puerta, dejándome boquiabierta.

Calada de frío hasta los huesos y con unas ganas locas de acurrucarme contra su pecho, empujé la puerta.

La amplia estancia de la habitación me recibió en penumbras.

Percibí su perfume antes de ver su rostro aparecer por el hueco de la puerta de la habitación propiamente dicha. La sensación me embriagó por completo

todos mis sentidos dispersándose por mi cuerpo para eliminar el frío glacial del exterior.

Iba en ropa interior y su cabello estaba húmedo. A la luz de los veladores, su cuerpo se veía increíblemente bien. Jamás me acostumbraré a verlo a él con estos ojos, desde que cambié me parece todavía más perfecto, y saber que nos pertenecemos el uno al otro continúa semejándome un sueño. Uno increíblemente bueno y placentero, valga la pena aclarar.

Vicente me escrutó de pies a cabeza poniendo cara de horror.

—¿Qué fue lo que te...? —Se puso pálido—. ¿Estás bien?

En dos trancos llegó a mí.

—No es nada.

—No, es sangre—. Estiró un brazo y metió dos de sus dedos por la rasgadura de la tela de mi abrigo—. Tu sangre —acotó agitando los dedos entre mi camisa y el interior del abrigo—. ¿Quién te hizo esto? ¿Fue humano o demonio? ¡Te lo repetí una docena de veces, tendría que haber ido contigo! Por qué siempre eres tan cabeza dura. No tendría que haberte hecho caso ¿Te dolió, curaste pronto?, ¿todavía te duele?

Negué con la cabeza.

—Dolió pero ya no, estoy bien, no fue nada. No hay mucho que un humano con una daga pueda hacer. Además, no fue por completo su culpa.

—Qué, eso qué significa, no entiendo nada.

—Necesito quitarme la ropa, estoy pegajosa y helada a causa de la sangre.

Vicente desenroscó la bufanda de alrededor de mi cuello, pero no me la quitó, con ésta, tirando de mi cuello, me atrajo hacia él. A causa de los zapatos altísimos que llevaba yo, quedábamos prácticamente a la misma altura. Bueno, no del todo, en realidad la diferencia solo se había acortado unos diez centímetros, él, descalzo aún era unos cinco centímetros más alto.

—Te extrañé. Me tenías muy preocupado. Y por la mueca que llevas en el rostro, adivino que no te fue del todo bien; incluso sin sangre de por medio, lo habría adivinado.

Me prendí de su cuello.

—¿Tan malo fue?

—Tiene todo lo necesario para ser uno de los nuestros.

—Gaspar tenía razón.

—Es más que eso—. Le di un rápido beso sobre los labios conteniendo el reclamo a gritos de mi boca, la cual deseaba perderse en la de él—. Necesito quitarme esto.

Vicente pasó la bufanda por encima de mi cabeza.

—¿Quieres café?, está recién hecho —ofreció apuntando con la cabeza en dirección al otro extremo de la suite en el que se encontraba el comedor y una pequeña cocinita muy bien equipada.

—Me vendrá genial un café bien caliente.

Vicente me devolvió la bufanda y partió rumbo a la cocina.

Arrojé la bufanda sobre el sillón más cercano de camino al baño, una vez allí me quité el abrigo y lo dejé caer al suelo. Sonó a trapo pesado y húmedo. Se me revolvieron las tripas al recordar que esa humedad se debía a mi sangre. Esta fue la primera vez en mi nueva vida, que hago una cosa semejante. Herirme de lo que se considera “de muerte” para un humano, y curarme en segundos para continuar viva como si nada, fue una experiencia de lo más extraña. Esperaba no tener que volver a pasar por una situación semejante. Ver y sentir la sangre brotando de ti de esa forma no es agradable y por un instante tuve medio de no curar, de morir.

Sí, sin duda había cometido una estupidez, todos los demás podían sanar así de rápido, yo les había visto hacerlo, pero qué tal, si por ser hija de quien soy, por ser tan especial como dicen que soy, o vaya a saber Dios por qué, no funcionaba igual conmigo. Podría haber muerto por una tontería, no necesitaba hacer aquello, quizá hubiese sido mejor que le confesase a la chica quien soy, tengo tantas otras formas de probarle que no bromeo.

Enfrenté a mi reflejo en el espejo. Esta era la mujer a la que le silbaban, a la que muchos extraños intentaban complacer sin saber muy bien a razón de qué. Esta era la mujer capaz de darse una puñalada en el estómago y no morir, la misma que guarda en su interior un montón de poderes sin desarrollar.

Me quité la camisa, la cual fue a parar al suelo junto al abrigo.

Bajé la mirada sobre el espejo, hasta mi abdomen. Nada, limpio, igual de plano que siempre.

Lo vi llegar por encima de mi hombro derecho. Dejó la taza a un lado y me abrazó por la cintura al tiempo que besaba mi cuello.

—Quedó una marca —susurró en mi oído izquierdo mientras acariciaba la piel en el área en que yo había empujado la daga contra mi cuerpo.

—No la vi.

—No debiste hacer eso, yo fui un tonto al hacerlo y de haber sabido que me imitarías un día, no lo habría hecho jamás. Herirte a ti misma no es buena idea. Ya sufriste suficiente dolor como para tener que continuar pasando por eso. No tienes por qué someter a tu cuerpo a ese tipo de cosas, inmortal o no, el dolor

es dolor y el miedo continúa siendo miedo.

Vicente me conocía mejor de lo que yo me conocía a mí misma.

Me dio la vuelta y me empujó contra los lavatorios.

—¿Todavía no me odias por cambiar?

—No podría odiarte ni aunque me dices motivos. Te amo demasiado y sin ti, demonio o no, no sería nada.

—Te apuñalaste para demostrar lo que eres, eso no es lo que deseaba para tu vida.

—No es lo que será todas las noches, esta es una mala noche, es todo.

—¿Entonces, me contarás lo que sucedió?

—La encontré, es... Dudo que Gaspar jamás se hubiese arriesgado a aventurar nada semejante. Es una bomba en potencia, un arma de destrucción masiva.

—Tal vez no sea buena idea que...

Adiviné lo que insinuaba y lo corté en seco.

—No vamos a acabar con su vida—. También habían intentado acabar con la mía por razones similares, bueno, al menos una de las razones era esa—. Es una niña, Vicente. Apenas si tiene dieciséis años y está asustada. Sé que su vida ha sido un calvario y aún continúa siéndolo.

—Dieciséis...

—Trabaja en un pub gótico no muy lejos del Puente Carlos. Es pequeña y...

—Es una niña.

—Lo es y lo parece, es pequeña y de aspecto frágil y lo más horroroso de todo es que... es terriblemente fuerte, lo sé. Siente nuestro olor, nos puede distinguir. No tiene idea de lo que somos y aun así puede reconocernos. Dijo al reconocermos que no era la primera vez que sentía ese olor. No sé qué es exactamente lo que puede hacer pero vivió con esto toda su vida y por lo que entendí, su familia no la acompaña, es más, mencionó que ha estado internada en varias ocasiones. Debían creerla loca—. Me pasé las manos por el pelo—. Si vieses sus ojos... no tiene control alguno sobre la bestia que lleva dentro, arriesgo decir que tiene miedo de sí misma, de lo que pueda llegar a ser capaz de hacer. No pienso abandonarla y tampoco acabar con su vida simplemente porque... vi tanto de mí en ella.

—¿Qué dijo cuándo le contaste la verdad?

—No pude contarle la verdad, ella estaba demasiado alterada y yo demasiado aturdida por lo que ella es. Resulta difícil estar en su presencia; ella es demasiado; demasiado fuerte.

—Entonces por qué te apuñalaste a ti misma.

—Ella tenía la daga, me amenazó con el arma. Me acusó desde ser una cazatalentos que quería aprovecharse de ella, un agente del gobierno, una fanática religiosa hasta una de los médicos como los que la trataron en el pasado. Ella no tiene certeza alguna y como estaba tan alterada no me pareció oportuno decirle la verdad, simplemente le explique que hay cosas que quedan por fuera del entendimiento de la mayoría de la gente, cosas que solamente unos pocos saben y que yo era una de esas cosas sobre las que la gente normal, no sabe.

—No me gusta nada lo que cuentas; ¿y dices que ella te dejó aturdida? Eliza no quiero ser pájaro de mal agüero pero es probable que esto termine mal. Eres demasiado joven para enfrentarte a alguien así de poderoso. No es buena idea que te expongas a la presencia de alguien incontrolable cuando apenas si lograr controlar tus propias fuerzas.

—Estoy bien —murmuré apartándome del él para que no pudiese adivinar en mis ojos la mentira. Manoteé la caza de café del mueble de estantes en que se encontraba junto a las toallas de repuesto y bebí un gran sorbo.

—Deberías llamar a Gaspar, es probable que necesitemos refuerzos. En realidad lo mejor de todo sería que él o alguno de sus hijos venga a ocuparse de esto, yo no puedo distraerme con esa chica, tengo que cuidarte a ti. Puede que suene horrible, pero eres tú lo único importante para mí; ni sobre amenaza de muerte permitiría que pases por nada que te haga sufrir.

—Voy a estar bien, es que simplemente me puso los pelos de punta el verla tan potencialmente peligrosa, y su edad... yo creí que Lucas era un caso extraño —, bueno, él y los mellizos que vi en París aquella noche en que Vicente y yo fuimos llevado frente a Las Doce Sillas.

—De verdad que creo que deberíamos discutirlo con Gaspar, la chica es demasiado joven, de ningún modo estará lista para tomar una decisión semejante, y lo peor del caso es que ni siquiera podemos dejarla ir así como así, corremos riesgo de que alguien más la encuentre y... bueno, no hace falta que te diga lo que podría suceder.

Me miró a los ojos y me tomó por la nuca.

—Ella es demasiado joven y tú también. Lo sabes.

Aparté la mirada otra vez.

—Óyeme, esto no siempre sale bien, y dé en lo que dé, no es ni será tu culpa. Hay fuerzas superiores detrás de lo que sucede en este mundo.

Vicente me sacó la taza de las manos y volvió a colocarla junto a las toallas.

—Te amo y me hace inmensamente feliz que estés de regreso a mi lado sana y

salva.

Rosó mis labios con los suyos y toda mi piel se erizó.

—Te amo —le contesté.

—En la mañana veremos qué hacer, porque podemos esperar a la mañana, ¿no?

—No sentí que nadie más la rondase —le contesté con un hilo de voz; mi cabeza y mi cuerpo comenzaban a perderse en la proximidad del suyo.

—Mejor así. En qué quedaste con la chica.

—Le di mi número, es probable que la vea en la tarde...o quizá en la noche, en donde trabaja.

Vicente acarició mi mejilla haciendo subir la temperatura de mi cuerpo por una muy grata razón.

—¿Qué haría yo sin ti? —le susurré tomándome de sus angostas caderas.

—¿Vivir en paz?

—Mi paz está aquí —arrojando los zapatos a un lado, me incliné sobre su pecho y lo besé sobre el corazón.

Vicente soltó uno de sus gruñidos de siempre, me tomó por las mandíbulas y me besó.

Le di rienda suelta a mi cerebro, a mis manos y a mi boca.

Sin prisas, llegamos a la cama, y allí me deshice de mis pantalones ensangrentados y de la angustia acumulada en mi pecho. Sus caricias tenían el poder de curar mi alma y sus besos colocaban en mi boca un bálsamo reparador que me insuflaba energías.

Cada vez es como la primera vez. Descubro su cuerpo y el mío; llena de ansias, llena de ganas de fundirme con él. Es como si sus labios jamás me hubiesen tocado: arden sobre mí, queman mi piel de un modo indescriptiblemente placentero. Hacer el amor con mi amor es la gloria, es subir a la cima del mundo, es tener el universo entero al alcance de las manos. Es perderlo y encontrarlo todo al mismo tiempo. Tanto es así, que cuando nos separamos siento que se me hace un hueco en el pecho.

...

—Me muero de hambre—. Abrí los ojos y rodé sobre la cama, encontré a Vicente recostado sobre un montón de almohadas mirando la pantalla de su celular—. ¿Qué hora es?

—Las siete.

—¿Llamaste a Gaspar?

Entre el dejarme ir al que me liberaba para descansar, no había oído su voz, sin embargo bien podría haberse comunicado con Gaspar por mail o mensaje de texto.

—No, de modo alguno saltaría tu autoridad, puedo apoyarte, puedo acompañarte y aconsejarte, pero lo que suceda con esa chica es decisión tuya.

—Sí algo tengo claro, es de que no pienso abandonarla.

Sin darme la espalda Vicente colocó su celular sobre la mesa de luz. Luego resbaló por las almohadas y se acomodó de lado junto a mí—. De ser así, significa que tenemos un arduo trabajo por delante. Me sonrió—. No será fácil —susurró acariciando mi frente y cabello.

—Hace mucho tiempo que dejé de creer que existe algo fácil en este mundo.

—De todos modos deberías hablar con Gaspar, nadie más tiene tanta experiencia cuanto él, en esto. Es probable que necesitemos su ayuda. Por otra parte —soltó un profundo suspiro—, es un alivio que nadie más la ronde; trabajarás más tranquila así.

—¿No te enoja que decida complicar nuestra existencia? Al fin y al cabo, como todos ustedes no se cansan de decirme: siquiera todavía soy capaz de cuidarme sola. Ahora, para colmo de males, indirectamente tendrás que cuidar de ella también.

—A lo sumo serán un par de años y nosotros tenemos toda la eternidad por delante.

—Sí, es cierto. En fin, de todos modos va a ser un gran cambio.

—No, no estaremos solos en esto y lo sabes, sea como sea, la chica, si decide quedarse contigo, tendrá oportunidad de aprender mucho más con Gaspar y los suyos que con nosotros. Tú siempre serás lo más parecido a una madre que tenga a partir del cambio, pero sin duda, los Salleses serán los que básicamente la eduquen.

—¿Madre? Eso sí que suena raro.

—¿Nunca soñaste con tener hijos?

Lo medité un momento, la verdad es que ser madre nunca se me había pasado por la cabeza, no al menos como un pensamiento serio o realista. Jamás añoré el momento y cuando supe que al cambiar esa opción quedaría fuera del alcance de mis manos definitivamente no supuso mayor impacto sobre mi condición de mujer.

Negué con la cabeza.

—¿Y tú?

—No mientras fui humano—. Se detuvo pensativo un momento.

—¿Qué?

—No, nada, es que probablemente no quieras escucharlo.

—Bueno, ahora definitivamente, sí quiero oírlo, me intriga saber por qué crees no me gustará.

Vicente se removió sobre el colchón antes de contestar.

—La verdad es que cuando te conocí, cuando me di cuenta de lo mucho que te amaba... pues bien, deseé poder tener hijos contigo.

Algo, no logro precisar qué, se me subió a la garganta y allí se quedó, obstruyendo el paso del aire.

—Te tengo a ti, por siempre... eso es más de lo que podría pedir de la vida, de lo que tengo derecho a pedir.

—¿De verdad pensaste en tener hijos conmigo?

—Fue solamente un sueño. Los demonios no pueden tener hijos.

—Eleazar parece ir por la vida dejando hijos desperdigados por ahí.

—Bueno él es... él.

—Nunca creí que quisieses... es decir: tendrías que habérmelo dicho.

—No pienses en eso, no tiene sentido, recuerda que es un imposible.

—De todos modos —Repliqué. ¿Imposibles? Llevo casi tres años ignorando lo que esa palabra significa. En este mundo, en el que conozco desde entonces, parece no existir nada que sea completamente imposible.

—Olvídate de lo que dije—. Se apartó de mí—. Llamaré al servicio al cuarto para que nos traigan el desayuno. ¿Se te apetece algo en particular?

Negué con la cabeza.

Vicente se dio la vuelta, tomó el teléfono y llamó al servicio al cuarto. Por mi parte, me levanté de la cama, fui hasta el sillón sobre el que anoche arrojara mis pantalones, y entre los bolsillos, rebusqué mi celular. La pantalla no anunció mensajes o llamadas.

Mientras escuchaba a Vicente pedir comida suficiente para cuatro personas o más, comida, que mal que me pese devoraría gustosa (ahora entiendo porque Lucas comía y come como una bestia, yo me paso el día con un hambre furibunda), me alejé rumbo a la sala de estar, me acerqué a la ventana y llamé a Gaspar. El tono de llamada repiqueteó una y otra vez mientras veía la nieve caer.

—Eliza. ¡Hola!

—Hola Gaspar. ¿Llamo en mal momento?

—No, para nada, de hecho me encuentras sentado leyendo un libro un tanto

aburrido. ¿Qué tal va todo por ahí, cómo están Vicente y tú? ¿Ya te enamoraste de Praga?

—Praga es hermosa pero no para de nevar y odio el frío. Vicente está bien, se encuentra en el otro cuarto pidiendo el desayuno. Todavía continúo con la sensación de haber pasado hambre durante siglos.

—Paciencia, todo pasa.

—Sí, lo sé, igual no es que me moleste poder comer sin temor a engordar un gramo; es raro pero... bueno, la comida no importa.

—No, me imagino que no llamaste para eso.

Me tomé un momento para juntar fuerzas y soltar las palabras que mantenía encerradas dentro de mí, las cuales formaban una bola de angustia que apenas si me permitía respirar.

—La encontré Gaspar. No es más que una adolescente.

Gaspar no efectuó comentario, así como al resto de nosotros, no le gustaba el detalle.

—Es extremadamente fuerte.

—Cuéntame todo, por favor.

Así lo hice. Gaspar me escuchó atentamente. Terminase como terminase la historia, no era una buena noticia saber que alguien que recién comienza a vivir está predestinado para un destino tan oscuro. Semejante carga no debería recaer en una persona que todavía no termina de descubrir quién es, o mejor dicho: que apenas si empieza a asomarse al mundo para intentar averiguarlo.

—Quizá lo mejor sea que salga rumbo hacia allí cuanto antes.

—No, no creo que sea buena idea, como te expliqué, ella todavía no tiene la menor idea de nada y probablemente, si nos presentamos todos así... va a entrar en pánico. No te preocupes, intentaré volver a reunirme con ella en las próximas horas.

—Bueno, al menos lleva a Vicente para que cuide de ti, no me gusta nada que seas tan susceptible a los poderes de esa chica. Además, no está de más que él se quede cuidando la retaguardia en caso de que alguien más la ronde.

—Gaspar, no había nadie más allí. Por lo que dijo me figuro que en algún momento se topó con uno de los nuestros, pero o bien no se dieron cuenta de lo que ella albergaba o no les interesó. Si hasta esta noche no hago ningún progreso, prometo que te llamaré para que vengas a darme una mano.

—Eliza, existen riesgos que no necesitas correr, sabes que no me molestaría tener que ir a darte una mano.

—Lo sé.

—No dañarías a nadie, siquiera admitiendo que la situación te sobrepasa. Exigirte no es buena idea, tu cambio es demasiado reciente y todavía no terminas de acostumbrarte.

—Puedo hacerlo. Sé que puedo.

—Bien, entonces procura asegurarte de dar lo mejor de ti, y esa chica estará bien. Lo que le sucederá no es el ideal de una vida plena, precisamente, sin embargo, elegirte a ti, será su salvación. El pensar que podría caer en malas manos... —Gaspar hizo una pausa, me lo imagine estremeciéndose sobre su sillón.

—No pienso permitir que nada malo le suceda.

Pausa de parte de ambos.

—Llámame si necesitas mi ayuda, a la hora que sea, aquí estaré.

—Gracias Gaspar, sé que así es.

—Envíale mis cariños a Vicente y recuerda, todos te queremos y apoyamos, no importa lo que suceda, ahí estaremos para ti.

Terminamos de despedirnos. Colgué y volví a contemplar Praga bajo la nieve. Con suma delicadeza, una mano firme que tenía el poder de convertir piedra en arenisca, me acarició el hombro izquierdo.

—El desayuno llegará en un momento.

—La próxima vez vendremos de paseo —le dije al tiempo que me reclinaba sobre su pecho.

—Claro que sí, tendremos muchas oportunidades de venir solamente para pasear por la ciudad—. Me acarició las manos y luego me abrazó.

No preveía lo que sucedió con mi abrigo, de modo que ataviada con ropa no del todo adecuada para el frío que atacaba la ciudad, salí de compras. Vicente tenía cosas de las que ocuparse, de modo que nos separamos luego de almorzar.

Remplacé mi abrigo por uno muy parecido, el cual encontré en un negocio no muy lejos del hotel, luego partí rumbo al puente Carlos sin prisa alguna, la ciudad y las personas a mi alrededor formaban un abanico de sensaciones que me atrapaban, me sentí igual que una mosca que cae en la tela de una araña. Ni por más que quisiese podría separarme de aquello, los hilos bien podían estirarse y la red deformarse, pero yo no podría despegarme de ella hasta que diese con aquello que me tenía en vilo desde la noche.

Deambulé por los alrededores de pub con la secreta esperanza de sentirla; no dio resultado. Aun así por la zona flotaba una atmosfera extraña imposible de

pasar por alto. Tal vez fuesen trazas, una estela de los poderes de Anežka. Residuos energéticos o algo por el estilo. Sin duda, lo que la chica era, o mejor dicho: su potencial, era algo nunca visto, o al menos, muy poco común. El sol comenzaba a caer. Me detuve en una esquina, de un barrio simple, poblado por edificios antiguos y personas abrigadas a las que apenas si podía verle los ojos.

Volvía a nevar.

Eché un vistazo a un lado de la calle, luego al otro. Nadie; el mundo súbitamente parecía haberse quedado vacío, a excepción de mí claro está. Y con el tiempo detenido. Todo era gris, frío y carente de vida. Debo haber pasado un par de segundos en ese estado hasta que otra vez experimenté una sensación que tironeaba de mí, más precisamente, hacia la izquierda. En esa dirección me eché a andar. ¿Podía ser que la hubiese encontrado?

El mundo volvió a la normalidad.

Un tipo con una capucha sobre la cabeza me llevó por delante y ni se molestó en pedirme disculpas. Una mujer arrastrando un *pitbull* color canela pasó tironeando de la criatura que se negaba a moverse. Un camión se detuvo a mitad de la cuadra, un hombre se bajó por la puerta del acompañante y otro por la parte trasera; se pusieron a descargar unas grandes bolsas negras junto a las escaleras de un edificio de departamentos; custodiando la entrada se hallaba un hombre de ojos de un celeste casi transparente, y cejas blancas, con un gorro encasquetado en la cabeza, fumaba un cigarrillo que sostenían entre dedos manchados de nicotina.

El hombre me siguió con la mirada ignorando por completo a los tipos de camión que amenazaban con alzar una barricada frente a la puerta de entrada.

Me resultó extraño que el hombre me sostuviese tanto la mirada, por lo general, al menos lo que la experiencia me ha enseñado en estos últimos meses, es que los humanos no pueden mirarte a los ojos por más de cuatro o cinco segundos seguidos. Ese pequeño detalle hizo que me pusiese en alerta; no sentí nada fuera de lo normal en el hombre, es más podía jurar que era humano... sin embargo continuaba mirándome incluso cuando llegué a la esquina. Sus ojos me perforaban con descarada alevosía.

—¡Cuidado! ¡Eh, mire por dónde va!

Suerte que mis reflejos no son los de antes. En un salto felino me eché hacia atrás trepando el cordón de la vereda otra vez para evitar que la bicicleta me llevase por delante. Su conductor, dedicándome unos ademanes muy poco ambles, se alejó por la calle a mis espaldas.

Con el susto, la temperatura me había subido unos cuantos grados, de modo que la bufanda, los guantes y el abrigo me hacían transpirar a mares.

Me quité los guantes y justo cuando estaba guardándolos en el bolsillo de mi abrigo, sonó mi celular.

Un número no identificado.

El estómago me trepó por la garganta.

—Soy Anežka.

—¿Dónde estás?

—En la calle. Salí a comprar leche y víveres a la vuelta de mi departamento y cuando regresé... la puerta de mi departamento estaba entreabierta. Al pasillo llegaban ruidos extraños. Se colaron en mi hogar y sé muy bien que no eran simples ladrones. No sé qué es, se sentía como suele sentirse, pero bueno, no exactamente del mismo modo. Nunca antes fue así, me...

—¿Dónde vives?

—¿Fue usted quien los mandó a asustarme? No sé qué pretende ganar de mí, no puedo darle nada. ¡Tan solo quiero que me dejen en paz!

—Anežka, no mandé a nadie a asustarte, sin embargo no haces mal en estarlo. Es probable que quienes se metieran en tu departamento no sean buenos. Dime dónde te encuentras, pasaré a recogerte enseguida.

—Antes necesito respuestas. ¿Qué es usted, quiénes son esos otros?

—Ya te dije, esos otros pueden que sean de los míos.

—Eso no responde a mi pregunta.

Desesperada me eché andar en procura de un taxi.

—No puedo darte semejante respuesta, por teléfono, es un tema delicado. Estimo que pasaste por suficientes situaciones traumáticas...

—¡Al cuerno con eso, no sea condescendiente conmigo! Quiero la verdad, ¿de qué se trata todo esto, por qué me sucede a mí? No hice nada malo, jamás herí a nadie —su voz destilaba la más terrible angustia—. No quiero ser mala, no es mi intención, mi madre siempre ha dicho que tengo que apartar al Diablo de mi vida y eso es lo que intenté hacer, se lo juro, no es mi culpa. Al principio iba a la iglesia a pedir por mi salvación, luego de casi diez años me di cuenta de que eso no servía de nada, evidentemente Dios no quiere saber nada de mí. Lo defraudé como defraudé a mi madre, y al resto de mis amigos. Y si los abandoné, a todos, incluido a Dios, fue porque aquello comenzaba a asfixiarme. Ellos decían cosas horribles de mí, me trataban como si yo fuese el mismísimo demonio.

Sin interrumpir a Anežka salté a la calle y frené el primer taxi que se cruzaba

frente a mí en quince minutos.

—Anežka, te juro por lo que más amo en este mundo, no pretendo hacerte daño, solamente quiero ayudarte. Escucha, acabo de subirme a un taxi, dime dónde te encuentro.

En cuanto soltó la dirección se la repetí al conductor que esperaba impaciente por conocer mi destino, le pedí, que dentro de lo seguro, se diese toda la prisa posible. Por mí tanto daba, con cinturón o si él podíamos chocar, era una medida más para cuidar de su seguridad que de la mía.

—¿Eso queda muy lejos de aquí?

El chofer negó con la cabeza.

—¿Anežka, no hay por allí una cafetería o restaurante en el que puedas entrar? Es preciso que vayas a algún lugar en el que haya mucha gente.

Al oír mis palabras el chofer me espió por el espejo retrovisor.

—Estoy cerca de la isla de Kampa, podemos vernos allí, estará lleno de turistas. Supongo que eso servirá. Junto al arroyo Diablo hay un restaurante...

Anežka terminó de darme todas las indicaciones de cómo ubicarla mientras yo se las pasaba al chofer. Obviamente, por lo agitada que se la sentía, ella iba en camino a paso raudo.

—Bien, allí nos vemos. Cualquier cosa llámame, voy en camino.

Si bien no duró mucho más de quince minutos, el viaje fue una tortura. Tuve la oportunidad de descargar un poco de tensión en el trayecto que tuve que hacer a pie. Prácticamente iba al trote, esquivando jóvenes mochileros y turistas que iban en racimos de docenas siguiendo a sus respectivos guías.

Pese a las indicaciones de la joven, me costó encontrar el lugar, hasta ahora, pese a que la había visto desde el puente Carlos, no había puesto un pie en Kampa, por lo que la zona me era completamente extraña.

Finalmente hallé el café, y a Anežka sentada en una de sus sillas entre una multitud de turistas que se apiñaban alrededor del calor de las estufas de pie disfrutando de las últimas horas de sol del día. Por suerte, ya no nevaba.

Llevaba el pelo despeinado y revuelto. Estaba pálida, tenía el maquillaje corrido (me figuro que eran los restos del de anoche, que no había atinado a quitarse del todo antes de acostarse, y que probablemente los sucesos del día, le obligaron de demorar el proceso de retirado del mismo).

En cuanto me le acerqué un poco más, me percaté que debajo de su pesado abrigo (también el mismo que la enfundaba anoche), llevaba un suéter de punto muy grueso y pantalones de pijama a cuadros, con unas anchas y aparatosas botas de gamuza, las mismas que tenía yo en casa, aquellas tan abrigadas de

las cuales me costaba desprenderme en invierno. Incluso eran del mismo color que las mías: beige. A sus pies, una bolsa con víveres. En sus manos, un cigarrillo y el celular.

Sus temblorosos dedos blancos se crisparon en cuanto me vio.

Hizo el amago de levantarse de la silla pero con un gesto la conminé a permanecer en su sitio. Por un momento creí que saldría corriendo. Me acomodé en la otra silla que rodeaba la mesa.

—¿Cómo estás?

—¿Cómo espera que esté?! Esto comienza a parecerse demasiado a mis pesadillas y no me gusta nada. Lo peor del caso es que creo que es su culpa. Si usted no hubiese aparecido...

La corté en seco. ¿Sus pesadillas? Acaso sus noches se parecían mucho a las que yo tenía un año atrás.

—Si yo no hubiese aparecido es probable que para mañana estuvieses muerta o bajo la influencia de seres que no tendrían el menor reparo en convertir tu existencia en un verdadero infierno. Anežka, a lo que te enfrentas no es de este mundo, no al menos del mundo que conocías hasta ahora. Lamento que esto te suceda, pero hacer que pare no está dentro de mi poder, de hecho no se puede remediar. Lo único que espero es ayudarte a sobrellevar lo que viene. Estoy aquí para brindarte mi apoyo, para intentar darte algunas explicaciones, para que sepas que de ser por mí, jamás te quedarás sola en esta locura.

—Explíqueme de una buena vez, de qué trata. Experimento esto desde los cinco años. Al principio me parecía divertido, era como tener cientos de amigos invisibles, como vivir en un mundo de fantasía. Con los años la fantasía se disolvió convirtiéndose en un calvario. Mi vida pasó de la alegría de algo que creí especial y bello, a la más completa oscuridad, al horror que no tiene fin. Usted no tiene idea de lo que significa tener diez años y ver y sentir estas cosas. Era constante, en el colegio, en casa, cuando jugaba en el parque con mis compañeros de escuela, en el dentista, por las noches en mi cuarto. Mi vida es una pesadilla que no acaba ni siquiera cuando duermo, ya que allí también me torturan presencias que no logro explicar o reconocer. Claro que usted no tiene idea de lo que significa que tu propia familia te repudie por ser lo que eres. Toda mi familia es muy religiosa; mi madre sobre todo. Un buen día, creyendo que podría compartir con ella ese otro mundo en el que yo vivía, le conté lo que me sucedía, ella no se ilusionó, sino que se horrorizó, me acusó de jugar con la oscuridad, de tener el alma impura. Siempre íbamos a la iglesia los domingos, pero desde entonces me hizo ir

cada día, y cuando se dio cuenta de que eso no funcionaba me obligó a pasar por un calvario de supuestos ritos que limpiarían mi ser otra vez. Cuando se dio cuenta de que la religión no servía de nada, me internó en un psiquiátrico. Tenía once años.

Anežka se tomó un momento.

—Desde entonces he entrado y salido de instituciones mentales en las que supuestamente me trataban por esquizofrenia, desorden de personalidades múltiples, depresión y cuanta otra cosa con la que creyeron poder justificar a esos seres diferentes que yo veía por la calle, andar así tranquilamente entre el resto de nosotros. Decían que alucinaba con respecto a los fuertes olores que en ocasiones sentía, que esas fuerzas opresivas que amenazaban con ahogarme no eran otra cosa que el producto de mi imaginación.

Anežka terminó su cigarrillo y lo apagó.

—Después de mi último tratamiento de tres meses en un psiquiátrico, que más semejaba a una cárcel de máxima seguridad que a un lugar organizado para curar o al menos ayudar a mejorar a quienes lo necesitan, regresé a casa, tomé mis cosas y el poco dinero que tenía ahorrado y me largué. Tenía catorce años. Viví en la calle un par de meses... —bajó los ojos y sacó un nuevo cigarrillo de la cajetilla—. Luego fui a vivir con unas chicas que conocí en un bar, eran mayores que yo y alquilaban un departamento casi en ruinas. Ellas me consiguieron trabajo de camarera en el bar en el que trabajaban. En poco más de un año logré armar una vida: me mudé sola, conseguí un trabajo mejor y las visiones y sensaciones casi habían desaparecido. Ahora llegó usted y mi vida es un caos otra vez. No tiene derecho a arrancarme eso.

—Créeme que no le deseo esto a nadie.

—¿Usted tiene familia? —apuntó en dirección al anillo que brillaba más que un copo de nieve, en mi mano izquierda, junto a la alianza que Vicente pusiera, frente al altar y a un gran Cristo de madera de increíble realismo, el día en que nos casamos por iglesia—. Dijo que tenía pareja, no que estaba casada. ¿Ambas cosas son mentira?

—Llevo solamente seis meses de casada, todavía no termino de acostumbrarme al título.

—¿Cómo es que ustedes, sean lo que sean, tienen derecho a tener una familia y yo no? Explíquemelo. ¿Qué son ustedes, qué quieren de mí?

—Prométeme que no saldrás corriendo cuando te lo diga, eso sería sumamente estúpido, los que fueron a tu departamento podrían encontrarte y entonces ya no...

—No saldré corriendo, necesito respuestas y creo que usted me las puede dar.

—Bien, me agrada oír eso. Por favor, tampoco pienses que enloquecí o que intento engañarte.

—Conozco muy bien la diferencia entre estar cuerdo y loco, y por otra parte, usted no puede engañarme, no lo logró ni en un principio cuando se sentó frente a la barra de pub.

—Bien, entonces —eché un vistazo a un lado y al otro, los turistas que nos rodeaban no nos prestaban la menor atención, sus cafés, cámaras de fotos y el bellissimo paisaje, era mucho más atractivo y seguro que la criatura que acompañaba a esta humana sentada en la mesa de un café en la isla de Kampa en Praga, junto al arroyo Diablo—. Soy un demonio.

La mirada de Anežka se quedó congelada en la mía.

—Técnicamente compro almas para el Infierno, aunque lo que me trajo aquí es algo muy distinto—. Tú eres del tipo de humano que nace con... que nace con todas las cualidades para convertirse en un demonio muy poderoso, en uno que al servicio del bando equivocado puede volverse en una gran amenaza para sí mismo, para los humanos e incluso para el resto de nosotros. Tú eres una de nosotros, al menos en potencia. Lo cierto es que es probable que después de esto, no puedas continuar viviendo como humana, ellos no te lo permitirán, preferirán matarte que entregarte. Y por otro lado, si te conviertes, tienes la esperanza de continuar con vida, de tener una familia, tal vez no una como tu imaginas, pero familia al fin; de vivir una vida más tranquila, de acallar las voces, controlar los sentimientos, y hacerle frente a esos otros que te rondan por ahí, ya que es más que probable, que cuando cambies, seas mucho, pero mucho más fuerte y especial que ellos.

—Un demonio —articuló Anežka sin parpadear.

Asentí con la cabeza.

—“Entonces se entabló una batalla en el cielo: Miguel y sus Ángeles combatieron con el Dragón. También el Dragón y sus ángeles combatieron pero no prevalecieron y no hubo ya en cielo lugar para ellos. Y fue arrojado el gran Dragón, la serpiente antigua, el llamado Diablo y Satanás, el seductor del mundo entero. Apocalipsis, doce, siete – nueve” —recitó y finalmente soltó un suspiro—. Mi madre solía leerme la biblia todas las noches. Entonces ustedes no se limitan a quedarse en el Infierno.

Negué con la cabeza. Ni nosotros, ni él.

De pronto intenté visualizar aquello: Eleazar luchando contra San Miguel Arcángel. ¿Habría sido real?

Sin duda mucho de la vida de mi padre era un completo misterio para mí y lo peor del caso es que hasta ahora no se me había ocurrido cuestionarlo sobre las cosas que se contaban sobre él, incluidas las que figuraban en la biblia.

Mi menté desvarió y me encontré pensando en qué opinaría San Miguel sobre mí, que opinaría Dios... ¿existirían o solamente estaba él, mi padre?

Sabiendo que derrapaba en terrenos demasiado peligrosos, volví mi atención a asuntos más urgentes.

—Entiendo que pueda parecerle incoherente, pero es la verdad. Existen tantas otras cosas que debo contarte, sin embargo este no es un buen lugar para eso, hay demasiados testigos; es más, tampoco me parece que sea el mejor momento. Si te encontraron es probable que también sepan de mi presencia y eso me imagino, no los hace del todo felices. Además, nosotros no somos criaturas que nos rindamos con facilidad; y si bien tenemos que actuar bajo determinadas reglas, a veces, esas reglas no siempre se cumplen. Por lo tanto me parece que lo mejor para ti será que te saquemos cuanto antes de la ciudad.

—¿Qué?

—Tienes que tomar una decisión Anežka, debes decirme si vienes conmigo, te quedas con ellos o te arriesgas a seguir por tu cuenta. Yo no puedo decidir por ti. Es tu elección. La situación es esa, ellos te quieren porque piensan que podrán usarte...

—¿Y usted, que quiere usted de mí?

—Darte el apoyo que desde un principio a mí me hubiese gustado tener. En cierto modo nos parecemos, veo muchas cosas más en ti; yo también lo pasé mal y si bien no estaba del todo sola, nunca nadie jamás pudo explicarme realmente por qué sucedía lo que sucedía. Además... también soy especial.

—Todo lo que dice suena muy bien, pero porqué debería creerle.

—Digo la verdad. No hay nada más que yo pueda hacer, al menos por el momento, para demostrarte que no te engaño, que la oportunidad que te estoy dando es de verdad la que te conviene. Negar todo esto no dará resultado, y es probable que a la larga o a la corta, si los escoges a ellos, termines muerta, o muy mal.

—¿Qué puede ser peor que morir?

—Me extraña que pasando por lo que has pasado, me preguntes eso. El Infierno no siempre se queda donde debiera, Anežka.

—Usted también forma parte de todo eso.

—Después de todo, Lucifer era un ángel; tal vez todavía quede algo de bondad en él.

—Dudo que se atreva a demostrarlo.

—Anežka, ni todos los ángeles son ejemplarmente buenos, ni todos los demonios son tan malos. Te lo juro, si vienes conmigo te lo demostraré. Existen muchos otros que así como yo, procuran mantener cierto balance en sus existencias.

La chica se quedó un momento viéndome.

—Por fin esas voces y esos sentimientos tienen una cara, una explicación—. Volvió a contemplarme en silencio—. Creí que tendrían...

—¿Cuernos, alas...?

Asintió con la cabeza.

Hasta ahora jamás experimenté eso en mi propio cuerpo, no obstante, presencié esa imagen un par de veces.

—Al menos en parte, todavía soy humana.

—¿Cómo?

—Prometo contártelo más tarde. Por lo pronto me parece que lo mejor es que nos larguemos de aquí. Voy a llevarte al hotel en que me hospedo y desde allí planificaremos nuestra partida para lo más pronto posible.

—Todavía no he dicho que fuese a irme con usted.

—Anežka, no quiero dejarte aquí, no tengo pensado abandonarte.

—Y también ha dicho que no va a obligarme y que la decisión es mía.

—Sé que tengo que cuidar de ti.

—¿Lo sabe?

—No puedo explicarlo, es una sensación que... —me frené en seco. De repente tuve una horrorosa idea, la cual probablemente haya brotado de mi enroscada historia personal. Como una loca comencé a buscar en su rostro similitudes con el de Eleazar y el mío propio. También examiné sus manos, las mías y las de Eleazar eran casi iguales.

No, Eliza —me dije recapacitando —desvarías, no tiene nada que ver con eso. Si así fuese...

El celular comenzó a quemarme dentro del bolsillo, moría de ganas por llamar a Eleazar, o en su defecto a Ciro; si esta chica era parte de nuestra extraña familia, ellos me lo confirmarían.

No encontré nada que confirmase aquella siniestra idea.

—Anežka, cada segundo que perdemos es un punto que les regalamos a ellos. Ya sabes lo que soy, ya te he dicho que pretendo; ahora dime, qué decides.

Sin que mediase ninguna palabra de parte suya, estiró un brazo, y me tocó la mano derecha, yo me había quitado los guantes en el taxi y olvidé volver a

ponérmelos.

—Es real —musitó.

—Lo soy, no se trata de una pesadilla, ni de una alucinación.

—Cómo es que sus dedos no están helados.

—Somos parte del Infierno.

—Y al contrario de esta ciudad, el Infierno no se congela.

Le sonreí, ella sonrió también.

—¿Quiere oír algo gracioso?

La animé a seguir con un simple gesto.

—Esperé por este momento toda mi vida.

3. Cruz.

Su confesión no me sorprendió, ella no era la única que de algún modo siempre supo que su vida tendría un final muy distinto a la de los demás. Ambas, más allá de lo consciente, debimos intuir que algo más había detrás de la fachada de normalidad de este mundo.

—Bien —tragó, vi su garganta ensancharse cuando lo hizo—. Voy con usted, no sin antes pasar a recoger una cosa por mi departamento.

—No creo que sea buena idea.

—Me imagino que a esta altura esos seres ya se deben haber dado cuenta que mi salida se demoró más de lo que debiera, es más, es posible que me hayan visto huir.

—Sí, pude ser.

—Deben haber salido a buscarme.

—Y también es probable que pusieran a alguien a vigilar la entrada de tu departamento para avisarles si regresas. Créeme, no hay nada allí que no pueda ser remplazado.

—Sí, sí lo hay. Tengo una cruz de oro, me la quito para ir a trabajar, esta mañana olvidé ponérmela.

—Te comprarás otra luego, si hay algo por lo que no debes preocuparte ahora, Anežka, es por los bienes materiales, eso no significará nada en tu nueva existencia.

—No es por lo que cueste; era de mi madre. No iré a ninguna parte sin esa cruz.

—Podrían matarte o atraparte.

—¿No puede usted defenderme? Creí que había dicho que vino para

ayudarme, para protegerme.

Algo en mi estómago se revolvió. No entiendo por qué, mi temperatura hizo una súbita escalada. Sentí como si aquella chica no tuviese otra intención que provocarme, desafiarme. Mi lengua contestó más rápido de lo que a mi cerebro le tomó meditar una respuesta.

—¡Bien, como quieras, iremos por la cruz!

—Gracias—. Apretando los labios, bajó la vista—. No tengo dinero. Salí con lo justo para hacer las compras... bueno, tampoco es que tuviese mucho más.

—No te preocupes, yo pago el café.

La taza yacía vacía y fría en el centro de la mesa.

Pagué y nos fuimos. Necesite de la guía de Anežka para salir de aquí, siquiera recordaba cómo había hecho para llegar, en ese momento los nervios podían conmigo.

Gracias a que el momento de mayor tensión era cosa del pasado, presté atención al paisaje, el arroyo Diablo enmarcaba un lugar hermosísimo, casi de ensueño, perdido en el tiempo.

Va a pasar un buen tiempo hasta que pueda volver aquí —pensé—. Dadas las circunstancias, si los que la quieren son locales, no les hará felices volver a recibirme en un futuro cercano, es más, si Anežka es todo lo que amenaza ser, es probable que por un tiempo, eso concentre toda mi atención.

Salimos del parque Kampa y buscamos un taxi. Fue Anežka quien se encargó de pedirle al chofer de que nos llevase a la dirección que inmediatamente le indicó. El hombre puso mala cara y bufó al oír la dirección.

—No es precisamente un buen barrio —me explicó ella por lo bajo.

En la ruta camino al departamento de Anežka, pasamos a un par de cuadras del pub en el que ella trabajaba. Nos alejamos mucho más allá, por calles por las que no circulaban turistas, lo cual era toda una novedad, esta ciudad está infectada de ellos.

Anežka tenía razón, no parecía un lugar muy seguro, para el caso, eso no hacía la menor diferencia. Si temer de humanos hubiese sido mi mayor problema... vaya broma.

—¿Cuánto falta para llegar?

—Unas pocas cuadras —me contestó Anežka.

Eso era todo lo que yo necesitaba saber para ponerme en alerta. Intenté percibir otras fuerzas aparte de la de la joven que me acompañaba y no logré detectar nada.

—Es aquí en frente —le dijo Anežka al chofer indicándole dónde debía parar.
—De una vuelta manzana por favor —pedí cuando el hombre redujo la velocidad. La chica me miró con cara de no entender nada—. Necesito asegurarme de que no andan por los alrededores.

—¿Es que acaso los conoces?

—No, pero puedo sentirlos.

—¿Cómo yo?

—Creo que lo mío es un poco más puntual que eso; puedo arriesgar distancias y direcciones.

—¿Algo así como rastrearlos?

—Algo así.

Los ojos le brillaron y no precisamente de felicidad.

—¿Y bien?

—No creo que haya nadie. El problema es que más allá de mi precepción, hay algunos que son capaces de camuflar su presencia.

—¿Es eso posible?

Le contesté que sí con la cabeza.

—Si algo sucede —le arranqué de las manos el celular y en él marqué el número de Vicente—, llama a este número. Nos alojamos en el hotel Four Seasons, queda al otro lado del puente Carlos, a unas pocas cuadras. Si las cosas se complican —saqué dinero del bolsillo y se lo tendí—, toma un taxi y ve directo hacia allí.

—No puedes hablar en serio.

—Es el número de mi esposo, él te ayudará. Se llama Vicente, él te ayudará.

—¿Qué podría pasarte?

—Las cosas pueden ponerse feas, es todo. Prométeme que harás lo que te pedí. Es importante para mí.

—Claro. De todas maneras procura que nada te suceda ¿sí?

Nos miramos una a otra en silencio.

—Es aquella puerta —señaló Anežka.

Tanto el conductor como yo, le echamos un vistazo a la entrada, no había nadie allí, una mujer se alejaba hacia la esquina y un automóvil viejo que bien podría haber salido de la ex Unión Soviética treinta años atrás, circulaba por la otra mano.

—Ok, entraremos, tomaremos la cruz y nos largaremos cuanto antes. No quiero que te detengas por nada. Buscarás eso y nos largaremos de aquí. No los siento por los alrededores pero podrían regresar en cualquier momento.

—Bien, no hay problema, la verdad es que de no ser por eso no regresaría. Se siente extraño.

Le tendí el dinero al taxista, era mucho más de lo que costaba el viaje; le dije que se quedase con el cambio a modo de propina, no deseaba que tuviese motivo alguno para quejarse de nosotras, es más, cuanto antes se olvidase de nuestros rostros mejor.

Saltamos a la calle, a las corridas Anežka trepó los escalones que nos separaban del interior del edificio.

—No sé qué hice con las llaves —rebusco entre los bolsillos de su abrigo—. Debo haberlas perdido.

—No hay problema—. Puse una mano sobre la manija de entrada—. ¿No viene, nadie, no?

—No, ¿por qué?

La puerta se abrió con suma facilidad.

—¿Cómo hiciste eso? Esa puerta lleva llave las veinticuatro horas del día.

—Las llaves ya no serán un problema para ti en el futuro.

—Al menos eso es bueno, me la paso perdiendo mis llaves.

Empujé la puerta y le cedí el paso.

La entrada del edificio era un corredor angosto y oscuro con las paredes pintadas de marrón. La pintura lucía amplias manchas de humedad y ampollas que comenzaban a descascararse. El lugar era lúgubre. Me costó entender como esta chica, que no pasaba de una adolescente, se las arrogaba para vivir aquí sola.

Por una escalera de madera con los escalones tan gastados que estaban cóncavos emprendimos el ascenso hasta el cuarto piso; yo por delante, con el oído y el olfato atento a cualquier cambio en el aire.

Al entrar en el tercer piso percibí los residuos de las visitas demoniacas que sin invitación, se colaran dentro del departamento de Anežka.

—¿Estás segura de que se fueron? Siento un cosquilleo en la espalda que no me gusta nada, y tengo la sensación de que alguien nos observa.

—Se fueron, lo que quedó es lo que dejaron atrás.

—Es así como tener la certeza de que alguien te odia demasiado.

—No permitas que eso te afecte... —comencé a decir y me corté de inmediato en cuanto puse un pie en el pasillo de la cuarta planta. Fue como caer de cabeza en el Infierno. La mezcla de olores conformaba un vaho insoportable hasta para mí. Anežka se tapó la nariz y la boca con las manos. A mí se me revolvió el estómago. Los que vinieron eran muy malos, estaban muy enojados

y probablemente también eran muy antiguos; nada de jóvenes inexpertos, nada de actos de rebeldía o ataques suicidas, esto no era un simple desacato a las leyes, detrás de esto había algo más. Llamaría a Eleazar en cuanto regresásemos al hotel.

Anežka enfiló en dirección al punto muerto de corredor, el cual acababa en una angosta ventana con los cristales pintados de marrón. La puerta que ella me apuntó con la cabeza estaba entreabierta.

Cruzando un dedo sobre mis labios le indiqué que guardase silencio. Cuando llegamos a un metro de la entrada, la empujé contra la pared y me asomé adentro.

No sentí nada distinto de lo que podía percibir desde el corredor, de todas maneras, me angustió la muestra que me dio aquel retazo de imagen del hogar de Anežka, los demonios arrasaron con todo sin piedad, no debía quedar un solo mueble en pie, había bajilla, ropa, restos de muebles y papeles por todas partes. ¿Cómo es que los vecinos siquiera se molestaron en llamar a la policía?

Empujé la puerta. Las bisagras chirriaron. Con la puerta arrastré más despojos.

—Por Dios, qué fue lo que hicieron —musitó Anežka asomándose por el marco de la puerta.

A la vista quedó un pequeño ambiente en el que se repartían espacio la cocina y lo que en su momento debía haber sido el lugar para dormir y el comedor.

La imagen era dantesca. Hasta a mí se me heló la sangre. La cama, que mejor dicho era una especie de catre muy sencillo, de hierro con resortes de acero, había quedado clavada, por sus cuatro patas, a la pared del lado izquierdo. El colchón destrozado solamente se reconocía por partes aquí y allá sobre el resto de los despojos. La mesa partida al medio, las sillas de caño con las patas retorcidas, una de ellas incrustada en lo que fuera la ventana. Por el cristal destrozado se colaba el frío del invierno y también un par de copos de nieve; volvía a nevar.

Intenté ubicar la mesa de luz sobre la que Anežka había mencionado, olvidara la cruz, no logré hallarla.

—¿Por qué lo hicieron?

—Probablemente para asustarte, o para desquitarse por tu ausencia. Supongo que no te vieron salir y se enojaron al no encontrarte en casa.

Anežka pasó por mi lado y se echó a andar sobre lo que fueran sus pocas posesiones.

—Lo lamento.

Se inclinó hacia adelante y removió de la pila, un par de pantalones de cuero que milagrosamente se salvaron de la destrucción. En un bollo, lo estrechó contra su pecho.

—Busquemos tu cruz. Tenemos que largarnos de aquí, no es conveniente que nos crucemos con tus vecinos...

—No creo que esté aquí.

—¿Por qué dices eso?

En respuesta a mi pregunta, se encogió de hombros.

Di unos pasos sobre la alfombran de restos.

—¿Cómo es?

—De oro, como de unos dos centímetros... colgaba de una cadena larga.

—¿Dónde solía estar la mesa de luz?

—Allí, bajo la ventana.

Esquivé un gran trozo de mesa y comencé a rebuscar entre las sábanas convertidas en girones, las astillas de madera que hasta hace unas pocas horas atrás debieron ser la mesa de luz, hojas sueltas de un libro, una manta, ropa, trozos de cerámica de lo que sospeché fue una estatuilla que decoraba su mesa de luz.

Revolvimos absolutamente todo y no la encontramos. Ambas terminamos sucias y desmoralizadas.

—Es probable que se la hayan llevado.

—Y eso para qué. Es más, ni siquiera se me ocurre... ¿Pueden ustedes tocar...? Nunca lo hubiese imaginado. No entiendo para qué la querían. ¿Los símbolos religiosos no les afectan? Sé por experiencia que los exorcismos no funcionan pero...

—Tengo mucho que explicarte.

—De todos modos sigo sin entender para qué la querían.

—Me figuro que se dieron cuenta de que era un objeto que apreciabas.

—Entonces fue por venganza—. Soltó y se quedó en silencio observando todo lo que la rodeaba, incluyéndome a mí.

—Nos demoramos demasiado. Se hace de noche, es mejor que salgamos de aquí.

—Me lo arrebataron todo.

—Esa es su táctica.

Quise rodearla con un brazo para demostrarle que la apoyaba, pero temí que el contacto físico supusiese demasiado para ella.

—Lo siento mucho—. Le di un momento para que se despidiese su antigua vida—. Vamos, Anežka, es momento de que nos larguemos de aquí.

Ella me miró.

—¿Qué sucederá ahora conmigo?

—Por lo pronto, nos concentraremos en ponerte a salvo. Le tendí una mano, ella no reaccionó—. Andando, no tenemos más nada que hacer aquí.

Anežka apartó a un lado, con el pie, el pie de un velador, la bombilla estaba rota; giró la cabeza y se echó a andar en dirección a la puerta. En silencio, la seguí, y así, en las mismas condiciones, llegamos a la calle.

—Podríamos caminar un poco, necesito tomar un poco de aire, además por aquí no conseguiremos taxis —pidió dando un paso en el sentido de la calle por la que llegamos.

No me gustaba nada la idea de caminar debajo de la nevada, pero como no sentía ningún riesgo latente por los alrededores, me pareció que era lo mínimo que podía hacer por ella, sobre todo considerando los hechos recientes. Acababa de perder su vida, o lo que quedaba de ella, y la cruz que evidentemente tanto quería, probablemente no fuese a recuperar jamás.

A pesar de que yo era de andar rápido, Anežka se las arreglaba para ir un par de pasos por delante de mí. Quizá fuese una táctica para mantener las distancias y demostrarme que todavía no confiaba del todo en mí, quizá simplemente fuese para tener un momento de soledad con el cual intentar asimilar que sucediera lo que sucediese, de modo alguno su vida no volvería a ser la de antes. En este viaje no hay retorno, una vez que das el paso no hay vuelta atrás.

En silencio, saqué el celular y le envié un mensaje a Vicente explicándole que íbamos en camino. No le conté nada más, toda la historia era demasiado larga para escribirla en un texto, y llamarlo ahora y hablarle en castellano frente a Anežka, no me parecía una idea que fuese a granjearme muchos puntos a mi favor, probablemente ella sospecharía que tramaba algo a sus espaldas. Guarde el celular otra vez en el bolsillo de mi abrigo después de descartar por completo la posibilidad de llamar a Eleazar también.

Anduvimos un par de cuadras hasta que creí que era suficiente, en esta vida no puedes darte el lujo de lamentarte demasiado por nada, el tiempo pasa demasiado rápido.

—Anežka, ¿vamos en la dirección correcta? Estoy perdida. Deberíamos subirnos en un taxi cuanto antes. Se hace tarde y el frío aprieta demasiado para que andes por la calle así.

La joven se frenó, dio la media vuelta y me enfrentó.

—Aquí a un par de cuadras... —comenzó a decir para acabar a medio camino con la boca abierta.

—¿Qué?

En respuesta el rostro se le desfiguró con una mueca de horror.

—Los escucho en mi cabeza otra vez. Ríen.

Maldije entre dientes y en castellano. Yo todavía no los sentía sin embargo no me quedaba ninguna de que las vería pronto. Tomé a Anežka del brazo y tiré de ella. Prácticamente me la llevé a la rastra, ella estaba como ida y miraba fijo en dirección a camino que quedara a mis espaldas. La chica siquiera parpadeaba.

Con la otra mano, saqué el celular y marqué el número de Vicente, qué importaba si hablaba frente a ella en un idioma que no comprendía, necesitábamos ayuda.

Vicente no contestó, me saltó el contestador.

—Soy yo, estoy con Anežka, creo que nos siguen —alcé la cabeza busqué algún cartel que me indicase dónde nos encontrábamos; di con uno, intenté leerle lo que allí decía; el nombre me parecía imposible de pronunciar—. Necesito ayuda, destrozaron su departamento y... —La línea soltó un chillido agudo y finalmente se murió. Al instante los sentí.

Anežka dejó escapar un quejido y se agarró la cabeza.

—¡Mierda! ¡Corre!

Las farolas de la calle que recién se encendían, volvieron a apagarse, de repente ya no había un alma, en los alrededores, más que nosotras dos.

Agradecí no tener puestos los zapatos de anoche, aun así, correr por la vereda congelada no era tarea sencilla, todavía peor era tener que arrastrar a Anežka cargando casi todo el peso de su cuerpo, la chica se había puesto rígida y no paraba de llorar. En algún punto podía experimentar lo que ella en este momento, era una mezcla de miedo y dolor, dolor de cabeza, como si el cerebro estuviese a punto de estallarle. Ese dolor opacó algo de mi raciocinio también.

¿Me pregunté por qué Vicente no llamaba?

La sinuosa calle por la que íbamos de repente terminó frente a un edificio, a un lado y al otro había arcos de piedra. Sin tener ni la menor idea de qué camino seguir y, como Anežka no era capaz de responderme, me lancé hacia a la izquierda; rogaba que mi sentido de orientación funcionase esta vez.

No hicimos más de cien metros, cuando una camioneta azul de carga se

materializó frente a nosotras obstruyendo el paso.

Frené patinando sobre los adoquines helados, al hacerlo le di un tirón seco al brazo de la joven, ella se quejó de dolor, oí algo crujir pero no tuve la certeza de haberle roto el brazo, quizá simplemente fuese la articulación de su hombro sonando con el golpe seco, de todos modos, ella se hizo eco del tirón, debía haberle dolido. Otra vez: no era momento para lamentos, si hacía falta buscaríamos un médico más tarde, mejor tarde que nunca, y si permitía que la atraparan el dolor que sentiría sería considerablemente más insoportable que el que pudiese estar padeciendo ahora mismo.

Obligándola a girar igual que un trompo, dimos la vuelta y regresamos sobre nuestros pies. No llegamos muy lejos. Seis hombres de negro, con las caras cubiertas con capuchas, aparecieron a un par de metros, cerrando la única vía de escape.

La pobre Anežka sufrió otra vez en mis manos. Ocultándola detrás de mí, a alejé de los demás. De la camioneta se bajaron dos hombres, uno por la puerta del acompañante y otro, por una puerta corrediza que la camioneta tenía a un lado.

—Entrégnos a la joven —me dijo uno de los seis hombres de negro adelantándose a sus compañeros en un perfecto castellano.

—No.

—Vamos, Eliza, no tienes cómo hacerte cargo de ella, nosotros sí.

Esta vez quien habló, con un acento mucho más latino que el hombre anterior (quien por cierto se le notaba que el castellano no era su lengua materna) fue el hombre que bajó de la camioneta por la puerta corrediza que aún permanecía abierta.

—Como sea, no se la llevarán.

—Eliza, te aventajamos en número por unos cuantos, y además eres joven. No creo que sea recomendable que te enfrentes a nosotros, sean cuales sean tus poderes, no podrás contra nosotros. Entrégnos a la chica y nadie saldrá herido.

—Permíteme desconfiar de eso. Siquiera son capaces de enseñar sus rostros —. Todos tenían la cabeza cubierta por unas capuchas picudas que lo único que dejaban a la vista, eran sus ojos. Fue eso mismo, los ojos del hombre que bajara por la puerta del acompañante lo que me llamó la atención. En la penumbra no alcanzaba a determinar de qué color eran, eso la verdad es que no importaba demasiado, el modo en que me miraba sí: no me quitaba la vista de encima, no parpadeaba. Mientras todos los demás miraban a Anežka, él

solamente se concentraba en mí. Comencé a sentirme afectada por esa mirada. ¿Tramaría algo, qué poderes tendría?

—Eliza, lo mejor para ti es que no sepas quienes somos.

—No voy a permitir que se la lleven.

—Pues da la casualidad de que lo que tú quieras no importa.

Anežka gimió mi nombre. En respuesta le apreté las muñecas para darle fuerza. No iba permitirme verla partir así sin más.

—A mí tampoco me importa lo que ustedes quieran o dejen de querer, la chica no va a ir a ninguna parte si no es conmigo.

El demonio dio un paso al frente.

—Se razonable, no saldrás de esta en pie.

—Quiere apostar —mis palabras sonaban más valientes de lo que en verdad yo me sentía en este momento.

El hombre que habló primero y el de la camioneta cruzaron una mirada con el que se bajó del lado del acompañante; comprendí que debía ser el jefe.

No sin antes darle otro apretón con el que pretendía darle a entender que ante la menor oportunidad intentase huir y seguir con el plan que acordamos un rato atrás, solté a Anežka; necesitaba tener las manos libres para hacer lo que intentaría hacer.

Di un paso al frente.

—¿De verdad quieres hacer esto?

—No voy a permitir que se la lleven.

El demonio echó un vistazo al oscuro interior de la camioneta y luego volvió a concentrarse en mí—. Bien, como gustes.

El primer golpe dio en mi estómago. Fue duro, durísimo y me sacó el aire. Por un instante todo se me puso negro, pero me recuperé rápido. Lancé una patada y con las manos atajé un golpe que tenía como albo mi rostro. Sobre mi antebrazo izquierdo crujieron los dedos, lancé un golpe con la mano derecha, di en algo, no tengo ni idea en qué, lo que sí sé es que sonó feo.

Bien, perfecto —pensé, al menos no se la llevarán gratis.

Una lluvia de golpes me cayó encima, así y todo no me detuve, además... no estaba sola.

De no tengo idea dónde, Anežka había sacado un caño y con éste golpeaba a los demonios a la par mía.

Intentar concentrarme dadas las condiciones —cuando tenía que procurar no recibir demasiados golpes (los huesos tardan un par de minutos en sanar y el dolor continua siendo dolor) e infligir la mayor fuerza posible para alcanzar

mi objetivo, el cual era: quitármelos de encima— resultaba un tanto difícil, ni cuando me encontraba del todo relajada y concentrada lograba que resultase sencillo enfocarme correctamente en mis poderes. Desde que cambié Vicente ha intentado entrenarme sin embargo aún no obtengo resultados.

Es ahora o nunca, Eliza —pensé.

Solté un par de golpes y patadas más, las que por suerte dieron en el blanco. No tengo idea de qué fue de los demás, pero ahora solamente pelábamos contra dos. Ni busqué a los otros, mi cerebro no podía con todo. Anežka le asestó al demonio que tenía enfrente, un golpe en el costado del cuello con una fuerza de la que no la creí capaz. Juro que oí la columna del demonio al romperse. La criatura cayó pesada al suelo a los pies del único demonio que no se había movido de su lugar, el que bajó de la camioneta por la puerta del conductor. Mi mirada y la suya se juntaron. El otro demonio me cayó encima y lo repelí con una certera patada en la ingle; repito, seas demonio o no, el dolor, continúa siendo dolor.

Ante lo que parecía increíble: Anežka y yo habíamos logrado la oportunidad de escapar, el demonio que nos miraba desde la camioneta soltó un rugido que hizo que a la joven por la que peleaba, se le cayese el caño de las manos.

El demonio se abalanzó sobre mí.

Sentí mi temperatura subir en un parpadeo y un calor intenso recorrer mis brazos, solamente atiné a dirigirlos hacia él. Nunca llegamos a tocarnos. Hubo una explosión que irradió una gran cantidad de energía y calor en todas direcciones. Fui lanzada de espaldas unos cuantos metros oyendo el aire retumbar en el arco del puente y en las paredes de los edificios lindantes.

No soy capaz de especificar ni dónde caí ni cómo, únicamente sé que cuando abrí los ojos Anežka estaba allí, su rostro de nariz sangrante me conminó a levantarme y eso hice, pese a que me dolía absolutamente todo, en especial las manos, las cuales me ardían igual que si las hubiese metido en agua caliente, además de eso, tenía la izquierda rota (no podía moverla). Puedo jurar que al levantarme me di cuenta que tenía algún hueso del pie derecho roto (eso fue con mi última patada), y que mis costillas no lo estaban pasando muy bien, tampoco los nudillos de mi mano derecha, ni mis riñones, ni mi sien izquierda —algo tibio me corría por ahí y me bajaba por el cuello—. Esos daños no eran los únicos, sabía perfectamente que en cuanto me desvistiese, encontraría mi piel repleta de moretones y rasguños.

Al menos ninguno de nosotros se había convertido en aquello que hubiese helado a Anežka en su sitio; la ayuda de la joven fue invaluable, todavía no sé

si hubiese logrado salir de allí sin su ayuda.

Corrimos exigiendo nuestras piernas al máximo, dos cuadras más allá encontramos un taxi, a toda velocidad nos metimos en él. El chofer chilló y rezongó, no le gustó nada nuestro aspecto, sin duda dábamos miedo. La intención del hombre fue llevarnos directo al hospital, también sugirió la estación de policía. Soltándole una buena cantidad de billetes le expliqué que estábamos bien, que acudiríamos a la policía más tarde (mentira, la policía no sabría qué hacer con esto).

A regañadientes nos sacó de allí enfilando en dirección al hotel.

Con los dedos ensangrentados volví a llamar a Vicente.

Otra vez saltó su contestador.

—Soy yo, nos atacaron. Voy de camino al hotel, te veo allí. Creo que lo mejor sería que salgamos de país cuanto antes—. La voz me tembló—. Te amo.

Sus silencios eran una cruz para mí. ¿Dónde estaba, por qué no atendía el teléfono? Me dio pánico que le hubiese sucedido algo malo a él también.

Resultó que el taxista no conocía demasiado bien la ciudad, era un recién llegado del interior del país y apenas si manejaba el taxi hacía una semana. Nos perdimos en Praga y tardamos una eternidad en llegar a destino.

Para no causar un revuelo terrible en el hotel, le pedí la taxista que nos dejase en la esquina. Como pudimos, Anežka y yo intentamos recomponer nuestro aspecto, cosa difícil de conseguir, las dos nos veíamos tal cual como debíamos: molidas a golpes por bestias. Mi abrigo nuevo de horas estaba para tirar a la basura.

De milagro nos escurrimos de la insidiosa mirada del conserje, y por suerte, el muchacho de galera que debía estar custodiando la puerta, no andaba por los alrededores.

Metí a Anežka dentro del ascensor y presioné el botón del último piso.

Sólo entonces, suspiré algo aliviada.

...

—Este lugar es enorme.

Cerré la puerta.

—Debe costar un dineral.

Sin hacer demasiado caso a los comentarios de Anežka, fui directo al cuarto.

—¿Vicente?—. Abrí la puerta, allí no estaba—. ¿Vicente? —En el baño tampoco.

Regresé a la estancia.

—¿Sucede algo?

—Mi marido no está.

—¿Es él como tú?

Le contesté que sí con la cabeza al tiempo que sacaba mi celular para comprobar si no había mensajes. Nada. Llamé otra vez a su número. Nada, otra vez el buzón de voz.

—¿Nos habrán seguido? Digo, esos otros.

—Es posible. De todas maneras, si no fue así, no tardarán en encontrarnos. Igual no te preocupes, no se atreverán a atacarnos aquí, este es un lugar demasiado público, demasiado expuesto; las riñas entre demonios pueden ser...

—Sí, acabo de verlo. La verdad es que este cuarto me parece mucho más privado y menos expuesto que la calle en que nos emboscaron.

—Pueden lograr que una calle quede desierta pero no pueden vaciar un hotel.

—La verdad es que no veo la diferencia. De todos modos todavía intento digerir lo que vi. ¿Qué fue exactamente lo que pasó allí? Y por cierto... —se me acercó—, en el taxi noté que... —tomó la mano que se me había roto — ¿no le duele?

—Molesta un poco; creo que me la rompí, para mañana en la mañana estará como si nada. Sanamos muy rápido.

—Lo noté, sus nudillos eran sangre hace media hora, ahora la piel se ve perfectamente bien, toda la piel... y eso que se veía igual que si hubiese metido las manos en el fuego. El corte que tenía en la sien también ha parado de sangrar.

—En cambio tú necesitas algo de atención.

—Mi nariz ya no sangra.

—Necesitas darte un baño y cambiarte de ropa. No puedes volver a salir a la calle así, y lo mejor será que nos larguemos en cuanto llegue mi marido. Si es posible saldremos del país esta misma noche.

—Eso lo veo complicado. Guardaba todos mis documentos en el departamento.

—Tenemos nuestros modos, no te preocupes.

—Sí, seguro, por cierto, qué fue lo que hizo cuando ese demonio se le acercó. Pensé que el calor me achicharraría.

—Anežka, fue un día muy largo, hablaremos de eso en otro momento.

En el taxi, de camino aquí, aparte de concentrarme en detectar si los demonios nos seguían o no, pensé en aquello: había lanzado fuego, o al menos, mucho calor, y me da la sensación que el otro demonio hizo exactamente lo mismo. Nuestras fuerzas deben haber chocado o algo así, provocando una onda expansiva que nos lazó a todos lejos, igual que si una bomba hubiese explotado. Bien, la verdad es que esas no son más que conjeturas; para ser sincera, todavía no entiendo cómo hicimos para salir de allí con vida, y juntas.

—Te buscaré algo de ropa; te compraré nueva en cuanto tengamos la

oportunidad—. Intentaba mostrarme fuerte y segura ante Anežka, sin embargo la verdad es que en este momento me sentía un tanto susceptible, cuando llegamos al hotel creí que encontraría a Vicente aquí, preferí creer que la ausencia de una respuesta a mis llamados se debían a su celular estaba sin baterías o algo así; no saber nada de él, después del enfrentamiento con aquellos demonios, suponía una cruz demasiado pesada y complicada de cargar, para mí.

Después de que se lo pidiera, Anežka me siguió al cuarto.

Mi ropa iba a quedarle grande, sobre todo los pantalones, y de largo más que nada, pero cualquier cosa era preferible a las prendas rotas y salpicadas de sangre que llevaba ahora. Encontré unos jeans, una remera de mangas largas, un suéter. Con los zapatos no habría suerte, yo calzaba cuatro números más que ella (sus botas tendrían que funcionar por el momento). En el baño le indiqué dónde estaba todo.

En cuanto cerré la puerta, abrió la ducha. Anežka no dejaba de sorprenderme, con pocas o casi ninguna respuesta a las cientos de preguntas que debía tener, aceptaba mi palabra. Me figuro que tal vez, después de ver lo que esos demonios eran capaces de hacer, no debían quedarle muchas dudas de que en verdad, yo estaba de su lado.

Salí del cuarto, me quité el abrigo, la tela de los puños lucía chamuscada y derretida. A pesar de que mis manos se veían bien, la piel todavía me ardía.

—Probablemente estuve muy cerca de morir —susurré.

Frente al espejo que colgaba encima de la chimenea, levanté el suéter que llevaba. La imagen no era muy agradable, la piel sobre mis costillas y abdomen lucía el color morado de una ciruela madura, con toques de verde y amarillo aquí y allá, donde los golpes comenzaban a sanar.

Palpe un bulto debajo de mi seno derecho, me dolió como mil demonios, era un pedazo de costilla. No sé cómo, junté coraje y la reacomodé en su lugar. Ahora que lo pienso tuve suerte de no perforarme un pulmón al hacerlo. Qué más da, de todos modos a cada rato me subía por la garganta un desagradable gusto a sangre. Me pregunté que resultados arrojaría ahora una tomografía de mi cuerpo; hemorragias internas, quizá algún que otro órgano vital en muy mal estado. Ni modo, para mañana eso sería parte del pasado. Otra vez volvía darle vueltas a lo increíble de haber salido con vida de ahí.

Las ropas cayeron sobre mi torso otra vez. Ahora mis ojos se concentraron en mis manos. Nada a simple vista.

Fui hasta la cocinita y las metí debajo del chorro de agua fría, luego me lavé la

cara y enjuagué los mechones de pelo que tenía pegoteados de sangre. Al final, cerré la canilla y me quedé inclinada sobre la mesada.

—Eliza.

Di un respingo al oír su voz junto con el sonido de la puerta de entrada al cuarto. Salí corriendo de la cocina.

—¡Vicente!

Chocamos cual rocas; el soltó un gemido de dolor cuando lo golpeé, no le hice caso a eso, colgándome de su cuello lo abracé con todas mis fuerzas.

—Moría de la angustia. ¿No te llegaron mis mensajes? Perdí la cuenta de cuantas veces te llamé. Nos salvamos de milagro, eran al menos ocho, nos cerraron el camino en una calle oscura. Iban en una camioneta azul —solté a toda velocidad sin apartarme de su pecho.

—¿Estás bien? ¿Y la chica, ella...?

Apartándome un poco, lo miré a la cara.

—En el baño, dándose una ducha, acabamos las dos cubiertas de sangre y golpes. Todavía no sé cómo hicimos para librarnos de ellos.

Frunció el entrecejo.

—Es... —hizo una pausa para apretar los labios—. La percibo desde aquí. Es impresionante.

—Lo es. Lo más impresionante de todo es que no tuvo miedo de enfrentarlos, cogió un caño de no sé dónde y los golpeó, si se hubiese quedado helada probablemente no estaríamos aquí ahora. Tenemos que lárganos cuanto antes

—. Lo solté y di un paso atrás, fue entonces cuando noté que llevaba la bufanda enroscada alrededor de la mano derecha—. Qué... por qué llevas...

—mis ojos guiaron a los suyos hasta su mano.

—Escuché mi teléfono sonar pero no pude contestar; no fuiste la única que tuvo problemas esta noche.

Mis peores suposiciones se convertían en realidad.

—Escuché tus mensajes de camino aquí.

—¿Te atacaron?

—Cuando salí de la cena a la que fui; fue en la calle, eran dos, uno me hizo esto —lentamente desenroscó la bufanda de alrededor de su mano. En su cara, la mueca de dolor cobraba cada vez más fuerza. En la mía se formó una mueca de horror. El nauseabundo olor que se liberó en el aire en cuanto solté la última vuelta de la bufanda de seda me revolvió las tripas. La piel negra, arrugada, agrietada y supurante de sangre y un líquido amarillento parecía la de un cuerpo que ha pasado por un proceso de momificación no del todo

exitoso.

Instintivamente me llevé ambas manos a la boca. Me dieron arcadas.

—¡Dios! ¿Por qué todavía no sana? ¿Cuándo fue?

—Estimo que a la misma hora que las atacaron a ustedes.

—Entonces ya debería... mis manos —instintivamente adelanté mis manos hacia él.

—¿Qué pasa con tus manos?

—Quedaba uno, era él contra nosotras dos. Supe que tenía que hacerlo y lo intenté.

—¿Lo quemaste? —Sus maravillosos ojos grises, los cuales se encontraban algo opacados por el dolor, se abrieron de par en par.

—Sentí calor brotando de mis manos... no sé exactamente si lo logré o no, creo que el demonio hizo algo, posiblemente lo mismo. Hubo una explosión, los dos salimos despedidos. Supongo que logré quemarlo pero no tengo ni idea de dónde o cuánto. Por lo visto en Praga hay más de un demonio...

—Eliza.

Anežka había salido de la ducha. Estaba enfundada en una de las batas del hotel y llevaba una toalla sobre el cabello mojado. Así sin sangre por todos lados, se veía mejor.

—Anežka, él es mi esposo, Vicente.

—Vicente, ella es Anežka.

Vicente se puso pálido. Su cara empeoró todavía más.

Anežka le dedicó un tímido hola sin avanzar más allá de la puerta del cuarto.

Faltaba poco para que del aire brotasen chispas. Probablemente a Anežka le incomodaba mucho la gran fuerza de Vicente (supongo que cómo mínimo debía de sentirse aprensiva frente a él, además debe ser un cambio significativo que te acompañen dos demonios, en vez de uno, al menos, en sus condiciones).

Para Vicente la situación no debía ser menos sencilla, yo todavía recuerdo con mucha precisión el modo en que me sentí al enfrentar por primera vez a la joven.

Me entró curiosidad por saber si Vicente podía ver en ella algo más preciso de lo que yo llegué a atisbar.

—*Teší mne, že Vás poznávám*—. Mucho gusto, le dijo Vicente en un checo que no era mucho mejor que el mío; él solamente se había aprendido unas cuantas frases de cortesía, no era su primera vez aquí (tal como me contó el día en que Gaspar me llamó para avisarme que tenía que venir aquí) sin embargo en sus visitas siempre se manejaba en inglés, nunca antes había tenido la necesidad o

las ganas de aprender el idioma local.

—Anežka, nos das un momento por favor, enseguida estoy contigo.

Anežka no se movió.

—¿Necesitas algo?

—No, nada, es que me asuste cuando... —dejando la frase inconclusa miró a Vicente; lo sintió llegar, seguro que se llevó terrible susto.

—Iré a vestirme.

—Sí, claro, en un momento estoy contigo.

Anežka se metió en el cuarto cerrando la puerta detrás de sí.

—Pensaba en volar a París esta misma noche.

—¿A París? ¿Eso por qué?

—Quiero ver a Eleazar.

—¿Para qué?

—No les importó violar la entrada de su departamento. Destrozaron el lugar y todo lo que había dentro, y además se robaron una cruz que era de su madre. Tampoco experimentaron el menor reparo al atacarnos en mitad de la calle y amenazaron con quitarme del medio y lo intentaron—. Di un par de pasos hasta él y alcé su mano quemada tomándolo por el antebrazo—. Y te hicieron esto.

Vicente se liberó de mí.

—No me parece buena idea.

—Necesito respuestas y ella protección. Vicente, sabían mi nombre.

—Lo llamaremos desde Buenos Aires, cuando dejemos a la joven con Gaspar.

—No pienso dejar a Anežka con nadie —solté sin darme cuenta de lo que decía o en el tono que lo pronunciaba. Soné autoritaria y a la defensiva.

—Deberías mediarlo, ya vez que esto no te hace nada bien, directa o indirectamente...

—Cómo sea. Ellos van un paso por delante de nosotros y si alguien puede ayudarnos es él. Soy yo la que menos tiene ganas de verle la cara, pero si nos siguen, París será el lugar más seguro en el que podamos refugiarnos. Además tal vez pueda ayudarnos con eso —dije apuntando su mano—, no se ve nada bien y no creo que a se te pase un poco el dolor con agua fría como me pasó a mí.

—¿También resultaste quemada?

—Me ardía la piel como si hubiese metido las manos en agua hirviendo, se me pusieron rojas y se hincharon. Cuando llegamos aquí ya estaban bien, ahora solamente me arden un poco.

—Esperemos a mañana, quizá si hablamos con Gaspar primero, es posible que él pueda ayudarnos a averiguar qué es lo que sucede aquí.

—No voy a pasar una noche más en esta ciudad, podría estar muerta y tú también, incluso ella —apunté con la cabeza hacia atrás, al otro lado de la pared Anežka se metía en mi ropa—. No pienso arriesgar nada más, no tiene sentido. Vinimos a buscarla, a ayudarla. Pues bien, ella aceptó venir conmigo, debemos salir del país cuanto antes.

Vicente, en vez de contestarme, dio la media vuelta y enfiló rumbo a la cocina. Los seguí.

—¿Qué pasa?

Metió la mano debajo del agua fría.

—Nada —contestó sin mirarme.

—¿Podemos conseguir que un avión nos saque de aquí esta misma noche?

—Supongo que sí.

—Bien, que bueno.

Todavía con el chorro de agua corriendo sobre su mano quemada, giró la cabeza y me miró.

—Por qué no mejor reconsideras lo de París, podemos arreglar esto solos, es más, si tienes la voluntad podríamos solucionarlo aquí a ahora.

—No te entiendo. ¿De qué estás hablando?

—No quiero que la lleves con nosotros.

Sentí un ligero temblor debajo de mis pies.

—Te dije que no pienso abandonarla aquí, además... Vicente... ¿qué sugieres que haga? Te imaginas lo que harían de ella si nos vamos ahora.

De un golpe cerró la canilla. Enderezó la espalda y me enfrentó.

—Lo lamento, solamente me imagino lo que hará de ti, de nosotros, si nos acompaña de vuelta a casa.

—Eso es terriblemente egoísta, no puedo creer que...

—Lo es, no quiero que te metas en esto, no es buena idea. No sugiero que la abandonemos, simplemente pensaba en buscar a alguien más para que la cuide.

—Le prometí que...

Vicente no me permitió terminar.

—No te preocupes por eso, el día que cambie comprenderá a la perfección tus razones.

—¿Cómo va a hacer eso si siquiera yo entiendo por qué debería hacer semejante cosa?

—Por una vez en la vida hazme caso, llevo mucho más tiempo que tú en esto,

no es buena idea que esa chica venga con nosotros, ella es demasiado para ti, mucho más de lo que creí que sería. Y sí, soy un egoísta, no quiero perderte por su culpa. Hemos pasado por mucho para llegar a dónde estamos, nos merecemos un poco de paz.

—Ella no va a cambiar lo que tenemos.

—Eso no es cierto, ya lo ha cambiado. Tal vez todavía no se note demasiado pero se notará.

—Vicente, es una tontería, te amo, nada va a cambiar eso.

—Creí que habíamos dejado atrás la etapa de los problemas y las discusiones.

—Es que siquiera tendríamos que discutir por esto.

—Eres tú la que trajo a casa los problemas y las discusiones, no yo. Esta mañana te dije que debíamos llamar a Gaspar para que se hiciese cargo de esto.

—Sinceramente no te reconozco.

—Ni yo a ti, creí que habías cambiado para estar conmigo, no para convertirte en un demonio.

—¿Qué?!

—Estas son cosas de demonios.

—Pues es lo que soy ahora.

—Bueno, insisto en que creí que continuarías siendo la mujer que...

—Sigo siendo la mujer que cambió porque supo que este era su lugar en el mundo, pero no puedo ser una cosa sin ser la otra. Además, no nos olvidemos de quien es mi padre —le sonreí, esta discusión no me gustaba nada—, no se pueden ni evitar ni ignorar los genes.

—Si es broma, no tiene gracia —gruñó y salió de la cocina pasando por mi lado hecho una exhalación.

—Eh, un momento. ¡Vicente! —Le di alcance y lo frené tomándolo de un brazo, él se dio la vuelta y me miró con mala cara—. Exageras. Nada de esto tiene razón de ser. No persigo ningún...

Vicente cortó mi frase en seco, alzando su mano quemada delante de mi nariz.

—¿Ves esto? —Me dio un momento—. Es lo que podría sucedernos a ambos. No quiero esto, de modo alguno. Lo soportaría estando solo, lo soportaría si fuese el mismo que era hace tres años, antes de conocerte. Éste Vicente, el que ves ahora, parado delante de ti, tú esposo, ya no quiere esto. Estoy harto, con todo lo que sucedió contigo llegué al límite de locura demoníaca. Si aún sigo aquí, si continuó con vida fue por ti, no por ser esto, porque tú le diste un sentido, uno muy distinto al que mi vida tenía antes—. Apretó los labios—.

Sin darte cuenta traes todo de nuevo... del pasado al presente otra vez, la misma vieja historia de siempre. No quiero eso, y creí que tú tampoco lo querías. Esperaba que pudiésemos vivir en paz.

—No va a ser más que por un tiempo, en cuanto ella...

—¿No lo entiendes, no es así?

—¿Qué es lo que tengo que entender?

Me miró fijo.

El tiempo se hizo elástico.

Entre su mirada y la mía, algo no iba bien, y eso no me gustó nada.

—Lo siento, le di mi palabra.

—Antes me la diste a mí.

—No veo lo que tú ves, para mí es la única opción posible, no creo que sea necesario elegir entre ella y tú, eso es ridículo. No es para tanto. Sí, tuvimos un día pésimo; en cuanto salgamos de aquí pasará. Eleazar no va a negarse a ayudarnos, y en cuanto regresemos a casa tendremos el apoyo de los demás.

—No lo comprendes —soltó y me dio la espalda. Sacó el celular y marcó unos cuantos números. Sin que mediase un “buenas noches” o siquiera un “hola” (y mucho menos una disculpa por el horario en que llamaba), le ordenó, de buenas a primeras, a quien estaba del otro lado de la línea, que preparase el avión.

La comunicación no debe haber durado más de treinta segundos, transcurridos los cuales, volvió a darme la cara.

—Por cierto —dijo a cara de piedra (no me costó entender que estaba furioso, ahora que comprender sus razones, pues bien, eso sí que no) —, perdí mi alianza.

Volví a mirar su mano quemada, era cierto, el anillo ya no estaba allí.

—Algo le pasó cuando esa cosa me quemó.

Me le acerqué sonriendo, necesitaba que hiciésemos las paces. Lo tomé del brazo en que tenía la mano quemada.

—Lo remplazaremos cuando regresemos a casa.

Vicente apartó su rostro de mí.

—Por favor, te necesito a mi lado, no puedo hacer esto sola, y tampoco puedo dejarla. Te lo ruego, te juro que nunca más...

—Te amo, ¿puedes entender eso?

—Claro que sí, y yo también te... —con su mano sana, tapó mis labios.

—Eres todo lo que yo necesito en este mundo.

—Y tú lo que yo... —otra vez me impidió hablar. Un par de segundos más

tarde, quitó sus dedos de mis labios, aproximó mi rostro al suyo, sus labios a los míos.

—Siempre te amaré —susurró en mi boca y me besó.

Dos horas más tarde, nos encontrábamos los tres dentro de la cabina de un avión privado, abandonando suelo checo, rumbo a París.

4. Luna menguante.

Al otro lado de la pequeña ventana, la luna menguante brillaba. Dentro, ardían tres soles a punto de convertirse en supernovas capaces de convertir en polvo a toda la humanidad.

Por encima de su diario parisino, Vicente espiaba en dirección a Anežka. La chica dormía acurrucada en la amplia butaca, arropada con una manta. Incluso dormida, ella desparramaba una gran cantidad de energía, la cual como nos encontrábamos encerrados dentro de la cabina, no tenía por dónde escapar.

Al otro lado del avión, yo frente a Vicente, sostenía una taza de café entre las manos, procurando entretenerme bebiendo, cosa que obviamente, no daba resultado. Los nervios, la presencia de Anežka, mi discusión con mi esposo (eso continúa sonándome raro), ser consciente de que volvería a ver a Eleazar en un par de horas... a mi padre —pensé—, al Diabolo, hacía que mi temperatura se mantuviese mucho más alta de lo normal.

Esta suerte de fusión nuclear se completaba con Vicente, no sé si por algo en particular, o por la suma de todo, él también irradiaba demasiada energía.

Fugaces, sus ojos pasaron sobre mí cuando cerró el diario. Con la mano sana, se estiró y apagó la luz de encima de su cabeza. Su otra mano, herida y vendada, descansaba sobre su pecho. Se acomodó sobre el asiento y cerró los ojos.

Qué sucede aquí —me pregunté en silencio.

Decidida a no dejar las cosas como estaban, coloqué la taza sobre la mesita y me levanté de mi lugar. Fui hasta él y me paré frente a sus rodillas. Mi cercanía le hizo abrir los ojos.

—¿Qué? —preguntó en un susurro.

Me incliné sobre él y comencé a besarlo.

—Nada cambiará —le juré cuando colocó su mano sana y caliente sobre mi muslo.

—No hagas promesas que luego no podrás cumplir.

—Voy a mantener mi palabra.

—Esto es lo mejor que yo haya tenido jamás y no quiero perderlo.

—No vamos a perderlo —acomodándome sobre su regazo rodeé mis hombros con su brazo—. Tú y yo hasta el fin de los tiempos, por siempre.

—Sea lo que sea que eso signifique —apostilló él y no me gustó.

Tengo tendencia a querer quedarme siempre con la última palabra, quizá, esta, por primera vez, debió ser la oportunidad en que debí hablar, en vez de callar, sin embargo, como sus ojos me pedían silencio, lo abracé y cerré la boca.

Antes de llegar París llamé a Eleazar a su celular, otra vez no contestó (era la tercera que me saltaba la casilla de mensajes; mucha tecnología y así y todo cada vez que deseaba ponerme en contacto con alguien, no podía), de modo que le dejé un mensaje avisándole que en un par de horas llegaría a su departamento. Preferí no adelantarle nada sobre los motivos que me llevaban no solamente a llamarlo, sino a visitarlo. Esta sería la primera vez desde la noche en que nos salvó a Vicente y a mí, que nos veríamos las caras. Es más, desde entonces no habíamos tenido mayor comunicación. Eleazar me llamó dos veces, la primera para saludarme por mi casamiento, y la segunda, como no le respondí el llamado, para ver si yo aún continuaba con vida.

...

El frío de París no tenía mucho que envidiarle al de Praga.

En un inmenso auto de alquiler metimos nuestro equipaje y emprendimos camino al departamento de Eleazar. Si bien la ciudad parecía todavía dormida, el día ya despuntaba. El sol teñía el concreto de la autopista, sus carteles, la nieve y la pintura de nuestro auto, de dorado. Incluso nuestros rostros tenían un poco de color.

Como ya no soportaba el silencio (las cosas entre Vicente y yo fluían un poco mejor, eso suponía un gran respiro para enfrentar lo que se nos venía encima, el hecho de ser conscientes de que pronto volveríamos a tener frente a nosotros a mi padre, nos tenía alterados) saqué conversación. La pobre de Anežka debía padecer un fuerte estado de shock por los hechos de las últimas horas y yo apenas si había atinado a intentar reconfortarla. Puede parecer una insignificancia, si hasta me dio la impresión de que la pobre se sentía incómoda en mis ropas.

—Si todo sale bien, y se te apetece, en la tarde podemos ir de compras, para que puedas cambiarte de ropa.

Cruzamos una mirada por el espejo retrovisor y ella articuló un suave

“gracias”.

—Es lo mínimo que puedo hacer por ti.

—¿Entonces, nos quedaremos aquí o qué?

Vicente giró la cabeza, me miró, le devolví la mirada y luego me giré sobre el asiento.

—Veremos a alguien y luego regresaremos a casa.

—¿Y dónde es exactamente eso?

—En Buenos Aires, en Argentina.

—Al otro lado del mundo.

Asentí con un gesto.

Anežka resopló.

Vicente me espió por el rabillo del ojo alzando las cejas.

—¿Alguno de ustedes tiene un cigarrillo?

—No —contestamos los dos a coro.

—Bueno, y a quién vinimos a ver.

—A alguien que puede ayudarnos a mantenerte segura.

—¿Para que no vuelva a sucedernos lo de ayer?

—Así es.

—¿Cómo es que ustedes sanan tan rápido?

—Simplemente así es —le contestó Vicente.

—Tu mano todavía no mejora.

—Ya lo sé —le gruñó en respuesta.

—¿Por qué?

—No estamos seguros —fue mi turno de contestar. Me imagino que a Vicente no le caía en gracia el interrogatorio.

—¿Cuántos de ustedes hay en este mundo?

—Cientos, miles...

—Probablemente millones —completó Vicente interrumpiéndome.

—¿Y cómo es que el mundo continúa en pie? ¿Es esto una suerte de apocalipsis, la vida del mundo mengua, viene el juicio final o siempre ha sido así?

—Me figuro que la población demoníaca ha ido aumentando junto con la humana.

Vicente me espió otra vez por el rabillo del ojo como diciendo: ¿todavía no le cuentas nada?

Inspiré hondo y lo solté.

—Hasta hace unos meses solía ser humana, digo, todavía lo soy, al menos en

parte. Cambiamos en parte y una parte de nosotros...

Anežka soltó un insulto.

—¿Es eso cierto? ¿Todos ustedes solían ser humanos?

—Y hemos elegido cambiar. Es lo mismo por lo que pasarás tú —explicó Vicente.

—O sea que... tengo que cambiar porque no me queda otra opción al menos que quiera morir, y cuando cambie, seré igual que ustedes.

Asentí con la cabeza.

—¿Y podré hacer eso que tú hiciste en ese callejón, eso de la explosión y el calor?

Vicente apartó otra vez los ojos del camino, cruzamos una mirada.

—No somos muchos lo que podemos hacer esto.

—¿A no? Tú y quién más.

En respuesta miré a Vicente.

—¿Ustedes dos?

—Y probablemente ese último demonio al que nos enfrentamos. Quizá también había otro más aparte de él en Praga, alguien le hizo lo mismo a él.

—En la mano —completó ella.

—Así, es —Anežka comenzaba a comprender.

—Bueno, esos son bastantes demonios que pueden hacer eso.

—Como sea, hay muy pocos de nuestro tipo.

—¿Qué es exactamente eso que ustedes hacen?

—Tenemos permiso de manipular fuego —articuló Vicente con voz áspera.

—¿Tienen permiso de manipular fuego? ¿Eso qué significa?—Sonreía, todo esto debía parecerle ridículo.

—El fuego le da vida al Infierno, es la posesión y el bien máspreciado del Infierno, solamente unos pocos tiene permiso de generarlo y manipularlo. Nosotros somos de esos.

—Tenemos autorización de jugar con fuego... con el fuego tal cual tú lo conoces —continué yo.

—Y de generar otro que nada tiene que ver con el mundo humano, un fuego que tiene el poder de quemar y matar a otros demonios. Ese fuego nos mata —entonó Vicente.

—Entonces no son infalibles.

—No del todo —respondí—. Así y todo nosotros... Vicente tiene más de un siglo de vida. Existen otros todavía mucho más...

—¿Viejos? ¿De cuánto?

Anežka estaba que se le salían los ojos de las órbitas.

—Cientos de años.

—Es decir —tragó saliva—, que cuando cambie a lo que son ustedes básicamente voy a ser inmortal.

—Algo así.

Anežka palideció.

Aproveché la oportunidad y le hablé de Gaspar y su familia y le expliqué a qué se dedicaban, le conté cómo vivían y le adelanté que ellos formarían parte importante de su cambio, y de la primera etapa posterior a éste. Le conté cosas sobre nuestro mundo, procurando aclarar las confusiones típicas de esta situación. La verdad sobre los demonios, tal cual yo aprendí en el transcurso de un par de años, no era la misma que la humanidad creía conocer. Supongo que le tomaría un tiempo asimilar esto que sacado de contexto y de su nueva realidad, semejaría ser un cuento chino. También le conté sobre Lucas (obviando las partes enredadas y que no venían al caso), le conté sobre mi familia (explicando que aún los veía), y le hablé de todos nuestros otros amigos, de Jan, Anita, Marie y el resto que al igual que nosotros, no era lo que se espera de un demonio, incluso, dentro de nuestra sociedad.

Además intenté echar un poco de claridad sobre los cambios que traería su transformación, aparte de la gracia de sanar con suma rapidez y no enfermar y no envejecer.

Probablemente esta fuese una conversación demasiado importante y trascendental para mantenerla en un automóvil de camino al centro de París, pero no quería que ella tuviese que enfrentarse a Eleazar sin conocer absolutamente nada de lo que sería su futuro.

Lo que sí no alcancé a explicarle, porque no tenía ni idea de cómo hacerlo, era quién y qué era Eleazar y lo relacionado sobre el lazo que nos unía.

Como cualquier humano, Anežka reaccionó con exclamaciones y muecas de lo más variadas y expresivas ante la nueva realidad que le solté sin anestesia o piedad. Las nociones de inmortalidad, eterna juventud, fuerza inconmensurable, poderes incomparables para cualquier humano no pasan de cualidades de super héroes y demás criaturas de ficción. Nadie siquiera puede soñar con ese tipo de cosas. Supongo que también le llevará un tiempo asimilar que su trabajo, para mantenerse fuerte, al menos durante los primeros años, y por qué no, siglos, será comprar almas para el Infierno (hasta lo que me contó Vicente, solamente los muy viejos o muy poderosos pueden prescindir de eso).

Creo que mis palabras la aturdieron todavía más.

Solté mucho de lo que a mí me había tomado meses aprender, aquello la dejó muda recostada sobre el asiento trasero, con la mirada perdida en el paisaje. Aproveche el momento y llamé a Eleazar otra vez.

—Soy yo, otra vez. En un par de minutos llegaré al departamento. Necesito que nos veamos, de verdad es urgente, no te lo pediría de no ser así. Por favor, Eleazar, tenemos que hablar. Te estaré agradecida si al menos me llamas. Bien...adiós—. Me costaba horrores acabar estos mensajes, qué se supone que debía decirle: “bien papá, te dejo un beso, nos vemos luego” o “besos, te quiero”.

Quererlo... no tenía ni la menor idea de qué sentía por él además de gratitud por habernos ayudado tanto a Vicente y a mí. Por lo demás, ese asunto todavía era confusión.

En cuanto corté llamé al departamento. Eleazar no se encontraba allí, de hecho su mayordomo me comentó que llevaba un par de días fuera, y por supuesto, el Señor no tenía por qué explicar dónde iba, por cuánto tiempo, ni nada.

Me limité a avisar que caeríamos por ahí en un par de minutos; el hombre, tan formal y solícito como siempre, me aseguró que tendría todo listo para entonces.

Con poderes o sin ellos, humana o demonio en potencia, Anežka no dejaba de ser una adolescente. París la obnubiló. París, su moda, el lujo, sus hombres y mujeres, el barrio y el edificio frente el cual nos detuvimos.

Ella era una niña que debió crecer demasiado rápido, que ahora tenía en frente el mundo y, otro mundo impresionantemente distinto al que sus poderes la lanzaron así sin más, sin paracaídas, sin un guía, sin nada, sola y desamparada. Lo único que opacó la fastuosa visión de todo aquello, que quizá bajo otras circunstancias hubiese sido el sueño de toda quinceañera que internamente desea sentirse princesa por un día, fue que Anežka percibió en el aire lo que Vicente podía oler, y yo sentir y oler, lo que nosotros dos sabíamos de sobra: que allí vivía más de un demonio, que uno en particular, era demasiado fuerte, el más fuerte todos.

Fue movilizante traspasar las puertas de aquel departamento. Lo fue para los tres.

Nadie allí pudo darme más datos sobre el paradero de Eleazar. A Vicente no le gustó ni un poco: insistí en que nos instalásemos allí al menos por veinticuatro horas. Sugerí, para calmarlo, que se comunicase con Gaspar y que

lo pusiese al tanto de nuestra situación, mientras yo intentaba ponerme en contacto con Eleazar, además también parecía lógico que le diésemos un respiro a Anežka, en las últimas horas no habíamos hecho más que arrastrarla de aquí para allá.

Mientras Vicente hablaba con Gaspar, me llevé a Anežka a la cocina, las dos necesitábamos comer, en el avión apenas si habíamos probado bocado y ya era media mañana. Lo que sí, tomé el recaudo de pedir que nos dejaran a solas, mi pupila no era tonta, miraba con desconfianza a todos los que la rodeaban.

Preparé café, le puse en frente algo de fruta, pan, improvisé unos huevos revueltos y saqué dulce y manteca de la heladera. Mientras cocinaba y preparaba la mesa, fui picoteando un poco de esto y aquello, lo cual llamó la atención de Anežka, olvidé explicarle el asunto de la comida y el hambre, y el tal vez posible futuro desinterés por el alimento.

—No, no necesitamos comer. Es que durante los primeros tiempos la ansiedad es fuerte y te da hambre, mucha hambre. También hay quienes a la larga, pierden el gusto por la comida, los que son más apegados a las reglas de nuestro mundo, se reusan a comer, es algo muy humano y por tanto una debilidad, una mácula en nuestras existencias.

—Nunca he sido de comer mucho, en casa no solía haber demasiado y además... —no terminó la frase.

—Reunirse alrededor de la mesa es agradable, muchos de nosotros prestigiamos ese momento, lo valoramos, ya sea con amigos o con familia es siempre un momento de gran valor—. Le coloqué enfrente una porción de huevos revueltos y unas rebanadas de pan tostado—. Come, necesitas comer para estar fuerte.

—Por lo que dijiste pronto voy a ser fuerte, más que cualquier humano.

—Como sea —empujé el plato más cerca de ella—, come, por ahora lo necesitas.

—¿Duele?

—¿Qué cosa?

—Cambiar.

—No necesariamente, es extraño.

—¿Te sentiste menos humana? No sé si la pregunta es la correcta. Es que no me hago a la idea; todo pasó tan rápido. Tengo la sensación de que en cualquier momento voy a despertar. Tengo miedo, tanto de despertar como de seguir soñando.

—No, no me siento menos humana. También tuve miedo, dudas, cientos de

dudas, según mi experiencia, cambiar no es perder algo, sino ganar mucho, es como si poco a poco fueses completándote.

—Mencionaste que tus padres están vivos y que los ves, ellos saben lo que eres, lo qué es Vicente.

Todavía recuerdo lo complicado y estresante que fue el día en que mamá y yo intentamos explicarle a mi padre, cuál era la realidad; el caso es que sé que el que se llevó la peor parte de aquella experiencia fue mi papá. Saber la verdad, toda la verdad, incluso sobre aquel que me engendró, le supuso unos cuantos días de atolondramiento mental. Eso ya no era un tema sobre lo que discutiésemos, es más, soy consciente de que todos hacíamos un esfuerzo para evitar el tema.

—No creo que por lo pronto puedas volver a ver a tu familia. Si quieres llamarlos...

—No tengo a quien llamar. No tengo ni idea de dónde está mi padre, como te dije, me fui de casa hace mucho. Mi papá bebía y no estaba mucho en casa. Tengo hermanos mayores que me figuro hicieron sus vidas.

—¿Y tu madre?

—Se suicidó hace seis meses. Aquella cruz era lo único que me quedaba de ella.

—Lo lamento.

—Era muy católica. Es el día de hoy que no termino de entender por qué lo hizo. Ella creía tanto en el Paraíso como en el Infierno. ¿Estará allí? ¿Existe?

—No tengo ni la menor idea de si existen, o si es como se piensa.

—Espero que mi madre no esté en el Infierno, ella no lo soportaría —bajó los ojos un momento y luego volvió a mirarme—. Por mucho tiempo creí odiarla, me hacía la vida imposible, fue ella quien convirtió mi existencia en un infierno, aun así, me dolería mucho saber que está allí.

—Estoy segura de que tu madre está bien, una persona que amó tanto, que se preocupó tanto por su hija, no puede tener un destino así.

—¿Incluso si estuvo a punto de llevarme a la locura?

—Los que más aman y más se preocupan son los más susceptibles a cometer errores. Los que son fríos, los que no se interesan, simplemente no hacen nada, por lo tanto, es difícil que se equivoquen.

—Supongo que eso es cierto.

—Anežka, ser esto no es tan malo si eliges serlo, y continuar valorando tu humanidad. Existen muchas cosas que puedes hacer sin dañar a nadie, cosas que pueden ayudar a otros, cosas que mantienen la balanza entre el bien y el

mal tanto más equiparada. Nosotros lo intentamos y esos amigos de los que te hablé también lo hacen.

—Todo esto es tan jodidamente loco.

—Sí, lo es.

Mi celular se puso a vibrar e inmediatamente a sonar. En el visor apareció el nombre de Eleazar. El corazón se me disparó.

—Hija, qué milagro.

—Eleazar...

No me permitió hablar.

—Si deseas verme te puedo dar quince minutos, es todo, estoy de pasada por la ciudad y no pienso alejarme hasta el departamento. Si quieres hablar te subirás sola al auto que envié a recogerte. Nos veremos allí donde yo estoy.

—Es que yo...

—Soy tu padre, que no se te olvide ese detalle.

—No se me olvida.

—Han pasado meses.

—¿Me recriminas que no te llamara? Te recuerdo que viví más de veinte años sin saber que...

—Todo tiene un tiempo y un lugar —soltó interrumpiéndome—. Dime ahora si vendrás o no, tengo muchas cosas que hacer, no planeo continuar perdiendo el tiempo con esta discusión.

—Subiré a ese auto.

—Perfecto, entonces nos vemos luego—. Sin despedirse me cortó.

—¿Quién era?

—El dueño de casa. Tendré que salir para reunirme con él.

—Voy contigo.

—No puedes. Vicente cuidará de ti mientras tanto.

—No me gusta la idea, él no me agrada y creo que no le agrado.

—Puedes confiar en Vicente.

—Es que me da la impresión de que él desconfía de mí.

—Nada de eso —mentira. Odiaba mentir, pero en este caso no me quedaba otra opción.

Dejé a Anežka comiendo y fui a avisarle a Vicente que tenía que salir para reunirme con Eleazar; a él tampoco le gustó ni un poco la idea de que lo dejase al cuidado de la joven, y menos que menos, que me enfrentase sola a mi padre en Dios vaya a saber dónde. ¿Qué otra opción teníamos?

Mientras me preparaba para salir, Vicente me contó que Gaspar se había

puesto en movimiento para ayudarnos a resolver el embrollo. Unos de sus hijos iban camino a Praga y otros esperaban la orden para salir hacia aquí. Una ducha y un cambio de ropa más tarde, estaba lista para salir a enfrentar a Eleazar.

...

El chofer no quiso decirme dónde me llevaba, según él, no tenía autorización de hacerlo. Cuando le pregunté cuánto demoraría el viaje, se limitó a contestar que eso dependía del tránsito con que nos topásemos.

Tanto secretismo me puso los pelos de punta.

Imaginé que a Eleazar mi silencio no lo hacía feliz, esperaba muchas cosas de mí, demasiadas me figuro; lo principal del caso, es que sé que le complacería muchísimo tenerme a su lado, lo presiento y yo solamente me esforzaba todo lo posible en mantenerlo alejado de mí. El saberlo enojado (o al menos molesto; se le notaba en la voz que lo estaba) no era algo inesperado, lo barajaba entre las posibilidades, es que tener que enfrentar el rencuentro, dadas las circunstancias, hasta a mí me parecía bajo; volver a él simplemente porque necesitaba de su ayuda no era lo que puede definirse como una demostración de amor filial.

Desde el automóvil, unos veinte minutos más tarde, mandé un mensaje de texto a Vicente avisándole que aún me encontraban en camino a no sé dónde. Luego de enviar el mensaje, le quité el volumen al celular y lo puse en vibrador. A los pocos segundos recibí respuesta:

Bien, mantenme al tanto de todo.

A pesar de que apenas era otoño, la ola de frío que cubría toda Europa, también pegaba duro sobre las afueras de París. La nieve lo cubría todo.

Haciendo malabarismos para no perder la calma, contemplaba el paisaje gris. El cielo llevaba desde la media mañana cubriéndose cada vez más y más, y ahora, era una funda blanco grisácea tan baja y densa que resultaba opresiva.

Admito que no estaba lista para lo que sucedió a continuación. El chofer frenó de golpe sobre la banquina.

—Hemos llegado.

Llegado a dónde —pensé yo, si nos encontrábamos en medio de la nada.

—Baje y caminé todo derecho, tiene que pasar aquellos árboles de allí—.

Apuntó en dirección al campo nevado.

Apenas si lograba distinguir los árboles. No soy capaz de estimar a qué distancia se encontraba dicho bosquecillo, lo que sí sé, es que era lejos, demasiado para andar a pie sobre ¿cuántos?, veinte centímetros de nieve recién caída.

—¿Está allí?

El inmutable chofer me contestó que sí con la cabeza.

Tiene que ser una broma. De verdad que Eleazar intenta desquitarse porque no respondí a sus llamados.

Resoplé y me bajé del auto. Antes de cerrar la puerta le pregunté al hombre si iba a esperarme (lo único que me faltaba era tener que hacer dedo o caminar de regreso a la civilización). Obtuve una respuesta afirmativa, “esas son mis órdenes” entonó.

Di la media vuelta y comencé a andar. El terreno daba la impresión de ser liso, pero dudé un instante antes de poner el pie dentro del mar de nieve blanca que se extendía bajando la elevación sobre la cual estaba construida la ruta. Mi pierna se hundió hasta la rodilla en la nieve helada.

—¡Perfecto! —Gruñí al sentir que por debajo de la capa blanca, mis tacos se hundían en barro. Y yo que me preocupé tanto por verme presentable.

Gracias a la dificultad del trayecto a franquear, entré en calor muy rápido. Mientras andaba, le mandé otro mensaje a Vicente explicándole lo que hacía en este momento; él me contestó con un motón de signos de interrogación para los cuales yo no tenía respuesta alguna.

Si esto no era algo más que una simple insignificancia para el Diablo (existía la posibilidad de que siquiera se hubiese puesto a pensar en lo que me obligaría a hacer para reunirme con él), debería disfrutar con esto.

Más o menos a los cien metros de llegar a los árboles, me quité el abrigo. El viento frío tenía el poder de cortar mi piel y también me lo ponía difícil a la hora de intentar abrir los ojos mucho más allá de una hendidura: del suelo desprendía polvo blanco helado, que se arremolinaba formando volutas con formas extrañas aquí y allá, sobre todo, entre los troncos de los árboles.

Al entrar en el bosque me atenazó una espeluznante sensación; mucho tiempo transcurrió desde la última vez que me sentí así de observada, como por cientos de ojos ávidos de mi imagen.

El mundo se oscureció a mí alrededor. La nieve no lograba traspasar la copa de los árboles, tampoco la luz.

Calada de frío hasta los huesos, y movida hacerlo por el brusco cambio en mi

temperatura corporal, me metí en el abrigo otra vez. Los dientes empezaron a castañetearme. Lo siguiente que experimente fue una debilidad extrema, tan inusitada desde mi cambio que temí por mi vida. Algo sucedía, un algo ni normal, ni bueno.

Saqué mi celular e intenté llamar a Vicente pero apenas si lograba distinguir las letras de aparato que cargaba en la mano. Lo único que me movía hacia adelante era una luz blanca muy brillante.

Supongo que si no me hubiese sentido tan atontada, habría buscado ayuda o huido, lo cierto es que con las pocas fuerzas que me quedaban, me arrastré hacia la luz, y cuando llegué a ella, caí de rodillas rendida. La cabeza me daba vueltas, los brazos me pesaban y el sonido áspero de mi respiración era lo único que lograba oír.

—Eliza.

No alcé la cabeza porque no logré juntar en los músculos de mi cuello, la fuerza necesaria para eso. Me limité a mover mis ojos. Frente a mí se hallaba una sobra.

Una mano caliente, alzó mi mentón. En cuanto me tocó, mi vista se aclaró. Los oscuros ojos de Eleazar a diez centímetros de los míos, ardían. Verlos era como verme en el espejo, bien, en este momento él tenía toda la fuerza que a mí me faltaba, y me figuro que eso es literalmente así, no me cabe duda de que el causante de mi estado era él.

Eleazar rechistó meneando la cabeza.

Un hedor mefítico impregnó el aire frío entre nosotros.

—¡Ved ojos del Cielo y del Infierno, quien vuelve arrastrándose a mí! —
Entonó alzando la voz luego de soltarme y enderezarse.

Un trueno rajó el cielo y la tierra.

El suelo tembló debajo de mí. Por un fugaz instante, temí que la tierra fuese a abrirse para devorarme entera y viva.

Empujándome con las manos sobre las rodillas, enderecé la espalda y levanté la cabeza todo lo que pude. Lo hice a tiempo para ser testigo de aquel hombre parado con su imponente presencia de siempre sosteniendo los brazos en alto; el viento le daba coletazos al ruedo de su abrigo.

—Si me arrastro es porque me obligas —conseguí articular a duras penas. Después de lo de recién no sé de dónde me quedaron ganas para enfrentarlo.

Bajo los brazos y me miró. Llevaba gruesos guantes negros de cuero que hizo crujir cuando se refregó las manos envolviendo una con la otra.

—Siempre acabas pronunciando algo que termina por desarmarme—. Dio un

paso al frente—. Hija mía, de no ser porque te pareces mucho a mí cuando era joven, ya habría acabado contigo hace meses. Tu progenitor está furioso contigo. Mira que no devolverme un solo llamado, no dar absolutamente ninguna señal de vida —salmodió impostando la voz de un modo muy teatral.

—Creí que habías dicho que éramos libres.

—Así era —contestó y vino a arrodillarse frente a mí otra vez—. Pero como soy tu padre, y tu mí hija, esperaba más de ti.

—No entiendo qué podía ser eso.

—¿Puedo confesarte algo? —No esperó mi respuesta—. Me quedé con las ganas de entregarte en el altar.

—Eso sí que no me lo creo.

—Es cierto. La paternidad se siente de una única forma, seas un padre severo o lo seas permisivo, tus hijos son siempre tus hijos—. Me puso las manos sobre los hombros y con ese contacto a través de sus guantes y de toda la ropa que llevaba yo encima, experimente una tenue subida de mi temperatura corporal, la cual me ayudó con el castañeteo de mis dientes y el temblor generalizado de mi cuerpo—. Créeme cuando te digo que sé muy bien lo que significa tener un padre severo, el mío solía serlo, al menos, conmigo; por lo tanto permíteme que te diga, que yo no lo soy contigo. Esto —me soltó —no es ni la milésima parte de lo que me tocó experimentar.

De repente todo en mí se normalizó. De este extraño castigo no restaba más que una lejana sensación de entumecimiento.

—¡Levántate! ¡Cómo si me gustase verte así! ¡Semejante escena no es más que una vergüenza para ambos!

Me incorporé. De pie analicé el paisaje; campo abierto, virgen, con suaves ondulaciones. No hallé ni un vehículo, ni ninguna propiedad cerca, tampoco ningún camino que le hubiese puesto a Eleazar su arribo aquí, menos complicado que el mío.

—Ahora bien, qué puedo hacer por ti, a qué viene este súbito amor por tu padre.

—Casi me matan ayer.

Eleazar por poco se desnuda para darse la vuelta y mirarme.

—¿Cómo has dicho?

—Fue en Praga —comencé a decir. Resumí la historia al máximo, cuanto antes me largase de aquí, tanto mejor. Nunca antes la presencia de Eleazar me afectara tanto. Pasé de no tener energías a convertirme en algo que haría chirriar como loco un contador Geiger.

—¿De verdad tomaste un aprendiz? —preguntó visible y agradablemente sorprendido.

Acaso no oyó que acabo de decirle que casi nos matan a ambas, y a Vicente; que alguien que produce fuego, anda suelto por ahí.

—Sí, así es. En contra de lo que todos opinan decidí ayudarla.

—Y dices que sus poderes se presagian sobresalientes.

—Eh, bien, ella irradia...

—¿Entiendes lo que te deportará dicho evento, no es así?

—Bue...

—¡No podría experimentar más orgullo del que siento ahora! —lanzó interrumpiéndome en la mitad de mis cavilaciones, siquiera había meditado ese detalle. Todos, e incluida yo misma, nos inclinamos directamente por enfocarnos en los problemas inmediatos resultantes en mí por tener que hacerme cargo de una entidad tan fuerte siendo yo todavía una neófita. Incluso luego del ataque, lo más urgente fue meditar sobre los pasos a seguir para salvaguardar nuestra seguridad. Nadie siquiera había mencionado el hecho de que fuera lo que fuese en que Anežka se convertiría, repercutiría inmediatamente sobre mí. Para bien o para mal sus fuerzas serían de algún modo, en parte más, hasta tanto y en cuanto, Anežka no fuese capaz de valerse por sí sola.

Eleazar estaba en su elemento. Su sonrisa era tan amplia que amenazaba con devorarle el rostro. Que sonrisa tan maliciosa aquella.

—Tienes todo mi apoyo hija. Y no te preocupes por nada, averiguaré quiénes son esos indeseables entes que se atrevieron a alzarse contra ti, y los haré pagar por eso. Tú concéntrate en esa muchacha y en ti misma, que por lo que veo, tu estado avanza a pasos demasiado lentos. No tengo idea de qué es lo que has estado haciendo en los últimos meses, pero me imagino que nada tiene que ver con tu evolución. Quizá deberías considerar cambiar de maestro.

—Vicente es mi maestro.

—Por eso lo digo.

—¿No te agradaba?

—Lo has expresado bien, “me agradaba”, pasado. No es que tenga nada contra él, no me molesta que sea tu esposo, me molesta que se haya convertido en un lastre para ti.

—No es un lastre.

—¿Segura?

—Totalmente.

—Te propongo algo, porque no vienes conmigo, pasaremos un tiempo juntos, viajando por el mundo, aprendiendo cosas; esa joven que encontraste puede venir con nosotros, sería en extremo beneficioso para ambas.

—Eleazar, eso no va a suceder, yo tengo una vida, y todo lo que necesito conmigo.

—Permíteme discrepar, soy tu padre, sé perfectamente lo que es mejor para ti. Eleazar me contempló un momento en silencio, luego se dio la vuelta y comenzó a caminar junto a los árboles alrededor de los cuales el viento continuaba arremolinando la nieve.

—Lo dudo. Obviamente conoces mejor que nadie esta cara del mundo, pero no me conoces a mí, te perdiste casi toda mi vida.

—Eso no es cierto, y la verdad es que veinti tantos años no hacen ni la menor diferencia frente a la eternidad. Para tu información querida hija, permíteme confesarte un pequeño secreto —volvía hasta mí, y no hablo hasta no pararse frente a mis zapatos embarrados—. Siempre estuve allí; que no me vieses, no implica que yo no te viese a ti—. Alzó su mano derecha y la posó sobre mi mejilla—. ¿De verdad crees que pude haber sido capaz de abandonarte?

—Abandonaste a mi madre.

En el rostro de Eleazar quedó plasmada una mueca de disgusto comandada por la tirantez de una sonrisa nada alegre.

—No hables de lo que no conoces o sabes, indefectiblemente caes en errores.

—Sí sé —la mano de Eleazar se movió hasta mi boca, con uno de sus dedos cruzó mis labios.

—Discutiremos eso en otro momento. Tengo prisa.

—No tenemos que discutir sobre eso, no me interesa.

—¿Ah sí?, apuesto un millón de almas a que sí. Hija, apenas si comienzas a asomarte al mundo. ¿Crees que lo has visto todo? Te equivocas—. Se inclinó sobre mí y me estampó un beso en la frente—. Regresa a casa, cuidaré de ti y de la muchacha. No te preocupes por nada, todo mejorará día a día, de hecho, a partir de ahora todo irá de maravilla. Por fin este mundo parece tener un poco de sentido—. Giró a mi alrededor y sobre mi hombro derecho susurró: —grandiosos días se aproximan.

Una fuerte ráfaga de viento impactó contra mi espalda. Cuando me di la vuelta, Eleazar ya no estaba allí, de hecho, no estaba por ninguna parte.

Regresé chapoteando otra vez por el barro semi congelado.

Desde el auto, de regreso al departamento llamé a Vicente para decirle que todo estaba bien, que organizase nuestra partida para lo antes posible.

Sorprendí a mis dos acompañantes al llegar con las semejantes fachas: sucia, embarrada y empapada de pies a cabeza.

Luego de ponerme en condiciones otra vez, cumplí con mi palabra y llevé a Anežka de compras por París.

Dimos vueltas hasta que se hizo de noche.

Ocuparnos de asuntos tan triviales y femeninos como comprar ropa, zapatos, carteras y demás artilugios, nos sacó a las dos de tema. Nos relajamos y lo disfrutamos. Si bien las fuerzas de la joven continuaban suponiendo un foco de alteración en mi estabilidad, comprendí que disfrutaba de su compañía. Supongo que de alguna parte (ni idea de dónde), brotó en mí cierto instinto maternal. Quería cuidar de ella, mimarla, enseñarle cosas.

En ese lapso de tiempo que pasamos juntas, experimentando esas horas de normalidad, me percaté de que las dos teníamos muchas cosas en común, las dos éramos algo parcas y secas a la hora de demostrar nuestros sentimientos, nos habíamos sentido durante buena parte de nuestras vidas fuera de lugar, muy comunes, demasiado comunes y al mismo tiempo completamente extrañas a comparación de los demás. A las dos nos costaba recibir y aceptar gestos de cariño y cuidado, las dos teníamos tendencia a encerrarnos en nosotras mismas.

En el taxi de regreso al departamento, me percaté de que comenzaba a encariñarme con ella.

¿Se habría sentido así Gaspar al conocer a los que luego se convirtieron en sus hijos?

—Gracias —me susurró Anežka abrazando una de las bolsas de *Chanel* que cargaba sobre la falda. Ella al principio también se inhibió frente a lo extravagante de este mundo. Durante las primeras dos horas solamente dimos vueltas por negocios de rebajas y saldos, hasta que finalmente logré convencerla de que tanto daba dónde comprase su ropa. Ella acotó que por lo visto, no, mientras el resultado final fuese verse bien, despampanante, tal como Vicente y yo. Le expliqué que más allá de las ropas, básicamente, cuando se cambia, es para convertirse en algo atractivo, el algo que te haga desear eso mismo.

—No hay por qué.

—No es solamente por la ropa, los zapatos y lo demás, es por todo.

—Es lo mínimo que puedo hacer por ti.

—De verdad quiero aprender, quiero que me enseñes, quiero quedarme contigo para descubrir de qué va todo esto.

—Pues entonces así será.

—Me siento como Alicia en el País de las Maravillas.

—Así también me sentí yo.

—Estoy aterrada, y muy emocionada también.

—Es lógico, apenas si pasan cuarenta y ocho horas de que te enterases de la existencia de todo esto.

Anežka cayó dormida como una piedra poco después del despegue y prácticamente no abrió los ojos hasta que llegamos a Buenos Aires. A la pobre la sobrepasaba la situación.

5. Raíces y alas.

Buenos Aires nos recibió pegajosa y un perfume en el aire que demostraba que octubre llegaba a su fin. Tilos y jazmines en flor. El asfalto caliente. Gente andando por ahí despreocupada, bajo la sombra de las copas de los árboles de un verde esmeralda. Sí, ninguna duda que el calor me revive; lograba eso conmigo cuando era humana y continúa consiguiéndolo ahora que soy algo más.

Anežka viajó todo el camino a casa pegada a la ventanilla del taxi. Casi sin parpadear, con los labios entreabiertos, el cabello liberado al viento y sus blancos brazos expuestos a sol. De vez en cuando, parecía recordar que estábamos allí con ella, y formulaba alguna que otra pregunta sobre la ciudad, sobre el clima, sobre lo que hacía la gente joven aquí, sobre nuestras costumbres.

Creo que lo que la impresionó más, aparte del clima y del maravilloso paisaje, fueron las distancias, en lo que duró el viaje del aeropuerto a casa, ella podría haber ido y vuelto del aeropuerto de Ruzyne a su casa.

—¿Falta mucho para llegar? —Preguntó ansiosa sin perder de vista el gigantesco caserón que uno de nuestros vecinos alzaba en un terreno que había estado vacío hasta dos meses atrás.

—No, es más, es aquí a la vuelta.

—¿Viven en este barrio?

—Vivimos allí—. Desde el asiento delantero, Vicente apuntó en dirección a la casa al dar el taxi, la vuelta a la esquina.

Anežka no pudo articular palabra.

El momento resultó sublime para mí; regresar a casa nunca fue tan agradable.

Una delicia tener al alcance de la mano, mi ticket de regreso a la normalidad. Mis cosas, mi gente, mi familia, mis olores y sabores. Los hoteles podían ser divertidos; conocer ciudades: interesante; viajar, aprender un privilegio, pero volver a las fuentes a las raíces de todo me devolvía la seguridad en mí misma. Eran estas, las raíces que me daban alas, y por ello, agradecería infinitamente.

El mundo se ajustó otra vez en su sitio cuando el taxi paró frente a las puertas de la casa a la que llegué hace mucho tiempo, sin saber absolutamente nada de nada, menos de lo que sabe Anežka ahora.

Bajamos del taxi mientras Vicente pagaba. Inhalé profundo y cerré los ojos. Soy otra vez yo —pensé al tiempo que me estiraba por completo desde lo alto de mis zapatos.

Busque las llaves dentro de mi cartera, abrí la puerta y desconecté la alarma. —Bienvenida a tu nuevo hogar —le dije a Anežka apartándome al tiempo que arrastraba conmigo la puerta, para que ella pudiese ingresar en el jardín delantero.

Vicente y el taxista aparecieron con nuestro equipaje.

—Vamos, pasa. No tengas miedo, eres libre de echar un vistazo. Es por allí. Aquí estarás segura, que de eso no te quepa la menor duda.

Con pasos tímidos, Anežka avanzó por el camino de la entrada de automóviles.

La noté emocionada y hasta feliz. Se fue andando lento, pero con paso firme.

Mientras ella descubría el lugar, fui a ayudar a Vicente con nuestras cosas.

—¿Crees que lo lleva bien? Son demasiados cambios.

—Es joven, se acostumbrará —contesté mirándolo a los ojos.

—Por eso mismo lo digo, porque está en una edad un tanto complicada.

—La veo bien.

—Es demasiado joven.

—Es muy madura para su edad.

—Puede que para ciertas cosas, sin embargo en otras no. Juega a ser una mujer que todavía no es.

—¿Qué te preocupa?

—Todo.

Solté una carcajada.

—Vamos, Vicente.

—Es una adolescente. ¿Qué vamos a hacer con una adolescente en la casa? Por si no te diste cuenta, tiene toda la apariencia de ser un tanto rebelde. Se

fue de su casa hace año y medio... ¿Ya sabes por qué se fue?

—Sí, su madre la ahogaba con todo aquello de la religión y demás, me lo contó, nadie de su familia la entendía.

—Eliza... Esa niña está a medio educar. Fuma, no me cabe la menor duda de que seguro también bebe y Dios sabe qué más.

—Lucas tenía problemas con las drogas y eso quedó en el pasado.

—Cuando Lucas llegó a mí ya era un demonio. Anežka es una adolescente humana, ¿entiendes lo que significa eso?

—Sí, pero aun así no entiendo a dónde quieres llegar.

—No estamos listos para esto.

—Ahh, no empieces con eso otra vez.

—No eres solamente tú, soy yo, ¿qué voy a hacer con una niña en la casa? No tengo ni la menor idea de qué se supone que se hace con una criatura.

—No es una criatura, ya está crecida —reí—. Vicente no vas a tener que cambiar pañales.

—Sí, lo sé, en cambio de eso tendremos que ponerle reglas y educarla, y...

—¿Podrías ser más dulce? —Le dije colándome de su cuello. Empecé a besar sus labios lentamente para sentir absolutamente todo. De veras que regresar a casa me devolvía el alma al cuerpo—. No te conocía esa faceta—. Con los besos llegué hasta su lóbulo derecho y le di un tirón—. Me encanta —susurré en su oído.

—Y esto... —tomó mis brazos y los desenredó de su cuello—, ella puede vernos.

—Vicente, tiene dieciséis años, no es una niña.

—¿Insinúas que ya lo...? —Me miró con el entrecejo fruncido.

—Si todavía es virgen, me imagino que de todas maneras sabe perfectamente bien lo que es el sexo.

—Cómo sea, soy de otra época, mis padres no iban por ahí...

—¡No somos sus padres! —Lancé entre divertida y asustada por todo el asunto; Vicente estaba tan chapado a la antigua para algunas cosas —y dudo que vaya a horrorizarse si nos ve besándonos—. Lo agarré de la camisa y tironeé de él hacia mí otra vez. Se puso rígido y apretó los labios. Era un rechazo en todas las de la ley—. ¿Es broma, no? —La diversión se esfumó.

—Necesito tiempo para procesar esto.

—¡¿Ehh?! —De la sorpresa lo solté y logró escaparse de mí. Fue directo a recoger las valijas, con sus dos manos y brazos, cargó casi todo.

Levanté el resto de las cosas del camino y lo seguí.

—¿Dónde te parece que deberíamos instalarla? —me consultó cuando lo alcancé.

—Eso depende. Si sigo el camino de tu razonamiento sugeriría que en el sótano.

—¿Qué?!

—¿No vas a decir que tienes miedo de que nos escuche?

—No la enviaremos a dormir al sótano. Más bien pensaba en el viejo cuarto de Lucas.

—Me parece bien en tanto y en cuanto nosotros continuemos con nuestra vida tal cual era antes de salir de viaje.

—Lo siento —murmuró y bajó la vista.

—Déjame ver si entiendo bien. Lo que dices es que no vamos a tener sexo y casi ningún contacto físico mientras —algo se me atoró en la garganta y me fue imposible terminar la frase.

Vicente se frenó en seco y se puso colorado como un tomate.

—A veces nos dejamos llevar y...

No podía siquiera mirarme a la cara de la vergüenza.

—Es en parte porque todavía eres muy joven, te sobra energía y no sabes cómo controlarla y yo... bueno, se me hace difícil encontrar un modo de...

Bueno, sí, a veces los dos nos emocionábamos demasiado y terminaba ocurriendo algún que otro accidente, jamás hubo que lamentar otra cosa que no fuesen daños materiales cabe aclarar; lo cierto es que últimamente veníamos recatados, no provocamos ningún destrozo en el hotel ni nada.

—Es probable que ella además, pueda percibirlo y eso sería... ¿demasiado embarazoso?

—Eso es ridículo.

—No lo entendería y probablemente se asustaría. No es sólo que pueda oírnos o vernos, es todo lo demás, ella es híper sensible a nosotros e incluso este momento pueda significar en su percepción, un cambio notorio. Lo mejor será que nos tomemos todo con calma.

Quedé fría. Eso sí que no me lo esperaba, lo que menos me imaginaba es que mi vida sexual y amorosa también se viese afectada por esto de tener una discípula. ¿Qué clase de broma pesada era esta?

Me tomó un momento reaccionar, es por eso, que Vicente se encargó de abrir la puerta de la cocina para dejar pasar a Anežka a su nuevo hogar.

Todavía estaba yo parada en mitad del jardín, cuando mi celular vibró, a continuación, sonó la señal que indicaba que un mensaje acababa de entrar.

Amiga, dónde estás. Te extraño.

Era un mensaje de Lucas.

Moría de ganas de hablar con él, y mucho más de verlo, pero primero debía solucionar lo que tenía entre manos. Las prioridades eran claras: instalar a Anežka en el antiguo cuarto de Lucas y enseñarle el resto de la casa para que pudiese moverse con confianza por ésta, descargar el equipaje, poner a lavar la ropa sucia, llamar a mis padres para avisarles que había vuelto sana y salva, ir al supermercado por comestibles, ponerme en contacto con Gaspar para determinar los pasos a seguir, hablar seriamente con Vicente sobre lo de recién...Uff, cuándo y cómo caímos en esto. Puede sonar ridículo, pero el caso es que de repente, me sentí, creo que por primera vez, como una mujer casada, como una mujer de verdad, alguien que intenta llevar adelante una casa, una pareja, una ocupación, y lo más gracioso del caso es que ahora, me sentía como debe sentirse una madre, una mujer de familia. Al procesar semejantes pensamientos sentí el peso de todas las responsabilidades que se desprendían de estos, sobre mi cabeza. Quedé agobiada. De repente me dieron ganas de escaparme, de salir corriendo, buscar a Lucas y sentarme a conversar con él en algún lugar tranquilo, quizá frente al río, con un vaso de algo fresco entre las manos.

Me di la vuelta y miré la puerta. La tentación se hizo fuerte.

Rápida y escueta, le contesté que me encontraba de vuelta en casa y que tenía novedades, de las cuales lo pondría al tanto en cuanto solucionase un par de asuntos.

La respuesta de Lucas fue:

¿Todo bien?

La mia:

Sí. Muy largo. Hablamos más tarde.

No entró ningún otro mensaje de mi amigo.

Guardé el celular en el bolsillo de mi pantalón y seguí mi camino. Era apenas media mañana no tenía ni idea de cómo haría para sobrevivir al resto del día.

Vicente se las arregló para mantenerse lo más alejado de mí, que le fue

posible. ¿Es que acaso intentaba evitar la tentación o algo así? Si no lo conociese tan bien, diría que esto hasta podía llegar a ser una artimaña para convencerme de que lo mejor para todos sería enviar a Anežka con Gaspar. No, él no era capaz de llegar tan bajo, pero lo quisiese o no, mi voluble estado de neófita por momentos me ayudaba a convencerme de que quizá tuviese algo de razón. Mi vida personal se iba a ir por un caño y no podía hacer nada por evitarlo, porque simplemente no concebía ver partir a esa muchacha.

Anežka se puso muy contenta al ver su cuarto. O bien tenía la realidad muy asimilada o echó a su subconsciente el problema para permitirse disfrutar de lo que le tocaba vivir. Me figuro que en su actitud se pescaba un poco de ambas cosas.

Mientras mi —súbitamente frío— esposo se ocupaba de preparar el almuerzo, ayudé a Anežka a instalarse en su nuevo cuarto. Mientras la chica colgaba ropa y yo armaba su cama, me percaté de que todo lo que comprado en París sería demasiado abrigado para los días venideros, tendríamos que salir otra vez a buscar cosas que pudiese ponerse en cuanto la temperatura comenzara a ascender rumbo al verano.

—Es una casa preciosa. En mi vida imaginé vivir en un lugar así.

—Bueno —arrojé sobre el colchón la almohada recién enfundada en sabanas grises—, es tu casa ahora también. Quiero que te sientas cómoda aquí. En los próximos días, si tienes ganas, podemos ocuparnos de acomodar esto a tu gusto.

—¿De quién es este cuarto? ¿Vivía alguien aquí? Siento... —a pesar de la calidez del aire, se estremeció. Como queriendo entrar en calor se frotó los brazos.

—Era de Lucas, mi mejor amigo. Se mudó de aquí hace un tiempo, ahora tiene su propio departamento. Ya lo conocerás. Lucas es una excelente persona, no podrás evitar encariñarte con él, además, él también cambió de joven y es muy particular. Lucas es muy divertido, inteligente, es atento, dulce y siempre... —me detuve, Anežka me observaba intrigada—. Ahhh —me mordí el labio inferior, soltar todas aquellas cosas y luego ser consciente de la mirada de la joven me incomodó—. No hay problema, puedes cambiar lo que quieras.

—Me gusta que el colchón esté en el piso.

Lucas también tenía el colchón en el piso en su departamento —pensé—. No entiendo por qué visualicé aquella imagen otra vez.

—¿Cuánto tiempo llevaban viviendo aquí?

—Yo desde que me casé.

—¿Y Vicente?

—Unos dos años más que yo.

—¿Dónde vivía antes?

—Solía mudarse mucho. La mayoría de los demonios lo hace, es algo derivado de nuestro trabajo y de lo que somos—. Le expliqué aquello de que a la larga o a la corta, todos los humanos con los que convives terminan por darse cuenta de que hay algo en ti que no va del todo bien.

—Tanta información es difícil de procesar.

—Te acostumbrarás; es el shock inicial.

—¿Vicente es de aquí?

—Sí, su padre era español y su madre argentina.

—¿Cuánto lleva en esto?

—Más de un siglo.

—Y cuando cambió era joven.

Por lo visto había prestado atención a lo que le conté.

—Es impresionante...vivir tanto tiempo, experimentar tantas cosas.

—No te voy a mentir, no todo es agradable.

—De eso ya me di cuenta —hizo una mueca—. Vicente parece muy inteligente también. Mi inglés no es muy bueno, tal vez un poco mejor que su checo, pero por lo que pudimos conversar él me pareció... agradable. Es un caballero, por extraño que eso suene. Se nota que nació en una época muy distinta a esta.

—No te das ni una idea —murmuré por lo bajo dándome la vuelta para alcanzar los almohadones desparramados por el suelo. Me agradó oír que ya no se sentía tan lejana a él y aprensiva con su presencia.

—¿Siempre se comporta así?

—¿Así cómo?

—Rígido.

Solté un largo suspiro.

—Me dio la sensación de que se contiene y calculado cada uno de sus movimientos y reacciones—. Cerró el cajón en el que había guardado su ropa—. Si no supiese lo que es, diría que tiene miedo, o que es muy tímido. Esas dos cosas, en realidad no encajan con ninguno de ustedes. Por momentos ambos se muestran igual que si fuesen capaces de llevarse el mundo por delante. ¿Es por mí o es siempre así?

—Ahhh—. Era la segunda vez en cinco minutos que me quedaba en semejante estado de ingravidez—. Nos afectas un poco, a los dos —aclaré. Y en más de un sentido. Eso último no se lo dije, para que hacerla sentir culpable por algo

que ella no podía cambiar por más que quisiese. Su vida habría sido tanto más tranquila y normal de conseguirlo.

—Quiero aprender a hablar castellano. Si voy a vivir aquí; es que imagino, por lo que me contaste, que permaneceré aquí por un tiempo y no me apetece vivir encerrada y mucho menos, sola. Es decir, me gusta salir y si eso no es un problema...

—No creo que lo sea, en cuanto nos aseguremos de que está todo bien y encaminado... esta casa no es una cárcel y tú no estás presa.

Anežka se sonrió.

—Me alegra que tengas tan buena actitud al respecto.

—Y creo que a mí, en cierto modo, me alegra que esto sucediera. No por el modo en que sucedió, de eso estoy segura, pero sí por lo que vendrá, tengo la esperanza de hallar un modo de controlar lo que soy y lo que experimento.

—Es probable que con el tiempo, luego de cambiar, lo logres. Seguro que será un cambio significativo.

Escuché a Vicente llegar antes de que tuviese tiempo de concretar lo que se proponía hacer, que es: llamar con los nudillos sobre el marco de la puerta.

Nos avisó que el almuerzo estaba listo. Luego, dio la media vuelta y desapareció por el corredor.

Cuando llegamos me lo encontré al otro lado de la cocina, muy lejos de la mesa, con su celular en las manos.

—Coman tranquilas. No voy a acompañarlas, no tengo apetito.

Dicho eso, se dio la media vuelta y continuó con lo suyo.

Yo tenía un hambre voraz, eso es cierto, lo malo es que: que pasase de comer, se me antojaba un mal augurio, no por sí solo, claro, sino sumando a lo que venía pasando desde que pisamos suelo argentino.

Me aguanté la angustia tragándola así en seco, y me senté la mesa con Anežka.

A los quince minutos Vicente se excusó, iba a desempacar.

En cuanto terminamos de comer, Anežka me pidió si no podíamos salir a comprar cigarrillos, llevaba unas veinte horas sin fumar y según ella, comenzaba volverse loca.

Aproveché la salida, para mostrarle el barrio. En el cortó paseó se fumó dos cigarrillos, uno tras otro. Otra vez de vuelta en casa, se fue directo a su cuarto, me dijo que moría de sueño. La dejé ir; yo salí al jardín a hablar por teléfono, simplemente no lograba estarme quieta. Vicente también tenía problemas para quedarse en un solo sitio, sobre todo si éste implicaba permanecer cerca de mí. Cuando regresamos de la calle con Anežka me lo encontré listo para salir.

—Tengo trabajo —me dijo desde el otro lado de su Mercedes-Benz—. Regreso en un par de horas—. Abrió la puerta del automóvil—. Coloqué ropa en el lavarropas, la cuidarías por mí.

Que romántico —bufé dentro de mi cabeza, no quiere tocarme y me pide que le lave la ropa. Que tenemos, ¿veinte años de casados?

...

—Hola. Bienvenidos a casa.

Suspiré al oír la voz de Gaspar.

—Gracias, es bueno regresar.

—Siempre lo es.

De mi garganta brotó un gruñido extraño.

—¿Qué? ¿Va todo bien? ¿La joven te ha dado problemas?

—No, para nada, Anežka es una buena chica, sé que nos llevaremos bien. Ahora mismo duerme, la instalamos en el antiguo cuarto de Lucas.

—Bien, entonces qué es lo que te tiene así, sueñas mortificada.

Incluso desde la distancia y frente a la vaguedad de un saludo por intermedio de la línea telefónica, Gaspar percibía en mí una pieza fuera de lugar.

—Es Vicente—. Los calores me subieron al rostro y las orejas, cómo explicarle... —La buena providencia no nos acompaña por estos días. Temo estar ahogándome en un vago de agua, siento que la correntada va a poder conmigo.

—Cuando se es tan joven es común experimentar indefensión; a veces incluso una situación insignificamente complicada resulta irritante y frustrante. Tienes que dominarte.

—No vas a preguntarme por qué me siento así—. Ser tan directa también era un efecto secundario del cambio. Además, me sonó raro aquel versito dicho de manual—. ¿Hablaste con Vicente? —En realidad no se lo preguntaba, lo afirmaba, seguro que era así.

Gaspar se ocultó al otro lado de la línea por un par de segundos, me figuro, que para meditar una respuesta que no me hiciese cabrear todavía más. Muy tarde; ese es otro efecto secundario de no tener mucho tiempo como demonio, la temperatura me subía por nada. Me ardió la cara y empecé a sudar igual que si me encontrase dentro de un sauna. Sentí incontenibles ganas de lanzar cosas, de romper algo.

—Me llamó hace un par de horas, supongo que fue ni bien llegaron.

—¿Te contó...?

—Primero que todo, llamó para contarme de su mano.

—Todavía no sana —murmuré más para mí que para él.

—También me comentó sus inquietudes.

—Es ridículo y vergonzoso, no hacía falta que lo discutiese contigo.

—No tenía con quién más hablarlo y le preocupa. Es un milagro que se haya animado a recurrir a mí. Me hace feliz que me eligiera. No digo que me alegra que tengan un problema, pero peor sería que se quedasen solos en esto. Eliza, necesitan toda la ayuda que puedan recibir, tú todavía no...

—Sí, ya lo sé —rezongué.

—La situación se pone doblemente difícil para él. Tú con tus fuerzas y los poderes que aún no terminamos de descubrir si tienes o no, y ahora también esa chica. Son muchas cosas. Tenle paciencia.

—Yo solamente... —¿solamente qué?, siquiera sabía lo que quería. Bueno, sí sabía, deseaba estabilidad, felicidad, poder tener a mi lado al demonio que amaba.

—Tiene que ocuparse de unas cosas antes, pero luego nos encontraremos, quedó en que pasaría por casa para que viese la herida. Es algo muy extraño, me preocupa que no sane.

—A mí también. Se ve muy mal. Iba a pedirle ayuda a Eleazar con eso pero él siquiera me dio pie, mi padre se limitó a... —le conté a Gaspar sobre mi encuentro con él en medio de un campo congelado en las afueras de París.

—Más allá de los hechos que repercuten sobre tu persona, qué tal estás tú, cómo te has sentido estos últimos días. Algo nuevo aparte de aquel intento de generar fuego en Praga.

—No, nada. Si me lo preguntas, la verdad es que en este momento me siento bastante normal, salvo por la ansiedad y por los calores que me suben de golpe. Es como si todo estuviese dormido. Auguraron que no iba a poder controlarme... la verdad es que no hay mucho que controlar.

—La evolución y el cambio no es igual en todos. Tienes que mantenerte atenta, podría surgir en cualquier momento, mañana, en una semana... en unas horas.

—¿Nunca?

—¿Eso te molestaría? ¿Te sentirías frustrada si nada de aquello a lo que tanto miedo le teníamos, acaba por salir?

—No lo sé—. Le contesté, sin embargo, por más que me pese, la respuesta era sí, me sentiría más que nada, decepcionada. No entiendo bien por qué, sin embargo así es—. Por momentos me siento más inútil que cuando era humana.

Soy una carga y eso me fastidia. Una carga doblemente pesada. Y lo peor del caso es que con mi decisión de cuidar de Anežka he puesto todavía más responsabilidades sobre sus hombros. Soy terrible —se me cerró la garganta al recordar y comprender las palabras de Vicente—. Vicente no quería esto, él deseaba un poco de paz para nosotros y lo arruiné. No fui capaz de ver más allá de mis necesidades; lo dijo, si vive es por mí, y mira como le pago yo, haciéndolo a un lado.

—No es del todo así.

—Me siento pésimo—. Así era, horrible. Tenía que esforzarme para poder respirar, para mantenerme en pie, me pesaba la cabeza y sentía las rodillas blandas. El desasosiego me venció. Me senté sobre el paso del jardín.

—Todos los matrimonios tienen sus crisis.

—No llevamos ni un año de casados, Gaspar.

—Los demás matrimonios no tiene que lidiar con las cosas que ustedes se encuentran por delante. Además, ya pasará. Sé fuerte. Ven a verme mañana, trae a Anežka. Lo resolveremos juntos. Todavía está en pie mi oferta, puedo ocuparme de ella. Toda la familia está ansiosa por conocerla. A Leandro le entusiasma la idea de practicar su checo.

—Bueno, como sea, le llegó la hora, hace un rato Anežka me dijo que quería aprender castellano.

—Cuanto antes se amolde aquí, mucho mejor.

—¿Cómo sigue esto?

—La veré mañana y luego te digo. Sé que deseas que pase rápido... es probable que no te suene bien: me gustaría que le diésemos un tiempo a que se estabilice, si cambia ahora todo será más complicado. Serán demasiadas cosas juntas.

Tiempo...

Me agarré la cabeza.

—Se fuerte y ten paciencia. Te amamos y estamos contigo, para lo que necesites.

Necesito un amigo —pensé.

—Nos vemos mañana, entonces—. Me había entrado la urgencia por cortar para llamar a alguien más.

—Perfecto, estaremos aquí todo el día.

Me despedí de él y de inmediato le mandé un mensaje a Lucas.

¿Puedes venir a casa?

Su respuesta no se hizo esperar:

En cinco estoy ahí.

Los nervios y la ansiedad se apoderaron de mí. Se me hizo un nudo en el estómago. Moría por verlo. La temperatura me subió otra vez, lo que sí, era por un motivo mucho más agradable que antes. Me levanté del suelo y prácticamente corriendo, rodeé la casa y fui directo al amplio portón de la entrada de vehículos el cual abrí a la espera de verlo aparecer.

Como una histérica seguí el movimiento de la aguja del minuterero de mi reloj y entre tanto, el echaba una que otra mirada a la calle.

En cuanto visualicé el brillo celeste turquesa de su Mini, se me disparó el corazón. Las manos me sudaban y sentía que iba a estallar.

Lucas subió a la vereda y me hizo luces para que me corriese de delante del camino, iba a entrar su auto en casa, igual que antes, como en los viejos tiempos.

No poder distinguir su rostro detrás del vidrio ahumado me puso nerviosa.

Apretándome contra una de las hojas del portón, seguí su ingreso a la propiedad, sin siquiera pestañar.

Accioné el cierre del portón y corrí hasta donde el automóvil acababa de detenerse.

Lucas abrió la puerta y apenas poniendo un pie sobre el camino adoquinado dio vuelta la cabeza y me buscó con la mirada. Una espléndida y luminosa sonrisa se dibujó en sus labios cuando me encontró.

Se puso de pie de un salto.

Lo abracé con todas mis fuerzas y él a mí. El contacto de mi cuerpo con el suyo me devolvió las alas que en las últimas horas creí atrofiadas. Las raíces me soltaron y volví a elevarme al cielo, igual que un ángel que sigue la luz divina.

—Te quiero—. Le dije al estrecharlo todavía más contra mí.

—No tanto como te quiero yo a ti—. Sus dedos se clavaron en los costados de mi cuerpo—. Te extrañé horrores— añadió utilizando aquella unión que nos diferenciaba.

—Yo más—. Le respondí del mismo modo. Cerré los ojos e inspiré aquel olor familiar que tan agradable me resultaba.

—Aquí estoy, para lo que necesites, tal cual te lo prometí—. Me acarició el

cabello—. Todo resultará bien.

Lo dijo él, y de repente, lo creí.

—No podemos permitirnos pasar otro mes separados—. Lo aparté de mí falsamente enojada—. La próxima vez que te vayas tanto tiempo voy a...

Me tiró un cariñoso golpe en el brazo.

—Un demonio hace lo que tiene que hacer. Además tú también te fuiste.

—Sí, una semana.

—Y por lo que escuché volviste con algo muy especial. ¿Dónde está la pequeña diablillo? —soltó a modo de chanza.

—Adentro, durmiendo la siesta. Todo esto fue demasiado para ella. Por qué mejor no entramos. Me imagino que estás con tiempo, ni se te ocurra salir corriendo.

—No te preocupes, tengo decidido vagar por aquí un par de días. No tengo trabajo y necesito de mi mejor amiga—. Terminó de hablar y se quedó contemplándome—. Te ves distinta.

—Cargo encima un montón de problemas. Ni te cuento.

—No se ve exactamente así. Es que te brillan los ojos y hay algo, no sé qué—. Se sonrió— inclinándose hacia un costado, me miro los pies—. Me gustan mucho esos zapatos, pero no creo que sea ese el cambio que noto.

No tengo explicación alguna para eso, simplemente es así: desde que cambié, usar zapatos de taco alto no me resultan una tortura como antes, es más, me encantan. Será porque me siento más segura y no me da vergüenza llamar la atención; será porque antes temía no ser capaz de caminar sobre ellos —antes caerme y romperme un tobillo o algún otro hueso era muy probable—.

—Sí los quieres te los regalo—. Bromeé—. Son tuyos si te entran.

Lucas me propinó un empujón que yo resistí sin tener que hacer el menor esfuerzo.

—Estás más pesada —acotó mirándome de reojo.

—No creo haber engordado un solo gramo.

Resopló.

—No, no es eso —rió—. Estás dura, pesada, pareces de plomo. Soy fuerte y no he podido moverte, intentar empujarte fue como querer mover una montaña.

—Ay, Lucas, por favor.

—Es cierto. Será por la chica. ¿No te sientes más fuerte?

—Ya deja eso, ¿sí? Que no estoy para bromas.

—Recuerdas la vez en que me hiciste crecer más de cinco centímetros y engordar diez kilogramos en músculo.

—No crecí ni un milímetro, son los zapatos. Y tampoco engordé, ya te lo dije. Tampoco tengo más músculos—. Lo agarré de la mano y lo arrastré en dirección a la puerta de la cocina. Pese a que intentaba ignorar su comentario, me resultó más sencillo tirar de él, ¿hasta qué punto tendría razón?

—¿Vicente no dijo nada de nada, no se dio cuenta?

—No hay nada de qué darse cuenta.

—Estás más...

Sentí algo raro, sobre mi nuca, y dentro de mi cabeza. Cuando me di la vuelta, dio un respingo. Lo pesqué infraganti con sus ojos fijos en mi trasero.

—¡Lucas! ¿Qué miras?, ¡por favor!

Se le escapó una risita nerviosa.

—¿Qué tienes hoy?

Se encogió de hombros.

A mi cabeza llegaron una suerte de imágenes borrosas de mi propio cuerpo y viejos recuerdos... ¡era Lucas! En su mente le daba vueltas a aquella vez en que con sus manos prendidas a mis muslos y su boca requisando mi cuerpo, lo quemé. Que pensase en eso, que lo recordase en este exacto momento y que por alguna razón, me permitiese verlo, me alteró. Me puso nerviosa que evocase viejos besos. Lo peor del caso es que sentí en mi propio cuerpo la aceleración de su ritmo cardíaco. La sangre corría a toda velocidad por sus venas. Para ponerlo claro, se estaba poniendo demasiado amistoso conmigo.

—¡Lucas! —le grité y de los nervios mi voz sonó aguda y chillona.

—Lo lamentó, no sé qué me sucedió.

Lo solté y él dio un paso atrás. Mejor así, porque ahora su deseo comenzaba a contagiármeme y eso me ponía los pelos de punta.

¿Desde cuándo, María Eliza Pérsico?! —Me grité para ponerle freno a lo que se apoderaba de mí, juro que por unos cuantos segundos tuve ganas de lanzarme sobre él y besarlo. ¿Eran sus ganas o las mías?

¡Genial, como que no tengo suficientes problemas!

—¿Por qué me permitiste ver eso?

Se encogió de hombros.

—No fue mi intención. Simplemente pasó, no logré controlarlo.

—Tienes novia —le recordé.

Menuda locura en puerta si algo llega a pasar por mi culpa; no me cabe la menor duda del lado que quién Vicente se pondría si Lucía, su sobrina, y Lucas se pelean o terminan.

Los colores que se le subieron al rostro un momento atrás, debieron caérsele a los pies porque se puso pálido y bajó la vista.

—Entremos. Necesito un café bien fuerte —masculló pasando por mi lado para dejarme atrás.

Lucas se escapó de mí. Unos por no querer tocarme, otros por desearme demasiado. De repente me dieron ganas de salir corriendo para buscar un lugar muy oscuro y perdido, y encerrarme en él por una buena temporada.

Entré en la cocina. Desde el rincón en el que estaba la cafetera, al otro lado del ambiente, me ofreció una taza. Acepté y fui a pararme frente a la isla central. Le di espacio, me pareció que eso necesitaba en este momento.

Encendió la máquina, sacó dos tazas del mueble frente a su cabeza y las colocó debajo de las boquillas. Apretó el botón de encendido y se dio la vuelta; me miró fijo.

—Lo intentamos... los dos; no funcionó.

Iba a preguntar qué cosa, y entonces lo entendí. Lucía y él habían terminado.

—Lo siento.

—Son cosas que pasan.

Después de hacer todos sus ruidos de siempre, la cafetera comenzó a descargar el oscuro y caliente líquido dentro de las trazas.

—Nos apresuramos demasiado. Empezamos lo nuestro en el peor momento. Lo que más me temo es que fue culpa mía, ella... —se aferró del borde de la mesada apoyando la parte baja de la mesada sobre ésta—...Lucía es una chica adorable. Al principio todo marchaba bien, el sexo era genial y...

Hubiese preferido no tener que oír eso último.

—...nos entendíamos a la perfección.

La máquina terminó de preparar el café. Se dio la vuelta, tomó su taza y la

mía, y caminó hasta la isla.

—Mi cabeza en esa época era una verdadera locura. Debí tomarme las cosas con calma.

Sinceramente, con todas las palabras que Lucas pronunció, el café que intentaría tragar a continuación, no bajaría por mí garganta. Tenía el pecho cerrado.

Me costó sostenerle la mirada.

Hoy necesitaba ser yo la que descargase sus angustias, no la que se encargase de cargar con las demás. Suena horrorosamente egoísta sí. Para empeorar las cosas estas no eran angustias comunes y corrientes, cuando Lucas decía que el momento para empezar una nueva relación no había sido el propicio, se refería a que poco antes de eso, todavía juraba estar enamorado de mí. ¿Mintió cuando aseguró que ya no me amaba? ¡Por Dios que no fuese así! Que simplemente hubiese errado su juicio a la hora de creer que había encontrado un nuevo amor.

—No sé, me figuro que fueron demasiadas cosas al mismo tiempo. A la distancia se ve todo con mayor claridad—. Bebió un sorbo de su café—. Algunas cosas fueron de lo más bizarras. Ella me recordaba demasiado a Vicente por momentos... en momentos en los que no quería recordarlo. Eso lo arruinaba todo. De repente estábamos en lo mejor de todo y ella hacía algo o decía algo que me recordaba a él y todo se iba al cuerno. Incluso cuando no eran momentos íntimos.

Me apoyé contra el borde de cerámicos de la isla para no caer.

—Son odiosamente parecidos—. Hizo una pausa—. De modo que al final, siquiera ir a la cama con ella fue placentero. En los últimos días peleábamos por cualquier cosa. Fue agotador para los dos. Era ridículo intentar mantener en pie algo que ya no existía.

Estiré mi brazo y tomé su mano. Qué mal que me sentía.

—Nada. Te lo dije, son cosas que pasan.

Y muchas pasaron y pasan por mi culpa —pensé yo.

—Dejemos eso. Lamento lo de recién, estoy un poco alterado. Vamos — sacudió la mano y se desembarazó de mí—. Cuéntame sobre la nueva joyita de la corona.

Tomé un sorbo de café y le solté todo la historia. Anežka era un punto neutral para ambos, de modo que evitábamos continuar metiéndonos en asuntos escabrosos o que pudiesen reavivar el dolor de antiguas heridas. Pobre Anežka, nos aferramos de su desgracia para no revolcarnos en la nuestra.

—Bueno, al menos tu padre demostró tener un poco de instinto paternal. Superó mis expectativas. Haciendo a un lado el hecho de que te torturó, claro está. Bien podría haber ignorado tu pedido de ayuda.

Bufé.

—Volviendo a la chica. Es demasiado joven... más joven que yo cuando cambié—. Alzó las cejas. Sus ojos oscuros se volvieron profundos pozos. ¿Qué harás con ella?

—Voy a ocuparme de ella, como corresponde.

—Puede elegir a alguien más.

—Confía en mí.

—Gaspar también es de confianza y tiene más experiencia en esto.

—Piensas igual que Vicente.

—Si tú lo dices. Sinceramente a mí lo único que me importa es verte tranquila y feliz.

—Estoy lejos de eso. Es que no puedo simplemente deshacerme de ella. Me siento responsable de su persona. Su llegada trajo un mundo nuevo de problemas, aun así, no puedo.

—Qué opina el padre de familia al respecto.

—¿Qué padre?

—Vicente.

Me agarré la cabeza. Ya que decidimos ir con sinceridad, bueno, aquí vamos.

—Básicamente opina que no vamos a tener sexo o cercanía alguna en tanto y en cuanto ella ronde por aquí, porque según él, podría sentirnos y supuestamente eso supone un problema. Hasta le incomoda que nos vea besándonos.

A Lucas se le escapó una carcajada tal que a mí me dieron ganas de revolverle la taza vacía por la cabeza.

—O sea que ahora tienen una hija adolescente, ya no tienen más sexo y... — Lucas se detuvo en seco. Con los ojos abiertos de par en par, despegó los codos de la superficie de cerámicos y se incorporó para enderezar la espalda. La sentí. Me di la vuelta, Anežka entraba en la cocina. Tenía cara de dormida y el pelo revuelto. En sus manos sostenía uno de los grandes candelabros de plata del living.

Lucas soltó un clarito y alto: “Mierda”.

Anežka y él cruzaron una mirada.

—Anežka, está bien, puedes bajar eso. Es Lucas, recuerdas que te hablé de él, es mi mejor amigo, no te hará daño.

Como ella no se movía, fui yo quien avanzó. Le quité el candelabro de las manos y tomándola por los hombros, la llevé conmigo hasta el centro de la cocina. Temblaba ligeramente. Al oído le susurré que todo estaba bien. De camino, dejé el candelabro sobre la mesa.

—Lucas, ella es Anežka. Anežka, este es Lucas—. Le dije en checo.

—¿No habla castellano? —Me preguntó volviéndose hacia mí.

—¿Qué esperabas?

—Hola —entonó Anežka, practicando una de las pocas palabras que le había enseñado yo en las últimas horas.

—Hola—. Le contestó y volvió a mirarme a mí—. Es una adolescente.

—Te conté que tenía dieciséis años.

—Sí, pero yo... se ve como una adolescente. Algo rebelde y *dark* pero adolescente al fin—. Alzó las cejas—. Y fuma.

Yo también olía el tabaco.

—¿Qué más hace?

—Me imagino que todavía no olvidas cuando eras humano.

—No me gusta.

Eso sí que no me lo esperaba. Anežka pareció comprender lo que Lucas acababa de lanzar. Lo más probable es que haya interpretado la mueca en su rostro. La cara de mi amigo se ensombreció.

—Es la reacción inicial, a mí también me pasó. Es buena chica—. Apreté los hombros de Anežka para darle valor. Yo no era muy alta, así y todo, sobre mis zapatos, le llevaba al menos una cabeza y poco más—. ¿Te gustaría tomar una taza de café?

Anežka me contestó que sí con la cabeza.

—Lucas, prepara más café, ¿quieres? Para los tres por favor.

Se removió dubitativo sobre su sitio, al final recogió nuestras tazas y fue a preparar más café.

—Dormía y sentí algo extraño.

—No lo pensé, lo lamento, no creí que fueses a sentir su llegada. No esperaba que eso fuese a despertarte.

—Todo estaba tan silencioso.

—Aquí no tienes de qué temer, nadie que ponga un pie en esta casa te hará daño. En ningún lado podrías estar mejor que aquí.

—A él tampoco le caigo bien.

—Nada de eso, es la primera impresión; es que eres demasiado fuerte y eso inmediatamente nos pone en alerta.

Lucas nos trajo el café y fue a por el suyo. Cuando regresó, me plantó cara.

—¿No te parece que llevan demasiado poco tiempo de casados como para tener niños? Ella es un poco grande para ser adoptada.

—Por favor, ¿sí? Intenta congeniar con ella. No tiene a nadie más en este mundo.

Revoleó los ojos.

—¿Estás segura de esto?

—Completamente.

—Así que... Anežka, dónde te instalaron.

Oficié de traductora.

Por mí, así me lo explicó vía mental, Lucas se comprometió a ayudarme con ella.

Conversamos los tres un buen rato, tanto cuanto le llevó a mi joven ahijada sentirse relativamente cómoda frente a la presencia de Lucas. Mi amigo, el mejor amigo que nadie pueda tener, se ofreció a llevarla a recorrer la ciudad, a comprar un par de cosas que le pudiesen interesar (como un celular, un iPod, una computadora). También, como descubrimos a lo largo de la conversación, se ofreció a enseñarle a manejar, si aprendía y se comportaba de modo responsable (eso acoté yo), podíamos conseguirle un registro de conducir), aunque no tuviese edad para eso. Cuando se convirtiese su edad ya no significaría demasiado (si bien por otro lado, iba a ser un detalle con el que íbamos a tener que lidiar por un tiempo, probablemente hasta que le sucediese lo que le pasó a Lucas cuando terminó de madurar). Eso a Anežka la emocionó mucho, se alegró todavía más al momento en que Lucas propuso pasarle su automóvil, planeaba comprarse uno nuevo. Tener un vehículo también suponía tener libertad. Tendría que tener cuidado con eso, como responsable de sus actos, no me parecía lo mejor permitir que se descontrolase demasiado.

Iba a ser difícil imponer límites, Lucas no me ayudó en mucho al contarle que yo tenía una moto (parte del regalo de casamiento que nos hizo Julián: una de sus motos para mí, otra para Vicente; últimos modelos, de lo más veloces y modernas, con todos los lujos posibles). Aquella moto era una bestia salvaje, recuerdo como si fuese hoy lo aterrada que me sentí la primera vez que me senté sobre ella y encendí el motor. Me costó aprender a dominarla, entre Vicente, Julián y Sofía lograron enseñarme a manejarla. Cuando le tomé el gusto, ya no pude renunciar a ella; sola o acompañada, disfruté de grandiosos paseos montada en aquella cosa. La moto yacía abandonada en el garaje desde hacía una semana, junto con mi vieja camioneta, la cual Vicente, no perdía la

oportunidad de insistir en que debía cambiarla (él había vuelto a cambiar su Mercedes-Benz por uno más nuevo de aspecto deportivo).

Solamente esperaba que Lucas no se fuese de lengua con otras cosas. No deseaba que Anežka pensase que esta era una vida de descontrol y excesos, porque no era así, cada cosa que tienes te cuesta cara, y no precisamente me refiero a su valor monetario.

Pese a mis intentos de convencerlo de cenar con nosotras, Lucas comenzó a despedirse en cuanto el sol cayó.

Lo acompañé hasta su auto.

Abrió la puerta. Se quedó a un lado del vehículo sin entrar. Se le escapó un suspiro cuando quedamos frente a frente.

—Aquí estamos otra vez... enredados y complicados como al principio.

Preferible no preguntarle si se refería a todos nuestros problemas en general, o a algo más.

—Una locura, como siempre—. Mi voz fue apenas un hilo delgado, delgadísimo.

Se me acercó y me dio un beso en la mejilla.

—Te quiero —entonó apartándose de mí.

—Yo también te quiero.

—Me llamas si me necesitas.

—Claro.

—Puedo acompañarlas mañana a casa de Gaspar.

—No hace falta que te molestes, tendrás cosas de las que ocuparte.

—Nada más importante que atender a mi mejor amiga.

Qué hubiese pasado si lo hubiese elegido a él como mi maestro y no a Vicente.

La pregunta no paraba de reverberar dentro de mi cráneo.

—Dile a Vicente que lo llamaré más tarde para ver cómo sigue su mano; espero que Gaspar pueda ayudarlo con eso. Ojalá tu padre encuentre pronto a los responsables y los haga pagar por lo que hicieron.

Se formó un profundo silencio entre los dos.

—Bien, me voy—. No se movió de su sitio—. Si necesitas algo sabes dónde estoy, no me he mudado, ni cambiado mi número de teléfono.

Asentí con la cabeza.

Puso la mano sobre el marco superior de la puerta del automóvil y acarició la superficie.

—Me dará pena desprenderme de él.

—No tienes que dárselo a Anežka, podemos comprarle un auto, cualquier auto

—. Otra vez se me cerró la garganta, Lucas tenía otra vez en sus ojos aquella mirada profunda y oscura—. Me trae tantos buenos recuerdos—. Sonrió a medias—. Es hora de dejarlo ir, ¿no te parece?

Dejar ir al auto o... ¿a qué? De qué hablábamos. La angustia se apoderó de mí otra vez.

—Haz lo que creas mejor.

—Necesito empezar de cero.

Me le acerqué y lo abracé. Deseaba decirle infinidad de cosas y no solté una sola palabra, también evité transmitirle nada mentalmente. La confusión era demasiada y cabía la posibilidad de que incurriese en un error que me costaría mucho subsanar. Lo solté y me alejé, él no había llegado a abrazarme.

—Gracias por venir.

—De nada.

Se metió en el auto, azotó la puerta y se largó. Creo que permanecí unos buenos cinco minutos parada allí mismo sin moverme.

Entre raíces y alas, algo tiraba de mi hacia abajo, algo hacia arriba.

Con Anežka cocinamos pasta, ella ayudó. Cenamos temprano. Vicente llamó en el preciso instante en que nos sentábamos a la mesa, yo ya había dado por descontado que no comería con nosotras, y no me equivocaba, todavía estaba con Gaspar. Cuando le pregunté por su mano, contestó con un gruñido áspero que no auguraba nada bueno.

Anežka se fue a dormir, yo me metí en la cama a esperarlo.

6. Días oscuros.

Algunas noches lamento mucho no ser capaz de cerrar los ojos y dormir. Dejarse ir, permitir que la mente divague, no es exactamente lo mismo que dormir, te relajas cuando tu día ha sido mediamente tranquilo, o cuando los problemas por los que pasaste —o estás pasando—, no son tan malos; si en cambio estos, incluso siendo humano, te quitarían el sueño, es casi imposible que tu mente no se desprenda de ellos. Es agotador. Tu subconsciente no logra desconectarse... nunca. Me acosté boca abajo y apreté la cara contra el colchón.

Bufé enojada conmigo misma por no ser capaz de controlarme, por tener tantas dudas y tantos miedos.

Volví a darme la vuelta. Absolutamente todas las posiciones me resultaban

incomodas. La cama sin él no era nada, es más, permanecer tendida aquí no tenía absolutamente ningún sentido.

Pateé las sabanas y miré la hora. Pasaban tres minutos de la media noche.

Me senté sobre el borde de la cama y entonces lo sentí llegar.

Ya era hora —pensé.

Manoteé de la mesa de luz mi gancho de pelo. Retorcí mi larga cabellera formando un rodete y la sujeté en lo más alto de mi cabeza. Moría de calor y eso no tenía nada que ver con la temperatura ambiente; el calor lo generaba mi propio cuerpo, de repente me entraban unos sofocos insoportables en lo que comenzaba a sudar a mares igual que si estuviese menopáusica. Así, en mi vieja camiseta musculosa de dormir, y unos cómodos shorts de algodón, bajé a recibirlo (descalza por supuesto, pisar sobre el piso frío era de gran ayuda a la hora de intentar refrescarme un poco).

Bajé a toda prisa. No tuve necesidad de encender la luz del hueco de la escalera principal para no tropezar con los escalones, con el brillo lunar que entraba por el ventanal de colores, era suficiente, es más, con esta luz, la antigua lámpara de la casa de los padres de Vicente, se veía aún mejor, verla por primera vez, luego de cambiar, fue una experiencia impresionante que nunca olvidaré. Así como lo fueron muchas cosas, entre ellas: hacer el amor, sentir el agua corriendo por mi piel, la lluvia y el sol sobre ésta; reír, inspirar el aroma de la piel de Vicente, abrazar a mi padre, comer comida preparada por mi madre, andar descalza por el pasto, el primer amanecer, mi primera taza de café aquella gloriosa mañana a la que entramos juntos en el primer día de mi nueva vida. Tantas cosas se volvieron increíblemente maravillosas y abrumadoras. Es decir, antes también lo eran, sólo que yo no era capaz de darme cuenta de eso. Cuanto nos perdíamos los humanos por no ser capaces de percibir el mundo de este modo tan maravilloso. Supongo que no lograríamos sobrevivir ni una semana bajo esas condiciones conservando nuestra humanidad. El primer mes y medio para mí fui increíblemente difícil; acostumbrarse a una nueva fuerza, a un nuevo aspecto, a una forma completamente distinta de percibir las cosas puede sonar fácil, pero no lo es. Igual que siempre, con la planta de mi pie izquierdo, sentí la irregularidad que tenía la madera del último escalón.

Un suave cosquilleó sobre los brazos me trajo el olor de lluvia. Dentro del aroma a tierra y madera mojadas, a pasto y a todo lo demás que la lluvia tocaba en algún lugar de la ciudad, vino mezclado su perfume. Mi necesidad de él se hizo física, lo sentí en el pecho y en el estómago. Su aroma me guió a

la cocina.

No me sorprendió encontrarlo a oscuras.

Puse un pie dentro de la cocina. La puerta vaivén se bamboleó a mis espaldas. La mesa estaba vacía. Inmediatamente giré la cabeza. Lo encontré junto a una de las heladeras, con un vaso de agua en las manos.

Sin pronunciar palabra, caminé hasta él. Me siguió con la mirada. De un salto me senté sobre la isla central. Su mano continuaba cubierta por una venda (una limpia).

De repente, alejó sus ojos de mí e hizo el ademán de irse en dirección a la puerta. Estiré la pierna derecha, cortándole el paso. Con fuerza apreté la planta del pie sobre el borde de la mesada. Mi gesto provocó que volviese a mirarme.

Para que ni se le ocurriese escaparse por el otro lado, planté mi pierna izquierda, sobre el mueble de cocina, por debajo de su cadera.

—¿Hasta cuándo esto va a ser así? Ni pienses que voy a permitirte continuar huyendo de mí—. Me incliné hacia delante agarrándome del perfil de cerámicos—. Habla—. Lo que sentía en el pecho dejó de ser agradable para demudar en oscuridad y preocupación.

—No estoy de humor. Me duele la mano —bebió un sorbo de agua, colocó el vaso sobre la mesada—; Gaspar no logró ayudarme. Ninguno de ellos pudo. No tienen ni la menor idea de qué es esto.

—¿Es mi culpa?

Me fulminó con la mirada.

—Lo digo porque te quemaron y nos atacaron por Anežka. Te enoja que no la deje ir—. Fui directo al peor escenario posible y todavía no entiendo muy bien a razón de qué. Supongo que se debe a que todavía perduraba en mí aquel calor insoportable.

No contestó.

—No quiero esto. Te amo.

Vicente me tomó por el tobillo izquierdo e intentó apartar mi pierna.

Mis músculos se transformaron en una viga de concreto.

—No quiero hablar de esto ahora —dijo sin soltarme la pierna.

Ninguno renunciaba.

—¿Cuándo? En una semana cuando ya no seamos capaces de mirarnos a la cara.

—Eliza, por favor.

—No.

Me empujó.

—No —insistí.

—Estás dispuesta a pelear conmigo. Te parece que este es momento de discutirlo. Muévete, por favor.

No me moví ni un ápice.

—¿Qué harás, quemarme? ¿Es eso?, si no hago lo que quieres me quemarás. Hazme el favor y muévete, además de ser tu esposo soy tu maestro y por si no lo recuerdas, llevo mucho más tiempo que tú siendo demonio. De sobra sé que no estás en condiciones de discutir nada.

Eso me sacó de quicio, más allá del calor, yo no experimentaba nada fuera de lo normal, bueno, eso apartando a un lado la frialdad con la que me trataba él.

—No voy a quemarte. Jamás haría nada semejante.

—Me alegra, porque con esta jodida quemadura tengo bastante. Aparta la pierna, quieres —gruñó enojado.

Tragué saliva, no era capaz de moverme. Se me revolvió el estómago.

—Conseguirás que se despierte. Si sigues por ese camino ella lo sentirá. ¿Vamos a darle un espectáculo que probablemente no podrá olvidar en un buen tiempo? ¿Te gustaría eso?

La temperatura me subió todavía más.

—Ven —me invitó con una mano.

—¿Qué?

—Salgamos, así nos evitaremos tener que reconstruir la cocina después.

Me paralicé cuando atrapó mi mano derecha con las suyas. Tiró de mí. Me tomó desprevenida. Mis piernas cayeron al suelo. No logré reaccionar hasta que llegamos a la puerta que daba al lateral de la casa.

—¿¿Qué haces?!

—Planeo demostrarte mi teoría.

—De qué teoría hablas.

—Afuera —abrió la puerta y tironeó de mí hacia afuera.

Me clavé en el piso.

—No.

—¡Sal!

—¿Qué tienes esta noche?

—¡Sal ahora mismo!

—No. Vicente, por favor.

Tiró de mí. Si no me resistí fue por evitar empeorar mi estado, no quería perder el control de mis propias fuerzas, temía darle demasiada rienda a mi

parte demonio y luego no lograr contenerme. No sé qué se proponía con esto, pero no me gustaba ni un poco.

Me arrastró hasta el jardín y allí me soltó.

—Bien, haz lo que quieras hacer. Adelante, hazlo.

—Que haga qué, no sé de qué hablas.

—Algún día tenía que pasar.

—Es obvio que lo de tu mano te tiene mal. No bajé para pelear. Te extrañaba. Moría por verte, me tenías preocupada. Lo que sucede no me gusta más que a ti. Es que simplemente me vuelve loca que de repente te conviertas en un cubo de hielo. Sí parece que hubiésemos vuelto a cuando nos conocimos, otra vez intentas apartarme de ti y eso no tiene ningún sentido.

Giré para largarme. Fue su turno de cortarme el paso.

Inspiré hondo.

—Vicente.

En vez de dejarme pasar, se quitó el saco y comenzó a desabotonarse la camisa. Solamente le faltaba alzar los puños y listo, ya podíamos en empezar a pelear.

Retrocedí, no por miedo a que me lastimase, sino por pánico de lastimarlo.

Arrojó la camisa a un lado.

—No soy yo la que quiere pelear.

—Estás enojada porque no la quiero aquí y porque puse distancia entre nosotros.

—Sí, pero esa no es razón para que llegemos a esto. Tú estás tan enojado como yo.

—Eso es cierto. Te lo dije, quería paz y no es exactamente eso lo que he encontrado. Vamos, golpéame, siquiera te estoy pidiendo que me quemes, es probable que no logres concentrarte como para lograrlo. ¡Pégame! Adelante, puedo soportar un poco más de dolor.

Di un paso atrás y él se adelantó.

—Si no te descargas así explotarás por otro lado.

—No voy a hacerlo. No es buena idea.

—Tienes ganas de golpearme, hazlo.

La cuestión es que también tenía ganas de besarlo.

—Pasé por esto una vez. No es nada nuevo. Preferí ignorar el hecho de que era probable que volviese a suceder. He descubierto que no es así. Llevamos mucho tiempo esquivando la realidad. Cuando más lo demoremos peor será. Es hora de que asumas lo que eres; será más fácil para todos si lo haces, sobre

todo para mí.

—Qué...

—Demuéstrame que ya no eres humana.

—Qué clase de pedido es ese —solté aterrorizada.

—Gaspar tiene razón, pasamos casi un año esquivando la verdad.

—No esquivo nada.

—Te tomó meses volver a llamar a tu padre, y si lo hiciste fue por esa chica.

—¡Fue por todos nosotros! —Chillé atragantándome con mi propia saliva.

—Jugar a ser normales ya no es una opción, no ahora que ella está aquí.

—Mi padre es quien me crió y la realidad es que te amo, no voy a golpearte ni a quemarte.

—También me odias.

—¡Qué estupidez...! No es cierto.

—Al menos un poco.

—Qué se te metió en la cabeza hoy. No te odio.

—Nunca me perdonaste que te dejara.

—Eso pasó hace mucho.

—Más vale que aclaremos las cosas ahora. Todo lo que te guardes, explotará cuando ella cambie.

—¿Esto fue concejo de Gaspar? ¿En vez de curar tu mano te sugirió que volviesses a casa e iniciases una pelea conmigo?

El fuego brotó de sus manos y di un respingo.

—¿Te volviste loco?!

El fuego flotaba encima de su mano sana. Saltó hacia mí con el brazo extendido. La llama pasó demasiada cerca de mi cara. El calor que emitía me puso los pelos de punta. Mi temperatura corporal se convirtió en un infierno.

Me costó terminar de entender que no era una pesadilla.

Retrocedí todavía más, la piscina no quedaba a más de dos metros por detrás de mí pies.

—Reacciona —rugió a voz en cuello sin preocuparse por si alguien nos escuchaba o si Anežka se levantaba.

Negué con la cabeza.

Vicente balanceó el brazo. De sus dedos emergió una lengua de fuego que se desplegó igual que una de esas cintas que usan las gimnastas en sus exhibiciones, la cual pasó muy cerca de mi lado izquierdo. Sentí un calor insoportable sobre mi pierna desnuda. No había llegado a quemarme, de todos modos el fuego imprimió en mi piel una marca ardorosa.

—¡Mierda, Vicente! ¡¿Quieres matarme?!

—¡Haz algo ahora mismo!

—¡No! —Sin darme cuenta me había echado a llorar de bronca. A él no le importó en lo más mínimo. Me pregunté si Lucas sería capaz de hacerme una cosa semejante; no, seguro que no, de lo que también me pareció estar segura a continuación, es que Vicente, en mi lugar, no estaría en este momento comparándome con alguien más. Eso me hizo sentir pésimo.

—Es hora de abrirle las puertas, déjalo salir.

Negué con la cabeza.

—Es lo mejor. Si no lo haces te obligaré.

No articulé palabra, no tenía argumentos.

—Eliza... —pronunció mi nombre y luego se abalanzó sobre mí.

Lo vi llegar antes de que sucediese.

Una pared de fuego se me vino encima. Algo explotó dentro de mí. Una bola de fuerza. Solté un grito que me desgarró la garganta. Sentí que me perdía, que me deshacía de algo. Me hice humo —por ponerlo de alguna manera—. Juro que me elevé del suelo y no por dar un salto.

Agua. Agua cristalina y pura, litros y litros, se materializó en mi mente. Vi todo celeste, brillante, esplendoroso.

Escuché la explosión sin embargo en un principio no supe a qué adjudicarla.

Sentí que un profundo vacío tiraba de mí por mi espalda. Me tambaleé. El agua de la piscina se elevó como si dentro de ésta, hubiese explotado una bomba. Se levantó una pared de agua, una inmensa ola de cinco metros de agua, la cual luego cayó con una potencia sorprendente, sobre nosotros, sobre el fuego. El agua me cortó la respiración, también me derribó. Terminé de rodillas entre charcos de lodo formados sobre el césped.

Unas gotas más, igual que el final de una tormenta, cayeron sobre mí. Alcé la cabeza, vi a Vicente en cuatro patas, se encontraba a menos de dos metros de mí. Apenas moviéndose, levantó la mirada.

Sentí frío. Se me puso la piel de gallina.

—Fuego y agua —murmuró.

Se sentó chapoteando en el barro.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque no quiero que terminemos como terminé con Eva. Pasé esto una vez, yo fui tú, y en mi lugar estuvo Eva. Sé cómo es. Sé lo que se siente... lo sé.

—No eres ella y yo no soy tú. No tiene por qué ser igual.

—No, no es igual, es peor, es más peligroso.

Traduciendo, yo soy más peligrosa. Ni falta que hacía que lo anunciase en voz alta.

—Pudiste hacerle frente a alguien que genera fuego al igual que tú, y sin saber nada de nada, saliste prácticamente ilesa—. A una velocidad pasmosa se arrancó la venda de la mano—. Mírame a mí. Yo no pude hacer nada para defenderme y tampoco he conseguido curarme.

Mis ojos fueron directo hacia su mano, la quemadura se veía horrible, peor que la última vez que le eché un vistazo. La costra negra se había extendido sobre el brazo, igual que una plaga infecta sedienta de más que destruir.

—Gaspar solamente lo insinué —continuó diciendo —sin embargo lo comprendí al instante. Las cosas que esperábamos de ti comienzan a hacerse realidad. Tal vez sea por la chica, tal vez no. No hace la menor diferencia. Tarde o temprano sucedería—. Se apartó el pelo empapado de la frente—. No voy a dejarte. Te amo, tanto o más de lo que te amé en cuanto te vi. Intento cuidar de ti, de nosotros. Quiero saber a qué atenerme si pierdes la cabeza, quiero saber si podré contigo si las cosas se ponen feas.

Me levanté del suelo y caminé hasta él, me arrodillé a su lado. Lo abracé.

—Es demasiado —me susurró al oído.

Mi mundo se vino abajo.

No sé cómo, él lo supo. Lo supo el día en que le anuncié que no iba a renunciar a Anežka. Probablemente lo vio igual que vio en mí eso tan especial el día en que me conociera. Sin saber qué era, igual presentía que aquello se encontraba allí. Y aquí estaba, frente a nosotros. Sobre nosotros: además de fuego, había agua, y Dios sabe qué más.

—Tengo miedo.

—Yo estoy aterrada.

—Me cuesta mucho estar tan cerca de ti.

El mundo no podía descomponerse más que esto.

—Te conviertes en demasiado y eso a mi lado más oscuro no le gusta nada. Una parte de ti también debe odiarme ahora mismo, tal vez no tanto como esa parte mía te odia a ti, yo soy muy poca cosa a tu lado, no represento una verdadera amenaza, en cambio tú...

De mis ojos se desprendieron todavía más lágrimas, lágrimas que se mezclaron con el agua clorada de la piscina.

Me apreté contra él.

—¿Qué vamos a hacer?

No respondió.

Apreté la cara contra su hombro y después levanté la cabeza. Al hacerlo, vi a Anežka parada al otro lado del ventanal de la cocina. Las luces encendidas recortaban su figura sobre el cristal. Tenía ambas palmas sobre el cristal y no apartaba sus ojos de nosotros.

Desenredé los brazos de cuello de Vicente y me alejé un poco.

Alzó su mano sana y con los dedos, barrió las lágrimas de mi mejilla.

—Ve con ella, entraré en un momento.

—¿Cómo sabías que...?

—Está bien, tan solo ve.

Me levanté.

—Me mudaré al otro cuarto.

Eso fue como si el agua volviese a caer sobre mí.

—Es lo mejor. No puedo hacer mucho más.

Obedecí, no por gusto, mucho menos porque estuviese de acuerdo.

No supe qué responder cuando Anežka me preguntó sobre lo que acababa de suceder. Solamente tenía cerebro para pensar en lo oscuros que se volverían los días a partir de ahora. Me sentí sola y con el corazón destrozado; asustada de mí misma, confundida y enojada con el mundo entero.

Anežka volvió a dormirse. Así, sentada en el suelo junto a su cama, pasé toda la noche.

La llegada del día, no modificó en nada mi situación, llovía a cantaros y el cielo negro no permitía el paso de la luz del sol. A sabiendas de un Vicente encerrado en su antiguo cuarto, el cual cuando remodelamos la casa, se rehusó a tocar, le propuse a Anežka, que después del desayuno, saliésemos a dar una vuelta. La llevaría a recorrer la ciudad, quizá a casa de mis padres para que los conociese, pero lo más importante, para que yo pudiese verlos luego de mis días de ausencia por la ciudad, y luego, en la tarde, visitaríamos a Gaspar. Para no complicar las cosas todavía más, le dejé una nota a Vicente en la que lo ponía al tanto de mis planes para el día.

La lluvia nos puso difícil lo del paseo. Por suerte, Lucas salió a rescate. A mi amigo se le ocurrió que podíamos quedarnos los tres a almorzar en casa de mis padres, después de todo era sábado y ellos debían estar esperándome.

Llamé a mi mamá y como no puso objeción, llevé a Anežka a comprar el postre (mi mamá se negó a que comprase comida hecha). Nos encontramos con Lucas en la puerta de la casa de mis padres.

7. Los pecados del padre.

A Lucas le tomó un momento asimilar lo que acababa de ver, de pronto, volvió la cabeza hacia mí. Expulsó un chorro de aire por la nariz.

Miré a Anežka, mi madre intentaba enseñarle algunas palabras en castellano, señalándole aquellos objetos a los que correspondía el sonido.

—No sé qué decir. Noté algo ayer... es distinto. No me molesta —de refilón le echó una mirada a mis padres—. No te odio ni me provocas rechazo alguno.

Me masajeeé la frente, la cabeza me dolía horrores.

—¿Qué harás?

—No tengo ni la menor idea.

—¿Crees que se vaya de casa?

—Dijo que no iba a dejarme.

—Tu mamá...

—No es tonta —empecé a decir cortándolo—, no tengo ni idea de cómo lo hace: sabe que algo pasa. Si todo estuviese bien él habría venido a saludarla.

—Lo lamento.

Lo miré y le sonreí. Me prendí de su brazo y me acerqué todavía más al costado de su cuerpo.

—Confío en que sea una etapa, nada más.

—Hablar con Gaspar puede serte de ayuda, Vicente y él deben haber conversado mucho ayer.

—Lo haré esta tarde cuando lleve a Anežka a verlo.

—Voy contigo, Anežka ya me conoce. No hablo una palabra de checo pero me figuro que se sentirá más tranquila mientras yo me quedo con ella para que converses con Gaspar.

—Gracias, es buena idea.

Posó su mano izquierda sobre la mía y me dio un cariñoso apretón. De repente Vicente me hizo mucha, pero mucha falta. Sentí que comenzaba a perderlo otra vez y eso hizo que se me encogiese el corazón. Me odié a mí misma por ser hija de quien era, por tener estos malditos poderes que no quería ni necesitaba. Mamá se levantó de su silla. Una Anežka más relajada, se quedó en compañía de mi papá, quien por lo visto, no tenía planeado torturarla con una lección de castellano, él en cambio se levantó de su silla, fue hasta la alacena y sacó una caja de bombones, de los cuales le convidó. Anežka le sonrió y tomó uno. Lucas fue a reunirse con ellos.

—Te ves diferente.

El comentario de mí mamá no era una novedad.

Cargó de agua la cafetera.

—¿Es eso normal?

Ella al igual que yo todavía intentaba acostumbrarse a mi nuevo yo.

—Cada día te pareces más a él.

Eso me revolvió las tripas.

—Por cierto —se estiró y sacó el café de la alacena—, qué sabes de él.

Ese él no era otro que Eleazar.

—Nos encontramos hace un par de días en las afueras de París.

—¿Qué quería?

—Fui yo quien lo llamó, necesitaba ayuda.

—¿Te ayudó? ¿Qué te pidió a cambio?

—Sí, sí me ayudó. No pidió nada a cambio.

—No deberías acercarte a él.

—¿Tú no lo has vuelto a ver?

—¿Para qué querría verlo? No tengo nada para decirle —lanzó a la defensiva cuando en realidad no tenía de qué defenderse.

—Cuál es la historia de ustedes dos, jamás me contaste nada.

—Como sea, no es el momento.

—Eleazar sugirió que no fue él quien terminó la relación, que no te dejó; qué hay de eso.

Los ojos verdes de mi madre se clavaron en los míos.

—Dijo que hay muchas cosas que no sé.

—De eso no me cabe la menor duda, de otro modo no habrías dicho lo que acabas de decir.

—Si me contaras...

—No es momento.

—Nunca es momento para nada, según todos.

—Algún día, Eliza, no hoy. Volviendo a asuntos más urgentes, qué hace esa chica contigo. No me gusta.

Bufé.

—La rescaté de un montón de demonios que le tenían muchas ganas. Poco faltó para que nos matasen. A los tres. En las manos equivocadas se convertiría en un peligro.

—¿Y contigo no?

—Cuando se convierta voy a enseñarle a... —me miró con mala cara. La frase

quedó inconclusa.

Lucas se dio la vuelta y nos miró a las dos, por turnos, cuando se detuvo en mí, sus ojos se pusieron terriblemente oscuros otra vez. Mi madre giró la cabeza y lo miró de vuelta. Nada de esto le gustaba ni un poco. Cómo culparla por no querer tener una hija demonio, la cual tenía un padre como él mío. ¿Qué la había llevado a acercarse a Eleazar si ahora lo despreciaba tanto? ¿Por qué tuvo un hijo con él, para qué me permitió nacer?

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Eleazar tenía toda la razón, no sabía nada de aquella historia. Mi madre se alejó de mí y allí murió la conversación.

Lucas me busco con la mirada otra vez.

—¿Qué fue eso? —El pensamiento de mi amigo coló en mi cerebro.

—Lo mismo de siempre. Algunas cosas cambian, así y todo nosotras no perdemos las mañas, continuamos peleándonos igual que siempre.

—No me refería a eso. Tu mamá de repente se puso muy extraña, se cerró.

—¿Se cerró?

—Intenté ver qué le molestaba tanto y no lo logré. Nunca antes me pasó, sentí su enojo y cuando quise llegar más lejos que eso, me fue imposible. ¿De qué hablaban?

—De Eleazar. De cosas sobre su relación que yo desconozco. Ella siempre se pone a la defensiva cuando el tema sale.

—Sí, pero no fue eso. Más que a la defensiva parecía estar atacando.

—No te entiendo.

—¿No lo percibiste?

En respuesta me encogí de hombros.

—Mejor nos vamos, ¿no? Gaspar te está esperando—. Se levantó de la silla. Cruzamos una mirada.

—Tenemos que irnos —anuncié.

—¿No toman un café?

Anežka se dio la vuelta y me buscó. En checo, le avisé que había llegado la hora de partir. Se levantó siguiendo a Lucas.

—Lo lamento, se nos hizo tarde.

Mi papá puso cara de sospechar que había gato encerrado en nuestra súbita partida.

Nos despedimos.

Lucas en su Mini y Anežka y yo, en mi camioneta, partimos a casa de clan Salleses.

La lluvia amenazaba con no parar jamás, así como las cosas amenazaban con

no parar de empeorar. El comentario de Lucas sobre lo que había hecho mi madre en la cocina me tenía algo descolocada, más me preocupaba su urgencia por largarse de casa de mis padres. Fue como si el suelo ardiese debajo de sus pies, no soportaba quedarse allí un segundo más.

Quise llevarlo conmigo en la camioneta para que así discutiésemos lo sucedido, él se negó. Hablarlo por teléfono mientras conducíamos tampoco me parecía una buena idea, causar un accidente de tránsito no estaba en mis planes, y eso sucedería probablemente, ya que nada bueno podía salir de esto. Y además, si bien Anežka no entendía castellano, no era tonta, desde temprano en la mañana sospechaba que algo no iba bien. A mí se me notaba en la cara la preocupación.

Como me hubiese gustado tener la cabeza más clara para poder ser una verdadera compañera y guía para ella. Tan sólo imaginar lo sola que debía sentirse ahora, un país extraño, rodeada de gente desconocida y de demonios, provocaba en mí una gran culpa. En cierto modo, sentía que los pecados de mi padre eran míos. Así como uno puede heredar cosas buenas, también se heredan las deudas y mi padre probablemente tenía muchas cuentas pendientes por ahí.

Anežka casi se perdía en la butaca del acompañante. Era tan pequeña, tan delgada, todavía tan indefensa a mi mundo. Me embargó una gran tristeza, la misma que cargaba ella en sus ojos, los cuales se perdían en las nubes gris plomo del horizonte. Me dieron ganas de pedirle disculpas por todo, por lo que le había tocado vivir, por lo que vendría más adelante. Qué condenadamente cruel es el mundo, incluso con las personas más jóvenes que no tienen armas para defenderse.

Así como estaba, me puse a pensar quién en su sano juicio traería un hijo a este mundo, en el que la miseria lo contagiaba todo de dolor. Cómo había hecho Susana para tener el coraje de traer una nueva vida a un lugar que parecía en franca decadencia. A mí se me partiría de dolor el corazón saber que un día (si todavía fuese humana y pudiese tener hijos), ya no estaría allí para proteger a esa criatura tan amada.

Se me cerró el pecho.

¿A qué estaba condenada la humanidad? ¿Qué sería del mundo de aquí a unos cuantos años, con tanta guerra, hambre y devastación? ¿Era mi padre responsable de la crueldad de los actos humanos, o simplemente, los seres humanos somos de por sí propensos a la autodestrucción?

Aterrada le clavé las uñas al volante.

Anežka ladeó la cabeza y me espió por el rabillo de los ojos.

—Gracias por presentarme a tu familia.

—No tienes nada que agradecer—. Dejé que pasasen un par de segundos—. Lamento lo de anoche. Te asustamos. Procuraré que nada semejante vuelva a suceder. Te prometí que cuidaría de ti y hasta ahora no te he dado ni un poco de paz y tranquilidad.

—Eso no es cierto. Sí, lo de anoche me asustó, pero desde que estoy contigo las voces se han calmado, ahora solamente los siento a ustedes y, en cuanto me acostumbre a eso, será como vivir con la normalidad de la cual nunca pude gozar. Lo único que me temo es que estoy descalabrando tu mundo.

Negué con la cabeza. Para qué poner semejante fardo sobre sus hombros.

—Eliza.

—¿Sí?

—Gracias por traerme aquí.

Al pronunciar aquello, sus delgados y blancos dedos toquetearon la hebilla del cinturón de seguridad.

—No sé qué haría mi madre en lugar de la tuya. Ella lo lleva bastante bien. Para la mía yo era una tortura, lo fui desde que nací.

—Nosotras tenemos lo nuestro también.

—Tu padre es muy cariñoso contigo.

—Él siempre fue mi sostén, y lo seguirá siendo.

—Es bueno tener en quien apoyarse.

—No pretendo ocupar un lugar que no me corresponde, pero puedes apoyarte en mí. No voy a ir a ninguna parte, aquí estaré siempre que me necesites.

—Ver como vives me da esperanzas. Tienes amigos, tienes familia.

—No todo es tan malo.

—No, comienzo a ver las cosas con otros ojos. Más allá de ser un tanto escalofriante, lo que hiciste anoche con el agua... fue sorprendente. Me pareció estar viendo una película.

—No fuiste la única sorprendida, yo no tenía ni idea de que podía hacer eso. Alzó las cejas.

—Por lo visto mis poderes recién comienzan a emerger.

—Eso mismo pasará con los míos.

—No lo sé, es probable que sí. Gaspar quizá pueda adelantarnos algo—. Yo ya le había contado sobre las habilidades de éste y también sobre las del resto de su familia.

—Es emocionante, me asusta un poco y al mismo tiempo quiero llegar a ese

momento. Nunca me gustó ser una carga para nadie, estoy acostumbrada a defenderme sola, sé que lo haré mejor en el futuro cuando sepa de qué soy capaz.

Yo había tenido exactamente el mismo pensamiento.

—También tendrás que aprender a controlar las habilidades que tengas, no es que todo vaya a cambiar de la noche a la mañana.

—Viví dieciséis años creyendo que así sería siempre, ahora que sé a qué se debe, y que cambiará, esperar un año o dos no representará demasiado problema. Quiero hacerlo, quiero cambiar, cada día que pasa me siento más segura de ello. Este es mi lugar, lo presiento. Dejé de sentirme como una extraterrestre. Todo cobra sentido y no tengo palabras para explicar lo grandioso que eso es. Parar de huir de una buena vez es lo mejor que me ha sucedido en la vida. Ya no me siento obligada a escapar de mí misma y mucho menos de lo demás. ¿También fue así para ti?

Le contesté que sí con la cabeza.

—Fue encontrarme a mí misma.

—Eso suena genial. Va a ser genial —me dedicó una enorme sonrisa—. Estoy ansiosa por empezar esa nueva vida.

...

Lucas con su Mini fue el primero en atravesar el portón de entrada de la propiedad de los Salleses.

Remontamos la loma y rodeamos los árboles.

Habían pasado un par de semanas desde la última vez que visité a la familia, es por eso, que al ver la casa me di cuenta de cuantos los echaba en falta a todos. Venir aquí, visitarlos equivalía a hacer un retiro espiritual o algo así, aquí podías venir a sanar tanto las heridas del alma como las del cuerpo. Encontrar un lugar en este mundo que te haga sentir así no tiene precio.

El Mini de Lucas giró para detenerse frente a las cocheras, entonces vi a la familia salir de la casa. Gaspar a la cabeza, Diogo justo detrás de él. Julián, Leandro, Massimo. Bueno, eso en realidad era parte de la familia, las mujeres por lo visto no estaban en casa.

Estacioné y apagué el motor.

—¿Lista?

—Más o menos —la voz le tembló. Se quitó el cinturón de seguridad—. Es que son muchos y muy fuertes.

—Son muy antiguos, por eso. Gaspar tiene casi ochocientos años siendo demonio.

Los ojos de Anežka se abrieron de par en par.

—Sí, así es, cuesta creerlo. Bajemos, una vez que los conozcas te sentirás mejor.

Y probablemente así fue, la sonrisa de Gaspar tiene poderes curativos.

—Bienvenida a casa, Anežka. Ansiábamos conocerte, Eliza me habló mucho de ti —Gaspar me guiñó un ojo y luego procedió a presentar al resto de la familia hablando en un checo que sonaba mucho mejor que el mío. El que sonaba como de un nativo era el de Leandro.

Conversamos un poco allí afuera, de todo y de nada en particular, fue Diogo quien comentó que las jóvenes mujeres de la casa encontraban de viaje por un asunto de trabajo. Las motos de Julián también fueron tema de charla ya que una de ellas estaba estacionada debajo del alero del garaje y Anežka la vio. Ese fue el único tópico medianamente paranormal del cual hablamos, aparte de eso nadie más mencionó nada que tuviese que ver con algo medianamente demoníaco.

Un par de minutos más tarde, Gaspar, y Leandro se llevaron a Anežka a recorrer la casa y el resto de la propiedad. Yo sabía perfectamente bien que aquello era algo más que una simple visita guía por la casa, era una oportunidad para que Gaspar hiciese su trabajo. Leandro iba con ellos porque su dominio de los idiomas era impecable y además la idea era que fuese él el encargado de enseñarle castellano a Anežka.

Diogo partió rumbo a la cocina para preparar todo para la hora del té. Los que quedábamos éramos capaces de comer por los que no estaban.

—Tengo una moto nueva que te va a gustar —me soltó Julián con entusiasmo cuando nos quedamos solos—. Tráeme la vieja y hacemos un cambio.

—La vieja está bien, es lo suficientemente rápida para mí.

—No opinarás lo mismo cuando la pruebes.

Lucas me tiró un codazo que significaba: ¡no seas tonta, acepta!

—Veremos.

—¿Cómo sigue Vicente? —quiso saber Massimo.

—Igual—. No supe qué otra cosa decir, no tenía ganas de ponerme a soltar mis problemas.

—¿A dónde fueron las mujeres? —En apariencia la pregunta de Lucas podía aparentar ser simple curiosidad, no lo era, lo sentí salir al rescate del incómodo momento.

—Canadá—. Julián se pasó una mano por su cabello—. Es un asunto de lo más retorcido. Al principio cuando nos enteramos de la existencia de esa persona todo se veía de lo más normal.

—Y resulta que acabó no siéndolo —completó Massimo.

—Ni un poco.

—¿Por qué? —Ahora sí era curiosidad.

Julián giró la cabeza y miró a Lucas.

—Es una chica, tiene dieciocho años y es novicia.

—¿Es broma?

—Sí que es retorcido, ¿no? —Entonó Massimo.

—Por lo que contó Sofía, la chica es muy religiosa.

—Se supone que lo sea, si deseaba convertirse en monja—. Lucas me tomó de la muñeca. No sé si los demás lo notaron, él no dio evidencia alguna del gesto. Su mano ostentaba una temperatura superior a la normal.

—¿Y es una de los nuestros? —La pregunta se me atragantó.

—Sí —Julián inspiró hondo—. Lo es en todas las de la ley. Las chicas coinciden en que tiene un enorme potencial.

—El problema es que no consiguen convencerla de que se una a nosotros.

—Si no lo hacen, probablemente la encuentre alguien más y... —Julián me interrumpió.

—Es lo mismo que con Anežka —soltó completando mi línea de pensamiento.

—Soy yo o esto no es normal. Díganme ustedes, ¿es común que este tipo de cosas sucedan? Porque a mí me suena de lo más raro.

—La chica no ha querido contar demasiado, no confía en nuestro grupo —explicó Julián—. De modo que no sabemos cuáles fueron los reales motivos que la impulsaron meterse en un noviciado.

—Podría haber sido por miedo —aventuré—. La madre de Anežka era muy religiosa también. Solía leerle la biblia todas las noches, con eso esperaba mantener a raya las extrañas experiencias de su hija. Hizo que la exorcizaran en más de una ocasión.

—Obviamente esa mujer no tenía idea de nada.

Lucas negó con la cabeza.

—Oigan, ¿intentan encontrar un patrón en esto? —Massimo dio un paso al frente—. Dudo que ambas cosas tengan algo que ver.

—Si se te ocurrió es porque también lo piensas, yo no hice más que insinuarlo —dije.

—No, nada de eso. Mantengamos la calma, es algo extraño sí; solamente les

tomará un poco más de tiempo llegar a ella.

—¿Tiempo? ¿Cuánto tiempo llevan trabajando con la chica?

Lucas me miró de reojo.

—Una semana.

—Julián, eso es bastante tiempo.

—Recuerda cuanto tiempo le llevó a Vicente contigo.

—Massimo, eso fue distinto, yo quería estar con él. Esta chica es religiosa, para ella nosotros somos el enemigo, cuanto pasará hasta que empiece a ver a Sofia, Kumiko y Petra como... —ahora fue el turno de Massimo de interrumpirme.

—Tú misma lo dijiste, podría no ser más que una fachada. Tal vez ella solamente esté asustada por ser consciente del potencial que tiene. Cuando logre encausar toda aquella energía lo admitirá.

—¿No la sigue nadie más?

—No, todo está muy tranquilo —explicó Julián.

—De todas maneras no suena normal.

—En nuestro mundo no hay nada de normal —murmuró por lo bajo Massimo.

—Esperamos que regresen a casa pronto —Julián sonrió—. La familia se agranda.

Intenté sonreír. Mis labios dibujaron algo extraño y sin gracia. El mal presentimiento que se instalara en mí ante la mera mención de lo que ocurría en Canadá se negaba a soltarme. Es probable que exagerara, que viese todo negro simplemente porque para mí las cosas se habían puesto difíciles; así y todo, el asunto no me gustaba nada.

—¿Qué tal llevas tú, tu situación? Se te ve algo cambiada.

—Estoy bien, Julián, y no, no es nada.

—Ya se lo dije yo —Lucas suspiró—. Ella dice no notarlo —me miró de reojo.

Mentalmente le supliqué que no comentase ni una palabra de lo de anoche, antes que nada deseaba discutirlo con Gaspar en privado.

Pasaron un par de segundos hasta que alguien más habló.

—Bien, al menos a Anežka se la ve propensa a cooperar.

—Después de toda una vida de no comprender lo que le sucedía, ella se siente aliviada ahora. A veces, por mala que sea la verdad, es mejor que la ignorancia o cualquier engaño.

—¿Le has contado algo de tu padre?

Ante la pregunta de Julián, Massimo enarcó las cejas.

—No, es muy pronto para semejante confesión, además no hace falta que se lo diga.

—Gaspar nos contó que lo volviste a ver.

—Así es —contesté incómoda, no tenía ganas de hablar de Eleazar y menos de nuestra relación. Para ser sincera, la curiosidad de Julián me sorprendió, en lo que todos llevábamos de conocer la verdad, nunca ninguno de ellos siquiera había sacado el tema de su paternidad. Tampoco preguntaron por Ciro, si bien todos lo conocían, desde más o menos el mismo tiempo, que él, era también hijo de mi padre. Jamás discutimos aquellas filiaciones y no me apetecía empezar ahora.

Julián se quedó pensativo.

—¿Qué? —lo increpó Lucas algo de mal modo, evidentemente notó mi incomodidad—. ¿A qué viene tanto interés en el padre de Eliza?

Me molestó que lo llamase así, decirlo yo era una cosa, todavía intentaba asimilarlo, pero que los demás lo relacionasen conmigo de una forma tan rotunda me caía mal. Aquello era un bocado imposible de tragar.

Julián le sostuvo la mirada un momento. El aire se cargó de tensión.

—No es nada, simplemente sentía curiosidad, es todo —retrocedió un paso y bajó la cabeza en un gesto obviamente sumiso—. Él es nuestro origen —desvió sus ojos hacia mí—, en mayor o en menor medida lo es.

—Creo que lo que Julián quiere decir es que... —Massimo se interrumpió para tragar —bueno, son muy pocos los que han estado en su presencia alguna vez.

—¿Es un privilegio? —escupí.

—Algunos lo consideran así.

—A mí no me hacer feliz ser su hija.

—Perdona, Eliza, no quise decir eso, es que a veces es... increíble.

—¿Qué es lo increíble?

—Que él sea real, que tenga hijos. Por muchos siglos, para mí no fue más que una figura vaga, como una criatura mitológica o algo semejante. Es el inicio y la fuente, las respuestas a muchas preguntas que la mayoría de nosotros carga dentro de sí desde hace siglos.

Massimo se adhirió a aquél pensamiento con un parpadeo.

A mí ni siquiera se me había ocurrido pensar en eso, todavía intentaba procesar el hecho de que era mi verdadero padre.

—Al enterarme de tu verdad me interesé sobre el tema, desde entonces he estado investigando.

—Julián —murmuró Massimo en un claro intento de frenarlo.
Julián no se dio por aludido.

—Durante mucho tiempo procuré reprimir el vacío que la falta de respuestas y verdades provocaba en mí, ya que se tornaba prácticamente imposible vivir de aquel modo —inhaló una gran bocanada de aire que luego la soltó. La tibieza de la tarde se impregnó de un fuerte aroma a demonio antiguo—. Ante ciertas verdades que surgieron a la luz, el interés también revivió. Dedicué los últimos meses a investigar, leí una infinidad de libros y le seguí la pista a cuanto rastro creí encontrar pero es difícil, muy difícil. Podría intentar ir directo a la fuente sin embargo Ciro es casi imposible de localizar, y conseguir una cita con él es condenadamente difícil.

—Además de eso Gaspar te repitió un centenar de veces que eso no era buena idea. Así como tampoco lo es esto —dijo refiriéndose a nuestra charla—, y mucho menos, buscar llegar a él o a sus verdades. Su cara probablemente sería lo último que vieses en tu vida.

—¡Quieres conocerlo! —se me pusieron los pelos de punta ante las palabras que Massimo le dedicara a Julián.

—Hay tanto que no sabemos —fue la respuesta de Julián.

—Hay cosas que mejor no saberlas —entonó Lucas tomándome de la mano otra vez.

—¿No les interesa hacer de este mundo un lugar más justo?

—Eso es jodidamente imposible, Julián. Este mundo está mal y no tiene remedio.

—Muchos creemos que el otro lado de la balanza existe, Lucas —respondió Julián.

La mueca de desagrado en el rostro de Lucas se congeló ahí amenazando con nunca cambiar.

—Eso es pura mierda, Gaspar tiene ochocientos años, crees que si existiese una contraparte él no la conocería.

—Tal vez simplemente no se dejan ver.

—¿De qué hablan? —Yo estaba completamente perdida.

—Alguien le hizo pagar por sus pecados.

—¿Cómo estás tan seguro de que lo castigaron? —bufó Lucas.

—Ángeles.

La palabra salida de los labios de Massimo obró prácticamente un milagro. Nos quedamos mudos y el mundo también se silenció, ya ni los pájaros ni las chicharras cargaban la tarde con los sonidos de la primavera.

—Ahhh, por favor —canturreó Lucas—, esas no son más que tonterías.

—Nada es imposible; ella está aquí —alegó Julián—, y sin embargo a todos se nos ha dicho que no podemos tener hijos.

—No, nosotros no, pero tal vez él sí. No somos lo mismo —replicó Lucas.

— Como sea, no tiene sentido, muchas cosas que creímos conocer ya no son lo que debieran.

—¿Es que acaso conseguiste averiguar algo? —Recordé a Mauro.

—No, es decir: nada que pueda ser tomado como una prueba contundente de su existencia.

—Qué esperas lograr con esto —le espetó Lucas.

—Una alianza... paz—. Los ojos de Julián brillaron de esperanza y sobrecogimiento.

—No sé mucho de mi padre, lo que sí puedo decirte, es que no va por ahí pensando en un acuerdo con el otro lado, si es que eso otro lado existe. Es el Diablo, Julián, el Demonio, puede que haya sido padre más de una vez, pero eso no lo hace humano.

—Te ayudó.

Jamás creí que Julián fuese tan ingenuo.

—No lo es. Me torturó, Julián, eso hizo cuando fui a pedirle ayuda. Soy su hija y me obligó a arrodillarme ante él. No le importa que lo perdonen, no busca que condonen sus pecados, siempre será lo que es, al igual que nosotros lo seremos para los otros, si es que como dije, existen—. Busqué dentro de mi cráneo algo más que decir que pudiese asustarlo y así disuadirlo de su loca idea de ir más allá de las verdades que estaban a la luz y no se me ocurrió; por nada del mundo permitiría que ninguno de mis seres queridos tuviese la desagradable oportunidad de conocer a mi padre, me daba pánico que lo hiciesen, sobre todo, desde nuestro último encuentro. En lo profundo de mi alma sabía que Eleazar, más allá de que pudiese llegar a tener algún que otro gesto paternal, era malvado; no le daba vergüenza serlo y tampoco le causaba remordimiento alguno su comportamiento.

Julián me lanzó una mirada que no fui capaz de descifrar, luego se dio la media vuelta y se largó.

—Discúlpalo, Eliza, es que está pasando por un fase... no ha estado muy bien últimamente y las cosas que han venido sucediendo le afectaron mucho. ¿Nos vemos adentro?

En cuanto asentí, Massimo salió corriendo detrás de Julián. Ambos se metieron en la casa.

—¿¿Qué mierda fue eso?! ¿Una fase? —Se paró frente a mí—. ¿Está deprimido o qué? Más parece que le hubiese hecho una lobotomía.

—Lucas...

—Es cierto, es un imbécil.

—A mí también me preocupan las cosas que pasan.

—Sí, a mí también pero no por eso divago con ángeles y mucho menos con la esperanza de hacer tratos con ellos para que nos perdonen por ser demonios.

—¿Crees que eso sea lo que busque Julián?

—Sí es así, es ridículo, si los ángeles existiesen este mundo no estaría hasta el borde de mierda.

—De vez en cuando...

—¿De vez en cuando qué?

—Suceden cosas buenas —completé.

—¿Y te parece que eso es obra de ellos?

—No lo sé.

Nos miramos en silencio.

—Tú eres una cosa buena y no eres obra de ellos.

El mundo se encogió a nuestro alrededor, tal es así, que no logré ver otra cosa que su rostro. Sentía que sus ojos me llamaban, igual que sus labios. No por eso, el resto de su cuerpo me resultaba indiferente. A un paso de cometer un desliz solté lo único que me vino a la mente.

—Soy uno de sus pecados. Soy uno de los pecados de mi padre.

Lucas que avanzaba hacia mí con la firme intención de besarme (lo vi en su mente), se frenó en seco.

—Lo soy.

—No.

—Vete —di un paso atrás—. Es mejor que te vayas, Lucas.

No se movió. Tampoco apartó sus oscuros faros de mí.

—No puedo pedirte disculpas por querer besarte.

—No quiero eso, quiero que te vayas.

—Díselo.

—¿Qué?

—Que le digas a Vicente lo que pasa entre nosotros.

—Entre nosotros no pasa nada.

—Nunca has sabido mentir.

—Lo amo.

—Y también me quieres.

—Lucas, no puedo con esto ahora. Por favor —con la cabeza le señalé su auto.

—Yo sí, por eso estoy aquí mientras él permanece encerrado en su casa—. Retrocedió pero no demasiado—. Quiero a Vicente, no hay forma de que nadie me haga odiarlo, no al menos de verdad o por demasiado tiempo, siquiera que lo ames lo consigue, tampoco sus errores y desaciertos, no por eso significa que no vea lo que sucede. Vicente no puede con esto y tú necesitas ayuda. No eres feliz y él te dejó sola.

—Eso no es cierto—. Bueno, no al menos del todo.

—¿A razón de qué piensas condenarte a la infelicidad?

—Es una fase—. ¿Lo excusaba, me excusaba, o valía para ambos?

—Los delirios de Julián son una fase. Mantener erguida una mentira, una farsa, no lo es, a eso se le llama cobardía. Lo aprendí hace poco cuando me di cuenta de que mi lado no era junto a Lucía.

—Mi lado es junto a Vicente.

—Un año atrás te lo creía, hoy no. ¿Olvidas que no puedes engañarme? —se tocó la frente y luego con las manos indicó un ida y vuelta entre su cerebro y el mío—. Es recíproco.

—No quiero pelear contigo, lárgate por favor.

Lucas dio un largo parpadeo.

—Sabes dónde encontrarme y también sabes que estoy disponible y creo que lo estaré de por vida.

Me pareció detectar algo de enojo y rencor en eso último (ambos dirigidos hacia mí).

—Despídeme de los demás—. Se alejó unos pasos en dirección a su auto, al cabo de los cuales se detuvo, dio la media vuelta y añadió—. Llámame más tarde, me gustaría saber cómo ha salido todo con Anežka.

Mi respuesta le llegó mentalmente en cuanto la pensé.

Lucas siguió con su camino.

Seguí el andar del Mini celeste turquesa hasta que se perdió a la vuelta de los árboles que tapaban el camino que descendía hacia el portón de la propiedad.

Soy un pecado que camina, habla y hace desastres —pensé.

8. El discípulo impaciente.

—Lucas dejó saludos —me apuré a decir.

Gaspar cerró la boca y parpadeó varias veces. Me contempló un momento y luego pidió que lo acompañase.

—Demos una vuelta, un poco de aire fresco nos vendrá muy bien a los dos.

No tenía un cronómetro a mano, sin embargo arriesgo a decir que no soporté ni cinco segundos de silencio. Ni bien la casa quedó atrás, lo acribillé a preguntas. ¿Qué sentiste?, ¿qué crees que pueda hacer?, ¿representa un peligro?, ¿crees que pueda controlarla?, ¿su lugar es junto a nosotros?, ¿cuándo será conveniente hacerla cambiar?

Si no seguí liberando todas las dudas y miedos que tenía atragantados fue porque Gaspar me lo impidió.

—Tranquila —puso sus manos sobre mis hombros—. Respira profundo y concéntrate en mí.

Hice lo que me pidió. Lo miré a los ojos.

—Anežka se quedó con Leandro organizando sus clases de castellano. A ella le entusiasma mucho aprender el idioma, y creo que también le entusiasma Leandro. Todavía nos teme, incluida a ti, lo cierto es que al mismo tiempo la embelesa nuestra imagen y en algún punto, también lo que somos. Es como el fuego, sabes que si juegas con él puedes quemarte pero al mismo tiempo resulta imposible no admirarlo, no quedar embriagado con su fuerza y magnificencia, resulta hipnótico.

—Gaspar, vamos al grano, viste algo o no.

—Por dónde empezar... —soltó una de sus manos de mí, y con la otra, me empujó por el camino rumbo al precipicio desde el cual se podía contemplar el río—. Es en extremo sensible. Muy perceptiva. Tiene muchísimo potencial y si bien su juventud en parte puede considerarse un obstáculo, desde otro punto de vista es una ventaja inigualable. Está en la flor de la vida; es un diamante en bruto. No me extraña que ese grupo se enfrentase a ti en Praga por ella sin que les importase en lo más mínimo las consecuencias. Lo que Anežka tiene no es nada común entre nosotros. Es como un imán de energía, ella posee una carga propia en teoría inagotable, y además, absorbe la de aquello que la rodea. Por ahora lo hace de forma involuntaria, es como si dentro de ella tuviese un radar, cuando detecta energía la maquinaería que lleva dentro se enfoca en eso y la absorbe. Cabe destacar que según entiendo, solamente le atraen las fuerzas en extremo poderosas, no obstante, me imagino que el día que aprenda a controlarlo logrará absorber energía de cualquiera de nosotros, por más insignificante que sea el demonio en cuestión.

Nos detuvimos frente al barranco.

—¿Es un poder? ¿Su poder es absorber la energía de los demás?

—Es al menos el más evidente—. Gaspar contempló la línea del horizonte—. Hay demasiadas cosas allí y la verdad es que se me complicó un poco intentar ver mucho más allá—. Giró su cabeza hacia mí, me sonreía con cierta picardía—. Ella no es consciente de lo que hace, en cuanto se acercó se focalizó en mí; a los pocos minutos comencé a sentir un cansancio que llevaba mucho siglos sin experimentar, lo cual dejó mis habilidades en un estado bastante calamitoso. Creo que a Leandro no le hizo nada, supongo que me escogió a mí porque soy el más antiguo y fuerte de los dos.

—Según lo que dices el día que aprenda a utilizar su poder...—sentí mi frente arrugarse de preocupación—. ¿Podría convertirse en un arma? Gaspar, hasta qué punto ella sería capaz de quitarle sus energías a otro demonio.

—Probablemente hasta matarlo si así lo quisiera.

—Es un arma —balbucí.

—Podría convertirse en eso si cayera en manos equivocadas.

—¿Y la dejaste allí con Leandro? ¿No es peligroso?

—Existe la posibilidad de que solamente por el momento funcione cuando se siente bajo amenaza, esto es, cuando el demonio que tiene en frente es muy poderoso. Una suerte de mecanismo de defensa. Además no la dejé sola con él, está con el resto de la familia también. Le adelanté algo de esto a Diogo, le pedí que mantuviese a todos en la cocina, tener a todos allí con ella tornará un tanto más estable el ambiente, además no creo que por hoy necesite nada más, tuvo suficiente conmigo.

Gaspar hizo una mueca y gruesas arrugas se le formaron en la frente. Ahora que lo miraba bien, daba la impresión de haber envejecido diez años.

—Vas a recuperarte ¿no?

—Mejoraré en un par de días.

—¿Un par de días?! ¿Cómo es que esto es posible?, a mí no me hizo nada, es más, ni me di cuenta... ¡mierda! —chillé, acababa de comprenderlo.

Gaspar asintió con la cabeza.

—¿Vicente? Pero si no mencionó nada al respecto.

—Vicente no tiene mis capacidades.

—¿Qué te contó sobre ella? De qué hablaron ayer, ¿lo intuía, es por eso que...? —no terminé de formular la pregunta, soltar así, de buenas a primeras que Vicente le había puesto un freno a cualquier contacto entre nosotros no me resultaba nada sencillo.

—Lo que hablamos queda entre él y yo, lo lamento.

Procurando ignorar el enrojecimiento que me subía por el cuello destino a mi rostro, le conté a Gaspar sobre la incómoda situación entre mi esposo y yo. Como necesitaba toda la ayuda posible, también le conté sobre lo que hice con el agua de la pileta. Su rostro no hizo más que agriarse cada vez más a medida que el relato avanzaba.

El patriarca de los Salleses sopesó mis palabras por un momento y luego reinició la conversación.

—Puede quedarse aquí.

Ante mi mueca y mi balbuceo, Gaspar continuó.

—Si le explicamos cual es la situación, ella comprenderá. Aquí en casa estará igual de segura que contigo y puedes venir a verla cuando quieras, ella también podrá visitarte. Esta es tu casa también, Eliza. Tal vez lo mejor sea que...

—No puedo dejarla aquí—. Significaba auto boicotear mi situación, sin embargo me resultaba imposible desprenderme de ella.

—¿Por qué no? Esto no te hace ningún bien, tampoco a Vicente. Que tus poderes finalmente afloren no es un problema, en cambio sí lo es que lo hagan de ese modo. Cabe la posibilidad de que no logres controlarte.

—No voy a lastimarlo—. Juré. Pero la inseguridad temblaba bajo mis pies, quitándome estabilidad.

—No puedo obligarte a nada, eres tú quien decide.

Me removí inquieta y las suelas de mis zapatos chirriaron sobre el camino de adoquines.

—¿Por qué no puedo separarme de ella incluso sabiendo que tenerla conmigo va en detrimento de mi relación con Vicente?

—Lo que no entiendo es por qué te envié allí. Debimos esperar por alguien más. No fue buena idea. De haber sabido que sería así... Perdóname, creí que sería sencillo.

Fue mi turno de demostrarle apoyo. Le di un apretón en el hombro. Mi mano se quedó allí, sobre los poderosos músculos y huesos que a pesar de la pérdida de energía, continuaban firmes.

—De todas maneras, para facilitarte las cosas, ella puede quedarse aquí, eso nada cambiará, tú continuarás siendo para ella lo que eres ahora, por toda la eternidad.

—Son demasiados cambios, y además, si consiento que se quede aquí estaré poniendo a tu familia y a ti en riesgo.

—Nosotros somos más y tenemos más experiencia. Anežka está deseosa por

aprender, mejor dicho, impaciente. Aquí entre todos se desarrollará más rápido, el cambio así, no se demorará tanto.

—No lo sé.

—No la perderás. Tampoco me gusta que te sientas tan posesiva con ella.

Giré tan bruscamente la cabeza para mirarlo.

—Todavía no sabemos lo que puedes hacer.

—¿Qué significa eso?

—Que no podemos olvidarnos de quién es tu padre.

De mi garganta se escapó un gruñido.

—Ciro es muy poderoso. Tiene tantos dones que no te alcanzan los dedos de las manos para contarlos.

—No quiero saberlo.

—Es tu hermano y negarlo no será de ayuda. No tengo ni la menor idea de qué pretendía tu padre cuando... No estoy seguro de que tuviese un plan; ignorar la posibilidad de que tenga uno, es irresponsable.

—Si Eleazar quisiese algo de mí, ya lo habría dicho.

—Es probable que como todos nosotros, espere a que termines de desarrollar todo tu potencial.

—¡Al cuerno con eso! No soy una bomba de tiempo.

—Eliza no te diferencias demasiado de lo que Anežka es. Tenerla bajo tu directa responsabilidad es una locura. Vicente tiene razón en una cosa, él no puede con ambas. Ustedes dos son demasiado para él. Tú eres demasiado para él.

Al procesar eso último, la garganta se me cerró. Del miedo, paré de respirar, no es que eso me afectase demasiado, solamente resultaba terriblemente incómodo no poder hacerlo, es como ahogarte sin perder la conciencia, sin terminar de morir jamás. Resultaba desesperante. No sé cómo es que hacen algunos demonios para no respirar más que para olfatear cuando así lo desean. Esa inmovilidad en el pecho es de lo más inquietante.

—Ustedes dos tienen que terminar de entender que ya no son dos personas, sino una pareja, si cada uno continúa tomando decisiones por su lado...

El “no va a funcionar” del final de la frase de Gaspar, lo completé yo dentro de mi cabeza.

—También me preocupa la ansiedad de Anežka. Un discípulo impaciente, es sinónimo de problemas, lo sé por experiencia. Puede ser que no lo notaras, es decir, creo que ella no te ha permitido verlo, pero quiere hacerlo. Imagino que sus razones tiene, si lleva toda una vida siendo torturada por experiencias a

las que no podía adjudicarles una cara y mucho menos una razón, debe sentirse deseosa por desquitarse. Es eso lo que presentí. La venganza no es buena concejera, y mucho menos buen motor para poner en marcha un cambio semejante. Antes de permitir que cambie debemos estabilizarla a ella, y a su entorno.

—Y yo no soy estable ¿es eso?

—No el cien por ciento del tiempo, lo cual es un riesgo.

—Entiendo.

No lo era, lo sucedido anoche con Vicente, mi debilidad por Lucas, mi desmedido apego a Anežka. Esas eran solamente un par de pruebas de ello.

—Para serte completamente sincero, la que más me preocupa aquí, eres tú.

—¿Yo?

Movió la cabeza de arriba abajo.

—Los cambios son evidentes. Todos los notamos. En especial Julián.

Resoplé.

—Por lo visto te contó sobre su...

—¿A dónde quiere llegar con eso?

—Para todos nosotros ha sido un shock conocer la verdad. Tener la certeza de que él realmente existe cambió nuestras vidas.

Ni te imaginas lo que ha cambiado la mía —murmuré dentro de mi cabeza.

—No suelo impresionarme fácilmente, llevo en este mundo demasiado tiempo y he experimentado muchas cosas, aun así siempre procuré ser cauto con respecto a él, jamás nunca nadie admitió que existiese, él no era más que un presencia invisible, la contraparte del Dios al que le pedía perdón cada noche por mi errores. Saberlo real, saber que tú eres su hija, lo cambia absolutamente todo, es similar a que a cualquier humano le pusiesen delante a un Jesús que obra milagros inexplicables. ¿Entiendes a qué me refiero? Esto no cambia solamente nuestras vidas, sino todo... el universo entero es un lugar distinto porque tú estás aquí.

—El mundo ya era distinto antes de nacer yo. Ciro y Salvador ya se paseaban por de aquí para allá mucho antes de que yo viniese al mundo.

—Lo sé, la diferencia radica en que ellos siempre fueron seres intocables. Bien, Ciro todavía lo es. No podemos sentarnos a conversar con ellos y ciertamente, de ti los diferencia algo muy importante: demonio o no, tu corazón todavía es puro.

¿A sí, por eso estuve a punto de arrojarme a los brazos de otro cuando mi marido está en casa? Eso, entre tantas cosas. ¿De verdad todavía conservaba

puro el corazón?

—Tú eres accesible. Hasta lo que yo entiendo, eso difiere a lo que me figuro que él querría que fueses.

—Gaspar, en mi vida vi suficientes películas de terror como para oír detrás de tus palabras lo que no quieres decir. Ya es demasiado bizarro saber quién es mi padre como para que además creas que él quiere conquistar el mundo o corromper todas las almas utilizándome a mí. Eso es ir demasiado lejos.

—Soy un optimista empedernido y por lo tanto siempre espero lo mejor, pero... ¿de verdad esperas que tu padre se quede de brazos cruzados viendo el modo en que vives tu vida lejos de él, lejos del camino que tus otros hermanos siguieron? No puedo permitirme pecar de ingenuo aquí, tampoco es aconsejable que lo hagas tú. Es el Diablo, sólo Dios sabe de lo que es capaz. No quisiera vete caer en sus garras. Jamás me lo perdonaría a mí mismo, no por lo que eso pueda acarrear para nosotros los demonios, o para la humanidad, sino simplemente por qué te quiero, porque para mí eres parte de esta familia. Sé que tú no quieres hacer ningún mal, que tu vida no se va en deseos de poder, que no disfrutas con el dolor ajeno, sé que aunque cambiases, una parte de ti sufriría terriblemente si te arrastrasen a vivir la vida que Salvador llevaba, o incluso la que Ciro vive desde hace siglos. Esa no eres tú ni nunca lograrías serlo sin un enorme peso en tu conciencia. Nadie quiere verte así, nadie quiere...

—¿Nadie quiere qué?

—No podemos permitirte que te conviertas en una amenaza, ni para nosotros, ni para la humanidad.

El corazón se me cayó a los pies. Se volverían en mí contra sí por una locura del destino, por algo irremediablemente inevitable, por algo en lo que en este momento ni se me ocurría pensar, acabaría yo, alidada a mi padre del modo más desagradable.

—Ninguno de nosotros quiere tener que llegar al extremo de verse obligado a enfrentarte... porque simplemente no podemos permitir que él se apodere de ti. Ya tiene a Ciro y por lo que sabemos hasta ahora podría tener un centenar de hijos más, sin embargo tú eres... controlas el fuego y el agua —dio un largo parpadeo y apartó su rostro de mí volviéndolo otra vez hacia el horizonte—. Lo que llevas dentro podría convertirte en el demonio más poderoso que existiera jamás—. Aspiró hondo y soltó el aire por la boca en un suspiro que semejó durar para siempre—. La bóveda en la que te mantenían encerrada se ha abierto, Eliza.

Muda —lo único que parecía funcionar de mi cuerpo era mi cerebro, el cual iba a toda velocidad —lo miré.

—No soy un experto en el tema, es más, solamente estoy arriesgando una hipótesis que puede no ser otra cosa que una idea de lo más descabellada. Lo que creo es que cuando viste a tu padre él... él... Eleazar debía tener la llave de esa bóveda, probablemente hizo algo más que someterte, que torturarte. Quizá decidió que el momento por fin había llegado—. Giró la cabeza y me miró directo a los ojos—. Hasta cierto punto la energía de Anežka puede haberte dado fuerzas, pero ella, ni sin querer, ni a propósito, podría haber hecho nada semejante. Tiene que haber sido él, Eliza.

—Vicente... —arriesgué, prefería pensar que esto no se debía a otra cosa que un desarrollo similar al de Lucas, provocado por una lucha de poderes, tal vez por un enojo momentáneo o por cualquier otra tontería. Me desesperaba la posibilidad de tener que adjudicarle mi cambio a algo que no fuese más que una nimiedad.

Gaspar negó con la cabeza.

—Eliza, te lo repito, nunca antes vi nada similar, ni siquiera entre los miembros de Las Doce Sillas. Disculpa que lo ponga del modo en que voy a ponerlo: tú eres demasiado parecida a lo que tu padre me figuro que es.

Un torrente de jugos gástricos me subió por la garganta. Las náuseas nublaron mi raciocinio. Experimente asco, mucho asco, miedo. Mi piel se enfrió, mi pecho se paralizó otra vez. Observé el mundo a mí alrededor y entendí que lo más probable es que yo no debiese estar aquí. Si Eleazar de verdad tenía un plan, si esperaba algo de mí, todo, absolutamente todo, corría riesgo, no solamente los que me eran queridos, sino hasta la última mota de polvo de esta Tierra.

Tuve que repetirme un par de veces que no debía entrar en pánico, que no tenía ninguna certeza de nada, que si existía una posibilidad de que mi padre quisiese algo de mí, también la había de lo contrario.

Además no pienso hacer nada de lo que me pida —exclamé dentro de mí cabeza. Al instante una vocecita malévola acotó: ¿y si te amenaza con hacerle daño a Vicente, o a tus padres, con lastimar a Lucas o a cualquiera de los Salleses, incluso a Anežka? ¿Cuánto resistirías antes de decirle que sí? ¿Cuánta destrucción y dolor soportarías ver sabiendo que es tu culpa, hasta que él consiga que te pongas de su lado?

Aturdida, sacudí la cabeza.

—Tienes que ponerte a trabajar en tus poderes cuanto antes. Aprender a

dominarlos sería de gran ayuda en caso de que él decida iniciar alguna acción. Tu estabilidad y claridad mental le complicará poseerte o dominarte. Si en cambio eres un mar turbulento como ahora, le será sumamente sencillo encontrar en ti, algo con lo que jugar.

Las rodillas se me ablandaron tanto que tuve que arrodillarme. Quedé al borde del precipicio con el viento que venía del río, azotando mi rostro. Gaspar se agachó junto a mí.

—Son solamente conjeturas, pero con él no podemos dejarlo librado al azar.

—Es por esto que Vicente no quería verme cambiar.

—Vicente solamente temía miedo que pudieses hacerte daño, es todo. La realidad a la que nos enfrentamos ahora va mucho más allá, además él no tiene ni idea de esto Eliza, él no es como yo. Todos los demás notan que has cambiado, sin embargo no logran ver la real dimensión del cambio.

—¡No se lo cuentes! —Me prendí de su brazo—. Te lo ruego. No le digas nada.

—Eliza...

—No quiero que comience a despreciarme, solamente eso me falta—. Sin quererlo, un mar de lágrimas se escapó de mis ojos. Me puse a sollozar de forma descontrolada, las manos me temblaban y sentí que iba a desmoronarme en cientos de miles de pedazos que el viento arrastraría por ahí, algunos, se perderían en el mar, en el agua a la que los demonios tanto temían.

—Escúchame —me pidió luego de barrer de mis mejillas parte de las lágrimas que no paraban de despeñarse de mis ojos—, lo necesitas, es tu maestro, además te ama. No puedes ni debes enfrentarte a esto sola. No saldrás a delante sola.

...

La oscuridad en mi hogar no tenía el poder de empeorar mi estado de ánimo (imposible que fuese peor que esto). El lúgubre escenario que me recibió ni bien atravesé la puerta de entrada simplemente acompañaba la situación a la perfección, igual que un marco acompaña a un cuadro, eso es todo. Ni me molesté en encender una sola luz. Arrojé mis pertenencias sobre la mesa de la cocina y fui a buscarlo, necesitaba tanto un abrazo suyo, una caricia, una palabra.

Me aproximé al cuarto manteniéndome sumamente atenta, incluso así, no logré escuchar nada. ¿Habría sentido mi llegada?

La casa también se había quedado muda, al igual que yo.

Mis manos encontraron la puerta. Hasta entonces no podría haber asegurado que se encontraba allí dentro. En las palmas sentí su fuerza vital. Cerré un puño y llamé.

La puerta se abrió y detrás de ésta, apareció él, serio, evitando mirarme a la cara. Su figura recortada por un brillo plateado en lo azul de la noche que entraba por una celosía abierta.

—Adelante—. Me invitó a pasar haciéndose a un lado.

En cuanto entré, cerró la puerta.

—¿Dónde está la chica?

—Pasará la noche en casa de Gaspar.

Fugazmente sus ojos se cruzaron con los míos. Se quedó esperando una explicación y a eso procedí.

—No puedo ni conmigo misma, esta noche; Gaspar prometió cuidarla y a ella le entusiasmó la idea de pasar un par de horas entre personas que tal vez puedan darle un par de respuestas.

Asintió lentamente.

Nos quedamos en silencio.

—Tengo que contarte una cosa.

—Yo también tengo algo que decirte —entonó y luego se pasó las manos por el cabello en ese gesto tan suyo que indefectiblemente siempre me retrotraía a los primeros días de conocernos, en los que yo, sin querer, registré cada uno de sus ademanes y manías, incluso las palabras y frases que formaban parte de su forma de hablar.

Se me puso la piel de gallina, la distancia que él mantenía entre ambos me hacía sentir terriblemente sola, igual que en aquellos días.

—Empieza tú si quieres —le dije ansiosa por conciliar con él, por sondar la distancia que mantenía mi espíritu lejos del suyo, porque esto, tal como lo sentía en este momento, no era una simple separación física que se resuelve dando un paso al frente.

—Bueno, el problema es que no sé por dónde empezar.

—Tampoco yo —admití.

Se aclaró la garganta.

—Pasé todo el día pensando en nosotros...

—¿Vicente, qué vas a decir? —Desesperé, no quería escuchar más palabras ominosas, con las de Gaspar fueron suficientes—. Puedo perderlo todo... todo menos a ti. Estoy agotada... perdida. Muerta de miedo. Me carcome la

ansiedad. Zozobro y mi mente se niega a responder con algo coherente. Según Gaspar, Eleazar me hizo algo que provocó que lo que cargo en mí, encontrara una puerta abierta por la cual escapar. Y no hablo de leves filtraciones de algún que otro poder, según él, es probable que me convierta en lo más parecido a él, que mi padre haya engendrado hasta la fecha. Me niego a ser eso. No quiero poner en riesgo a los que quiero, mucho menos me apetece tener que enfrentarme a todos un día por ser lo que soy. No quiero perderte, no quiero perderme a mí misma. Me da pánico pensar que existe la posibilidad de que ya no reconozca lo que tuve o lo que fui—. Di un par de pasos hasta él—. Necesito que me ayudes. Tengo que aprender a controlarlo... sea lo que sea que palpita dentro mío— me limpie el rostro el cual había quedado bañando de lágrimas otra vez. Estaba harta de tener que llorar, de no poder controlar las situaciones que se me presentasen, pensé que eso se acabaría en cuanto dejase de ser humana. Apretando los puños me obligué a cortar el llanto. Inhalé lo más profundo que pude, y me enderecé.

—¿De verdad quieres dejarlo salir?, ya viste lo que sucedió anoche.

—No lo entiendes, no tengo elección. Gaspar lo vio, dice que es inmenso, está ahí y si no lo controlo explotará por cualquier parte y del peor modo. Sé que pido demasiado, Gaspar también me contó que no crees siquiera poder conmigo.

Bajó los ojos.

—Es cierto.

—Por favor, sé que puedes.

—No puedo enseñarte a controlar el agua, no tengo ni la menor idea de nada sobre eso. Con el fuego es una cosa...

—Gaspar también me va a ayudar.

Vicente se movió hasta la otra ventana, quedando todavía más lejos de mí. Fui directo hacia él, su presencia se me escapaba por entre los dedos. Le rodeé la cintura y lo abracé por detrás.

—Te necesito a mi lado.

En silencio, posó sus manos sobre las mías.

—¿Qué tenías que decirme? —Curioseé luego de hundir la nariz en la tela de su camisa, justo entre sus omoplatos.

—Saldré un par de días, tengo trabajo—. Liberó su cuerpo de mis brazos y se dio la vuelta—. Como sea, no creo poder con esto—. Juntó mis manos, las empujó hasta mi abdomen y se alejó—. Lo lamento. No quería irme sin despedirme antes, sin darte una explicación.

Fue hasta el sillón. No lo había visto, pero a los pies de éste, yacía un bolso.

—¿Una explicación...? ¿Te vas? —mi corazón se detuvo—. No estás dándome una explicación, me dejas, y por segunda vez.

—Volveré, Eliza.

—¿Sí?

—Tengo trabajo y además necesito tiempo para pensar.

—¿Para pensar en qué?! —La fuente comenzaba a desbordarse—. Ya no me amas, ¿es eso?

—Sí, todavía te amo, el problema es que eso otro que comienzo a sentir por ti, no es ni la décima parte de agradable, y sin embargo, igual de fuerte. Gracias a Gaspar, ahora entiendo a qué se debe. Supuse que sería por la chica, por sus poderes... queda claro que es por ti, y eso no se resolverá si ella simplemente se queda con Gaspar. No soy de piedra, y primero que nada, antes de ser tu esposo, y el hombre que te ama, soy un demonio—. Levantó el bolso del suelo —. No puedo decirte nada más... No sé qué más decir, se me acabaron las explicaciones y no tengo excusas, es lo que es. Lo lamento. Te llamaré en cuanto pueda—. Se removió en su sitio—. Te amo.

—Yo también te amo.

Aceptó mis palabras con una inclinación de cabeza. Dio la media vuelta y se largó.

Durante los primeros segundos de soledad, no pude creerlo, media hora más tarde, mi cerebro se lanzó en una despiadada cruzada contra mi corazón, especulando con que la despedida podía ser un “hasta nunca”, la última despedida, el último abandono.

...

Anežka no era la única impaciente por moverse, por seguir adelante, es que aferrarte al pasado no tenía demasiado caso ya. Además yo necesitaba una resolución, quedarme en la nada de brazos cruzados sin dar un paso, por miedo a enfrentar el futuro no parecía la mejor opción, no al menos para mí. De todos modos, pasar la noche, no fue tarea fácil, con el corazón dolido y el ama inquieta, la oscuridad y soledad de la noche, sumadas a la imposibilidad de dormir, libera a la cabeza a pensar sin parar; siendo humano te duermes y todo se apaga, al menos por un par de horas, como demonio, es un suplicio.

En cuanto el primer rayo de sol, clareó el cielo y tiñó de gris la pared opuesta a las ventanas, me levanté del sillón cuyo cuero estaba impregnado del

perfume de Vicente, y salí del cuarto.

Fui directo a la cocina a prepararme una taza de café, mi estómago rugía de hambre desde las tres de la mañana.

La casa se me antojó insoportablemente vacía.

Desayuné y luego me metí de cabeza en el improvisado gimnasio que Lucas había armado para mí cuando yo todavía era humana. Cuesta cansarte cuando eres demonio, sin embargo cuatro horas sudando en aquellas máquinas tenían su rédito. Un poco de endorfinas por aquí, un poco de exceso de energías liberadas por allí.

A media mañana, recién salida de la ducha, con ropa fresca y un poco menos de tensión en los músculos, monté mi monstruosa motocicleta negra y salí de la casa a toda velocidad, no tenía caso, sin él nuestro hogar no era nada más que un montón de tortuosos recuerdos.

Al principio conduje sin rumbo fijo, tener que concentrarme en conducir era un buen remplazo a darle vuelta una y otra vez, a mi situación. Finalmente acabé por escoger un rumbo preciso y hacia allí me dirigí.

Me dio la impresión de que a Diogo no le sorprendió en lo más mínimo ver mi rostro al ser captado por la cámara de seguridad instalada unos centímetros más arriba del altavoz empotrado en la pared junto a la reja.

—Adelante, pasa, llegas justo para almorzar.

El tono alegre y cariñoso de su voz fue un bálsamo para mí.

El motor del portón automático se puso en funcionamiento.

Fue él quien salió a recibirme.

Me saqué el casco y le estampé un beso en cada mejilla (esa era su costumbre y no me gustaba dejarlo esperando la otra mitad del saludo).

—¿Dónde están todos? —Percibí demasiada calma.

—Gaspar y Leandro han de rondar por ahí, perdidos —con la cabeza apuntó en dirección a amplio terreno que se extendía por detrás de la casa, hasta el río—. Salieron con Anežka hace un par de horas. Prometieron regresar para la hora del almuerzo; aún no llegan.

—Y tú odias que te planten con la comida lista.

—Con todo mi ser —rió—. Los demás salieron para encargarse de sus asuntos, no regresarán hasta la noche.

—¿Se sabe algo de las chicas?

—Todavía no tenemos novedades. Que no haya noticias es una buena noticia; al menos tenemos la certeza de que la situación no empeoró. Ven, entremos, si se demoran mucho más empezaremos a almorzar sin ellos.

Diogo me cedió el paso.

Luego del ataque de la bestia que enviaron allí por mí, la casa debió ser remodelada. Muchas obras de gran valor tanto monetario como histórico que perdieron, sin embargo, Diogo se las arregló para reponer muchas de las piezas perdidas por otras tanto más interesantes (y también más valiosas). La cocina de los Salleses básicamente debió ser reconstruida desde los cimientos ya que quedó reducida a cenizas. Ahora la disposición era básicamente la misma, pero tanto los muebles como los artefactos de cocina, eran mucho más modernos.

Olfateé la comida pero no logré determinar a qué correspondía aquel aroma.

—Es cerdo asado con chucrut y *knedlíky* (especie de masa de pan), y crepés de papa con panceta llamados *bramboráky*. Platos típicos de la cocina checa.

—¿Me adivinaste el pensamiento?

—Te crujió el estómago, Eliza.

Me arrebató la chaqueta de cuero de las manos y la colgó del respaldo de una de las sillas. La mesa de la cocina estaba pronta para recibir a los comensales que aún no aparecían.

—Siéntate, te serviré de comer.

—No, está bien, prefiero esperar a los demás.

—No es buena idea que pases hambre, eso genera ansiedad.

—No pasa nada —remoloneé un poco y finalmente ocupé una de las sillas.

—Sí, sí pasa. No estoy ciego. Desde ayer que Gaspar está muy extraño, pensativo y rehúye a mi mirada. Como de Anežka conversamos abiertamente y sin problemas, deduzco que el problema es otro —me observó fijo, sin parpadear por más tiempo del humanamente posible.

Incómoda, me removí sobre la silla.

—No seré tan perceptivo cuanto él... entre lo que siento, lo que veo y lo que sé, me alcanza para entender que tiene que ver contigo—. Apartó la silla y se acomodó en la cabecera—. La oscuridad que te rodea es profunda y muy densa.

Se me cerró el pecho y comenzaron a escocerme los ojos de las ganas de llorar.

—No me gustan los mártires, jamás me cayeron bien, mucho menos cuando estos forman parte de mi familia. No tengo ni idea de qué es lo que Gaspar y tú se traen entre manos pero no me gusta, no me gusta nada—. Apoyó el antebrazo sobre la esquina de la mesa y se inclinó hacia mí—. Hemos pasado por infinidad de momentos muy difíciles juntos y entender que ni Gaspar ni tú

quieren hacer partícipe al resto de la familia, de lo que sucede, acrecienta mi preocupación.

—No es nada.

—Mientes, todavía no aprendes a controlar tu ritmo cardíaco; en algunos aspectos todavía eres muy humana, yo distingo cuando los humanos mienten de cuando no—. Se apartó—. No pretendo arrancarte la verdad, solamente me gustaría que Gaspar y tú comprendiesen que si lo que pasa es tan malo como para mantener a la familia al margen, también es demasiado para que ustedes dos puedan solucionarlo sin nuestro apoyo.

No supe qué decir.

—No tienes por qué enfrentar esto sola, sea lo que sea, no tiene por qué ser así.

—Sí, sí tiene que ser así, ustedes hicieron demasiado por mí. Lo último que deseo es continuar causando problemas—. Desvié la mirada en dirección a la ventana, el parque se veía precioso desde aquí; por un momento experimenté el impulso de largarme, de buscar un lugar en el que pudiese estar sola, lejos de todos, para así no herir a nadie más, ni ser herida, para así perder la noción de todo y no tener de qué preocuparme, ni a qué temer.

—Deprimirte no es la solución —soltó Diogo poniendo un freno al espiral que me arrastraba hacia abajo.

—Vicente se fue anoche. Se fue otra vez—. Inspiré hondo y me tragué las lágrimas. Comienza a odiarme. Un par de años atrás, cuando me dijo que quizá terminásemos odiándonos mutuamente si yo me convertía en demonio, no le creí; preferí no creerle. Aquello simplemente quedaba fuera del peor panorama que pudiese imaginar. Hoy empiezo a darme cuenta de que sabía lo que decía. No eran palabras vanas; probablemente por entonces solamente lo decía para asustarme... ahora es mi realidad—. Dentro de mi mente cuajó una imagen eterna de cientos de años de soledad. Me vi a mi misma vagando por el mundo sola, sin volver a amar ya nunca más. Sola por los siglos de los siglos, rodeada de una oscuridad aterciopelada muy negra.

Diogo separó los labios y allí se quedó sin intento de reconfortarme. ¿Qué decir en un momento así, dadas las consecuencias, dados nuestros antecedentes y nuestra realidad? Nada, no había absolutamente nada para decir. Las cartas estaban sobre la mesa, cada quién había hecho su apuesta y perdería o ganaría en función de lo apostado.

Estiró un brazo y colocó su mano sobre la mía, al principio, tímidamente, luego ejerciendo algo de presión.

—Tienes que seguir adelante. Cuando ya no puedes morir, solamente te queda seguir adelante y ser fuerte.

—Puedo hacer eso, puedo seguir adelante, lo que me da miedo es no tener una razón para hacerlo, sino solamente seguir porque sí.

—Hazlo por ti misma. Esa es suficiente razón. Necesitas recomponerte, reconstruirte. Nunca, desde que cambiaste, te tomaste un momento para ti, para reacomodarte en lo que eres ahora, para asimilar lo que fuiste y lo que serás. No te pierdas a ti misma, Eliza, porque a fin de cuentas, siendo demonio, eso es lo único que con toda certeza, siempre tendrás. Todo lo demás puede cambiar, ir y venir. La soledad es algo a lo que todos nosotros tememos porque nos obliga a enfrentarnos a nosotros mismos. Cuanto antes te enfrentes a ti misma, mejor. Confía en mí, tienes lo que se requiere para hacerle frente a lo que eres. De otro modo, no estarías aquí. Aunque la perspectiva asuste, aunque creas que no podrás, tienes que hacerlo; de otro modo al final, sufrirás mucho más. Conocerme a ti misma te ayudará a entender a los demás.

—Nada que pueda ver en mí me ayudará con el dolor que siento ahora.

—Evitar los sentimientos no es la respuesta. Controlarlos, asimilarlos, disfrutarlos o incluso convivir con estos, es el objetivo. Negar y huir solamente alarga el sufrimiento. Acepta que hay cosas que simplemente no puedes cambiar. Eres un demonio, tienes poderes, pero vivimos en un mundo que es mucho más grande y fuerte que nosotros —sonrió a medias—. Por suerte, los demonios no somos dueños del destino.

Diogo giró la cabeza en dirección a la puerta, me volví hacia allí también.

—Hola, Eliza —me saludó Gaspar atravesando el umbral de la puerta.

—Hola—. Mi voz sonó como un quebradizo hilo de seda.

Gaspar vino hasta mí y me abrazó.

—Vicente me llamó hace un momento nada más. Cuidaremos de ti.

No soy del tipo de persona que va por la vida haciendo demostraciones de afecto sin embargo... Me prendí de Gaspar cual garrapata tironeando de su camisa por temor a que me soltase y mi ser se desmoronase.

A partir de esa tarde comencé a pasar muchas tardes, noches y días enteros en el hogar de los Salleses. Con Gaspar nos dedicamos de lleno a investigar sobre mis poderes, tanto en lo tocante a mi propio cuerpo, como con la experiencia de otros demonios. Jan fue de mucha ayuda en el proceso, andaba de gira por el mundo con el circo de demonios pero aun así se plantaba delante de la cámara de su laptop para hacernos de traductor entre el

muchacho que formaba parte del espectáculo, el mismo al que yo le había visto controlar el agua, para intentar explicarnos lo que él hacía y cómo.

También por internet, recabamos información sobre otros demonios con poder de generar fuego. Cientos de emails recorrieron la red. Gaspar además se pasó horas colgado tanto de su teléfono celular como del fijo procurando ponerse en contacto con quienes pudiesen encerrar dentro un potencial como el mío, como quienes hubiesen conocido a alguien como yo. Por supuesto, en ningún momento Gaspar le reveló la verdad sobre mi identidad a ninguno de nuestros congéneres, lo que sí hicimos, como investigación aparte, fue procurar averiguar si existía la posibilidad de que además de Ciro y yo, mi padre hubiese plantado más descendientes por ahí.

De Vicente no supe nada y a medida que las horas corrían y que yo me concentraba más y más en intentar encontrar respuestas, logré convivir con el dolor, la distancia y lo mucho que lo extrañaba. Contra lo que todo mi cuerpo reclamaba, decidí darle tiempo, obligarlo a compartir un lugar a mi lado, no haría más que acrecentar los desagradables sentimientos que su parte más demoniaca, experimentaba hacia mí.

También tomé algo de distancia de Lucas, los desplantes a los que lo sometía por no quererlo como él a mí, no solamente atacaban su corazón, sino también el mío. Procuré que nuestros encuentros nunca fuesen a solas y que nuestras conversaciones no rebalsaran el cauce normal de nuestra amistad.

Al final, me acomodé a la nueva rutina, a la soledad, al trabajo y al estudio, y a una casa vacía a la que Anežka no quiso regresar y a la que yo me obligaba a volver para no perder del todo el eje.

La presencia de Anežka también me facilitó las cosas, charlar con ella, salir de compras, pasear por ahí, ir al cine o simplemente ver la tele en su presencia le daba un toque de normalidad y estabilidad a la humanidad que en mí quedaba. Seguir una rutina humana calma el espíritu (o al menos, mantiene a raya el instinto demoníaco).

De lo único que todavía no era capaz de huir, es de las noches... las eternas noches de impaciencia y ansiedad.

9.

Herida fresca.

Gaspar apuntó la pequeña fuente con la cabeza.

En realidad no parecía más que un bebedero para aves. El cuenco de mármol

blanco instalado sobre un pedestal del mismo material no contenía más de litro y medio de agua a —lo sumo dos—. Una pequeña bomba escondida dentro de la pieza con forma de piña del centro del plato, soltaba un delgado y continuo chorrito de agua cristalina.

—Concéntrate—. El volumen de su voz apenas superaba el del arrullo del viento entre los árboles que nos rodeaban. Nos encontrábamos en un rincón de la propiedad bastante alejado de la casa, tanto que me sorprendí de que los terrenos fuesen tan amplios, nunca antes había paseado por aquí.

Inspiré hondo y al exhalar, procuré liberar la mayor cantidad de tensión posible. Tal vez no sirviese de mucho, ya que mi día no tuvo un buen comienzo, a las seis treinta de la mañana recibí un mensaje de Vicente en el que ponía que si bien su trabajo había concluido, se demoraría un par de días más en regresar a casa; lo llamé y no contestó, le mandé un mensaje preguntándole dónde estaba y si se encontraba bien, y para mi desgracia, su respuesta fue que no había notado cambio alguno. Eso no significaba nada bueno, aún continuaba odiándome (al menos un poco).

—Libera tu mete de todo lo que no sea el agua.

Es más fácil decirlo que hacerlo.

Di un paso al frente, apoyé las manos sobre el borde de la fuente y fijé la vista en la superficie del agua. El sol se reflejaba en ella.

—Procura encontrar la fuente de energía que hay en ti.

En este momento no sentía ninguna energía en mí, me sentía igual que cualquier otro ser humano.

Gaspar se me acercó.

—¿Estás intentándolo?

Lo miré de reojo.

—No se nota, no percibo nada. ¿Quieres que lo dejemos para otro día?

Negué con la cabeza.

—Quizá debimos comenzar con algo más pequeño.

—Qué más da, lo más probable es que también pueda ahogarme en un vaso de agua—. Quité los brazos de la fuente y los sacudí, moví todo mi cuerpo como para intentar quitarme de encima las preocupaciones. Al mover el cuello, me sonaron las vértebras—. Llevamos demasiado tiempo intentándolo, ya quiero lograrlo, esto me tiene harta.

—Avanzaste con el fuego.

—Sí, genial, soy capaz de calentar el agua de una cacerola —solté en tono socarrón.

—Que el agua se caliente es buena señal. Es el mejor modo de probarlo, el agua es buena conductora. Tal vez debas concentrarte en eso: tus fuerzas circulando por ésta. No intentes hacer demasiado, alzar una columna de agua no es sencillo.

—Lo hice una vez.

—Sí, bueno, que tus poderes surjan por enojo o algún otro sentimiento que te ahogue no es buena forma de canalizar lo que tienes dentro. La idea es que lo gobiernes, no simplemente que explotes.

Bufé. Esto era más frustrante que mi experiencia en la escuela secundaria.

—Bien, aquí vamos.

—Pon un mano en el agua —soltó Gaspar de repente—. Se me acaba de ocurrir, quizá resulte.

—El chico que trabaja en el grupo de Jan no tiene necesidad de tocar el agua —repliqué.

—Sí, pero recuerda que él goza de una ventaja de sesenta años sobre ti.

—¡Perfecto, va a tomarme sesenta años controlar esto!

—No dije eso. No te pongas negativa otra vez, con eso no conseguirás nada. Recuerda que dentro de ti corre la sangre de tu padre. Sé que eso te disgusta, sin embargo la tienes y no hay forma de que te la quites de encima, de modo que es momento de aprovecharla. No la desperdicies amargándote. Puede que la consideres un mal karma pero ten en cuenta que se puede convertir en tu mejor arma contra él.

—No había pensado en eso.

—A veces los hijos superan a los padres.

—No creo que esa frase pueda aplicarse en mí, igual gracias, con ser capaz de hacerle frente me alcanza y me sobra—. Metí la mano derecha en el agua y coloqué la izquierda sobre el borde—. ¿Crees que podría hacerle frente, de verdad?

Se encogió ligeramente de hombros.

—No eres la única que aprende sobre esto. Para mí tu padre siempre ha sido un misterio, una pila de preguntas sin respuesta—. Me dio algo de espacio—. Volvamos a lo nuestro.

Se me puso la piel de gallina en la mano, el agua estaba fresca. La misma reacción se extendió por mi brazo hasta el hombro, y de allí, al resto de mi cuerpo.

Bien, aquí vamos otra vez. Me concentré en el agua, en su frescura y tacto. Recordé el agua de la piscina elevarse y caer. El agua del río en la que me

zambullí no muy lejos de aquí, para huir de la bestia; el agua de la ducha caer sobre mí el día en que Vicente me quemó, el agua del arroyo en que Lucas y yo nos bañamos aquellos días en la casa de campo de Vicente, el vaso de agua que tan mal me supo y por la cual casi vomito, experiencia que tuve a los pocos días de conocer a Vicente.

El agua había estado allí en más de una ocasión, como eje conductor, como clave para muchas cosas. El agua a que los demonios le temen, el agua que otros controlan.

Algo cambió dentro de mí, no puedo precisar qué fue. Se sintió como dar con la llave de una puerta que creía cerrada para siempre. ¡Qué alivio poder asomar la cabeza dentro de aquel cuarto! ¡¿Entrar?! ¿Lo lograría?

Una corriente de energía fluyó por mi brazo, algo fresco, liviano, como si estuviese quitándose una manga de seda muy lentamente. Sentí cosquillas en la parte más sensible del brazo, en el interior del codo. El cosquilleo descendió más allá de mi muñeca. Se me cerraron los ojos. Me mareé y sentí náuseas. El cosquilleo quedó en la punta de mis dedos y así, de repente y sin más, el agua comenzó a moverse, lo sentía en la piel a la altura de la muñeca: diminutas olas turbando la superficie.

Un dolor agudo se instaló sobre mi frente, entre medio de mis ojos.

—Abre los ojos —me susurró Gaspar—. Ábrelos —añadió con algo más de emoción, se le notaba que le costaba contener la satisfacción.

Lentamente abrí los ojos, el dolor de cabeza me lo ponía difícil.

Casi me caigo de espaldas al ver aquello. El agua estaba haciendo algo de lo más raro. De la superficie de la fuente se alzaban pequeñas agujas de agua similares a cuando se ve lo que produce una gota al caer dentro del agua, en cámara lenta. Algo así como el hongo de una bomba de hidrogeno.

El agua se mantenía suspendida, temblaba pero allí estaba.

¡Lo logré, lo hice! Lástima el dolor que apenas si me permitía mantener los ojos abiertos.

Ignorando la fuerte punzada, me lancé a todo o nada. Deslicé la mano izquierda por la fuente y la sumergí en el agua.

Un aro de frío compuesto por mis manos, brazos y hombros se cerró detrás de mi nuca.

Más agujas de agua se alzaron una a una, con tímida actitud. Rebusqué en mí las imágenes que necesitaba. Vi los ojos y manos de Eleazar, esos ojos y manos que yo heredé, los gustos y las costumbres que bien fuese por genética o vaya a saber Dios qué, reconocía de él en mí.

Encontré lo que necesitaba y no fue precisamente dentro de mí, sino más bien a la altura de mi piel. El bello de los brazos se me erizó, también los cortos cabellos de mi nuca que el nudo con el que recogí mi cabello antes de empezar, no pudo retener en su sitio.

La sensación de energía se disparó de la nada y no logré hacer nada para detenerla.

Conjuntamente con el grito de Gaspar en el que me pedía que parase, se oyó una explosión. Fui lanzada hacia atrás con un golpe seco que me arrancó el aire de los pulmones. Una lluvia fina como espray me bañó la cara y el pecho. También recibí el impacto de curuvicas de mármol que volaron en todas direcciones.

Al caer me golpeé el codo derecho y me hice unos buenos rayones en el antebrazo.

—Mierda —rezongué sentándome. En cuanto alcé la vista quedó ante mí la fuente, o mejor dicho, lo que quedaba de ella: un pie rajado hasta su base y un plato destrozado. Había restos de mármol a tres metros a la redonda, del centro del pie continuaba saliendo un chorrito de agua.

—Bueno, lo lograste —comentó Gaspar sonriéndome al tiempo que se escurría el agua de la cara. Noté que tenía un corte sobre la ceja izquierda.

—Lamento haber destrozado la fuente.

—No te preocupes por eso—. Se levantó del suelo—. Lo hiciste muy bien. Te excediste un poco al final pero la mayor parte del tiempo lo tuviste muy controlado —me tendió una mano—. Estoy muy orgulloso de ti. Le pedí a Jan que no te lo dijese, pero el chico que trabaja con ellos trabajó diez años para poder mover el contenido de un vaso a otro.

—¡Gaspar!

—Sí te lo decía me habrías dicho que tú no serías capaz de lograrlo ni en veinte. Eliza, te conozco—. Sujetó mi mano y tiró de mí—. La próxima vez intentaremos con algo que contenga un poco más de agua; creo que fue eso lo que falló.

Se me escapó una sonrisa. Le permití tirar de mí, tenía tanta fuerza.

—Sí, seguro que fue eso.

Me dio un abrazo.

—Lo estás haciendo muy bien.

Al apartarme de su lado, me quitó un trocito de mármol de cabello.

Sus ojos de miel se centraron en los míos.

—Nunca olvides quién eres. Prométeme que no lo olvidarás jamás.

No necesité que me explicase a que venían esas palabras. Temía que mis poderes se adueñasen de mí convirtiéndome en eso mismo que yo no deseaba ser.

Me encogí dentro de mi propio cuerpo. ¿Sería yo lo suficientemente fuerte para no ceder a esto, para no dejarme ir por la tentación, para no convertirme en un verdadero demonio? El ancla que me mantenía sujeta a la realidad se negaba a regresar a casa y yo me preguntaba si al fin de cuentas, lograría simplemente por mí misma, mantenerme vinculada a la Eliza humana. Analizando un poco la situación sentí frío, la diferencia más grande entre la mayoría de los demonios y los humanos y nosotros, es que todavía nos permitimos amar y ser amados, ¿qué sería de mí si perdía eso?, ¿caería de cabeza al Infierno, me sentaría a la diestra de mi padre complacida de encontrarme allí?

Otra vez mi energía se fue en picado.

—Necesitas comer. Beber algo caliente también te sentará muy bien. Además tienes que quitarte esas ropas mojadas.

Lo miré a la cara, el corte sobre su ceja ya no sangraba.

—Diogo te preparará una de sus famosas tazas de café que tienen la fama de poder levantar a un muerto de la tumba.

Es cierto, no tengo ni la menor idea de qué ponía Diogo dentro de esas tazas de fuerte y espumoso café, el caso es que resultaba increíblemente reconfortante rodear la taza con las manos y beber su contenido de a pequeños sorbos.

No me negué a dar por concluida la jornada, después de pasar horas calentando agua con las manos e intentando generar al menos una diminuta llama, para luego terminar la tarde reventando con un exceso de energía, una fuente que lo que más me temo, es que fuese una reliquia de la época Victoriana, era suficiente para mí.

A paso tranquilo anduvimos medio camino hacia la casa, hasta que súbitamente Gaspar se frenó. Siendo humana habría chocado contra él, ahora, mis reacciones eran mucho más rápidas y certeras.

—Las muchachas regresaron a casa —anunció ante mi mirada impávida.

—¿Sanas y salvas? —eso era lo que más nos preocupaba a todos, dos días atrás Sofía había llamado para avisar que ya no estaban solas tras la novicia con potencial para demonio.

—Sí, eso creo. Son solamente ellas, no las acompaña nadie más.

Los dos nos estremecimos al mismo tiempo.

—¿Seguro?

—Siempre existe la posibilidad de que me equivoque; no siento nada más. Démonos prisa, necesito saber qué sucedió.

Y nos dimos prisa, prácticamente corrimos por el sendero.

...

Lo primero que divisé al entrar en el comedor fue la espalda de Anežka, ella se encontraba parada en la cocina, de cara a la mesa en la que se reunía el resto de la familia.

—Sofía, Petra, Kumiko —llamó Gaspar con desesperación.

—Tranquilo, Gaspar —Diogo se levantó de la silla que ocupaba a la cabecera de la mesa.

Anežka se dio la vuelta para vernos llegar.

—¿Qué sucedió?

El corazón me dio un vuelco y me frené en seco junto a Anežka. La mueca en el rostro de mi protegida humana lo decía todo: terror, asco.

Busqué la fuente de tales sensaciones y la encontré sentada a la derecha de Diogo. Petra apartó de su rostro, el apósito de gasas embebido en un líquido amarillento que olía fatal. La mitad izquierda de su rostro estaba destrozada por profundas cicatrices que parecían hechas por las garras de un oso. El aspecto de la carne que asomaba por debajo de las rajaduras de la piel era lo peor de todo, verdosa, inflamada y demasiado brillante como para que uno pudiese especular con que aquello llegase a cicatrizar algún día.

Las arcadas atenazaron mi garganta.

—Por Dios santo —exclamó Gaspar lanzándose hacia ella.

Aquella herida fresca me recordó a la quemadura de Vicente; ¿no se suponía que nosotros debíamos curar a más tardar en un par de horas, incluso si la herida era de suma gravedad? Las roturas de huesos, estallido de órganos, hemorragias internas masivas y cosas por el estilo tomaban algo más que unos pocos minutos sanar, pero heridas como aquella, o incluso quemaduras como la de Vicente no se consideraban nada realmente muy serio.

En mi mente se instaló una certeza: alguien o algo hería demonios probablemente sin necesidad de depender del fuego que se suponía, era lo único que tenía la capacidad de terminar con nosotros.

Sudor frío corrió por mi nuca y espalda.

Julián, instalado junto a Petra, le sostenía la mano con una de las suyas,

mientras que con la otra, acariciaba su roja cabellera.

—¿Cuándo sucedió esto? —Quiso saber Gaspar mientras examinaba el perfil de su hija.

—Hace más de veinticuatro horas —respondió Sofía con una actitud sumisa que me extraño.

Gaspar la traspasó con una mirada.

—¿¿Qué?! ¿Por qué no me llamaron? ¿¿Qué se les metió en la cabeza, acaso se han vuelto locas?! Kumiko.

La aludida di un respingo desde el otro lado de la mesa. Sus ojos se alzaron con timidez hasta los de su padre.

—Esperaba más de ti; era tu responsabilidad. Debiste saber identificar que la situación se te escapaba de las manos.

Entendí que había sido su misión y que las chicas solamente la acompañaron a modo de refuerzo.

—Lo siento, lo siento mucho —musitó al borde de las lágrimas.

Gaspar sacudió la cabeza. Noté su cólera en el aire, supongo que los demás la identificaron antes, ellos tenían más experiencia como demonios y su energía debía de resultarles más fácil de identificar que a mí. De todos modos, para este instante, el olor derivado de la amargura y el sufrimiento de su semblante era asfixiante.

De refilón vi a Anežka taparse la boca y nariz con las manos.

Gaspar no era el único que a causa de la situación, se había alterado y eso provocaba que todos nosotros comenzásemos a viciar el ambiente con nuestro olor.

Diogo posó sus manos sobre la espalda de Gaspar y al oído le susurró que se tranquilizara.

La pareja cruzó una silenciosa mirada, luego Gaspar se volvió otra vez hacia Kumiko.

—Disculpa hija, he perdido el control.

—No, está bien, la culpa es mía, debí reconocer el momento de partir. Me negué a ver que mi incapacidad para resolver el problema se hacía patente; me resistí a abandonar a aquella chica incluso a sabiendas de que mis hermanas corrían peligro. No sé qué me pasó —añadió y después bajó la cabeza—. Nunca antes me había sucedido nada igual, simplemente experimenté una acuciante necesidad de protegerla, de tenerla a mí lado. Clarice era como un ángel indefenso, un ángel al que le han cortado las alas y enviado al Infierno sin siquiera ponerla al corriente sobre aquello a lo que tendría que enfrentarse.

La historia en ese relato repercutió en mí como algo preocupantemente familiar. No sé si la cabeza del clan Salleses se le ocurrió asociar aquella historia con la me que unía a Anežka. Tal vez solamente fuese una coincidencia, una hipótesis que no tenía demasiado con qué sustentarse más que con mis temores y dudas.

Ante el pedido de Gaspar por una explicación. Kumiko se lanzó a relatar los hechos de principio a fin.

Clarice quedó huérfana a los ocho años, sus padres murieron en un accidente de tránsito, murieron en el acto, en cambio ella, que también viajaba en el vehículo, resultó ilesa. Su hermano, dos años mayor (quién en el momento del accidente, no viajaba con el resto de la familia) y ella, fueron enviados al norte de Canadá, a vivir con una abuela a la que apenas si conocían por fotografías.

De pequeña revivió en sus pesadillas una y otra vez aquel accidente. Creció siendo una niña tímida, solitaria, no más de lo que puede ser otro niño que ha pasado por lo que ella pasó. Se crío en un pueblo pequeño, siempre fue buena alumna, tranquila, estudiosa. Aprendió a querer y a vivir con aquella abuela que se dedicó a tiempo completo a cuidar de sus nietos. Su abuela acostumbraba asistir a misa los domingos y Clarice siempre la acompañó, incluso ya de adolescente, cuando su hermano optó por desertar para cambiar los bancos de la iglesia por los de los bares de camioneros de la zona.

Paul, el hermano de Clarice se fue de casa a los diecisiete años. Aquello significó otro duro golpe para la joven, quién casi sin percatarse, fue acercándose cada vez más a la iglesia.

Hasta lo que contó Kumiko, Clarice en ningún momento experimentó nada paranormal; eso la diferenciaba de Anežka, lo cual para mí, fue un suspiro de alivio, una parte de mí se relajó al oír aquello, sinceramente consideraba que ya tenía suficientes problemas por delante como para encima, encontrarme con alguna especie de complot oculto detrás de todas las similitudes.

Desde la partida de su hermano hasta que terminó la escuela, la vida de Clarice fue de lo más normal, como cualquier otra chica de su edad comenzó a hacer planes para el futuro, los cuales incluían ir a la universidad, una de sus opciones era estudiar historia. Por suerte para ella, sus padres gozaban de una buena situación económica y además habían tenido el buen tino de apostar en un par de inversiones de las que sus hijos resultaron favorecidos con fondos que les permitirán estudiar sin preocuparse por el aspecto económico, y con un poco de suerte, también comenzar una vida independiente con cierta

comodidad.

A pesar de las vicisitudes que atravesó desde niña, Clarice mantenía sus esperanzas para el futuro, sin embargo su camino se truncó el verano antes de que partiese a la universidad. Clarice había salido de casa para hacer unas compras y cuando regresó se encontró con el peor escenario posible, la vieja casa de madera ardía sin control a pesar de que los bomberos y vecinos se esforzaban por intentar apagarlo.

La casa se quemó hasta los cimientos, la abuela de Clarice murió en el siniestro. Ella quedó con lo puesto, sola y destrozada. Cuando medianamente se repuso del golpe, intentó ponerse en contacto con su hermano, hasta lo último que ella sabía, él se encontraba trabajando en un aserradero. Tres semanas más tarde dio con él y se llevó una sorpresa, Paul, a sus veintiún años, no trabajaba para el aserradero, sino que era su dueño.

—Clarice nos contó que notó a Paul muy diferente el día en que se encontraron en una cafetería del pueblo para resolver cuestiones de papeleo referentes a la herencia y demás —acotó Sofía—. Dijo que sintió miedo en su presencia, un miedo que no había experimentado nunca antes. Contó que no podía mirarlo a los ojos, que intentarlo la hería.

—Para ser más precisa —comenzó a decir Kumiko retomando la palabra—, lo puso de este modo: verlo a él, estar en su presencia, se sentía igual que verlas a ustedes ahora.

En la cocina se hizo un profundo silencio.

—Cuando nos contó eso ya sabía lo que éramos —explicó Kumiko.

Sofía deslizó sus ojos hasta su hermana.

—¿Era uno de los nuestros? —Inquirió Gaspar.

—No tenemos ni la menor idea, no pudimos comprobarlo. Procuramos ponernos en contacto con él, no lo logramos. El aserradero para el que Clarice dijo que trabajaba ya no existe y no ha quedado ni rastro de él.

—La historia no termina ahí —continuó Sofía hilvanando las palabras de su hermana con las suyas—. Paul insinuó a su hermana, durante aquella reunión, qué él sabía quiénes habían matado a sus padres y que se vengaría, también le contó que estaba al tanto de la razón por la cual los asesinaron.

—¿No dijeron que fue un accidente de tráfico?

Gaspar se me adelantó a preguntarlo.

—Clarice creía lo mismo, y le costó asimilar que pudiese ser algo muy distinto lo que le quitó a sus padres. Paul le soltó, así de buenas a primeras, que sus padres habían muerto por culpa de ella, que la que se suponía que

debía morir en aquel accidente era ella y no sus padres.

Mi cuello se puso rígido al instante.

—¿Le explicó por qué?

—Según Clarice sus palabras textuales fueron: por ser lo que eres.

Todos acabamos mirándonos los unos a los otros en procura de una explicación.

—Paul le pidió que se uniese a él en su cruzada por vengar a sus padres, pero ella se negó, por ese momento no pensaba en venganza alguna, estaba dolida y aturdida. Ante su negativa Paul se puso furioso, más precisamente, como ella lo contó, se convirtió en una bestia. Dejó la cafetería poco antes de destrozarla, y antes de partir le dijo que se quedase con todo el dinero, que no quería un centavo, pero que un día volvería a por ella, que no tenía pensado aceptar un no como respuesta, que su obligación era unirse a él para vengar la muerte de sus padres—. Kumiko hizo una pausa—. Clarice entró en una profunda depresión. Cuando terminó el verano no fue a la universidad, sino que entró a un noviciado emplazado en un lugar muy cercano al pueblo que la vio crecer. Donó todo su dinero a la congregación y allí vivió hasta hace dos días. Finalmente los hechos la convencieron de que lo mejor para ella era venir con nosotras.

—¿Los hechos, qué hechos?

Esta vez Gaspar se nos adelantó a todos, no solamente a mí al expresar su curiosidad.

—Prendieron fuego el convento, el edificio quedó prácticamente en ruinas. Quince hermanas y seis novicias murieron en el siniestro. El fuego se inició en la biblioteca, usual lugar de trabajo de Clarice, allí se suponía que ella debía estar, al igual que todos los días.

—Ese día ella acababa de salir —acotó Sofía—. La llamé a su celular para pedirle que se reuniese conmigo en los jardines, el lugar estaba abierto al público por las tardes.

—La policía no logró determinar qué fue lo que inició el incendio, sin embargo creo que sabemos lo suficiente para comprender que alguien iba tras su muerte desde hacía muchos años.

—Y lo lograron ayer —articuló Petra con una voz que parecía salida de ultratumba.

—Nos atacaron de camino al aeropuerto. Eran una docena al menos. Nunca vi nada igual. Íbamos por la ruta, atravesábamos un bosque, salieron de la nada y arremetieron contra nuestro automóvil. Lo destrozaron. Nos vimos obligadas a

huir a pie. Por desgracia nos separamos, Clarice y Petra se alejaron juntas —relató Kumiko.

—No pude hacer nada, eran tres, siquiera logré distinguir sus rostros. Fueron directo hacia ella, me atacaron cuando intenté defenderla. Iban por ella, podrían haberme matado sin embargo ni se molestaron. En cuanto se aseguraron de su muerte, dieron media vuelta y desaparecieron.

Hubo un momento de completo y absoluto silencio. Luego Gaspar se acercó a Petra otra vez.

—Cómo te hirieron, usaron algo para hacerte esto.

—No tengo idea. Todo sucedió demasiado rápido.

—¿No volvieron a ver a quienes las atacaron?

Kumiko negó con la cabeza.

—No volvimos a tener noticias de ellos.

—Ni señales —murmuró Sofía por lo bajo.

—Es un alivio tenerlas en casa otra vez —les dijo Diogo a sus hijas.

—Claro que lo es —convino Gaspar quien con un gesto de abatimiento se masajeó la sien izquierda—. Bien, lo más urgente ahora es ocuparnos de tu herida Petra. Haremos todo lo que sea necesario para que te recuperes pronto.

Petra asintió con una mueca llena de dolor.

—Julián, ve que se ponga cómoda y que intente relajarse.

—Claro —ayudó a Petra a levantarse de la silla y juntos se fueron a la planta alta por la parte posterior de la casa.

—De verdad siento muchísimo lo que sucedió. Sé que es culpa mía—. Articuló Kumiko cuando los pasos de Julián y Petra dejaron de oírse.

—Lo que más lamento yo, hija, es que lo más probable es que no hubiese hecho la menor diferencia tu modo de proceder.

—Como dijiste que...

—Esto no está bien, no está nada bien.

—¿Gaspar, qué crees que sea? —le preguntó Diogo apoyándose en él una vez más.

—No sé... me resulta muy extraño que optaran por matarla así sin más. Dudo que se deba a un acto movido puramente por la envidia; si la joven era tan poderosa como para generar semejante reacción, no hubiesen preferido quedársela para ellos. ¿Por qué matarla?

—En un principio ni siquiera quería venir con nosotras —le recordó Sofía.

—Sí, eso lo entiendo, pero si no me engaño, nadie más le propuso lo que ustedes.

Las chicas negaron con la cabeza.

—Queda pendiente la duda sobre su hermano. Hasta lo que Clarice nos contó, él jamás le hizo ningún ofrecimiento formal.

—Tampoco sería la primera vez que los nuestros matan simplemente por envidia.

Gaspar se volvió y miró a Diogo.

—No, claro que no. Sin embargo hay algo aquí que no cuadran con la situación. La herida de Petra no me gusta nada —murmuró para nadie en particular, supongo que más que nada para sí mismo. Gaspar no era el único que meditaba sobre la situación intentando encontrarle sentido alguno.

—Gaspar, ¿no es hora de que llamemos a Marga? —Leandro se levantó de su silla—. Debimos llamarla cuando vimos la quemadura de Vicente.

Me estremecí ante la mención del objeto de mi más grande amor (y también dolor, por estos días).

—¿Quién es Marga? —solté la pregunta sin siquiera considerar la posibilidad de ponerme en el papel de entrometida. En este momento ellos eran una familia casi compacta de tan unida, y yo una recién llegada; eso hacían estas horas críticas.

—Margarita Ojeda, es uno de los nuestros, lo es desde mil seiscientos treinta y siete—. Leandro me sonrió—. Ella se denomina a sí misma “bruja”. Marga tiene poderes desde antes de convertirse en demonio. Fabricaba pociones y conjuraba hechizos de diversa índole apenas con diez años. Su madre le enseñó; ella no poseía poder alguno, pero para la España de aquella época, sus ungüentos contra urticarias y sus pociones para los dolores de hueso eran el remplazo ideal para la atención médica a la que tan solo unos pocos tenían acceso. Marga se transformó en uno de nosotros a los diecinueve años; la Inquisición iba tras ella, y por ser lo que era, conseguir marido y formar una familia se le ponía difícil.

—Tal vez si se hubiese decidido a cobrar las consultas alguien hubiese caído rendido a sus pies —acotó Massimo.

Leandro resopló.

—Margarita jamás cobró un centavo a nadie, ella sólo aceptaba donaciones de comida y si se daba el caso, algún que otro centavo —añadió Gaspar.

—De todos modos, la Inquisición casi la atrapa en dos ocasiones —Massimo se sonrió—. Supongo que al final desistieron de intentarlo porque a diferencia de las otras mujeres que atraparon, torturaron y finalmente sí asesinaron, Margarita realmente había entregado su alma al Infierno.

A Massimo aquello le resultaba gracioso, a mí me dieron arcadas, la Inquisición había acabado injustamente con la vida de miles de mujeres.

Locos —pensé— aquellos hombres estaban completamente locos. O acaso algo mucho peor, llamándolos locos se les justifica lo que hicieron, y lo que hicieron no tiene justificación.

—En resumidas cuentas —comenzó a decir Leandro retomando la palabra—. Marga lleva siglos investigando y experimentando sobre heridas y enfermedades demoníacas. Ella es una experta en nuestra fisiología y funcionamiento.

—Es una loca de la ciencia entre otras cosas; su pasión por los últimos tiempos es dedicarse a investigar de dónde provienen nuestros poderes, pretende encontrarles una lógica y origen que pueda ser comprobado científicamente.

—¿Y ha logrado hallar algo?

Massimo negó con la cabeza.

—Hizo avances en los últimos años —lo corrió Leandro poniéndole a su hermano cara de perro.

—¿Por qué no la llamaron cuando Vicente vino a consultarles sobre su quemadura? —Disparé la pregunta en dirección a Gaspar sin embargo fue Leandro quien contestó.

—Porque él no quiso.

—¿No quiso? —repetí algo confundida. Si le dolía mucho y aquello parecía empeorar cada día.

—No, no quiso—. Gaspar se dio la vuelta para dirigirse a Leandro—. Puedes intentar ponerte en contacto con ella, por favor. Dile que es urgente, que le mandaré el avión a dónde sea que esté.

“El juguete nuevo”, es decir el avión, el mismo en que las chicas viajaron a Canadá no tenía ni seis meses, y su compra se había visto fomentada más que nada, porque Sofía acababa de terminar la carrera de piloto de aviación.

Leandro salió rumbo al living, Massimo fue tras él.

—Chicas, por qué no suben a refrescarse.

Sofía y Kumiko obedecieron a su padre.

De repente, en el silencio que se hizo en la cocina, me sentí fuera de lugar, como si Anežka y yo sobrásemos.

—¿Por qué tienes las ropas y el cabello mojado? —Me soltó Diogo de sopetón. Yo casi me había olvidado del asunto de la fuente.

—Lo lamento, arruiné la fuente que tenían en el parque.

Diogo me miró con el entrecejo fruncido y luego le lanzó una mirada inquisitiva a Gaspar.

—Fue un accidente —explicó éste.

Diogo aceptó sus palabras sin formular más preguntas, quizá lo discutiesen más tarde y sin testigos, aunque hasta lo que yo entendía, Gaspar no se sentía precisamente deseoso de involucrar al resto de la familia en este embrollo.

—Tengo un mal presentimiento.

—Gaspar, tal vez sea mejor que Anežka venga a pasar la noche a casa, ustedes tienen mucho de lo que ocuparse. La prioridad es Petra y su salud.

Gaspar nos miró a Anežka y a mí por turnos.

—Sí, Eliza tiene razón.

Las clases de castellano que Leandro le diera (y continuaba dándole) funcionaban de maravilla.

—Me vendría muy bien unos días de descanso —agregó con una sonrisa, hablando ahora en checo.

Seguro que el curso intensivo de idioma y las horas que pasaba escuchando la voz de Gaspar, que con ella procuraba ponerla al corriente sobre nuestro mundo y lo que sería cuando se convirtiese, la tenían algo agotada. Ese cansancio, conjuntamente con la impresión que le causara el estado del rostro de Petra, se le notaba en la cara y en los ojos.

—Sí, bien, tomate unos días libres. Descansen... las dos —me vio a los ojos

—. Vayan a casa y procuren descansar.

—Recogeré mis cosas.

—Sí, adelante, te esperaré aquí.

Soporté en silencio hasta asegurarme de que no corría riesgo de ser oída por Anežka.

—¿Vicente justificó de algún modo su negativa de llamar, a la que tal vez fuese la única persona que tenía la capacidad de ayudarlo?

—Bien, muchos creen que Marga está loca.

—Vicente es uno de ellos —inspiré hondo—. ¿Así y todo no hubieses tú agotado esa opción?

Gaspar cruzó una mirada con Diogo y luego volvió a concentrarse en mí.

—Lo llamaré cuando sepa cuando llega Marga.

—¿Para qué?

—Para que vea su herida.

—Si puedes hacerlo regresar te aplaudiré —bufé.

—Parte de que todo esto que sucede me desagrada tanto, tiene que ver con esa

herida que él tiene. Presiento que hay algo aquí que lo une todo... no tengo idea de qué es.

—Me parece que estás yendo demasiado lejos, Gaspar —dijo Diogo.

—¿Algo como qué? —inquirí yo.

Gaspar ignoró el diplomático y solapado llamado a callar de Diogo.

—Las tentaciones son muchas y tengo la impresión de que algo grande se gesta en alguna parte... a nuestro alrededor.

—Insinúas que él... —eso sí que no me lo creía, Vicente dejó demostrado que si existía algo en este mundo que le importaba un cuerno, era el poder que pudiese obtener de aprovecharse de un demonio (o en este caso un candidato a convertirse en demonio) —...está detrás de esto.

—No, no, no, no. No quise decir eso. A lo que me refiero es que él ha quedado en medio y... ya lo sabes, no tengo que explicarte que creo que se siente un tanto perdido. Creyó que encontraría la paz y en cambio... No es nada extraño que más de uno quede confundido ante semejante despliegue de energía y fuerza.

—Vicente quedó entre nosotros y esos otros que... —me mordí el labio inferior, así, sin más me di cuenta de que estaba demasiado claro, él tenía un pie de nuestro lado, otro, del lado contrario, fuese cual fuese. De nuestro lado porque me amaba y quería a su familia, del otro, porque era un demonio y eso continuaba llamando a su ser, corriendo por sus venas de un modo imposible de obviar.

—Eso mismo pienso yo.

—¡Lista para partir! —Exclamó Anežka entrando en la cocina.

Apreté los dientes y los labios, deseaba continuar discutiendo esto pero no frente a ella.

—Bien, llamaré más tarde para ver cómo sigue Petra.

—Si antes logro ponerme en contacto con Vicente te llamaré.

—Gracias, apreciaría mucho que lo hagas.

—No te preocupes.

Por un momento me quedé zozobrando. Junté fuerzas para mover mi cuerpo y me despedí de ellos.

10.

Ángeles de fuego.

El teléfono sonaba. Arrojé mis cosas sobre la mesada y fui directo a atender.

—¿Hola? —El entusiasmo por oír la voz de Vicente se me escapaba por los poros. Un par de segundos me habían bastado para imaginar que tal vez Gaspar ya hubiese tenido tiempo de contactarse con él, y por eso, ahora me devolvía el llamado a mí. Que me anunciase que regresaba a casa era todo lo que yo deseaba para sentirme mejor.

—Soy yo.

—Lucas.

—Por la decepción en tu voz imagino que esperabas que fuese él quién llamaba.

No tenía caso negarlo.

—Hablé con Gaspar hace cinco minutos, me contó lo sucedió, también explicó que regresabas a casa con Anežka. Quería saber si necesitabas ayuda. Estoy libre y si quieres puedo ir a pasar la noche allí... para que no se queden solas, digo. Tal como están las cosas...

Titubeé, me agradaba la idea de tener compañía no obstante, no la de encontrar más problemas, y si Lucas volvía a la carga sería justamente eso lo que se plantaría frente a mí.

—Prometo que me comportaré, iré en calidad de amigo —soltó tal si a la distancia, leyese mi pensamiento—. No soy tan tonto, me di cuenta que me evitas.

La intención era pronunciar su nombre pero no me salió más que un balbuceo incomprensible.

—Ok, cómo sea. No es buen momento para discutir eso. La cuestión es que no me agrada la idea de que se queden ahí solas las dos. Gaspar todavía no logró ponerse en contacto con Vicente, y como no tenemos ni la menor idea de dónde se encuentra o qué piensa hacer, lo más probable es que no debemos esperarlo por lo menos, hasta mañana.

—Quiero que vengas-. No me limité a simplemente aceptar su propuesta, si no a pedirle que viniese—. Por favor.

—Yo quiero ir.

—Bien, aquí estaremos.

Anežka me hizo señas de subir a su cuarto y yo asentí con la cabeza para dejarla salir.

—Bien. Nos vemos en un rato.

Cuando me despedí de él experimenté una sensación extraña en el estómago, imposible de definir si era buena o mala. Colgué el teléfono y fui hasta mi cartera. Saqué el celular; ni mensajes ni llamados. Marqué su número, me

saltó el contestador.

—Hola, soy yo, probablemente antes de este llamado oyeras media docena con la voz de Gaspar. Regresa a casa, por favor. Si existe la menor posibilidad de que esa mujer pueda curarte bien vale la pena. Regresa, estoy segura que podemos resolver esto juntos. Te amo.

Menos de media hora más tarde, Lucas llegaba a casa cargando un bolso con todo lo necesario para pasar una semana aquí.

Preparé café y los dos nos sentamos a la mesa. Afuera en el jardín la noche caía. Conversamos un rato sobre Anežka, luego sobre lo sucedido en Canadá y finalmente (e irremediablemente), caímos en el tema que tanto me preocupaba.

—Escuché sobre Marga, sinceramente no mucho, ni nada demasiado alentador —bebió café—, de todos modos si Gaspar considera que es una opción a explorar me parece bien que le pidan que los visite.

Me quedé mirándolo a los ojos.

—No tengo idea por qué Vicente no quiso verla.

No se lo pregunté mentalmente, él simplemente entendió que aquella decisión no tenía demasiado justificativo. Las cosas con Lucas simplemente eran así, las explicaciones sobraban.

—Creo que yo lo hubiese intentado—. Bajó la taza y parpadeó—. ¿A qué le temes?

—¿Perdón? —La pregunta me descolocó.

—Pregunto que por qué piensas que se negó a que Marga viniese a ver su herida.

—No lo sé.

—No confías en él un cien por ciento ¿es eso, no?

Quién puede querer admitir ser tan despreciable. Una Eliza lo amaba y lo amaría siempre, sin importar lo que él hiciese o dejase de hacer, lo que él quisiese, lo que el mundo clamase en su contra; sin importar el dolor o todos los condenados impedimentos que saltaban uno a uno en mi camino. La otra Eliza, la que iba creciendo dentro de mí cada día, aquella tanto más fría y lógica, también más independiente y madura, la que comenzaba a hacerse a la idea de que no solamente los demonios pueden ser crueles, la que hallaba más al tanto de lo bueno del mundo, la que no cree en cuentos de hadas sino en aquello que es real, en el esfuerzo y trabajo duro, la que prefiere vivir a soñar, la que prefiere no dar nada por sentado, esa Eliza últimamente tenía problemas para confiar ciegamente en alguien, especialmente en alguien que contaba con tantas armas de su lado, para hacerla sufrir. Si yo un día fui el potencial punto

débil de Vicente, él ahora era el mío. No es que esa Eliza creyese que Vicente era malo, o que su única intención fuese aprovecharse de mí o de los que tenía a su alrededor, sino más bien, ella comprendía que ese “Vicente señor perfección” era tan susceptible cuanto cualquier otra persona en este mundo, de cometer errores, padecer debilidades y pensar y sentir por sí mismo, cosas que pudiesen distanciarlo de mí lado.

Esa parte de mí es consciente de que el “vivieron por siempre felices y comieron perdices” solamente existe en los cuentos de hadas, e incluso ni siquiera allí. Nadie se molesta en contar que pasó con Blanca Nieves y el príncipe después de que se casaron, o si Cenicienta no se arrepintió de haberse casado con el primer hombre que se le cruzó por el camino, luego de salir de lo que prácticamente era un estado de esclavitud.

Las personas reales se separan, se divorcian, incluso existen personas que siquiera tienen la oportunidad de encontrar o creer que han encontrado a su alma gemela, al amor de sus vidas.

Miré a los ojos a Lucas.

Otros tal vez lo encuentran en alguien equivocado, en alguien que no está disponible.

El amor tiene muchas formas, todas ellas, son difíciles de mantener con vida, porque lo cierto es que la vida misma, te lo pone muy difícil a veces. A veces lo que pasa en la vida, puede más que él amor y entonces la desgracia llega. Es inevitable, las historias de cuentos de hadas solamente sobreviven en las páginas de los cuentos, y sus personajes se limitan a mostrar ejemplos que terminan bien, ¡claro!, quién leería un cuento de hadas en que el príncipe y la princesa acaban odiándose, tampoco sería agradable ver que la realidad de sus respectivas existencias pueden con ellos y por lo tanto deciden pasar a una amistosa separación antes de comenzar a tirarse platos por la cabeza... o hagan volar el agua de una piscina, y para eso ni siquiera hace falta que se odien.

—No te juzgo, cómo podría. Me figuro que en cierto modo es tu instinto de supervivencia hablando fuerte.

—Me odio a mí misma por eso.

—No digas eso.

—No debería permitírmelo, no después de todo lo que pasamos juntos—. Se me revolviéron las tripas, de verdad que esto me hacía sentir de lo más horrible y despreciable—. Dudo que él piense eso de mí.

—Vicente no tiene razones para desconfiar de ti.

Obvié la gran razón que tenía frente a mí, la que me ponía en jaque a cada encuentro.

—En todo caso tendría que desconfiar de mí—. Lanzó ruborizándose.

—¡Lucas, no hagas eso, siquiera te sentí llegar! —rezongué. No era momento para ponerse a leer mis pensamientos.

—Fue sin querer, es que cuando piensas en mí es como si me llamas. No puedo evitarlo, acudo a ti al instante. Tranquila, no voy a pronunciar una sola palabra más al respecto.

—No soy una santa, él tampoco.

—Supongo que la pureza de más de un santo podría discutirse.

Resoplé ante su comentario, que intentase hacerme sentir mejor me hacía sentir peor.

—Sé realista, los papeles se invirtieron cuando cambiaste, todos nosotros lo sabemos, Gaspar, su familia, Vicente... yo. Eres tú la que tiene el poder ahora, técnicamente todos nosotros deberíamos rendirte pleitesía o algo así. El detalle de la identidad de tu padre no es un detalle menor. Es como si fueses la hija del rey, quién no querría hacer migas con ella, o incluso acabar a su lado. El mundo en mayor o en menor medida se mueve a base de poder, dinero, apariencias y buen acomodo en aquellos pocos lugares de privilegio que se puedan alcanzar. Básicamente tú por ser hija de quien eres, puedes conseguir eso y cualquier otra cosa que quieras, para ti, y para quién te lo pida. Cualquier persona en su sano juicio, en tu lugar, tendría cuidado al elegir a aquellos que quieren acercársete, e incluso de los que ya tienes cerca.

—Eso es ridículo.

—A veces ciertos bajos instintos aparecen en la superficie sin que nadie los llame. Siquiera yo soy un santo. Estoy aquí, hablándote de esto y al mismo tiempo te deseo. Eres la esposa de mi mejor amigo, de mi maestro y si tuviese la oportunidad, si dijese que sí, ignoraría por completo el hecho de que sé que Vicente sufriría lo indecible si lo abandonases y me largaría contigo al fin del mundo.

Al ver mi cara de terror se apuró a continuar con su discurso.

—Lo saqué a relucir porque quiero que entiendas cómo son las cosas. Fue nada más que por eso, no es que esté volviendo a la carga con la intención de convencerte ni nada—. Me enseñó una sonrisa tensa, algo forzada, que tenía como objetivo aflojar un poco la tensión—. Lo más sano sería que lo discutieses con él.

—No voy a decirle que desconfío de él, es insultante.

—Es la verdad, pasar las cosas en claro no tendría por qué ser insultante.

—Es mi esposo.

—¿Y qué?

—No lo entiendes.

—Ilumíname —soltó con sorna y no me gustó nada.

—No voy a hacerle eso y punto. No tiene sentido, confió en él. Lo que tenemos es más fuerte que todas las tonterías que puedan llevarme a desconfiar de él.

—¿Por cuánto tiempo? —Se acercó más a la mesa—. No digo que le sueltes directamente a la cara lo que sientes, es simplemente que me parece que deberían conversarlo, es todo.

—Ya veré que hago.

—Separarse sin aclarar las cosas no es la mejor solución.

Ni falta que hacía que aclarase a qué venía el cuento, le molestaba que Vicente simplemente huyese de la situación.

—No pretendo ser ruda... hasta aquí llegamos con esta conversación.

La noche ya había caído por completo.

—Lo que pase entre él y yo, es asunto nuestro y de nadie más. ¿Está claro?

Lucas me contestó que sí con la cabeza. Se alejó de la mesa y se repantigó sobre la silla. Soltando aire por nariz, se volvió en dirección a la ventana.

—Soy un bocón, ya lo sé. No me molesta tener que cuidar de ti ni nada, me molesta que él, siendo el objeto de tu afecto, no esté ahí para ti cuando debería estar sin importar qué.

—Importa, si permanecer a mi lado lo hace odiarme, Lucas.

Movió sus ojos, nuestras miradas se unieron otra vez.

—Entiendo.

—No, no lo entiendes, no hay chance de que lo comprendas, tampoco yo lo comprendo; no sé cuál sería mi reacción de estar en su lugar. Cada vez que siento que comienzo a enojarme con él por haberse ido otra vez pienso en eso, en qué haría yo de ocupar su lugar, en cómo me haría sentir ser consciente de detectar que el odio comienza a crecer en mí y que va dirigido hacia la persona que más amo en el mundo.

Sentí a Anežka llegar, es por eso que me di vuelta a tiempo para verla aparecer al otro lado de una de las puertas vaivén. Por su cara era evidente que se había quedado dormida. El bostezo que soltó a continuación fue prueba de ello.

—Muero de hambre —entonó con voz opaca.

—Tiene hambre —le expliqué a Lucas oficiando de traductora—. Mejor va a

ser que salga a comprar algo, tengo las alacenas vacías—. En los últimos días la soledad me llevó a despreocuparme por completo de esa tarea tan mundana que era hacer las compras.

—No, yo voy—. Se ofreció levantándose de la silla.

—No, Lucas, está bien, creo que necesito salir cinco minutos. Quédate con ella por favor; aprendió algo de castellano y ya es hora de que ustedes se conozcan.

Lucas miró a Anežka y luego a mí.

—Te enojaste.

Meneé la cabeza en un gesto confuso, no podía contestarle ni que sí, ni que no.

—Regreso enseguida. ¿Se te antoja algo en particular?

Lucas me contestó que no con la cabeza.

En checo le expliqué a Anežka que saldría un momento a por comida, también la puse al corriente de que mi amigo pasaría la noche en la casa.

Sin preocuparse, tomó mi lugar a la mesa frente a él.

Manoteé mi bolso y las llaves de mi camioneta y salí.

Me tomé todo el tiempo del mundo en sacar la camioneta de la propiedad y luego enfilar en dirección al supermercado. No me urgía regresar. Anežka no corría ningún riesgo por pasar el rato con Lucas, entre ellos no se daban roses y la casa era completamente segura.

Frente al primer semáforo que me detuve, rebusqué mi celular dentro del bolso y lo coloqué en el espacio detrás de la palanca de cambios para atenderlo rápido en caso de que sonase. Esperaba el llamado de Gaspar avisándome que había logrado ponerse en contacto con Vicente, o tal vez el de Vicente mismo.

El aparato no dio la menor señal de vida en todo el camino. También guardó un angustioso silencio mientras daba vueltas entre las góndolas empujando un carrito vacío que no tenía ni la menor idea de con qué llenar.

Detenida frente a la heladera de productos congelados... mi cuerpo se reflejaba en el cristal empañado detrás del cual formaban potes de helado de todos sabores, miré la hora, ya había pasado más de cuarenta minutos desde que saliera de casa. Me dije a mí misma que era hora de comenzar a cargar comida para llevar a casa, probablemente Lucas comenzaría a preocuparse por mí, y Anežka tal vez a incomodarse por estar a solas con mi amigo.

—Listo, ya tuviste tus cinco minutos de tranquilidad lejos de casa y de los problemas, ahora es hora de regresar a la realidad, de salir de salir de tus sueños y anhelos.

Probablemente con más energía de la necesaria tiré del carro de un lado con la

intención de dar la media vuelta y regresar al sector en el que se exponían las frutas y verduras, poco faltó para que atropellase a un hombre que andaba en sentido contrario.

Todo sucedió tan rápido que me costó reaccionar. El hombre iba vestido de negro de pies a cabeza. Traje, camisa, corbata y zapatos. Todo negro. Incluso sus ojos lo eran, tanto en color como en energía. No percibí ni señas de otro olor que el mío, sin embargo me estremecí de pies a cabeza.

El hombre se quedó mirándome fijo. No empujaba ningún carrito y tampoco llevaba cargando del brazo uno de esos canastitos de plástico azul y metal plateado que estaban apilados a la entrada del supermercado, los cuales eran utilizados por el público cuya lista de compras no debía superar la docena de productos. Lo único en él que podía tomarse como algo remotamente familiar al resto de las personas que daban vueltas por los corredores adyacentes, era la bolsa de pan que se balanceaba en su mano izquierda.

—Disculpe—. Le dije pretendiendo no haberme percatado de que en él había algo extraño.

—No hay problema —me contestó moviéndose a un lado. La sonrisa que se formó en su rostro me puso los pelos de punta.

Si era un humano era muy extraño, si era uno de los nuestros estaba haciendo algo para que yo no lo descubriese. Fuera como fuese, me era prácticamente imposible llegar a él y reconocerlo como una cosa u otra; a su alrededor flotaba una bruma que lo enturbiaba todo (metafóricamente hablando, claro, ya que con mis ojos lograba verlo con suma claridad).

Lo esquivé y simulé seguir mi camino como si nada. Al arribar al final del corredor evité darme la vuelta, si era uno de los nuestros no quería que se diese cuenta de que yo ya lo había notado, me espantaba la posibilidad de que fuese del tipo de aquellos a los que Anežka y yo nos enfrentamos en Praga: demonios que no experimentan el menor reparo en actuar a la luz del día, en un lugar público en el que pueden ser vistos y descubiertos como algo fuera de lo normal, demonios a los que no les preocuparía en lo más mínimo darle un espectáculo a los humanos, uno que jamás olvidaran. Ante aquella perspectiva lo mejor era largarme de allí, sí se encontraba aquí por mí me seguiría, y si me seguía, evitaría (al menos en gran medida) la posibilidad que hubiese que lamentar heridos o víctimas fatales ya que el supermercado estaba lleno. No hizo falta ver para sentir su mirada clavada en mi nuca. ¿Sería un humano fascinado o un demonio celoso?

En cuento doblé por el corredor siguiente saqué el celular y busqué el número

de Gaspar, no llamé, pero me mantuve alerta.

Simulando revisar la fecha de vencimiento de un pack de yogurt de vainilla, esperé verlo salir por el extremo del corredor. Conté hasta veinte y los segundos se me tornaron eternos y un tanto desesperantes. En mi mente estaban fijas dos imágenes, una era la del rostro desfigurado de Petra, la otra: la mano quemada de Vicente.

Finalmente el hombre pasó por delante de mi corredor y se alejó en dirección a las góndolas de los productos de limpieza y perfumería.

Fuese aquel personaje un demonio o no, yo ya tenía los nervios a flor de piel.

A toda velocidad llené mi carro con lo primero que se me ocurrió, de hecho el carro acabó casi desbordando de alimentos casi en su mayoría no perecederos; se me ocurrió que probablemente lo más seguro y saludable para todos nosotros era que evitásemos salir de casa lo más posible hasta que averiguásemos qué sucedía. No por cobardía, sino por auto preservación y para evitar males aún peores.

Al llegar a la línea de cajas, me encontré con filas inmensas para pagar. Fue un alivio no divisar a aquel hombre en ninguna de ellas.

Es probable que solamente fueran ideas mías —me dije mientras me acomodaba detrás de una mujer que iba acompañada de tres niños, todos varones, el menor un bebé de unos pocos meses, el más grande de unos cinco o seis años. Con solo pensar en lo vulnerable de aquellas criaturas me entró un frío en el estómago que me revolvió las tripas y me puso tensa. Ni ellos ni su madre tenían la menor idea sobre los secretos que guarda el mundo prácticamente a la vista de todos y al mismo tiempo escondido en falsas apariencias, belleza, opulencia y unas cuantas sonrisas perfectas. A cuanta crueldad quedarían expuestos aquellos niños en un par de años, cuando comenzaran a ver con sus propios ojos la verdad de la realidad en la que vivimos.

Llevaba quince minutos esperando en la fila cuando decidí llamar a Lucas. No me sorprendió el tono alterado con el que contestó a mí llamado.

—Estoy en la fila para que me cobren, no tardaré mucho más, soy la siguiente.

—Comenzaba a preocuparme, y a creer que estabas enojada y por eso no regresabas a casa.

En un principio ese era el plan, tomarme un momento lejos de casa; Lucas sí que me conocía.

—Me imaginé que te preocuparías, por eso llamé —le contesté esquivando el obstáculo.

—¿Todo tranquilo?

Opté por contestarle que sí, no tenía absolutamente ninguna prueba de aquel hombre de actitud sospechosa fuese otra cosa y no eso.

—Bien, aquí te esperaremos.

—Claro, espero no demorar mucho más.

—Cuídate.

—Sí. Nos vemos en un rato.

Corté y entonces fue mi turno.

...

Con una mano buscaba las llaves de la camioneta, con la otra, empujaba el carro.

Potentes reflectores instalados en lo más alto de postes de acero, iluminaban el tranquilo estacionamiento. Un automóvil que recién ingresaba al recinto, pasó junto a mí y siguió de largo para doblar a la izquierda en el siguiente corredor, por aquí había un par de espacios vacíos en los que estacionar, pero evidentemente el conductor deseaba detenerse más cerca de la entrada del edificio.

Me quedé sola y en silencio hasta que, al llegar al lugar en el que había estacionado, presioné el control de la camioneta y la alarma soltó la señal sonora de que acababa de ser desconectada. Abrí la puerta trasera y comencé a traspasar las bolsas de un lugar a otro. Con eso me ocupaba cuando algo dentro de mí, me avisó que ya no estaba sola.

Mi corazón se disparó al instante. De un empujón aparté el carro, azoté la puerta y... Las luces del estacionamiento se apagaron con una explosión que retumbó en mis oídos. No hice a tiempo a moverme, algo pesado y duro impactó contra mi espalda propinándome terrible empujón. Impacté contra el acero y el cristal que componían la puerta de la camioneta. El golpe arrancó el aire de mis pulmones. Se me escaparon las llaves de la mano y dejé caer, a propósito, mi cartera —me estorbaría a la hora de intentar defenderme—. Las cosas sucedieron mucho más deprisa de lo que yo me tardé en pensar cómo reaccionar.

Todo se había vuelto terriblemente oscuro, fue como si una nube negra hubiese descendido a la tierra, para instalarse aquí en este estacionamiento. A pesar de no ver nada, identifiqué un cuerpo al asomarme por encima de mi hombro. Me di la vuelta con las manos listas para descargar todo el calor que me fuese

posible invocar, de ser mejor, algo de fuego. Sentí una fuerte oleada caliente deslizándose por mis brazos hasta mis manos, por desgracia perdí la concentración al recibir un golpe que me pareció un rodillazo en el estómago. Sentí como mi diafragma quedaba paralizado. Se me cortó la respiración. Boqueé. Vi destellos blancos delante de mis ojos. Pasando por encima a la desesperación que me provocaba no poder respirar (si bien no lo necesitaba no lograba acostumbrarme a ello) lancé un par de patadas mientras que con mis manos intentaba atajar a aquello que ahora me caía encima con unos puños evidentemente decididos a destrozar mis costillas.

Me figuro que un par de mis patadas dieron en el blanco puesto que logré quitarme de encima a aquella criatura que me atacaba. Fuera lo que fuese eso, se apartó de mí, pero el panorama que me permitió ver al moverme, no era para nada esperanzador. Aquella sombra negra no estaba sola. Detecté al menos media docena de figuras rodando mi camioneta en una formación semicircular. Lo primero que pensé es que poderosa o no, hija de quién soy o no, no iba a poder con ellos a menos que...

El estruendo me hizo pegar un salto. Algo muy pesado acababa de caer sobre el techo de mi camioneta, algo que hizo que los cristales, a pesar de ser reforzados, para acompañar el blindaje del resto de la camioneta, estallasen por los aires en cientos de diminutas partículas. Todavía aturdida me di la vuelta, una oscura figura humana se hallaba plantada sobre el techo de la camioneta. La figura extendió un brazo y con éste me apuntó. Fue instantáneo, sin que mediase más que una insignificante fracción de segundo, cientos de cuerpos me cayeron encima con el peso de una avalancha de la que ningún humano podría salir vivo.

Sin pensar, solamente reaccionando, es decir a efecto de puro instinto de supervivencia, hice lo único que entendía, podría salvarme. Por lo visto a veces es mejor no meditar tanto las cosas si no, simplemente hacerlas y ya, eso fue lo que hice. El fuego que emanó de mis manos lanzó a las sombras que me atacaban, hacia atrás. Con su luz, el fuego iluminó sus pálidos rostros de un blanco verdoso, que les daba toda la apariencia de muertos en vida. Iban todos de vestidos de negro, con distintos estilos, más o menos formales pero todos de negro. En su mayoría tenían cabellos de un rubio dorado tan sedoso y brillante que no parecía cabello real. Más de un par de fríos ojos azules me vieron a mí, y a aquel fuego con una mezcla de terror y odio capaz de helar la sangre de mis venas. Sin perder un segundo, sabía que probablemente no tendría otra oportunidad, me puse de pie y medio trastabillando, salí corriendo

(no tenía tiempo para ponerme a buscar las llaves de la camioneta y puedo no necesitar llaves para entrar en una casa, pero sí para encender el motor de un vehículo.

Por desgracia, no llegué a alcanzar la calle pese a que puse mi vida en la velocidad de mis piernas, un golpe sobre la parte baja de mi espalda me derribó. Me estrellé de boca contra el asfalto del estacionamiento. Al instante sentí el gusto de la sangre en mi lengua, el labio inferior comenzó a ardeme, se me había partido al caer. También sentí dolor, mucho dolor. El crujido que sentí por detrás de mi rostro me indicó que ahora mi nariz estaba rota. De ahí la cantidad de sangre que no tardó ni un segundo en formar un charco por debajo de mi rostro.

Supe que si no ponía todo mi esfuerzo en levantarme y correr, no volvería a casa jamás, de hecho, es probable que no saliese de los límites de supermercado con vida. Pensar en mi muerte parecía inconcebible y al mismo tiempo, una posibilidad pasmosamente próxima en mi futuro.

Solté una maldición y me levanté. Admito que recibí un poco de ayuda que no esperaba, un potente puño cogió mi cabello y tiró de mí hacia arriba. El dolor en el cuero cabelludo fue insoportable.

Quien me tenía asida del cabello me dio la vuelta obligándome a enfrentarlo. La poca luz que emitía la luna en cuarto creciente, le iluminó el rostro. Era aquel hombre con el que me crucé en el pasillo dentro del supermercado. No me había percatado entonces, pero ahora vi que tenía los ojos de un azul profundo como el de un zafiro, casi negros.

Sus ojos destilaban un odio que nunca antes vi ni sentí, siquiera de manos de un demonio. Ese odio me dio miedo.

—¿Quién eres... qué quieres? —Inquirí escupiendo sangre al hablar. Parte de la que todavía emanaba de mi nariz rota, bajaba por mi garganta y parte me caía por encima de los labios y se me metía en la boca. La experiencia de ahogarse en tu propia sangre no es nada agradable, suerte que acabaría pronto. Sentía un intenso calor entre los dos ojos, señal de que mi cuerpo comenzaba a ocuparse de resolver el problema. En un par de segundos la sangre pararía de correr.

El hombre me dio un tirón de pelo con lo cual me obligó a echar la cabeza hacia atrás. Quedé mirando el cielo que la nube oscura cubrió hasta hace un momento atrás.

—Para ti, hija del Infierno —gruñó con rabia —soy un ángel de fuego.

—Los demonios no son ángeles —repliqué escupiéndole a la cara un poco de

mi sangre completamente a propósito.

Con asco, el hombre se limpió la cara utilizando la manga de su saco negro. Mientras se ocupaba de eso yo traté de liberar con mis dos manos, la suya de mi cabello y me fue imposible, los dedos que me tenían sujeta eran evidentemente más duros que el acero.

—Nunca debiste nacer. Te enviaré de regreso al lugar al que perteneces—. Empujándome por la nuca colocó mi rostro muy cerca del suyo—. No esperes que el señor se apiade de ti, tu alma no tiene salvación—. De la nada y sin previo aviso, la mano derecha del hombre se me vino encima para cerrarse alrededor de mi cuello—. ¡Perdónanos Señor!

Esa última frase brotó de su garganta en un grito desesperado al que los demás que lo acompañaban, también se plegaron convirtiendo aquello en un aullido ensordecedor y escalofriante.

—¡Perdónanos Señor! —Volvieron a chillar todos.

No me quedó ninguna duda, supe que iba a morir, me lo dijo el calor que comenzó a desprender la piel de aquel hombre.

Recuerdo que en ese momento pensé que podía matarme pero que no saldría de esta sin un recuerdo de mi parte.

Por desgracia, no llegué a nada. Oí un siseo suave que cortó el aire y luego un filo helado clavándose en mi hombro izquierdo. Intenté gritar del dolor pero el grito no logró salir de mi garganta ya que el hombre de negro apretaba mi cuello sin piedad.

Detrás de ese primer siseo se sucedió uno, otro, y otro más. La confusión fue total, lo que sí sé es que la ola de calor intenso que percibí a continuación no tocó mi piel sino que apenas la rozó y que en mis pulmones, volvió a entrar el aire.

Caí de rodillas sobre el suelo tosiendo.

Libre de cualquier sujeción y oyendo aquel extraño sonido al cual ahora se habían sumado gritos de dolor y el murmullo típico de la lucha —una lucha de la que yo evidentemente había quedado ajena ya que me encontraba sola sobre el suelo— tanteé mi hombro. Tenía la sensación de tener una escarcha de hielo clavada en la carne. El frío helado que desprendía por aquella cosa invadía mi cuerpo, tanto es así, que se me había puesta la piel de gallina y ya comenzaba a tiritar.

Tanteé mi carne hasta dar con la fuente de esa extraña sensación. Cuando la hallé no lo pude creer, era un especie de daga, un cuchillo; toda su hoja se encontraba enterrada en mi carne.

Hice el ademán de arrancarla de mí, pero una mano apartó la mía de un golpe.
—¡No te toques! ¡Suelta!

Giré la cabeza y vi a un hombre de cabello negro entrecano, de unos amables ojos castaños. El hombre me miró y llamó a alguien chillando un nombre que no entendí. La cabeza me daba vueltas, mi visión se había puesto borrosa y lo único que percibían mis oídos era un insistente silbido que solamente se escuchaba dentro de mi cabeza.

Mis parpados cayeron dejando al mundo negro, separado de mí por una pesada cortina. Supongo que aquello fue lo más cercano a desmayarme que como demonio, podría sufrir. Era similar a estar encerrada dentro de un cuarto oscuro, apenas oyendo y sintiendo la vida pasar al otro lado de unos gruesos e impenetrables muros.

Lo que sucedió a continuación fue todavía más difícil de precisar y continuó así por un largo, largo tiempo.

Tuve sueños, o será que solo por mi mente pasaron aquellos recuerdos que ésta no olvidaría jamás. Reviví el día que conocí a Vicente, mi décimo cumpleaños, el momento en que Eleazar me confesó quien era, mi “sí, quiero” frente al altar de la iglesia, la noche en que encontré a Anežka, aquel profundo silencio dentro del río la vez en que por escapar de la bestia me lancé al agua. Me incorporé deseando salir del agua lo antes posible. Abrí los ojos y aspiré por la boca una larga bocanada de aire, todavía sentía que me ahogaba. En aquel momento me había faltado el oxígeno y también ahora, por ello me ardían los pulmones y pitaban mis oídos. Los recuerdos y la realidad se mezclaban en una dimensión alterna sumamente confusa.

Jadeé y boqueé.

Me costó recuperar el gobierno de mi cuerpo. Cuando más o menos lo logré, abrí los ojos y eché un vistazo a mí alrededor. Todavía jadeando reparé en que me encontraba en una cama, sobre una vieja y raída manta. Lo siguiente de lo que me percaté fue del olor a encierro, humedad y... ¿incienso?, ¿mirra?

Paredes de piedra me rodeaban. Era un cuarto, de no más de tres por tres metros, austero y frío, tanto como el frío mobiliario acomodado holgadamente en el espacio; una silla, un escritorio, un ropero y la cama.

Giré la cabeza para identificar la fuente de luz que iluminaba con deprimentes intenciones, solamente lo más cercano. Era un velador amurado a la piedra.

Del cielo raso pendía una lámpara del mismo tipo, pero la luz estaba apagada. Mover tanto la cabeza me mareó. Apreté los parpados un momento y luego volví a separarlos.

A mi izquierda, en la pared opuesta a la cama, una puerta de madera muy angosta se repartía el espacio con el escritorio.

Bajé las piernas de la cama y entonces sentí sobre mi nuca, una corriente de aire fresco. Me levanté despacio y me di la vuelta. Un ventanuco de una sola hoja, de no más de veinte centímetros tanto de alto como de ancho, estaba abierto para permitir que entrase algo de aire. A través de éste vi que todavía era de noche. También vi que una reja cerraba el paso a cualquier otra cosa que no fuese un poco de aire y luz. No se podía sacar ni una mano por allí.

¿Tienen miedo de que alguien salga o de que alguien entre?

Tambaleándome llegué a la puerta. Debo decir que como mínimo, me sorprendí al no poder abrirla. Lo intenté otra vez, era imposible que aquella puerta se me resistiese. Apreté la manija y tiré con todas mis fuerzas. El metal y la madera de la puerta crujieron, así y todo, la puerta no se movió ni un ápice.

—¿Qué es esto? —La pregunta se me escapó en voz alta.

Decidida a no creerme esto, lo intenté una tercera vez. Tironeé y forcejé tanto que las palmas de las manos de las manos y los dedos me quedaron ardidados, y los brazos y la nuca tensa de tanto tironear.

—Mierda... —recordando lo sucedido, acerqué las yemas de mis dedos a la piel de mi cuello, se sentía sana pero me ardía—. Con los puños cerrados di de lleno contra la madera buscando destrozarla; fue en vano, ni se inmutó. Lo intenté a las patadas, tampoco dio resultado.

La silla se destrozó entre mis manos quedando reducida a astillas cuando con ésta, intenté quitar de en medio el obstáculo que me impedía salir de aquí, regresar a mi casa y así asegurarme de que Lucas y Anežka se encontraban sanos y salvos, además necesitaba poner a los demás sobre aviso. Un grupito enloquecido andaba dando vueltas por la ciudad, y lo que por desgracia intuía, ese grupito quizá tuviese algo que ver con los extraños ataques que veníamos sufriendo. ¿Por qué mi padre no los había detenido ya?

Sin duda esto era lo más cercano a vivir una pesadilla, o a volver a ser humana.

Maldije a la puerta y de un salto trepé a la cama. Tironeé de los barrotes hasta que los nudillos se me pusieron blancos. Nada. Volví a tironear enloquecida comprendiendo que si los que me tenían aquí atrapada eran capaces de esto, posiblemente también fuesen capaces de acabar conmigo sin ningún esfuerzo.

Si bien al principio cuando no logré abrir la puerta creí haber perdido las fuerzas eso ya no me parecía una posibilidad, la silla había quedado destruida

por la fuerza del impacto con la que la azoté.

Para sacarme la duda, hice una prueba. Me bajé de la cama y paté el travesaño lateral de ésta. El grueso listón que probablemente fuese de roble o alguna otra madera dura se partió a la mitad cual si fuese madera de muy mala calidad.

La cama se tumbó a mis pies.

Horrorizada me aparté.

Al tomar distancia vi algo más colgando de la pared, a unos veinte centímetros por encima y a la derecha del velador.

—Un crucifijo —entoné en voz alta sin ser capaz de quitarle la vista de encima.

Me estremecí.

El recuerdo vino a mí, y solo entonces sentí dolor. Por debajo de mis ropas, encima del hombro, llevaba un vendaje. La parte de atrás de mi camisa tenía un tajo en el que penetraron mis dedos. El frío se apoderó de mí otra vez.

Escuché el salto que dio el pestillo cuando alguien al otro lado de la puerta, abría la cerradura que se resistiera a mí con tanto ímpetu.

Aquello habría quedado genial en una película de terror barato —es que fue mi primer impulso y no tenía ninguna otra cosa que usar como arma; la única pata de la silla que había quedado más o menos entera como para usar de puñal, se encontraba demasiado cerca de la puerta—, descolgué el crucifijo de la pared y lo empuñé.

La puerta se abrió. Por el resquicio asomó el último rostro que vi antes de perder la conciencia.

—Por lo visto recobraste la conciencia —apartó la puerta. A su lado apareció un muchacho delgado, al menos una cabeza más bajo que él, rubio y con el cabello ensortijado, de piel muy blanca, ojos celestes y alza cuello. El chico de no más de veinte años era la viva imagen del pánico. Juro que lo vi temblar, y también vi que lo que engendraba el terror en él era yo; el chico me miraba sin parpadear igual que si contemplase al mismísimo diablo.

El hombre requisó el espacio y luego acotó: —evidentemente también recuperaste la fuerza—. Me miró a los ojos—. No tenías que destrozarlo todo.

—Ustedes no tenían por qué encerrarme aquí.

—Creímos que sería conveniente... en caso de que despertases alterada. No erramos.

Me enojé.

—Si no me hubiesen encerrado no me habría alterado. A propósito, cómo lo hicieron; con qué trabaron la puerta—. No pronuncié palabra acerca de que

había intentado arrancar la reja sin éxito, eso hubiese significado poner en evidencia una debilidad que esperaba no supieran. Que el muchacho con alzacuello continuase temiéndome, y que de ser posible, al otro también le preocupase la posibilidad de tener que enfrentarse a mí me vendría de lo mejor.

—Ya te lo explicaremos todo. Por el momento lo mejor sería que bajes eso — dijo apuntando con un dedo el crucifijo que yo empuñaba con fuerza.

El muchacho se persignó.

—¿Dónde estoy y quiénes son ustedes? —De ningún modo pensaba entregarle el control de la situación, no es porque no lo tuviese, pero quién, frente a un demonio tenía el cien por ciento de la situación bajo control, menos que menos, siendo humanos, y ellos, estoy segura, lo eran. En este momento sus almas me provocaban una preocupante ansiedad derivada, hasta lo que puedo suponer, de una pérdida significativa de energías, probablemente acrecentada por el frío dolor en mi hombro izquierdo.

—Mi nombre es César —movió el brazo derecho y cruzándolo por delante de su pecho al tiempo que retrocedía a un paso, tomó al muchacho rubio por el hombro y lo empujó hacia adelante—, él es Pavel. Este lugar —alzó los ojos como si pretendiese indicar algo que se encontraba sobre él —es lo que queda de una antigua casa de formación y parroquia San Agustín. Este lugar lleva más de treinta años sin funcionar como seminario, sin embargo las instalaciones no se han desaprovechado. Desde entonces es el hogar de nuestra organización en el país.

—¿De qué organización me habla? Y por cierto, aún no me queda claro por qué me trajeron y encerraron aquí.

—No creo errar si arriesgo que aquí estás más segura que en cualquier otra parte.

—Lo dudo.

—Tú no pudiste salir, por lo tanto se deduce que los otros tampoco podrán entrar. Gabriel tenía razón, en un principio creí que exageraba con las medidas que tomó, ahora sé que estaba en lo cierto.

—No sé ni me importa saber quién es Gabriel, de hecho creo que tampoco me interesa oír una sola palabra más, tan solamente quiero salir de aquí—. Al decirlo di un primer paso al frente. El hombre que se presentó a sí mismo como César se movió hacia adelante cortándome el paso.

—No es una buena idea.

—Su opinión me tiene sin cuidado. Muévase. Apártense de mi camino los dos

— Los amenace con el crucifijo—. Saldré de aquí como sea.

El muchacho volvió a persignarse.

Aproveché la ocasión.

—Más les vale no meterse conmigo, no tienen ni la menor idea de a qué se enfrentan.

César se sonrió.

—Eliza, sabemos que eres un demonio, también sabemos que no eres uno común y corriente. Es más, sabemos unas cuantas otras cosas que te interesaría saber, porque de hecho, te involucran a ti, y a los que quieres.

—¿Cómo...?

—¿Sé tu nombre? ¿Sé lo que eres? Bueno, la verdad es que tenemos muchas cosas que contarte.

—Tendrá que ser en otro momento, tengo que regresar...

—Nada les sucederá a los que amas, no al menos esta noche, ellos han quedado fuera de combate al menos por unas horas.

—¿Ellos?

—Son demasiadas las cosas que debemos explicarte y, sinceramente, no me agrada tener que hacerlo aquí dentro y contigo apuntándome con un crucifijo. Nadie aquí te hará daño, nosotros fuimos los que te salvamos, ¿no lo recuerdas?- Bien, hubo un accidente pero confiamos en que te recuperes pronto.

—Mi hombro...

El chico rubio alzó la mano tal si pidiese permiso para hablar.

—¿Fuiste tú quién me apuñaló? —Solté más bien enojada. El chico exageró en la interpretación de mi tonó y tropezando con sus propios pies retrocedió y cayó sobre la puerta abierta.

—Por lo sucedido, te pido disculpas en su nombre, Pavel usualmente tiene muy buena puntería pero eres la primera de ustedes a la que se enfrenta y eso ha hecho que fallase, su objetivo era quién pretendía matarte, no tu hombro.

—Pues casi me mata a mí.

—No, nuestras armas no tiene el poder de matar demonios. Si causan daños más duraderos que un arma común y corriente, es por eso que aún no sanas, pero jamás te matarían. Fueron diseñadas para acabar con ellos, y en eso sí, son efectivas.

Al terminar de procesar las aquellas palabras comprendí que los que me atacaron, no eran demonios, sino algo más, de ahí que no pudiese terminar de identificar a aquel hombre cuando nos cruzamos en el corredor del

supermercado.

—No preguntes más nada, regresa eso a su sitio y sígueme.

Pavel se levantó del suelo.

—Cómo está tan seguro de...

—¿De que no me atacarás, de que no huiras?

Por lo visto el tal César además de tener como *hobby* interrumpirme, se sentía demasiado seguro de sí mismo y de lo que lo rodeaba, no así el muchacho, a quien se le notaba en la cara unas enormes ganas de salir corriendo por el corredor que se extendía al otro lado de la puerta que ellos obstruían, para poner entre su cuerpo y el mío, la mayor distancia posible.

—Mi respuesta a tu pregunta es simple, a diferencia de Pavel, tú no eres el primer demonio que veo, y tampoco el primero al que hablo, siquiera al que me enfrento.

—Como usted dijo, no soy cualquier demonio.

—¿Pretendes asustarme?

Sí, esa era la idea, sin embargo a juzgar por la sonrisa en su rostro no daría resultado.

—Sé quién es tu padre, Eliza. Sé mucho más que tú sobre todo esto. Llevo más de treinta años siendo parte de este mundo, he visto y sé más cosas de las que tú sabes.

Perdimos el contacto visual porque él se dio la vuelta y con una seña le indicó algo a Pavel, algo que me involucraba.

Temblando cual hoja, el chico caminó hasta mí. Le tomó una eternidad abarcar el metro y medio que nos separaba. Al llegar unos pasos de mis pies, levantó una mano con la palma hacia arriba y apuntó el crucifijo con su mentón.

—Por favor —pidió con un acento que me hizo pensar que quizá fuese ruso o otro país de Europa del este.

No solté el crucifijo.

—P-p-por favor —tartamudeó.

Podría haberle hecho una mueca rara gritando “buuuu” y el chico habría huido despavorido. Por supuesto no lo hice. Manteniendo una pose que de verdad no sentía, al menos no profundamente, esto es: fingiéndome capaz de saltarle al cuello o de abalanzarme sobre él para arrancarle el corazón, deposité el crucifijo sobre su temblorosa mano. El chico se apartó de mí a toda velocidad sin atreverse a darme la espalda. Hubiesen visto un demonio o cientos, lo mejor era que no me perdiesen el miedo, al menos no por completo.

—Sígueme, te llevaré a la cocina, deberías comer; así te sentirás mejor.

Pavel se apretó contra los restos de la cama para dejarme paso. Sujetaba con ambas manos el crucifijo de madera contra su pecho.

Cuando pasé frente a él, siguiendo a César, quién ya había salido del cuarto, el muchacho clavo la vista en sus pies. Puede ser útil que alguien te tema tanto así, pero también es la situación más horrible que ya vivido yo jamás. Al chico no era capaz de contener los temblores y además, contenía la respiración.

Me figuro que se desmoronó en cuanto se quedó solo.

11.

Los caídos.

Alcancé a César cuando iba remontando los escalones de piedra en los que desembocaba el corredor y lo seguí por la plana superior haciéndome eco de su silencio. Al echar un vistazo a mí alrededor me percaté de que el cuarto en el que había estado se encontraba en gran parte bajo el nivel de la tierra, salvo aquella ventanita cuya forma y ubicación, apuntaba al cielo impidiendo la vista de nada más. Por las ventanas delante de las cuales pasamos rumbo a la cocina, me percaté de que nos encontrábamos en un lugar elevado, alrededor del cual, después de un amplio patio adoquinado, se alzaba un bosque denso.

—Es por aquí —indicó César apuntando la primer puerta a nuestra izquierda. La abrió para mí y me cedió el paso. Pese a que era de noche, la cocina se encontraba invadida por una luz plateada que hacía brillar los ceramios blancos de las paredes.

La cocina era enorme, un tanto antigua sin embargo bien preparada para atender a las necesidades de un centenar de comensales. Anafes, varios hornos, amplias mesadas. Pilas de cacerolas, sartenes, platos y vasos; tres heladeras tanto más modernas y un freezer blanco del tamaño de un auto pequeño.

Olía a ajo y a levadura.

Todo a lo largo de la amplia cocina, discurría una mesa de unos seis o siete metros de largo. No llegué a contarlas pero arriesgo que la rodeaban unas treinta sillas.

Al final de la cocina, en la pared, había un pasa platos, y junto a este, una puerta de doble hoja, más allá un enorme refectorio vacío, equipado con el mismo tipo de mesas y sillas que la que había aquí. Junto a la puerta un carro en el que se apilaban bandejas vacías.

César entró y cerró la puerta.

Mi anfitrión encendió las luces.

—Toma asiento donde gustes —pasó junto a mí y siguió de largo, yo me había quedado parada en el espacio entre la mesa y unas cajas de madera apiladas contra la pared—. Debe haber sobrado algo de la cena —murmuró más para sí que para mí, mientras caminaba rumbo a la heladera—. Puedo calentártela en el microondas—. Abrió la heladera y espió dentro—. Sí, no es nada del otro mundo. Servirá para sacarnos del apuro—. Metió un brazo dentro del refrigerador y sacó una fuente de metal, cubierta con papel film—. Es pasta, una fuente de energía instantánea; te vendrá muy bien.

Cerró la heladera y caminó hasta la mesada en la que se encontraba uno de los tres microondas. Dejó la fuente sobre esta y fue a buscar un plato.

—Toma asiento—insistió mientras tomaba un tenedor, un chuchillo y una cuchara de un cajón en el que estaban acomodados decenas de cubiertos—. No voy a pensar que eres débil simplemente por aceptar la comida que te ofrezco—. Sus labios insinuaron una sonrisa, se dio la vuelta y comenzó a servir pasta en el plato hondo que tomara del final de una inestable torre—. Es todo lo contrario, si te alimento es porque sé que eso te tranquilizará. Sé que también te hará más fuerte; confío que eres inteligente y centrada, y que no te lanzaras a partirme el cuello cuando tu hombro sane. Además, creo que eres una persona de honor, y como esta noche te salvamos la vida, no acabarás con la mía, no al menos hasta que te cuente todo lo que sé —ahora sonrió con ganas—. Bromeaba, no creo que vayas a matarme, sé que no eres de ese tipo de demonios.

—¿Cómo está tan seguro?

—Porque sé mucho sobre ti, ya te lo dije.

—¿Cómo es que sabe tanto sobre mí?

—Porque nuestra organización lleva un tiempo siguiendo tus pasos.

—Es decir que han estado espiándome.

—Es una forma de decirlo, sí; si bien, no es lo único que hemos estado haciendo —apuntó con un dedo en alto—. En cierto modo, también velábamos por ti, por tu seguridad.

La confesión me dejó muda.

—¿Cuánto tiempo llevan sabiendo de mí?

—Básicamente... —metió el plato lleno a rebosar en el microondas y lo encendió.

—¿Básicamente...?

—Desde que naciste.

—¿Cómo? —Solté entrecortada, es que me atraganté con saliva.

—Bueno, en realidad desde un poco después, es que por aquel entonces la organización no tenía la certeza de la paternidad de tu verdadero progenitor.

—Tiene que ser broma.

—No, no lo es. Nosotros procuramos no perder de vista a tu padre. Es un tanto difícil seguirle el rastro, simplemente nos focalizamos en estar al tanto de lo que hace.

—¿Quién son ustedes? ¿Va a contármelo de una buena vez, sí o no?

—¿Te está subiendo la temperatura?

—¿Qué?! —Sí, claro que me estaba subiendo la temperatura. Saber que un grupo de humanos había estado espiando cada día de mi vida me enfurecía, y lo peor del caso es que esta gente sabía desde mucho antes que yo, quién era mi verdadero padre.

—Inspira hondo y procura relajarte. Si te concentras en tu respiración tendrás objetivo en que focalizar tu atención en vez de en esa ira que comienzas a sentir hacia mí—. Pasó junto al borde de la mesa y apartó la silla del extremo, la cual quedaba de frente al microondas dentro del cual giraba mi plato de pasta con salsa de tomate—. No soy un experto en demonios, mi área es otra, pero llevo tanto tiempo en esto que he aprendido mucho, siéntate y haz lo que acabo de indicarte, ya verás como la temperatura baja sola.

Se me escapó un gruñido.

—No continuaremos con nuestra charla hasta que te calmes, no es buena idea. Estoy al tanto de lo que eres capaz de hacer y no pienso arriesgarme más de lo necesario.

Los ojos castaños del hombre se fijaron en mí.

—Toma asiento, por favor.

Medio a regañadientes, accedí a hacer lo que él me pedía.

—Es una suerte que todavía respire. Muchos siquiera recuerdan cómo hacerlo, y ayudarlos a calmarse, se vuelve una tarea terriblemente complicada. Iba a preguntar en la compañía de cuantos demonios alterados había estado antes cuando la campanilla del microondas se hizo oír.

—La cena está lista —entonó César al tiempo que me daba la espalda para dirigirse dirección al microondas.

Entonces, al tiempo que se abría la puerta del microondas, se abrió la puerta detrás de mí y algo en el ambiente cambió rotundamente.

Al instante sentí que se me cerraban el pecho y la garganta, y como si un par

de alas negras se cerrasen sobre mí. Se me nubló la vista, me dio frío y sentí que volvía a desmayarme.

Alarmada porque esto mismo me había sucedido un par de horas atrás. Me levanté de la silla. Tenía las rodillas flojas. Los músculos mal respondían al comando de mi cerebro.

—César —entonó una voz de seda que se metió dentro de mi cerebro confundiendo mis pensamientos—. Te quedaste con hambre —bromeó la voz. Si te levantas a plena madrugada a comer no habrá entrenamiento que te ayude a mantener la línea. Otra vez te saldrá panza y...

La divertida voz se cortó en cuanto me di la vuelta.

Mis ojos se cruzaron con un par de ojos marrones que de repente, al verme, se abrieron de par en par alzando hasta mitad de su frente un par de espesas cejas castaño oscuro.

El hombre frente a mí, dejó caer el vaso que cargaba en un par de manos fuertes y grandes. Tenía el cabello igual de oscuro, enrulado y largo recogido en un nudo detrás de la nuca; una piel algo olivácea que de seguro, debía tomar un hermoso color cobrizo al sol y unos rasgos agradables y dulcemente perfectos. Así a las apuradas, llena de miedo y con el corazón latiendo a mil kilómetros por hora le calculé debía tener unos veinticinco años como mucho. Sobre su musculoso pecho y amplios hombros, lucía una remera negra de mangas cortas. Su atuendo lo completaban un par de jeans azules muy gastados y agujereados. Iba descalzo y por eso ahora sus pies estaban rodeados de peligrosos trozos de cristal.

El aire que se había quedado congelado en esa primera fracción de segundo de nuestro encuentro, quedó cortado por el sonido de algo que podía definirse como un gran trozo de cuero curtido al ser azotado igual que un látigo.

Pero no fue ni un látigo, ni un trozo de cuero lo que sonó.

Mientras de los labios de César brotaba el nombre “Gabriel”, un par de alas de una envergadura que me fue imposible de precisar, brotaron por detrás de la espalda del recién llegado. De un blanco nacarado, relucientes, de apariencia delicada y al mismo tiempo, poderosa; se extendieron sobre su cabeza y a los costados del cuerpo. La cocina se llenó de una luminiscencia opalescente. Parpadeé ante el impacto de semejante visión.

Los ojos del tal Gabriel se llenaron de un brillo amarillo verdoso que me atravesó e hizo recular. Me llevé por delante las sillas y caí sobre éstas. Presa de pánico que no había experimentado nunca antes, me arrastré por el piso hasta que la pared se interpuso en mi camino. No sentí vergüenza de agazaparme en aquel rincón, el pavor que me producían aquellas alas lo gobernaba todo, incluso mi instinto de supervivencia. Ya se me había

presentado más de una ocasión en la que hubiese podido atacarlo y sin embargo, el reflejo no surgió.

El recién llegado se me vino encima, sus alas ya me cubrían cuando un grito atronó el aire.

—¡No, Gabriel, no! ¡Es ella, es ella! ¡No lo hagas, detente!

Las alas se apartaron de mí, justo cuando comenzaba a sentir que las fuerzas me abandonaban. Era una sensación igual a ser rasgada en dos.

El par de alas blancas de un material indescriptiblemente etéreo, que podía ser entre un sólido y un gas al mismo tiempo, se replegó sobre la espalda del hombre joven, cuyo rostro aún continuaba siendo una máscara de ira imposible de contener.

Esta noche no sería fácil de digerir. Apenas si terminaba de asimilar que la puerta del cuarto en la que me encerraron, se negó a abrirse para mí.

—¿Qué hace ella aquí?! ¡Quedamos en que permanecería en su cuarto hasta mañana! César, te dije que esta noche tenía que ocuparme del padre Lucio.

—Está bien, Gabriel, no pasa nada.

—¡Sí que pasa! ¡Hay un demonio en nuestra cocina!

—Calma, Gabriel. Iba a destrozar su cuarto. Despertó y se encontró encerrada.

—Sí, porque convenimos juntos, que allí se quedaría hasta que decidiésemos...

—Necesita comer —soltó César interrumpiéndolo.

—Y yo necesitaba un poco de paz para ocuparme del padre Lucio —despotricó escudriñándome con aquellos impactantes ojos que aún conservaban ese color fosforescente y brillante que le daba el aspecto de hombre radioactivo, quizá de extraterrestre.

—Tranquilo Gabriel, de verdad que no pasa nada. ¿Quién está con él ahora?

El aludido irguió los hombros, los extremos de sus alas vibraron, aquel gesto me recordó al de un perro que se sacude para quitarse el agua de encima, solo que me dio la sensación de que su intención era quitarse de encima algo más que un poco de agua, cerró los ojos y cuando volvió a abrirlos, lucían un color más normal que aquel extraño reflejo verdoso dorado.

—Natalia —contestó con una voz un par de octavas más alta que aquella con la que hablara antes.

Reparé en que el rostro de Cesar se ensombrecía.

—¿Le ha llegado la hora?

No me lo explicaron y probablemente aquello no me incumbía en lo más mínimo, así y todo, me di cuenta de que hablaban de la agonía de una persona

cercana a ellos.

El tal Gabriel negó con la cabeza. Retrocedió sobre sus pasos y pasó por encima del vaso roto.

—Pidió más leche tibia, eso venía a buscar—. Se agachó delante de las astillas de cristal y pasó la mano derecha todo por encima de éstas, a unos cinco centímetros de distancia. Las astillas siguieron el movimiento su mano igual que si fuesen astillas de metal y su mano un imán. Juntó ambas manos sobre el montón y en un parpadeo, el vaso volvía a estar en pie, entero igual que si nada le hubiese sucedido.

Alguien va a tener que darme un buen pellizco para demostrarme que no es un sueño —pensé.

La palabra me vino sola a la cabeza y acto seguido, se escapó por mis labios sin que pudiese hacer nada para retenerla dentro de mi boca.

—Ángel.

Gabriel se volvió hacia mí lentamente. Sus rasgados ojos castaños se transformaron en una línea, en la mira laser de un potente arma de última generación. Esbozó una sonrisa y en su mueca detecté un toque de malicia.

—Arcángel —me corrigió sin mala intención utilizando su mansa voz de un primer momento—. No lo había notado antes, eres muy parecida a tu padre.

Gabriel estiró las rodillas levantando consigo el vaso. Al pasar junto a la mesa, lo depositó sobre ésta y luego caminó hasta mí (en ningún momento perdí de vista sus alas, es que eran hipnóticas... increíbles, maravillosas y yo todavía no podía terminar de creer que fuesen reales, que él fuese real). El arcángel se detuvo frente a mis pies y me tendió una mano.

—Sólo para que quede claro, toma nota que puedo acabar contigo antes de que siquiera te des cuenta de lo que me he movido—. Volvió a ofrecerme su mano sin embargo yo no le correspondí, no porque no quisiese estrechar su mano, nada se me antojaba más que tocarlo para comprobar si era real, el caso es que simplemente me fue imposible moverme—. César tiene razón, debes comer, la herida de tu hombro vuelve a sangrar.

No tengo ni la menor idea de cómo es que lo supo, yo sentí la sangre correr por mi espalda un segundo después de que él mencionase el hecho.

Movió los dedos de su mano llamándome.

Con miedo, moví mi brazo derecho y muy lentamente, posé mi mano sobre la suya.

La experiencia de tocarlo fue como tener la oportunidad de tocar la paz y la serenidad materializadas, como palpar el cielo, similar a perderte en algo en

extremo bueno, suave y delicado.

Me aferré de sus dedos y entre su piel y la mía sentí un chisporroteo de energía que un momento más tarde se extendía por todo mi brazo y me rodeaba por la línea de los hombros, hasta llegar a la herida. Allí se detuvo la energía, que pronto se transformó en una calidez reparadora. La sangre paro de manar. Con su ayuda me puse en pie y, una vez arriba, me fue imposible soltarlo, simplemente no quería hacerlo. Me negaba a separarme de él. El miedo se había ido y mis instintos continuaban escondidos en algún profundo rincón de mi ser, lo que ponderaba en este momento dentro de mi cerebro, era su imagen, el tacto de su piel, el movimiento de sus pupilas recorriendo mi imagen. Sin querer me encontré a mí misma acariciando la piel del dorso de su mano con las yemas de mis dedos

Para mi vergüenza, fue él, quien quitó mi mano de alrededor de la suya.

—Soy Gabriel.

—Eliza —balbuceé. La lengua me patinaba

—Sí —dijo y retrocedió—. Si puedes tú solo con esto...

—Sí, sí puedo —se apuró a afirmar César.

—¿Y Pavel, dónde se metió?

—Se asustó un poco, ya regresará, la ansiedad pudo con él.

—Bien, regresaré en cuanto pueda. ¿Seguro que no quieres que envíe a alguien más?

Negó con la cabeza al tiempo que parpadeaba lentamente, enseñándole una sonrisa mansa.

—Claro, tú sabes lo que haces.

—Fuiste tú quien me enseñó lo que sé.

—Fuiste tú un alumno aplicado —canturreó Gabriel metiendo dentro de la pileta el vaso que trajera en las manos, tomó uno limpio, fue hasta la heladera y lo llenó de leche. En el más completo silencio mientras yo lo seguía con la vista otra vez, entibió la leche en el microondas y luego nos dejó. Antes de salir me lanzó una mirada que, no comprendo a razón de que, me llegó directo al corazón. En ese instante, sus alas simplemente desaparecieron.

Un ángel —me dije a mi misma dentro de mi cabeza—. Gabriel, el arcángel Gabriel. Julián iba a caerse de espaldas cuando le contase que era cierto, que existían los ángeles.

Caí sobre la silla sin poder controlar el peso de mi propio cuerpo.

César plantó delante de mí un humeante plato de pasta y lo acompañó con una servilleta y cubiertos.

Me ofreció queso y sin esperar una respuesta, fue por éste a la heladera. También sacó una jarra de agua, con la cual luego llenó un vaso.

—Come —entonó al sentarse frente a mí.

Acabé vaciando el plato con una desesperación que me roía el alma. Me sentí mejor al terminar, y de ser por mí, le hubiese pasado la lengua al plato, la comida me supo exquisita y reconfortante. Contuve esas ganas para no empeorar el espectáculo dado al devorar la pasta en menos de cinco minutos; por alguna razón, no deseaba que el hombre que tenía frente a mí, me creyese una bestia salvaje en todos los aspectos; al menos tenía que demostrar una pizca de civilización en mis modales a la mesa.

—¿Puedo servirte más? —Ofreció levantando la cabeza de encima de la mano en la que la tenía apoyada. Desde allí me observó con fascinación mientras yo comía.

—No, gracias. Estaba muy sabroso pero creo que ya estoy bien, es suficiente. Muchas gracias.

—De nada, pero... ¿Segura? No sientas vergüenza, tampoco es que sea la primera vez que veo a uno de ustedes comer.

—¿Acaso compartió muchas veces, su mesa con demonios?

—No, no realmente... es que te sorprendería la cantidad de veces que me he topado con demonios en restaurantes.

—¿Bromea?

—No, es cierto.

—¿Tengo que entender que usted es capaz de identificarnos entre la multitud?

—No precisamente. Existen personas que lo logran, no soy no de esos, simplemente me han enseñado a reconocer ciertas detalles que ayudan a detectar a algunos demonios escondidos debajo de una máscara de normalidad. Como sea, muchas veces la verdadera identidad de la mayoría de los tuyos, se me escapa. La demonología no es lo mío, yo soy angelólogo. Digamos que he dedicado mi vida a estudiar al otro bando. Lo que sé de ustedes son cosas que en su mayoría aprendí porque se relacionan con mi campo de investigación.

—¿Angelólogo? En mi vida escuché hablar de nada semejante.

—Hasta hace un par de años nunca habías oído hablar de los demonios.

—Eso es lo que son todos aquí, a eso se dedican —por encima de mi hombro espíe en dirección a la puerta, hasta ahora no había sido capaz de quitármelo de la mente—, él...

—Mejor empecemos por el principio —Cesar me sonrió—. La perplejidad

tomó cuenta de tu rostro. Este mundo es más complejo de lo que suponías ¿no? Asentí.

—Bien, con tus propios ojos comprobaste que el otro bando existe. La angelología soporta sutiles variaciones de una religión a otra. Básicamente el modo de expresar aquello que existe de una sola forma, es el modo en que cada pueblo ha intentado explicar lo que para la mayoría de los humanos no pasa de una historia similar a un cuento de hadas, de simple mitología o de historias basadas en una fe que se profesa a ciegas. Solamente unos pocos tenemos acceso a la verdad y por desgracia, tenemos prohibido contar esa verdad—. Inspiró hondo y prosiguió—. Existen los demonios, existen los ángeles...

—También los arcángeles.

—Así es, Gabriel es uno de ellos, uno de los pocos que han existido desde el mismísimo comienzo. Gabriel, Rafael y...

—Miguel... quién enfrento a mi padre cuando él se reveló. ¿Es eso cierto?

—Sí, en resumidas cuentas así es la historia.

—No puedo creer que sea cierto. Es... es...

—Todo en esta vida tiene una contrapartida, así se logra mantener el balance, el mundo no existiría si la historia estuviese desbalanceada. Miguel es el jefe del ejército celestial. Rafael es básicamente un protector. Gabriel es el mensajero, él es el nexo entre nosotros y origen. A mi modo de verlo, Gabriel es el más accesible de los tres, con el pasar de los milenios ha forjado una relación con los humanos que ninguno de los otros dos tiene. Gabriel vive entre nosotros la mayor parte del tiempo.

—Y los otros qué, viven en el cielo; ¿o debo llamarlo Paraíso? ¿Dice que tiene pruebas de que el cielo y Dios existen?

—No, absolutamente ninguna, solamente sé de lo que mis ojos han podido ver a lo largo de mi carrera; el resto es pura fe. Todos los ángeles tienen absolutamente prohibido revelar nada de lo que pudiese o no, haber más allá de lo que podríamos llamar, este plano de existencia. Por ponerlo de algún modo ellos tienen como premisa dejar que la humanidad elija libremente en qué creer. Es una especie de prueba. Sería mucho más sencillo que todos creyésemos en Dios si tuviésemos pruebas de su existencia, no te parece. La fe no solamente ayuda al hombre a mantenerse en pie, sino que lo hace más fuerte y por ende, también fortalece el sistema... el balance.

—Eso suena un tanto... ¿Sádico?

—Admito que por momentos puede parecer un método cruel. “Cree en mí

aunque yo no te de una sola prueba fehaciente de nada”. Sí, no es fácil. Pero no es un completo abandono, Eliza, ellos están aquí, Gabriel no es más que la punta visible del *isberg* para ti. Por cada uno de ustedes hay uno de ellos. Arcángeles, principados, potestades, dominaciones, virtudes, tronos, querubines, serafines, ángeles... No estamos solos. Tu padre no es el único que cuenta con un ejército organizado.

—Nosotros no somos un ejército —repliqué enojada. Esto sin duda no era una guerra, no al menos en los términos en los que él la planteaba según me parecía.

—Nuestra vida es una lucha constante para mantener el balance y procurar el bienestar de la humanidad.

—En resumidas cuentas, somos enemigos—. Entoné al caer en cuenta de cómo iba la historia.

—Sí, lo somos —admitió viéndome a los ojos. Apartó la mirada y continuó—. Nosotros procuramos salvar almas, ustedes, enviarlas al infierno.

—¿Van a matarme, es eso? Para eso me trajeron aquí.

—Te salvamos de quienes te atacaron.

—Sí, para matarme ustedes.

Negó con la cabeza.

—Eran ellos los que querían matarte, o al menos eso aparentaba, no nosotros.

—No le entiendo.

—Nosotros todavía tampoco lo comprendemos demasiado bien, solamente sabemos que “los caídos” están tras de ti. No tenemos idea de por qué, o para qué exactamente.

—¿Los caídos?

—En realidad sus hijos, los Nefilim, pero creemos que ellos también están involucrados.

—¿Qué?

—Los hijos de los hijos de Dios. Hijos de ángeles que cayeron en la tentación con mujeres humanas.

—¿Qué?! —Esto sobrepasaba cualquier límite para mí; ¿hijos de ángeles con mujeres humanas? ¿Acaso me golpeé la cabeza y perdí la razón?

—Te explicaré. Según la mayoría de las creencias los Ángeles Caídos son todos aquellos ángeles expulsados del cielo como castigo por desobedecer o rebelarse contra Dios. Las Sagradas Escrituras nos dicen también que un ángel caído tendrá que vagar por la Tierra hasta el día del juicio final cuando serán desterrados y enviados al Infierno. El ángel caído más conocido es Lucifer.

Sí, mi padre —acoté yo mentalmente.

—Se supone que cuando Dios creó a los ángeles, los dotó de entendimiento y libertad; esto hizo que algunos ángeles comenzaran a cuestionar y alejarse de Dios, conforme se iban alejando se iban formando las jerarquías angelicales, de las que ya te hablaré en profundidad luego. Algunos se alejaron tanto de su esencia que se convirtieron en humanos ya que con el pasar de los siglos, fueron perdiendo sus cualidades angelicales. Otros, los que se apartaron totalmente de su camino, cayeron al Infierno. Una tercera parte, quedó vagando en un estadio intermedio, a ellos se les conoce como los caídos de Dios o ángeles caídos. Estos ángeles que cayeron por lujuria son conocidos como los Grigori, un grupo selecto de doscientos ángeles que bajaron a la Tierra para ayudar a los arcángeles en la creación del Edén. Cuando los Grigori llegaron y conocieron a las hijas de los hombres, se enamoraron de ellas; bueno, eso último dicho de un modo romántico.

—Entiendo.

—Los Nefilim, los que te atacaron esta noche, son el producto de la unión entre esos ángeles caídos, los Grigori, y mujeres humanas. Mitad humanos, mitad ángeles. En apariencia se ven como cualquier otro mortal sin embargo no lo son. Tiene una fuerza descomunal, su expectativa de vida sobrepasa la de cualquier ser humano entre tres y cuatro veces, usualmente llegan a vivir unos trescientos años o más. No se enferman y no son susceptibles a las demás cosas que pueden acabar con la vida de un ser humano común y corriente. Esto es: las armas comunes no los dañan, pueden sobrevivir sin problemas a accidentes, caídas y demás. Tienen poderes, en su mayoría son capaces de influir en el pensamiento de las personas, muchos de ellos poseen la capacidad de controlar los distintos elementos de la naturaleza. Suelen ser un tanto engreídos y orgullosos, están bien adiestrados y son implacables. No sienten remordimiento alguno, maltratan sin piedad y su interés por la raza humana no sobrepasa el nivel del deseo carnal. Pese a que son mitad humanos, odian a la humanidad y siguen un lineamiento bastante básico; lo que ellos siempre han deseado es purificar su propia raza y convertirse en lo que eran sus padres. Anhelan volver a ser ángeles —sacudió la cabeza y puso los ojos en blanco—, no del mismo modo en que fueron creados, sino más bien como una raza que se merece adueñarse de la Tierra y hacer uso de sus fuerzas y poderes sin límites algunos.

—Lejos de las órdenes de Dios.

—Lo captaste a la perfección. Quieren purificar su especie, volver a ser

solamente Grigori, pero no desean volver a estar bajo el mando de Dios, o por lo menos eso han dado a entender.

—¿Qué tengo que ver yo con ellos? ¿Por qué me atacaron? —Eso sí que se escapaba a mi entendimiento, e incluso a mi imaginación. No comprendía qué tenía que ver yo con esa historia.

—No lo sé. Para los Grigori, y sus hijos los Nefilim, absolutamente todos los que no pertenezcan a sus líneas, son el enemigo. Nosotros los humanos, los ángeles y ustedes los demonios.

—Aún así no me queda claro.

—Tampoco está claro para nosotros, Eliza, por eso te trajimos aquí.

—Por eso todavía no me matan.

César me miró torcido.

—No es que vayamos por ahí acabando con todos los demonios con los que nos cruzamos, no funciona así, no somos un grupo de mercenarios.

—¿A no, y qué es lo que se supone que hacen aquí?

—Te lo dije, nosotros simplemente ayudamos a los ángeles a mantener el balance. Si un demonio, un Nefilim, un Grigori o quien sea, intenta alterarlo, se las verá con nosotros.

—¿Qué me atacasen alteraba el balance?

—Así es.

—¿Por qué?

—Porque todavía no tenemos nada contra ti, no has hecho nada, de modo que no podemos culparte de nada.

—Pero si hiciese algo...

—Tenemos suficiente con esto, no pienso adelantarme a lo podría o no suceder.

Nos quedamos un momento en silencio, yo meditando sobre este lugar, sobre sus habitantes. Por la quietud reinante, parecía que nos encontrábamos en el medio del campo o al menos, en una parte alejada de la ciudad, quizá en las afueras, en un barrio muy tranquilo, probablemente rodeados de mucho verde, de un pequeño bosque, en una propiedad inmensa. Tan inmensa que la cantidad de gente que albergaba este lugar, precisaba de tres microondas, dos heladeras, una despensa enorme y un comedor con espacio para un centenar de personas... un ejército, uno bien organizado y probablemente también muy bien instruido, después de todo, ellos sabían de nosotros, de lo que somos, de lo que nos hace fuertes y de aquello que nos debilita. Y no solamente eso, esta gente también conocía otras verdades que se nos escapaban, verdades tales

como la existencia de los ángeles y la presencia de un arcángel en particular, sobre la Tierra; e incluso, que aquellas cosas mestizas iban por ahí intentado acabar con la humanidad o algo así. Una fuerte opresión encogió mi corazón, ellos seguían a mi padre, estaban al tanto de la mayoría de sus movimientos; si podían con él, lo más probable es que nosotros, simples demonios, no significásemos ningún problema mayor. Gabriel lo había dicho, podía matarme con suma facilidad si quería. Pensé en Vicente y se me hizo un nudo en la garganta, lo peor que podía pasarle a mi mundo es que le sucediese algo malo. En respuesta a tan horrible expectativa, se me puso la piel de gallina, frente a aquel arcángel que podía hacer yo si tuviese que defenderlo.

Llené el vaso y me bebí toda el agua de un tirón procurando bajar el nudo hasta mis entrañas. No hubo caso, la sensación de ahogo persistió.

Una punzada de dolor sobre mi hombro me recordó que acababa de aprender que era vulnerable a algo más que el fuego.

—Por cierto —comencé a decir emergiendo del mutismo en el que cayera un par de minutos atrás—, con qué me atacaron, por una de esas casualidades serías capaz de explicarme porqué mi herida no cierra aún.

—Sí, claro. Como te mencioné antes, las armas convencionales no hacen más que herir a los Nefilim y a los Grigori superficialmente y tan solo por un par de segundos, al igual que pasa con ustedes. La daga que Pavel clavó en tu hombro, sin querer, fue confeccionada con un material capaz de acabar con la vida de esas criaturas. Es lo único que los hiere de verdad, con lo único que podemos matarlos.

Instintivamente palpé mi hombro herido preguntándome si se curaría.

—No te preocupes, no es letal para ustedes; sí tardará en sanar un poco más que cualquier otra herida, pero eso es todo. A más tardar en un día o dos volverás a estar como nueva. Ni siquiera te dejará una marca. ¡Ah, Pavel, ya comenzaba a preocuparme por ti! —Exclamó César levantándose de su silla.

Me di la vuelta para ver entrar al muchacho rubio de camisa celeste y alzacuello blanco.

Al verlo me pareció todavía más joven que la primera vez que lo vi. Tenía acné en la frente y la sombra de su barba era un moteado dorado que tardaría probablemente un par de años en ser una barba de verdad. Además de eso, detrás de sus ojos adiviné una ingenuidad digna de una criatura demasiado inocente, de alguien que apenas si se asoma a la vida.

El joven cerró la puerta y caminó tímidamente hasta nosotros mientras que con manos nerviosas acomodaba el cuello de su camisa, por el gesto que hizo con

las manos y los músculos de la garganta, me dio la impresión de que en este momento, el alzacuello lo ahorcaba.

—Lo siento, César, te fallé —entonó en un castellano pausado copado hasta en el último sonido por un acento muy marcado.

—Nada de eso Pavel, la primera vez no es fácil para nadie —le dijo César con despreocupación.

El muchacho movió los ojos y me miró fijo, el resto de su cuerpo tieso parecía clavado al suelo junto a la cabecera de la mesa; se quedó así un tiempo tal que comencé a sentirme como un león de zoológico. ¿Acaso esperaba que alguien me lanzase un trozo de carne cruda para ver como la roía con los dientes en el más salvaje de los actos? Sin duda para ese muchacho yo era algo mucho peor que un león, los leones solamente matan para alimentarse, o como mucho, para defenderse, pero no por simple placer, y evidentemente, lo que el chico creía era que nosotros los demonios, nos divertíamos saliendo a cazar humanos. Faltaba que me dijese, tal como se culpaba a las brujas de la época de la inquisición, de comer bebés.

—Pavel, lo que haces es de mala educación.

El muchacho dio un respingo.

—¿También perteneces a la iglesia católica? —le pregunté a César, ignorando al muchacho, que pese a que éste acababa de reprenderlo por quedarse viéndome embobado, continuaba observándome lleno de curiosidad y miedo.

—No, no para nada. En nuestras filas encontrarás personas que profesan distintas religiones y otras, como yo, que no creen en mucho más de lo que ven. Ver para creer —sonrió—. Creo que yo no superé aquella “sádica prueba” de la que hablamos. Lo mío es la ciencia, la investigación, lo que puede traducirse en una hipótesis, lo que genere una explicación lógica comprobable. Datos empíricos, eso es lo que yo necesito. Soy médico, genetista para ser más exactos. En fin, mi seguridad se acaba con Gabriel, en él pierdo el camino.

—Nada de esto tiene lógica alguna. Dígame, ¿por cuánto tiempo van a permitir que viva? ¿Hasta cuándo?

La puerta volvió a abrirse interrumpiéndonos.

Mis dos acompañantes se volvieron en esa dirección; los imité.

Gabriel se encontraba otra vez entre nosotros, al verlo, sentí una tristeza tan profunda que me entraron ganas de llorar sin saber por qué.

El limbo se implantó entre nosotros por un tiempo que fui incapaz de calcular, el cual duró hasta que César hablo.

—Lo lamento —dijo en un tono de voz que no superaba el volumen del susurro del correr de las páginas de un libro.

—Está bien —Gabriel empujó la puerta, la cual no llegó a cerrarse del todo, solamente quedó entornada. De corredor no llegó ningún sonido, sino una calma completa, plena.

—Su sufrimiento terminó —continuó diciendo a medida que alzaba la cabeza—. Ahora descansa—. El final de la frase la dijo mirándome a mí, con lo cual tuve la impresión de que además de pensar en eso obvio de lo que hablaban, que un hombre, el tal padre Lucio, acababa de fallecer, rondaba algo más por su cabeza, ese algo que en este instante se encontraba justo frente a él: yo.

Al fijarme en esos ojos tan humanos, me costó creer que fuese un ángel. Por sus alas temblé de miedo, y en este instante, su presencia mantenía acelerado mi pulso.

Todavía en pie, Pavel juntó las manos, bajó la cabeza y rezó por el alma del padre Lucio.

—No hay tiempo para llorarlo —continuó diciendo el ángel, lanzando al olvido mis ojos y mi imagen. Dio la media vuelta y fue hasta la heladera—, él más que nada, deseaba que continuásemos con nuestro trabajo. En estos últimos días repetía una y otra vez, que su convalecencia demoraba nuestro trabajo. Lo que él quería era que siguiésemos adelante, que llegásemos al fondo del asunto.

—Podemos tomarnos un par de horas para meditar sobre aquello que nos dejó, Gabriel.

El arcángel no hizo caso de la empatía que pretendía transmitirle Cesar. Su mandíbula se endureció, debía estar apretando los dientes, y con ella, también se transformó en piedra su rostro.

—Un gran vacío —abrió la heladera y sacó una botella de agua —eso es lo que nos dejó. Lo conocía desde hace sesenta años, César. Lucio ha sido uno de los mejores amigos que he tenido jamás.

—Lo sé.

Pavel acabó su oración. Alzó la cabeza.

—Hoy será uno de los días más extraños; algunos creerán que es el último día, pero no lo es. Otros dirán que nos será imposible reponernos, sin embargo lo lograremos. Nada tendrá sentido por un tiempo y no haremos más que recordar este momento una y otra vez con dolor y cólera. Pasará —afirmó mirando solamente a Gabriel—, así como él encontró la paz, nosotros también la hallaremos. El sol saldrá, la vida volverá a rodar, y en tu secreto, Gabriel,

todos nos reconstruiremos para continuar con la misión que nuestro padre nos ha dado.

Me sentí invadiendo un momento extremadamente privado; yo sobraba aquí.

Gabriel, en un idioma que yo nunca había escuchado antes, le dijo algo a Pavel; el muchacho le contestó y luego fue a sentarse junto a César.

—Ubaldo se está ocupando de todo.

Mientras Gabriel hablaba, contemplé su espalda a la procura de descubrir por dónde habían emergido sus alas, su remera negra semejaba ser tan consistente y real como mi chaqueta de cuero.

—Claro —convino César. Por la mueca en su rostro adiviné que Gabriel no era el único que sentía la muerte del padre Lucio.

—Lo enterraremos en la mañana.

—Bien.

Gabriel abrió la botella, y en vez de utilizar el vaso que acababa de sacar de la alacena, bebió en largo sorbo directo del pico. Lo noté confundido, como si hubiese olvidado que perdido sobre la mesada de granito, había dejado un vaso.

Cuando bajó la cabeza, me di cuenta de que por su rostro, rodaban lágrimas, un mar; las que se apuró en secar con el dorso de la mano en cuanto reparó en que yo lo veía. Sin más preámbulos, regresó hasta la mesa, levantó la silla que yo había tirado cuando él apareció por primera vez y se acomodó a mi lado.

Antes de hablar, volvió a beber.

—Entonces... —giró el rostro y me enfrentó —...con que eres su hija —me espetó con un tono virulento radicalmente opuesto al que usara para hablar de hombre que acababa de fallecer.

Qué contestar a eso.

—Tienes sus mismos ojos...

Me estremecí, no por completo de un modo desagradable. Resultaba tan extraño tenerlo a mi lado, no simplemente porque aún no terminaba de créeme lo que era, sino porque él desprendía algo imposible de poner en palabras. De su cuerpo torneado con lo que con un pensamiento muy humano, podía describirse como horas y horas de gimnasio (lo más probable es que simplemente hubiese sido creado así y punto ¿cierto? ¡Ni idea, en este momento no sabía qué pensar sobre él!), y, a través de sus ojos también, emanaba una energía sin par. Una especie de aura luminosa palpable que me hacía sentir pequeña e insignificante, completamente expuesta a él y a sus designios. Sin duda tenía razón, podría matarme sin que yo siquiera me diese

cuenta de que aquello estaba sucediendo, sin que atinase a defenderme.

—...sin embargo en el fondo —continuó diciendo mientras su bravuconería anterior se diluía en litros y litros de pureza—, tu mirada no es la misma que la suya. Me intriga descubrir a qué se debe eso.

—A que no soy mi padre —repliqué sin pensarlo dos veces—. Somos dos personas diferentes.

Gabriel torció la boca en una mueca que implicaba que discrepaba de mi opinión.

—El fruto no suele caer muy lejos del árbol que le dio la vida.

—Según entiendo, mi padre es hijo de tu padre y mira en lo que ha dado eso. ¡Yo no soy él!

—¿Por qué te seguían? —disparó volviendo a alzar un escudo de frialdad entre ambos.

Tantas idas y venidas terminarían por descontrolarme. Procurando que César no se diese cuenta de lo que hacía, me concentré en mi respiración para intentar controlar los calores que iban y venían ofuscándome.

—No tengo ni la menor idea. Yo siquiera sabía que los de tu tipo eran reales, mucho menos que cosas semejantes deambulaban por la tierra. ¡¿Cómo se supone que debía siquiera especular con que esos híbridos mitad humanos mitad ángeles, pudiesen querer algo de mí, y mucho menos matarme?!

En vez de responderme, Gabriel movió la cabeza y miró a César.

—Procuré ponerla al corriente de algunas cosas —explicó, aclarando así, las palabras pronunciadas por mí, recién.

—Es probable que quieran algo de su padre.

—Es una opción, no me sorprendería del todo saber que así es —convino César—. Sin embargo dudo que él acceda a negociar siquiera; él no es de ese tipo que negocia nada. Negociar es entregar parte del poder y él nunca haría eso, va en contra de todo lo que es.

—Puede que fuese así hasta ahora—. Puntualizó Gabriel y después me miró de reojo—, es posible que los Nefilim encontrasen algo por lo que él realmente quisiese negociar.

—¿Qué podrían querer ellos de él? —Lanzó Pavel participando en la discusión por primera vez—. ¿Aliarse?

—No tengo idea—. César sacudió la cabeza—. Estos son tiempos extraños.

—¿De verdad creen que Eleazar estaría dispuesto a ceder algo por mí? Es obvio que ustedes no lo conocen, muy bien. Nuestra relación no es precisamente la relación padre-hija más amorosa que puedan encontrar.

—El amor no tiene nada que ver aquí, demonio —escupió Gabriel dirigiéndose a mí.

Pronunció esa última palabra con tanto asco que la circulación de mi sangre se interrumpió.

Me usaba como válvula de escape para así liberar el dolor de una muerte reciente o simplemente de verdad me odiaba por ser yo, lo que soy. Su confusa actitud hacía mí me impedía determinar exactamente de qué iba en dentro de la organización (¿pacifista o liquidador de demonios?)

—¿A quién intentas engañar? —Me traspasó con la mirada.

—¿Qué?

—Por favor, si todos sabemos que tu padre no te engendró a la espera de formar una familia. No somos estúpidos, ustedes los demonios no son capaces de sentir nada más que amor propio. Son criaturas egoístas. De verdad esperas que me trague esa pantomima de que te sientes herida y abandonada porque él no apareció en tu vida hasta hace poco, porque jamás se responsabilizó de su paternidad. Es insultante que nos creas tan ingenuos.

—Es obvio que ustedes saben tan poco de nosotros como nosotros de ustedes. Y mucho menos de mí, aunque siguiesen mi vida desde que tragué mi primera bocanada de aire. Mi padre no se rebajaría a nada por mí, lo dijiste muy bien, él no me quiere, nada le impidió torturarme cuando así lo quiso, y me figuro que absolutamente nada se interpondrá en su camino si por alguna razón, un día se dispone a acabar con mi existencia. Por otro lado, sí somos capaces de amar y de sentir muchas otras cosas. Es obvio que ni todo lo malo es tan malo, ni todo lo bueno tan bueno. Para ser un ángel tienes una lengua viperina bastante larga. Qué te diferencia de mí, si sin siquiera conocerme, sin saber nada de mí vida, de buenas a primeras, has amenazado con matarte y no paras de hablar mal de mí. El odio parece no ser propiedad exclusiva de los demonios, ni el amor, de los ángeles. ¿Me equivoco? No eres el único que ama, el único que sufre, que extraña o que llora; nosotros tenemos eso también. Tengo una familia, un esposo, seres queridos... personas que en este momento podrían estar corriendo peligro a causa de esos engendros que me atacaron hace unas horas... ¿y qué hacen ustedes en vez de darme una explicación clara sobre lo que sucede aquí?, me insultan y me amenazan—. Me puse de pie—. Si no tienen más nada que decirme, me largo—. Fulminé a Gabriel con la mirada—. No soy egoísta, no hay nada que yo desee más en este momento, que salir de aquí e ir a proteger a los míos.

Ante el silencio que obtuve por respuesta, di la media vuelta. No llegué a dar

ni un paso.

Gabriel me frenó asiéndome por la muñeca izquierda.

—No puedes salir de aquí.

—Por qué, vas a matarme si lo intento —le espeté de peor modo que pude representar, para así demostrarle que no tenía pensado soportar su maltrato. Acompañando mis palabras, di un tirón con mi brazo. A pesar de la fuerza que empleé no logré deshacerme de él.

—No, pero ellos lo harán —lanzó ciñendo sus dedos alrededor de mi carne. El apretón me ardió todavía más.

—Me importa un cuerno. Si esos Nefilim son como tú, lo más probable es que intenten algo en contra de los míos para hacerme salir de aquí y no pienso consentir eso. No voy a darles el gusto, y mucho menos a ti. No sé lo que quieren, ni me importa lo que quieran ustedes, o siquiera mi padre. Mi familia está primero.

—Te equivocas.

—Suéltame.

—No, lo lamento mucho. Disculpa el modo grosero en que me comporté antes, pero como sea, no podemos permitir que salgas.

—¿Por qué no? No les he hecho nada.

—Por lo visto no comprendes las verdaderas dimensiones de lo sucedido.

Lo miré con displicencia.

—Nadie en su sano juicio se metería contigo de no ser que tuviese una razón muy fuerte. Hasta que no sepamos cual es esa razón...

—¡Ni sueñen con que voy a quedarme aquí! Eso no sucederá, ¡ni en un millón de años!

—Tenemos gente apostada en la puerta de tu casa —comenzó a decir César al ponerse en pie—. También enviamos de los nuestros a las puertas de la propiedad de ese otro grupo.

—¿Los Salleses?

César me contestó que sí con la cabeza.

—Nuestra misión comenzó hace seis meses. Sabemos de ti hace tiempo, pero nunca antes nos habíamos visto en la obligación de seguirte o custodiarte tan de cerca. Estuvimos pendientes de ti un tiempo, cuando cambiaste, necesitábamos asegurarnos de qué camino tomarías. Como entendimos que no eras un problema significativo, lo dejamos estar. Todo cambió cuando los Nefilim aparecieron en escena, que fuesen tras tus pasos nos preocupó. No era normal, no esperábamos nada semejante; esto no tiene ningún precedente. Nos

complicaste mucho la vida con todos tus viajes. Un par de veces en Praga te perdimos la pista. Eres demasiado escurridiza—. En sus labios asomó una sonrisa conciliadora.

Su intento por tranquilizar los ánimos no llegó a Gabriel, si mi muñeca hubiese sido mi cuello, ya me habría estrangulado.

Apartándome de lo físico, los cables se conectaron dentro de mi cabeza en un proceso completamente involuntario, y entonces, di con algo, o al menos, con la posibilidad de llegar a algo.

—Fui atacada en Praga.

—Lo sabemos —reveló César.

—¿Fueron ellos?

—No estamos seguros —contestó Gabriel adelantándose a César. Sus dedos por fin me soltaron—. Hay algo más.

—¿Más? —Inquirí desviando la vista de la piel enrojecida de mi muñeca, a sus ojos. Gabriel miró mi mano y luego habló.

—Demonios. Hemos tenido que lidiar con ellos también.

—¿De qué hablas?

—Además de los Nefilim te ronda un grupo de demonios. Todavía no logramos averiguar quiénes son o qué quieren, tampoco quién los envía. Creemos que podría ser una facción disidente que pretende revelarse contra tu padre.

—Entiendo lo que implica que puedan ser una facción disidente—. Llevé mi muñeca dolorida hasta mi pecho, y allí la cubrí con la mano a esperar que las magulladuras curasen en los próximos segundos—. O sea que no saben nada de nada.

—Es lamentable; sí, es más o menos así —reconoció César—. Solamente tenemos muchas dudas y un par de hipótesis.

—¿Cuáles son esas hipótesis?

—Que no eres simplemente uno más de los hijos que tu padre ha traído a este mundo.

La respuesta de Gabriel me hizo pensar en cosas que mi padre me había dicho, cosas que insinuó...“Eres especial, lo sé desde el primer día”, “hija, tus poderes son superiores, eres capaz de lo inimaginable...”, “eres mi hija, y los frutos nunca caen demasiado lejos del árbol”, “¡no podría experimentar más orgullo del que siento ahora!”. Eso último lo soltó el día que le conté que tomaría a Anežka como aprendiz, y que sus poderes aparentaban ser algo especial. Los celos de Salvador; las ganas de Ciro de compartir su

experiencia conmigo, la cantidad de veces que mi padre me invitó a vivir a su lado, a seguirlo de cerca. Los miedos que suscitó mi cambio en todos los que saben o tiene experiencia en demonios con grandes poderes... Todo este condenado revuelo...

—No incurrimos en un error en apuntar a eso, sabes que existe una gran chance de que sea cierto.

Mi mente se había disparado en demasiadas direcciones y, muchas de ellas entrecruzaban, es por eso que me costó encontrar una respuesta a eso que Gabriel acababa de decirme. No tenía con qué replicar. Las mentiras no se acaban, los secretos parecen no terminar jamás. De repente, continuar viviendo sin llegar al fondo del asunto, semejaba una misión imposible. No lo lograría, comprendí que si no me hacía de la verdad, lo más probable es que muriese a manos de un ángel, o tal vez de otro demonio, y lo más triste de todo es que cabía la posibilidad, de que aunque sabiendo la verdad, mi destino fuese igualmente ese mismo, la muerte. Quizá nunca debí existir... ¿era eso?

Necesité que la tierra me tragase, desee poder volver a dormir para así olvidarme de todo el asunto. Qué bueno sería regresar a aquellos días en que solamente podía pensar en pasar el resto de mi existencia junto a Vicente. ¿Qué opinaría él de todo esto cuando se lo contase? ¿Qué iba a ser de nosotros, de nuestro amor?

Me sentí terriblemente sola.

—Tanto da si es así, como si no, soy libre de hacer lo que quiera, no le debo a mi padre obediencia alguna, siquiera como mi progenitor, él no tiene derecho a exigirme nada. Cuando entregué mi alma lo hice por la vida de alguien más. Eleazar me explicó que como yo me había sacrificado por...

Gabriel me interrumpió al alzar las manos. Resopló.

—¡Otra vez con ese nombre! El muy cobarde siquiera tiene lo que se necesita para presentarse como lo que es, ¡como quien es!

—Gabriel, por favor.

—Todavía no comprendo por qué es que continuamos soportándolo.

—No me lo preguntes a mí —soltó Cesar con ironía al tiempo que meneaba la cabeza—. Ese no es nuestro problema ahora.

—Él fue y siempre será nuestro principal problema.

—¿Es que no oíste lo que ella dijo? Si fue así, él no puede obligarla a hacer nada en su favor. Directamente no cuenta, es igual que si ella no existiese, no puede imponerle ninguna orden. Ella no tiene por qué acatar sus designios. Es libre.

Eso mismo me dijo Eleazar luego de salvarme de Salvador “eres libre”.

—Por más que sea especial, por más que su intención haya sido crear un arma perfecta, la mano derecha que siempre ha deseado, ella ya no le sirve de nada.

—Me parece que se van demasiado lejos con sus hipótesis —me apuré a decir; el asunto se ponía cada vez más retorcido.

—Tu padre no da puntada sin hilo. Sea como sea, siempre serás su hija. Puedes renegar de ello, pero no cambiarlo. Nada puede cambiar eso.

Por poco me desnucó al volverme para enfrentar a Gabriel, su empeño en juntarnos a mi padre y a mí en cada una de las frases que entonaba, me sacaba de quicio.

—Pues conmigo se le reventó el hilván. No importa si lo amenazan con matarme o lo que sea, yo ya no soy de él, no le interesará salvarme—. Y entonces al decirlo recordé que sin titubear, había accedido a quitarme de encima a los demonios que me atacaron en Praga (si es que no eran otra cosa; a esta altura yo había perdido toda seguridad). ¿Qué se traía Eleazar entre manos? O es que aquello simplemente había sido el gesto de un padre. ¿Podía o debía esperar algo semejante de él? ¿El Diablo podía ser simplemente mi padre y nada más, sin esperar algo a cambio?

—Lo conozco, él lleva absolutamente todas sus batallas hasta el final. No se rinde, y mientras tú estés con vida, la guerra continua.

—¡De qué guerra hablas! Esto no tiene ningún sentido—. Tenía la sensación de que la cabeza me iba a estallar.

—De la guerra que se inició con el principio de los tiempos. Tu padre jamás aceptó tener que recibir órdenes, ser el segundo de nadie, él siempre quiso ser él líder, ser el primero, y como solo no lo consiguió, lleva milenios intentando encontrar quien...

—¡¿Es broma?! Ustedes deben haber visto demasiadas películas de terror. No soy el condenado anticristo ni nada. Por favor, esto parece una broma de mal gusto. Todos ustedes están locos. ¿De qué me hablan, del fin del mundo, del apocalipsis? Es ridículo. Completa y absolutamente ridículo. La humanidad no necesita de mi padre para destruir todo lo que toca, o incluso a sí misma. Es una tontería. ¡¿César, no dijiste que eras un hombre de ciencia?! No puedo creer que secundes una cosa así. ¡Por favor, no puedo creer a dónde vine a parar, todos ustedes están locos de remate!

—No, no estamos locos —Gabriel se plantó ante mí firme, con las manos en la cintura de sus pantalones de jean—. Simplemente no podemos permitirnos descartar ninguna posibilidad.

—No tengo porqué seguir soportando nada más de ninguno de ustedes. Arcángel, científico, o padre de la iglesia católica, es evidente que sean lo que sean, les hace falta algo de mundo. Asomen la nariz allí afuera. Esa es la realidad, no las locas historias que unos hombres inventaron para asustar a los demás y así obligarlos a llevar una vida supuestamente recta y en orden. Perdón César, no pretendo faltarle el respeto a nadie, pero esto es una tontería.

—No si tu padre tiene un plan.

—¿Un plan para quedarse con el mundo?

—No sería el único. Tenemos razones para creer que los Nefilim están decididos a acabar con la humanidad de una vez por todas. Ellos pueden estar mal de la cabeza, sin embargo es demasiado sospechoso que lo que ellos tramam, tanto como lo que tu padre podría estar tramando, te involucra a ti.

—Permíteme discrepar, Gabriel, no soy el ombligo del mundo, no todo gira a mi alrededor.

—Díselo tú a ellos.

Le dediqué mi mejor cara de perro.

—Hasta que no sepamos qué es lo que pretenden los Nefilim de ti, te protegeremos y nos ocuparemos también de evitar que intenten nada contra tu grupo, para así forzarte a salir.

—De verdad, no pienso quedarme aquí. Además, lo más probable es que Eleazar ya se haya ocupado de poner a esas criaturas en su lugar.

—No si le conviene que continúen haciendo lo que están haciendo.

—César, no dijiste que mi padre jamás negociaría con ellos.

—No hablo de negociar, sino de manipular, sin que ellos lo sepan, permitiéndoles creer que tiene algo con lo cual entrar en el juego. Puede que les haya ofrecido lo que ellos deseaban ver, lo que necesitaban para lanzarse definitivamente.

—Y qué ganaría él con eso, digo, sobre todo si por una razón que todos los aquí presentes desconocemos, los Nefilim además, tratan de matarme y según ustedes él me quiere para conquistar el mundo o algo así.

—No lo sabemos —admitió César.

—¿Soy la única aquí que se da cuenta de que todo esto es demasiado retorcido para ser cierto?

—Como dijo Gabriel —comenzó a entonar Pavel poniéndose de pie — tenemos que explorar todas las posibilidades.

—Todas, incluida una en la que tú podrías ser principal protagonista.

Pisando fuerte, me paré firme frente a Gabriel.

—¿Qué insinúas?

—Qué bien podrías ser tú la que está detrás de todo esto, que quizá tienes un trato con ellos, que salió mal y que tal vez lo de esta noche fue un intento de venganza.

—¡Es la primera vez en la vida que veo a esas cosas! ¿No tienes forma de saberlo? Si me has estado siguiendo, y los han seguido a ellos, deberían saberlo. Además, es que no tienes ningún poder oculto.

—Los demonios son maestros en el arte de engañar, de modo que no me extrañaría que sospechando que te seguíamos, hubieses urdido un plan para llevar acabo esto sin que nos diésemos cuenta. Es más, por desgracia en más de una ocasión, en estos últimos meses, te perdimos de vista. Y no, no puedo leer tu mente, sé que algunos de ustedes pueden hacer eso y mucho más. Yo solamente puedo ver lo que hay en el alma de cada persona, pero tú ya no eres una persona, eres una pared de concreto y no puedo mirar atreves de ti.

—No miento, no sabía nada de ellos, ni nada de ustedes. Lo que sea que quieran de mí, nunca se preocuparon por ponerme al corriente. Y tampoco mi padre. No escondo nada, simplemente no tengo ni la menor idea de lo sucede, estoy tan perdida como ustedes, suponiendo que sea cierto que ustedes no saben nada más que lo que me han contado, claro está.

Fui espectadora de primera fila para ver el rostro de Gabriel adquirir un tinte rojo morado.

—Será una noche muy larga—. Canturreó César.

12.

Amor y caos.

Y lo fue. Quise llamar a casa y no me lo permitieron. Cuando me mostré furiosa por la negativa, Gabriel me advirtió que ni me molestara en hacer el intento de escapar, podían haberme permitido salir de mi cuarto, pero lo que le hicieron a aquella puerta, también corría para las salidas que daban al exterior y además me advirtió que todos aquí tenían carta libre para reaccionar del modo que fuese necesario, si yo me ponía difícil. Difícil me lo ponían ellos a mí.

—Tómatelo con calma, en este preciso instante trabajamos para resolver el asunto. Todo esto nos gusta tan poco como a ti —me dijo César cuando Gabriel nos dejó para regresar al lecho de muerte del padre Lucio.

—Me pongo todavía más nerviosa cuando la gente me pide que tome las cosas

con calma.

—¿Quisieras regresar al cuarto?

—Por qué, tienes órdenes de volver a encerrarme.

Negó con la cabeza.

—Pensé que tal vez estarías más cómoda allí.

—Me gusta aquí. Cuando estoy en casa también paso mucho tiempo en la cocina.

Entre los tres nos miramos cuando se hizo silencio.

—Tal vez en la mañana pueda llevarte a recorrer el lugar. Si gustas, claro.

—¿De verdad vas a permitirme andar por ahí como si nada?

—No te lo recomiendo esta noche, será mejor esperar a que te presentemos a los demás antes de que vagues por ahí en mitad de la noche, con el fallecimiento del padre Lucio y el ataque de los Nefilim los ánimos han de estar un tanto alterados. No queremos causar todavía más caos.

—Y a mí no se me apetecen que vuelvan a acuchillarme.

Un par de aterrorizados ojos celestes se abrieron desmesuradamente.

—Ya deja eso, ¿sí? No voy a comerte.

Pavel se apretó contra el respaldo de la silla.

—No soy esa clase de demonio.

César, divertido, nos miró a Pavel y a mí por turnos.

Tendí una mano hacia el muchacho.

—Soy Eliza, Pavel. Mucho gusto.

El chico dudo un instante. Al final sacó una mano de debajo de la mesa y acercó su mano a la mía. Como no se movió más de allí, fui yo quien tomó la iniciativa otra vez. Cogí su mano con la mía.

—Se siente más caliente de lo normal, ¿no?

—La primera vez que tomé a un demonio de la mano experimenté lo mismo. Es raro—. Le dediqué la mueca más amistosa que me salió. Dadas las condiciones intentar se amable con personas que en algún momento pudiesen decidir que me había llegado la hora, no resultaba nada fácil—. A mí, tu mano me parece helada—. Solté mis dedos de él—. ¿De dónde eres?

Pavel juntó su brazo al cuerpo tan rápido y atolondradamente, que se golpeó el codo con la mesa.

—Polonia —me contestó con cara de dolor.

—Bien —suspiró César—. Aprovechando que ustedes dos ya se conocen —plantó las palmas sobre la mesa—, voy a dejarlos por un rato. Quiero ver cómo va todo con...

Pavel movió la cabeza de arriba abajo.

—Buscaré a alguien para que venga a quedarse con ella.

—No necesito niñera —resoplé.

—Me caes bien, Eliza, pero no pienso dejarte sola. Le pediré a Ami que venga y luego nos veremos en el cuarto del padre Lucio —esto último iba dirigido a Pavel.

—Claro.

—¿Crees que puedas con ella?

—No voy a intentar atacarlo—. Chillé ofendida. La verdad es que no pensaba intentar ninguna locura, la herida del hombro me dolía y más de una vez al verme con miedo, Pavel se había inclinado sospechosamente en dirección a su pantorrilla derecha, lo cual me hacía pensar que llevaba un cuchillo similar a aquel que impactó contra mi espalda.

Más allá de eso, me hubiese encantado buscarme la posibilidad de encontrar un teléfono y llamar a casa (no había ninguno a la vista).

—Ve, tranquilo. Puedo quedarme aquí con ella.

De repente el joven padre se mostraba envalentonado. Había cuadrado los hombros y alzado el mentón. Aquella seguridad que deseaba mostrar todavía no le llegaba a los ojos, pero aun así me figuré que si quedarse a solas conmigo era una prueba, la pasaría.

—Nos veremos en un par de horas.

—Espero que para entonces tengas buenas noticias. Quiero salir de aquí, mi familia debe estar preocupada.

—Lamentablemente no puedo prométete nada. Lo discutiremos con más calma más tarde —dio un par de pasos en dirección a la puerta y se detuvo igual que si hubiese olvidado algo—. Si el dolor vuelve, come algo más. En la heladera hay de todo un poco, eso ayudará a que el dolor remita. En la mañana revisaré tu herida y veremos qué más podemos hacer.

Ante mi desilusionado silencio, César se me acercó y propinó unas suaves palmaditas en el hombro.

—O eres muy buena engañando, o de verdad que no te pareces en nada a tu padre.

Sin esperar una respuesta de mi parte, César se fue.

Los siguientes diez minutos fueron una tortura de tedio. Pavel cerró la boca y no volvió a despegar los labios ni para tomar aire. Se quedó así, mirándome fijo. Apenas si parpadeaba. El muy tonto se hacía el duro a pesar de que se caía del sueño y el cansancio. Tenía los ojos rojos y unas marcadas ojeras.

¿Cómo convencer a esta gente de que no intentaría matarlos, que no planeaba ni destruir el mundo, ni aliarme a los Nefilim para acabar con la humanidad?

Exactamente a las cuatro cuarenta y tres de la mañana, la puerta de la cocina volvió a abrirse. Los dos nos movimos al mismo tiempo para ver quien llegaba.

Lo que asomó por la puerta no parecía humano.

Metro noventa al menos, con la espalda del tamaño de un ropero. Brazos musculosos capaces de dar un abrazo de oso que te partiría en dos. La cabeza rapada a cero. Una tez dorada, rasgos fuertes sin particularidad alguna —el fuerte del rostro eran un par de inmensos ojos negros rodeados de un millar de pestañas—.

Vestía una camiseta, pantalón cargo con innumerables bolsillos y botas de cuero negro de aspecto militar.

Un detalle para remarcar es que en el cinturón, llevaba tres cuchillos, una navaja, y un revólver.

Esta gente de verdad que no bromeaba. ¿Saldría siempre así, o aquel armamento era solo por mí causa? ¿Quiénes serían de mayor cuidado para ellos, los Nefilim o los demonios?

—Buenos días —soltó la mole con un acento que no pude reconocer, completamente distinto al de Pavel. Sin duda esta organización era muy internacional.

—*Boker Tov*, Ami —le respondió poniéndose de pie.

—Puedes irte si quieres, yo me encargo.

El gigantón me observó por una fracción de segundo.

—¿Qué tal se ha portado?

Pavel se encogió de hombros.

—Me alegra que no te diera problemas.

—Si no es mucha molestia, podrían dejar de hablar de mí como si no estuviese aquí. Es molesto.

—Pues a mí me molesta llevar el tobillo vendado por tu culpa y no me quejo.

—¿Mi culpa?

—Pavel intentó alejar al Nefilim con una daga, la cual por desgracia dio en tu espalda, pero fui yo quien te salvó de ese maldito ángel caído. El mal parido se desquitó conmigo mientras te cargaba en mis brazos. ¡¿Puedes creer que me lanzó una patada el muy cabrón?! Casi me parte todos los huesos.

—Bueno, gracias por eso, y... lo lamento.

—No es nada, solamente espero que valiera la pena.

—Me voy —le avisó Pavel cuando llegó a la puerta.

—Sí, claro. Que descanses.

La puerta se cerró detrás de Pavel.

—Ami.

—Eliza.

—De lejos —se inclinó hacia adelante —no se nota que tus ojos son marrones. Creí que eran negros. Tampoco me había dado cuenta de que eras tan bonita. Todos ustedes lo son ¿no? —preguntó enderezando la espala—. Ese es el truco. Me enseñaron algunas cosas sobre ustedes. Por lo general uno suele toparse con más demonios del sexo masculino que del femenino y es la primera vez que estoy tan cerca de una del sexo femenino. ¿Es cierto lo del mal olor? ¿Eso de que cuando se enojan apestan? —sus narinas se dilataron—. Hueles bien ahora.

—Sí, es cierto.

—No sé mucho de demonios pero si sé de desayunos y lo que me mejor se me da, son los huevos. ¿Revuelos, fritos, hervidos, pasados por agua, en omelette? —ofreció mientras se encaminaba rumbo a la heladera—. Me muero de hambre.

—No, gracias.

Sacó un cartón de huevos, rebuscó ente un montón de cacharros una sartén. Prendió el fuego, arrojó dentro de la sartén un chorro de aceite y un trozo de manteca. Volvió a la heladera y sacó una botella de jugo de naranja.

Trajo además del jugo, dos vasos, dos tazas, leche, pan, manteca.

Preparó la cafetera y acto seguido, arrojó dos salchichas a la sartén. En un caso rompió tres huevos, los saló y luego los batió con un tenedor. Como punto final los arrojó a la sartén.

De inmediato la cocina se llenó de un delicioso aroma que despertó mi apetito. Las tripas me crujieron.

—Es muy extraño tenerte aquí, en esta cocina.

Lo miré, él siguió hablando al tiempo que removía los huevos.

—He pasado mucho tiempo cuidando de ti desde lejos. Has sido mi misión los últimos cinco años. De hecho eres mi segunda misión desde que entré en el grupo luego de dejar el Mossad hace seis años.

—¿Formabas parte de la agencia de inteligencia israelí? —Las sorpresas no se acababan.

Asintió con la cabeza y de un manotazo apagó el fuego.

—Me reclutaron recién cumplidos los veinte y trabajé con ellos por un par de

años, hasta que por poco me matan en un atentado en Tel Aviv. Habían sido los Nefilim. Fue entonces que conocí a Gabriel y ahora heme aquí... cuidando de ti—. Tomó un plato y arrojó sin demasiado concierto, toda la comida dentro. Arrojó la sartén a la pileta, manoteó un tenedor y regresó a la mesa cargando en una mano el plato, en la otra la cafetera—. Fue y sigue siendo condenadamente difícil cuidar de ti. No paras de meterte en problemas. Sin consultármelo, llenó de café una taza, y la empujó hasta mis manos. Llenó una para él y se sentó.

—Podríamos decir que no he tenido mucho éxito. Hasta que apareciste en mi vida no había fallado yo ni una vez. Lo que más me pesa es haberte perdido de vista cuando ese demonio te llevó a su casa de campo. Nos enteramos de dónde habías estado mucho después, cuando tú aún estabas en el hospital.

—Ese demonio es mi marido ahora.

—Ya lo sé, estuve en tu boda.

—¿Bromeas?

Negó con la cabeza mientras masticaba un trozo de salchicha.

—No te creo, no recuerdo haberte visto allí.

—Tu madre criticó la decoración de la torta justo antes de que tú y ese demonio fuesen a cortar la primera porción.

Mi madre prácticamente había gritado a los cuatro vientos que la decoración de la torta era de lo más aburrida. A mí me había gustado porque era sobria y nada pomposa.

Ami me guiñó un ojo.

—Explícame algo, si se supone que ustedes trabajan para mantener el balance entre el bien y el mal o lo que sea, porqué dejaron que me sucediesen todas las cosas que me pasaron, cómo es que permitieron que yo me convirtiese en demonio.

—Tu caso no era de lo más sencillo, siempre tuviste tras de ti demonios sumamente poderosos, además —juntó un montón de huevo revuelto con su tenedor y lo sostuvo en el aire —no nos olvidemos de quién es tu papi.

Lo miré entornando los ojos.

—No recuerdo haberte visto ni una sola vez.

—Bueno, eso es porque al menos hice bien una parte de mi trabajo —articuló con la boca llena.

—¿De verdad?

—Además, la decisión siempre fue tuya. Nosotros tenemos prohibido intervenir de ese modo, para algunas cosas no somos más que meros

espectadores, y por sobre todo, tenemos como premisa principal, no ser descubiertos. Esa premisa coarta mucho cualquier acción con la que uno decida proceder. Nadie te puede ver, nadie debe saber que estás ahí. Digamos que siempre me mantuve a raya, evitando que cosas aún peores te sucediesen.

—Por poco me matan más de un par de veces.

—Y te salvaste de unas cuantas más gracias a mí—. Alzó su taza de café e hizo el ademán de brindar conmigo. Bebió un largo trago.

—Todo lo que cuelga de tu cinturón es para protegerme o para protegerte de mí.

—Te ves muy flacucha. Deberías comer algo, de verdad que no quieres un poco de huevos, podemos compartirlos. Necesitas algo de carne en el cuerpo y de preferencia que sean músculos.

—No necesito músculos. Necesito que respondas a lo que te pregunté.

—Sé que en verdad no te hacen falta, pero te vendrían bien para tener algo más de fuerza.

—No quiero comer.

Ami alzó las manos y echó atrás como diciendo “como quieras”.

—Es por si a esos malditos Nefilim o los Grigori se les ocurre aparecerse por aquí. De todos modos no te recomiendo ponerte molesta, he cuidado de mucho tiempo, pero eso no cambia en nada mi elección, elegí un bando y primero, está mi deber para con ellos.

—Para qué es el arma. César dijo que no puedes matar a un Nefilim con armas normales.

—Sí, pero son efectivas contra los demonios. Un balazo duele. Cinco o seis disparos acertados en el blanco te proporcionan algo de tiempo.

Se me puso la piel de gallina. Inspiré hondo y esperé a que el estremeciendo se desvaneciera por completo antes de volver a articular palabra.

—¿Por qué tú?

—¿Por qué yo, qué?

—¿Por qué te asignaron a mí?

—Es una larga historia.

—Tengo prohibido ir a ninguna parte, de modo que aquí me tienes, soy una espectadora cautiva. Por el momento las horas me sobran.

Ami bajó el bocado con más café.

—Fue por una de esas cosas de la vida que uno no consigue explicar—. Se sirvió más café—. Nunca fui muy religioso, de pequeño mis padres me llevaban a la sinagoga; tuve mi *bar mitzvah* tal como se suponía que debía

suceder... —bebió más café—. Y allí terminó todo. De adolescente me tentaba más salir con mis amigos o con chicas que pasarme horas teniendo que soportar al rabino hablar y hablar. Supongo que a muchos les pasa—. Tomó una rodaja de pan y comenzó a untarla en manteca—. Entré en el ejército y el mundo cobró una perspectiva muy distinta. Viví en esa cara del mundo hasta la tarde en que los Nefilim tuvieron la grandiosa idea de volar por los aires un centro de investigación arqueológica que tenía su sede en Tel Aviv. Mi cuerpo formaba parte del grupo que custodiaba el lugar. Allí trabajaban científicos de diversas disciplinas y nacionalidades, estudiando y analizando ciertos escritos hallados recientemente en unas excavaciones realizadas en el Parque Nacional Tel Tzafit. Incluso antes de que se diese a conocer públicamente sobre qué trataban aquellos textos, el centro ya había recibido cientos de amenazas. La cosa se puso todavía más fea, cuando los escritos fueron trasladados al centro para su análisis. Y ahí fue cuando mi grupo y yo entramos en escena para cuidar de los científicos, del lugar y de las reliquias arqueológicas. Por un par de semanas mantuvimos a raya a un montón de locos Cabalistas y a otros tantos fanáticos religiosos que no se sentían para nada contentos con el tratamiento que se les prodigaba a aquellos textos.

—¿Sobre qué trataban?

—Ese es el quid de la cuestión. Te lo contaré cuando acabe con la historia, no hace falta que nos adelantemos al final.

Sin rechistar, tomé una rodaja de pan, pellizqué un trozo de la miga y me lo metí en la boca.

—Usualmente mi puesto era dentro de un automóvil estacionado frente al centro de investigación, pero esa tarde me sentí mal, tenía el estómago revuelto y si bien nunca he sufrido del calor, tenía la sensación de estar deshidratándome. Bajé del automóvil, crucé la calle y me dirigí hacia el centro. Mi compañero se quedó en el vehículo. Crucé una señal con el oficial que custodiaba la puerta, a la recepcionista le pedí permiso para pasar al baño un momento, tenía la impresión de que lanzaría las tripas de un momento a otro. La muchacha con un gesto amable, me dejó pasar. En cuanto puse un pie en el corredor que llevaba al interior del centro propiamente dicho, supe que algo andaba mal. Lo percibí en el aire... lo olfateé. Recuerdo que en ese mismo instante saqué mi arma y liberé el seguro, también llamé por radio a mi compañero, pero él no contestó. Eso me dio todavía más mala espina. El silencio reinante allí fue algo que no he vuelto a presenciar jamás, fue como si todo, absolutamente todo en este mundo hubiese muerto. Escudándome detrás

de una puerta, me asomé al interior de las oficinas... nunca antes vi nada semejante. Ser testigo de aquello todavía ocupa el primer puesto entre las cosas más horribles que haya debido contemplar.

—¿Qué viste?

—Sangre, mucha sangre. Solo restos... destrucción, y a aquellas criaturas con esos ojos tan extraños, tan fríos ya carentes de vida. Descargué todas mis balas sobre el primero que se cruzó en mi camino y de nada sirvió. Ni te explico lo que fue pasar por eso. Si bien primero creí que llevaba chaleco antibalas, a los pocos segundos comprendí que no era así. La camisa de la criatura se tiñó de rojo; eso no le borró la sonrisa del rostro. Cuando aparecieron los otros tres, supe que podía darme por muerto. Lo último que vi antes de la explosión, antes de que todos se pusiese negro, fueron tres pares de alas.

Se me puso la piel de gallina otra vez.

Ami se inclinó sobre la mesa.

—Vi una luz potente, muy blanca—. Giró la cabeza y con un dedo siguió la línea blanca de una gran cicatriz que yo no había notado antes—. Esto casi me mata, bueno, de hecho me mató. Me rescataron de entre los restos del edificio dos días después de la explosión. Fui el único superviviente. Todos en el centro murieron, así también mis compañeros, y casi me pierden a mí también. Tres días después de que me sacasen de los restos del edificio tuve una serie de paros cardio-respiratorios, uno de ellos me dejó fuera de circulación por tres minutos.

Ami se apartó.

—Estuve en coma tres meses. Cuando desperté, lo primero que me preguntaron fue qué había sucedido allí dentro. Ninguna entrada había sido violada, nadie dio reporte de ningún intento de intrusión dentro del perímetro de los puestos de vigilancia. Es más, siquiera pudieron determinar dónde fue la explosión o con qué explosivos volaron el lugar. No tenían nada, nada de nada y eso no le caía bien a nadie, ni al gobierno, ni a mis superiores ni a la ONU—. Soltó una carcajada seca—. Imagínate estar en mi lugar. Qué iba a decirles, que disparé contra un tipo todas las balas de mi arma y que pese a que por eso chorreaba sangre, continuaba en pie, viéndome con aquella gran sonrisa en el rostro.

El rostro de Ami se demacró de repente.

—Me apartaron de mi cargo. Me degradaron todo lo que pudieron. Alguien tenía que pagar por los platos rotos. Viví sin comprender absolutamente nada

durante un tiempo, hasta que Gabriel apareció. Cuando me mostró qué y quién era, supe que a él sí podía contarle la verdad. Fue entonces que yo conocí la verdad sobre los Nefilim, los Grigori y la razón que los llevó a volar por los aires aquel lugar.

—¿Cuál era la verdad?

—El nombre clave de mi misión en aquel centro era “amor y caos”. El nombre de la misión provenía de los textos que se analizaban en el centro, los textos que los Nefilim robaron antes de volar todo el maldito lugar por los aires. Se cree que esos textos contenían nombres. Para ser más específicos, los nombres de cientos de miles de personas que han vivido a lo largo de los tiempos, de personas que para ser más específicos, según una creencia judía, son treinta y seis por generación. Treinta y seis personas justas, puras, que mantienen el mundo girando.

—¿Cómo?

—Por supuesto no es más que una creencia que probablemente no tenga ni pies ni cabeza. Pero a los Nefilim no les importó. Ellos están tan deseosos de acabar con la humanidad que lo intentarán todo, hasta lo más ridículo.

—Para, rebobina, me perdí.

—Se supone que por cada generación viven repartidas en el mundo, treinta y seis personas que valen tanto la pena, que sin importar cuantos desastres o muertes generemos los demás, el mundo siguen girando. Es por ellos, por quienes el mundo y la humanidad continúa existiendo. Bueno, al menos así lo cuentan. Por aquellos días Gabriel me explicó que creían que los Nefilim tenían intención de usar aquella lista para acabar con la humanidad. Y de hecho, hasta lo que sabemos hoy por hoy, han estado usándola.

—¿Qué?!

—Por lo que tenemos entendido, la lista siquiera era clara y como nosotros solamente logramos rescatar algunos de los nombres de un viejo archivo que una científica del centro envió a una colega suya en los Estados Unidos, no estamos muy seguros de si van encaminados o no. En resumen, los Nefilim han empleado los últimos años para encontrar a esas personas, las que figuran en la lista. Se cree que personas especiales y excepcionales vienen siendo sistemáticamente asesinadas desde entonces.

—Ni César ni Gabriel me contaron una sola palabra sobre eso. Y qué tiene que ver conmigo, que tiene que ver eso con que hayas sido asignado como mi guardaespaldas o lo que sea.

—Los Nefilim le ganaron de mano a los enviados de tu padre.

Me atraganté con mi propia saliva y me dio un ataque de toz.

Mi garganta no se aclaró hasta que pasó por ella media taza de café.

—No tuve el placer de cruzarme con los enviados de tu papá, eso les tocó a compañeros de la organización que estaban apostados en Tel Aviv. Eso también me lo contó Gabriel.

—Así que el plan parece ser acabar con la humanidad.

Ami se encogió de hombros.

—¿Van a obtener lo que quieren, digo: es cierto?

—Nadie lo sabe, siquiera Gabriel.

—Más allá de que mi padre intentara apropiarse de aquella lista, todavía no me queda claro qué tengo que ver yo y por qué tú...

—Historias sobre el fin del mundo sobran. Las hay en todas las religiones.

—Ah no, eso otra vez. No soy el maldito anticristo.

—El día en que el centro voló conociste a Cristian.

Mi corazón se detuvo. ¡¿Qué sabía él de Cristian?!

—Ese día muchas cosas cambiaron, muchos hilos se movieron al mismo tiempo. El que ahora es tu marido regresó, a Buenos Aires ese día también. Llevaba dos años fuera del país.

—Cómo saben tantas cosas —solté horrorizada.

—Son años de investigación. Todavía no hay nada claro, es que simplemente todo parece conectarse en algún punto. Se supone que el fin del mundo advendrá cuando el amor sea remplazado por el caos. Cuando los buenos mueran y reine el mal. Cuando los justos perezcan y solamente resten las almas podridas.

Aturdida, me pasé las manos por la cara y el pelo.

—La misión de cuidar de ti, lleva el mismo nombre que aquella. “Amor y Caos”. ¿Te encuentras bien? De repente te has puesto muy pálida.

No, no me sentía bien. Es que toda la historia me parecía inconcebible, una pesadilla. ¡Una locura! Y en parte, detrás de todo esto, estaba Eleazar. Lo enfrentaría en cuanto tuviese la oportunidad, en cuanto lograra salir de aquí.

—Probablemente no debí contarte ni una palabra.

—No, te agradezco que lo hicieras.

—De nada, *ahava*.

—¿*Ahava*?

—Amor en hebreo.

—A qué viene eso.

—Todo caos en un comienzo fue amor. Tú todavía eres amor.

No me había vuelto a sentir así desde hacía un par de años, pero en este momento me dieron ganas de acostarme, taparme la cabeza con la almohada y dormir para siempre. Vicente, Lucas... Anežka y todos los demás me parecían una realidad tan lejana. Lo que éramos y lo que vivíamos parecía tan pequeño al lado de esta historia. Esto prácticamente borraba por completo todo lo demás.

...

Comenzó a clarear y con la aparición de las primeras frías luces de la mañana, sonaron las campanas. Los pájaros enmudecieron.

Pavel, luciendo una camisa negra, alzacuellos, el cabello mojado y la barba afeitada, apareció en la cocina. Venía a buscar a Ami, iban a enterrar al padre Lucio antes de que el sol terminase de despuntar por el horizonte —por deseos de Gabriel—.

Ami me llevó con él. Yo no tenía ganas de pasar por aquello, mucho menos sabiendo (por qué Pavel así lo dijo), tendría que enfrenarme a todo el grupo por entero, ya que todos se encontraban afuera para asistir al oficio.

—No pasa nada —me dijo Ami propinándome un empujoncito que terminó de sacarme de la cocina.

El edificio era inmenso. Hasta lo que pude ver de dos plantas. Espacioso, muy ventilado, de corredores eternos y techos altos. Vi libros, centenares de libros; en bibliotecas y sobre mesas. Muchas obras de arte, en su mayoría sobre temas religiosos, por supuesto, abundaban los ángeles. Uno en especial me puso los pelos de punta: un inmenso óleo que representaba al Arcángel Miguel con su lanza clavada en el cuello del dragón.

Pusimos un pie en el patio exterior, al salir por una puerta ventana de celosías de madera. Una parra medio seca me impidió ver el cielo, el cual continuaba bastante oscuro.

Por un camino de piedra, nos adentramos el bosque que sin duda, era mucho más amplio de lo que creí.

Hacía frío. Me encogí dentro de mi campera de cuero.

Mientras andaba me pregunté si lograría escapar hacia alguna parte si me lanzaba a correr ahora, ni Ami ni Pavel serían capaces de correr tan rápido como yo, y además, contaba con el efecto sorpresa. ¿Serviría también el efecto sorpresa para no darle tiempo a Ami a descargar el cargador de su pistola en mi espalda? ¿Sería yo capaz de correr con cinco balas en la espalda, además

de la herida del puñal?

Súbitamente el bosque se terminó en una puerta de vegetación creada entre los árboles. Gabriel obstruía dicha puerta.

—Todos deseaban venir a despedir los restos del padre Lucio y yo no deseaba desairar a nadie, solamente a eso se debe tu presencia aquí. Muestra respeto —me gruñó Gabriel para luego darse la vuelta y alejarse por un camino distinto que se abría en la claridad, un camino de piedra gris entre sepulturas que tenían todo el aspecto de ser sumamente antiguas.

Ami apuntó con la cabeza en dirección a la luz.

—Vamos. Nadie te hará daño.

Pese a sus palabras, a mí me dio toda la impresión de que Gabriel tenía muchas ganas de ponerme las manos encima, y no precisamente, para acariciarme.

Pavel salió al frente de nuestra comitiva.

El campo santo no era muy grande, sí lo era la variedad de sepulturas. Cruces cristianas, lapidas de mármol, estrellas de David. Divisé una columna de madera con caracteres orientales. En alguna parte no muy lejos había una varilla de incienso encendida, podía percibir aquel aroma en el aire. Rocas acumuladas sobre las tumbas. Un buda de piedra me daba la espalda mientras que sobre la superficie de un lago adyacente, flotaba un ramo de flores blancas.

Lo que más me impactó fue el gran grupo congregado alrededor de una tumba, a los pies de un roble. Debían ser al menos unas cuarenta personas, repartidas entre todas las nacionalidades, edades y sexos, y muchos de ellos se habían volteado para verme llegar.

Entre los seres humanos, no con algo menos que inquietud, comprobé había más de un par de alas. Gabriel no era el único ángel. Eran dos muchachos y una chica. Como no podía esperarse de otro modo, los tres clavaron sus ojos en mí. Sus alas pusieron en evidencia el avistamiento de mi persona. Los tres pares de alas diferentes entre sí, y al mismo tiempo, distintas de las de Gabriel, se estremecieron nerviosas. Las de la chica tenían un ligero tinte rosado; las del muchacho de piel oscura, eran de un tono terroso muy pálido, las del otro ángel eran de un gris frío. Por todas ellas la luz pasaba y al mismo tiempo se reflejaba, era como si sus alas absorbiesen la luz y al mismo tiempo la refractasen incrementando la intensidad de su brillo. La imagen era completamente surreal.

Ami me tomo del codo y me llevó a un rincón oscuro y apartado. Desde allí

podíamos seguir la ceremonia sin alterar tanto al resto de los concurrentes.

—Son solamente ideas mías o es que más de uno de tus compañeros tiene ganas de materializar la justicia sobre mí.

Ami contuvo la sonrisa. Continuó mirando al frente.

—Tranquila. Nadie te tocará un pelo, para eso estoy yo aquí —susurró con la boca torcida hacia mí.

—¿Para protegerme de ellos?

—Para protegerte de quien sea, incluso de ti misma.

—No entiendo a qué viene eso último.

—A que espero que no cometas una tontería. Sí, si haces algo fuera de lugar ellos no dudarán en acabar contigo. Eres el enemigo. Sobre todo hoy. No conocí demasiado bien al padre Lucio. El hombre era muy mayor y llevaba muchísimo tiempo postrado en su cama. Muy pocos tenían permiso para entrar en su habitación. Hasta lo que sé, el padre Lucio fue uno de los más grandes angelólogos de todos los tiempos.

El cura que oficiaba el sepelio continuo con su discurso.

—Así mismo era un gran demonólogo.

Ante la escalada de mis cejas, Ami continuó adelante con su relato.

—La enfermedad de la que murió no era una dolencia humana. Fue regalo de un demonio al que se enfrentó hace años. Desde entonces la salud de Lucio ha empeorado día a día—. Ami ladeo la cabeza hacia mi lado sin perder de vista el oficio religioso que se daba a los pies de lugar que sería la última morada del padre Lucio—. Solamente lo vi una vez; de hecho entré a su cuarto sin querer. Se supone que uno de los ángeles debía haber estado custodiando su puerta, así era siempre, pero esa tarde el ángel no estaba allí y yo entré ahí por equivocación, era un recién llegado y todos los malditos corredores de este edificio me parecían iguales, creí que su puerta era la del gimnasio. Me equivoqué —movió la cabeza y me miró—. Ya por ese entonces el padre Lucio vivía en penumbras, decía que la luz lo lastimaba. Si lo hubieses visto, el hombre daba miedo.

—Por qué —curioseé no muy segura de si realmente deseaba una explicación.

—El demonio le lanzó una especie de peste que poco a poco, fue degradando su cuerpo. Degradándolo hasta convertirlo algo que según entiendo, lo haría verse como uno de ustedes cuando no se ven así como humanos.

Tuve la sensación de que un chorro de agua fría impactaba en mi nuca. Al instante los músculos de mi cuello y espalda se petrificaron.

—Cómo es eso posible.

—Nada es imposible, Eliza. Por lo que se cuenta sé que el padre Lucio acabó perdiendo el apetito, que llegó un momento en que no soportó más que la luz de una vela, que su piel cambió por esa especie de cuero... que le salieron alas y... y todo lo demás. A qué tortura peor que esa, podrías someter a un hombre de Dios. El padre Lucio murió convertido en demonio.

—Es por eso que todos me miran así—. Me sentía pésimo por aquel hombre, en parte responsable aunque no supiese nada de él, ni de aquel demonio que le lanzó aquella especie de maldición.

—Los ánimos están un poco más sensibles hoy.

—Quién fue, ¿saben quién fue el responsable?

Ami no contestó.

—Solamente puedo pensar lo peor. Si no respondes...

Ami me tomó de la mano. Su reacción fue extraña y me hizo esperar lo peor.

—¿Quién fue?

—No quieres saberlo.

—Claro que sí.

—No.

—Tengo derecho.

—¿A sí?

—Dime.

Ami tiró de mí hacia atrás. En un par de pasos estábamos otra vez en la oscuridad del bosque, muy lejos de los demás.

—Fue alguien a quién Lucio no pudo salvar —escupió al soltarme.

—No... no sé... no entiendo de qué me hablas.

—Fue alguien que recurrió a Lucio en busca de ayuda, quería que lo liberase de lo que era. Lucio no tenía ni la menor idea de cómo hacer algo semejante. El demonio se vengó condenándolo a la misma vida que él llevaba. Lo peor del caso es que el padre Lucio jamás lo culpó. No poder ayudar a ese demonio que deseaba dejar de ser lo que era, siempre pesó mucho sobre su conciencia, o al menos, esa es la historia.

—¿Quién...?

Ami bajó la vista. Sus labios tan apretados formaban una línea tensa que amenazaba con reventarse, igual que una soga que soporta más tensión de la que puede.

—No debí contarte nada.

—Ya lo hiciste.

—Gabriel me dijo que no abriera la boca.

—Es un poco tarde para arrepentirse. ¡Habla!

Sus labios no eran lo único que se encontraban a un tris de estallar.

—¡Maldición, dímelo! ¡Habla! ¡¿Quién fue?! Sí los demás van a desquitarse conmigo por culpa de lo que otro demonio hizo quiero saber quién fue. Tengo derecho a saberlo. ¡Habla o voy a destrozar todo el malito lugar así descargues todas tus balas en mí o no! —Grité. Ya me importaba un cuerno si nos oían.

—Fue él —rumió apartándose de mí.

—¿Él? ¿Quién es “él”?

—Tú sabes a quién me refiero.

—Por el amor de Dios, no soy adivina. Quiero un nombre, un puto nombre.

Los ojos de Ami se abrieron como platos.

Sentí los pasos a mi espalda y me di la vuelta.

—Tu esposo.

La cara de ira en el rostro de Gabriel hizo que mi corazón empequeñeciese.

—Fue el que ahora es tu esposo —insistió.

—Mientes —escupí sintiendo que me ahogaba dentro de mí misma—. Eso es pura mierda. Todos ustedes son unos mentirosos. Quieren desquitarse conmigo, es eso. Ustedes no son distintos a nosotros, están dispuestos a matar, están dispuestos a cualquier cosa. Lo único que nos diferencia es un nombre, un título, el cual no significa nada. Vicente jamás haría una cosa así. Además —inspiré hondo, me estaba costando mucho respirar—, Vicente no sabe nada de nada, nada de ustedes, nada de esto.

—¿Eso te dijo? —Me espetó Gabriel abalanzándose sobre mí con las alas extendidas en toda su envergadura—. ¡No es cierto! Te mintió—. Rugió y se vino definitivamente sobre mí. En un movimiento del que no pude escapar, atrapó mi muñeca derecha entre sus manos y plantó delante de mis ojos mi alianza y el cintillo de brillantes que Vicente había puesto en mi dedo el día que nos comprometimos—. Esto no significa nada para él.

Tiré de mi mano, y como no logré soltarme, le lancé un puñetazo que tenía como objetivo su mandíbula. Gabriel atrapó mi puño en el aire.

—Eres un mentiroso —le grité furiosa—. Apuesto lo que sea que ni una de las palabras que pronunciaste en la cocina es totalmente cierta. Ustedes no estaban tras de mí para evitar que los Nefilim o mi padre se adueñen de mí para acabar con el mundo. Lo que tú quieres es venganza.

—¡Eso no es cierto! Toda esta maldita historia se enredó demasiado, es todo.

—No te creo. Solamente intentas vengar la muerte de quién dijiste era tu mejor

amigo, tu único amigo. Sin duda el resto te importa una mierda. Se te nota en los ojos—. Le desbordaban de dolor.

—Tú solamente esperas de los demás lo que tú serías capaz de hacer, pero eso no significa que a todos nos muevan las mismas pasiones.

—Di lo que quieras, no te creo. No creo ni una sola palabra de lo que todos ustedes me han contado esta noche—. Tironeé de mis brazos y logré soltarme del agarre de Gabriel—. Es cierto, somos enemigos y siempre será así. No pienso colaborar con ustedes, de modo que vamos, hagan lo que quieran. Inténtelo, para qué perder el tiempo —los llamé con las manos preparándome para soltar fuego. Me sentía demasiado confundida y aturdida pero lo intentaría igual, no me quedaba otra opción—. De todos modos, tarde o temprano sabrán que la hora de acabar conmigo ha llegado. ¡Esta es, adelante, inténtenlo!

Ami, visiblemente nervioso y sin saber qué hacer, miró a Gabriel. De refilón vi que tenía la mano derecha posada sobre la cartuchera de la pistola.

Gabriel se cruzó de brazos.

—Sí no crees en mí, ve y pregúntaselo tú misma.

—¿Qué?

—Que vayas y se lo preguntes. Ve con él y pídele que te cuente la verdad, toda la verdad —recalcó de un modo tal sus últimas palabras que sentí que por las venas, en vez de correrme sangre, corría líquido refrigerante.

—¿No que no podía salir de aquí?

—Continuaremos cuidando de ti allí afuera. También estamos atentos a que no cometas ningún desliz, si le cuentas a alguno de tus congéneres sobre nosotros puedes considerarte muerta. Ve y averigua por ti misma quienes son los mentirosos, los hipócritas, los que no merecen existir —rugió en mi cara, y luego, enmudeció súbitamente—. ¡Ami!

Ami dio un salto al frente.

—Sácala de aquí, no quiero volver a verla.

—Pero...

—¡Que te la lleves de aquí ahora mismo! —Gritó sacudiendo las alas. Sobre el suelo una mezcla de hojas secas y tierra se arremolinó a causa de la fuerte corriente de aire que crearon aquellas magníficas alas—. Usa el mismo procedimiento de siempre, no quiero que pueda guiar al resto de su desagradable progenie aquí. Si tenemos que enfrentarnos con ellos que no sea aquí, este lugar es sagrado y ella ya lo ha mancillado lo suficiente—. Sus oscuros ojos me taladraron—. Todos ustedes deberían estar en el Infierno.

En dos trancos, Gabriel se paró frente a mí, sus ojos habían cobrado aquel brillo verdoso tan extraño.

—Si haces algo, lo que sea, yo mismo iré por ti, y por él—. Los dientes le rechinaron—. Cuando sepas la verdad, volveremos a vernos.

No pude hacer más que anclarme en sus ojos. Lo más extraño y desesperante de toda la situación es que algo, dentro de mi pecho, tiraba hacia él sin importar cuánto yo intentase retroceder, es como si alguien nos hubiese atado juntos con vueltas y más vueltas de una gruesa soga.

Cuando Gabriel dio un paso a un lado para apartarse de mí y regresar al claro, me desmoroné en el suelo.

—Te llevaré a casa —me susurró Ami levantándome por los hombros.

El procedimiento al que Gabriel se refería resultó ser digno de una película de mafiosos. Sobre mis ojos, antes de subirme a una camioneta negra de vidrios tintados colocó una venda.

—Es por tu bien y por el nuestro—. Me dijo a modo de disculpa cuando cerró sobre mis muñecas unos anchos grilletes de frío metal. Unas cadenas tintinearón sobre el piso de la camioneta.

Aquel trato me hizo sentir indefensa y humana.

Sabía que si lo intentaba, lograría deshacerme del amarre. Pero qué sentido tenía ahora. Ami estaba llevándome de regreso a casa. De regreso a casa para que le pidiese a Vicente una explicación sobre la maldición que había echado sobre el cuerpo del padre Lucio, para que me explicase por qué había repetido más de una vez que desconocía la existencia de los ángeles, y por qué jamás me contó una sola palabra de ellos.

—Hasta aquí llego yo—. Me dijo Ami al abrir las puertas de la camioneta—. Lo lamento—. Me quitó los grilletes y la venda de los ojos. De espaldas a la salida, retrocedió. En una de sus manos empuñaba la pistola, en el otro una daga.

Esperaba que no lo atacase demostrando semejante derroche de ferocidad. No se obtiene la paz enarbolando armas.

Me levanté estirando mi cuerpo todo lo que el alto de la camioneta me lo permitía.

Ni bien asomé la cabeza fuera resultó evidente que ya había amanecido. Brillaba el sol, los pájaros cantaban, sin embargo, como el barrio en el que yo vivía junto a Vicente era muy, pero muy tranquilo, ni se veía personas por los alrededores. Nuestros vecinos son del tipo de gente que sale de su casa dentro

de su automóvil, y regresa a ella del mismo modo.

Al saltar sobre los adoquines de la calle me di mi cuenta de que me encontraba a dos manzanas de mi hogar.

—Continuaré haciendo mi trabajo.

—¿Para qué? ¿Para asegurarle a él, el día de mañana la oportunidad de acabar con nuestras vidas?

Ami puso mala cara.

Subí a la vereda.

—Vete. No tienes más nada que hacer aquí.

Ante mis palabras el enorme israelí cerró las puertas traseras de la camioneta, y retrocediendo otra vez de espaldas, se sentó al volante. Antes de poner primera y largarse, me lanzó una mirada por el espejo retrovisor lateral.

La camioneta no tenía placas y se perdió en la primera esquina a la izquierda.

Me tomó unos cinco minutos, reaccionar y echarme a andar hacia mi casa.

Cuanto más me acercaba al enorme portón de madera de la entrada, más difícil me resultaba aceptar lo vivido en las últimas horas.

13. Heridos.

—¡Eliza! —Lucas gritó mi nombre a voz en cuello. Tras él, por la puerta salió Anežka.

Los dos tenían cara de no haber pegado un ojo en toda la noche. Bueno, no es que fuese precisamente así para Lucas, en él la mala cara debía deberse solamente a la preocupación causada por mi desaparición, no por la falta de sueño.

Por el bien de todos, alcé todas las barreras mentales que pude, Lucas no podía llegar a mí, mucho menos, a ellos.

—¿¿Dónde te habías metido?! —Se lanzó sobre mí en un abrazo que casi me tumba. Me apretó entre sus brazos con tanta fuerza que poco faltó para que me saltasen los ojos de las órbitas. Apartándose de mí un paso, requisó mi cuerpo con sus ojos, lo cuales parecían un escáner de rayos equis—. ¿Estás bien? ¿Dónde estabas? ¿Qué te pasó? Fui a buscarte al supermercado. Encontré tu camioneta abierta, tu cartera, tu celular, las llaves en el piso. ¿Qué sucedió? Comenzábamos a pensar lo peor. Tenemos que llamar a Gaspar para avisarle que estás de vuelta. Todo mundo salió a buscarte, incluso barajamos la posibilidad de llamar a tu padre... fue idea de Gaspar; no sé si no lo habrá

llamado ya. Estábamos terriblemente preocupados. Hace tan solo un par de horas Gaspar logró dar con Vicente, viene en camino—. Se me acercó otra vez y apretándome los brazos dijo: —nos tenías muertos de miedo. Temí no volver a verte nunca más. Creí que iba a volverme loco de desesperación.

—Estoy bien, Lucas.

—¿Pero qué te pasó? Te topaste con algún demonio... ¿te atacaron?

—No me pasó nada —sutilmente lo aparté de mi lado—. Mejor vamos a llamar a todos para que se tranquilicen. No fue nada. No creí que se alterarían tanto.

—¿No creíste que nos alteraríamos tanto? —me miró torcido—. Tal como están las cosas pensamos lo peor. Ni te imaginas lo que fue encontrar tu camioneta abandonada en el estacionamiento del supermercado... y el resto de tus cosas. Sentí que el mundo se desmoronaba debajo de mis pies. Fue... nunca tuve tanto miedo por nadie —dijo bajando la voz mientras espiaba por el rabillo del ojo en dirección a Anežka, quién se había mantenido a una distancia prudencial de unos cuantos pasos por detrás de Lucas.

—Perdón, ni me imaginé que fuese a causar tanto...

—¿Dónde estabas?

—Por ahí. Es que perdí el control y necesitaba estar sola —le contesté—. Estoy bien —le expliqué Anežka en checo, cuando llegué a su lado—. No me pasó nada. Perdón por haberte preocupado. ¿No pegaste en ojo en toda la noche?

Anežka negó con la cabeza.

—Cosas de demonios —añadí forzando una sonrisa—. Todo está bien. Ven, vamos adentro, necesito comer algo. ¿Desayunaron ya?

—No, ni se me ocurrió en pensar en eso. Realmente nos preocupamos mucho.

—Gracias por eso —le rodeé los hombros con un brazo procurando esconder mi espalda de los ojos de Lucas (el rasgón en mi chaqueta sería difícil de explicar sin contar la verdad; en cuanto llegase arriba tendría que deshacerme de dicha prenda y de la camisa ensangrentada que escondía debajo).

—Eres mi única familia. No sé qué sería de mí si te perdiese a ti también.

—No digas eso, además no soy lo único que tienes, están Lucas, Gaspar y...

—Los demás son muy agradables y demás pero...

Entramos en la cocina.

—Nada, nada —canturreé procurando sonar despreocupada—. Por qué no pones la cafetera y preparas unas tostadas, voy a subir a darme una ducha y enseguida bajo.

Anežka me miró dubitativa.

—Te prometo que no volveré a dejarte así. No volveré a dejarte sola. Lo lamento mucho, fue una estupidez de mi parte y me siento horrible por lo que hice. Me comporté como una irresponsable... tú eres mi responsabilidad ahora, debí pensar en eso.

—Sabes que es lo que más me molestó de todo este asunto.
Negué con la cabeza.

—Que todavía soy humana, que ellos pueden seguir atormentándome incluso si no me amenazan directamente a mí. Quiero cambiar —soltó con ojos desesperados—. Todos hablaban de salir de buscarte, de organizarse para una posible batalla y yo sabía que siendo lo que soy, no serviría de ayuda alguna, sino todo lo contrario. Me sentí inútil, débil.

La culpa en mí creció un doscientos por ciento con sus palabras.

—Me salvaste una vez siendo humana —le recordé.

—Fue pura suerte.

—No. Es que está en ti.

—No quiero seguir esperando. Lo de esta noche fue una señal, lo presiento.

—No nos apesuremos. Lo discutiremos después del desayuno. Ahora mejor subo, siento como si no tomase un baño desde hace siglos—. Tenía que huir de la cocina cuanto antes, Lucas se tardaba demasiado en entrar pero no por eso me convenía arriesgarme a arruinarlo todo.

—Enseguida bajo —dije. En cuanto la puerta de la cocina se cerró a mi espalda, salí corriendo hacia mi cuarto.

No serviría de mucho si él quería entrar, así y todo, cerré la puerta con llave. Me arranqué la chaqueta de cuero. El forcejeo reavivó el dolor de mi hombro; con más cuidado, me quité la camisa. Escondí ambas prendas dentro de una bolsa en la que tenía ropa para llevar a la tintorería (la cual volví a esconder a los pies de los abrigos de invierno y de unas botas de caña alta que no volvería a usar hasta la próxima temporada. Conteniendo el aliento, salí disparada del vestidor en dirección al baño.

Para más seguridad, cerré esta puerta también y fui directo a echarle una mirada a la herida.

La imagen que me devolvió en el espejo no me gustó nada, el vendaje estaba empapado en sangre y si bien esta ya se había secado, adquiriendo un tono oscuro, no se veía nada bien. La zona que rodeaba la herida tenía un color horrible. Despegué las cintas adhesivas que rodeaban la venda y tiré de la compresa. Lo único que logré fue infundirme dolor, y hacer que la sangre

volviese a manar. Las gasas se habían pegado al corte.

Maldije mi mala suerte.

A los apurones abrí la ducha mientras me quitaba los zapatos, me arranqué los pantalones y me deshice de la ropa interior. Hice un bollo con todo y lo escondí en un rincón, recién ahora me daba cuenta de que el pantalón tenía manchas de sangre, al igual que los zapatos y la ropa interior.

Me lancé de cabeza dentro de la ducha, contaba con que el agua caliente aflojase la sangre seca.

Con una sola mano (imposible levantar el brazo izquierdo por encima de la altura del hombro) me lavé la cabeza y el cuerpo. Para cuando terminé con todo, volví a intentarlo con el vendaje. Con delicados tirones, logré arrancar uno a uno, los hilos que se habían pegoteado con sangre sobre la herida. Dolió y procuré hacer oídos sordos frente al dolor.

Al salir de la ducha volví a echarle un vistazo a la herida. Aún parecía en carne viva en más de un punto, logré contabilizar al menos ocho puntos de sutura en el corte, todos muy pequeños, realizados con un hilo extremadamente fino, uno muy cerca del otro. Aún así se notaba que no sanaría con facilidad; me pregunté por qué, si César había dicho que a más tardar en un día o dos estaría como nueva. Con un poco de maña, y sin mucha pericia, cubrí la herida con gasas y cintas (las viejas que mudé de mi departamento cuando me vine a vivir con Vicente, las mismas que sobraron de aquella época en que dependía de ellas muy a menudo; utilizarlas me produjo una suerte de sensación de *dejà vu* que no me gustó nada).

Enfundada en mi mullida salida de baño (luego de tirar a la basura, envuelto en un bollo de papel higiénico, los restos del vendaje) salí a vestirme.

Casi me muero del susto cuando di de frente con Lucas. Se me escapó un grito y la frenada en seco que di, abrió un nuevo camino para que la sangre corriese hacia la superficie de la herida.

—¿Qué...?! ¿No te enseñaron a tocar antes de entrar?! —Retrocedí.

Lucas, muy serio, se cruzó de brazos.

—Podía haber estado desnuda.

Su ceja derecha trepó muy alto tirando de todo ese lado de la cara, lo que provocó que en sus labios se formase una sonrisa torcida, entre seductora y malévola.

—No hubiese tenido queja alguna —murmuró con un tono que hacía parecer que la voz le salía de lo más profundo del pecho y no de las cuerdas vocales ubicadas en su laringe.

—No me vengas con eso ahora, no estoy de humor.

—A decir verdad, tampoco yo. Que me mientan me desmotiva, que me oculten cosas, que tú me ocultes cosas —recalcó—, me cae todavía peor.

Sin darle la espalda, lo esquivé y me metí dentro del vestidor.

—Silencio. ¿Eso es lo que darás a modo de explicación? —se metió en el vestidor tras de mí.

—Lucas, quisiera vestirme si no es mucha molestia.

—¡Es un maldito dolor en el trasero! Si no tienes nada que ocultar porque es que te cierras a mí.

Hice bien en cerrarme apenas puse un pie en la casa, antes de que sus palabras llegasen a preguntarlo, Lucas había buscado en mi mente, una respuesta.

—¿Por qué debería mostrarte todo? —Esa sin duda no fue la mejor respuesta que pude darle, con ella no lograba otra cosa que empeorarlo todo, la desgracia es que fue la única que se me ocurrió bajo ese momento de presión, me daba pánico que se percatase de la herida o que pescase en mí, parte de la verdad que debía ocultar al menos por el momento.

Eso acabó disuadiéndolo por completo. Retrocedió un par de pasos hasta apoyarse contra el marco de la puerta, y acto seguido, me escrutó de pies a cabeza igual que si nunca me hubiese visto antes; me desconocía.

—Ok. Creo que entiendo por dónde van los tiros. Por lo visto es asunto tuyo dónde pasaste la noche o con quién. Solamente quería asegurarme de que estuvieses bien, que esto no tuviese nada que ver con las cosas que han sucedido... con los ataques.

¿Es asunto mío dónde pasé la noche o con quién? ¿Acaso insinuaba que yo...? Olí a celos.

—Gracias por traer mi camioneta a casa —dije esquivando el bulto. Que imaginase cualquier cosa, lo que quisiese, menos la verdad.

—¿Eso es lo que soy, el chico de los mandados? —Sonrió con amargura.

Cuanto me hubiese gustado tener el poder de borrar de su corazón y de su mente lo que sentía por mí.

—En fin —resopló golpeándose los abdominales con una mano—, puse a cargar tu celular en la cocina. Ahh, y por cierto, ya llamé a todos para avisarles de tu regreso—. Apretó tanto los dientes que los músculos a los costados de sus mandíbulas se transformaron en protuberancias muy marcadas—. A ver cómo te las ingenias para explicarle esto a los demás. Supiste deshacerte de mí pero no creo que te resulte tan fácil hacer lo mismo con Vicente y mucho menos con Gaspar—. Hizo una pausa y luego dijo que el café

estaba listo, acto seguido, salió del vestidor y del cuarto, azotando la puerta a su paso.

Hastiada de todo, me vestí procurando ya no pensar. Contar la verdad no sería sencillo, y mucho menos seguro, la advertencia de Gabriel y César todavía pesaba, mentir simplemente lo complicaba todo un poco más.

Lucas por lo visto estaba determinado a no perderme de vista. Mientras desayunaba en compañía de Anežka, él me miraba fijo, casi sin parpadear y sin prestar demasiada atención a la taza de café con leche que cargaba en las manos. Tampoco apartó sus ojos de mí, cuando a regañadientes llamé a Gaspar para asegurarle que todo iba bien. Por supuesto que la cabeza del clan Salleses no se tragó ni una de mis palabras, o por lo menos, podemos decir, que se limitó a aceptarlas almacenándolas en algún lugar de su mente con un rotulo grande y claro que decía “duda”.

Fue un gran alivio cuando la conversación giró en torno a otros asuntos, durante la noche habían logrado dar con Marga, a más tardar arribaría a Buenos Aires mañana por la mañana. Lo malo es que Petra seguía igual, sin empeorar, pero tampoco sin mejorar. El único alivio que recibí con nuestra conversación fue que Vicente también venía de regreso. No me explicó dónde o con quién había pasado los últimos días (probablemente él tampoco lo supiese). Lo único bueno de todo eso es que probablemente Marga quizá pudiese ayudarlo (si es que la mano de Vicente todavía continuaba en mal estado; Gaspar me dijo que Vicente no quiso hablar sobre eso por teléfono, le preocupaba más mi desaparición).

Lo poco que pude hacer yo, fue desear que para cuando llegara, la herida hubiese mejorado al menos un poco. Necesitaba sentirme fuerte y segura para enfrentarlo, para aclarar todo el asunto... y por Dios que fuese del mejor modo posible, no deseaba volver a tener otra crisis con Vicente, con toda el alma deseaba que volviésemos a ser los mismos de siempre, que fuese el amor lo único importante para nosotros.

No más heridos —pensé— no más heridas que tardan en sanar.

...

No pude culpar a Lucas por largarse a su casa después del almuerzo. Como Vicente venía en camino y yo me negaba a contarle nada de lo sucedido en mis horas de ausencia, supongo que sintió que no tenía más nada que hacer allí. Fue duro despedirme de él a cara de piedra, una parte de mi ser siempre se

sentiría culpable por no corresponderle del modo que él esperaba. Por momentos, en especial momentos como este, me daba por pensar que lo que yo tenía para ofrecerle era peor que lo que le negaba, o al menos sentía que así sería a la larga. Puede que al principio ser amigo de la persona que amas sea una bendición “mejor tenerlo cerca que no tener nada”, pero no sería un suplicio cuando acabase por entender que nada sucedería entre nosotros, por más que esperase siglos. Pobre Lucas, por momentos, lo odiaba por no largarse, por no seguir adelante, y al mismo tiempo, admitámoslo, me enloquecía la mera idea de saberlo lejos, o con alguien más.

Por esa manía mía de torturarme con todo, cuando se fue y Anežka se retiró a su cuarto a repasar sus lecciones, me puse a cavilar sobre cómo habría sido mi vida si en vez de Vicente, fuese Lucas. ¿Serían las cosas más fáciles, igual de intensas, tanto así de sinceras?

Engañar a Vicente, serle infiel, no era ni un deseo oculto, ni una necesidad. Simplemente pensar en Lucas, no sé por qué, era natural, algo que estaba allí y que me llevaba a preguntarme si es posible amar a dos personas al mismo tiempo, porque sí, yo amaba cosas muy distintas en cada uno de ellos. Los necesitaba a ambos, y por momentos también me entraban unas desesperantes ganas de apartarme de ambos, de cortar con el círculo vicioso. ¡¿Cómo si eso fuese posible?!

Lo más penoso de todo el asunto era terminar de entender que más allá del inmenso e imperecedero amor que sentía por Vicente, nuestra relación no era perfecta, sino simplemente igual de susceptible al fracaso, que cualquier otra relación humana.

El hombre al que yo todavía me emperraba en ver como a un caballero de cuento de hadas tenía sus secretos, tenía además un pasado, y una vida interna —una vida más allá de mí— que yo nunca podría controlar, no porque fuese yo, no porque fuese él, sino porque así es siempre, porque somos uno, pero él sigue siendo él, y yo sigo siendo yo, y porque la realidad es que si esto un día se terminase, el mundo no acabará, ni él morirá, ni yo moriré, restarán heridas, sí, pero seguiremos adelante.

Sobra decir que con el atardecer, caí en una oscura nube de depresión.

Frente a Anežka me mostré tranquila, normal, ella precisaba toda la estabilidad que estuviese al alcance de mi mano darle, sin embargo, del otro lado del disfraz este demonio se sentía pésimo.

Es por eso, que la noche me encontró sentada sobre mi nueva moto, dándole vueltas a mi anillo de bodas bajo de la luz, cuyo rayo emergía de debajo del

mueble de acero bruñido, dentro del cual guardábamos herramientas y demás cachivaches dentro del garaje.

Destellos de todos los colores del arcoíris que soltaban las piedras, jugueteaban en las paredes oscuras. Salvo esa fuente de luz, todos los otros artefactos de iluminación se encontraban apagados.

Lo sentí llegar incluso antes de percibir la cadencia típica del ronroneo del motor de su Mercedes-Benz. El corazón me trepó a la garganta y los latidos se aceleraron tanto que creí que iba a darme algo.

Las luces de los faros delanteros del Mercedes me encontraron en cuanto Vicente giró el volante para tomar el camino lateral de la casa, el cual desembocaba en las cocheras.

Los blancos rayos me encandilaron y la cochera se llenó de luz ya que la puerta estaba abierta y en este momento pendía del techo.

Regresé el anillo a su lugar y me puse de pie.

Ni siquiera con mi increíble visión de demonio, pude ver su rostro a través de los vidrios polarizados. Todos mis sentidos, cada una de mis terminales se descontroló. Por todo, y pese a todo, lo único que deseaba en este momento, pasados tantos días de separación, era besarlo, abrazarlo. Quizá en un acto un tanto infantil, aparté de mi mente, al menos por el momento, cada una de mis preocupaciones, de mis dudas; él me hacía esto, yo junto a él me olvidaba de todo, para bien o para mal, así era. A su lado, me perdía por completo.

Vicente estacionó su vehículo en el lugar vacío que dejó al irse. Detuvo el motor y sobrevino el silencio. Los faros se apagaron y la penumbra regresó. La luz del mueble volvió a ser la única fuente de iluminación ya que afuera, no había luna y el cielo lucía un sublime azul profundo que delataba lo infinito del espacio más allá del propio azul.

Mi corazón pasó de latir como loco a detenerse. Las palmas empezaron a sudarme y los labios me ardían.

Cuando la puerta del lado del conductor se abrió, contuve la respiración. Deseaba correr a recibirlo pero mis piernas no reaccionaron.

Salió del automóvil.

La mera visión de su nuca me llenó los ojos de lágrimas. Creí que me caería al piso convertida en pequeños trocitos.

Se dio la vuelta y me miró. ¡Por Dios cuanto había extrañado sus ojos, su mirada, su rostro! Si me parecía que llevaba siglos sin verlo. Cuando sus manos aparecieron en escena, una para posarse sobre el borde de la puerta y la otra sobre el techo del automóvil, mi cuerpo reaccionó necesítandolo más

que nunca, y entonces logré moverme. Además, su mano herida lucía mucho mejor, se notaba que algo le había pasado, pero también era evidente que el proceso de curación seguía su curso.

Gritando su nombre pegué un salto y salí disparada hacia él. Choqué contra su cuerpo y lo besé desesperada por tenerlo conmigo, para así con este beso solucionar todo, borrar todo lo malo y perder la conciencia en él.

Fue obvio que mi piel y mis manos no eran las únicas que necesitadas de aquel contacto, él también extrañaba lo que éramos y lo demostró con entusiasmo. ¡Al cuerno con eso de que no quería hacer demostraciones frente a Anežka, con que ella podía sentirnos!

Por desgracia, después de arrancarle la camisa, él se entusiasmó con mi remera, y entonces recordé la herida en mi espalda. Tuve que morderme la lengua para frenarme y así tomar coraje para detener también, el entusiasmo de él.

—Te extrañé horrores —le susurré al apartar su boca de la mía—. No vuelvas a irte así.

Me arrancó otro beso y me miró a los ojos sin pronunciar palabra. Puede parecer extraño, el caso es que no soporté su mirada por más de un par de segundos.

Di un paso atrás, acomodándome las ropas. Hasta ahora no había pronunciado ni una sola palabra, se limitaba a verme, es todo.

Me atusé el cabello y me apreté contra el costado de mi camioneta. Debía dar mi mejor esfuerzo y mantenerme allí al menos un momento, tenía que darle la oportunidad de hablar, eso es si él necesitaba decirme algo, hasta ahora no aparentaba tener necesidad alguna de aclarar nada, y yo, pese a que me moría por echarme a sus brazos, sabía que aquello no estaba bien, se había ido, se había largado, puso entre él y yo una gran distancia, una que iba más allá del silencio, una que era una gran herida que no terminaba de cerrar.

—Tu mano se ve mucho mejor que cuando te fuiste.

Ante mis palabras, Vicente, con la vista baja, alzó la mano, movió los dedos y luego volvió a bajarla.

—Te dejé una infinidad de mensajes—. Añadí. Y como mantuvo el silencio, me sentí obligada a ser más directa aún—. ¿Dónde estabas? ¿Por qué no respondiste a mis llamados?

Soltando con fuerza, aire por la nariz, se recostó contra el costado de su Mercedes-Benz.

—Comienzo a pensar qué habría sucedido si Gaspar no te hubiese llamado para ponerte al tanto de que anoche no regresé a casa. ¿Hubieses regresado? ¿Cuánto tiempo más habrías mantenido el silencio que instauraste entre ambos? —me detuve porque comencé a experimentar una irrefrenable sensación de pérdida que me abrumó. Aun así, decidí seguir adelante, esquivar lo sucedido solamente lo empeoraría todo. Pretender que todo estaba bien no era la solución, nunca lo sería—. ¿De verdad, por qué volviste? ¿Por qué me amas?, ¿Por qué te sentiste culpable por no estar aquí para protegerme?, ¿porque se suponía que como mi marido, debías hacer eso? —La saliva empezó a acumularse en la garganta, esto no iba nada bien, y el hecho de que fuese un monólogo de mi parte lo que se suponía debía ser una conversación de a dos, lo empeoraba todavía más—. Di algo, lo que sea pero di algo. El silencio ya no es una opción entre nosotros. Los secretos que creímos enterrados acaban pudriéndose y saliendo a la tierra en forma de hongos que lo contaminan todo.

Se limitó a verme a los ojos.

—¿Tienes algo para decirme? —Me despegué de la camioneta—. Y con esto no me refiero solamente a que me digas dónde estuviste los últimos días; necesito que sabes qué más me ocultas y por qué. A veces siento que no te conozco —era la horrible y cruel verdad—, es cierto, por momentos no tengo ni la menor idea de quién eres y no me gusta eso, no quiero sentirme así. Cuando eso pasa tengo la sensación de estar viviendo una farsa que no condice con lo real de mi amor.

—¿Quieres que te relate cada día de mi vida, que te cuente cada uno de mis pensamientos?

—No me pongas en el papel de esposa celosa que pretende absurdos; sabes a qué me refiero.

—Tuve trabajo; pasé unos días en el campo. Volví porque me preocupé por ti.

—También estaba preocupada por ti.

Aceptó mis palabras con un parpadeo.

—Entonces... es eso lo que tienes para decir... ¿nada más?

—Te amo. Si quieres puedes llamar a Eva y corroborar que no estuve con ella.

—Vicente, no me tomes por tonta—. En unos pocos pasos, llegué a él—. ¿Qué sucede aquí?

—Nada. Volví a casa, es todo. Este es mi lugar, aquí junto a ti.

—Qué bueno que opines eso —solté mordaz. Me reusaba a preguntarle directamente por los ángeles; por amor propio, por orgullo, necesitaba que fuese él quien liberase los secretos que cargaba consigo, necesitaba que sintiera las ganas de ser sincero conmigo, no que simplemente se sintiera obligado a responder a un interrogatorio, porque si en eso acabábamos, lo nuestro terminaría tarde o temprano, y lo más probable es que más temprano que tarde.

—¿Qué te pasó a ti, por qué encontraron tu camioneta abandonada en el estacionamiento de un supermercado y con los vidrios estallados?

Me dieron ganas de tomarlo por los hombros y sacudirlo hasta que los secretos se le cayesen de encima.

—Enloquecí.

—Yo nunca te engañaría.

Soltó aquello así tan de la nada que me sobresalté.

—Te amo y ese amor continúa siendo sagrado para mí. Tú todavía eres mi esposa.

—Vicente, qué significa eso—. El tono monocorde en que pronunció aquellas palabras, las despojaba de todo sentido.

—He soportado mucho más de lo que tú has tenido que soportar, y todavía hoy continuó aguantando sobre mis hombros cosas que...

—¡Un momento! ¿Qué?

—Nunca tendrás ni la menor idea de lo que es vivir mi vida.

—Seguro que no en tanto y en cuanto continúes ocultándome cosas.

—Pretendes que me conforme con un simple “enloquecí”. ¿Qué significa eso? No soy estúpido, mientes.

—¡También tú! —En cuanto lo solté me dieron ganas de taparme la boca para tragarme las palabras pero fue demasiado tarde.

Ladeó la cabeza, los ojos le brillaban.

—¿Qué cambió?

—¿Y me lo preguntas a mí? Qué significa esto. Qué esperas de mí, que continúe aceptando y callando, que crea ciegamente en lo que me dices sin demandar una explicación cuando lo que cuentas no me aclara nada. Ya no soy humana... No voy a quebrarme en dos porque me cuentes la verdad. Ya no soy la pobre y débil Eliza que debías proteger a toda costa. ¡Soy tu igual Vicente!

¡Soy un condenado demonio y mi padre es el mismísimo Diablo! ¡¿Qué mierda puede ser peor que eso?! La débil princesa de cuentos de hadas, que necesita que la rescaten y cuiden de ella ya no existe. ¡Se terminó, se fue! ¡Soy yo la que está aquí ahora! ¡¿Entiendes eso?! Soy tu compañera, no un cachorrito abandonado.

—Tú siempre necesitarás de alguien que cuide de ti.

—¡A la mierda con eso! No es eso lo que necesito de ti, métetelo en la cabeza: las cosas cambiaron, no necesito una niñera, necesito un esposo. Necesito la realidad, la verdad, ojalá puedas dármele—. Di media vuelta y salí del garaje. Vicente no me siguió, es por eso, que la distancia que se alargó más y más entre nosotros, me supo a hiel.

No es que tuviese en mente hacerle una escena, es que me sentía demasiado ridícula, demasiado tonta. Me encerré en mi cuarto y lo esperé, lo que yo quería era que me siguiese, que viniese a reconciliarse conmigo. No lo hizo, de hecho, pasé el resto de la noche sola, volviéndome loca en compañía de mis dudas y miedos, de mis propios complejos, de los restos de aquella Eliza que tan segura se había sentido rodeada por los brazos de Vicente. Ahora sus brazos me semejaban más a un velo que pretendía esconderme, que podía cuidarme sí, pero no para bien, continuar ignorante de las cosas que sabía me ocultaba, y de aquellas que pudiese estar ocultándome sin yo saberlo, evitaba que terminase de cambiar de humano a demonio, que madurase para convertirme en alguien independiente. ¿Podía ser esa su intención: retenerme para siempre en aquello que fui, evitar que me volviese fuerte, que dejase de depender de él? ¡Cómo si eso fuese a cambiar lo mucho que lo amo y necesito!

...

En cuanto me lo pidió, adiviné que por detrás, corrían segundas intenciones escondidas, o al menos camufladas en hechos reales. No es que no quisiese llevar a Anežka a casa de Gaspar para que ella continuase con su instrucción, todavía ninguna de las dos estábamos preparadas para el cambio (cómo podía guiarla yo a ella en un momento tan decisivo de su existencia si por estos días ni siquiera era capaz de manejar mi propia vida, y como podía ella controlar aquello tan grande que cargaba en su interior si todavía no terminábamos de descubrir qué era). Tampoco me era indiferente el estado de salud de Petra, tal vez no del mismo modo que Massimo o Kumiko (por nombrar alguno) me sentía yo parte de la familia —no por falta de cariño o compromiso eso sí,

sino más bien por ser demasiado nueva en ella— de todos modos acompañarlos en este momento tan complicado era una necesidad, y no una obligación, al menos no en tanto y en cuanto yo no comenzase a representar un estorbo en vez de una ayuda o de apoyo.

La llegada de Marga tampoco me era del todo indiferente, aquel personaje enigmático engendraba en mí una enorme curiosidad (será porque últimamente busco por todos lados las respuestas que otros no me pueden dar, es como si pretendiese encontrar en cualquier extraño una fuente de sabiduría inmensa que lo aclarase todo de una buena vez).

Con todo, tener la absoluta certeza de que Gaspar lograría, sin esfuerzo alguno, arrinconarme entre una pared y las mismas preguntas que todos me habían formulado ya: qué te pasó, dónde estuviste, por qué abandonaste la camioneta allí... me daba miedo. Con todos los demás, incluso con Vicente, yo podía fingir, pero con Gaspar me pasaba lo mismo que con mi papá (y con ello me refiero al hombre que me crió, no a aquel que me engendró) simplemente mentirle o intentar ocultarle algo era extremadamente difícil, y si lo lograba, luego me sentía como la peor basura del universo.

Montados los tres en el Mercedes de Vicente, llegamos a casa de Gaspar, pasado el mediodía.

Entusiasmada Anežka saltó fuera del auto para saludar a Leandro (¡si hasta ella demostraba un gran alivio por alejarse de la tensión que flotaba entre Vicente y yo!).

Iba a abrir la puerta cuando Vicente pronunció mi nombre.

—¿Sí?

—Todavía confías en mí ¿no?

No —pensé.

—Quiero confiar —respondí. Cuan virulentos pueden ponerse los secretos.

—Entiendo.

—No, no lo entiendes.

—Todo lo que he hecho hasta ahora fue pensando en ti. Puedo haber cometido errores pero tú sabes bien que...

—No es por los errores que puedas haber cometido Vicente, es porque todavía no terminas de darme un lugar a tu lado. Todavía hoy me empujas lejos de ti y no sé por qué. No termino de entenderlo. ¿Se debe a que ya no soy humana? ¿Es por Eleazar? ¿Son mis poderes? ¿Soy yo? ¿Qué...?

Un repiqueteo en el cristal de la ventanilla de mi lado nos interrumpió.

Un rostro rubicundo con la forma de una manzana, me dedicó una enorme y

blanca sonrisa. Una melena muy corta y negra que apuntaba en todas direcciones, enmarcaba a la perfección un par de redondos ojos negros que me contemplaban con expectación.

—Es Marga —gruñó Vicente al tiempo que quitaba las llaves del encendido ya listo para bajarse del auto.

La mujer, de una edad imposible de definir, continuaba viéndose joven y al mismo tiempo, desprendía un halo de madurez y seguridad que solamente se alcanza con los años (me pregunte si eso se debía a que habían pasado siglos desde que se convirtiera en demonio, o si adquirió ese semblante luego de muchos años de vida como humana) se apartó y saludó con la mano de brillantes uñas rojas. Era pequeña, muy pequeña, no debía sobrepasar el metro cincuenta. Sus manos parecían las de una niña de diez años.

Vicente se bajó del auto y no me quedó más opción que bajar a mí también, el momento se había perdido, continuaríamos nuestra conversación más tarde.

—Así que tú eres Eliza—. Exclamó con voz cantarina que puso de manifiesto su origen—. Margarita Isabel Ojeda; es un placer—. Me tendió la mano. Nos dimos un apretón—. A tus órdenes para lo que necesites.

—Gracias, es un placer.

—Llámame Magda, todos los demás lo hacen.

Los ojos de Marga se movieron hacia mi izquierda.

—Vicente.

—Hola Marga.

Ahora los ojos de la pequeña mujer saltaron a la mano herida de Vicente.

—Se ve bien; Gaspar me contó sobre eso, le preocupaba que no sanase correctamente.

—Estoy bien.

—¿No quedaron dolores residuales o molestias?

—Nada de cuidado —le contestó entre dientes. Hasta para mí fue obvio que no deseaba continuar dándole vueltas al asunto de su mano herida, también creí detectar en él algo de rechazo hacia Marga.

—Puedo examinarla luego, tal vez podamos hacer algo para que termine de curar pronto y para evitar que queden cicatrices.

Las cicatrices eran feas, se veían como las que quedan después de una profunda quemadura. La mano de Vicente estaba cubierta por unas durezas en forma de arañas que se entretejían sobre la piel irritada y arrugada color rosa.

—Gracias, no será necesario, desaparecerán pronto. ¿Ya viste a Petra?

—Sí, después de mucho intentarlo, al fin logré cerrar la herida. La pobre lo

soporta con entereza. Si tenemos suerte es probable que no le quede ni una marca. Sería una pena, tiene un rostro tan bonito y tanto por vivir.

—¡Vicente, Eliza, que bueno que llegaron!

—Hola, Gaspar.

Vicente estaba mucho menos comunicativo de lo poco que normalmente era, y además de eso, parecía sufrir de un ataque de mal humor.

Los saludos fueron y vinieron.

—Llegan justo, iba a mostrarle a Marga el jardín. Por qué no vienen a dar una vuelta con nosotros —nos invitó Gaspar.

—Bueno, no sé si...

—Vamos, Vicente —insistió Gaspar usando ese tono al que uno no podía negarle nada.

—Es que quería hablar con Julián.

—Julián no está en casa, volverá en un rato.

—Ah, ahí están.

Diogo se nos unió.

—Estoy listo. ¿Nos vamos? —Diogo se paró junto a Vicente, resultaba obvio que él tampoco iba a permitir que tomase otro camino que no fuese aquel que se internaba en lo más profundo de la propiedad.

No sé si es porque estoy algo paranoica o qué, el caso es que tanta despreocupación, liviandad y amabilidad me dio mala espina. Gaspar, Diogo y Marga parecían desesperados por llevarnos con ellos, y no precisamente para hacernos tomar aire fresco.

Se me hizo un nudo en el estómago. En silencio rogué para que no surgiesen más problemas.

Entre Gaspar y Diogo se llevaron a Vicente a la cabeza de la comitiva; Marga, tomándome por sorpresa, se prendió de mi brazo derecho. Al tenerla así tan cerca, noté que olía extremadamente dulce, olía como uno de esos perfumes que podía haber usado mi abuela; empalagaba. Supe que iba a darme dolor de cabeza si no se levantaba una buena brisa que apartase de mí su olor.

Casi a la fuerza, poco a poco, mientras nos internábamos cada vez en las profundidades de la vegetación, Marga me obligó a retrasarme, a tal punto, que mucho antes de llegar a la fuente que rompí intentando controlar el agua, casi los habíamos perdido de vista.

—Sé que no me conoces y yo no sé más de ti de aquello que me han contado...

—ladeó la cabeza—, lo cual no es poco precisamente. Espero que no te

moleste pero pienso que Gaspar hizo bien en contarme la verdad sobre tu identidad. No te enojas con él.

—No me enojaré—. Era cierto, si Gaspar se lo había contado debía ser porque confiaba en ella, probablemente no era del tipo de persona que va por ahí regando chismes, o al menos eso esperaba yo.

—Mejor así.

Continuamos andando un poco más en silencio.

—Los Salleses se han quedado cortos al hablar de ti. Eres una muchacha muy guapa y muy maja, se te nota. También se te nota que no eres un demonio común y corriente. Así no fueses hija de tu padre igualmente continuarías siendo todo un caso.

Este tipo de conversaciones sobre mí me incomodaba y fastidiaba; con aquel discurso de que mi padre, mis poderes y demás, me pierden, me aburro, estoy harta de eso. Por cortesía y educación me aguanté las ganas de quitarme su mano de encima y correr hacia los demás; yo tenía cosas mucho más importantes que hacer que oír todo eso otra vez.

—Creo que con un poco de estudio y práctica podrías lograr cualquier cosa que desees. ¡Podrías quitarme mi trabajo! —Rió. Su risa parecía el cacareo de una gallina histérica, igual de estruendoso y molesto. Pobre mujer, sin duda, en otro momento de mi vida me habría caído bien, sin embargo hoy, con el bagaje de problemas y su mal tino para interrumpir mi conversación con Vicente, se había ganado unos cuantos puntos en contra.

—Es una pena que todavía no puedas curarte a ti misma.

Sé que reaccioné. Fue una milésima de segundo en la que me sentí descolocada. Dudé de si había vuelo a sangrar por la herida, si se me notaban las vendas a través de la ropa (había tomado especial recaudo al vestirme para que no se viesen o insinuasen). Con mi mejor cara de nada, controlando el súbito ascenso de temperatura, seguí caminando.

Marga se soltó de mi brazo.

—Sabes una cosa, parte de mi don es percibir el dolor ajeno.

Se detuvo y yo, a unos pasos de ella.

—Sentí el tuyo y el de Vicente ni bien llegaron. Ustedes dos son unos mentirosos.

—¿Perdón? — ¿Fingirme ofendida serviría de algo?

—Vicente es uno de esos machos incapaz de pedir ayuda o aceptarla. Como si tragarse el dolor lo hiciese más hombre. ¡Si quiere seguir sufriendo allá él! Como dijo: seguro en un tiempo se le pasará. Ahora que tú... nadie sabe de

eso que tienes en el hombro ¿no? Olí la herida incluso cuando todavía te encontrabas dentro del automóvil.

—No sé de qué me hablas, no tengo ninguna herida.

Por favor que no se me notase la desesperación por guardar aquel secreto.

—Sí, sí tienes una herida en el hombro, niña, que en estas cosas nunca me equivoco.

—No tengo nada.

Hasta a mí me pareció tonto insistir, ella estaba muy segura de lo que decía.

—Claro que sí —intentó rodearme y yo giré con ella para evitar darle la espalda—. Todavía está fresca. ¡Pero qué coño es lo que han estado haciendo todos ustedes! Nunca en mi vida había visto tantos demonios juntos con este tipo de problemas.

Abrí la boca para replicar, nada salió.

—Vamos, no te lastimaré, no temas, sé que duele. No seas tímida, tendrás que mostrarme un poco de piel pero estoy acostumbrada, piensa en mí como en un médico humano.

—Agradezco tu preocupación, Marga, no es por timidez, es que no...

No sé cómo lo hizo, me percaté de que saltaba sobre mí cuando ya la tenía encima. La pequeña demonio cayó sobre mi pecho con su mano cerrando sobre mi hombro herido. Sus dedos se clavaron en la carne abierta despreciando la protección de mi abrigo, ropas y de las vendas. El dolor que me causó aquello que hizo soltar un alarido que debieron escuchar hasta los que iban en los barcos que sin duda navegaban por el río en este fresco día de sol.

Caímos al suelo, yo chillando de dolor, ella resoplando por el esfuerzo.

—Mierda, pero que... mierda, mierda, mierda —siseé retorciéndome sobre el pasto mientras me tomaba el hombro sin poder detener las agudas punzadas de dolor que no cesaban. Fue igual que tener otra vez, la maldita daga mata ángeles caídos, clavada en la espalda—. Estás loca —le grité cuando conseguí abrir los ojos y encontrarla (se hallaba arrodillada a mi lado). La vi turbia, es que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Permíteme que le eche un vistazo.

—¡Ni te atrevas a tocarme otra vez! —Entre medio del ensordecedor dolor no me quedó más que esperar que los demás no me hubiesen oído, nadie podía saber nada de esto, Gabriel me lo había advertido.

—No pretendo causarte daño alguno.

—Lo dices un poco tarde —resoplé sentándome. El dolor me había hecho sudar y me dificultaba la respiración.

—Lo lamento, de verdad. En honor a la verdad, lo mío va más de curiosidad que cualquier otra cosa.

—Qué placer más morboso el tuyo, te regodeas con el sufrimiento ajeno.

—Nada de eso muchacha —gateó hasta mí—. La herida se siente rara, distinta a lo que tenía Petra y a lo de Vicente, y eso que lo de ellos no son cosas comunes. Eso te lo dice alguien que tiene mucha experiencia. Anda, permíteme echarle un vistazo, es probable que pueda ayudarte. No me dirás que eres igual que él; que tragarse el dolor no te convertirá en mártir mi querida. Sufre por lo que debas sufrir, no por tonterías que pueden evitarse. Esto no es la milicia. Otras cosas se ocuparán de endurecerte, y por otro lado, qué apuro tienes por conseguirlo, tarde o temprano llegará el momento en que quede poco de la humana que fuiste. Te lo digo, el cambio es inevitable. Ahora vente, quítate eso y déjame ver —añadió tironeando de mi chaqueta.

—Con una condición.

Magda me observó inquisitiva.

—Es a mi modo o no obtendrás nada, y si le dices a alguien que estoy herida lo negaré, y luego haré que te arrepientas de haber abierto la boca.

Marga soltó una carcajada.

—Eso sí que no me lo esperaba, ¿heredaste ese genio de tu padre?

—Púdrete —le dije sonriendo falsamente y me levante del suelo.

—Ehhh, no, no, espera. No te enojas, bromeaba. Vamos, dime cual es la condición que deseas imponerme.

Me di la vuelta para enfrentarla.

—No confío en ti.

—Correcto, empezamos con el pie izquierdo. Te juro que puedes confiar en mí.

—No estoy segura. La condición es que no puedes contarle nada a nadie sobre la herida. Dudo que puedas hacer eso.

—No diré una palabra a nadie, si eso es lo que quieres; igual dudo que consigas ocultarle esa herida a tu marido por mucho tiempo.

—Será mucho más fácil de lo que supones —rezongué. Tal como estaban dadas las cosas, prácticamente nada.

—Venga, muéstrame, no diré nada. Me mata la curiosidad. Además te prometo que daré lo mejor de mí para detener ese insoportable dolor que te aqueja en este mismo instante. Te lo juro, me convertiré en una tumba, tu herida será un asunto entre tú y yo.

—Mi herida es asunto mío.

—Bien, como sea, será asunto tuyo, me limitaré a procurar ayudarte, es todo. Todavía medio a regañadientes, me quité el abrigo y luego la remera que llevaba debajo.

Margarita dio dos pasos deteniéndose frente a mi espalda, pidiéndome permiso antes, quitó el vendaje. Pese a que tuvo sumo cuidado vi las estrellas cada vez que la cinta adhesiva demasiado pegada a la piel, tironeaba de la herida.

—¿Cómo te hiciste esto? Me corrijo: ¿quién te hizo esto? Presumo que nadie en su sano juicio se infringiría una herida semejante, y esto no tiene la apariencia de ser producto de un accidente ni nada...

El tono de urgencia que usó no me gustó nada. De inmediato me arrepentí de haber accedido a enseñarle la herida.

—Presumo que fue un demonio... ¿Qué diablos usó para lastimarte así? ¿Lo conoces, sabes quién es? Tenemos que atrapar al maldito y pedirle explicaciones. ¿Fue alguien con un poder especial? ¿Llevaba un arma? ¡Por amor del cielo mujer, dime algo que nunca antes había visto nada igual!

Antes de que tuviese oportunidad de articular palabra, Marga se estiró y así, de puntillas acercó su nariz a la herida y olisqueó. Al instante los ojos se le pusieron como platos.

—¡Bendito Dios, qué es esto!

—No puedo decírtelo. Ahora es tu turno, ¿crees que puedes hacer algo por mí... para que sane más rápido?

—Antes tienes que darme algún dato más.

—Lo siento, eso es imposible—. Me estiré para cubrir la herida con el vendaje que colgaba de una punta—. Si no puedes hacer nada, tanto da, mejorará poco a poco.

—A Petra la hirieron con un golpe, con un puñetazo, fue carne contra carne. Es raro que algo así no sane, tal vez el demonio que la atacó tenía algún poder... Lo tuyo no fue un golpe. Juraría que es una herida de arma blanca; lo que no entiendo es que clase de arma podría infligir una herida semejante.

—Bien, no me ayudes —volví a calzarme la remera.

—No te pongas así.

—No debí. Mejor nos damos prisa, los demás deben preguntarse dónde estamos.

—Eliza...

—Déjalo estar, sí, no tiene caso.

—¿Sabes qué es lo que sucede aquí? Gaspar está muy preocupado.

—No tengo idea.

—Los demonios no suelen intentar exterminarse unos a otros así, al menos no tan abiertamente y de modos tan peculiares. Apuesto mi don a que esto no es una simple riña de clanes, tampoco son celos o lucha por poder.

—Por qué no, eso no sería nada nuevo.

—Porque si alguien puede hacerte eso, si alguien de un puñetazo dejó en estado de putrefacción la cara de Petra, y logró quemar la mano de Vicente con un efecto tan duradero, no precisa de tantos rodeos para conseguir lo que desea. Con ese poder, simplemente lo toma y ya.

—Si dices algo, si insinúas algo, pondrás en riesgo a muchas personas.

—¿Y a cuántas pondrás expondrás tú con tu silencio?

—No te metas en esto, Margarita.

Di media vuelta y retomé el camino.

La escuché correr tras mis pasos. Me tomó la mano obligándome a detenerme.

—Sea lo que sea, esto te ayudará a mejorar —dijo, y al instante sentí algo similar a lo que hiciera Gabriel en la cocina del aquel cuartel en el que se apostaba un bando del que nadie conocía su existencia (bueno, nadie probablemente más allá de Vicente —eso, si lo que me contaron no era una mentira—).

Sobre la herida sentí una especie de burbujeo similar a la que se experimenta cuando se aplica agua oxigenada en una lastimadura. Me ardió y dolió; un par de segundos después, el dolor había remitido notablemente.

—Alcancemos a los demás; esta salida no fue un hecho fortuito, Gaspar le urge discutir contigo y con Vicente un asunto importante.

14.

Halo.

—No me gusta nada lo que haces, Gaspar.

Al oír la voz de Vicente frené mis pasos. Estiré el cuello y lo vi enfrentado a Gaspar y a Diogo en uno de los tantos claros perdidos dentro de los extensos terrenos.

—Me harté de que todo mundo desconfíe de mí.

—Por qué te detuvist...

De un manotazo tapé la boca de Magda, ella me miró sin comprender.

—Me rehusó a convertirme en el chivo expiatorio de cada situación extraña que surja.

—Corren tiempos confusos y peligrosos, Vicente. No es que desconfíe de ti. Entiende que temo por mi familia, por los que quiero, y tú formas parte de ese grupo. ¿Dime por qué fuiste a ver a Ciro?

—¿Cómo te atreves a seguirme, a espiarme?! ¡¿Haces eso con todos tus hijos?! ¡Seguro que no! —Escupió Vicente furioso. Tenía el rostro rojo de ira y no paraba de toquetearse y tironearse del pelo—. No tengo por qué darte explicación alguna, yo también hago lo que creo conveniente para proteger a los míos. Créeme que te respeto, que estaré eternamente agradecido contigo y con los tuyos por ayudarme con Eliza cuando lo necesité, pero te pasas de la raya con esto. Nosotros dos no somos parte de tu clan, no tenemos ninguna obligación de seguir tus reglas. Al final del día solamente seremos ella y yo, ustedes no tienen nada que ver. ¡¿Crees que puedes cuidar de ella mejor que yo?! ¡Lo dudo! Tú no tienes ni la menor idea de cómo es.

—Eso no es cierto. Vicente, no me interesa ocupar tu lugar, tampoco quiero que sientas que me debes obediencia ni ninguna otra cosa. Nada de lo que esta familia hizo por ustedes fue esperando retribución alguna.

—Debes creer que soy un idiota.

—No, nadie cree eso —acotó Diogo—. Por favor, Vicente, es que no podemos evitar preocuparnos cuando suceden cosas tan extrañas. Además... es Ciro, Vicente; todos lo conocemos bien.

—Aquello es un nido de ratas —añadió Gaspar—. No es conveniente que te metas con ellos a menos que...

—No digas una palabra más, Gaspar. Te lo advierto, no pienso continuar soportando esto. No tengo por qué soportarlo. No necesito tu ayuda ni la de nadie más. Soy un demonio y ella también lo es, podemos arreglarnos solos, no necesitamos de ustedes ni de nadie.

—No tengo idea de qué planeas, solamente te pido que seas consciente del peligro que corren ambos si tú te metes con ellos. Eliza no es cualquier demonio, siempre lo supimos. Que no sería fácil no es novedad. Sé que convivir con ella se ha convertido en una carga pesada para ti, es por eso que no me gusta ver que le ocultes cosas, que le mientas. Que nos mientas a todos no es buena señal.

—Nadie en este mundo sabe mejor que yo lo que debe hacerse para cuidar de Eliza. Yo la amo y lo último que haría en esta vida es perjudicarle. Cualquier cosa que a ella le suceda, a mí me duele por tres. Es todo lo que tengo y todo lo que necesito. ¡¿Puedes entender que la amo como a nada?!—

—Vicente...

—No te pediré que lo entiendas, jamás podrías hacerlo. Esto que tú tienes aquí no es más que una pantomima, ustedes juegan a ser una familia humana, nosotros nunca tendremos eso, nosotros dos somos completamente diferentes de ustedes. Nosotros somos demonios y no podemos escapar de eso.

—Lo que dices no tiene sentido.

—¡Qué sabes tú de eso Diogo! Si pudiesen ponerse en mi piel por un momento. ¡Ustedes no tienen ni la menor idea! ¡No saben nada!

Vicente se mordió con furia el labio inferior.

—Lo único que hiciste por mí, Gaspar, es alejarla de mi lado cada día un poco más.

—Yo no...

—No voy a permitir que nos separen. Nunca.

—¡Eres tú quien la aleja de tu lado y eres tan tonto que ni cuenta te das! Mira a tu alrededor, Vicente, te has puesto tan ciego que siquiera...

Mi tercer paso sobre la hierba, dentro del claro, llamó su atención.

Vicente giró la cabeza su hombro derecho y me vio.

—Era eso lo que deseabas, ¿no es así? Ese era el objetivo de todo este circo. Gracias, Gaspar, y felicitaciones, debes sentirte enormemente satisfecho.

—Vicente, ya basta —le pedí. Me temblaban las manos.

—¿Regresas a casa conmigo o te quedas con ellos? Tú eliges.

—No te extralimites, Vicente, nosotros solamente intentamos ayudarlos a pasar por esto del mejor modo posible.

—Cierra la boca, Diogo, crees que no sé cómo se te hace agua la boca cada vez que la tienes cerca, que no entiendo por qué razón jamás has acompañado a Gaspar cuando se la lleva para enseñarle cosas o simplemente para hablar. ¡Vamos, dile la verdad! ¡Cuéntenle cómo se siente estar en presencia de alguien como ella! Adelante, si yo no soy el único que...

—Dije que terminarías con eso, Vicente—. Chillé al ver que Diogo se escondía poco a poco detrás de Gaspar.

—Esta es nuestra realidad, Eliza, tu halo nos afecta a todos.

—¡¿Qué?! ¿Mi qué?

—Aquello que te convierte en un objeto altamente atrayente, codiciado y deseable. El efecto halo es lo que los demonios superiores utilizan para influenciar en aquellos que los rodean, sobre aquellos sobre los que pretenden destacar. Es lo que convierte en un líder, en un ejemplo a seguir. Tú naciste con esa marca, de hecho no es algo que simplemente puedas ganarte, puedes hacerla más fuerte y más notoria, pero si nunca estuvo allí, no lograrás ponerla

a la fuerza. Está ahí desde que eras humana.

—¿Es algo que se ve, algo que se siente...? Yo nunca...

—Eso es porque aquí eres tú la única que lo tiene —lanzó Marga sin reparo alguno—. Es lo que anuncia que tienes habilidades.

—Algunos demonios aprenden a controlarlo, forma parte de su poder —continuó diciendo Gaspar—, otros muy seguros de sí mismos, se aprovechan de eso para hacerse de un séquito de seguidores y sirvientes.

—No soy el único que guarda secretos aquí —dijo Vicente—. Estoy demasiado cansado de esto. Me largo—. Les dio la espalda a Gaspar y Diogo y se echó a andar en mi dirección.

—Vicente, por favor —le pidió Gaspar; Vicente no detuvo la marcha.

—¿Vienes o te quedas? Es tu decisión, no voy a obligarte a nada, si lo que quieres es quedarte con ellos, respetaré tu elección; te amo por encima de mis propios deseos, de mi propio bien, lo sabes, si lo que te hará feliz, es quedarte aquí con ellos, pues entonces bien, damos todo por terminado aquí mismo. Te juro que si eso es lo que desees, no volverás a verme en tu vida.

—¿Qué...?! No, yo no quiero eso, pero tampoco... Vicente, no tiene por qué ser así, no es negro o blanco. Podemos llegar a un...

—¡No! Jamás llegaremos a ninguna parte. Debí haberte llevado de aquí, lejos de todo, cuando pude, para que fuésemos solamente nosotros dos, igual que si el resto del mundo no existiese.

—Esa no es la solución.

—Te amo. Qué respondes. ¿Son ellos o soy yo? No puedes tenerlo todo, esta es una vida llena de sacrificios, todos lo sabemos. Nadie dijo que fuese fácil ser un demonio—. Me miró fijo con sus hermosos ojos grises y sentí como si alguien estuviese intentado arrancarme el corazón con la mano—. Siempre hemos sido tú y yo, lo sabes; seremos tú y yo por siempre —terminó diciendo y su voz se desvaneció en los sonidos de la naturaleza.

Ante mi silencio, entonó mi nombre, en su voz se filtró una nota de histeria que delató su miedo y al mismo tiempo el mío, supe que ninguno de los dos queríamos perder al otro.

Me aferré de su mano y él cerró sus dedos alrededor de la mía.

—Eliza...Vicente... escuchen, por el bien de todos no debemos separarnos ahora.

—Adiós, Gaspar —siseó Vicente, y así, poniendo fin a la discusión, me llevó lejos de allí.

Durante los primeros metros de caminata no fui capaz de articular palabra,

cuando llegué aquí hoy no preveía que nada semejante fuese a suceder. Cómo esperar algo así si no había habido señales de quiebre o posibles rupturas en el seno de mi familia demoníaca.

—Todavía no entiendo qué fue lo que pasó allí.

—Te lo contaré cuando hayamos puesto suficiente distancia entre ellos y nosotros.

En su cara lucía la mueca más osca que yo hubiese visto jamás.

—Vicente, ellos no nos desean ningún mal.

—Tu ignorancia te hace increíblemente imprudente, ¿lo sabes?

—Si me permitieses aprender...

—Quiero protegerte de todo eso.

—Vicente, sé razonable, no puedo depender de ti de ese modo toda mi vida, ya no soy humana, es hora de abandonar la ingenuidad. Necesito saber, no quiero ni pensar en eso pero un día tú podrías ya no estar ahí, y qué haré yo entonces. Además no me gusta que tengas que guardarme secretos. No quiero tener que desconfiar de ti por no saber.

—Fue tu hermano quién me mandó llamar. Simplemente no podía negarme.

—Entiendo que no pero...

—Pensé que te alterarías si te lo contaba, después de lo que sucedió la última vez que viste a tu padre creí que no querrías saberlo.

—No soy de cristal, puedo soportar que me digas que Ciro pidió verte.

Vicente se detuvo y se paró justo frente a mí. Con sus manos posadas sobre mi cuello fijó sus ojos en los míos.

—Me da pánico que me abandones—. Su mano caliente se movió sobre mi nuca, sus dedos entre mi cabello.

—Por qué te abandonaría—. El largo parpadeo al que indujeron a mis ojos sus caricias, casi me hace perder la conciencia.

—Porque no soy suficiente para ti y lo sé, también sé que te pecatarás de eso un día, y entonces te perderé. Soy un cretino, en este último año no he hecho otra cosa que intentar cortar tus alas para que no te alejes volando de mí, y regreso y tú... Gaspar te dio un nuevo brillo, permitió que tus alas comenzaran a desplegarse.

Sus palabras deshicieron mis pensamientos, lo único que restó fue sentimiento: un enorme amor, mucho dolor y todavía más sufrimiento.

—Daría cualquier cosa porque fueses humana otra vez. Entonces todo iba bien.

La antigua herida de mi pecho, aquella que se formó en mí la primera vez que

él se fue, regresó con ímpetu, desgarrando la carne brutalmente, litros de sangre manaron de mí.

—No, no estaba bien, de ese modo no hubiésemos tenido futuro alguno.

—No debí permitir que te enamorasas de mí.

—No me digas eso.

—Si te conviertes en un monstruo yo seré el único responsable. Más piadoso hubiese sido acabar con tu vida. He arruinado lo único bueno que he tenido.

Sus palabras me hicieron sentir horrible, me dio asco de mí misma.

—Nunca permitirán que vivamos en paz. Me siento tan culpable... soy culpable—. Se acercó a mí y estampó un beso en mi frente—. Te protegeré hasta que no quede nada de mí, lo juro. Daré mi vida por ti; es lo único que tengo y no bastará... ya cometí el error y no puedo volver atrás.

—No soy un error, nosotros no somos un error.

Sus labios bajaron hasta los míos, los acariciaron. Su nariz inspiró sobre mi piel y su boca soltó dentro de la mía una bocanada de su aroma, de su sabor. Entonces me besó... como si se le fuese la vida en ello.

El intenso beso no duró mucho. Sin previo aviso, se apartó de mí y tironeando de mi brazo, me impulsó a andar.

En menos de quince minutos atravesábamos los límites de la propiedad Salleses. Anežka nos acompañaba muy seria y confundida desde el asiento trasero.

Era por demás confuso pensar en todo esto, y si bien yo necesitaba muchas respuesta de él, alejarlo de mi lado ahora, sin que mediase explicación alguna, sin tener verdaderos motivos o pruebas, me parecía una estupidez, además, para ser sincera, no lo quería lejos de mí, no concebía mi vida lejos de él, así de simple.

Anežka tuvo que conformarse con las pobres explicaciones que pude darle al llegar a casa; me figuro que intuyó que el problema en realidad era más de uno, y ciertamente mucho más profundos que lo que yo había expuesto como diferencias entre ambos grupos (es decir, entre nosotros y los Salleses).

...

Anežka se secó las manos con el repasador y lo colgó de la puerta del horno.

—¿En qué más te ayudo- me preguntó en su idioma natal. Acabábamos de terminar de acomodar la cocina después de cenar.

—No, ya está casi todo.

—Bien, entonces me voy a dormir.

Por encima del hombro de Anežka vi a Vicente entrar en a la cocina, había salido diez minutos atrás para cerciorarse de que todas las ventanas y puertas estuviesen cerradas, sin duda le obsesionaba mi seguridad, y también, según dijo, la de Anežka; nosotros éramos una familia, su familia, según recalcó mientras me abrazaba aprovechando que Anežka estaba asomada dentro de la heladera buscando una botella de agua.

—Buenas noches —nos deseó a ambos en un castellano que siempre que podía, y se lo permitían sus conocimientos, procuraba utilizar.

Anežka salió de la cocina.

Mientras yo seguía con lo mío, terminando de acomodar las últimas copas dentro de la alacena de encima de la mesada, Vicente me llegó por detrás.

Sus manos alcanzaron mi cintura.

Cerré la puerta de la alacena y permití que su abrazo borrara los límites entre mi cuerpo y el suyo.

—Por nadie más podría sentirme de este modo, más que por ti —susurró en mi oído—. Eres mi vida, mi amor. Amo todo en ti, incluso aquello que...

—¿Mi halo?

—Es parte de ti —contestó en un suspiro sobre mi oreja izquierda.

—¿Tanto te molesta?

—No puedo evitar sentirme incontrolablemente envidioso, es parte de ser un demonio. Saber que vas un paso por delante de mí, me vuelve loco. Si no fueses mi esposa, si no te amase tanto, probablemente me alejaría de ti lo más posible, nunca he sido del tipo que es propenso a unirse a rebaño alguno, siempre, desde que era humano, he sido demasiado solitario—. Inspiró dos o tres veces sobre mi cuello y continuó—. A veces desearía poder lanzarte al olvido, parar de amarte. Separarme de ti sin lograrlo, es una tortura que no puedo soportar. Probablemente si tú no me amases, te aprovecharías de mí.

—No soy esa clase de demonio.

Me estrechó todavía más contra su cuerpo.

—Es instintivo.

—Somos mucho más que instinto —repliqué.

—¿Lo crees? —entre besos, bajó hasta mi hombro izquierdo por el camino del arco de mi cuello.

Toda mi piel se erizó, me estremecí.

—De otro modo esta conversación jamás hubiese existido—. Es innegable, me costó articular esas palabras, mi instinto hacía todo lo posible para gritar más

fuerte que la razón.

—Somos todavía más propensos que los humanos a perder la cabeza, a cometer errores.

—Insinuaste que Gaspar y Diogo podían querer algo de mí.

—Todo el mundo quiere algo de ti —jadeó metiendo sus manos debajo de mi remera.

—Ellos no son así.

—Ya te lo expliqué, no es intencional. Gaspar sabe que tarde o temprano, tenerte cerca, le beneficiará.

—¿En qué?

—Simplemente es seguro ser amigo de la hija de...

—No sigas, no digas eso. Duele que digas que la gente que está a mi lado me acompaña nada más que por quién es mi padre.

Vicente atravesó la línea de mis hombros por detrás de mí nuca y acarició la piel de detrás de mí oreja derecha con sus labios.

Estaba a un paso de perder la cabeza por culpa de sus caricias. Me mantuve firme, necesitábamos tener esta conversación.

—No es tu culpa. Jamás le conocí a Gaspar mayores deseos de grandeza o poder, pero entiende que no me gusta nada que intente sembrar la semilla de la duda entre nosotros. No iba a quedarme de brazos cruzados viendo cómo desconfía de mí; me conoce... nos conocemos, me duele que piense que puedo haber cambiado de manera tan radical. Por lo visto de verdad no me conoce. Tal vez eso de intentar unirnos a su familia fue demasiado forzado.

—¿Por qué accediste a eso entonces? —Balbucí sus manos no se estaban quietas, hacían todo lo que más me gustaba.

—Por ti.

Me di la vuelta girando entre sus brazos, igual que una bailarina clásica.

—Podemos ser simplemente nosotros dos—. Con dulzura apartó un mechón de cabello de mi rostro—. No necesito nada más que a ti. ¿Puedes tú vivir solamente por mí?

—No es preciso que nos alejemos de todos.

—Me refiero a que necesitamos entender que somos nosotros dos, que tenemos que defendernos, luchar por nosotros, no podemos permitir que los demás nos separen.

—Entonces mejor no darles motivos para que ellos aprovechen y siembren entre las sombras, dudas que no deberían existir—. De una buena vez me lancé a conseguir lo que necesitaba.

—Ciro volvió a insistir en que le gustaría que yo ocupase un lugar en Las Doce Sillas, pretende añadirme al grupo como decimotercer integrante. Nos invitó amablemente a ambos, a mudarnos a París.

—¿Amablemente?

—Obviamente volvió a la carga con eso porque desea tenerte cerca, supongo que espera que yo acepte y que te lleve conmigo.

—¿Qué respondiste a su invitación?

—Que no, por supuesto, no van a controlarme ni voy a permitir que te controlen a ti. Ciro pasó los últimos tres meses insistiendo en que fuese a verlo, ya no podía continuar rehuendo a eso, sin embargo, del mejor modo, le expresé que su oferta no me interesaba en lo absoluto. Ha tenido que conformarse con mi negativa, no le gustó, pero no hay más nada que pueda hacer.

—Debiste ponerme al tanto de lo que sucedía.

—Ya no importa.

Me besó.

—Es mi turno de confesarte algo.

—¿Qué?

—La noche en que desaparecí...

—¿Sí?

Las yemas de sus dedos acariciaron la piel de la parte baja de mi espalda.

—Creo que vi algo—. Comencé con el relato con la firme intención de darle pie a que me contase la verdad.

—¿Qué fue lo que viste?

—No estoy segura. Eran...

Apretó sus caderas contra las mías.

—Eran —repetí haciendo un furioso esfuerzo por mantenerme concentrada — ...una vez dijiste que no sabías nada de la existencia de ángeles.

Asintió con la cabeza.

—Es que no existen.

—Creo que sí.

—¿Crees? —Me sonrió—. No, no existen. No sé lo que viste o lo que creíste ver; no existen, nosotros somos los únicos.

—No lo creo.

—Por qué insistes tanto con eso.

—Ese chico decía haberlos visto —expuse haciendo referencia al ex novio de Susana.

—El chico no sabía lo que decía.

—No es imposible y tampoco sería tan descabellado presuponer que si nosotros...

Con un movimiento seco, Vicente dio un paso atrás.

—No existen —soltó alzando la voz—. Por qué no me contaste que tuviste un encuentro esa noche. Es probable que fueran demonios que deseaban jugarte una mala pasada. No me alegra tener que recordarte esto, con todo lo sucedido, ambos nos hemos ganado sobrados enemigos.

—Lo sé. Es que no tiene nada que ver con eso.

—Los ángeles no existen, no tienes nada que temer, el mundo es nuestro.

—Eso te han dicho. Hace un par de días atrás Julián hizo un comentario sobre los ángeles, estuvo investigando.

—Julián debería entretenerse con otras cosas y no con eso. Si Gaspar es la mitad de inteligente que creo que es, o por lo menos, medianamente responsable, se ocupará de sacarle esa tonta idea de la cabeza.

—No vi que esa fuese su intención.

—Entonces allá ellos—. Sacudió las manos, dio la media vuelta, rodeó la isla y fue hasta la heladera. Sacó una botella de vino blanco y se dispuso a abrirla. Me resultó extraño que fuese a servirse más de beber.

Llenó una copa hasta la mitad, y sin invitarme se la bebió de un trago.

Ciertamente este tipo de comportamiento no era normal en él. Acaso se sentía entre la espada y la pared.

—Entonces me aseguras que jamás viste un ángel, que el otro bando no existe —arremetí, no era momento de detenerse, si él temía contarme algo por miedo a exponerme al peligro de esa verdad (después de todo, si Gabriel me había amenazado de muerte si en el caso de que contase algo sobre la existencia de él y su grupo, es probable que Vicente estuviese reaccionando a una advertencia similar, negándolo todo) tenía que entender que yo también lo sabía ya.

Escanció vino dentro de su copa por segunda vez.

—Eso —apuntó con un dedo en alto y a continuación bebió.

—Lo que vi no era uno de los nuestros, puedo dar fe de eso. Estoy completa y absolutamente segura que no eran de los nuestros.

—No sabes lo que dices.

—Pretendo investigar sobre eso.

—No lo hagas.

—Tal vez podría intentar hablar con alguien... ponerme en contacto con...

La copa de vino blanco estalló entre sus dedos, desperdigando cristal y líquido por todas partes. A los dos segundos, además de vino, caía sangre en el suelo, en forma de densas gotas escarlata.

Sobrevino el silencio y entendí que no me diría ni una palabra. Si es que era que tenía algo que decir, claro. Acabé preguntándome por qué creía más en la palabra de Gabriel, que era un desconocido y el enemigo, que en el amor de mi vida.

Manoteé el repasador que Anežka había estado usando para terminar de secar la vajilla recién sacada del lavaplatos y con éste, envolví su mano.

—Tranquilo.

—Lluguémonos de aquí por un par de días —soltó con una prisa amarga, me dio la sensación de que intentaba escapar de algo.

Rodeé su mano con las mías, ya sí envuelta la subí hasta mi pecho.

—Incluso a Anežka le vendrán bien unos días en el campo. Sé que aquella casa puede traerte malos recuerdos.

—Los buenos que me dejó mi estadía allí pesan mucho más—. Allí, en la vieja casa de sus padres, me besara por primera vez.

—¿Entonces estás de acuerdo? Podemos salir mañana mismo.

—Claro.

Un rato más tarde, cuando su mano paró de sangrar, disponíamos todo para partir al día siguiente.

15. Baby you're the world to me.

El humor de Vicente cambió en cuanto nos subimos en mi camioneta después de cargar en la parte trasera los víveres y equipaje necesario para pasar unos cuantos días fuera.

La inminente partida no afectó para bien solamente a Vicente, Anežka parecía al mismo tiempo aliviada y entusiasmada con el viaje, a ella le atraía la idea de pasear, de tomarse unas vacaciones, de descansar y ser solamente una joven por un par de días. Y ni qué decirlo, a mí también me agradaba el plan de alejarme de los problemas, de darle oportunidad a la normalidad, de tomar cuenta de todo aquello que no era para nada normal. Regresar a la fuente, a lo básico, eso mismo necesitábamos los tres para recargar energías antes de seguir adelante con nuestras vidas.

Una semana de sol, aire puro y mucho verde, lejos de la ciudad, de los

demonios, de los ángeles, de las envidias, de los miedos.

Pensando en eso, abroché mi cinturón de seguridad y suspiré. Si bien este viaje no contaba con la aprobación de nadie, más que de nosotros tres, deseaba que diese resultado, que nos ayudase a Vicente y a mí, a poner nuestras ideas en orden. Que mi madre, quien se quejó por que fuésemos a faltar a la cena de viernes de todas las semanas) y Lucas, a quién no le gustó ni un poco que me fuese lejos y no lo invitase, se arreglasen como pudiesen. Mi matrimonio se tambaleaba, mi felicidad no era realmente tan feliz como debía ser, las señales estaban ahí, a la vista de todos, y yo, menos que nadie, debía seguir ignorándolas; el momento de hacerme cargo de mi vida, había llegado. Además, me sentía culpable por la distancia que sentía, se había creado en este último tiempo entre Anežka y yo. Ella no tenía a nadie más que a mí, por eso, lo mejor de todo, era estar bien para ella, estabilizar mi situación por ella.

Puso el motor en marcha y al instante encendió el reproductor de música y rebuscó entre las canciones hasta encontrar la que quería oír. La canción era la de uno de mis cantantes favoritos y comenzaba con notas extraídas de un piano dulce y enérgico al que se le sumó la batería un par de segundos después y sin más previo aviso, aquella voz tan particular.

*Started talking and the line went dead
Never heard a single word you said
You dont have to turn the sound up
Babe I want you from the ground up*

Estiró su brazo, y tomó mis manos para darles un apretón, me sonrió.

Baby baby you're the world to me.

Su rostro se iluminó mientras iluminaba aquellas palabras. Sus ojos no tuvieron problema alguno en posarse sobre los míos y allí instalarse sin titubear. Imaginé que no sería capaz de conservar una mirada tan calma, si estuviese ocultando gran secreto como lo que Gabriel decía. Vicente podía ser un demonio que al igual que yo, estaba en cierto modo, programado para hacer lo que fuese necesario con tal de alcanzar sus objetivos, pero entre él y yo, las cosas iban de igual a igual, y además, existía amor, compañerismo y una experiencia de casi un año de casados, un año intenso que para los cánones

humanos debía valer como diez al menos. Las cosas que afrontamos juntos desde que nos conocemos han hecho que nos unamos más, que nos convirtiésemos en personas más fuertes, que nos aprendiésemos al dedillo cuales son nuestros puntos débiles, nuestros miedos, nuestras alegrías y los síntomas que tornan evidentes aquellas sensaciones. Vicente podía intentar mentir, ocultar, pero si cargaba algún secreto, pronto, lo quisiese él o no, saldría a la luz.

La camioneta se movió lentamente marcha atrás sobre el camino, rumbo a las puertas. La sombra con la que nos protegía la casa fue quedando atrás poco a poco, deslizándose sobre la pintura color ópalo a la que arrancaba brillos iridiscentes entre rosas, celeste y violetas, el sol de la mañana puso sus dedos sobre nosotros.

Mentalmente le dije hasta luego a nuestra casa, y desee, de todo corazón, que cuando volviese a atravesar las pesadas puertas de madera que ahora se cerraban mientras Vicente guiaba la camioneta todavía marcha atrás, sobre los adoquines de la calle, volviésemos a ser lo de antes, o aún mejor, más fuertes que antes, queriéndonos todavía más.

Ya en las afueras de la ciudad, Anežka se pegó a la ventanilla intentando captar todo el sol en su pálido y pecoso rostro.

Sí, definitivamente la escapada nos beneficiaría a todos.

...

—¿Falta mucho? —Preguntó Anežka en castellano—. Tengo la impresión de que nos caeremos del mapa en cualquier momento —acotó en checo.

Se me escapó una carcajada ante su ocurrencia.

—Parece que nos dirigiésemos al fin del mundo.

—No, creo que ya no falta mucho más—. Intentando no desviar demasiado la vista del camino, era mi turno de conducir —espié a Vicente por el rabillo del ojo.

—No, no falta mucho —convino asomándose hacia atrás para dirigirse a la tercera pasajera.

Pese a mis reclamos, Anežka se había soltado el cinturón de seguridad e iba despatarrada en el asiento trasero con cara de aburrida.

—Bravo —festejó en castellano—, ¿cuánto es “no mucho”?

A pesar de su fuerte acento, su castellano mejoraba a pasos agigantados cada día.

—A quinientos metros, por el siguiente desvío —me indicó Vicente y en ese instante reconocí el lugar. El camino, los árboles, su agradable sombra. Aquel paraje tranquilo perdido en medio de la nada. Un lugar solo para nosotros, un lugar lejos de todos y de todo.

—Ya casi llegamos.

Anežka renació con el aviso que le dio Vicente.

La cercanía de nuestro destino reavivó en mis recuerdos y sentimientos. Me emocioné mucho y al mismo tiempo se me hizo un nudo en el estómago. Volver a aquellos recuerdos era más que añoranza, significaba asimilar lo mucho que cambiaron las cosas desde entonces, lo mucho que yo cambié, lo extraño y todavía más complicado que se había vuelto el mundo desde que supe que lo visible a los ojos, no era lo único real e importante. Tanto me distraje que por poco sigo de largo, más allá de la puerta tranca que daba ingreso a la propiedad.

Frené un tanto bruscamente. Mi maniobra le arrancó un insulto en checo a los labios de Anežka, quien por no estar correctamente sujeta a su asiento por poco se cae en el hueco entre una butaca y otra.

—Perdón.

—¿¡Llegamos?! —Soltó Anežka asomando la cabeza hacia la parte delantera de la cabina.

Una gran sonrisa encendió de entusiasmo su rostro.

Por lo visto la expectativa de haber llegado a destino le importaba más que el accidente de recién.

—Sí —le contestó Vicente—. Yo bajo abrir.

Mientras Vicente saltaba de la camioneta y caminaba rumbo a la puerta que no era la misma que nos recibiera la primera vez que estuve aquí, Anežka se colgó de mi respaldo.

—¿Es siempre así? —Con la cabeza apuntó en dirección a Vicente.

Mis ojos lo siguieron mientras andando por la hierba crecida, tironeaba de la puerta para abrir paso a nuestro vehículo.

—¿Así cómo?

—Educado, caballeresco... ¿se dice así, no?

Asentí con la cabeza.

—Parece un poco como eran los hombres de antes, como en las novelas de Jane Austin o algo así.

Reí.

—Es un poco más moderno que eso, pero sí, sus costumbres son otras.

—Podría ser modelo o galán de cine.

Reí todavía con más ganas.

—¿Nunca te lo conté? La primera vez que lo vi creí que era modelo.

—Es comprensible. ¿Es que siempre fue así? Gaspar me explicó que cuando cambias todo lo atrayente de ti como persona se acentúa, tanto en lo físico como en lo psíquico.

—Igual que una flor carnívora, atraer y agradar es primordial, provoca que quien te vea se sienta confiado, seguro, que inmediatamente le agrade. Por otro lado, supongo que él disponía de muy buen material de base —bromeé—. Todas las imágenes que había visto de Vicente correspondían todas a después de su cambio.

—Tu mamá me mostró fotografías tuyas, tú también eras muy bonita antes, cambiaste un poco, sin embargo creo que la mayor diferencia radica en lo segura que te sientes, en lo que irradia tu mirada. En las fotos que vi parecías más tímida, más cerrada, ahora con sólo verte caminar se nota que no eres la misma.

—¿A qué te refieres?

—A que me da la sensación de que con cada paso quisieses dejar marcada tu huella. ¿Será lo mismo conmigo? Gaspar también me explicó aquello de los aromas, dijo que era probable que con el tiempo ustedes comenzasen a oler mal para mí, eso no ha pasado, ambos huelen de maravilla, la familia de Gaspar también.

—Esa es una regla que tampoco se cumplió conmigo. Como sabes pasé mucho tiempo con Vicente y los demás antes de cambiar y nunca cambió la forma en que los percibía.

—Sí, Gaspar también me advirtió sobre aquello de que podía comenzar a ver sombras de algo no tan agradable... ¿Van a salirme cuernos?

El rostro de Anežka se ensombreció momentáneamente.

Vicente me hizo señas de que avanzara con la camioneta.

—De los que conozco, al único a quién he visto de ese modo es a él —contesté cuando pasamos por delante del amor de mi vida.

—¿Tú no...?

—No me sucedió nunca.

—¿Te sucederá?

—No lo sé.

—¿No le pasa a todos?

Nadie arriesgaba nada sobre eso, las personas a las que yo conocía no sabían

exactamente de que es capaz un hijo de Eleazar Trueba, los únicos a los que yo podía consultar sobre eso eran mi padre y Ciro, mi hermano, y no me apetecía encontrarme con ellos para discutir eso. Tarde o temprano debería enfrentar esa parte de mí a la que tanto temía; no por ahora, no hoy.

—Es probable que algún día me suceda. Ese cambio por lo general se da cuando te alteras mucho, por la razón que sea; sé que hay quienes que lo controlan a voluntad pero no es mi objetivo ir por ahí viéndome como personaje de película de terror.

—Tampoco quiero eso. Algunos aspectos del cambio me dan miedo.

Frené y espíé por el espejo retrovisor, Vicente cerraba la pesada puerta y ponía la tranca en su sitio.

—Es cuestión de valorar cuales son los puntos a favor y qué lo que juega en contra.

—Los puntos a favor valen mucho más. Desde que estoy con ustedes las voces se han tranquilizado notablemente, casi me dejan tranquila. Parece un milagro. Tal vez lo que las voces querían es que viniese aquí, que me convirtiese en uno de ustedes, y no importa que sea lo que ellos querían, porque ahora yo también lo quiero y no porque me hayan convencido, es que tengo la sensación andar camino a mi destino. La certeza se siente tan firme que casi no queda lugar para dudas. Siento que por primera vez en la vida, me encuentro rodeada de gente que es como yo, viviendo en un mundo en el que realmente encajo. Es como si antes hubiese sido un alienígena intentando encajar entre humanos.

Anežka no era la primera en sentirse sí, tal vez el demonio la había arrastrado hasta nosotros, quizá simplemente fuese el destino, o por qué no, una simple cadena de coincidencias, saber que tomaba la situación con tanta entereza y madurez me provocó un cosquilleo frío en el alma. Por Anežka, su seguridad y su futuro, desee con todo mi corazón que las voces no fuesen más que el producto de su poder por captar señales de este otro mundo en el que ella ya no se sentiría como un alienígena y no un descabellado plan del Infierno.

Una coincidencia nada más —susurré dentro de mi cabeza—. Algunas cosas simplemente suceden, Eliza; no le busques explicación.

—¡Listo, podemos seguir! —Vicente saltó dentro del habitáculo y cerró la puerta—. Ya no falta nada, Anežka.

El entusiasmo de Vicente me alegró el corazón otra vez, luego del reciente pasaje de una nube ahora posible de divisar en el horizonte. El cielo lucía igual de claro y diáfano. Me enterneció verlo así, ya ni recordaba la última vez que lo vi tan feliz, tan vivo.

—Genial, porque necesito una ducha fresca.

—Bien, no esperes demasiado, ya te dije que vamos a una vieja casa de campo y allí no hay demasiadas comodi...

—Las cosas cambiaron un poco —anunció Vicente interrumpiéndome.

—¿Cómo?

—Iba a ser un regalo de aniversario pero ni modo, no hice a tiempo a construir la piscina que quería de modo que tendremos que conformarnos con el río—. Giró la cabeza y se dirigió a Anežka—. Hay un río cerca, es un lugar muy bonito—. Su atención se centró otra vez en mí—. Encargué algunas remodelaciones. Ahora tenemos electricidad, agua corriente y otras comodidades. La casa es básicamente la misma, se ve mejor, es todo. Espero que te agrade.

Mentira, la casa no era básicamente la misma, la planta alta había crecido en su extensión por lo que supuse que ahora la propiedad debía contar con uno o dos cuartos más.

El frente de la casa ya no lucía la vieja pintura saltada y agrietada sino un pulcro y elegante acabado beige en el que destacaban enredaderas con flores. Por el frente y el costado que daba a la cocina de la casa, Vicente había mandado a construir una terraza tipo *deck* provisto con pérgolas de madera sobre las que también crecían enredaderas. En la terraza había un par de amplias sombrillas, un juego de mesa y sillas, un sillón de madera, reposeras. La simple y vieja casa de campo se había convertido en una propiedad idílica. Por todo el campo crecían árboles jóvenes, plantas de las más variadas entre las que detecté un par de rosales, jazmines.

Mientras guiaba la camioneta por el camino asfaltado que tampoco existía la primera vez que estuve aquí, detecté otros cambios. Faroles estilo antiguo, senderos, una nueva cochera. El viejo cuartucho de herramientas había desaparecido.

—Tenemos aire acondicionado, heladera. La cocina quedó espectacular, sé que te va a gustar—. Me guiñó un ojo.

De ser por mí hubiese montado un altar en la vieja cocina, todavía hoy no se borran de mis retinas las imágenes que mis ojos captaron en los momentos previos, durante y después de aquel primer beso entre él y yo.

—Anežka, tenemos televisión satelital e internet.

En el rostro de la joven se leía un efusivo: ¡maravilloso!

—Logré que instalasen ambos sistemas hace menos de un mes.

—De modo que preparabas todo esto para nuestro aniversario.

—El plan consistía en que pasásemos unos días solos tú y yo.

Como ya estábamos frente a la casa, pisé el freno y lo besé.

—Gracias.

Vicente se ruborizó y no fue el único, Anežka no sabía dónde meterse.

—Volveremos en diciembre —le aseguré.

—Claro.

—¡Es hora de bajarse de aquí! —Exclamó Anežka a modo de broma.

Broma o no, en una milésima de segundo tomó sus cosas y salió de la camioneta.

—Queda un detalle más.

—Qué, ¿le pusiste una pista de aterrizaje para helicópteros?

—No, es que en la cochera escondí un regalo para ti. Otra vez: iba a dártelo en nuestro aniversario pero supongo que ya que estamos aquí... puedo comprarte algo más luego.

—No necesito que me compres nada, lo único que yo quiero solamente tú puedes dármelo.

—Tamaño responsabilidad esa—. Bromeó—. Como sea, espero que te guste.

—¿Vas a dármelo ahora? —Comenzaba a picarme la curiosidad. Me alegó inmensamente experimentar que poco a poco volvíamos a ser él y yo, los de antes.

—Luego, Anežka está esperando que alguien vaya a abrirle la puerta. Más nos vale recordar que todavía es humana. Es joven y nos sigue el ritmo pero no nos abusemos, la pobre ha pasado por mucho—. Con una caricia pasó un mechón de mi largo cabello castaño por detrás de mí oreja—. Me tocó en suerte la mujer más bella del mundo. La mejor esposa.

—No digas tonterías.

—Ninguna mujer humana ni ninguna que ahora sea demonio, te llega a los talones.

—Ya... aceptar halagos no es lo mío—. Fue mi turno de sentir que me ponía roja como un tomate.

—Amo eso también. Eres una gran mujer que todavía no sabe que lo es para mí.

—Y tú... eres mi hombre.

Me dieron unas ganas locas de besarlo sin embargo él, más centrado, caballeroso y educado que yo, colocó con suma delicadeza, un manojito de llaves en mis manos.

—Me encargaré del equipaje, tú ve a abrir, en un segundo estoy con ustedes.

—Te amo, ¿lo sabes, no?

—Lo siento.

A regañadientes, bajé de la camioneta y fui a abrir la puerta, hubiese preferido que él estuviese a mi lado cuando puse un pie dentro de lo que se había pasado de ser prácticamente ruinas a una hermosa, fresca y luminosa casa de campo.

La vieja pintura había desaparecido, así también alguno de los muebles, y en su lugar, surgieron otros.

Una chimenea, una pantalla de televisor, teléfono, una laptop sobre una mesilla. Mullidas y lustrosas alfombras por doquier.

Por lo que la puerta entreabierta del baño de la planta baja dejaba ver, se notaba que aquel ambiente ya ni recordaba lo frío, húmedo y oscuro que fue en el pasado.

El espacio central parecía más amplio que antes, más alegre, lleno de vida. Allí olía limpio, a nuevo, y no a años de soledad y abandono.

En la cocina, que era puro lujo, nos encontramos con Vicente después de que yo abriese todas las puertas y ventanas se hizo presente con las cosas para guardar en la despensa.

Microondas, una heladera inmensa, un horno todavía más grande. La casa era apta para que viviésemos aquí indefinidamente, de eso, me convencí cuando de la mano de Vicente y con Anežka a la cabeza, subimos al primer piso.

La antigua habitación que ocupé ahora era toda una con aquel cuarto que Vicente había llenado de llamas. Era inmenso, tenía baño privado (uno enorme) y vestidor. Otros dos cuartos, no tan amplios pero igual de luminosos, compartían baño.

Una bonita escalera caracol de hierro conducía a una especie de mirador en el techo.

Un rinconcito con macetas, una pérgola, una romántica mesa para dos con velones perfumados y una vista espectacular sobre las copas de los árboles. Desde allí el mundo parecía infinito. Infinito y perfecto.

Para esa misma noche, los tres ya habíamos adquirido un agradable color dorado en la piel y ese brillo en los ojos que te da el pasar muchas horas al aire libre, expuesto al oxígeno del campo y a la certeza de que ni nadie ni nada de este mundo, te corre.

La noche llena de grillos, chicharras y algún que otro murciélago calmó mi espíritu.

Anežka se fue a dormir al poco de cenar, nosotros dos, subimos al mirador con

una botella de vino.

El alba nos encontró a la intemperie, entrelazados el uno con el otro allí arriba, en un abrazo sincero y tranquilo, sin mayores pasiones pero lleno de esa seguridad que yo ansiaba volver a experimentar a su lado.

—Buenos días.

La felicidad se me escapaba por las palabras.

Anežka entró en la cocina, todavía vestía su pijama arrugado y torcido por las muchas horas de sueño, ya era casi mediodía.

El pijama no era lo único que se trajo consigo de la noche. Su cabello cobre era una mata enredada de verdad desconcertante. Tenía los ojos hinchados y evidentemente la intensa luz del sol le molestaba.

—Buen día.

Se dejó caer en la silla de la cabecera de la mesa.

—Qué hora es.

—Once y cuarto.

Achinó los ojos y le echó una mirada al reloj del microondas.

—Dormí más de doce horas.

Reí.

—Sí, este lugar produce ese efecto.

—Nunca en mi vida dormí tanto.

Le puse una taza de café con leche delante y descubrí las tostadas que había mantenido envueltas en un paño para evitar que se enfriasen. Sobre la mesa tenía a su disposición manteca y una gran variedad de dulces.

—¿Y Vicente?

—Afuera, arreglando no sé qué cosa que los empleados de la constructora que remodelaron la casa, dejaron mal.

—Lamento que la venida a esta casa no fuese lo que ustedes planearon, lo que él planeo.

—No pasa nada, fue una agradable sorpresa igual.

—Vicente mencionó ayer que hay un río cerca.

—Sí, es pasando el bosque, podemos ir más tarde.

—Me agradecería mucho.

—Claro, no hay problema.

Por un par de minutos, ella siguió con su café y yo con lo mío.

—Es bueno saber que incluso después de cambiar es posible tener esto.

—¿Qué cosa?

—Un amor, una familia. Solamente espero que mis relaciones como demonio sean mejores que las que tuve con humanos. Tal vez tenga un problema para elegir novios.

—Yo tampoco me destacaba en eso cuando era humana.

—Bueno, tuviste suerte con Vicente.

—Sí, así es.

Bebía mi segunda taza de café de la mañana, más que nada, por servirle de compañía a Anežka mientras desayunaba, cuando sonó mi celular.

El número de teléfono de Lucas iluminó mi pantalla.

Antes de atender, me disculpé con Anežka y salí de la cocina rumbo al living, sobradamente conocía el motivo del llamado de Lucas, ya pasaban de las veinticuatro horas desde que salimos de casa.

Cerré la puerta a mi espalda.

—Hola.

—Procuraré no gritar —dijo con un tono de voz dominado por una calma tirante detrás de la cual se esforzaba ocultar su enojo.

—No hay razón para gritar, Lucas.

—¿Huir, esa es la mejor idea que se te ocurre? Se largaron dejando a todo el mundo angustiada. Gaspar no sabe qué hacer.

—No tiene que hacer nada, puedo manejarlo.

—¿Manejarlo a él? Te refieres a manejar a Vicente, y para colmo de males te llevaste a esa chica a costas.

—No me llevo a nadie a costas, es mi familia Lucas, intento hacer lo posible para mantenerla unida.

—¿Tu familia? Claro, entiendo.

—No quedaste excluido, es que...

—Soy el mal tercio, ya lo sé. No finjamos más que las cosas no son lo que eran, todo cambió cuando él regresó.

—No puedo hacer más que esto, Lucas. Lo lamento, por más que quiera no puedo dividirme en dos, no más de lo que ya estoy dividida. Entiendo que no puedo tenerlos a ambos...

—Y lo elegiste a él, otra vez y a pesar de todo. Tal vez sea cierto, lo más probable es que nacieran el uno para el otro.

Lo que dijo y en el tono en que lo dijo, me hirió el alma. Lo lastimé una y otra vez dándole falsas ilusiones porque yo misma me había hecho ilusiones, querer tanto a dos personas que tanto te quieren, es un regalo demasiado perfecto que no puede sobrevivir en la realidad demasiado tiempo.

Probablemente me merezco que me aborrezca, es más: probablemente lo mejor es darle razones para alejarse de mí.

—Será por unos cuantos días. Necesitábamos un cambio de aire, es todo—.
Entoné en la procura de darle una vuelta de página a la conversación.

—¿Un cambio de aire? No me engañas. ¿Dónde estás?

—Estoy bien, todos lo estamos, regresarnos a casa en una semana, tal vez dos.

—No creo que sepas lo que haces.

—Y yo creo que te olvidas de quién es Vicente, de quién soy yo.

—Ahora que lo mencionas creo que no tengo ni la menor idea de quiénes son ustedes. A Vicente no lo reconozco desde hace un buen tiempo, y contigo... no tengo ni la menor idea de quién eres. Ya no sé de quién me enamoré.

—No puedo contestar esa respuesta por ti. Cuando pasó nos formamos una idea de a quién queremos amar y...

—¿Eso es lo que hiciste tú? Creaste una ilusión de la cual enamorarte.

Fue tonto, infantil. Corté el teléfono y cuando volvió a llamar, no respondí.

No oía su voz, aun así, continuaba escuchando sus palabras dentro de mi cabeza una y otra vez.

Inspiré hondo una vez, dos veces, tres veces... luego, llamé a casa de mis padres, me tomé un buen rato para conversar con ellos, pensar en otra cosa y así calmarme un poco.

Al regresar a la cocina me encontré con Vicente y Anežka, los dos riendo a carcajadas.

—¿Qué es lo que es tan gracioso?

—Nada, una tontería —me contestó Vicente sirviéndose más agua en el vaso que tenía frente suyo. ¿Quién te llamó?

A veces contar una mentira daña menos que decir la verdad, o por lo menos en este momento, significaba evitar echar más leña a un fuego que ardía haciendo caso omiso de mis esfuerzos por extinguirlo.

—Hablaba con mis padres.

—Bueno, le propuse a Anežka ir de picnic al río, almorzar allí, pasar la tarde... qué te parece.

—Claro.

Anežka se levantó de la mesa cargando su taza, cuando llegó a la pileta, espió a Vicente por encima de su hombro.

Todavía sentado, Vicente me tomó de la mano.

—¿No te agrada la idea de ir allí? ¿Es eso?

Hasta qué él lo mencionara, todavía ni había pensado en el hecho de que

estaría regresando al lugar en el que casi muero. Le respondí que no era eso, que no tenía ningún problema con volver a internarme en el bosque o sumergirme en las aguas que casi me devoran, si bien, no era del todo cierto, la idea me causaba cierta aprensión.

—¿A qué se debe tu mala cara entonces?

—No es nada.

En cuanto le respondí, se puso de pie, estampó un beso en mi mejilla y me dijo que iba a cambiarse para salir.

Anežka salió tras él poco más de un minuto después, luego de dejar su taza ya lavada, escurriendo en la pileta. Fue así, que me quedé sola en la cocina, sola con mis pensamientos, los cuales por cierto, volvían a ser un tanto oscuros.

Bufando enojada por mi incapacidad de vivir en paz, levanté la mesa, guardé todo lo usado durante el desayuno y me puse a amar sándwiches con los que cargar una canasta especial para picnic que encontré en el bajo mesada (Vicente había pensado en todo).

Para tomar distancia de los malos pensamientos salí con la canasta a esperarlos fuera.

Estuve un rato recorriendo con la mirada el horizonte hasta que me topé con la nueva estructura del garaje. Sus puertas cerradas escondían dentro el regalo que Vicente comprara para mí.

Abandonando la canasta en la terraza, bajé las escaleras y anduve un par de pasos hacia el anexo de la casa, en el que todavía no había puesto un pie.

—¿Curiosidad?

Me volví para verlo parado a los pies de la escalera, lucía shorts y una remera que lo hacía verse de no más de los veinte años, es decir muchos menos de los que tenía al cambiar y todavía menos de los que en realidad tenía.

—Puedo dártelo ahora. Muero por verte la cara cuando lo tengas delante — continuó diciendo mientras caminaba hacia mí.

—¿Va a ser una buena cara?

—No tiene por qué ser una mala, es más, puede que cambie esa cara larga que llevas ahora—. Me abrazó—. Mi plan para nosotros es que viviésemos felices, el uno para el otro, lejos de lo que fue mi vida antes de conocerte, aparte de lo que significó siempre para mí, ser un demonio.

—Supongo que no podemos escapar de esto.

—No estoy de acuerdo. Confío que es factible dejar una parte de esta locura atrás.

—¿Cómo?

—Dejando atrás las amenazas, moviéndonos a un lugar seguro, a un entorno más estable.

—¿A dónde sería eso?

—No es que me agrade Ciro...

Involuntariamente me eché atrás, tanto es así que tuvo que soltarme.

—No te alteres, permíteme explicarte. Allí serías respetada más que en cualquier lugar. Nadie se atrevería a meterse contigo, ni con nosotros si yo acepto hacerme cargo de una silla. Vivir en París sería como vivir en un sueño. Esconderse por siempre no es la solución, puede que lo sea para demonios comunes y corrientes, no para nosotros. Sé que no te va a gustar lo que te diré, pero allí serías tratada como realeza.

—¿Intentas convencerme de que vaya o de que no vaya?

—Negando lo que eres te dañás, lo sé por experiencia, pasé por lo mismo, a otra escala claro está, pero al fin y al cabo es lo mismo. Cuanto antes asumas quién y qué eres, más pronto saldrás adelante. Créeme, tarde o temprano la verdad comienza a buscar por dónde salir. Se forman rajaduras en la coraza, se producen filtraciones y cuando eso sucede, la situación es más difícil de controlar, es como un gran reactor nuclear. Si explota por exceso de presión lo destrozará todo a su paso—. Volvió a estrecharme entre sus brazos—. Sé que no te gusta ser su hija, pero lo eres, no puedes cambiar eso. Debes aprender a convivir con el hecho de que siempre lo serás, lo niegues o no. Hasta lo que yo entiendo, no podrás vivir en paz hasta que así sea.

—Dices eso porque no es tu padre.

—No es tu culpa que él sea tu padre, no lo elegiste, está allí y punto. No puedes cambiar eso, nadie puede.

—No quiero que Eleazar piense que acepto estar de su lado, porque no es así.

—Es el único que pude darte seguridad, además, Ciro tiene mucho que enseñarte. Supongo que además de tu padre, es el único que puede proveerte de las respuestas que buscas.

—No sé...

—No es que tengas que decidirlo en este instante, simplemente es que creo que deberías meditar la posibilidad. En París nadie se atrevería a meterse con nosotros, a darnos problemas. Allí las reglas se cumplen a rajatabla.

—No quiero que las personas me teman.

—Se llama respeto.

—Imponen las leyes bajo...

—Eliza, a veces actúas igual que una niña, el mundo no es lo que figura en los libros de hadas. El ochenta por ciento del tiempo del mundo es un lugar bastante desagradable, y la vida no es demasiado justa. Es lo que es. Debes resignarte a que no te queda otra opción que amoldarte a aquellas cosas que no puedes cambiar.

—Esa me parece una actitud derrotista, mediocre que me haría sentir derrotista.

—A mí me parece que incluso, bajo sus reglas, existe un modo de vivir a nuestro modo.

—Desearía tener tu confianza.

—Confía en lo que te digo, viví allí, sé cómo funciona.

—¡Estoy lista! —Exclamó Anežka desde la terraza.

—Magnífico —le contestó Vicente de lo más efusivo.

—¿Vamos? Te mostraré tu regalo cuando regresemos.

Como llevaba mi bikini debajo de la remera y el short de jean, ya estaba lista para salir.

Vicente recogió la canasta y los tres caminamos por el sol hasta la entrada del bosque.

16.

Después de la oscuridad.

Ni bien puse un pie dentro de la sombra del bosque, se me puso la piel de gallina, me estremecí. El cambio de temperatura produjo un shock en mi cuerpo, sentí que se me pegaba el estómago a la espalda, mis brazos y piernas quedaron parcialmente paralizados y mi visión se tiñó de un blanco brillante que no me permitía divisar formas ni diferenciar los colores.

Los recuerdos volvieron a mí. El dolor. Los momentos desagradables. El miedo. De nada sirvió que me repitiese a mí misma que ya no tenía de qué temer, no al menos a esos demonios. Otras cosas deambulaban por esta tierra, pero nada tenían que ver con el bosque, o con los recuerdos.

Mi tara provocó que Vicente y Anežka se adelantasen por el camino. Iban conversando, medio en castellano, medio en checo y otro poco en inglés, parecían de lo más entretenidos.

Entre recuerdos y realidad, otra vez oí sus gritos y carcajadas, siempre desbordantes de lujuria. Tal si fuesen espectros, vislumbré sus cuerpos y

rostros entre los árboles y las sombras, emergiendo de la oscuridad para desaparecer súbitamente una y otra vez. Fue como si sucediese todo otra vez, solo que yo no corría; me encontraba quieta, clavada en un lugar. Sus idas y venidas no tenían más objeto que torturarme, su juego era que me ilusionase con la idea de perderlos de vista, ilusión que al romperse, generaba todavía más dolor y miedo y ellos disfrutaban con eso.

Otra vez sentí sus dedos ardientes sobre mi piel, sus voces gritando mi nombre.

Una cortina de sudor frío cayó sobre mi cuerpo.

Me vi a mi misma corriendo, totalmente desorientada, y solamente creí encontrar el rumbo cuando noté que la vegetación comenzaba a disiparse en los alrededores. Al final lo entendí, el claro era real, el sonido del río también. Las voces de Vicente y Anežka terminaron de desconectarme de aquella pesadilla.

—Por fin llegas. ¿Te encuentras bien? ¿Con qué te demoraste? Te sentía venir detrás de nosotros... ¿Viste algo... extraño?

Abrí la boca sin embargo no logré contestarle, no tenía ni la menor idea de cómo había llegado aquí.

—¿Eliza? —Me tomó por un hombro, tenía cara de preocupado, Anežka también.

—Son los viejos recuerdos, es todo.

—Eso terminó, no tienes de qué temer. No tiene sentido permitirle al pasado apoderarse del presente, las cosas son distintas ahora.

—Lo sé, no me hagas caso, ya pasó. Quizá fue bueno que los recuerdos volviesen... para darle un cierre a lo sucedido.

—Mientras nuestra estancia aquí no se vuelva una tortura para ti.

—No lo será. No quiero que lo sea, es hora de cerrar de una buena vez esas heridas.

—Estoy totalmente de acuerdo con eso.

Vicente me dio un rápido beso sobre los labios y me dijo que me amaba.

Después de ese lapsus todo volvió a la normalidad, es más, fue más normal de lo que podía esperarse de unos demonios. Fue una tarde totalmente humana. Yo me esforcé por hacer a un lado la incomodidad de los recuerdos y poco a poco me relajé y disfruté de las horas al sol. Por qué negarlo, nos divertimos. El agua del río estaba espléndida, así mismo el sol, y además Vicente hizo gala de un muy buen humor, se mostraba suelto, muy cariñoso conmigo, por lo visto ya no le importaba o molestaba tanto, la presencia de Anežka, es más, con ella

estuvo no solamente amable (él era siempre un caballero) si no que relajado, como si no hubiese diferencia alguna entre ella y nosotros, como si de verdad fuésemos una familia. Así mismo acabé sintiéndolo yo a las pocas horas, de repente daba la sensación de que todo terminaba por encajar en el lugar que le correspondía.

Las horas se deslizaron suavemente, idílicas y de perfecta sencillez. Sin duda un par de días aquí, acabarían con la oscuridad y las sombras.

...

Olfateé el olor a quemado y levanté la cabeza del libro que tenía entre manos. Vicente, desenredando sus piernas de las mías, levantó la cabeza. Era nuestra tercer noche en la casa y ya estábamos mucho mejor, es más, mejor que antes. No logro recordar cuándo fue la última vez que pasamos el rato así, simplemente los dos juntos, recostados en un sofá, leyendo, conversando, dispensándonos cariño.

Vicente me sonrió.

—¡Ayuda, ayuda! Necesito ayuda.

La voz desesperada de Anežka nos llegó desde la cocina.

—No te preocupes, yo voy—. Colocó el diario a un lado y se levantó.

Me levanté con él, tenía suficiente lectura por este día, además estimaba que Anežka iba a necesitar una mano con la cena, ya que por lo visto ésta, acababa de incendiarse dentro del moderno horno a convección.

Una nube de humo traspasó la puerta de la cocina en el exacto momento en que me di la vuelta. Vicenteapuró el paso.

—No sé qué pasó—. Nos dijo Anežka agachada frente al horno del cual salía una densa y continua estela de humo negro.

—Huele a que algo se volcó y quemó en el piso del horno—. Vicente llegó hasta ella, Anežka le hizo lugar. Así, a mano limpia, extrajo la fuente de dentro del horno.

El pollo relleno con el que nuestra pupila pretendía agasajarnos esa noche, había reventado dentro del horno, casi nada quedaba del relleno entre la carne del pollo, por lo visto eso era lo que se quemara y posteriormente provocara semejante cortina de humo denso y áspero.

Anežka soltó nos cuantos insultos en checo al ver en el estado en que quedara aquello en lo que trabajara al menos durante hora y media.

—Me distraje apenas un momento.

—No pasa nada. Fue un accidente.

—La cena quedó arruinada. De verdad quería hacer esto por ustedes.

—Estoy segura que debía tener muy buen sabor.

—Sí, eso es cierto —comenzó a decir Vicente uniéndose a mí para darle ánimo—, se olía desde el living, tenía un aroma increíble.

—Pensarán que no puedo hacer nada bien.

Los ojos de Anežka se pusieron brillantes y comenzaron a enrojecerse, dicho cambio, nada tenía que ver con el humo que de a poco se dispersaba gracias a la brisa que ingresaba por las ventanas. Mi lazo con ella me permitía seguir de cerca sus emociones, ya que siendo todavía una humana, una inexperta en lo que se refiere al control de sus propios poderes, sus emociones descarriaban el tranquilo estanque de agua de sus poderes, en algunos casos, cuando no eran emociones demasiado fuertes, apenas rizando la superficie del agua, en otro momentos, así como ahora, no eran rizos, si no olas, olas altas que arremetían contra la costa descontroladas. Me pregunté por qué una simple cena fallida le causaba tanta angustia. Quizá simplemente fuese un punto de fuga por el que aprovechaba para salir la angustia y los miedos contenidos en ella por las últimas semanas. Desde el día en que me presenté ante ella, se mostró integra, estoica, por lo visto en algún punto empezaba a flaquear.

—Nadie piensa eso—. Vicente cerró la puerta del horno y dio un paso hacia ella—. Es sólo la cena, Anežka.

—No, no lo es.

Y así las primeras lágrimas brotaron de sus ojos verdes. Al instante la nariz se le puso roja, así también sus mejillas. Lo que le siguió a eso fue esconderse detrás de sus manos.

—No te sientas mal.

No fui la única sorprendida cuando Vicente franqueó la distancia que los separaban y la rodeo con un brazo.

—Ustedes son perfectos y yo solamente... por momentos tengo la impresión de que no soy capaz de seguir adelante.

—Somos cualquier cosa menos la representación de la perfección; llevas un par de semanas conviviendo con nosotros, ya deberías haber comprobado eso. Y por otro lado... ¿Qué no eres capaz? ¿Es broma? Escúchate hablar castellano. Tienes un don más que particular para aprender y dominar otros idiomas.

—No quiero transformarme en una decepción—. Lloriqueó alzando los ojos para mirarme a mí.

—Anežka, qué estás diciendo... no eres una decepción y no creo que vayas a serlo algún...

Con un gesto de desamparo plasmado en su rostro, vino hasta mí y se prendió de mi cuerpo en un abrazo tenaz. La frase que pretendía pronunciar quedó inconclusa.

—Tranquila, no pasa nada—. Le repetí un par de veces mientras mis manos acariciaban su cabello. En este momento la sentía como la hermana pequeña que siempre desee tener.

—Necesito cambiar —entonó desconsolada apartándose de mí—. No puedo seguir esperando. No le encuentro sentido a la espera. Toda la vida me sentí viviendo entre dos mundos y ahora esa sensación empeoró. Con todo lo que sé, lo que vi, ya no puedo vivir en este mundo, ya no formo parte de él. Sé que ustedes saben lo que hacen pero no puedo más. Si fuese un demonio la comida jamás se me hubiese quemado.

Y en esa exageración se notó que pese a lo madura que era para muchas cosas, continuaba siendo una adolescente.

—Por favor, háganlo. Dígame qué necesito hacer. Quiero cambiar, ahora.

Vicente negó con la cabeza. Si había alguien que siempre estaba decidido a manejar situaciones de este tipo, con mesura, era él. Suerte para mí, salió al rescate, ver a Anežka así me partía el alma, de ser por mí hubiese tomado su alma para el Infierno, en este exacto momento, que mejor momento que aquí y ahora, lejos de la sociedad, guarecidos dentro de este escondite seguro, aquí tendríamos la base para el cambio hacia su nueva vida, aquí ella no sería peligrosa para nadie, y con un poco de suerte, tampoco representaría un riesgo demasiado alto para Vicente y yo (o al menos eso me parecía).

La voz de la razón se hizo oír.

—Todo a su debido tiempo, Anežka. Además, el estado en que te encuentras es muy inestable, ni por más que quisiésemos sería conveniente iniciar eso ahora. Sé que Eliza concuerda conmigo en eso.

Por no crear caos asentí, de todos modos, en eso último sí que tenía la razón, hacerlo ahora mismo era tentar al destino. Pero... podíamos hacerlo en un par de días.

—No hay prisa. Todavía eres muy joven. Por el momento deberías valorar cada día que como humana.

Me dio la sensación de que Vicente se refería a un lapso de espera demasiado largo hasta para mí, y la idea de esperar tanto no me agradó.

—Ven aquí. Lávate la cara, ya no llores, errar es bueno y si me permites, te

diré que es mejor errar cuando eres humano, que cuando te has convertido en demonio. Cualquiera a quien le preguntes te dirá que nuestra vida tampoco es sencilla. Sé que has sufrido mucho... la verdad es que no es sencillo siquiera siendo lo que nosotros somos. Vamos, te ayudaré a preparar la mejor cena que Eliza haya probado jamás.

A escondidas, Vicente me guiñó un ojo.

En algún punto era un alivio que hiciese cargo de la situación, tenía mucho más claro que yo lo que debía hacerse en situaciones similares a esta, él tenía mucha más experiencia como demonio y además ya había pasado por todas las vicisitudes de tener un aprendiz.

—Podrías aprovechar el momento para ir a ver el regalo que te dejé en la cochera —me dijo a mí—. Tomó la bandeja con la comida quemada y apuntó con la cabeza en dirección a la puerta—. Enseguida regreso —le avisó a Anežka y volvió, a espaldas de ella, para indicarme la salida.

Sin intercambiar ni una palabra, bajamos la escalera de la terraza.

Vicente depositó en el suelo la todavía humeante bandeja.

—Dame media hora a solas con ella. Sé por lo que está pasando. La inhibes, se siente inferior, es común que eso pase, es parte del proceso de sumisión que muchos demonios jóvenes sienten hacia su maestro.

—Yo no sentí eso.

Vicente alzó una ceja y supe lo que eso quería decir. Yo era especial. Aquella cantinela de quién era mi padre, quien era yo, me aburría soberanamente.

—Cómo es posible que sienta eso y aún no se convierte.

—Fue ella misma quien lo aclaró, ha vivido toda su vida con entre dos mundos, ahora, por convivir entre demonios ha quedado más cerca del nuestro. Supongo que debe ser por eso que le afectas tanto.

—¿Le afecto? Pero si no le he hecho nada.

—No es una cuestión de hacer —frunció la nariz—...es más bien por existir.

—Ah, genial. Resulta que ahora también le hago daño.

—No es daño, simplemente los miedos encontraron un hueco por el que salir, es todo—. Con una sonrisa en los labios, se inclinó sobre mí y me besó, suavemente, sobre los labios una y otra vez.

—Si continuas haciendo eso no voy a lograr juntar la voluntad para darte esa media hora que necesitas a solas con ella.

—Te prometo que tendremos muchas medias horas para nosotros dos solos—. Con otro rápido y suave beso se despidió de mí—. Ve a dar una vuelta, para cuando regreses todo estará más tranquilo y tendrás servida en la mesa, la cena.

La cena me importaba un cuerno, para ser más exacta no me resultaba nada fácil parar de pensar en la noche y en nuestro cuarto.

—¿Me gustará mi regalo?

—Eso espero.

—No tenías que comprarme nada.

—Quería hacerlo—. Me sonrió otra vez y la noche se iluminó de plateado—. Tengo la certeza de que te gustará. Me enorgullece saber que hoy eres capaz de aceptar presentes sin sentirte culpable por recibirlos o por lo que yo gaste en ellos.

Me puse roja, intentaba alagarme con su orgullo si bien lo cierto es que hasta este día, todavía me provoca un no sé qué descubrir las sumas que él gasta en mí. Para nosotros el dinero no significa nada, pero cuando me pongo a pensar en las personas que...Vicente cortó mi pensamiento dándome un toquécito en la frente con su dedo índice.

—¿Dónde te perdiste? No pienses más. Es un regalo, es todo—. Selló mis labios con los suyos—. Feliz aniversario por adelantado.

Resoplé.

—Te amo, gruñona.

—Yo también te amo, y no soy gruñona.

—Que disfrutes tu regalo.

—Gracias. ¿Seguro que irá todo bien? ¿No debería quedarme, ella es mi responsabilidad?

—Ya vete.

Como resistirse a su sonrisa.

—Extrañame.

—Lo haré —me contestó remontando los escalones.

No me moví de mi lugar hasta que él entró en la casa. Solamente entonces, solté un suspiro y resignada, le eché un vistazo al nuevo garaje. Mi camioneta y había quedado estacionada frente a la casa, por lo que no había nada que obstruyese mi visión del portón.

Aquí vamos —entoné dentro de mi cabeza y me eché a andar.

El portón no opuso resistencia cuanto tiré de la manija hacia arriba. El sistema de contrapesos se puso en funcionamiento y con el envión inicial que le propiné, bastó para que alzase la puerta y dejase a la vista mi regalo.

—Al final te saliste con la tuya, Vicente Francisco Campo. Increíble.

La carrocería plateada de mi nuevo vehículo resplandeció.

Bueno, al menos mi camioneta no se pondría tan celosa, mi nuevo auto y ella eran de la misma familia. Vicente finalmente se sacó el gusto al comprar este Porsche, reconocí el modelo porque lo había visto en una revista que Vicente había estado hojeando un tiempo antes de que partiésemos a Republica Checa.

Al admirarlo de todos sus ángulos, me pregunté qué haría yo con esta cosa. Sí, lo admito, desde que cambié, la velocidad me gusta, supongo que en eso influyeron las motos de Julián y el hecho de saber que no soy igual de vulnerable que antes, pero con las motos podía pasar desapercibida, eran grandes, y tal vez un tanto llamativas, de todas maneras, nada como este moderno auto de aspecto deportivo.

Dentro me recibió un interior de cuero.

No pude resistirme a la tentación. Salir a probarlo era la excusa perfecta.

Contorné la casa a una velocidad moderada, más en cuanto salí al camino, pisé el acelerador con ganas.

Al final, salí a la ruta. Claro que me gustaba mi regalo.

...

Aceleré un poco más, la ruta estaba desierta. Mi única compañía eran las estrellas plateadas en el cielo aún celeste. Dentro de poco, la noche caería por completo, mas aún, restos dorados del día todavía perduraban en el horizonte de un rosado pálido.

Amplios campos verdes se extendían tanto a derecha como a izquierda. Iba a tener que tener cuidado de no dejarme tentar de este modo por el pedal del acelerador dentro de la ciudad o acabaría con una multa por exceso de velocidad.

Pasé junto a unos árboles, muy cerca de la banquina, lo hice a propósito, quería ver las hojas arremolinándose en el aire a mi paso.

Pasé por sobre éstas y luego espí por el espejo retrovisor. A mi espalda las hojas doradas se alzaron hacia el cielo azul. Sonreí de puro gusto y...

El grito brotó de mi garganta solo y a viva voz.

La sombra se me vino encima pese a que pisé con todas mis fuerzas el freno y que desvié la ruta del Porsche en dirección a la banquina derecha y a los campos que desde allí se abrían a una inmensidad sin límite.

Cerré los ojos y no volví a abrirlos hasta que las ruedas de detuvieron por completo.

No había sentido impacto alguno pero posiblemente había golpeado a esa persona que se hallaba parada en medio de la ruta. ¡¿Qué podía hacer alguien parado en medio de los dos carriles a esta hora, con la penumbra cayendo?!

Asustada y muerta de miedo —lo único que me faltaba era haber atropellado a alguien— me bajé del auto, un tanto asfixiada de la impresión, le eché un vistazo a la parte de mi vehículo, por suerte no detecté ni el menor rasguño, ni una sola mancha de sangre; con un poco de suerte la maniobra de evasión había resultado. Di media vuelta y corrí hasta el lugar del accidente. De repente la noche lo cubría todo. A mi espalda quedó mi auto nuevo con la alarma sonando ya que había dejado la puerta abierta y las luces encendidas.

Las largas marcas negras que imprimieron las llantas de mi nuevo auto me indicaron que iba en buen camino, sin embargo... Jadeando me detuve en el punto en que comenzaban las cintas negras. Di la vuelta para un lado, luego para el otro, me asomé a una banquina, a la otra... nada.

Con el corazón bombeando sangre con fuerza quedé plantada en el mismo lugar que la sombra que atropellé o que creí...

—Buenas noches.

Creo que del susto pegué un salto de un metro. Tarde reconocí la voz de Gabriel.

Al aterrizar sobre el asfalto me torcí un tobillo y tropecé. Mi desastrosa pirueta acabó casi en la banquina opuesta.

—¿Eras tú?! ¿Acaso estás loco? Pensé que había matado a alguien. ¿Cómo se te ocurre aparecerte así! Para ser un ángel, tienes forma de proceder muy retorcida y de mal gusto. ¿Qué pretendías, matarme del susto? ¿Culparme por atropellarte luego?! ¿No hubiese sido más sencillo hacerme señas desde la banquina o algo así? ¿A qué viniste? ¿Qué quieres? —lo miré torcido empezando a comprender las reales dimensiones de su presencia aquí—. ¿Cómo me encontraste? ¿Cómo sabías qué...? —Ahora que lo pensaba este lugar era bastante distante de la casa de campo—. ¿Cómo llegaste aquí? —Inquirí después de requisar los alrededores sin encontrar vehículo alguno; nos hallábamos en medio de la nada misma, a una hora de automóvil del pueblo más cercano—. ¿Por qué...?

—Eres demasiado preguntona.

La sonrisa que me dedicó al final de la frase me descolocó. Me quedé mirándolo, me daba la sensación de que su piel tenía como un brillo propio, como si por detrás de ésta hubiese un potente foco encendido.

—¿Qué? —Me espetó en un tono seco y áspero—. Por qué me miras así.

Parpadeé y erguí la espalda para mostrarme fuerte, e indiferente a aquel resplandor amable que al igual que sus alas, me desarmaba (bueno, en realidad sus alas me daban miedo, su brillo simplemente me descolocaba, uno podía quedarse cual idiota contemplándolo igual que se contempla el hipnótico bamboleo de la llama de una vela).

—Nada. Apuesto lo que sea a que asumo bien si creo que me seguirás. Qué podrías estar haciendo aquí si no.

—Asumo bien al exponer que tu presencia en este lugar se debe a que huyes.

—No huyo.

—Este viaje no estaba planeado.

—No es asunto tuyo si decido viajar o no.

—¿Te ha contado la verdad? ¿Tuviste el valor de pedirle explicaciones?

—Vuelve a tu cuartel, Gabriel, no tienes nada que hacer aquí—. Iba a dar la media vuelta y regresar a mi auto cuando escuché y vi que un automóvil se nos acercaba. El vehículo iba aminorando su velocidad. Los focos de Land Rover verde quedaron a un metro de dónde nos encontrábamos parados.

—¿Qué significa esto? —Inquirí al ver a Ami bajar de la vieja camioneta.

—Ese condenado bicho es demasiado veloz —rezongó Ami, señalando mi auto.

Me seguía y yo siquiera me había percatado de ello.

—Podrías demostrar un poco de agradecimiento, cuidamos de ti.

—No les pedí que cuidasen de mí, si es por eso pueden regresar por donde vinieron.

—No podemos. ¿De verdad creíste que iban a irse así sin más?

Los caídos. Pensé en ellos automáticamente.

—Se mantienen a raya pero no se han ido a ninguna parte. Ami los vio por la zona.

Miré a Ami, quien asintió con la cabeza; volví mis ojos hasta los de Gabriel.

—Me figuro que no es trabajo de un ángel cuidar de un demonio. Pueden irse, me las arreglaré sola.

—Soy un arcángel y no, no puedes arreglártelas sola. Es evidente que no.

Le lancé una mirada de odio.

—Ami, danos un momento, por favor.

Obedientemente Ami dio la media vuelta y regresó a su camioneta. Solamente cuando cerró la puerta, Gabriel continuó hablando.

—No debiste salir de la ciudad, ese fue un acto en extremo irresponsable.

—No me fastidies.

—No seas egoísta entonces. Es que no comprendes que mucho más que tu vida puede estar en juego aquí.

—Acaso tienes alguna certeza. La última vez que nos vimos...

—No, no tengo ninguna certeza, y tú, todavía no me respondes, ¿te ha contado la verdad?

—Vete, no era necesario que vinieses.

—¿Permitirás que la gente muera? Tienes que aceptar la responsabilidad que te tocó, para bien o para mal eres su hija. Es hora de que escojas un camino, o estás de su lado o del nuestro.

—Estoy de mi lado y punto.

—Este es un mundo de trampas y engaños, sola no puedes contra todo.

—Tú también podrías estar engañándome.

—Yo no puedo mentir, es parte de mi naturaleza; no podría mentir aunque quisiera. Tu esposo es responsable de la muerte de mi mejor amigo, y sí, por eso lo odio, no debería pero así es. De todos modos, su responsabilidad no es lo que más me preocupa por estos días, ya llegará el momento de ajustar

cuentas con él. Lo que no puedo sacarme de la mente es que tú insistas en no tomar partido. Largarte ha sido una clara muestra de que huyes, de que no deseas enfrentarte a esto. Sé que han tenido problemas... estoy al tanto de lo que le sucedió al clan Salleses, también sé que por estos días los visita un demonio muy especial—. Dio un paso al frente—. Óyeme bien, Eliza, llegó la hora de enfrentar el hecho de que algo sucede, algo que tú no puedes controlar. Tampoco puedo controlarlo yo solo, por eso vine, necesito tu ayuda.

—Esa mañana en el cementerio...

—Te pido perdón por eso, el dolor pudo conmigo, no debí tratarte de eso modo. Técnicamente pertenecemos a bandos distintos... si nuestras sospechas son reales, pronto ya no quedará ni tu bando ni el mío porque sencillamente no habrá más humanos, ni más tierra.

—No, no me vengas otra vez con esa historia. ¿Es real? De verdad crees que si los Nefilim matan a esas treinta y seis personas el mundo se acabará.

—No lo sé —respondió bajando la mirada, su voz sonó estrangulada.

—Pregúntaselo a tu jefe.

—La fe humana no es la única que está en juego.

—No acepto que me contestes eso.

—Es lo que sé, no oculto nada. Si las cosas son como creen los Nefilim, si pueden acabar con la humanidad, en teoría ya no habría razón para que tú existas, ni para que yo exista. Todo acabaría.

Sacudí la cabeza arrepintiéndome de haber salido de la casa.

—Si ese es el plan de los Nefilim, todavía no entiendo qué tiene que ver conmigo.

—He estado dándole vueltas a algo. Tal vez sea una idea de lo más disparatada.

—Esto ya de por sí, es un disparate.

—Qué sería de ellos después de la oscuridad, después del fin.

—No sé a qué te refieres.

—Después de la oscuridad vine la luz, esa luz intensa... una luz que te envuelve, una luz que te llena de felicidad. Una luz que lo perdona todo. Pero qué tal si hubiese cometido un crimen, una falta muy grave.

—Irías a parar al infierno.

—No si en realidad hubieses hecho aquello para evitar algo aún peor que aquel destino final por el cual deberías ser castigado.

—No te sigo, Gabriel, me perdí.

—Acabar con la humanidad no es más que la mitad del plan.

—¿Cuál es la otra mitad del plan?

—Acabar con el mal... acabar con él desde raíz—. Gabriel se tomó un momento—. Creo que pretenden usarte como su pasaporte para entrar al cielo. Me quedé boquiabierto, esto se ponía cada vez más ridículo.

—Mi padre no se los permitiría jamás.

—¿Y si tu padre quisiese lo mismo?

—Lo mismo... ¿qué?

—Retirarse, pedir perdón y volver a la derecha de su padre, tal vez para eso tu padre quería obtener la información sobre los treinta y seis hombres justos. Recordé la historia que me había contado Ami, así y todo dudaba que pretendiese utilizar esa información para lo mismo que los Nefilim y los Grigori.

—Lo dudo—. No me imaginaba a mi padre sintiendo deseos de redimirse, en eso último, Gabriel erraba y por mucha diferencia. Obviamente una parte de ser ángel debía conllevar esperar y creer lo mejor de los demás, no lo demostró conmigo la noche en que nos conocimos pero por lo visto ahora se estaba dejando llevar por su parte bondadosa y naif.

—Eleazar fue uno de los nuestros un día.

—Puede que tengas razón, quizá el plan de los Nefilim sea ese, sin embargo erras en cuanto a mi padre. Si coopera con ellos ha de ser un motivo completamente distinto.

—De ser así, tendríamos dos grandes problemas, no uno.

—Lamento explotar tu burbuja; mi padre no va detrás de perdón alguno. Parece que sí, tenemos dos problemas, no uno.

Gabriel sonrió ampliamente.

—A qué viene esa sonrisa, te hacer feliz saber que este lio es todavía peor de lo que esperabas.

—No, me alegra oírte decir “tenemos”.

Sentí que era hora de sincerarme.

—Nunca me quedaría de brazos cruzados contemplando a los Nefilim acabar con la humanidad. Esa noche estaba asustada y enojada.

—Yo no fui precisamente un dechado de amabilidad, las cosas que dije son ciertas sin embargo, erré en el modo de exponerlas. Los demonios son buenos manipulando y me da la sensación de que tú no...

—Cargo a costas muchos desaciertos.

—No me refiero a desaciertos si no a engañar adrede y con un fin preciso. Cuando llevas tanto tiempo en la tierra tanto como yo, aprendes que debes

desconfiar de lo que te dice un demonio, sobre todo cuando por los alrededores suceden tantas cosas extrañas. Te pedí que le preguntases a tu esposo sobre Lucio porque necesito saber si podemos confiar en él. Si te cuenta la verdad, si admite que hizo lo que hizo, tiene mi perdón. Sé que no soy quién; que el que lo perdone yo, no es... —sus ojos se escaparon—, no es que pretenda ponerme en un lugar que no me corresponde, si lo admite estaremos en paz él y yo. Si no lo hace, no me quedará más que desconfiar de él, que creer que puede tener parte en todo este plan, es decir: en al menos un parte de éste. Si insiste en ocultar eso, es probable que oculte algo más también.

—No tiene por qué ser así, me amenazaste para que no contase una sola palabra sobre ustedes, es probable que Vicente sepa que si me cuenta algo yo también correré peligro, después de todo, el padre Lucio era no solamente demonólogo, si no también angelólogo, si lo sabe, si alguna vez vio a uno de ustedes, nunca me lo contaría.

—Te doy permiso para hablarle sobre mí.

Se me escapó un suspiro, esto me agotaba.

—¿No te interesa saber si puedes confiar en él?

—Confío en él, incluso cuando dudo... y esos momentos de duda no se deben a que me mienta; ahí, en esos momentos gritan más alto mis propias flaquezas, mis dudas. Vicente es siempre el mismo, no cambia, es lo que es y ya.

—Pídele que te hable de Lucio. Estos días no son días para guardar secretos. Menos secretos como esos, menos si tu vida corre peligro.

—Según tú, mi vida y la supervivencia de toda la humanidad.

Torció la boca hacia un costado.

—Sí, claro.

Su silencio, sus ojos en mí, y la noche, hicieron que me estremeciese.

—Podemos hacer a un lado nuestras diferencias. Empezamos con el pie izquierdo y en gran parte es mi culpa, esa noche no era yo mismo.

—No te preocupes por eso, forma parte del pasado. Mientras no vuelvas a amenazar con matarme.

Negó con la cabeza sonriendo sin enseñar los dientes. Sus alas aparecieron esta vez, no me provocaron miedo alguno, todo lo contrario, experimenté un arrebató de energía ante su presencia.

—No recuerdo si te lo dije, creo que no... lamento tu pérdida. Me imagino que siendo lo que eres, por ser yo, lo que soy, debe ser difícil para ti también, mantener o hacer amistades... —le sonreí —ser una criatura salida de lo

paranormal lo complica todo.

Asintió moviendo levemente la cabeza de arriba abajo.

—Las alegrías se experimentan más intensamente, los dolores también.

—No me quejó —su rostro se aflojó un poco, debía estar esforzándose por apartar el dolor al menos por un momento—. Al menos yo he sido siempre así, tú todavía continúas en el proceso de adaptación.

—Sí, la verdad es que no es fácil. Tampoco me quejo. Lo que gané vale mucho más de lo que perdí.

—Perdiste tu humanidad.

—Ser humano es una cualidad muy relativa, habiendo vivido tanto tiempo deberías saber ya que muchos humanos que pisan, han pisado y pisarán esta tierra, poco tienen de humano.

—Definitivamente eres distinta a tu padre.

—Gracias por eso.

Otra vez nos quedamos en silencio. La incomodidad de encontrarme frente a él conectados por nuestros ojos, era mucho más difícil de sobrellevar cuando ninguno de los dos pronunciaba palabra alguna.

—Es mejor que me vaya o comenzarán a preocuparse por mí.

—Sí, claro. Ami se quedará a cuidar de ti; mantendrá distancia, no te preocupes, nadie sabrá que él está ahí.

—No hace falta.

—No pienso dejarte sola.

—No estarías dejándome sola.

Gabriel movió la cabeza y miró a un lado, sonreía otra vez.

—Vuelve a la ciudad lo más pronto que puedas, nos desborda la situación, no puedo traer a más gente aquí, pero si estás allí podría ingeniármelas para tener a alguien más cuidando de ti.

—Gracias por preocuparte por mí, ya veré qué puedo hacer.

—Por favor, inténtalo. Me quedaría mucho más tranquilo sabiendo que te tengo cerca.

La dulzura con la que pronunció esas últimas palabras hizo que se me pusiese la piel de gallina otra vez.

Las puntas de las alas de Gabriel se sacudieron levemente.

—Perdón por lo teatral de la entrada, no fue mi intención aterrizar delante de tu vehículo. Es que ese automóvil es muy rápido.

Se me escapó una risa.

—¿Volaste hasta aquí? Esto es de lo más extraño.

—Por lo general me traslado a pie o en automóvil. Y no te rías de mí.
—Todavía hoy me cuesta asimilar que eres un ángel. Perdón, un arcángel. Tus alas son... —me quedé sin palabras.
Las alas de Gabriel se abrieron en toda su envergadura.
—Eres... —no logré terminar la frase, es que tanta belleza me quitó el aliento. Lo más hermoso que haya visto antes —dije dentro de mi cabeza.
Me sentí muy extraña al pensar eso.
Gabriel no me dio tiempo a terminar de enredarme en la maraña de pensamientos y sentimientos contradictorios que me invadían en este momento, con una seña llamó a Ami. En menos de cinco minutos me pusieron al tanto de dónde paraba Ami y cómo podía ponerme en contacto con él. Mi custodio me aseguró que no me perdería de vista y que no tenía miedo de los Nefilim.
Entre los dos insistieron para que regresase a la ciudad cuanto antes.
La camioneta Land Rover me siguió hasta el camino de entrada de la casa y luego desapareció en la oscuridad de la noche.

17. La debilidad de la carne.

Apagué el motor. Permanecí sentada frente al volante pensando en cómo volver a sacar el tema de los ángeles sin provocar una discusión, sin ir al choque. Vicente había dejado claro que no le agradaba discutir sobre el tema, tendría que encontrar un modo de hacerle entender que ese tema no era más, un secreto guardado bajo siete llaves, y que, de hecho, ahora era una realidad dentro de la cual vivíamos los dos por más que fuese algo que ninguno de los dos se atrevía a pronunciar en voz alta.

Saqué las llaves del encendido y abrí la puerta. Junto con el aroma a pizza, llegó hasta mí el ritmo alegre de música, que al igual que el exquisito perfume de la masa recién horneada, provenía de la puerta de la cocina abierta de par en par.

La música sonaba a todo volumen.

El ambiente festivo no condecía demasiado con mi estado de ánimo, así y todo me dispuse a aguantar dentro de mí, la charla, de todos modos no sería conveniente soltar mi encuentro de recién, delante de Anežka; esperaría hasta que ella se fuese a la cama.

Procuré poner mi mejor cara y emprendí el ascenso por las escaleras.

La escena que presencié ni bien alcé la cabeza, descolocó todas las funciones

de mi cerebro.

La mesa estaba bellamente puesta. Mantel rojo y blanco a cuadros, platos, cubiertos, servilletas rojas, un par de botellas de cerveza, la tabla de madera que esperaba la pizza. Vicente y Anežka bailando al otro lado de la mesa frente al horno.

¿Vicente bailando? Fue como ver una alucinación, una imagen de lo más bizarra, algo que sabes que no sucederá jamás... sin embargo estaba sucediendo.

Anežka tenía una botella de cerveza en la mano, Vicente también; de sus manos libres estaban tomados, él la hizo girar en el lugar, ella soltó una carcajada.

No puedo describir lo que esa carcajada me hizo sentir. Mi temperatura corporal debe haberse incrementado en nos cien grados al menos. Me sentí estúpida, ridícula, furiosa, en extremo celosa, al mismo tiempo una punzada fría atravesó mi pecho. Empeoré todavía más cuando Vicente puso una mano sobre su cadera...

—¡Eliza!

Los ojos de Anežka se cruzaron con los míos. Fue ella la primera en notar mi presencia.

Vicente quitó de inmediato su mano, pero para mí aquel movimiento transcurrió en cámara super lenta.

Agradecía el hecho de que su relación con Anežka hubiese pasado de siquiera poder acercársele a reír con ella, más esto... ¿eran celos enfermizos o él exageraba en familiaridad con que la tocaba y la miraba? Cuando yo todavía era humana a él le costaba horrores tocarme, suponía todo un desarreglo en su sistema. Las relaciones de demonios con humanos ponían en evidencia la debilidad de la carne, y no me refiero solamente al sentido estricto de aquellas palabras ya que nosotros como demonios éramos básicamente indestructibles, si no a la debilidad que fomenta la tentación del cuerpo.

—Regresaste—. Vicente se hizo a un lado con un movimiento brusco—. No te oí llegar.

—La música suena a todo volumen, sera por eso.

Sin decir una palabra, Anežka salió de la cocina, lo que sonaba era el equipo de música del living.

—Si lo que te ha puesto furiosa fue... —comenzó a decir acercándoseme.

Lo interrumpí.

—Se me quedó atragantado... nunca te vi... en este momento no tengo ni idea qué pensar.

—No fue nada, simplemente...

La música se silenció por completo. Vicente calló.

Nos quedamos mirándonos a los ojos sin decir nada hasta que Anežka regresó. Mi mente se turbó todavía más gracias al miedo de ella, miedo que yo le provocaba gracias a mi enojo, ella podía sentir que algo no iba bien.

—¿Te gustó tu nuevo auto? —Preguntó con una sonrisa forzada que por sus asustados ojos, se veía más falsa de lo que en realidad era.

—Le conté sobre el automóvil —acotó Vicente.

—Sí, gracias.

—Bueno... estábamos esperándote para cenar—. Las pizzas están listas—. Anežka dejó su botella de cerveza sobre la mesa y fue hasta el horno. Cuando me dio la espalda noté que los cabellos que se le habían escapado de la coleta con la que mantenía su melena en alto, estaban empapados de sudor. Como llevaba una remera de tirantes finos, parte de su pecosa espalda quedaba a la vista. Un par de gotas de deslizaron sobre la línea de sus vértebras. Me pregunté si aquello se debía al calor de la cocina o al baile, o a ambas cosas. Juro que no soy extremadamente celosa, que no me van las escenas de celos y que procuro no inventarme problemas, pero esto me descolocaba por completo, Vicente jamás era tan suelto y relajado conmigo, apenas si bailó en nuestro casamiento y si lo hizo fue conmigo, y con mi madre para darle el gusto.

Cuando Anežka nos dio la espalda, Vicente intentó tomarme de la mano, mi respuesta fue apartarme. No fue una reacción premeditada, simplemente instintiva. De todas maneras, las yemas de sus dedos rozaron mi piel, por eso sé, que su temperatura superaba los límites normales para nosotros, también; no tan alta como la mía, pero alta al fin.

Actué tal si tuviese terminantemente prohibido emitir otras palabras que no fuesen monosílabos y me resultó imposible saborear la comida. Bajé cada bocado con un sorbo de cerveza, por lo que de seguro terminé oliendo a borracho. El alcohol en mi sangre apenas si tenía efecto, de todos modos pude sentir que por momento, me fallaban las reacciones.

Cuando la comida y la bebida se terminaron Anežka se levantó a sacar la mesa, yo me levanté con ella y todo dio vueltas a mi alrededor, por suerte, mi visión se estabilizó al instante. Vicente se dio cuenta y se puso en pie.

—No te preocupes Anežka, nosotros nos ocupamos de esto. Puedes ir a acostarte si quieres.

Anežka había bostezado un par de veces en los últimos minutos, sin embargo

me parece que aceptó retirarse porque era demasiado obvio que yo no me sentía ni un poquito feliz. Por un fugaz instante luego de que ella le diese las buenas noches a Vicente, experimenté un raptó de emociones demasiado demoníacas para mí gusto, emociones nada agradables y mucho menos, inocentes. Que ella me hiciese sentir esto me predispuso hacia su persona de un modo todavía peor.

Anežka se dio la media vuelta luego de colocar su plato sobre la mesada, y prácticamente salió corriendo de la cocina.

—Hazme el favor de serenarte, quieres.

—No puedo—. No sé si entendió lo que dije, mis dientes estaban tan apretados que me dolía la mandíbula.

—Siéntate.

—No me digas qué hacer—. Fue mi parte más salvaje la que habló.

—No pasó nada entre ella y yo, tampoco guardo intenciones de que así sea. Siéntate y cálmate. Que te pongas así no ayuda.

—¿Qué fue eso?

—Te lo dije, no fue nada.

—No soy idiota. Decías que te costaba convivir con ella en una misma casa y ahora resulta que...

—No es nada.

—¿Qué cambió?

—Nada, todo está igual.

Al pronunciar aquello rehuyó de mi mirada dándose la vuelta para retirar su plato.

—No te creo.

—Eliza, es una niña, es humana...

—¿Qué sucederá cuando ya no lo sea?!

—¿Estás insinuando que me pasa algo con ella?

—Cómo sea, no me cuentas la verdad. Te fuiste porque no podías con esto, regresas y resulta que no te molesta en lo más mínimo bailar con ella, reírte con ella. ¿Qué cambió?!

Vicente se pasó las manos por el pelo.

—No te engañé, ni planeo serte infiel.

—Entonces dime a qué se debe el cambio.

Su respuesta fue el silencio.

—Bien, si no deseas hablar sobre eso cambiemos de tema.

—Me parece que no es momento para hablar de nada.

—¿Quién era el padre Lucio?—. De gobernar un cien por ciento mi actitud, jamás habría soltado la cuestión de este modo. El enojo provocó que se me soltara la lengua; sí, ser tan directa no tenía nada que ver con la cerveza.

Vicente se quedó de piedra.

—El padre Lucio falleció hace unos días—. Tragué salvia y me senté—. ¿Tampoco quieres discutir sobre eso?

Vicente siguió sin reaccionar.

Aparté mi plato y me incliné sobre la mesa.

—Sí, tal vez exageré. En parte es tu culpa. Lo que sé de tu vida son tramos entre agujeros negros y en la mayoría de los casos, por boca de terceros—. Lo miré a los ojos—. Es frustrante. Hagamos algo, me comprometo a hacer un esfuerzo por...

—No tienes idea de nada —lanzó interrumpiéndome. Entonó aquello como si fuese un insulto—. No puedo pasarme toda la eternidad defendiéndome frente a ti. No quiero hablar del padre Lucio, a quién le importa en lo que los otros crean o piensen si al final del día siempre somos solo nosotros dos.

—Eso no es cierto, no es real, no podemos vivir así. No estamos solos y jamás lo estaremos, ahora menos que nunca.

Vicente no entendió por qué me quitaba la remera que le enseñé mi espalda.

—¿Cuándo te hiciste eso?

—La noche en que desaparecí del supermercado. ¿Sabes lo que es? Tengo razones para suponer que así es.

—Deberíamos partir hacia París mañana mismo.

—¿A sí? —Volví a calzarme la remera—. Te parece que voy a seguirte así sin más. ¿No vas a preguntar nada sobre la herida, no te interesa saber cómo fue que me enteré del padre Lucio, cómo sé que murió hace unos días? Te da lo mismo saber de lo que hablo tanto como no.

—Me da miedo que sepas tú, de lo que hablas.

—¿Miedo?

—En París estaremos a salvo.

—A salvo de quién, de los ángeles, de los Nefilim, de los demonios que me siguen, de los que me atacaron, de mi padre, de que nuestro matrimonio se hunda.

—Tienes razón, es probable que nuestra vida sea siempre así.

—Por qué todavía hoy continúas guardándome secretos.

—No podía contarte sobre ellos.

—¿Sobre los ángeles?

—Se supone que los nuestros no deben saberlo. Solamente unos pocos, unos elegidos están al tanto de la existencia de ese otro mundo dentro de nuestro mundo.

—Negaste que fuesen reales.

—Tenía que hacerlo.

—¿Cómo lo supiste?

—Fue en París, podría decirse que fue parte de mi aprendizaje, además de los que ocupan Las Doce Sillas, unos pocos demonios conocen la existencia de los ángeles y de las personas como el padre Lucio.

—¿Cómo lo conociste?

Vicente ocupó su silla otra vez.

—Qué caso tiene hablar de eso, por lo visto tú ya sabes. No quiero hablar de eso. En vez de perder el tiempo deberíamos empezar a hacer el equipaje para largarnos a París.

—No pienso ir a ninguna parte en estas condiciones.

—En estas condiciones todo empeorará si nos quedamos aquí.

—¿Cuándo vas a ser sincero conmigo?

—¿Cuándo empezarás a confiar en mí?

—Me pides que confíe a ciegas.

—Se supone que me amas.

—Y tú a mí.

—Ya le hablé a Anežka de oportunidad de instalarnos en París y le agradó la idea.

—¿Vas a irte con ella?

—Preferiría que vieneses con nosotros.

—¿En calidad de qué?

—No es así, no vuelvas con eso, ella no significa nada. Es entre tú y yo.

—Y aun así no funciona. Ni siquiera me preguntaste qué pasó esa noche, cómo o quién me hirió.

—En París todo eso carecerá de importancia.

—No es cierto.

—Te lo dije cientos de veces, no quiero vivir de ese modo, ya tuve suficiente de luchas, de muertes, de complots y demás, quiero paz, y la quiero contigo.

—No voy a tener paz hasta que llegue al fondo de esto. Si creímos que se había terminado cuando cambié, nos equivocamos. Una criaturas mitad ángeles, mitad humanas andan tras de mí, me quieren para usarme como pasaporte para el Cielo o lo que sea. Y resulta que en esa historia también

aparece mi padre y es un embrollo que no consigo entender y además tú... Le hicieras lo que le hicieras al padre Lucio es parte del pasado... por qué nunca me lo contaste.

—Porque es parte del pasado.

—No vas a contarme nada más, ¿no es cierto?

Negó con la cabeza.

—En París nadie se atreverá a tocarte, sea lo que sea que esas criaturas quieran, Ciro los detendrá.

—Escoges ver lo que quieres ver y eso no va a dar resultado. No puedo creer que estés dispuesto a callarte todo así sin más. Huir a París no es la solución, ignorar lo que existe tampoco dará resultado.

Sin poder creer lo que estaba a punto de hacer, me levanté de la silla.

—Me voy.

Fue como si de repente el suelo debajo de mis pies se hubiese esfumado, como si el mundo en vez de ser material, se hubiese convertido en humo perdiendo toda consistencia. Me sentí muy humana otra vez. Experimenté en el pecho el vacío del fracaso, el miedo a equivocarme, la angustia de ver que de verdad, así, lo nuestro jamás funcionaría; él siquiera quería saber qué sucedía. Su idea de solución era huir, volver la vista hacia otro lado.

Sin importar lo mucho que lo amase, no podía, de modo alguno ignorar el hecho de que mi seguridad en nosotros flaqueaba, y que a diferencia de él, yo no era capaz de simplemente olvidarme de todo, de los Nefilim y sus planes para acabar con la humanidad, incluso si estos no eran tales, me habían atacado y debía averiguar por qué y ponerle un fin a su interés en mí. Tampoco me parecía lógico darle la espalda a quienes sí deseaban averiguar la verdad. Aunque fuese ínfima la posibilidad de que esas criaturas tuviesen intención de acabar con la humanidad, yo no podía simplemente dejarlo correr, no estaba en mí hacerme la tonta. Por primera vez desde que la historia comenzó, asumo que soy quien soy, hija de quién soy; es mi responsabilidad cargar con ese peso ahora mismo, no mañana, no cuando vuelvan a atacarme si es que lo hacen, no cuando sea demasiado tarde, no cuando simplemente me convenga.

La carne puede ser débil, pero si el espíritu es fuerte, nada más importa.

—Puedes llevarla a casa de Gaspar por mí. Procuraré hacerme cargo de ella en cuanto pueda—. Tomé del respaldo de la silla, mi chaqueta y de la mesada las llaves de mi auto nuevo. En ningún momento hizo siquiera el menor ademán de detenerme y eso fue lo más doloroso de todo.

Se puso de pie, para verme partir. No se despidió. Tampoco yo puede decirle

adiós, no tenía ni idea de si sería un hasta nunca, un hasta luego, no sabía si a pesar de amarme, todavía me quería a su lado, si mi persona quedaba incluida en hecho de que él continuaba renegando de sí mismo como demonio.

Mis piernas me sacaron de la casa y subieron al auto. Mi corazón, por otro lado, rogaba a gritos que no me alejase de allí.

Le di arranque al motor y pisé el acelerador; ni en mis peores pesadillas había soñado con abandonarlo, con ser yo quién tomase la decisión de acabar con esto y sin embargo hoy, me encontraba a mí misma haciéndolo.

Entendí lo sola que quedaría de ahora en más. El mundo entero me resultaba completamente extraño, todos, absolutamente todos y todo. Confiar suponía un imposible para mí; me tenía a mí misma y nada más, y así sería hasta que esclareciese mi presente, pasado y futuro.

Apreté el pie contra el acelerador todavía más, en un desesperado intento de alejarme de las ganas de volver a él, de aceptar lo que proponía.

Parpadeé y vi sus ojos, apreté con fuerza el volante y sentí sus músculos tensos, tragué y saboreé sus labios. El tiempo que permaneciésemos separados iba a ser una tortura, porque si bien la carne es débil en algunos aspectos, es absolutamente lo opuesto en otros. Alejarme de él sería prácticamente imposible.

Sola, desde el costado de un camino en medio de ninguna parte, oculta dentro de la carrocería de mi auto que todavía olía a nuevo, al abrigo de la oscuridad de la noche, llamé a Ami.

Su celular sonó un par de veces antes de que me respondiese un hola en el que no pude detectar ni el menor rastro de sueño pese a que eran casi las dos de la mañana. ¿Todavía no se había acostado o simplemente tenía tan buen entrenamiento que conseguía despabilarse en pocos segundos para así estar siempre listo para la acción? Como fuese, Ami no logró disimular muy bien la sorpresa de oír mi voz otra vez, tan pronto. Le expliqué que todo iba bien, y sin añadir cómo o por qué, le pedí que me guiase hasta dónde él se encontraba. Las horas que pasé a un lado de la ruta pensando si hacía bien o no se me antojaron eternas mientras manejaba de camino a encontrarme con el otro bando, todavía más aún lejano el momento en que lo dejé. Mi confusión era total, ya no sabía si la decisión la había tomado la Eliza demonio, la humana, la que podía ser o no digna hija de su padre, la que sentía algo por Lucas, la que amaba terriblemente a Vicente, la que odiaba ser la razón de tantas cosas malas, la que quería paz, la que estaba harta de ser tratada como a una niña a

la que no pueden contársele verdades por miedo a que se desmorone. Cuál Eliza, qué parte de ella. ¿Todas? ¿Por qué?

Localicé el lugar sin mucha dificultad pese a que no había mucho que tomar como referencia allí, era un bosquecillo, a la salida del pueblo más cercano.

De lejos detecté los rastros de un campamento improvisado que Ami, para cuando llegué, ya había levantado. Los restos más evidentes: una bolsa de dormir, una garrafa con una improvisada hornilla, un bolso con ropa; se encontraban ahora amontonados en la parte trasera de la camioneta verde.

Antes de partir para continuar camino de regreso a la ciudad, Ami volvió a preguntarme si debía preocuparse por algo, le aseguré que no, que simplemente se trataba de mi deseo de hacer las cosas bien.

Seguí de cerca las luces posteriores de su vehículo, en éstas me concentré tanto que no puse real atención al camino que tomábamos. Condujimos un par de horas. Justo cuando comenzaba a clarear arribamos a destino. Detrás de altas murallas, una verja oxidada un bosque muy antiguo, apareció el lugar al que me trajeron un par de días atrás. Reconocí el enorme caserón si bien nunca antes había visto aquel frente. Si me quedaba alguna duda de que me encontraba en el mismo lugar en que vi por primera vez a un ángel, no me quedó ninguna, cuando Gabriel salió por la puerta principal.

Pese al fresco de la mañana iba descalzo, de jeans; sobre su torso y brazos caía lánguido un suéter oscuro de color indefinido.

El arcángel me dedicó un escueto saludo cuando pasé delante de él con mi auto, siguiendo a Ami hasta las cocheras que se encontraban a un lado de la casa.

...

Gabriel se limitó a mirarme fijo cuando terminé de relatarle lo sucedido en horas atrás, a lo que añadí un recuento de mi historia personal, de la parte que él no conocía (ya que no puedes enterarte de absolutamente todo de una persona por más que la sigas a sol y a sombra).

El sol iluminaba su rostro del lado derecho, llevábamos al menos hora y media encerrados en este estudio los dos solos. Sé que a los demás no les agradó ni un poco que pidiese hablar a solas con él, pero si esperaban que cooperase, tendrían que entender que no iba a permitir que mi vida privada se transformase en el entretenimiento de día. Esto era lo suficientemente doloroso y duro de por sí, como para que encima todos, hiciesen de eso, comidilla de

cotilleos; la idea de que pudiesen regodearse de mis desgracia, ya que yo técnicamente era el enemigo, me hacía sentir pequeña y derrotada.

Con Gabriel era distinto, si bien él, más que nadie, representaba a más no poder, lo opuesto a lo que yo era.

—No sé qué decir —articuló por fin—. Siento que sería un error garrafal arriesgar cualquier veredicto. No sé qué pensar. Entiendo lo que significó para ti apartarte de él.

—¿De verdad? ¿Alguna vez estuviste enamorado?

Gabriel se apoyó contra el escritorio y miró hacia afuera, al volverse hacia mí otra vez, me sonrió. ¿Esa era su respuesta; qué demonios significaba, que sí, que no?

—Si puedo prometerte algo es que todos los que vivimos aquí, y en particular yo, nos esforzaremos por aclarar la situación lo antes posible.

—¿Qué sucederá cuando acabe, si es que acaba bien?

—¿A qué te refieres?

—Cooperaremos mientras tanto, pero si termina bien, si yo sigo viva, si la humanidad se salva, si mi padre no se sale con la suya, si todo vuelve a la normalidad, tú y yo, qué será de nosotros.

—¿Terminarías con mi vida si pudieses?

—Por qué haría algo así. Bueno, no, es decir, si... ¿podemos convivir en paz, no?

—Podemos. Ahí tienes tu respuesta.

Alguien llamó a la puerta. Sea quien fuese, no esperó que lo invitasen a entrar. El suspenso duró poco, la puerta se abrió, Cesar asomó la cabeza dentro del estudio.

—¿No piensan venir a desayunar? —Empujó la puerta del todo y dirigiéndose a mí añadió—. No me agrada la idea de que pases horas con el estómago vacío—. Entró y cerró la puerta tras de sí—; además allí afuera el ambiente comienza a caldearse. Los demás necesitan saber lo que sucede. Me incluyo en el grupo. Qué tal si me lo cuentan con una taza de café de por medio.

—Sí, es buena idea—. Convino Gabriel alzándose de la silla.

—¿No surgirán problemas si salgo de aquí?

—Tendrán que acostumbrarse a la idea de verte por los pasillos, de tenerte en las reuniones y de compartir la mesa contigo. No pueden pretender que trabajes codo a codo con nosotros y que al mismo tiempo te tratemos como si fueses el enemigo. Desde hoy eres una de los nuestros. En esta casa no cierra sus puertas a nadie.

—El padre Lucio pregonaba esa frase incansablemente—. Cesar se sonrió—. Era un hombre bondadoso y sabio que confiaba en que todo el mundo, hasta el más corrupto, era capaz de sobreponerse a su pasado escogiendo un futuro de entereza y bondad. Tenía la capacidad de captar, hasta en las personas más oscuras, el más ínfimo rastro de luz y hacerlo crecer hasta que fuese obvio en superficie. Nada lo espantaba, jamás dio un paso atrás; por ser tan aguerrido se ganó un lugar en el corazón de todo aquel que tuvo la suerte de conocerlo.

—Me hubiese gustado conocerlo—. De haberlo hecho habría tenido oportunidad de preguntarle sobre Vicente.

—Un poco de él vive en cada uno de nosotros. Lo que nos enseñó no ha muerto—. Ni bien terminó de hablar, su mirada se perdió más allá de los cristales de la ventana.

Hubiese preferido no sentirme tan culpable por la muerte de aquel hombre y del dolor que ese suceso causaba en Gabriel.

Las personas con las que me crucé de camino al comedor me observaron tal si yo fuese verde, con antenas y acabase de caer del cielo en una nave espacial. El único que me dedico un hola, aunque un tanto ahogado y escueto, fue Pavel; el joven párroco caminaba en sentido opuesto al nuestro, cargando en las manos una pila de libros polvorientos con aspecto de ser terriblemente pesados y antiguos.

En el comedor desayunaban otros cinco integrantes del grupo, reconocí algunas caras de las que se reunieron aquella mañana alrededor de la sepultura del padre Lucio. Me miraron sí, mejor dicho: sus ojos escanearon toda mi persona en busca de no sé qué, mas no me dirigieron la palabra. Por supuesto no esperaba que me recibiesen de brazos abiertos, pero resultaba un tanto incomodo que la gente se quede espíandote por el rabillo del ojo destilando por la mirada las ganas que tiene de atacarte, de acabar contigo, o como mínimo, de echarte a las patadas del lugar.

Mientras Gabriel se ocupaba de alzar una pared de comida a mi alrededor, con una taza de café con leche de por medio, le expliqué a Cesar la razón de mi presencia. Los tres hablamos por horas, hasta quedarnos solos y recibir compañía otra vez, a la hora del almuerzo. Fue una conversación agotadora, al mismo tiempo, muy esclarecedora.

Supe que el grupo que aquí vivía, no era más que una porción de una estructura que si bien no se comparaba con el número de demonios que pisaban esta tierra, tampoco se limitaba a una comunidad reducida. Tenían sedes en muchos países y si bien sus miembros se contaban como mucho, de a decenas por

región, estaban bien organizados, por eso es, que sabían que ayer mismo, mi padre había regresado a París luego de muchos días de permanecer oculto de los radares de su organización. Según dijeron, se hospedaba en el mismo departamento que compartió conmigo. La preocupación principal de todos, es que mi padre llevaba seis meses alternando entre lapsos en los que desaparecía por completo sin que quedase rastro de su paradero y otros en los que caminaba tranquilamente por la calle a la vista de todos. Todavía no entiendo muy bien por qué, el dato era una fuente de honda preocupación.

De lo que tomé plena conciencia fue que ellos estaban al tanto de lo importante que París era para muchos demonios. No dejaron en claro si sabían de Las Doce Sillas, de Ciro y los demás, y de aquellas otras cosillas como que Ciro era mi hermano, que Vicente había estado allí un par de días atrás y que tenía un ofrecimiento para ocupar un lugar dentro de aquel selecto grupo, y que esperaba que yo llegase con él para unirme a la familia. De mi boca no salió una palabra, íbamos en son de paz pero no planeaba arriesgar a nada ni a nadie hasta que no estuviese por completo segura de lo que sucedía aquí, incluso después, si no necesitaban saberlo nunca lo sabrían, que ellos continuasen viviendo en su mundo, nosotros en el nuestro.

Las novedades no acababan allí. Por medio del grupo que por ponerlo de algún modo, patrullaba Canadá, se enteraron de ciertos detalles sobre la muerte de esa joven novicia de prometedor futuro para el ámbito demoniaco, que las hijas de Gaspar fueron a buscar. Su muerte aún no quedaba del todo clara. Por la zona les habían perdido el rastro tanto a un grupo de demonios, como a uno de Nefilim y eso les preocupaba de sobremanera, porque para mi espanto, lo mismo había sucedido en Republica Checa luego del ataque que Anežka y yo sufrimos.

A la fecha, nadie tenía la certeza de la autoría de ninguno de los tres ataques, y aquí también incluían el que sufriera Vicente. En resumen, cada vez que alguien cercano a mí, o yo misma aparecía en escena, detrás quedaban rastros de demonios y de Nefilim. Ese detalle no hacía más que acrecentar los temores de todos sobre la gravedad del problema. Lo que aún no quedaba claro es si la joven que mataron en Canadá y si Anežka tenían algo que ver con la historia de las treinta y seis almas puras con las que se suponía los Nefilim debían acabar para exterminar a la raza humana según la leyenda. Que fueran ellas dos potenciales geniales demonios era algo que ninguno comprendía del todo bien, es más, tampoco quedaba claro si el ataque que Anežka y yo sufrimos se debía a mí, o a ambas.

El embrollo descomunal podía resultar incomprensible por momentos, mas ante la duda, ni los angelólogos, ni nadie de este grupo se disponía a arriesgarse simplemente por desestimar una opción por bizarra que pareciese.

—Entonces, ¿cuál es el próximo paso? Qué hacemos ahora —les pregunté.

Pavel, quién se había unido a nuestro pequeño grupo a la hora del almuerzo soltó la media manzana, los dos gajos cayeron entre las cascaras rojas.

—Lo que más nos urgía era ponerte a salvo, alejarte de alcance de los Grigori y los Nefilim—. La suave voz de Gabriel quedó opacada por el murmullo creado por el contingente que acaba de entrar por la puerta a nuestras espaldas. Llegaron armados hasta los dientes y con cara de agotamiento, esto parecía un campamento, una base militar en medio de un terreno en que se desarrollaba una guerra invisible a simple vista.

Cesar alzó la cabeza y observó a los recién llegados, me parecía que los contaba o algo así, tal si quisiese asegurarse de que estaban todos de vuelta.

Quién iba a la cabeza del grupo, un hombre de unos cuarenta y pocos años, de cabello entre rubio y pelirrojo, y de aspecto algo enclenque, alzó una mano y le hizo una seña a Cesar, éste último asintió con la cabeza y bajó la vista para mirarme a mí.

—Contigo aquí eso quedó resuelto —articuló levantándose de su silla. Cargó su plato y su vaso con él—. Ahora si me disculpan, el deber me llama.

—Sí, claro, ve.

—Yo también tengo cosas que hacer. Comeré mi manzana de camino a la biblioteca.

Gabriel movió la cabeza de arriba abajo.

—Nos vemos más tarde.

Pavel dejó su plato en el carro en que todos iban colocando los platos sucios y salió por la puerta que daba al pasillo. Antes que él, Cesar había hecho lo mismo, solo que en vez de salir, fue a sentarse con el grupo que ahora se deshacía de sus armas para sentarse a almorzar.

Las tres personas que evidentemente tenían hoy a su cargo las labores de la cocina (Cesar me lo explicó, las cosas aquí funcionaban así, todos ayudaban en algo, todos hacían algo por los demás) los atendían sin rechistar, sin poner mala cara. Es más, los recibieron tal si fuesen guerreros que regresaban de una gran batalla. Probablemente la realidad no distase mucho de eso. Tenían toda la apariencia de haber hecho uso de sus armas y de su fuerza física, es más, casi podía asegurar que ninguno de ellos había pegado un ojo en toda la noche. Con alivio comprobé luego de observarlos inclinándome hacia adelante sobre

la mesa, para esquivar el cuerpo de Gabriel, que si bien todos tenían cara de agotamiento, ninguno estaba herido y se los veía de muy buen humor, evidentemente felices de encontrarse de regreso en su hogar otra vez.

Era imposible que el ánimo y la garra de esta gente no se te contagiase, por eso sonreí, su actitud llenaba el alma, así de simple.

—¿Tienes idea de lo que miras?

Giré sobre mi asiento para quedar de frente a él.

—No—. La sensación que me trasmitieran aquellas personas aún perduraba.

Mis dos manos se encontraban posadas sobre la mesa. Moviéndose lentamente, Gabriel colocó su mano izquierda sobre mi mano derecha.

—Mira otra vez.

De no ser porque sobre nosotros se alzaba la resistente y maciza estructura del edificio, hubiese jurado que sobre el grupo, brillaba la luz del sol del mediodía tal si el techo no existiese. El brillo dorado era intenso, de tonos perlados en su contorno, igual que una nube de fino rocío al sol. La imagen quitaba el aliento, sobre todo por un detalle en particular, de las espaldas de todos brotaban alas. Magnificas alas de algo que a simple vista parecían constituidas de diminutos cristales flotando en el aire unidos por nada, más que por una fuerza fuera de este mundo, poderosa y sobrecogedora.

—Son ángeles —entonó.

Se me escapó algo entre un jadeo y una risa. Estaba atontada por la visión.

Quitó su mano de la mía y la visión se terminó.

—Eres una caja de sorpresas. Todavía no logro comprender por qué te emociona tanto verlos.

—Es extraordinario, es todo.

—No se supone que te agrada.

—Para serte sincera, no me agradó verte a ti esa primera vez.

—En parte eso es culpa mía, se supone que debemos ser como el agua y el aceite, pero mi enojo lo empeoró todo. Lo hice a propósito, mi bravuconería tenía un único objetivo: quería que me temieses—. Con los labios entreabiertos, se quedó pensativo un momento.

Su mirada no se movió de la mía, que se quedase en silencio mirándome siempre resultaba de lo más inquietante. Me intrigaba muchísimo lo que pasaba por su mente en esos momentos. Al principio, cuando lo conocí, intenté convencerme de que me importaba un cuerno lo que pensase de mí, en este instante supe que me engañaba a mí misma. No sé si es porque se suponía que él era un de las mayores representaciones del bien sobre la Tierra o qué, el

caso es que sí me importaba, y adivinar aquello que pasaba por su mente cuando me veía probablemente se convertiría en una obsesión. Anhelaba que pensase en mí en términos agradables, que pudiese ver en mi persona más que mi etiqueta de demonio, que hallase en mí algo bueno, de valor, que no me despreciase tanto como sentí que me despreciaba la primera vez que nos vimos. ¿Cómo fingir indiferencia ante él, ante los otros ángeles?

Se realista Eliza, en este momento no miras a los otros ángeles, lo contemplas a él, y para mayores datos: embobada.

Quise darme de bofetadas por el acaloramiento que provocaba en mí la cercanía de su cuerpo. Sentí que mi carne se desmenuzaba hasta convertirse en un montón de nada. En una pila de residuos de procedencia imposible de precisar.

Traté de recordar de qué estábamos hablando, por qué se había quedado él en silencio. No pude.

Confraternizar es una cosa, no ser capaz de controlarte es una muy distinta — me dije—. Es una alianza pasajera. Tal vez en unos años las condiciones cambien y ambos sintamos ganas de acabar el uno con el otro.

¡¿Qué mierda es esto?! —Chillé desesperada dentro de mi cabeza—. Si tan solo ayer en la tarde no deseabas más que ser de Vicente otra vez, y si no lo hiciste, fue por esa condenada herida, la herida que no querías que viese, la marca que imprimió en tu cuerpo una daga preparada para matar Nefilim.

Por ser incapaz de mantener mis manos quietas, las oculté debajo de la mesa. Tenía las palmas pegajosas de sudor.

—¿Por qué me miras así? —Acabé soltando en voz alta y de un modo un tanto grosero.

—Es que no eres para nada lo que esperaba.

Mi cerebro se trancó. Aquella frase, leída o dicha apartada de cualquier contexto, sobre un telón en blanco, podía significar cualquier cosa, tanto buena como mala, el problema era que el rostro de Gabriel no era un lienzo en blanco. Sus labios de apáticos no tenían nada, mucho menos sus ojos castaños que impenetrables y precisos me estudiaban de un modo que me sentí transparente y completamente vulnerable.

Mi carne se volvió trémula. Me esmeré en dar la impresión de no haber captado absolutamente nada, es lo más probable es que yo estuviese malinterpretando las señales, aquella criatura era buena, amable, hermosa, educada por naturaleza, simplemente intentaba demostrarme que no era aquello que se esforzó en parecer en nuestro primer encuentro, eso es todo.

No era tan fácil escapar a una atracción semejante, ya lo había intentado una vez y... mis retinas se llenaron con la imagen del rostro de Vicente.

“Infiel”

El terminó impactó contra mi nuca con contundencia. Mi cerebro experimentó el mismo efecto que si fuese una ventana de cristal a la que alguien acaba de arrojar una piedra, todos los demás pensamientos se partieron en miles de pedazos inservibles. La piedra, solamente eso podía ver yo.

¡Cambia de tema! ¡Muévete! ¡Haz algo!

Una carcajada sonó a la distancia.

Moviendo únicamente los ojos, ya que el resto de mi cuerpo flotaba en el limbo, vi a Cesar palmear la espalda del hombre cabellos de cobre, era este último quien reía. El hombre tironeó del cuchillo que se hallaba clavado en la mesa en frente suyo; una vez que lo liberó, se lo guardó en el estuche que pendía de su cinturón. Unas piedras del color del cielo brillaron a la luz del sol que entraba por las ventanas a su espalda.

Me prendí de aquella imagen igual que un gato se prende de la corteza de un árbol para trepar y huir del perro que lo persigue ladrándole al tiempo que echa espuma por la boca.

—¿Necesitan las armas para enfrentarse a los Nefilim?

Los labios de Gabriel se juntaron con fuerza. Le tomó tres parpadeos responderme.

—Tenemos nuestros medios, de todas maneras siempre son útiles... y muy efectivas.

Sonó demasiado pragmático para ser un arcángel.

—¿Qué poderes tienen ustedes?

—Ya te lo mostraré.

Súbitamente un celular empezó a sonar.

—Te propongo una cosa, porque no mejor primero te muestro el lugar, si pasarás aquí los próximos días lo mejor es que te familiarices con el ambiente. Para algunos el edificio es como un laberinto. Exageran —enfaticó la idea con un gesto de lo más infantil—. Sé que no querrás depender de mí todo el tiempo para ir de aquí para allá—. Se levantó, tomó su plato, el mío, los apiló, recogía los dos vasos y con una cabeceada me invitó a seguirlo.

Una magnífica sonrisa suya, incrementó mi pulso ya de por sí acelerado.

A Dios gracias que acto seguido me dio la espalda, así, con un poco de suerte, no notaría el rubor de mi rostro.

Salimos del comedor comunal y tomamos el pasillo hacia la derecha.

—Ya conoces la cocina —entonó en tono neutro cuando pasamos por delante de la puerta abierta.

Alguien que fregaba frenéticamente una asadera se volvió para vernos pasar.

—La sala de entretenimientos.

La entrada era una puerta de doble hoja, solamente una de ellas se encontraba abierta. Gabriel empujó la puerta y puso un pie dentro del iluminado ambiente. Lo seguí. En la sala no había nadie, de todos modos la televisión estaba encendida. El canal de noticias anunciaba el clima para los cuatro días venideros; sol y temperaturas en ascenso. Debajo de la tv había una mesita de ruedas con un reproductor de dvd's. Enfrentando la solitaria pantalla un desvencijado sillón de tapizado apolillado que aparentaba ser de la misma generación que aquel que me legó mi abuela, aquel que se quemó en el incendio de mi departamento. Además del sillón había un par de sillas de todos los modelos y materiales. Una de plástico naranja, otra de madera con el asiento tapizado de enormes margaritas de todos los colores, una que parecía salida de un castillo gótico. Al fondo de la sala una mesa de ping-pong, otra redonda sobre la que descansaba un mazo de cartas. Una mesa de billar, un viejo componente con reproductor de cd's y doble casetera (toda una reliquia). Un montón de discos compactos en sus estuches, otros tantos sueltos. Una repisa con revistas, más sillones, una mesita para el café.

No nos detuvimos demasiado tiempo allí.

—Allí enfrente está la despensa, la siguiente puerta es la escalera para el sótano —frunció la nariz —abajo es dónde...

Donde me tuvieron a mí —pensé.

—Contrariamente a lo que puedas imaginar no solemos darle mucho uso a aquel lugar. Esos son los baños de la planta baja. Estas son habitaciones. Este es el despacho de Cesar, aquel el de Elliot. Elliot es el hombre que hablaba con Cesar en el comedor, él es humano pero trabaja de cerca con los ángeles. Ya te lo presentaré.

Laboratorios, más despachos, salas de reuniones, la biblioteca angelical, la biblioteca de ciencias, la biblioteca demoníaca (sí, para mi sorpresa para cada tema había una biblioteca especial, todas amplias e igual de majestuosas, forradas de libros del piso al techo). El gimnasio, la capilla, el lavadero, al final de ese corredor se encuentra la sala de armas y más al fondo, saliendo, en un anexo la forja y la herrería. De ese lado hay habitaciones, este es el hospital, el despacho de nuestro doc., saliendo por esa puerta y cruzando el jardín está el taller mecánico y el garaje.

Gabriel enumeró una a una todas las puertas. Dentro de quince minutos no recordaría ni la mitad de las indicaciones, probablemente buscando el baño acabaría en la sala de armas y así. Lo que sí logré aprenderme de memoria fueron detalles del físico de Gabriel, el remolino en la parte derecha de su nuca, el modo en que llevaba siempre sujeto su cabello. El ángulo de su espalda, el ancho de sus hombros, el aroma que desprendía su ropa, el de su piel, el de su cabello. El ritmo de su andar.

Iba yo dando tumbos tras él, trastornada por la sobrada cantidad de datos que mi cerebro se afanaba en captar cuando alguien exclamó mi nombre. Me di la vuelta y conmigo Gabriel.

Era Ami, ¿recién salido del gimnasio? Creo que esa era la puerta, además, iba con unos shorts de deporte, y su remera estaba empapada en sudor, igual su piel, lo mismo la toalla que al igual que una boa, colgaba de su cuello.

Si yo me preguntaba dónde había estado metido todo el rato desde que llegué, él no tardó en ponerme al tanto: recibiendo órdenes, desayunando, ocupándome de poner otra vez en condiciones la camioneta, aprovisionándome de armas, en el gimnasio.

—Todavía continúo asignado a tu persona. Tengo que mantenerme a la altura de las expectativas—. Ami se secó la cara con la toalla—. Ahora si me disculpan, parto raudo a darme una buena ducha.

Ami remontó los primeros escalones de una escalera de madera de cuya presencia, yo no me percatara hasta recién.

—Esa es una de las escaleras que conduce a la planta alta. Encima se encuentran la mayoría de las habitaciones. Busquemos una para ti.

18.

Cómo ser un ángel.

—Disculpen. Permiso.

Gabriel y yo tuvimos que apretarnos contra la pared, de bajada venían dos chicos jóvenes, de no más de veinte años, cargando una caja de madera de aspecto increíblemente pesado.

—Ah, hola Gabriel.

—Hola, Pablo. ¿A dónde llevan eso?

—Abajo, es una de las cajas que estaba en la buhardilla, Ismael nos pidió que la bajásemos.

—¿Ismael?

—Dijo que lo había hablado contigo.

Alertada por esa chispa especial que cambiaba el aire que los rodeaba, di vuelta la cabeza para mirar al otro muchacho que cargaba la caja bajando de frente. Tenía el pelo de un rubio platinado casi blanco, ojos de un azul muy oscuro y la piel muy blanca. Era uno de ellos, era un ángel, no necesitaba ver sus alas para saberlo.

—Sí, Santiago, de hecho discutimos sobre eso, pero no llegamos a ningún acuerdo.

—¿Quieres que volvamos a subirla?

—Oigan, no es que quiera interrumpir su conversación, pero decídanse, o la bajamos o la subimos. No soy como ustedes, esta cosa pesa como mil demonios; si la cargo mucho tiempo más, mis brazos quedarán al menos quince centímetros más largos.

—Perdón, perdón, Pablo. Bájenla, luego hablaré con Ismael.

Ambos jóvenes parecieron recién reparar en mi presencia. Se miraron entre sí y luego esperaron de Gabriel algo que no llegó.

Quien más se demoró en reaccionar fue Santiago. En silencio terminaron de bajar las escaleras.

—¿Ustedes tienen la habilidad de reconocer demonios a simple vista? —
Quise saber.

—Sí, pero no es una habilidad infalible, algunos demonios pueden disfrazarse de otra cosa, pretender que son lo que no son.

—Sí, ya sé de eso —rezongué al tiempo que remontaba los escalones pisando con fuerza.

—En eso les llevamos ventaja, ustedes no pueden reconocernos a nosotros.

—Eso es porque la mayoría de los nuestros ni siquiera sabe que ustedes existen.

—No, es simplemente porque no cuentan con esa capacidad.

—Qué dices, si yo noté algo en ese grupo que llegó a la cocina.

Gabriel apartó la mirada.

—Si guardas la menor esperanza de que me conforme con ese silencio vas muerto.

Mis palabras le arrancaron una sonrisa a sus labios.

—Resulta que una vez más soy la excepción a la regla.

—Ha de ser por quien es tu padre.

—Claro, eso —remusgué. Siempre era eso—. Me queda una duda.

—¿Cuál?

—Esto no resulta con los Nefilim. Porque si fueron ellos los que me atacaron en Praga, no los reconocí —hinqué los hombros—. ¿Fueron demonios entonces?

—Los Nefilim son un caso aparte.

Llegamos arriba.

—A pesar de ser en parte ángeles son una raza que ha estado en constante cambio. Ya no son simplemente ángeles o simplemente humanos. Los siglos han estado de parte de su lado a la hora de evolucionar. Al principio de los tiempos pelear contra ellos era mucho más sencillo, tenían un lado humano que sabíamos cómo atacar, y otro angélico de lo que sabíamos qué esperar. Por estos días las cosas son muy distintas.

Se detuvo y con él me detuve yo también.

—Aprendieron trucos.

—¿Qué clase de trucos?

—En más de un aspecto ahora se parecen tanto más a ustedes. No sabemos muy bien como lograron dominar el arte de engañarnos, igual que lo hacen unos pocos de ustedes.

—Eso significa que podrías cruzarte por la calle con uno de ellos y...

—Y no sabrías decir que es otra cosa más que un ser humano común y corriente —completó por mí—. Se han vuelto muy peligrosos, y no sólo por eso. Si hay algo que los Nefilim odien tanto cuanto a los humanos, es a los de tu raza, los culpan de haberlos contaminado con la semilla del mal. Algunas historias dicen que fue tu padre quién los tentó con trucos.

—Genial, otro punto más a mi favor —bromeé si bien no me hacía la menor gracia—. Esos tipos deben odiarme.

—El odio y el rencor se ha apoderado de sus existencias. Cada día se vuelven más y más peligrosos para nosotros.

—Ahhh, esto mejora a cada momento.

—Supongo que ya no recuerdan cómo ser ángeles.

—¿Y esperan ser perdonados para regresar al Paraíso? ¿Así de fácil es? Soy yo o ahí hay algo que no funciona bien. Se me hace inconcebible aceptar que planeen acabar con la humanidad y por el solo hecho de matarme a mí, crean que eso les garantiza el perdón. Es ridículo.

—Tampoco a mí me gusta.

—Deberías discutirlo con tu superior.

Gabriel se sonrió.

—¿Nunca estuviste tentado de contarle la verdad a nadie? Digo... Cesar me

explicó que ni tú ni ninguno de ustedes tiene permiso para revelar la verdad sobre...

—Eso es lo de menos —susurró. Los ojos le brillaban con intensidad.

—¿Cómo es ser un ángel?

—¿Cómo es ser un demonio?

—Dentro de todo, normal... bueno, si dejas a un lado lo anormal —le sonreí; otra vez había quedado emboya por sus ojos—. Yo todavía me siento, en el ochenta por ciento de los casos, humana. Lo fui un día y en parte lo seré siempre, pero tú... —agucé la vista y lo miré fijo. Se veía tan humano como yo—. Es tu turno —le dije pasados cinco segundos de silencio. El corredor se hallaba en la más completa calma, y si las habitaciones todo a lo largo del mismo estaban ocupadas, o bien sus dueños debían dormir o descansar, o bien se encontraban en otra parte.

—¿Qué...?

—¿Cómo es ser un ángel?

—Estaba pensando en que tal vez los Nefilim solamente busquen vengarse de tu padre. Si logramos determinar que fueron ellos los que te atacaron en Praga y los que atacaron a tus amigos, tal vez...

—¿Vas descalzo todo el tiempo?

Los ojos de Gabriel se abrieron como platos.

—¿No sientes frío? Yo amo estar descalza pero...

Esta conversación empezaba a parecerse a un “yo te interrumpo, tú me interrumpes”.

—No sé nota. Esos zapatos no parecen de lo más confortables.

Bajó la cabeza y me miró los pies.

Fui tras sus ojos.

Sus perfectos pies descalzos y las puntas de los míos enfundados en un par de zapatos abotinados de cuero de un tono entre gris y marrón con tacos bastante altos.

—Antes odiaba usar zapatos, me parecían un objeto de tortura. Temía romperme una pierna cada vez que me los llevaba—. Levanté la cabeza—. Cuando cambié eso cambió.

—¿Cómo?

—No lo sé —admití. En parte, la imagen que me devolvían de mí los espejos, no se parecía demasiado a la Eliza humana que se sentía dentro de un cuerpo de demonio en un veinte por ciento del tiempo. El cambio en mi aspecto había comenzado el momento mismo en que cambié de humana a demonio, mi forma

de vestir, de andar, y todo lo demás, mudó gradualmente y me acostumbré a ellos, fue una evolución; por lo general era divertido arreglarse y vestirse bien, calzar un par de zapatos con tacos que enseñaban las uñas a la gravedad, sin embargo, en otros momentos, en momentos como este, me daba ganas de volver a mis jeans, a un par de balerinas o incluso a unas cómodas zapatillas, o por qué no, a mis pies descalzos.

No estoy muy segura de porqué lo hice. Cuando extendí mi brazo derecho hacia Gabriel, él amenazó con echarse atrás, sin embargo fui más rápida, me agarré de su hombro, flexioné la pierna, alcé mi pie y bajé el cierre que iba desde mi tobillo hasta el talón. De un tirón me arranqué el zapato izquierdo. Sin soltarme de su firme carne, hice lo mismo con el zapato derecho. Al bajarme de los zapatos, la línea de mis ojos quedaba más baja que la de Gabriel. Él no era tan alto como Vicente. Al pensar en él, en él en relación a esto, a las cosas que pasaban por mi cabeza, a la locura y la confusión de tener a este arcángel frente a mí, se me revolvió el estómago.

Gabriel tomó mi muñeca, quitando así, mi mano de encima de su hombro. El contacto directo de su piel contra la mía provocó una irreductible descarga de energía que se esparció por todo mi cuerpo luego de iniciarse como un latigazo seco y duro sobre mi columna vertebral.

Su férreo agarre no me soltó.

—Es probable que haya mucho sobre los Nefilim de lo cual no tenemos ni la más remota idea. Son inteligentes, me figuro que no han permitido que viésemos más de lo necesario. Pueden estar ocultando más de un secreto y eso no es nada bueno para nosotros. Si han logrado hacerse de lo mejor y más fuerte de cada una de las tres razas, estamos en problemas.

—Ya estamos en problemas —balbucí. Se me escapó. Me costaba respirar, su piel me quemaba pero no como la piel de un demonio que quema a la de un humano. Quise volver a pensar en Vicente y no pude, eso hizo que me sintiese pesimamente, peor aún cuando fui consciente de la corta duración del remordimiento.

Gabriel me soltó.

—Se han convertido en seres perversos y mezquinos. Cada día se tornan más resistentes, lo que antes los mataba ahora solamente los hiere.

—No habías mencionado eso—. Logré articular a duras penas, casi no tenía aliento.

Gabriel inspiró hondo y volvió a soltar el aire por la nariz.

—Se nos acaban las herramientas.

—Eso suena ominoso. Y que tú lo digas mata muchas de mis esperanzas. ¿Será que tu jefe decidió que es hora de que acabe? ¿No te avisaría si esta fuese una guerra perdida, o es que tú simplemente no se lo dirías a los demás?

—No pretendas llegar al Cielo cuando apenas si consigues arrastrarte a ras del suelo.

No hay que tener muchas luces para darse cuenta de que aquello no era un elogio.

Rechazo, eso me demostró su tono de voz.

Obviamente Gabriel pensaba que yo no era buena para llegar a tanto, ya por no saber de lo que hablaba, como probablemente, por no ser merecedora de reclamar nada del Paraíso cuando mi alma y mi ser estaban dedicadas al Infierno. No me sentí en calidad de rebatirle nada. Figurativamente, acababa de darme un empujón y yo caí al piso, levantarme me tomaría un buen rato.

—Vamos a buscarte una habitación. Quizá también podamos encontrarte algo de ropa para que te cambies —bajó los ojos hacia mis pies—. Un par de zapatillas también.

Gabriel dio un paso a un lado iniciando su andar por el corredor

—Oye—. Tenía la sensación de tener parado un elefante sobre el pecho.

Se detuvo.

—¿Qué?

—¿Voy a poder hacer algo? Quiero ayudar; no pretendo quedarme de brazos cruzados.

—Con salir del alcance de sus manos ya nos diste una gran ayuda.

—Yo también necesito saber qué es lo que sucede aquí.

Su mejilla derecha tironeó de sus labios, en la comisura derecha de su boca se formó un hoyuelo.

—¿Qué estás dispuesta a dar por esto?

—Apartando a un lado de la mesa, el hecho de que mi vida está en juego aquí, no tengo ningún interés en ser testigo del fin de la humanidad ni en el fin del mundo; tampoco quiero saber nada de que mi padre se adueñe del mundo. Además, para serte sincera, esas criaturas tampoco me caen nada bien. Estoy de tu lado, Gabriel, si tu miedo es que te engañe, que no sea fiel a esta causa, no debes temer.

—Necesito tener la seguridad de que no nos apuñalarás por la espalda. Nunca he confiado en demonio alguno.

—Me imagino. Yo también podría suponer que tal vez, el día de mañana, te sea más útil muerta que viva. Esto es la guerra, me imagino que tu objetivo

principal es el bienestar de la humanidad, no el mío. Me equivoco o todos aquí, y en especial tú, entienden que muchos no sobrevivirán a la causa. Los humanos pueden morir, incluso mi vida se puede extinguir, pero me imagino que tú estarás aquí por muchos milenios más. Por más que mi vida pueda ser más larga que la de un humano, no significará nada en la eternidad de tu existencia... te habrás acostumbrado a perder gente.

—Como sea, nunca es fácil.

—Eres tú no yo, el que no va de frente con la verdad. A diferencia tuya, yo para algunas cosas todavía soy humana. Supongo que si tuviese que elegir entre tu vida y la de cientos de personas escogería la tuya —tragué en seco—, nos conocemos hace muy poco, sí, mas simplemente por eso, te elegiría a ti—. Así sería con cualquier otro ser humano, pero la verdad es que verlo morir, supondría un gran tormento para mí, por más de un motivo—. Tú en cambio, me matarías ya mismo si supieses que eso salvaría a todos los demás.

—Creo que hay un cuarto libre en el ala oeste del edificio. Sígueme.

No insistí, simplemente lo seguí, su silencio era una respuesta lo suficientemente clara para mí: me mataría si eso garantizase la seguridad de todos los demás.

...

Gabriel encontró un cuarto libre para mí y allí me instaló provisionándome de sábanas y toallas limpias, una manta. Me indicó dónde quedaban los baños de la planta alta e hizo un par de comentarios sobre quiénes ocupaban las habitaciones contiguas.

—La habitación de la izquierda pertenece al padre Enrique, el encargado de la biblioteca angélica, no lo verás mucho por aquí, el pasa gran parte de las veinticuatro horas del día en la biblioteca. La habitación de la derecha se encuentra vacía. Enfrente duerme Joan, es angelólogo. Esas de allí son las habitaciones de Cristina, Laura, Roberto...

La lista de nombres siguió.

Antes de dejarme a solas —según él, para que pudiese descansar— prometió conseguirme algo de ropa y calzado.

—Una cosa más —comenzó a decir tomándose del marco de la puerta—. Entrégame tu celular por favor.

—¿Perdón?

—Sí todo va bien, te lo devolveré pronto.

—Eso se traduce en: si me porto bien y doy muestras de no jugar a dos puntas, de no estar engañándote.

Tendió su mano derecha hacia mí.

—Qué si quiero llamar a alguien.

—Podrás hacer uso del teléfono que está abajo.

Lo miré torcido y me crucé de brazos.

—Por favor, no le pidas a nadie que te permita hablar desde su celular, los pondrás en problemas.

—¿Qué crees que haré?

—Delatar nuestra ubicación, contar lo que planeamos, lo que sospechamos. Tampoco se te ocurra robar uno. Tal vez sea cierto lo que dices, la importancia de las circunstancias sobrepasan el valor de tu bienestar y el mío.

Mastiqué con calma su desconfianza. Pese a que la convertí en diminutos trocitos, no logré tragarla.

—En algún momento tendré que llamar a casa para avisar que estoy bien, están mis padres, ellos son humanos, se preocuparán... también hay otras personas.

—Si quieres más tarde te acompañaré abajo.

—Presumo que no vas a permitirme hablar por teléfono a solas.

—Puedes bajar si quieres.

—Bien, al menos no vas a encerrarme aquí.

—Tengo cosas que hacer.

—Qué haré yo mientras tanto, no me agrada la idea de quedarme de brazos cruzados esperando.

—Ya veremos, todavía no he pensado en ello, además, no es mi decisión, debo discutirlo con los demás.

Le entregué mi celular.

—Gracias.

—No me queda más opción.

—Sí, pudiste no venir.

Gabriel cerró la puerta al salir.

Sola, y un tanto perdida, me dejé caer sobre la cama.

A mi alrededor no había mucho que ver. Esta habitación era más soleada y ventilada que aquella en la que desperté por primera vez aquí, pero por lo demás, era muy parecidas.

Sobre esta cama, también pendía un crucifijo.

Un único aliciente es que por la ventana comenzaba a entrar el sol de la tarde.

Un tanto fastidiada a causa de las circunstancias, me puse en pie otra vez,

caminé hasta la ventana y la abrí de par en par. El aire que venía de afuera olía mucho mejor que el que contenía el cuarto, el cual olía a encierro, humedad y mirra. Afuera flotaba el olor de la primavera, de las flores, tierra húmeda y el verde del jardín. Oí risas. Estirando el cuello y los pies, me asomé por encima de la copa de los árboles que obstaculizaban mi visión. Un grupo de hombres cuyas edades variaban entre los veinte pocos, hasta los cincuenta o más, jugaban al fútbol en una porción de tierra desnuda sobre uno de los laterales de la casa. En el piso, al pie de los primeros árboles del bosque que se extendía hasta donde alcanzaba la vista, un pequeño grupo de entre cinco o seis personas, sentados en el suelo, parecían intentar relajarse en una amena conversación.

Decidida a no quedarme esperando que las soluciones cayesen sobre mi cabeza como una fresca llovizna en una calurosa tarde de verano, me calcé los zapatos otra vez y salí del cuarto dejando la ventana abierta para que se ventilase el olor a encierro.

Admito que por unos cuantos segundos me sentí perdida al salir de mi cuarto, no tenía muy claro hacia dónde debía ir para bajar y salir al lado del edificio sobre el que el grupo jugaba fútbol, ya ni siquiera tenía en claro para dónde quedaban las cocheras, para donde la herrería y dónde la cocina. Este lugar era enorme y además quién construyó, evidentemente no tenía las ideas muy claras, las plantas eran un enjambre de corredores y recovecos todos muy parecidos entre sí, por lo que era difícil diferenciar un ala de la otra.

Me tomé un momento e intenté guiarme por la luz del sol. Mi brújula interna jamás funcionó demasiado bien, sin embargo si algo tengo bueno, es mi memoria. La voz de Gabriel dándome indicaciones sobre la ubicación de los distintos lugares volvió a sonar otra vez dentro de mi cráneo. ¡Bingo! Hallé la escalera por la cual había subido.

Avancé por el corredor y pasé por delante del comedor, de la cocina y demás lugares que comenzaba a registrar, la vida continuaba normalmente para los que aquí vivían.

—¡Te digo que no! El Nefilim no acusó ni el menor dolor—. Le dijo un hombre al otro. Eran dos y caminaban hacia mí.

—No tenemos pruebas para afirmar que consiguieran sobreponerse a eso.

—Lamento no tener un estudio de laboratorio que confirme lo que digo. Simplemente es lo que vi.

El hombre que hablaba alzó la vista y me echó una mirada, su compañero también lo hizo. Ambos siguieron adelante esquivándome.

Me pregunté si tenían la menor idea de quién era yo. Supongo que no, tal vez supusiesen que yo era una recién llegada, es todo, por lo que había comentado Gabriel, constantemente recibían nuevos integrantes de todas partes del mundo.

—No prestas atención a lo que te digo, el maldito Nefilim prácticamente se rió en mi cara...

Me desconecté de su conversación y seguí adelante, Gabriel había anticipado que los Nefilim se transformaban cada día en un problema mayor. Pronto, ese problema también sería mi problema, sin embargo, debía ocuparme de algo más urgente, si quería que ese fuese también mi problema, uno contra el cual me permitiesen combatir, debía primero luchar para conseguir un lugar aquí, entre ellos.

—Es el carburador.

—¿Seguro? —Preguntó la mujer que tenía la cabeza asomada debajo del capot de un pequeño automóvil rojo.

El hombre le contestó que sí con la cabeza.

—Necesitaremos uno nuevo para cambiarlo, éste no tiene arreglo.

Aparté la vista de la ventana que daba al frente y seguí adelante. El corredor me llevó hasta el exterior, salí al jardín y busqué mi ventana. La encontré sin demasiada dificultad. A partir de allí, seguí mi instinto para encontrar el lugar en el que el grupo dispersaba sus cuerpos y mentes de la lucha contra los caídos.

—¡No fue gol! Es trampa. Yibril, el arco termina aquí.

—Oh, si ustedes nos aventajan por cinco goles. Naquir, vamos, dile al muchacho que la pelota entró, el arco es imaginario.

—También tu gol —exclamó divertida la primera voz.

—Yibril, Charly tiene razón. No fue gol.

—Ustedes tienen ventaja, hay dos ángeles en tu equipo.

—Eres un mal perdedor, Yibril.

—Axel fuiste tú quien convirtió siete de los diez goles de tu equipo.

—Sí, pero fue sin hacer trampa alguna.

—Eso no es cierto, en tu última entrada al área quise interceptarte y misteriosamente reboté a diez centímetros de ti —lanzó una nueva voz que se acercaba a las demás.

Se oían pasos tranquilos, no la correría de antes, evidentemente el partido se había detenido.

—No quería que te lastimases al chocar contra mí.

—Tu pie no tuvo problemas en patearme la pantorrilla hace cinco minutos — acotó la voz de alguien más.

—No me vengas con eso...

La discusión continuó en el mismo tono de broma y yo seguí adelante.

—Bien, busquemos un juez imparcial para esto—. Entonó la voz del que habían llamado Yibril (nombre por demás extraño, dicho sea de paso)—. Ivy, ven aquí y diles a todos que el gol fue válido—. Gritó.

—Ella no es un juez imparcial—. Creo que esa fue la voz de Charly.

Sonó una carcajada femenina.

Esquivé la última hilera de árboles y llegué al campo de juego.

Un estallido seco resonó en el aire de la tarde. No fue una bomba, tampoco la caída de algo pesado, y para ser un simple latigazo, sonó muy fuerte, tampoco era el sonido de alguien pateando la pelota. Nada de eso, fueron al menos cuatro pares de alas. Las que tenía más próximas, unas marrón claro, otras de un gris frío, el tercer par, de un tinte ligeramente celeste. El cuarto par de alas, era de la chica que venía corriendo desde los árboles, unas de un blanco rosado muy tenue. Tres de esos cuatro rostros me resultaron familiares. Eran los jóvenes ángeles que se reunieron al pie de la tumba del padre Lucio. Ajeno a ese grupo, era el muchacho de las alas de lechoso celeste.

A la distancia, otros dos pares de alas se pusieron en pie. Era el grupo que había divisado desde mi cuarto.

—¿Qué haces tú aquí? —Rugió la voz de aquel que habían llamado Yibril, el joven de alas color gris frío. El color de sus ojos era exactamente el mismo, su cabello, de un castaño claro algo decolorado en las puntas. Llevaba el cabello largo, por eso el flequillo le caía por encima de los ojos; tal parecía que hubiesen pasado meses desde su última visita a una peluquería.

—Calma—. Era Axel, el de las alas celestes.

—¿Gabriel sabe que estás aquí... aquí afuera?

Giré la cabeza y miré al ángel de piel oscura y alas del color de la tierra caliente del desierto.

—Hasta lo que sé, no tengo prohibido salir de mi cuarto.

Los otros pares de alas se acercaron, de hecho, a mi alrededor se formó un semicírculo de personas y ángeles que no me quitaban los ojos de encima.

—No era mi intención causar tanto revuelo; los vi desde mi cuarto—. Sin darme la vuelta apunté hacia el edificio, hacia mi ventana abierta—. El encierro no me sienta muy bien, además es una tarde preciosa. No pude resistirme al sol.

Yibril requisó mi persona de pies a cabeza con los ojos entornados y la frente fruncida.

—Ya me quitaron mi celular y no llevo armas encima —bromé extendiendo los brazos como ofreciéndoles palparme en busca de armas.

La muchacha de alas rosadas me se acercó con la cabeza ladeada. Al detenerse a un par de pasos de mí, extendió las alas hacia atrás y alzó el mentón. Acto seguido hizo algo que me dejó sin aliento... batió sus perfectas y sublimes alas y así, simplemente así se elevó. Imposible de comparar el movimiento de sus alas con las de un pájaro, no parecían funcionar de la misma forma, es más, me dio la impresión de que no eran más que un simple adorno; apuesto cualquier cosa que a que con ellas, o sin ellas, los ángeles tenían la capacidad de levitar.

Los larguísimos cabellos de la chica flotaron el aire igual que una fluida nube de polen. Pasó por encima de mí, moviendo el aire, endulzando la brisa con un cálido y reconfortante aroma. Aterrizó a mi espalda. Por seguirla con la mirada casi me desnucó.

Hizo el ademán de tocar mi espalda pero me moví antes de que su mano hiciese contacto con mis ropas.

—¿Qué? —le espeté. Ella no respondió.

—Qué buscas aquí.

—Nada —le contesté a Yibril—. Mi nombre es Eliza.

—Lo sabemos —acotó la chica desde atrás.

—Soy Axel —se presentó el de las alas celestes—. Estos son Charly...

El chico humano me dedicó una pseudo sonrisa. Era muy joven, de hecho, el setenta por ciento de las personas que vivían aquí, o al menos las que yo había visto, promediaba los veinte tantos o los treinta y pocos. ¿Sería que muchos de ellos no llegaban a viejos porque esta lucha se cobraba demasiadas vidas?

— ...ella es Ivy. Por ahí tenemos a...

Axel los presentó a todos.

—Entonces... ¿estás de nuestro lado?

—Sí, los Nefilim no me caen nada bien.

Axel sonrió.

—Perfecto.

—El parecido que tienes con tu padre es increíble.

—¿Lo conoces?

—Fue un par de años atrás, lo tuve frente a mí no más que unos cuantos segundos —comenzó a relatar la chica—, bastaron para que me aprendiese de

memoria su apariencia.

—Bueno, las apariencias no significan nada.

—Eso es cierto —convino Naquir.

—Vine en son de paz, para ayudar. No tengo nada contra ustedes, es más, este lugar me agrada mucho. No sé qué experiencias hayan tenido con otros demonios, pero no pueden juzgarme por lo que otros han hecho, tampoco por quién es mi padre —acoté girando la cabeza en dirección a la chica ángel—. Quiero ser de utilidad, quiero... —me observaban tan fijamente que casi me sentí intimidada por ellos, sobre todos por los que tenían alas saliéndole de las espaldas—. Quiero que me enseñen, me gustaría que me explicasen cómo poder ayudar.

Axel y Yibril cruzaron una mirada.

—Disculpen la curiosidad... —moví el brazo derecho, Axel era el que tenía más cerca—. ¿Puedo? —Moví la mano hasta sus alas.

Axel sopesó mi pedido por un segundo, y luego contestó que sí con la cabeza. Fue como meter la mano en agua tibia, en seda líquida. Un delicado hormigueo subió por mi brazo y me produjo cosquillas en la axila y sobre las costillas. No está en palabras de este mundo, describir el tacto de las alas de un ángel. Es simplemente glorioso.

Con que de eso se trata ser un ángel —pensé.

El partido de futbol se reanudó, solo que con algunos cambios, Axel no volvió al juego, sino que se quedó conmigo y con Ivy a la vera del campo de juego.

Fue el partido de futbol más extraño que yo haya visto jamás, los ángeles son veloces, livianos y a veces, sin querer, acaban elevándose del suelo igual que si la gravedad no funcionase sobre ellos, mantenerlos con los pies sobre la tierra es tan ridículo como pretender que un globo inflando con helio no se eleve al cielo.

Los ángeles relucen al sol, son etéreos y magníficos y por eso de ratos contemplarlos te empaña los ojos y encoge el corazón.

Sin duda, es imposible aprender cómo ser un ángel, porque a diferencia de nosotros, los demonios, ángel se nace, no se hace. Llegar a ser lo que ellos son, es imposible. A lo máximo que podemos aspirar es a aprender algo de ellos, al impregnarnos al menos un poco de su gracia, de la paz que exudan, de la bondad que en algunos gestos, se les escapa. Más allá de eso, queda claro que los ángeles también son guerreros aguerridos y que están aquí con un propósito muy preciso. Sus miradas sobre mí, confirmaban eso.

A ellos les costó más que a mí, amoldarse a la nueva situación, con eso me refiero a mi presencia en la casa, a tener que compartir conmigo su refugio, su hogar, las comidas, el aire, incluso su ropa. Cuando Gabriel me entregó aquellas prendas le di las gracias y le pregunté quién había sido la amable donadora, no me proveyó de un nombre, sino de una mueca que se traducía como: quién me dio esto no lo hizo de muy buena gana. De más está decir que cerré la boca y no insistí; había sentido suficientes malas miradas sobre mi nuca durante este primer día y me figuraba que sería el blanco de tantas otras más, incluida la de la dueña de la ropa que vestiría.

Mi primera cena en el comedor, fue, según supe por comentarios de Ami, con el grupo a pleno, esa noche se encontraban todos presentes. Más allá de las charlas que creaban un bullicio descomunal dentro del comedor, sé que fui el objeto de la mayor parte de las conversaciones; muchos de ellos todavía debían preguntarse qué hacía un demonio allí, la verdad es que ni siquiera yo lo tenía muy claro, lo único que me restaba era esperar a que quizá, si todo iba bien, en el futuro pudiese darle valor a mi presencia allí.

Fue así como ser tolerada, se convirtió en mi primer objetivo. Puede sonar una meta sencilla de alcanzar, no lo era ni de casualidad. Tampoco lo serían los siguientes pasos: ganarme su confianza, ser aceptada.

Al menos Pavel ya no me veía con terror, es más, el joven párroco se sentó a la derecha de Cesar a la hora de la comida, eso es, a un metro de mí.

De no ser por la soltura de Ami, la comida se me habría quedado atragantada. Pasar la noche en aquel austero cuarto tampoco fue divertido, mi único aliciente fue que al menos allí, no tenía miradas de desconfianza pegadas a la nuca.

...

Luego de despedirme de mi padre, colgué.

Cesar me dio un momento manteniéndose un par de segundos más junto a una de las dos ventanas de su despacho. Como supuse, no podría realizar mis llamadas a solas, sin embargo fue menos tortuoso hablar con mis padres delante de Cesar de lo que suponía sería bajo la atenta mirada de Gabriel. Ya fuese porque me vigilaba, o simplemente porque su mera presencia turbaba mi

paz, me sentía frágil cuando él se encontraba presente.

—Eso fue complicado —suspiré y me recosté contra respaldo de la silla que se encontraba frente al escritorio del dueño del despacho.

Cesar giró la cabeza y me sonrió.

—¿Qué saben tus padres de ti?

Su pregunta no exigía una respuesta, sino más bien sonaba como el intento de iniciar conversación.

—Uff... acarreo ese tema desde hace más de un año. Mi madre se niega en redondo a discutir palabra sobre mi padre... es decir, sobre Eleazar, ella sabe que él es distinto, simplemente me pidió que me limitase a evitar tener cualquier contacto con él y es exactamente eso lo que he hecho yo. No porque ella me lo pidiese, sino porque es lo que prefiero. A decir verdad es bastante frustrante no poder discutir con ella mis orígenes. Jamás me ha contado ni una sola palabra de cómo fue que lo conoció o exactamente por qué terminaron.

Cesar alzó las cejas.

—Me gustaría que me contase la verdad. Lo que pasa es que no quiero que sufra más de lo que me figuro sufrió ya. No es sano, lo sé, ella prefiere ignorar el problema yo no sé cómo afrontarlo frente a ella. Ningún padre sueña con que su hijo llegue a casa y le diga: hola mamá, me convertí en demonio—. Inspiré hondo y continué, Cesar, igual que un paciente y comprensivo confesor, me permitió tomarme mi tiempo—. No me avergüenza lo que soy, es que por ser esto debes explicar demasiadas cosas que hasta ahora no encontré el modo de explicar.

Cesar se inclinó sobre escritorio y apoyando un codo sobre la tapa de este, reclinó la cabeza sobre su brazo.

—En mi vida he escuchado a un demonio hablar de ese modo.

—Solamente tuviste la desgracia de conocer a aquellos que realmente no son muy agradables. Mi familia y amigos comparten este estilo de vida. No existimos para sembrar el mal. No todos existimos de comprar almas para el Infierno, y si se da el caso, somos justos, no engañamos. Yo me dedico a algo distinto.

—Sí, lo sé, creas nuevos demonios.

Sonó que lo decía sin mala intención.

—Mejor que los criemos a nuestro modo y no para ser como son otros.

—Eso es muy cierto—. La mano de Cesar ascendió hasta su coronilla. Se rascó la cabeza—. Qué opina tu padre... el hombre que te crió, de esto.

—Con él es mucho más complicado. Siempre fuimos muy unidos. Sabe que

detrás de todo esto se esconde algo difícil de explicar. Con él sí me comporto como una cobarde, temo que reniegue de mí. Explicarle la razón por la cual dejé mi casa se me hace imposible; en más de una ocasión me aferro a excusas rebuscadas para alzar mentiras que tapen la verdad. Por eso le dije que me encontraba fuera por trabajo. Así le llamo a lo que hago cuando son cosas que no puedo explicar: trabajo. Además sé que sí mis padres llaman a casa y hablan con Vicente, si mencionan ante él la palabra trabajo, él entenderá que debe seguirles la corriente.

—¿Lo amas?

—¿A mi esposo? —Un revoltijo de sentimientos y situaciones se movió dentro de mi estómago, me dieron náuseas—. No estamos pasando por un buen momento. Si tu duda es si los demonios pierden la capacidad de sentir afecto al cambiar, la respuesta es no —añadí figurándome a dónde apuntaba—. ¿Cómo es con los ángeles? —Me intrigaba sobremanera todo lo que tuviese que ver con Gabriel.

Cesar se recostó contra el respaldo de su sillón de cuero.

—¿Te conformarás con una respuesta de segunda mano?

—Dudo que ninguno de ellos tenga muchas ganas de responder a mis preguntas.

—Hemos estado discutiendo cómo proceder contigo. Confiar abiertamente en ti supondrá muchos riesgos, y al mismo tiempo, si no contamos con tu ayuda, todo será mucho más complicado de lo que ya es.

—No vine simplemente para evitar que los Nefilim me atrapen, quiero hacer algo al respecto, algo más que esconderme. Por lo pronto sé que continuo siendo poco menos que una intrusa, pero no tengo nada contra ustedes, Cesar.

—Soy de la idea de que como mínimo, deberíamos enseñarte a cómo defenderte y eliminar a un Nefilim.

—Mi ánimo renació.

—La idea me gusta. Me gusta mucho.

—No te alegres tanto, la mayoría de los ángeles no comparte mi parecer. Es que para enseñarte eso tendremos que contarte cosas que un demonio no debería saber. El día de mañana eso podría volverse en nuestra contra.

—Cesar, podría no existir día de mañana si esas criaturas se salen con la suya.

—Somos consciente de eso.

—¿Les preocupa en qué anda Eleazar?

—Sí, entre tantas otras cosas, tu padre es uno de nuestras principales preocupaciones... siempre.

—No sé qué trama.

—Sí, me lo dijiste.

—Y ni tú ni nadie me cree.

—Los demonios suelen no ser leales siquiera con los suyos.

—No puedo demostrarles que soy leal a esta causa y no me permiten hacer nada.

—No puedes pretender que confíen en ti así de la noche a la mañana.

—¿Eso significa que tú sí confías en mí?

—Creen que estoy loco —me contestó con una sonrisa.

—Hay quienes dirían lo mismo de mí, si supiesen donde he decidido meterme yo solita. Por lo que intuyo, todos esos ángeles que rondan por aquí podrían acabar conmigo sin demasiado esfuerzo.

—Gabriel sí, los demás... —mover la cabeza de lado a lado—, les darías un poco más de trabajo a ellos. Tu padre aprendió algunas cosas con el paso de los siglos, si los Nefilim son una especie en evolución, también los demonios.

—Gracias por el dato —resoplé jugando, cada vez que entrábamos en terreno de lo demasiado serio se me daba por la tangente salirme con algún comentario que aflojase la tensión.

—Ves lo que digo, cualquier cosa que te contemos es una defensa que perdemos frente a ti.

—Lo decía en broma, Cesar, no es que vaya a planear nada contra los ángeles.

—Son temas muy sensibles, confío en ti, sin embargo podría estar

equivocándome; soy consciente de ello. Ninguno de nosotros puede meterse dentro de tu mente; existe la chance de que simplemente seas muy buena actriz, la embustera más grande que tu padre criara jamás.

—Te equivocas. No los soy, no tengo nada que esconder.

—Como sea —se acomodó sobre su asiento—, no estás sola aquí, le caes bien a Ami y Pavel comienza a sentir curiosidad por ti, lo cual es una buena señal.

—¿A sí?

—Cuando Pavel tenía cinco años sus médicos le diagnosticaron que sufría de serios delirios religiosos. Eso es lo que hace la gente que no sabe, con las personas que ven más allá de lo que captan los ojos.

Inmediatamente me vino Anežka a la mente. Me pregunté qué tal se encontraría, cuanto le habría afectado todo esto. Más que nada, deseaba poder brindarle un poco de paz, lo cual sería imposible si no resolvía este problema antes. Mi mayor deseo es que ella pudiese encontrar su lugar en el mundo así como obviamente Pavel había encontrado el suyo.

—Pavel es en extremo sensible a las energías que lo rodean. Que ya no te tema, que tenga ganas de conocerte, juega a tu favor. Gabriel aprecia mucho su contribución a la causa.

—Gabriel... él es un tema aparte —murmuré más para mí que por compartir mi pensamiento con él. Aun así, a Cesar no se le escapó mi comentario.

—Lo es. Gabriel es la base de nuestra organización, él ha estado siempre presente.

—¿Los otros arcángeles no los ayudan?

—Este mundo tiene más de un problema, Eliza.

—Lo sé, lo entiendo, pero sí los Grigori y los Nefilim realmente atentan contra la humanidad... no es ese un problema lo suficientemente grave.

—Por estos días la humanidad no goza de un muy buen concepto.

—Por eso debo entender que a los demás no les importa. ¿Es eso?

—Rafael nos da una mano de vez en cuando, yo no lo he visto más de dos veces en toda la vida, más sé que cuando Gabriel solicita su ayuda, él acude.

—¿Y Miguel?

Cesar puso los ojos en blanco.

—Ese es un tema complicado. Lo dejaremos para otro día. Larga historia.

Claro, ningún problema, pensé, me imaginé que Miguel no estaría nada feliz de conocerme y tampoco de permitirme ayudar.

—Qué tengo que hacer para que confíen en mí. Al menos podrían permitirme ayudar en algo. Me gusta cocinar.

—Oí bien, te ofreces para ayudar en la cocina.

—Si no tienen miedo de que vaya a envenenarlos o causarles indigestión.

—Por mí está muy bien, le avisaré a Gabriel.

—Puedo hacer algo más. No necesito dormir y la noche de anoche se me hizo eterna.

—Pensaremos en algo.

Llamaron a la puerta.

—¿Quién es?

—Soy yo, Cesar.

Era la voz de Gabriel. Cesar lo invitó a pasar.

No había visto a Gabriel desde el desayuno, es más, en ese momento no le vi más de cinco minutos, él me saludó con la cabeza desde dos mesas de distancia; al poco rato se levantó y salió del comedor. Ni idea de dónde estuvo o qué hizo durante las últimas horas, yo había pasado casi todo el rato vagando por ahí y no me topé con él ni una sola vez.

—Perdón la interrupción.

Entró y cerró la puerta.

—No pasa nada. Conversábamos.

—Sí, supuse que ella estaría aquí contigo, por eso vine.

Gabriel caminó hasta mí al tiempo que sacaba algo del bolsillo trasero de sus pantalones de jean negro. Para mí sorpresa, detecté que hoy si llevaba calzado, unas zapatillas negras de tela con el acordonado flojo y desanudando; lucía una camisa tipo leñadora, por debajo una camiseta. Llevaba el pelo recogido al igual que siempre. El cambio más significativo en él, era algo que escondía su mirada. Con un ademán brusco, me tendió mi celular.

—Apenas si le quedan baterías, ha sonado una infinidad de veces.

Lo tomé.

—Será mejor que veas quien llamó, no quiero una horda de demonios suelta en la calle buscándote porque creen que algo malo te ha sucedido —añadió con la vista fija en el celular—. Limítate a ver los mensajes. Si resulta que debes llamar a alguien lo discutiremos antes.

Cuatro llamadas perdidas de Vicente, una de Lucas, un mensaje de texto de Lucas y dos llamados de mi madre.

Para no alterar a nadie, pedí permiso antes de abrir el mensaje de texto.

Vicente había llamado a Lucas buscándome, imaginó que estaría con él (en este momento preferí no meditar las connotaciones que implicaban semejante deducción); obviamente, ante ese llamado, Lucas enloqueció. El “dónde te

metiste” figuraba en mayúscula.

Si no das señales de vida para mañana, llamaré a tu padre —ponía a continuación, y entendí que cuando se refería a mi padre, hablaba de Eleazar.

También tenía un mensaje de voz de Gaspar, Anežka era huésped otra vez en tu casa. En términos más amables, la cabeza del clan Salleses, pedía saber de mi paradero y condición.

Les expliqué a Cesar y a Gabriel cual era la situación, si no daba señales de vida, tendríamos problemas.

Fue horrible tener que ocultar la verdad, hablar a medias. Sé que Gaspar se hubiese ofrecido para ayudar en todo lo que estuviese a su mano, si yo le hubiese contado sobre el problema que tenía entre manos; medio a regañadientes aceptó mantenerse al margen, con su bondad y paciencia de siempre, me prometió velar por la seguridad de Anežka, yo por mi parte, me comprometí a mantenerme en contacto dentro de lo que me fuese posible.

Con Lucas fue un caos, no hubo forma de hacerlo entrar en razón, no quería discutir sobre Vicente con él, frente a los demás, tampoco resultó cómodo tener que soportar una vez más que me dijese que me olvidase de todo y que me largara con él, con público, ya que prácticamente gritó aquello y no quedó la menor duda de que tanto Cesar como Gabriel, pudieron oírlo. Nuestra conversación, la cual en realidad eran dos monólogos recitados al mismo tiempo, terminó mal, corté después de asegurarle que me encontraba bien y que regresaría casa para poner orden a mi vida, en cuanto me fuese posible.

Quedaba una tercera llamada por efectuar. Desistí, no tenía ni la menor idea de qué decirle a Vicente.

Me recriminaría a mí misma esta indecisión por el resto de mis días, lo intuía. Tres segundos más tarde, la energía de la batería de mi celular se extinguió por completo.

Me levanté de la silla y caminé hasta Gabriel, tomé su mano y coloqué sobre su palma abierta, mi celular.

—Es todo tuyo —le dije; él se quedó viéndome—. ¿Qué sigue, qué hacemos ahora?

...

No esperaba que me recibiesen de brazos abiertos, la verdad es que tampoco estuvo tan mal. Natalia, una angelóloga de cuarenta y dos años, viuda, en un

perfecto estado atlético y dueña de una envidiable cabellera negra que le llegaba a la cintura era la misma Natalia que ayudó a Gabriel a cuidar del padre Lucio, puesto que ella era enfermera, era quien tenía a cargo la cocina por los siguientes siete días, sería mi jefa en lo tocante a la labor para la cual me ofrecí. Según opinó ella, yo no duraría más que un par de horas aquí, reforzó su opinión con un comentario dicho en voz alta: “los demonios son todos unos holgazanes incapaces de trabajar”. En cuanto acabó de emitir semejante comentario, decidí que costase lo que costase, le demostraría a ella y a todos los demás, que al menos conmigo, se equivocaban. Tenía ganas de cocinar, de preparar algo rico, ese acto me recordaría a la normalidad en mi propio hogar... desearlo fue un sueño, me pusieron a acarrear cosas (bolsas de papas, latas de tomate, packs de leche, unos pesados bolsones de harina, pilas de hamburguesas congeladas desde una cámara frigorífica que estaba tan fría que ni bien abrí la puerta, comencé a tiritar). No me permitieron poner mis manos sobre sartén o cacerola alguna, ni siquiera pasé cerca de un cucharón, mucho menos de cualquier cuchillo o implemento que pudiese ser utilizado a modo de arma, sé que les hubiese gustado ponerme a pelar una tonelada de papas con el único objeto de hacerme desistir de puro tedio, no se arriesgaron, imaginé a mis compañeros de cocina viendo sangrientas visiones de lo que sucedería si daban un paso en falso, quizá vieses toda una macabra película en la que este demonio se convertía en una asesina sedienta de muerte que se complacería en cortar gargantas de un modo de lo más espectacular y cochino. Por cuatro días me usaron para lavar cacerolas, barrer pisos y acarrear mercadería. Me comí mi orgullo y mis ganas de mandar todo al mismísimo Infierno y juré no desistir, en el fondo todos trabajaban igual de duro, bueno, quizá se estuviese propasando un poco conmigo, pero me sentía dispuesta a soportar el reto con tal de ganarme su confianza. Les demostré que no importaba cuanto se esforzasen en agotar mis energías, en frustrar mis ganas, era yo siempre la primera en llegar a la cocina, cuando aún siquiera salía el sol, y también la última en irme —por lo general a media noche— luego de que los últimos rezagados, terminasen de cenar.

Ayudar en la cocina no fue lo único que hice durante esos cuatro días. La noche de mi segundo día en la casa hubo una reunión después de la cena, una reunión que duró hasta la madrugada, de ella participaron los líderes del grupo (Gabriel, Cesar, Elliot, Ismael y un par de personas más que solamente conocía de vista), en esa reunión, se discutió mi futuro inmediato. Sé que discutieron, por momentos a los gritos (ese fue el rumor la mañana siguiente),

muchos siquiera me querían en la casa. No tengo muy claro que fue lo que los llevó a tomar semejante decisión, el caso es que se pusieron de acuerdo, iban a permitir que me convirtiese en un miembro activo del grupo —con todo lo que eso implicaba—. Por supuesto no me comunicaron su decisión de inmediato, sino que me pusieron a modo de prueba un par de días. Mi condición probatoria favoreció a que se acercasen a mí, más miembros. Ami me contó que se había requerido que todos los que tuviesen la voluntad se acercasen a mí para intentar conocerme o en pocas palabras: espiarme.

Tanto daba cuales fuesen las intenciones al principio, compartir las veinticuatro horas del día con la misma gente, y bajo un estado que podemos llamar: de guerra, hace que todo se desarrolle más rápido e intensamente, vivir aquí en la casa era similar a comparar con un puñado de personas una isla desierta, o como si todos nosotros fuésemos los últimos supervivientes de la raza humana.

Natalia me permitió pelar mis primeras papas, también picar cebollas y demás verduras y hortalizas, también accedió a que me encargase de elaborar el postre para una de las cenas. Más allá de la parquedad de su carácter, de lo seca y dura que era conmigo, ella me caía muy bien. Esta férrea mujer era un peñón de estabilizada y fuerza en medio de un océano de locura. Saber que ella te exigía para que rindieses al máximo, te hacía pensar que tal vez, pudieses dar un poco más.

Natalia no fue la única persona a la cual me acerqué, Ami se convirtió en un gran compañero, sobre todo en las horas nocturnas; sufría de insomnio y además, según él, no necesitaba dormir más de dos o tres horas por día. El cambio más significativo en mi condición dentro de la casa fue que se le ordenó a él, instruirme en el arte de la guerra contra los Grigori y los Nefilim —al menos en lo tocante a defenderme de ellos, y de ser posible (tal acotó mi nuevo amigo): eliminarlos—. Nunca me gustaron las armas, pero aprender a usar las que ellos empleaban principalmente para defenderse de los caídos, no fue del todo desagradable. Ami también se encargó de contarme parte de la historia del grupo, que un día, mucho tiempo atrás, había comenzado siendo una simple hermandad integrada por un puñado de personas y unos cuantos ángeles; también me presentó al Patricio Grasso, mejor conocido como “Maestro Grasso”, el herrero y responsable de cada arma que usaban todos aquí. El pequeño Maestro Grasso, un hijo de italianos, de metro cincuenta y cinco, ojos color aguamarina y una brillante cabeza calva, tenía tres aprendices, Fito (un chico de dieciocho años, sus padres formaban parte de la

hermandad y el básicamente había crecido aquí), Panchi (una treintañera que antes de unirse a este particular grupo había sido una artista que esculpía obras con hierro y acero) y Juan, el más antiguo de los aprendices de Patricio, quien contaba con cincuenta años, los veintitrés últimos los recorrió junto a su maestro, aprendiendo de él todo lo necesario para poder hacerse cargo del taller cuando fuese, que por más que los años pesasen, Patricio no daba muestras de tener intenciones de dejar, a sus ochenta años continuaba levantándose cada mañana a las cinco treinta para ocuparse de lo suyo.

No todo fue trabajo duro, los momentos de esparcimiento aquí eran tan valorados cuanto el trabajo arduo y quienes por lo general daban la nota a la hora de cambiar la tensión de los problemas por el espíritu amable de la diversión (de la sana diversión), eran los ángeles (como si supiesen que a muchos humanos les cuesta horrores separarse de sus problemas). Si en alguna parte se jugaba un partido de fútbol, o alguien empezaba a tocar la guitarra, ahí por lo general, había un ángel.

Ismael, un ángel superior cuyo rango, por lo que entendí era mucho inferior al de Gabriel, pero si más alto que el de otros como Yibril o Santiago, no me dirigía la palabra más de lo estrictamente necesario, en cambio el propio Santiago, Naquir, Axel y Ivy se mostraban tanto más accesibles.

Quien prácticamente me dio la espalda, fue Gabriel. Al principio me dolió que me ignorase, sin embargo con el correr de los días sobrevino el alivio. Tanto la cabeza cuanto el corazón se me disparaban a velocidades y dimensiones en las que no deseaba entrar, cada vez que lo veía; por ello, yo también me propuse tener el menor contacto posible con él.

Una semana más tarde, algunas cosas seguían sin cambiar, Cesar siempre presenciaba mis llamados telefónicos (llamé a casa de mis padres, a Lucas y una vez a Vicente, esa última comunicación no fue precisamente eso, esa tarde me sentí con el coraje suficiente para enfrentar su voz, no tuve oportunidad, dejé un mensaje en el que prometí llamar luego).

La gran hermandad no estuvo quieta durante esos días, tampoco los Nefilim, se registraron movimientos inusuales en varios puntos de la ciudad, uno de esos lugares fue la casa que yo compartía con Vicente. Por poco enloquezco cuando me lo contaron; Gabriel atajó mi escalada de locura asegurándome que todo iba bien y que nada le sucedería a Vicente.

—Te buscan, es todo —explicó—, supongo que ya entendieron que estás con nosotros.

Mi padre tampoco se quedaba quieto, sin embargo, qué pretendía con tanto

viaje era todo un misterio; lo vieron en Praga, en Londres, pasó por Marruecos y volvió a París.

Por lo que se sabía, no habían ocurrido más muertes o ataques que pudiesen relacionarse con la leyenda de los hombres justos y con todo ese asunto del fin del mundo, lo cual representaba un gran alivio y al mismo tiempo, una terrible incomodidad, no saber qué esperar nos ponía a todos muy nerviosos.

Me quité el delantal y lo colgué de uno de los ganchos de la pared, apagué las luces y salí de la cocina, el corredor se encontraba a oscuras. Los que no habían salido a patrullar esta noche, debían dormir plácidamente en sus cuartos, porque no había un alma por los alrededores, la única señal de vida era el reflejo de las luces del televisor que salía por la puerta de la sala común en que muchos se reunían simplemente para pasar el rato. Supuse que alguien se había olvidado el televisor encendido; hacia allí me dirigí para apagarlo.

Resultó que nade había olvidado nada. Gabriel estaba desparramado sobre el sillón, colocado perfectamente de frente al televisor, con las piernas extendidas sobre la mesita de café, mirando el canal de noticias. Me sintió llegar y por eso súbitamente, igual que si no quisiese que lo viera relajado y tranquilo, trepó por el respaldo del sillón hasta quedar sentado. No bajó las piernas de la mesa, sus pies se acomodaron contra el borde de ésta.

—¿Molesto?

Contestó que no con la cabeza.

A paso lento llegué hasta los sillones. Detuve mis pasos entre el gran sillón que él ocupaba y uno de un único cuerpo, que enfrentaba uno de los laterales más cortos de la mesa.

—¿Qué dicen las noticias? —Le pregunté metiéndome las manos dentro de los bolsillos de los gastados jeans que alguien me había cedido.

Bajó un poco el volumen.

—Siempre lo mismo—. Breve pausa—. Terminaste tarde.

—Culpa de una tonelada de cacerolas para lavar, la cocina había quedado hecha un asco. Les dije a los demás que se fuesen a dormir; es raro que yo llegue a cansarme.

—¿Por eso todavía estás en pie? —Con la cabeza señaló el sillón de un cuerpo. Estaba invitándome a que me sentara (no a su lado por supuesto, eso ya era esperar demasiado).

Me senté. Bien, al menos no me pidió que me fuese —pensé—. Después de

una semana de apenas si detenerse para saludarme, esto era un gran avance. En lo que no lograba avanzar yo, es en evitar sentirme atraída por él.

—¿Duermes?

—Sí, si logro conciliar el sueño—. Desvió por un momento sus ojos de mí; le quitó por completo el sonido al televisor y dejó el control remoto sobre la mesita del café—. ¿No extrañas dormir?

—Algo... a veces, no siempre. Algunas noches se me hacen interminables.

—¿Hoy será una de esas noches?

—Es probable.

Bajó los pies de la mesa y se acomodó sobre el almohadón.

—Ven aquí —dijo palmeando el almohadón a su lado.

La vergüenza llegó a mi rostro en la forma de una oleada caliente muy roja.

Pasé de un asiento al otro con la cabeza gacha permitiendo que mi pelo ocultase mi rostro. Literalmente escondí mi vergüenza por detrás de mi larga melena castaña.

Me senté en el borde del sillón con las rodillas muy apretadas y la espalda tensa. Casi me caigo cuando Gabriel tomó, con ambas manos, mi tobillo izquierdo. Para atajarme, me prendí de su brazo, él me sonrió, fue una sonrisa escueta, de labios cerrados. Sin pronunciar palabra, sosteniendo mi pierna por el tobillo, con una mano, utilizó la otra para soltar el moño de mi zapatilla. Con paciencia y lentamente, aflojó los cordones y finalmente me sacó la zapatilla. Soltó mi pierna y levantó la otra, esta vez, como ya sabía lo que haría, logré apuntalar el peso de mi cuerpo de otra cosa que no fuese el suyo, es que mi temperatura ya se había disparado unos cuantos grados.

Recogió mis piernas por las pantorrillas y las apoyó encima de la mesa, para eso, tuve que deslizarme hacia abajo por el sillón. Esto estaba resultando de lo más incómodo e incontrolable para mí. Para mi propio horror y delirio, la cercanía de su cuerpo, su perfume, su rostro pasando tan cerca de mí una y otra vez, a cada segundo se incrementaban más y más, mis ganas de besarlo. Mis ojos tenían un blanco: sus labios, no podía apartar la mirada de su boca. Comencé a sentir palpitaciones.

—Relájate—. Me pidió mientras regresaba a la pose que tenía cuando lo encontré.

¡Ja! ¡Como si a su lado eso fuese posible!

En vez de relajarme, a lo único que atiné fue a colocar ambos antebrazos sobre mi abdomen abrazarme a mí misma, sujetando mi cuerpo para que no saltase sobre el suyo. Si lo hacía terminaría aborreciéndome por el resto de

mis días. Apreté los párpados e intenté concentrarme en Vicente, en mi amor por él.

No lo logré. En vez del rostro de Vicente, se me aparecía el de Gabriel, una y otra vez, en las fotografías de cada uno de los recuerdos que acumulaba de él, en esta larga semana lejos de casa, lejos de mi vida, lejos de lo que hoy por hoy, parecía otro mundo.

—¿Relajada?

Abrí los ojos, su rostro no se hallaba muy lejos del mío.

—No sé qué planeas con esto, pero dudo que dé resultado.

—Shhh...

Tomó una de mis manos entre las suyas. Creí que moriría aquí mismo. Mi mano estuvo rígida uno o dos segundos, pero luego, mis dedos se amoldaron a su tacto, estreché sus manos. Ante mi reacción, acomodó mejor sus dedos. Un acoplamiento pensé. Suena mal, pésimo: se me olvidó el sabor de los besos de Vicente.

—¿Quieres dormir unas horas? —me preguntó.

En este momento preferiría morir.

—No creo que dé resultado—. Mi voz sonó ahogada. Bajé las piernas al piso

—. Es mejor que me vaya.

—Puedo hacer que duermas, ya lo hice una vez, ¿lo olvidas?

Sí, de hecho lo había olvidado. De lo que no podía olvidarme, ni obviar, era de que sus manos todavía envolvían la mía. Tragué saliva.

Sus ojos dieron con los míos.

—No paro de sorprenderme contigo.

No entendí a qué venía el comentario, de hecho no era capaz de pensar en absolutamente nada.

—Desde que llegaste, espero que nos des una gran y desagradable sorpresa.

Su dulce aliento se metió en mis pulmones.

—He soñado contigo. Contigo aniquilando a todos, acabando con este lugar desde sus cimientos, entregando nuestras almas al Infierno.

—Yo no...

—Arrastrándome al Infierno.

—No soy así—. El aire se me escapó de los pulmones—. Ponme a dormir —le pedí. Que lo hiciera o terminaría besándolo.

—¿Crees que podríamos... ser amigos, compañeros?

—Compartimos un mismo objetivo. Jugamos en el mismo equipo. No soy lo que soñaste; eso fue una pesadilla. La real Eliza no engañaría a ninguna de las

personas de aquí, ustedes me agrandan—. Tú en particular, completé dentro de mi cabeza al tiempo que lo miraba a los ojos; eran de un castaño repleto de matices impensables.

—Me das miedo —entonó apenas moviendo los labios.

—Y tú a mí.

Otra vez sonrió sin despegar los labios. Esos agradables hoyuelos aparecieron en su rostro otra vez.

Soltó una de sus manos de la mía, y la apoyó sobre mi nuca, sus dedos se enredaron en mi cabello. Me estremecí; la piel de mi espalda se me erizó, desde mi nuca, hasta la parte baja de la espalda, cada hebra del sistema nervioso se puso a disposición de las señales de su cuerpo.

—Dulces sueños.

El mundo se apagó.

...

Gabriel trepó sobre mi cuerpo. Su corazón retumbaba contra mí pecho y viceversa. Incapaz de pensar en nada más que en él, me prendí de su cintura. Mis piernas estaban enredadas en las suyas. Los almohadones de sillón crujieron debajo de mi cuerpo. La casa aún continuaba en silencio.

—¿Tienes miedo? —me susurró al oído luego de besarme el cuello.

Palabra alguna logró emerger de mi garganta, lo único que salió de mi fue un gemido ahogado cuando apartando el cuello de mi remera, estampó un beso sobre mi clavícula izquierda.

Perdí la cabeza, él buscó mi boca y yo le enseñé el camino correcto. Al principio fue un beso suave, delicado, luego todo se descontroló, en gran parte por mi culpa. Simplemente no tenía ganas de controlarme, tenía ganas de aprenderme de memoria todas las formas de su cuerpo.

—Mi dulce ángel —musité con lo último que quedaba de voz.

Las alas de Gabriel se desplegaron iluminando el ambiente.

—Eres hermoso —le dije. Gabriel batió sus alas y... desapareció. La oscuridad se me vino encima, el cuarto desapareció. Miles de voces gritaron mi nombre. Del mismo modo en que la luz se fue, y llegó la oscuridad, aparecieron las llamas ardientes que rodearon mi cuerpo quemándolo. Moriría, me lo merecía por haberle hecho esto a él.

Grité, grité y grité.

Ahogada, sin poder inhalar, me desperté. Al principio no recordaba dónde

estaba, tampoco comprendía si lo que acababa de experimentar era real o no, el calor de las llamas todavía ardía sobre mi piel. Mis labios también ardían pero por culpa del beso de Gabriel.

Me tomó un buen par de segundos constatar mi estado; desparramada todo a lo largo del sillón, tenía el cuerpo bañado en sudor. El televisor estaba apagado y por las ventanas entraba una triste claridad gris. Amanecía.

Aparté el pelo de mi rostro, lo tenía mojado y se me pegaba a la piel.

Miré la hora en mi reloj, eran las seis menos cinco de la mañana.

Ni señales de Gabriel por ninguna parte.

—Eliza, qué sucede contigo... qué haces.

Me agarré la cabeza. Me sentía vacía, avergonzada.

Sentada sobre el borde del sillón busqué mis zapatillas. Gabriel las había dejado perfectamente acomodadas a un lado.

¿Tendría alguna idea de que yo también podía soñar con él?

Recogí mis zapatillas del suelo y me largué de allí.

No resistí el encierro ni por media hora. Me duché, vestí ropa fresca y bajé a ayudar en la cocina. Procuré mantenerme lo más ocupada posible para así no tener que pensar en mi sueño, que pensar en él... esos eran los únicos pensamientos que hoy lograba coordinar, de hecho mi estado era tal, que rompí dos tazas, casi me rebano un dedo cortando pan y desparramé por el suelo todo el contenido de un cartón de leche. Comencé a sentirme como la vieja Eliza: torpe, insegura. Todo empeoró todavía más cuando Gabriel entró a la cocina por una taza de café con leche. Mientras alguien la preparaba para él, me preguntó si había dormido bien. Le contesté que sí con la vista clavada en el piso, es que me daba miedo que por mis ojos pudiese ver lo que sentía.

No acusó percatarse de nada. Salió de la cocina cargando su taza y un pedazo de pan, lo más tranquilo luego de decirme que nos veríamos más tarde.

20. *Opus angelorum.*

El cuchillo que lancé rebotó contra la pared en vez de clavarse en el blanco.

Ami me lanzó una mirada por el rabillo del ojo, suspiró evidentemente defraudado por mi pobre desempeño.

—Dijiste que tenías puntería—. Se descruzó de brazos y fue a recoger la daga.

El sol de media tarde brillaba sobre nuestras cabezas, sentía sus rayos sobre mis brazos; hacía una temperatura perfecta y todo a mi alrededor era de lo más idílico: el cielo azul, el campo verde, los árboles, el cantar de los pájaros...

sin embargo, eso que me molestaba, opacaba todo lo demás. Esa misma razón era la culpable de que hubiese fallado en mis primeros diez intentos de clavar la daga en el blanco, y con ello no me refiero a dentro de los aros concéntricos pintados en el mismo, Ami me dijo que no esperaba tanto de nadie en su primer intento, sin embargo yo siquiera conseguí apuntarle.

Ami recogió la daga del suelo.

—Suerte que el metal con que las confeccionamos no se desafilan, si fuesen dagas comunes ya tendrían los filos todos mochos de tanto golpear contra la pared.

La pared en cuestión era uno de los laterales que separaba el cementerio de la propiedad principal.

—Perdón—. Me removí nerviosa sobre el piso de piedra cubierto por una delgada capa de musgo restante de la época de frío y poco sol, me figuré que en cuanto la primavera terminase de instalarse, el sol extraería toda la humedad del suelo, calentando la piedra, secando el musgo.

Ami regresó a mi lado.

—¿Por qué te tiembla el pulso? Cuando alzas la mano parece gelatina. Creí que ustedes tendrían más determinación.

—La tenemos —inspiré hondo y solté el aire—. Es que estoy nerviosa, no me hagas caso.

—No puedes ponerte nerviosa frente a un Nefilim, de otro modo acabarán contigo antes de que te des cuenta.

—Tal vez pueda defenderme a mi manera.

—Cuantas más armas tengas para defenderte de ellos, mejor. Si es como los Nefilim creen, te necesitamos viva. No podemos arriesgarnos a poner tu supervivencia en manos de la suerte—. Sus pies se acomodaron frente a los míos—. Dame esa mano aquí —canturreó tomando mi mano derecha para poner la empuñadura de la daga en contacto con mi palma. Acomodó mis dedos alrededor de la misma, del modo que se suponía era el correcto, y luego, se hizo a un lado. Cuando se corrió hacia mi derecha, todavía sostenía mi muñeca con sus manos—. Sea lo que sea que te pone nerviosa debes hacerlo a un lado, olvídalo. Tener la cabeza fría es primordial—. Me miró y sonrió—. No sé si puedas lograr eso, tu carne arde —bromeó.

—Ami —bufé.

—Concéntrate, apunta, dispara.

—Sí, como si eso fuese tan simple.

—No te pido que des en el centro, Eliza. Clavarle una daga a un Nefilim en el

pecho es un lujo, me conformo con que lo hieras para darte tiempo de salir corriendo y alejarte de él, recuerda que hasta el mero rasguño los imposibilita por un buen rato.

Así era, Ami me explicó que el metal de las dagas era tóxico para los Nefilim, producía en ellos algo así como una reacción alérgica.

Liberó mi muñeca.

—Ahora adelante, recuerda lo que te expliqué.

Ok, concéntrate en el círculo rojo, recuerda las veces que jugaste a los dardos con Lucas... la imagen de Lucas en una de aquellas noches me pinchó trayendo de vuelta incomodidad. Borré el rostro de Lucas de mis retinas y volví a focalizar toda mi atención en el círculo rojo. Mi mano dejó de temblar. Por desgracia algo en el aire me recordó al perfume de la piel de Gabriel y todo se fue al demonio otra vez.

Tanto me enojé conmigo misma, que apretando con fuerza el puñal, me clavé las uñas en el talón de la mano.

—No pienses en nadie más, debes concentrarte únicamente en el Nefilim que tienes delante. El Nefilim y tú... el Nefilim y tú —repetí ese mantra una y otra vez hasta que logré calmarme, entonces lancé una, dos, tres, cuatro veces en el blanco, no en el centro por supuesto, pero al menos la daga ya no rebotaba contra la pared para caer inerte en el piso de piedra, sino que quedaba clavada con firmeza en el grueso tejido que simulaba ser la carne de aquellas criaturas mitad ángel, mitad humano.

Ami festejó con un grito de orgullo cuando en mi intento no sé, sería la centésima vez que tiraba, luego de que me hiciese retroceder un par de metros más, di en el centro de la diana.

La práctica comenzaba a dar resultado.

—¡Esa es mi chica! ¡Así se hace! Es cierto, sí que tenías puntería.

—Te lo dije —fui hasta la diana y desclavé la daga.

—Perdón por no creerte; apestabas al principio.

—Ami —chillé ofendida.

—Bien, ahora puedes quedarte con la daga, mal que bien ya sabes cómo utilizarla.

—¿Sí? —Era una daga preciosa, plateada, con el mango repujado en lo que parecía un soplido de viento soltado por algún dios griego, antes de la guarda llevaba un collar con incrustación de amatistas.

—Claro, es tuya. Se la pedí al Maestro Grasso para ti; él la eligió.

—Tengo que darle las gracias, es bellísima... —alcé la cabeza y lo miré—. Y

yo que la estrellé contra la pared un montón de veces; siquiera me detuve a admirar el trabajo que la decora.

—La mayoría de nosotros tenemos una daga así, una bonita y decorada, siempre la guardamos con nosotros, es nuestra última daga—. Ami sacó de una de las cartucheras de su cinturón, una daga larga y ancha, tenía el mango intensamente labrado con líneas rectas que cruzaban por las diagonales, cerca de la guarda divisé una pequeña estrella de David y un par de piedras color celeste veteadas con azul que tal parecían, un trozo de mar petrificado—. Las piedras son pectolitas azules, también se la conoce como larimar —acotó al darse cuenta a dónde apuntaban mis ojos—. El Maestro tiene la maña de añadir a cada daga, una tipo de piedra en particular, si llega a conocerte algo antes de terminar tu daga, le añade una piedra que cree vaya contigo, o que aquella que tal vez necesites... para que te proteja. Se supone que estas piedras ayudan a sobreponerse a épocas difíciles; me ayudaran a asimilar los cambios, a calmar la ira y a redistribuir la energía. Además de ayudarme a romper con los viejos patrones que me impiden evolucionar—. Al final de la frase me guiñó un ojo—. Un personaje el Maestro.

Asentí con la cabeza.

—¿Qué es eso de la última daga?

—La última daga es aquella de la que no te desprendes hasta que ya no te queda nada más que la vida, por soltar—. Inhaló profundamente, su gran pecho subió y se ensanchó todavía más—. Cuando salimos en alguna misión cargamos con un puñado de dagas que no debes molestarte en recuperar. Estas otras en cambio, son distintas. Se las llama *Opus Angelorum*, que significa “la obra del ángel”.

Quedé confundida.

—¿No dijiste que las hacía el Maestro?

—Así es, pero estas van bendecidas por un ángel, es para que te lleves contigo al Grigori con el que te enfrentas. Son nuestra última bendición, nuestro último juicio... la afirmación de aquello en lo que creemos de todo corazón, la razón por la cual damos nuestras vidas. Las dagas son el símbolo de la obra de los ángeles, de su lucha en esta Tierra.

—Sus dagas son hijas de nuestras dagas.

Además de sus palabras, experimenté un cosquilleo en la espalda.

Gabriel avanzaba hacia nosotros.

—Las que utilizamos desde el comienzo de los tiempos para defender lo que debe ser protegido.

Ami hizo una mueca como diciendo “ahí tienes, a eso mismo me refería yo”.

—¿Te ganaste tu daga? Qué bueno. Eso significa que ahora podrás defenderte mucho mejor —añadió llegando hasta nosotros.

—Siempre y cuando no me falle la puntería—. Si proponía disparar en este momento, probablemente otra vez le atinaría a la pared, y no al blanco. Desde mi sueño de anoche, la presencia de Gabriel me resultaba todavía más turbadora.

—Practicaremos más durante los próximos días. Todavía le queda mucho que aprender sobre los Grigori y los Nefilim.

—Sí, por supuesto—. Convino Gabriel.

—Y bien... ¿alguna novedad?

—No, nada —le contestó Gabriel a Ami—, pasé para ver cómo iba todo.

—Pues aquí nos ves, mejorando.

—Sí él lo dice —entoné intentando sonreír, el arcángel me miraba fijo por lo que me costaba horrores concentrarme.

—Antes mencionaste algo sobre otros modos de defenderte de los Nefilim, a qué te referías.

Volví el rostro hacia Ami.

—Bueno, alguno de nosotros tenemos poderes.

—Sí, oí algo de eso en las clases de Cesar.

Aquí todos recibían la mayor instrucción posible, es así como el conocimiento había pasado de boca en boca por generaciones y generaciones de integrantes de esta antigua hermandad.

—¿Con qué poder cuentas tú? —Curioseó mi gigantesco protector.

Quise pronunciar la palabra pero me atoré. Salió en un segundo intento.

—Fuego...

Los ojos de Gabriel se desorbitaron.

—Genero fuego capaz de matar a otros demonios.

Ami entendió entonces a qué me refería yo con lo de “fuego”.

—Por lo visto Cesar sí que sabe de demonios —ironicé—. Mucho más de lo que nosotros sabemos sobre los ángeles —pronuncié las últimas palabras mirándolo a él. Gabriel siquiera parpadeó.

—¿No es eso muy poco común?

—Lo es.

—Bueno, considerando quién es tu padre...

—También puedo controlar el agua.

—Esas dos capacidades conjugadas son menos común aún.

Las palabras de Gabriel hicieron eco dentro de mi cabeza.

—Eso dicen —murmuré.

—¿Algo más? —quiso saber Gabriel.

—Puedo escuchar los pensamientos.

Ami soltó una palabrota en hebreo, lo sé porque divertido, ya me había enseñado más de una.

—Hasta ahora solamente lo logro con otro demonio, y únicamente cuando estamos frente a frente. Tal vez haya más, no lo sé. Soy joven como demonio, si hay algo más, saldrá con el tiempo.

—¿Has cambiado alguna vez?

La pregunta de Gabriel me acribilló. Entendí perfectamente bien a qué se refería. Por suerte todavía no había pasado yo por la experiencia de verme a mí misma convertida en una criatura del Infierno. Negué con la cabeza.

—¿Nos enseñarías lo del fuego?

En la cara de Ami leí que se moría por presenciar aquel espectáculo, Gabriel no tanto.

Tanto me rogó que terminé accediendo. No le prometí nada, le expliqué que no lo controlaba muy bien.

Cuando la llama apareció sobre la palma de mi mano Ami no fue el único sorprendido. Creí imposible que fuese a resultar así de buenas a primeras. Ami estaba fascinado, Gabriel me observaba con el entrecejo fruncido.

—Tendrías que mostrárselo a los demás.

—Ami, esto no es una feria de rarezas.

Si lo era el circo que manejaba Jan —pensé.

—¿Crees que eso sirva para eliminar caídos?

—Sirve para eliminar demonios —contesté yo antes de que Gabriel tuviese oportunidad de responder.

—No lo sé, últimamente los Nefilim han adquirido poderes y cualidades que los hacen muy parecidos a ellos.

—Deberíamos probarlo —sugirió Ami muy entusiasmado.

Gabriel giró la cabeza tan rápido y bruscamente que me dio la impresión de que casi le da una vuelta completa.

—O tal vez no—. Bromeó.

Gabriel no se rió, de hecho, lo miró muy serio.

—Ok, creo que por hoy terminamos, Eliza.

—Claro. Gracias por todo Ami.

—No fue nada. Los veo luego.

Ami se fue. Nos quedamos a solas. Una parte de mí hubiese preferido largarse de allí con él, otra, la más fuerte, me mantuvo arraigada al suelo de piedra.

—¿Puedo verla?

Su dulce voz irrumpió en el silencio otra vez.

—La daga, ¿puedo verla?

La deposité sobre sus manos.

—Plata y amatistas. La recuerdo bien, el Maestro Grasso forjó esta daga hace más de veinte años—. Alzo los ojos hasta los míos—. Fui yo quien la bendijo. La revelación desató un hilo de electricidad que recorrió mi espina dorsal.

—En la [Edad Media](#), el [cristianismo](#) adoptó la amatista como símbolo de renuncia a los bienes terrenales y [castidad](#) —acarició las gemas con la yema del pulgar—, aún hoy las llevan en forma de anillos muchos [cardenales](#) y [obispos](#). La amatista simbolizaba además la sabiduría divina.

—No tenía idea.

—Con respecto a su simbología actual, la amatista representa un gran vínculo entre dos personas. Si algún amigo te la regalase, deberías devolverle el gesto con una sonrisa y un abrazo—. Sonrió pícaro.

—¿Tienes algo que ver en esto?

—Quizá.

—¿Le sugeriste o no que me diese esta daga?

—¿Te gusta?

Le sonreí, él me devolvió la sonrisa y entonces el sol pareció brillar aún más. Estirándome, me incliné sobre él y estampé sobre su mejilla un beso. El abrazo me lo guardé, temía lo que pudiese suceder si hacía contacto con su cuerpo del modo que implicaba un abrazo.

—Gracias, es hermosa.

—De nada.

Como una tonta, volví a quedarme adorando su rostro.

Propuso que diésemos un paseo y no me opuse, no quería oponerme, pese a todo lo malo que implicaba lo que me pasaba con él, su compañía producía en mí, una mezcla entre alegría y zozobra.

—¿Te sentó bien dormir? —preguntó mientras andábamos tranquilamente por los jardines.

Si supiese... Cambié la daga de mano, no sabía dónde meterla. —Sí, gracias—. Contarle la verdad implicaba explicar circunstancias que ni yo terminaba de comprender.

—¿Soñaste?

Pegué un salto. A qué venía tanta pregunta. Contesté que sí con la cabeza. Se detuvo y me miró con insistencia.

—¿Qué? ¿Por qué me miras así? —me armé—. A propósito, cómo lo hiciste.

—Cosas de ángeles.

—Parece que los ángeles tienen muchos dones. Qué más puedes hacer.

—Lo que sea necesario... —se paseó a mí alrededor con paso tranquilo, la cabeza ladeada y los mirada perdida más allá de lo visible—. Depende en gran medida de lo que requieran las circunstancias.

—¿Cualquier cosa? ¿Nada es imposible?

—No dejo de sorprenderme, cada tantos años descubro que soy capaz de hacer más, algo de lo que no tenía ni la menor idea. Eres la primera persona a la que hago dormir.

Que me llamase persona y no demonio fue de lo más agradable.

—Tal vez algún día descubra que quizá sí existen imposibles —meneó la cabeza—. Por lo pronto, la obra de los ángeles, es infinita.

—Si así es, por qué no tienes el poder para acabar con los Grigori, con los Nefilim y con mi padre. Conmigo, con el resto de los demonios.

—Probablemente porque no debe suceder así.

—¿No te resulta difícil encontrar claridad entre tanto absurdo? A mí últimamente me es casi imposible... —las palabras se me atragantaron, la brisa me trajo su perfume; una sensación tibia y multicolor, igual que sus alas—. Estoy confundida, cansada. Me... —me atraganté con saliva-, me siento sola sin estarlo.

Gabriel dio un paso hasta mí.

—Sucedan demasiadas cosas y siento que no debería... mejor dicho, no debo...

Gabriel se acercó todavía más sin apartar sus ojos de los míos.

—No estás sola. Nunca nadie queda abandonado en tiempos difíciles. Sentirse solo no es lo mismo que estar solo. Presiento que eres lo suficientemente fuerte para enfrentarte a lo que sea que se cruce por tu camino, además, aquí estoy yo, aquí estamos todos nosotros. En mi vida creí que fuese a pronunciar semejantes palabras, sin embargo continuar guardándolas en mí es absurdo —me dedicó una dulce sonrisa—, sé que podemos ser amigos. Quiero que confíes en mí... yo confío en ti.

—¿Una alianza entre el Cielo y el Infierno?

—Te lo dije, la obra de los ángeles es infinita —bromeó.

—Suenan bien.

—Y no te preocupes por lo demás, las soluciones siempre llegan. Todo a su debido tiempo.

Quise creerle.

Nos echamos a andar otra vez. Desde allí el paseo se convirtió en una clase magistral sobre ángeles, arcángeles, Grigori y Nefilim; sobre todo, de estos dos últimos. Según me explicó, los Grigori no sumaban más de doscientos, sin embargo, su descendencia, los Nefilim, se contaban posiblemente de a miles. Por como lo puso Gabriel, quedó claro que los Grigori se cuidaban mucho de tomar parte en las luchas y acciones que emprendían sus descendientes, les ordenaban sí, de hecho ellos eran la cabeza de casi todas sus acciones, pero como también eran los únicos que podían darle vida al grupo, creando más y más Nefilim, casi nunca se arriesgaban. En lo que se contabilizaba de historia, solamente un par de ellos había sido asesinado a manos de ángeles o de personas de la hermandad.

Eliminar Nefilim debía ser frustrante, puesto que estos se reproducían al ritmo de la humanidad ya que a su vez ellos volvían a cruzarse con humanos dando vida a nuevos seres con menor herencia angelical pero que podían resultar igual de molestos a la hora de la lucha.

—Los poderes se van perdiendo a medida que la sangre Nefilim se disuelve en la humana, aun así, los números juegan a favor de ellos. Nosotros prácticamente estamos atados de pies y manos, nuestro secreto no debe ser revelado a nadie que no pueda soportar el peso que supone la carga de semejante verdad —explicó Gabriel—. A menudo la fe se sustenta mucho mejor cuando no se tienen pruebas de que aquello en lo que crees, exista.

Por un largo rato medité sus palabras; sí, el mundo se volvía un lugar mucho más sórdido, más material cuando la verdad se te revela, la verdad se convierte en una sola y ya no está en tus manos manipularla o esperar de ella más de lo que es. Las esperanzas se disuelven en la materia y el misterio queda convertido en una fría barra de acero sin más galas que unos cantos agudos y una superficie lisa.

Para suerte de muchos, el mundo que se abre ante mí, es algo impensado. Mi vida humana no fue sencilla, tampoco tan terrible y sin embargo yo no me sentía satisfecha viviéndola, es probable que Gabriel tuviese razón: a nadie le toca afrontar mucho más de aquello que está preparado para enfrentar. Como sea, el vértigo que me producía enfrentarme a un futuro completamente incierto se hacía notar. Eleazar, Vicente, Lucas; el propio Gabriel, mi futuro como lo que soy hoy, lo que esperan de mí para el mañana y lo que yo deseo ser, cada

punto supone un inmenso interrogante.

“Cuanto más se aprende, más consciente se torna uno de lo ignorante que es” —totalmente. Ni con todas estas armas era capaz de resolver ni uno solo de mis problemas.

Casi al final del recorrido Gabriel me confesó aquello por lo que interrumpió mi clase con Ami. Se sospechaba que los Nefilim eran responsables de dos muertes más, una ocurrida en una ciudad muy cercana a Roma, otra en un rincón perdido de Sudáfrica. Ambas muertes tenían un detalle en común, eran seres humanos que llevaban un par de días siendo rondados por demonios.

Así de repente, una parte de la historia encajó, ya no quedaban muchas dudas sobre los autores de otros ataques conocidos (el que sufríésemos con Anežka y aquel que terminó con Petra gravemente herida). Gabriel no se atrevió a aseverar nada, según él, los demonios todavía no quedaban exentos de culpa.

...

—Hola, soy yo otra vez—. Que frustrante que el contestador de su celular, atendiese otra vez mi llamado—. Llamé a casa y tampoco contestas allí. Terminaré creyendo que no quieres volver a saber de mí. Cuando me fui quedaban muchas cosas por hablar y deseo hablarlas contigo. Ni mis padres ni Gaspar saben nada de ti. No puedo decirte dónde estoy ni que es lo que estoy haciendo, no puedo contárselo a nadie —suspiré, el tiempo se me acababa—. Necesitamos hablar Vicente—. Mi tiempo se terminó, de todos modos, por teléfono esto era lo único que podía decir; las más de dos semanas de silencio entre Vicente y yo inexorablemente, empeorarían nuestra relación. ¿Se acabó? ¿Forcé el fin al irme?

Colgué el auricular. Ya nadie controlaba mis llamados, es más, en ese exacto momento, Cesar entró en su despacho.

—¿No tuviste suerte?

¿Mi mala cara era tan evidente? En los pasado días Cesar se convirtió en mucho más que un maestro en el arte de la angelología, como gran compañero y amigo, supo oír lo que yo tenía para contar y dar concejo cuando se lo pedí. Con él había discutido el carácter más privado de mi existencia, entre dichos asuntos, el estado de mi relación con Vicente (no podía discutir aquello con Gabriel, porque él aún continuaba poniendo en jaque mis sentimientos, y bien, con Ami la relación era otra, él estaba junto a mí para otra cosa, no para ser mi paño de lágrimas ni nada parecido).

Negué con la cabeza.

—Oye, es momento de que te lo cuente.

—¿Qué me cuentes qué?

Llegó hasta su escritorio y se acomodó en la silla.

—Toma asiento, por favor.

—Cesar, no des vueltas.

—Solamente como precaución, en gran parte movidos por la imperiosa necesidad de cuidar de ti, seguimos a tu esposo—. Alzó las manos tal si quisiese atajar mi reacción. Sus palmas en alto no lograron siquiera atenuar mi enojo—. Teníamos que hacerlo, lamentarse en nuestro caso, significaría que hemos reaccionado tarde, reaccionar tarde puede acarrear una desgracia imposible de reparar. Descuidos como ese, para nosotros son imperdonables. No le hicimos daño por seguirlo, Eliza. De hecho creo que hicimos bien. Vicente volvió a salir del país... se encuentra en Francia, en París, desde hace un par de días ya.

—¿Está con...? —Iba a decir: mí padre, pero Cesar se me adelantó.

—Se aloja en la sede de Las Doce Sillas. Por el momento no tenemos noticias de que tu padre y él celebrasen reunión alguna. Lo lamento.

—¿Por qué lo lamentas?! No hay nada que lamentar—. Me sentía furiosa con él por insinuar que Vicente me engañaba en más de un sentido.

—Tienes que admitir que manejamos pruebas suficientes para sospechar de él.

—¿Sospechar? Sospechar qué, Cesar, Vicente es un demonio como cualquier otro, que viajara a París no significa nada, está casi demostrado que son los Nefilim los que se esconden detrás de las muertes y ataques.

—No, eso no es cierto, todavía no tenemos nada claro, Gabriel te lo explicó.

—No pienso culparlo de nada hasta no tener pruebas.

Cesar asintió con un largo parpadeo.

—¿Anežka sigue bien, han notado algo extraño?

—No, Gaspar dice que todo está muy tranquilo, es más, siquiera mencionó que sospechase que alguien los sigue y cuida de ellos. Tus hombres hacen buen trabajo.

—Lo primero que creí es que irían tras ella para llamar tu atención. Por suerte hasta ahora no nos han molestado con eso. Es un alivio... principalmente para ti, por el aprecio que le tienes a la muchacha y al resto del clan Salleses.

En silencio tomé asiento, apoyé los codos sobre el escritorio de Cesar y suspiré.

—¿Cuánto tiempo más esperaremos? No puedo ni quiero permanecer aquí

escondida por siempre.

—Creí que te agradaba estar aquí con nosotros.

—No te equivocas, pero allí afuera me espera una vida que debo resolver. Mi existencia no se limita solamente a lo que suceda con los Nefilim.

—¿No te planteaste la posibilidad de unirte a nosotros? No me mires así, no es un absurdo, tienes todo lo que se necesita para ser una de los nuestros. Podrías ayudar y mucho.

¿Quedarme aquí para siempre... entre ángeles, arcángeles y humanos que luchan para mantener el balance correcto entre el bien y el mal? Abandonar a Vicente, alejarme de Lucas, de Gaspar y su familia, olvidarme de Anežka... de todos. Renegar por completo de mi padre, marcando una diferencia insalvable entre él y yo. ¿Acaso algo así podría hacerse?

Me puse a pensar en qué había allí afuera para mí, si Vicente ya no deseaba compartir sus días conmigo, si definitivamente lo nuestro ya no existía como tal.

Nada. Absolutamente nada. El mundo más allá de estas paredes no podía ofrecerme nada, estaba vacío, frío y oscuro, igual que un desierto en plena noche.

Y entonces Gabriel... dicho pensamiento se deshizo en hebras plateadas. ¿Entonces estaría él, sería eso posible?

—Sé que no seré el único que te extrañara si te vas un día.

Las palabras de Cesar me trajeron de regreso a la realidad.

Extrañarme... ¿me extrañaría Gabriel? ¿Por qué no podía dejar de pensar en él siquiera cuando él se encontraba presente? Perversa tortura.

Hice tiempo acomodándome en la silla, más que nada para reacomodar mis ideas.

—Que me toleren no implica que me quieran o que vayan a extrañarme cuando me vaya —entoné al final. Ya quisiera poder ver en la mente de algunos de los que vivían aquí para descubrir si de verdad me echarían en falta (“algunos”, ¡eso no existe!; uno, y tiene nombre).

—Vamos, debes sentir que el nivel de aversión hacia ti ha descendido mucho —bromeó con una gran sonrisa en los labios—. Ve la realidad, desde tu llegada ya no es blanco contra negro, le diste una buena lección a más de uno. Aquí muchos suelen tomarse las palabras de sus lecciones demasiado al pie de la letra, creen que es bueno contra malo y que ahí reside nuestro trabajo. Pues no es cierto —entonó con brío—. La línea entre el bien y el mal usualmente es un borrón tanto más permeable de lo que muchos creen.

—Me huele a que intentas convencerme de que me quede.

—Será porque así es. Quiero que mi gente recuerde que los del bando opuesto pueden replantearse su situación, así como que los buenos son susceptibles de caer en la tentación. No es que tú fueses el ejemplo del mal ni mucho menos, pero si aprendieron a aceptarte a ti, también aprenderán a aceptar sus propios errores y eso es primordial para crecer, para evolucionar, para ser mejor. Que te quedases significaría un beneficio a largo plazo, imagínate, generaciones y generaciones de integrantes de esta hermandad instruidas por los máximos representantes de la verdad: un arcángel y un demonio.

Enrojecí. Arcángel y demonio. Gabriel y yo... eternamente. ¿Juntos?

—Obviamente no le agradará nada a tu padre, pero seguro encontraremos un modo de que él entre en razón; Gabriel lo encontraría. Sería pasar de la teoría a la práctica. Un cambio rotundo. Hay tanto que aprender de ti, de los tuyos. Probablemente así, el mundo se convertiría en un lugar mucho más justo ya que todos comprenderíamos a qué nos enfrentamos realmente, ya comenzamos a entenderlo.

La garganta se me cerró todavía más, a duras penas respiraba. Los inocentes y bien intencionados deseos de Cesar me empujaban a replantearme si no me esforzaba yo por mantener inútiles esperanzas en alto; lo cierto es que no tenía ni la menor idea de si me aferraba a la idea de un amor con Vicente, o a amor real. No oír una palabra de él en este último tiempo comenzaba a mellar mi espíritu; su partida a París colaboraba en el virulento efecto del silencio.

—Es una decisión muy importante para ti, lo entiendo. Básicamente lo que te pido es que le des la espalda a lo que fue tu vida. Sabes... la eternidad puede ser muy larga, debes elegir bien dónde o con quién vivirla.

Hizo una pausa, yo no pude acotar nada.

—Deberías discutir esto con Gabriel, sé que él comparte mi opinión. De veras que sí. Ustedes dos se llevan bien; quieras o no le ayudaste cargando el peso de su pena por la muerte de Lucio; él era todo lo que Gabriel tenía, con él pasaba la mayor parte de sus horas, las que ahora pasa contigo. Dudo que sea consciente de ello, desde afuera se nota que le ayudaste a encontrar paz.

Era cierto, últimamente la inercia nos juntaba, en dónde yo estaba, él aparecía, a dónde él iba, yo lo seguía, siempre en las riguroso decoro, como amigos, como compañeros, pero era obvio, que hasta en el silencio, en lo cotidiano y posiblemente también en lo más aburrido, nos encontrábamos a gusto juntos. Además, el que él se hubiese tomado como costumbre, concederme la gracia de dormir casi cada noche nos aproximó todavía más. En ningún momento

hablamos del padre Lucio, de lo que él sentía por haberlo perdido o de la angustia con la que convivía yo cada día por no tener noticias de Vicente, por vivir en la duda por él y por mis propias indecisiones y miedo.

—Por otra parte, volviendo al tema, que continúes aquí de “brazos cruzados”, como tú dices, es lo más saludable para ti y para todos. No vamos a entregarte a ellos en bandeja de plata.

—Ni siquiera tienen que saber que soy yo—. Salir de aquí, ir a la acción aclararía mi mente, pondría las cosas en perspectiva—. He notado que llevan turnos, salen de a grupos a ejecutar guardias. Puedo salir con algún grupo, cubierta si hace falta, nadie tiene que saber que soy yo.

—Tal vez te sientan. No es buena idea arriesgarse tanto. Además, lo creas o no, creo que podemos con esto. La situación no está del todo controlada, soy optimista al respecto.

Mis brazos cayeron pesados sobre los apoyabrazos de la silla.

—Tanta inactividad me volverá loca. Tú sabes que todo demonio joven es un caldero en ebullición. Constantemente tengo la sensación estar a punto de explotar—. Me mostraba calmada, más mi interior era un montón de partículas alteradas por una carga constante, que era susceptible a dispararse a niveles imposibles de controlar—. Hoy por hoy, al estar aquí, me siento más un demonio de lo que me he sentido jamás. Por momentos experimento una fuerte sensación de ahogo, como si fuese una fiera enjaulada en una jaula demasiado pequeña.

Cesar me contempló en silencio con una expresión ceñuda.

—Creí que el entrenamiento con Ami te ayudaría con eso.

—Ayuda, es que necesito algo más.

—Lo lamento, Eliza, seguramente los demás concordarán conmigo en que no es buena idea que nos acompañes siquiera en la misión más inocente. Los Nefilim parecen haberse calmado contigo, mas si me lo preguntas a mí, eso más que tranquilizarme me preocupa. Se traen algo entre manos y no tengo ni la menor idea de que pueda ser... —se reclinó sobre el escritorio—, dudo que se hayan rendido. Oye, encontraremos algo que puedas hacer para aliviar esa presión que experimentas.

No continué discutiendo sobre aquello, sabía que no cederían porque comprendía perfectamente bien, que me gustase o no, tenían razón, después de todo sería muy tonto entregarme a ellos en bandeja de plata, fuera cuales fuesen sus intenciones.

—Confiemos en que esto acabe pronto—. Me dijo Cesar un instante antes de

que yo pusiese un pie fuera de su despacho.
Sin estar demasiado confiada, asentí con la cabeza y salí.

21. Cómo mantener el Infierno lleno.

Al cerrar la puerta, quedé en penumbras. El silencioso corredor reveló un escaso movimiento, algo muy extraño por estas horas, el sol comenzaba a caer y la hora de la cena se aproximaba; la ausencia de personas dando vueltas, buscando un lugar en el que descansar luego de un arduo día era por demás anormal. Me olió raro, de verdad que no había un alma a la vista.

Asomé la nariz dentro de la sala de televisión. Nada, la pantalla negra reflejó mi imagen. Las cartas parecían muy solas y aburridas sin sus habituales compañeros; un grupo se dedicaba casi cada atardecer a organizar partidas de truco.

—¿Dónde se metieron todos?

Si aquel ambiente de este inmenso cuartel improvisado en un antiguo seminario, lo sabía, se negó a contármelo.

Fui directo a la cocina, mi turno en la cocina comenzaba en cinco minutos.

—¿Leo? —Leonardo era el hijo del medio de uno de los tantos matrimonios que integraba la hermandad de angelólogos y demás especialistas, tenía dos hermanas; estos chicos vivían una vida muy distinta a muchos otros adolescentes: cargaban un gran secreto que para muchos es un misterio impensado, no asistían a clases en una escuela sino que eran escolarizados por la misma orden, quienes además, los entrenaban para en el futuro, unirse a sus filas. Leo, Sofia, la mayor, y Miranda, la menor, no eran los únicos tres niños que vivían este estilo de vida, tampoco eran los primeros, según me enteré, más de uno de los que habitaban aquí, eran hijos, sobrinos o familiares de antiguos integrantes.

Leo terminó de apoyar la cacerola llena de agua sobre la hornalla y se dio la vuelta.

—Ah, hola Eliza, ¿qué haces? —curioseó con desenfado volviendo a lo suyo.

—Nada, ¿y tú?

—Preparo de cenar; voy a hacer pasta con queso.

—Dónde están todos, dónde está Natalia.

—Afuera... —se estiró y tomó del estante la caja de sal gruesa—...supongo

—vertió un puñado en el agua—, todos los demás están afuera—. Regresó la

sal a su lugar y se dio la vuelta—. Algo pasó, nadie quiere contarme qué es, se juntaron casi todos. La última vez que los vi estaban afuera, preparándose para salir—. A sus quince años frunció el entrecejo y la nariz enfurruñado igual que una criatura de cuatro—. Cuando me percaté que todos se alistaban, me ofrecí a acompañarlos y no me lo permitieron. No quisieron contarme de qué va todo, me huele a que es grande, las explicaciones sobran.

Me dieron palpitaciones. Tan grande como para que se fuesen todos. Grande y probablemente muy malo, pero por qué Cesar no fue con ellos.

—¿Tus padres?

—Salieron con los demás. Me figuro que los únicos que quedamos somos nosotros dos y mis hermanas.

—¿Y Gabriel?

—La última vez que lo vi estaba afuera, en el garaje, conversaba con Cesar.

—¿A sí? —Que oportuno había sido Cesar al llegar a charlar conmigo. Solté un gruñido para mis adentros. No me costaba mucho imaginar que su intención fue entretenerme mientras los demás se alistaban para salir.

Leo asintió con la cabeza.

—Mis hermanas no van a cenar, quieres que prepare un poco para ti también.

—No, gracias, no tengo hambre—. Tuve que contenerme para no salir corriendo, antes de hacerlo debía averiguar algo más—. ¿No queda nadie más aquí?

—Sí, hasta lo que sé, Cesar y un par más se quedaron a proteger el fuerte —bromeó—, cuando es así, un par de personas se quedan a dirigir la operación desde aquí. Es raro que Cesar se quedara, él nunca se queda. Te lo digo —comenzó a decir haciendo unas raras muecas—, es algo grande... por eso mis hermanas están tan preocupadas, por eso no van a comer, están nerviosas. Cómo sea, yo sé que los nuestros son capaces de patearle el trasero a cualquiera.

Me estremecí puesto que no, eso no era cierto.

No se lo dije al chico, más allá de sus palabras, él conocía y era consciente de los riesgos que implicaba participar de esta actividad, sobre todo a la hora de una misión, una que como esta, parecía grande y peligrosa, de otro modo no hubiesen convocado a casi todos en la casa.

—Bueno, te dejo preparando tu cena. Ten cuidado.

Asintió con la cabeza.

—Nos vemos luego —le dije y salí. Me alejé unos pasos a un ritmo tranquilo y normal, inspiré hondo, detuve mi andar y eché un vistazo hacia la puerta del

despacho de Cesar, continuaba cerrada. Es ahora o nunca, pensé. Salí corriendo en dirección al frente de la propiedad, donde se encontraba el garaje. No me topé con nadie de camino afuera.

Por un momento tuve miedo de no poder salir, de que le hubiesen hecho algo a la puerta o a mí, para mantenerme encerrada dentro del caserón. No fue el caso, si Gabriel había hecho no sé qué cosa para impedir que las cerraduras de ese oscuro cuarto en el sótano me retuviese dentro de aquel húmedo espacio, esta vez, por omisión o porque no lo creyó necesario, las puertas se abrieron para mí.

Ya no quedaba nadie. La gravilla de los caminos delanteros de la propiedad absorbía los últimos rayos de luz, convirtiéndolos en un reflejo frío y algo desolador.

Una punzada de angustia se instaló en mi estómago. Me preocupaba aquello que motivó la salida en masa de casi toda la hermandad, se me ocurrían miles de tenebrosas y terribles hipótesis al respecto, algunas de ellas incluían a mis seres queridos y tenían que ver con su seguridad. Pensé en Anežka, en Gaspar y los suyos, en mis padres. También pensé en aquellos anónimos que los Nefilim podían estar cazando para acabar con la humanidad en su supuesto plan para regresar al cielo. Sin embargo, debo admitir, que lo que más me preocupaba en este instante —y por ello se me revolvieron las tripas—, era la seguridad de Gabriel.

No era sano salir corriendo tras él, sobre todo porque ponerme en peligro echaba por tierra el trabajo de toda la hermandad.

—Mierda —gruñí y nadie me oyó.

Sopesé la distancia que separaba el garaje, dentro del cual se encontraba mi flamante Porche, de la verja de entrada de la propiedad. ¿Tendría oportunidad de seguirlos?

—Como sea —entoné por lo bajo.

Mis pies dieron contra la grava en cada paso de mi corrida hasta el garaje.

Además de mi auto, en la cochera quedaba un viejo, destartado y herrumbroso jeep sin motor ni ruedas, que supuestamente uno de los integrantes de la hermandad se dedicaba a restaurar, y una camioneta blanca que daba toda la apariencia de haber sido ambulancia en otra vida. No conté las bicicletas, ni el viejo tractor para cortar el pasto, tampoco el par de patines de metal y ruedas naranjas que colgaba de la pared de uno de los tantos ganchos entre pinceles, llaves inglesas, pinzas, rodillos y pinceles viejos. Todos los otros vehículos, los que de verdad servían, ya no estaban,

tenían una misión más importante que cumplir que quedarse aquí dentro juntando polvo igual que mi Porsche, el cual por cierto, lucía misterioso y algo deprimente, así cubierto con una fina capa de polvo grisáceo.

Me dio la sensación de que había pasado un siglo desde que Vicente dijo que era mi regalo de aniversario por nuestro primer año.

Di un par de pasos hasta el vehículo, yo había dejado las llaves dentro; esperaba que aún estuviesen allí.

Sabía que esta tara provocada por mis sentimientos enfrentados entre la vida soñada y la realidad (con todo lo que ambos bandos conllevaban) demoraban mi partida peligrosamente. Mi intención de buscar a Gabriel y traerlo de regreso a la seguridad de este lugar se esfumaba al paso de cada segundo.

Sí, mi necesidad era para con él; protegerlo, asegurarme que estuviese bien, que nadie le hiciese daño, que volviese para tenerlo a mí lado... Sí, penosamente mis deseos y necesidades tenían que ver, por sobre todo, con él.

Egoísta.

Mentirosa.

Infiel.

Corrompedora de almas.

Demonio.

Ser como yo asegura un Infierno lleno.

Sí, mis anhelos no eran nada puros, sino más bien dañinos. Quería que Gabriel me quisiese en el amplio espectro de la palabra. Una parte de mí se moría de vergüenza por ello, la otra solamente podía pensar en él, en tenerlo, poseerlo, en desearlo y que me desease. No importaba un cuerno si era un ángel, si yo estaba casada, si el mundo se caía a pedazos.

Sofocado por esa parte de mí, me pregunté cómo podía ser capaz de sentir así tan en crudo, sin restricciones, sin remordimientos. Lo peor del caso es que si bien sentía vergüenza, no podía aborrecer esa parte de mí, simplemente no podía, el sentimiento no venía, ni vendría. Batallar contra el deseo era lo único que me quedaba, y desgraciadamente siquiera estaba segura de desear batallar contra eso.

El exquisito y puro aroma que percibí en el aire influyó negativamente en la poca cordura que me acompañaba por estos días.

—¿Ibas a alguna parte?

Me di la vuelta, allí venía él, avanzando dentro del garaje desde el exterior.

A dónde tú vayas —pensé. Por supuesto no lo dije en voz alta, sí en serio, en este momento era en serio ya que moría de ganas de besarlo.

Mi padre estaría orgulloso de mí, he aquí su hija, deseando doblegar la voluntad y el espíritu de un arcángel. De uno de los tres seres de aquella raza de aquel que lo venció.

Los labios se despegaron pero nada más que aire salió de entre ellos.

—¿Buscabas esto? —Preguntó cuándo se encontraba a un metro de mí, sacudiendo en alto, las llaves de mi auto—. Las necesitarás. ¿O no?, ¿lo de las cerraduras funciona también con el encendido de los automóviles?

En uno de mis tantos raptos de sinceridad con él, le revelé aquello de que ninguna cerradura se nos resiste.

—¿Dónde planeabas ir? —Inquirió cruzando los brazos sobre su pecho, luego de detenerse frente a mis pies.

Su voz venía ejecutando un monólogo que no podía ni quería interrumpir, primero porque era un placer oír su voz, segundo, porque para mí alivio, no había salido de la propiedad con los demás, y agradecía tenerlo otra vez tan cerca y a salvo. Bueno, posiblemente a salvo de los Grigori, de los Nefilim, pero no de mí.

Tomó mi mano derecha y me entregó las llaves.

—¿Te aburraste de nosotros? ¿Es que ya averiguaste todo lo que necesitabas saber del enemigo? La sangre tira fuerte, me figuro.

Negué con la cabeza muerta de miedo. No era un temor provocado por la posibilidad de recibir un daño físico, si bien su mirada anticipaba tormenta. Más bien tenía que ver con aquello que no puede tocarse ni verse.

Defraudado, dolido... arrepentido por confiar en mí, ¿por algo más?, ¿más profundo, más personal? Una parte de mí anhelaba que fuese así, que su preocupación y la mía nada tuviesen que ver con otra cosa más que con nosotros dos.

—Iba a buscarte—. Confesé. Y así, las dos Elizas quedaron integradas en una masa sin forma ni nombre.

Los ojos de Gabriel se movieron de un lado al otro sobre mi rostro.

Optó por el silencio, ¿señal inequívoca de desconcierto?

—Encontré a Leo en la cocina, me dijo que todos habían salido en una misión. La casa quedó prácticamente desierta y yo ni cuenta me di, conversaba con Cesar en su despacho—. Mordí mi labio inferior sin saber por dónde seguir, había perdido el hilván de mi explicación—. Leo mencionó que te vio aquí, creí que habías salido con los demás.

—¿Y qué si hubiese sido así?

Su mirada me traspasó, parecía querer arrancarme la verdad y yo me sentía

cada vez más propensa a hacerlo, a ser fiel a la causa de todo demonio: mantener el infierno lleno.

Qué sería de él si me seguía la corriente. ¿Lo desterrarían, degradarían su posición? ¿Era eso factible?

Nos convertiríamos en dos parias.

Lo que pensarían los míos, lo que pensarían los suyos, los que saldrían heridos...

—Estaba preocupada por ti. Leo insinuó que la situación no olía muy bien y me angustié. Me dio pánico de que pudieses salir herido. Quería ir a ayudar.

No comprendo cómo es que fue capaz de dedicarme una mirada tan neutra como la que me dio. Yo era consciente de las señales que casi sin querer, le enviaba constantemente; hasta hace cinco minutos, esas señales podían considerarse como simple flirteo, o incluso una mera cuestión de piel, sentirse atraído por otra persona a ese nivel, cuando sabes que tu cuerpo encaja en el espacio del otro, no tiene por qué llegar necesariamente a nada, pero sé que el tono de mi voz y mis palabras, incluso mi mirada, ya no eran las de antes.

No puedes eludir esto —pensé mirándolo fijo a los ojos. Tampoco yo puedo, no más.

—Aquella noche en que me pusiste a dormir, soñé contigo —solté, no podía continuar guardándome la verdad. No sé si se debe a su condición angélica o qué, lo único identificable en mí, en este momento, era mi necesidad de sincerarme con él, de admitir incluso sabiendo que lo que hacía no estaba bien, deseaba continuar haciéndolo—. Soñé que besaba tus... —se me cortó la respiración al enfocarme en sus labios—, que tú... —no pude continuar hablando mi corazón latía tan fuerte que las sacudidas que daba dentro de mi pecho lograban hacerme temblar de pies a cabeza.

Solamente me había sentido así por un hombre y sinceramente no creí que eso fuese a acabar jamás, mucho menos, que fuese a repetirse con alguien más que no fuese él.

—Yo he soñado contigo cada noche desde esa madrugada en que te vi en la cocina —reveló con semblante abatido.

Creí que el corazón iba a salir despedido de mi pecho.

Los brazos me cayeron pesados al costado del cuerpo en señal de rendición.

Sin apartar sus ojos de los míos, Gabriel se pegó a mí. Sus manos fueron directamente a las mías y de mis dedos se prendieron.

Las llaves de mi Porsche rebotaron contra el suelo.

El viento se arremolinó a la entrada del garaje.

Sin titubear, Gabriel acercó su rostro al mío. Sus labios se despegaron y supe que aquel gesto no tenía como finalidad dejar escapar palabra alguna, sino más bien, atrapar los míos.

La presa no tenía intención de resistirse, todo lo contrario, de la emoción estrujé sus manos. Ante la presión de mis dedos el arcángel soltó un quejido de dolor, y con éste, surgieron un par de resplandecientes alas que iluminaron el interior de la cochera.

Un virulento arrebató de pasión se apoderó de mí cuando percibí su aliento acariciando la piel de mis labios.

Sujeté con cadenas y candados la desaforada necesidad de besarlo. No quería que fuese así, brusco y salvaje tal cual lo pedía el deseo, el cual gritaba tan fuerte, tanto que creí que me dejaría sorda. Quería que fuese cómo él, igual de dulce, tranquilo, amable, pacífico...

Sus labios rozaron los míos por primera vez.

Ninguno de los dos cerró los ojos en un primer momento, supongo que ambos necesitábamos ser completamente conscientes de esto.

Logré mantenerme consciente hasta que su boca se juntó delicadamente con la mía un par de segundos después.

La pasión no necesariamente tiene que ser desaforada, mucho menos brusca.

¿Se puede lograr la iluminación con un beso? En este momento creo que sí.

Besar un ángel probablemente sea un pecado mortal, una razón más para ir a parar al Infierno por corromper un alma tan pura, mas este beso, era igual de puro que el alma que acarreaba con ese cuerpo de arcángel de alas tornasol.

No pude pensar en que estaba siendo infiel, en que esto podía arrastrar a Gabriel a la perdición.

Era luz, por fuera y por dentro de mí. Una luz que enceguecía y al mismo tiempo lo iluminaba todo para que yo pudiese ver el mundo de un modo completamente distinto, menos perverso, menos doloroso, más libre, más frágil... maravilloso.

Las manos de Gabriel soltaron las mías pero no para liberarme, mucho menos para alejarme. Con sus brazos y alas, me estrechó. Fue entonces cuando el beso se tornó más adulto y menos inocente. Quedé convencida entonces, de que lo que estaba sucediendo no podía ser la simple influencia de mi parte demoníaca. No es que buscarse excusas para quitarme parte del peso de estar arrastrando cuesta abajo a un arcángel, nadie reacciona del modo en que Gabriel reaccionó porque lo obliguen, por haber caído engatusado en un hechizo demoníaco.

No se puede plantar un árbol sin tierra —pensé justo antes de olvidar hasta como me llamaba.

Al abrazarlo, sin querer, toqué el perfil de sus alas con mis antebrazos, dio un respingo, también me estremecí. Nos miramos. Creí que sería ahora o nunca cuando pediría que me alejase de su lado. No lo hizo. Rodeé el cuello con mis brazos y así estirada y en puntas de pie, me aferré a él con desesperación.

Mis brazos no eran los únicos que se habían sentido vacíos. Una tibia sensación rodó mi espalda cuando sus fuertes brazos la cruzaron.

—Pienso en ti incluso cuando estoy contigo —confesó susurrándome las palabras al oído.

—Lo mismo me sucede a mí.

Apretó mi cuerpo todavía más contra el suyo.

—Perdón por esto, sé que hago mal. Demasiadas personas saldrán heridas, en juego hay demasiado que perder.

Las alas de Gabriel se replegaron sobre su espalda.

—Supongo que podría controlarme, pero no quiero—. Me aparté ligeramente de su lado, lo suficiente para que pudiésemos cruzar unas cuantas palabras cara a cara—. Tengo un esposo... llevo sobre mi piel, impresa una marca, que no puedo borrar aunque quiera, y la verdad es que incluso deseando el bien, lo puro, no hago más que remarcar una y otra vez esa marca, para tornarla cada vez más visible, tanto que un día acabaré siendo señalada por la calle. Ni siquiera me atrevo a preguntar qué consecuencias tendrá esto para ti o si es la primera vez que...

—No es la primera vez que me enamoro. Sí la primera que me permito sentirlo con libertad.

—A buen puerto fuiste a atracar —bromé angustiada, sin verdadero ánimo de bromear, mucho menos de reír. No había culpa en mí, más bien el peso de la responsabilidad sobre mis actos, y la confusión de sentir que dentro de este cuerpo habitaban dos seres y más precisamente, dos amores. Dos amores de cuerpo y alma muy grandes, demasiado hermosos y valiosos para ser dados a una sola persona, la cual probablemente, no merece ninguno de los dos. Viendo las cosas, así en perspectiva, me di cuenta de que lo que yo sentía por Lucas era completamente distinto a lo que me pasaba con Vicente y con Gabriel.

Me sentí mezquina por acaparar tanto amor, tanto querer y por no ser capaz de retribuirle a ninguno de ellos con la verdad, la sinceridad y la fidelidad que merecían. Sí los amaba con intensidad, incluso anteponiendo su vida a la mía,

pero eso no parecía bastar en este momento, ya que en realidad, no estaba tomando en cuenta la inmensa cantidad de dolor que era capaz de causarles, tanto es así, que sentí celos por oírle decir que no era la primera vez que se enamoraba; de quién, cuando, qué tan intensamente amó antes de conocerme a mí.

¿Qué derecho tenía yo de colocarme en posición de reclamar nada? Aun así quise ser capaz de borrar de su recuerdo y de su corazón, esos otros amores que no se concretaron. Hubiese preferido oír que era la primera, la única.

Aborrece cada respiración que das —me dije—. Maldice tu estirpe, la ligereza de tus actos, la impunidad con la que armas y desarmas a tu antojo. La culpa no resuelve nada, Eliza, y sabes por qué, porque volverás a lanzarla a lo más profundo de tu ser en cualquier momento y así continuarás destrozando lo bueno, lo puro. Los Grigori cayeron por esto mismo, ¿no?, los Nefilim son prueba de ello.

Lo contemplé en silencio, este arcángel sabía lo que yo era, e incluso así me amaba. Que me aceptase me hacía sentir más ligera, liviana, limpia, menos demonio, menos hija de quien soy.

—No puedo pensar en eso ahora —entonó con dulzura llenando sus ojos de mí.

—Soy responsable de eso.

—Supe que sucedería exactamente así.

—¿A qué te refieres?

—La primera vez que te vi supe que no podría contra lo que siento por ti. Algunas cosas son inevitables, no importa cuánto empeño pongas en combatir las. En un primer momento creí que sería una prueba —meneó la cabeza en señal de negación—, el sufrimiento a veces nos enseña grandes cosas, mas el amor es también un gran maestro. Soy consciente de que le perteneces a otro hombre, que te entregaste ante él tal como debe hacerse, tampoco se me escapa que eres un demonio, mucho menos quién es tu padre, y no se me olvida que es probable que nos estemos jugando la supervivencia de la humanidad.

De los nervios se me escapó una risita seca y corta.

—No sé, Eliza, simplemente... Tanta vida vacía fatiga. Existir sin amar es lo mismo que nada. Por el momento no puedo pensar en nada más. Es una locura que pretendieses salir de aquí solamente por seguirme; que te preocupases así por mí es un regalo que no pienso rehusarme aceptar.

—Estaba dispuesta a ir tras de ti y no me importó nada más. No sé si eso está

bien.

En respuesta a una pregunta dirigida al universo, volvió a tomarme de la mano.

—¿Dónde fueron todos?

—Atacaron y mataron a un joven que se encontraba en la mira de un demonio, no de los más importantes, pero sí lo suficientemente bien ubicado como para que su muerte no pasase inadvertida.

Incluso medio narcotizada por sus besos, no se me pasó por alto la trascendencia de la noticia, con todos sus detalles, los cuales, no eran menores.

—Por lo que sé, el muchacho auguraba un futuro de lo más prometedor.

Otro dato de relevancia.

—¿Fueron...?

—Por los primeros datos que se recibieron todo indicaría que fueron los Nefilim, pero no queda claro, también había otros demonios por la zona, los cuales según se sabe, se esfumaron ni bien todo acabó.

—Igual que si fuesen meros espectadores —aventuré casi sin pensarlo.

—Espectadores, instigadores, pensé lo mismo. Tal vez sea un espectáculo que ellos mismos montaron.

—¿Con qué objeto?

—Si lo supiese buscaría el modo de terminar con esto de una buena vez.

—No le encuentro ningún sentido, no al menos desde el punto de vista del mito de los treinta y seis hombres justos. Es el segundo prospecto a demonio que eliminan, porque es eso ¿no? Cuéntame la verdad, Gabriel. ¿Ha habido otras muertes ya? Eran todos candidatos a demonios con grandes poderes, no es eso. Gabriel apretó mi mano, sus alas temblaron.

—Todos ellos, alrededor del mundo, un total de veinte hasta ahora. Bien, en realidad sospechamos de veinte casos, si hubo más, no lo sabemos.

—Por qué no me lo contaste antes.

—Tenía que asegurarme.

—¿De que no fuésemos nosotros mismos los que matábamos a esos aspirantes a demonios? Ni siquiera hoy lo sabes, acabas de decir que había demonios rondando la zona; mataron a un demonio y a quien se convertiría en su discípulo y ambos bandos parecen muy interesados en ello. No lo comprendo.

—Tampoco nosotros, pero no me agrada que tu padre no se movilizara para frenar esto, o al menos, para intentar aclarar todo de una buena vez, sobre todo considerando que uno de esos ataques se hizo en tu contra y en contra de la muchacha que tienes a tu custodia.

—¿Qué más saben de aquellos que han sido asesinados?

—No mucho, en su mayoría habían tenido vidas complicadas, todos eran batalladores a su modo, sobrevivientes de la adversidad. Gente un tanto incomprendida, distinta a la demás, personas en su mayoría muy jóvenes que no parecían encajar en este mundo en ningún sentido, almas complicadas que a mi modo de ver eran puro sentimiento.

—Anežka es así.

—Lo sé.

—¿Es ella uno de los blancos?

—Probablemente. No témenos una lista y el ataque que ustedes sufrieron podría ser mera casualidad; prefiero no desestimar la posibilidad. No me molesta pecar de precavido, sería peor tener que lamentarme luego por no haberlo previsto, es por eso que la estamos cuidando a sol y a sombra, de todos, incluso de aquellos que supuestamente cuidan de ella.

—Ni Gaspar ni ninguno de los integrantes de su familia le haría daño, además, no olvides que Petra resultó herida en un ataque.

Gabriel ya se conocía de memoria los nombres, además de vida y obra de la familia Salleses.

—Si es así, entonces no tienes de qué preocuparte —me confortó envolviendo mi mano con la suya.

Era tan surreal experimentar esto, sobre todo, en presencia de sus alas.

—Por qué salieron todos, así tan deprisa.

—Intentan llegar antes que la policía para así poder rastrear la zona en profundidad, la policía sin querer acaba borrando, por desestimar su importancia, rastros que para nosotros pueden ser de mucho valor, además intentarán seguir hallar huellas, y si es posible, seguirles el rastro tanto a los Nefilim como a los demonios. Lo cual no es tarea sencilla, pero no podemos permitir que ocurran más muertes, esto ha llegado demasiado lejos.

—Desearía que terminase ya mismo —musité. Era cierto, necesitaba que algo concluyese para tener un poco más de estabilidad y así, meditar un poco sobre mi futuro; mi presente en este momento era puro descontrol, y tomar una decisión bajo estas condiciones, me resultaba imposible. Las dudas eran muchas, los silencios daban lugar a más temores. Las fuertes pasiones no son buenas concejeras, tampoco lo es tener un espíritu así de intranquilo, movido por una energía que últimamente no se canalizada por ninguna parte, en las yemas de mis dedos tenía constantemente, el ardor de llamas que pugnaban por salir. El calor trepó por mi brazo hasta mi pecho, se adueñó de mi garganta.

Esa energía cuajó en una desesperante curiosidad. Sin que mediase una explicación, o un pedido de permiso, me tomé la licencia de hacer algo que sin duda, ninguno, o a lo sumo, muy pocos demonios, tuvieron la oportunidad de hacer. Alcé mi brazo libre y pasando muy cerca de su lado derecho, puse como destino, sus alas.

Gabriel me vio hacer y en ningún momento demostró sentirse incómodo o molesto por lo que yo pretendía hacer, es más, me facilitó la misión. Mi mano izquierda tocó una de sus alas, primero con temor.

Un tacto imposible de describir, simplemente sublime. Energía pura trepó por mi brazo.

Me costó acostumbrarme a la sensación, sin embargo una vez que me familiaricé con aquel apéndice por demás vivo, material y supremo, me armé de confianza para acariciar cada aspecto de la superficie.

Ante mis caricias. Gabriel cerró los ojos.

—¡Eliza, por tu bien que no hayas sacado el auto de la cochera, si Gabriel se entera va a...!

Sorprendida, quité la mano. Gabriel se apartó.

Por el rabillo del ojo alcancé a ver la figura de Cesar. El angelólogo se había detenido en seco a la entrada del garaje.

Me sentí como a quién atrapan haciendo algo malo, y de hecho, así era.

—Yo... —Cesar alzó las cejas y me miró—. Creí que habías salido; fui a buscarte y Leo me explicó que te había contado de la misión—. Todavía sorprendido, o confundido, o tal vez una mezcla de ambas cosas, Cesar parpadeo rápidamente un par de veces igual que si quisiese asegurarse de que lo que acababa de ver era real—. ¿Todo en orden? —le consultó a Gabriel con un gesto muy serio y conspicuo que no le había visto antes.

—Nos dejarías solos un momento—. Me pidió Gabriel.

Cobarde yo, que más deseaba que salir huyendo de allí, de esa incómoda situación. Gabriel podía aceptarme, podía decidir correr todos los riesgos por mí, sé que el resto de los que viven aquí, no lo tomarán con tanta calma.

Asentí con la cabeza, ya que no me salían las palabras, y me largué directo a mi cuarto.

Tenía ganas de meter la cabeza en un agujero y no volver a sacarla jamás. Lo que acababa de hacer me resultó todavía más malo y terrible aún, cuando llegué a mi cuarto. Peor que peor, en las tres horas subsiguientes en las que no tuve señales de Gabriel.

No me costó imaginar lo que podía estar pensando Cesar de mí, lo difícil que

sería para Gabriel explicar lo que sucedía entre nosotros; no es que tuviese que justificar sus actos ni nada por el estilo, aunque creo que él se esforzaría por lograr que lo comprendiesen, aun si siquiera nosotros dos, teníamos muy clara idea de a qué se debía esto, o por qué sucedía. Lo que sí sé, porque lo he visto y vivido desde que llegué aquí, la hermandad que forman los que aquí viven entre sí, y con aquellos más allá de las fronteras, es en extremo unida, sus integrantes vigilan seriamente el respeto que se tienen entre ellos y el que guardan con respecto al objetivo para el cual la hermandad fue creada, lo cual es mucho más que mantenerme a mí a salvo, es mucho, mucho más grande y fuerte. Lealtad, esa es la primer palabra que me viene a la mente cuando pienso en ellos; lealtad y bondad, dos palabras que incluso desde mi punto de vista, yo no doy la impresión de conocer.

Con las lágrimas rodando por los laterales de mi rostro hasta la suave funda de algodón que cubría la almohada que soportaba el peso de mi turbada cabeza, contemplé el cielo raso iluminado por la luz de la luna que entraba por la ventana mientras contemplaba cada vez con más seriedad, la idea de largarme de aquí, de desaparecer de la vida de todos de una buena vez por todas. Desaparecer, perderme en una populosa metrópoli en la que nadie supiese de mí, ni de mi pasado, ni de mi futuro; incluso podía perderme en algún paramo desierto, en algún pueblo medio muerto en el que no fuese vista ni reconocida. Huir por el bien de todos, los que me quieren, incluso de los que me odian. Partir sin dejar rastro, mezclarme en el anonimato del mundo... no sería tan difícil si lograba aprender a ocultar mi parte demoníaca; muchos demonios lograban hacer eso y así pasar desapercibidos frente a otros demonios, incluso frente a los ángeles.

Tal vez si ya no estoy, esto acabe —pensé.

Me refregué la cara para secar las lágrimas mas no sirvió de mucho, volvieron a brotar al instante.

Quiero irme, dejar la noche, abandonar la quietud, la ciudad, abandonar mi cuerpo, mi mente, todas las promesas, las juras de amor...solamente quiero irme.

Quise caer inconsciente y no volver a despertar jamás.

Me sentía tan mal que no conseguí levantarme de la cama cuando escuché el ronroneo de los motores de los vehículos que regresaban a casa por fin, trayendo de vuelta al resto de la hermandad. Ni siquiera cuando el reflejo de las luces de los faros de los automóviles atravesaron mi cuarto, alcancé a juntar el valor para trepar por el respaldo de la cama y asomarme por la

ventana, deseaba verlos a todos de regreso y por eso mismo no me atrevía a echar un vistazo, notar alguna ausencia acabaría conmigo.

El movimiento de personas allí debajo de mi ventana, se disipó pronto. Un par de minutos más tarde, el enorme caserón regresó a la vida. Imaginé, no sé si solamente porque deseaba que fuese así, o qué, que todo permanecería igual de silencioso que hasta el momento, si hubiese muertes que lamentar. Podía engañarme con esa idea, sin embargo algo muy dentro de mí, respiraba con tranquilidad y seguridad, no había pérdidas que llorar, la hermandad completa y unida otra vez como desafío a las fuerzas del mal; una oda a la igualdad, al balance que no debía ser corrompido, una bofetada en el rostro de mi padre, un ajuste de cuentas por mi desgraciado intento de arrastrar a todo el mundo conmigo, hasta lo más profundo de la oscuridad más negra.

—No esperes misericordia, Eliza, estás perdida—. Me dije a mí misma en voz alta para luego, enrollándome en las frazadas, hundir la cabeza entre el costado de la cama y la pared.

La oscuridad que allí reinaba se tragó mi llanto pero no quiso mi vergüenza, ese era un peso que me haría cargar a mí, y con todo el derecho del mundo, que justificativo tenía yo para destruirlo todo.

22. Todo se transforma en nada.

Puedes creer que lo tienes todo. Creer, engañarse, mejor dicho. Cuando todo se transforma en nada tomas consciencia de cuanto te aferraste a una idea que probablemente, no tenía mucho que ver con la realidad. Vivir en un mundo de fantasía no es una ilusión que pueda mantenerse eternamente. La ilusión tarde o temprano acaba desmoronándose por su propio peso, igual que un castillo de naipes.

Mucho menos dura, cuando te emperras en acapararlo todo. Nada en este mundo te pertenece, solamente tu alma y quizá no por demasiado tiempo si no la cuidas como es debido. ¿No debí entender esto hace mucho tiempo ya?

Gaspar tenía razón, rehuí a la verdad y así terminé. No hay forma de continuar avanzando al futuro si ni el presente ni el pasado están claros. Desde mi padre hasta mí madre, desde mi relación con Vicente hasta lo que siento por Gabriel, todo está empañado de secretos, de misterio, muy probablemente también de mentiras —muchas mentiras—, y de cobardía —la mía por delante—.

Tal vez capté demasiado tarde la indirecta que la vida estaba dándome.

Ok, no más.

Inspiré hondo y salí del asilo de mi habitación.

La casa continuaba funcionando con normalidad. Marina, una de las tantas mujeres que formaba parte de la hermandad, pasó frente a mi puerta, me dio los buenos días y siguió con su camino.

Bueno, al menos si el rumor de que algo sucedía entre Gabriel y yo se había esparcido, no se lo tomaron tan mal, por un momento creí que tirarían mi puerta abajo y me llevarían afuera para quemarme en la hoguera o algo así. Bien, en realidad no los creí capaces de nada semejante, pero sí de no aceptar que yo pudiese quererlo tanto como en este momento sabía que lo quería, o que él me quisiese a mí.

Sí, lo quería tanto como quería a Vicente. Uff, por Dios, darle vueltas a eso resultaba agotador.

Bajé las escaleras y fui directo a la cocina, se suponía que debía cumplir con mi tarea allí y ya era hora del desayuno.

Ciertamente el mundo no se había detenido por lo que me atreví a hacer ayer al atardecer, es más, me daba toda la impresión de que para los demás, nada había cambiado.

Una vez más me arrepentí de ser tan tontamente propensa a juzgar a todos por adelantado, a temer por adelantado a las consecuencias de mis actos, a tener la estúpida tendencia a encerrarme en mí misma sin que nadie me mande guardar. De no quedar como una loca me hubiese propinado una buena bofetada allí mismo.

—Buen día —me saludó Natalia alzando la vista para ver quien acababa de entrar en la cocina.

—Buenos días.

—¿Café? —Me tendió una taza y con ella apuntó hacia la cafetera llena—. Necesito que me des una mano, ¿puede ser?

—Falta gente, ¿no? —Sentí un frío en el estómago provocado por el temor residual de la pasada noche.

—Sí, es que algunos salieron muy temprano.

—¿Otra misión? ¿Regresó todo mundo bien, anoche?

Natalia me dedicó una sonrisa torcida.

—Sí, me enteré que te pusieron al tanto de lo de anoche.

¿Por boca de quién? —Me pregunté. Les había contado Gabriel sobre su decisión de revelarme los datos que me faltaban conocer, o Gabriel se lo había dicho a Cesar y éste se encargó de notificarlo a los demás.

Volví a caer en lo mismo de antes al cuestionarme qué más sabrían.

—No te preocupes, todo salió bien, es decir, regresamos todos sanos y salvos; no fue gran cosa, para ser más exactos: rayó en lo decepcionante. Alguien continúa emperrándose en hacernos de nuestra tarea, un imposible, borrando toda pisa, hasta la más ínfima e insignificante. Continuamos moviéndonos en terreno desconocido, lo cual —arremetió contra la hogaza de pan de centeno que tenía entre manos, presionando con el cuchillo en vez de utilizar el mismo como un serrucho. El plan quedó medio aplastado en uno de sus extremos.

Del comedor, entró alguien interrumpiendo nuestra pequeña conversación.

—Mateo pregunta si no podemos prepararle unos huevos revueltos —dijo el recién llegado dirigiéndose a Natalia mientras apoyaba sobre la mesa una bandeja con un montón de bajilla sucia.

—Dile que solamente por esta vez, que no somos los chef de un restaurante —le contestó Natalia entre divertida y enojada.

Volvíamos a quedarnos solas. Las puertas vaivén de la cocina se bambolearon permitiéndome entre ver, un comedor rebosante de concurrencia.

—Mateo se lastimó anoche, no fue nada, una caída tonta cuando intentaba trepar una pared. Fue un resbalón, cayó mal y se lastimó el tobillo; por suerte no tiene nada roto. Tendrá que usar un vendaje por unos cuantos días, es todo —explicó ante mi mueca de no comprender de qué iba el asunto.

—¿Todos los demás regresaron sanos y salvos?

Me contestó que sí con la cabeza.

—Decepcionados pero bien, últimamente es siempre así. No soy la única, lo sé, es que es tan frustrante, es como si estuviésemos atados de pies y manos, no conseguimos hacer nada, sin importar cuánto nos esforcemos, las cosas pasan frente a nuestros ojos sin que podamos evitarlas, sin que logremos hacer nada para solucionarlas.

—Lo siento.

—No es tu culpa—. Dio la media vuelta y fue hasta una de las heladeras. No sonó muy convencida.

Abrió la puerta y sacó tres huevos.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudar? —no me refería a aquí en la cocina, sino a algo que realmente marcara una diferencia.

—Buen día.

Su inconfundible tono de voz encogió mi corazón, todo mi cuerpo se estremeció al recordar los besos y las caricias que nos dedicamos ayer.

La mueca de Natalia se agrió. ¿Lo sabría?

Me di la vuelta, Gabriel avanzaba hacia nosotras con una taza blanca en la mano. Lucía una enorme sonrisa, una mirada brillante, unos jeans gastados que le sentaban perfectamente bien y una remera negra, la que era su favorita.

—Buen día—. Balbucí sintiendo que el agua me llegaba al cuello. Natalia no respondió, supuse que se debía a que ella y Gabriel ya se habían visto esta mañana.

Antes de darse la vuelta para buscar un sartén y cocinar los huevos para Mateo, Natalia me dedicó una última mirada que no me gustó, una que me hizo sentir que todas las retorcidas especulaciones con las que divagué durante las largas horas de vigilia pasadas durante la noche, no eran del todo ridículas o desacertadas.

—¿Puedo robártela un momento? —Le pidió a Natalia.

Enrojecí como un tomate, mis orejas incluidas. Lo afectuoso e íntimo del trato de Gabriel hacia mí, no dejaba mucho a la libre interpretación, es más resultó obvio que no éramos los mismos de ayer por la mañana cuando puso su mano sobre mi cintura. Mi cuerpo y todos mis sentidos se descontrolaron a partir del momento del tacto. Mi temperatura se lanzó en una escalada que no tenía absolutamente nada que ver con la pasión. Comencé a temer una incontrolable erupción de aquello que me hacía un demonio. Por suerte para todos, un tanto de mala gana, Natalia aceptó dejarme ir.

La taza de café quedaría para otro momento, ahora mismo no importaba si desayunaba o no, la comida no me ayudaría con esto.

Fui yo la primera en salir de la cocina hacia el pasillo, de hecho, a Gabriel le costó seguirme el paso hasta el exterior; fue bueno que así sucediese, su mano se desprendió de mí, razón por la cual, pude concentrarme un poco mejor en mantener a raya esa suerte de instinto demoníaco que pugnaba por salir de mí.

No me detuve hasta que salimos de la vista de todos. La barrera de árboles entre nosotros y los demás me brindaba la distancia que necesitaba para tomarme un momento y calmarme, además, Gabriel y yo necesitábamos hablar en privado.

—Espero que me expliques por qué saliste corriendo —me dijo dedicándome una mirada de amor que me mató. Quedé por completo desarmada. Continuaba sintiéndome pésimo por mi infidelidad y por corromper a una de las entidades más puras de este mundo, aun así, experimente unas ganas furiosas de saltar a sus brazos—. Creí que te vería feliz —añadió. Sus ojos se opacaron considerablemente.

—No fue por ti, últimamente me cuesta mucho controlar mis instintos. Paso el

día luchando contra mis poderes, contra lo que pugna por salir de mí a toda costa. Si voy a explotar mejor que sea en un lugar en el que no pueda lastimar a nadie.

—Por qué no me contaste sobre eso—. Mientras entonaba esas palabras, se acercó a mí; perdí cualquier sentido de lo correcto al desear tenerlo cerca otra vez—. ¿La verdad?

Contestó que sí con la cabeza.

—No quería que supieses.

—Sé que eres un demonio. No tienes que ocultármelo.

—Además me da vergüenza... —no pude sostenerle la mirada—. Sé que no va a caerles bien a los demás que tú y yo...

Gabriel alzó mi cabeza sosteniéndome por el mentón.

—Mírame.

Qué más remedio me quedaba si su rostro se hallaba pegado al mío.

—¿Le contaste a Cesar?

—A decir verdad no hizo falta, ya lo sabía. Me conoce de hace mucho, lo adivinó en cuanto nos vio. Opinó al respecto y respeto su opinión, pero yo puedo tomar mis propias decisiones.

—No debí permitirlo, todavía... —iba a decir que todavía quería a Vicente; las palabras no salieron porque en este momento, quería decir que lo amaba a él también—. Estoy casada.

—Lo sé.

—¿No te molesta? Es decir, formalicé mi matrimonio frente a Dios, supuse que eso sería para ti...

—Es para mí... —sus dedos acariciaron el perfil de mi mandíbula—. Hace días que no tengo nada claro, ya no sé ni quién soy, ni por qué soy.

—Es mi culpa que te sientas así.

—No soy inocente, Eliza.

Sus dedos me demostraron que un poco de verdad había en eso. El seductor contacto hizo que me pesase la cabeza.

—Cuando toque, resolveremos esto. Se supone que debería poder con todo —negó con la cabeza—, no puedo y no es tu culpa, las cosas se dieron así. Confío en que pronto descubriremos por qué; todo en esta vida tiene una razón, cada dolor, cada alegría, nada es en vano. La historia llega a un punto en que se convierte en un “todo o nada”. Es el momento de arriesgarlo todo porque podemos perderlo todo, lo queramos o no. Ya no podemos elegir entre mantenernos al margen o luchar. Cuando el final arribe, se decidirá nuestro

futuro.

—Suena demasiado ominoso.

—Es un punto de inflexión que marcará un antes y un después si es que hay un después.

—Eso sonó todavía peor.

Hizo una mueca.

—No gozo de un ánimo optimista esta mañana.

—¿Es por lo de anoche?, Natalia me contó algo.

—Por primera vez en siglos desearía poder tener acceso a alguna respuesta.

Cargo con demasiadas preguntas y eso me agota.

—Tiene que haber un modo de solucionar esto.

—No imagino cual sea.

—Tal vez si desaparezco.

—No es una opción.

Los dedos de su mano izquierda se prendieron de la carne de mi brazo con una desesperación tal que me hizo sentir que nunca nadie me había necesitado tanto antes, siquiera Vicente. Si había algo de distinto en ambos, es que Gabriel parecía dispuesto a ir contra todo, aceptando que habría consecuencias; no había temor en él, tampoco deseos de rehuir del amor, por más herrado que estuviese. Gabriel era amor, sus ojos así lo demostraban, su rostro terminaba por confirmarlo mientras sus manos recalcaban una humanidad que no creí posible en un arcángel. Todavía hoy, me embelesaba el aura que lo rodeaba, esa energía pura e intensa que desprendía por los poros sin miedo a compartirla, a brindarla sin reparos. Eso era lo que más me atraía de él, aquella sinceridad desgarradora, esa inocencia hecha hombre.

—También yo cargo con demasiadas preguntas, Gabriel. No sé prácticamente nada de mi historia, mucho menos de mi padre, todo lo que tiene que ver con él, incluida su relación con mi madre es un misterio que no me he ocupado de develar. Utilicé todas mis fuerzas en huir de él, de mi verdad, tal vez sea hora de enfrentarlo, de saber qué quiere, su cola está metida por todas partes.

—Entiendo... Te prometo que haré todo lo que se encuentre al alcance de mi mano para ayudarte a aclarar tu existencia—. Su mirada se dulcificó otra vez —. Cuando sufres yo sufro. Es algo que no puedo evitar, mi nivel de empatía para con las personas es más alto de lo normal y contigo supera cualquier límite, no comprendo por qué, es como si algo nos uniese...

Le eché una mirada a su mano posada sobre mí. Sonreí, él sonrió de vuelta.

—A algún otro tipo de lazo, me refiero. Cómo si conociese una parte de ti

desde siempre, como si compartiésemos algo común que nos une.

—No sé qué pueda ser.

—A decir verdad, yo tampoco. Mi idea consiste en lo siguiente: Lucio, el padre Lucio dedicó la mayor parte de su vida, a seguirle los pasos a tu padre, a investigarlo, él era un hombre muy dedicado, su responsabilidad para con su trabajo era más bien obsesiva. No perdía la ocasión de contarle a quién quisiese oír, todo lo que sabía sobre los demonios y en especial sobre tu padre. Para él la comprensión de sus actitudes y reacciones era la base para el conocimiento y el entendimiento de unas criaturas e incluso hasta hoy, nos son en gran parte desconocidas.

—¿Criaturas? —Repetí con una sonrisa—. No somos un gran misterio.

—Te equivocas, si lo son. Muchos demonios no alcanzan jamás el conocimiento de sí mismos. A pesar de la eternidad, la mayoría de ustedes no suele vivir más de cien años. Son poquísimos los que sobrepasan los cuatro o cinco siglos, y son todavía menos, los que habiendo vivido tanto, se tomaron la molestia de investigar sobre su propia historia. Mantener una conducta introspectiva y evolutiva no es común en los demonios. El común denominador no suele preocuparse por otra cosa más que por sí mismos en el sentido más material. Unos pocos se esfuerzan lo suficiente para intentar evolucionar y son contados con los dedos de las manos, los que admitiendo que no son más que una ínfima partícula en un universo inmenso, rebuscan en lo más profundo de su raza, las razones que los hacen quienes son. Lucio tenía como meta, entender a tu padre.

—Quería saber por qué hace lo que hace, ¿es eso?

—Insistía en que debía haber algo bueno en él. Lucio era el primero en buscar algo bueno en todos, ángeles o demonios—. Se me acercó todavía más—. No habría tardado nada en encontrar algo bueno en ti.

—Últimamente me cuesta encontrar algo bueno en mí —admití.

—Soy un arcángel, sé de eso, te sobran cosas buenas.

Lo abrasé.

—Lucio llevaba registro de todas sus investigaciones, nunca pudo completar la organización de la biblioteca que estaba armando sobre tu padre, su enfermedad no se lo permitió, los años se le escaparon demasiado rápido.

Mi estómago ardió al recordar que caía sobre Vicente las sospechas sobre aquella enfermedad.

—En su lecho de muerte me hizo prometerle que me haría cargo de ponerle orden a su investigación para que otros pudiesen hacer uso de sus años de

esfuerzos —continuó diciendo y luego se apartó ligeramente de mí, lo suficiente para que quedásemos frente a frente—. Hasta hoy no tuve el valor de entrar otra vez en su despacho, pero creo que ya es el momento de dar el paso. Ayúdame, tal vez descubramos más sobre él, sobre la época en que conoció a tu madre, ese detalle que nos ayude a comprender por qué estás tú aquí hoy.

—Ese lazo que mencionaste debe ser muy fuerte.

—¿Por qué lo dices?

—Porque por todo lo que hago y lo que soy, deberías odiarme. No me explico cómo, lo que me devuelven tus ojos es muy distinto.

—Es fuerte sí, mas te equivocas en una cosa, no soy quien para juzgarte, no podría no ser imparcial contigo. Sé que no soy el único dueño de tu amor, también sé que en este momento no puedo pedirte más de lo que me das. Cuando llegue el momento, será tu tarea decidir.

Un escalofrío me dejó aterida de pies a cabeza. Decidir... escoger en Vicente y él. De solo pensar en eso me dio dolor de cabeza.

Gabriel se inclinó suavemente sobre mí, sus labios apenas rozaron los míos en un delicado beso.

—Podemos comenzar ahora mismo.

Así lo hicimos. Anduvimos a paso tranquilo de regreso a la casa, aproveché el momento para ponerlo al corriente sobre mi historia familiar, ya le había contado un poco, pero en esa ocasión guardé para mí, varios temas que en ese entonces me parecieron demasiado privados para comentarlos a un desconocido, sobre todo, porque ese desconocido aún era del bando contrario. Ahora las cuestiones de los bandos no eran lo que creí por entonces, y Gabriel ya no me era desconocido para nada, es más, él también se mostró muy conversador, tanto es así que relató la historia de cómo había conocido al padre Lucio. Por entonces, casi sesenta años atrás, el joven Lucio no era más que un jovencito rebelde, el benjamín de una familia muy grande y también un tanto fría, en el que los niños no era más que meros artefactos decorativos, una colección aparte de las tantas que su dinero podía costear, sin embargo aquella a la que menos atención prestaban.

Por una de esas desgracias de la vida, la cual en ese caso se combinó con una afortunada casualidad, Lucio, de diecisiete años, sufrió un gravísimo accidente de tránsito frente a la iglesia en la que Gabriel se estaba hospedando gracias a la bondad de un amigo suyo de por aquel entonces, alguien que si bien no formaba oficialmente parte de la hermandad, siempre estaba bien dispuesto a ayudar.

Lucio chocó con su automóvil, de los conductores de ambos vehículos, fue él quien se llevó la peor parte, y de no ser por la ayuda que le prestó Gabriel, habría muerto. Es más, por los hilos perdidos que dejó Gabriel en su relato, entendí que la ayuda había sido más que socorrerlo en lo humanamente posible. Según las palabras de Gabriel, aquel muchacho tenía algo especial y no podía permitir que se desperdiciase. El arcángel no erró en su apreciación. Aquel muchacho, de un modo que ni Gabriel ni el propio Lucio comprendían jamás, la verdadera identidad de Gabriel quedó expuesta ante el accidentado. Luego de aquella experiencia, Lucio decidió cambiar por completo su estilo de vida, en cuanto estuvo lo suficientemente recuperado del accidente como para valerse por sí mismo, ingresó al seminario.

Desde aquel entonces, Gabriel y Lucio, no se separaron jamás y lograron forjar una amistad que marcó un antes y un después en la existencia de ambos. Lucio entró en la hermandad en cuanto estuvo listo, y desde entonces, dedicó su vida a comprender el mal y desentrañar la verdad sobre aquello que lo

engendraba, Lucio decía estar convencido de que había un modo de cambiar el mal a bien, así como él lo experimentara en carne propia. Lucio creía en el perdón, en las segundas oportunidades, en el derecho de todos a retomar la senda del bien, en la redención.

—Lucio era tolerante al extremo de plantearme, en más de una ocasión, que hasta tu padre tenía derecho a ser exonerado de todas sus culpas si sinceramente, se arrepentía de sus pecados —dijo posando su mano sobre la manija de la puerta del despacho del padre Lucio. Yo por mi parte me pregunté si mi padre estaría interesado en algo semejante, ciertamente yo no tenía tanta fe en él cuanto Lucio le profesaba, o tal vez, mi corazón y mi alma no fuesen tan bondadosos y puros como los de Lucio.

—¿Conoció a mi padre personalmente?

Negó con la cabeza.

—Entremos.

El despacho de Lucio era lo más parecido a un depósito de papeles viejos, de antiguos archivos que no se han tocado por años, o a juzgar por la gruesa capa de polvo que se acumulaba sobre los muebles, estanterías, sillas y pilas de carpetas, sobres de manila, cajas de cartón y papeles, siglos.

—Creo que nadie entra aquí desde hace dos años—. Dijo Gabriel a modo de disculpa, apartando las cortinas para permitir que entrase el sol. Al hacerlo, levantó una nube de polvo que me hizo estornudar una y otra vez—. Los años pasan volando, si parece que fue ayer la última vez que vine a traerle una taza de té para amenizar esas largas y frías noches que él pasaba aquí trabajando.

Abrió la ventana y así el aire reconcentrado de polvo, de humedad y olor a encierro, se alivió un poco.

Fui consciente del gran significado que guardaba para Gabriel regresar aquí y retomar la labor de su gran amigo. Este era uno de esos dolorosos momentos que no puedes hacer que pasen rápido sin importar cuanto desees que sea como arrancar una bandita de una lastimadura de un tirón para evitarte extender el sufrimiento. En este caso no había escapatoria, y por lo que pude augurar, duraría mucho, mucho tiempo, el despacho era uno de los más grandes de la propiedad y en cada rincón había almacenada información en forma de notas tomadas con una letra pulcra y pequeña, apilados en papeles amarillentos y antiquísimos rollos de cinta de un grabador de cinta abierta (los cuales encontré dentro de una caja que en el exterior ponía mil novecientos setenta, mil novecientos setenta y dos. También encontramos cassettes y toda una sección de notas taquigrafiadas, por suerte, fuera de esos cuadernos había

una leyenda que aseguraba que por aquí, en alguna parte, debían estar los originales de puño y letra de Lucio.

Entre tanto papel de investigación, también nos topamos con muchos recuerdos de una larga e intensa vida que yo jamás hubiese atinado a adjudicarle a un párroco de la iglesia católica. Fotografías con seres queridos, tarjetas de cumpleaños, postales de todas partes del mundo dedicadas con cariño, dibujos de niños elaborados con todo amor para el hombre cuyo nombre figuraba en letras dispares en algún margen de la obra, hasta encontré un collage que representaba a la perfección un huevo de pascua de chocolate.

Cartas personales, objetos guardados con cariño.

Rosarios por los cajones, estolas, casullas y un alba amarilla en un armario.

Con las manos, la ropa y la cara ya cubiertos de polvo me detuve a contemplar todo lo que me rodeaba; tardaríamos un siglo en encontrar entre todo esto, una punta de la cual sacar algo en claro sobre mis orígenes —si es que tal dato existía—.

Gabriel me instó a tener fe.

Nos pusimos como objetivo primario, poner orden cronológico al desordenado archivo. Puede sonar fácil, no lo fue, trabajamos en eso tres días seguidos, incluidas sus noches y aun así, nos quedó una infinidad de papeles sin catalogar.

Más allá de la suciedad acumulada, del escozor en los ojos, la sequedad en la piel de las manos y la boca, y el picor a causa del polvo, en todo el cuerpo, y por supuesto, de lo que implicaba nuestra tarea, fue sumamente agradable compartir aquel espacio con Gabriel, por tenerlo a mi lado, la mitad de mi condena, por expresarlo de algún modo, ya quedaba cumplida, él lo tornaba todo mucho más ameno y agradable. Es increíble lo que un objetivo en común y un espacio reducido pueden ayudarte a conocer a una persona, en este caso, un arcángel.

Gabriel tenía sus mañas y también sus ticks, todos ellos tan humanos que al verlo así de pasada costaba creer que por detrás de esa gran espalda, tuviesen la capacidad de brotar tan místicas alas.

Cuando se hallaba desconcertado, Gabriel se rascaba la barbilla de un modo prácticamente maniático. El aburrimiento lo llevaba a soltarse el cabello para volver recogerlo en aquel nudo detrás de la nuca, una y otra vez. Los nervios lo llevaban a sonarse los nudillos, los cuales le hacían un ruido muy desagradable, tanto que la primera vez que lo escuché, creí que se le habían descoyuntado los dedos.

Al verlo tomar notas en un cuaderno, caí en cuenta de que era ambidiestro. A veces escribía con la mano derecha, otras con la izquierda, manteniendo siempre una letra de imprenta pequeña, clara y muy redondeada que resultaba en extremo grata de ver y leer.

También experimenté la gracia de los poderes de sus manos a la hora de masajear músculos agarrotados. Sus dedos libraron a mi cuello y hombros de la tensión acumulada en las interminables horas de lectura.

Además de todo aquello, comprobé sus aptitudes para la cocina, y para el canto y si bien tuve la suerte de presenciar ninguna interpretación suya, quedé sabiendo que le gustaba mucho tocar la guitarra.

Repasando la lista, Gabriel era muy fácil de querer, razón por la cual, cada gesto de cariño suyo, era un regalo de valor incalculable.

Su simplicidad me ayudó manejar el dar la cara frente a cada uno de los integrantes de la hermandad, quienes si no se enteraron de lo nuestro por el rumor que corría por ahí libremente, quedaron sabiéndolo por nuestras escasas presentaciones en sociedad que dimos durante los días que trabajamos en concertar el orden del archivo.

Acabé cediendo a lo que sentía por el arcángel y si bien ese amor por él creció, también se incrementó la sensación de culpa por engañar de amor, y no tanto de hecho, al hombre que había elegido para compartir con él, el resto de mi vida, el cual dicho sea de paso, no se dignó a contestar los otros dos llamados que le hice. Cuando volví a hablar con Gaspar, le pregunté por él, su respuesta fue que no tenía novedades, pero hasta lo que sabía, debía encontrarse bien, ya que como toda mala noticia, si le hubiese sucedido algo malo, ya lo sabríamos.

No sé qué fue peor, si sentirme mal por desear que no respondiese a mí porque algo malo le había pasado, o que no me contestase porque simplemente no deseaba volver a hablar conmigo.

La cuarta noche, que creí sería de trabajo, fue muy distinta, Gabriel insistió en que descansásemos, me arrastró hasta mi cuarto y allí me puso a dormir. Soñé toda la noche con maravillosos y gloriosos ángeles cubiertos de luz, con una paz blanca y luminosa que llenó mi corazón de dicha. Todavía más dichosa fui cuando al abrir los ojos, lo encontré dormido, a mi lado, con su brazo rodeando mi cintura y su respiración en mi cabello, haciéndome cosquillas en la nuca.

...

Gabriel soltó la última caja sobre el escritorio, el mueble se estremeció a causa del peso que soportaba. Era más bien importante la cantidad de cuadernos, carpetas y cajas que sostenía apilados sobre su maciza pero muy vieja estructura.

—Bien, parece que esto es todo —palmeó los costados de la caja, todo esto corresponde al año de tu nacimiento. Podemos empezar por aquí—. Giró la cabeza y apuntó hacia una pequeña pila que se amontonaba en el piso a la derecha del escritorio—. Eso corresponde al año anterior a tu nacimiento.

—No es mucho.

—Sí, o bien tu padre estuvo tranquilo o bien, Lucio, por alguna razón que desconozco no tuvo mucho tiempo de ocuparse de su seguimiento—. Apuntó con un dedo hacia el otro lado del escritorio—. Eso corresponde a los doce meses anteriores. Veremos que encontramos aquí, ¿sí? Si no hallamos nada buscaremos en otra parte.

Detuve mis pasos frente al escritorio y abrí la primera caja. De dentro extraje un amarillento cuaderno tipo escolar, de tapas duras y hojas amarillentas y polvorientas. Comencé a leer. La letra del padre no era del todo clara, aun así legible. Al comprender que estas anotaciones no tenían nada que ver con mi padre sino con un grupo de demonios que los últimos fines de semana de aquel marzo de año de mi nacimiento, dedicaban sus noches a organizar juergas demenciales en las que abundaban las drogas y el alcohol, por su culpa, tres jóvenes mujeres y dos muchachos, habían fallecido. Lucio sospechaba que las muertes no habían sido accidentales, más bien premeditadas; según él, los demonios parecían encontrar divertido intoxicar a los humanos hasta la muerte.

—Encontrar algo va a ser como pretender hallar una aguja en un pajar.

—No perdamos las esperanzas, recién comenzamos—. Entonó regalándome un dulce sonrisa, luego de la cual, se centró su atención en la carpeta que tenía entre manos.

Admiraba que él tuviese casi un ochenta por ciento del tiempo, una actitud tan positiva.

Un tanto asqueada por lo leído, me acomodé en la silla y volví al cuaderno, pasé las páginas esperando un cambio de tema. Lo hubo, pero otra vez, las investigaciones de Lucio no me llevaron hasta mi padre, los actores principales de su siguiente relato eran dos jóvenes demonios que a veinte años de entregar su alma al Infierno, decidieron cambiar el rumbo de sus

existencias ingresando a un seminario. Dicho suceso se había desarrollado en Roma, Lucio se había enterado de ello por intermedio de un integrante de la hermandad de aquel país. Obviamente tal rareza inspiró muchísima curiosidad en él, también un aluvión de piedad y entusiasmo al que no puso freno expresar en páginas y páginas de anotaciones en las que describía a los dos jóvenes. Evidentemente Lucio, por medio de ese otro integrante de la hermandad, había entrevistado a los dos muchachos (a edad humana uno se había quedado en los dieciocho, el otro en los veintiuno), las respuestas de los demonios a cuestiones personales tales como sentimientos, temores, recuerdos, esperanzas, quedaron plasmados en las efusivas y esperanzadoras palabras de Lucio. No me costó entender lo que esos muchachos debieron significar para él, aún con aquella distancia de por medio, Gabriel lo explicó con claridad, Lucio creía que todos los demonios podíamos ser buenos, que nunca era tarde para arrepentirse.

Los demonios se arrepintieron, allí figuraba la transformación en forma de datos y estudios psicológicos.

Eran hojas y hojas, miles de palabras sobre Hipólito Echeverría y Alejo Middonno. Admito que si bien mi interés era otro, la historia de ambos me inspiraba mucha curiosidad, es por eso, que leí y leí. Gracias a que el padre Lucio era uno de esos seres a los que se les dan muy bien las palabras, logré hacerme una muy buena idea de cómo eran, qué sentían y de qué modo vivían esos dos demonios. Si hasta llegué a tener la sensación de estar viéndolos con mis propios ojos, de conocerlos de toda la vida.

Vida... la historia no tuvo un final feliz. Hipólito y Alejo fueron asesinados, reducidos a cenizas por un fuego no humano que embistió contra Lucio de un modo tal, que según sus propias palabras, estuvo a punto de claudicar en su tentativa de encontrarle al mundo, una cura contra el mal.

La desilusión de Lucio se me contagió un tanto, por momentos tenía la impresión de que no era factible conseguir lo que él deseaba de todo corazón. Es más, me parecía imposible que fuésemos a salir de ésta, indemnes.

Para no confundir el material leído con el que todavía esperaba sobre el escritorio, coloqué el cuaderno a un lado de la silla que ocupaba, la pila de papeles crecería allí mismo, en las horas venideras.

Gabriel se levantó a encender la luz. La tarde caía con un intenso reflejo naranja que le hacía frente a la oscuridad del abarrotado despacho de Lucio, cediendo su lugar a la noche azul estrellada que avanzaba sin timidez por el

otro lado del cielo.

Apenas si me había dado cuenta que casi no tenía luz para leer, eso tenía de bueno ser demonio, todos tus sentidos se agudizan al extremo de olvidarte de algunas necesidades que antes, delimitaban tus actos. Mis ojos eran en extremo sensibles a la luz.

Los focos de la lámpara de bronce y alabastro que colgaba del techo se encendieron con un chasquido que muy probablemente, únicamente mis oídos fueron capaces de percibir.

Gabriel caminó hasta el otro lado del despacho y encendió una lámpara de pie de apolillada pantalla de brocado y madroños color, luego pasó por detrás de mí, atravesó el espacio entre las ventanas y el escritorio, y fue a encender en velador de pantalla de vidrio verde que reposaba tranquilamente sobre un escritorio secreter con persiana. En silencio, regresó a su silla y tomó una carpeta nueva.

Hizo a un lado su taza vacía de café y tomó una nueva carpeta de la pila.

—He pensado en algo —comenzó a decir al abrir la carpeta.

Alcé la cabeza y lo miré.

—Tal vez sea buena idea que discutamos esto con tu madre.

Si bien la idea era completamente coherente, no me gustó nada, discutir sobre ángeles y demonios con mis seres queridos (con aquellos ajenos a esos dos bandos) me resultaba en extremo difícil.

Solté un gruñido que él interpretó a la perfección.

—Tal vez, pese a lo que tú crees, a lo que ella te haya permitido ver, sepa más de lo que apostarías sobre él.

—¿Esperas que le pregunte si tiene alguna idea de porqué mi padre de podría tener entre manos un plan que incluye a ángeles caídos y a mí, su propia hija, un demonio? Dudo que cuando Eleazar y ella se conocieran él dijera: bien, tendremos una hija, juntos y cuando llegue la hora haré todo lo cuanto esté a mi alcance para hacer que entre en mi mundo y luego quizá en ella se base el mismísimo Armagedón...

Muy serio, pronunció mi nombre frenándome en seco.

—Perdón. Me carcome la frustración—. Fui completamente consciente de que lo dicho por mí un segundo atrás, sonaba a niñería. Aclaré mi garganta y apoyándome en el borde del escritorio, lo miré a los ojos—. Es probable que sea lo mejor, continuar demorando ese momento no mejorará las cosas.

—Podemos ir a verla juntos.

—Qué podré contarle de esto, es decir, tengo que presentarte de algún modo y

no... —el dilema iba por partida doble, primero, por su condición de ángel, segundo, por mi condición de mujer casada, cómo fingiría no quererlo tanto, no sentirme tan cercana a él. Esperar que no se me notase en la mirada, era mucho, mi padre captaría de inmediato que algo raro —y no me refiero a su condición de ángel —sucedió.

—Ya lo veremos. Quiero acompañarte, será más sencillo si lo hacemos juntos. De eso ninguna duda.

—Además no pienso permitir que salgas sola sin protección—. Extendió su brazo y atrapó mi mano, las yemas de sus dedos acariciaron mi piel—. Eres hermosa incluso cuando te sientes desmoralizada y asustada. Cómo puede ser que nada opaque tu mirada.

Me sonrojé hasta las orejas. Ojalá pudiese hacerle entender que si mi mirada no se opacara, era por causa de su brillo, de la potente luminiscencia que irradiaba de su ser. Si todavía me mantenía en pie pese a mis desaciertos, a la vergüenza, al miedo, era por él. En este momento tan solo puede desear no extinguir en derroches de consumo desenfrenado y egoísta, su glorioso brillo.

—No lo reconocerás jamás, lo sé, pero eres una mujer fuerte—. Negó con la cabeza—. No necesitas ni de mí ni de nadie para seguir adelante.

—Creí que pensabas que no podía defenderme yo sola de los Nefilim.

—No me gusta admitirlo pero es probable que sí puedas; cargas dentro de ti tanta energía...

—Energía que hasta hoy no logré aprender cómo canalizar.

—Si te preguntase qué crees que heredaste de tu madre, qué me contestarías.

La pregunta me descolocó. Lo medité un momento, no se me ocurría nada. Nada de nada, lo cual resultaba desesperante; ahora lo comprendo, no reconocer ninguno de sus rasgos humanos en mí, asesinaba una pequeña porción de esa remota noción de normalidad que creía —o mejor dicho— esperaba, conservar en mí.

—No tengo idea —le contesté al cabo de unos segundos—. Es probable que por desgracia, haya salido más a mi padre que a mi madre.

Ahora fue turno de Gabriel, carraspear para aclarar su garganta. Noté que se removía algo incómodo sobre su asiento, y eso no tenía nada que ver con la dureza del mismo.

—Existe un dato que es probable, no figure entre estos papeles, pero que quienes seguimos de cerca a tu padre, sabemos sobradamente.

—Odio ser la última en enterarme de todo —murmuré algo despechada. Los secretos me fastidiaban muchísimo.

—No, no es eso. No me refiero a todos, “todos”, sino a Rafael, Miguel y... bien, me incluyo, obviamente. A decir verdad, Lucio también lo sabía, y en el pasado algún que otro integrante de la hermandad también ha cargado con el secreto.

Por poco me caigo de la silla en mi intento de pegarme más al escritorio por miedo a perderme de lo que venía por causa de la distancia que nos separaba a él y a mí. Dentro de mi mente maldije el inmenso mastodonte de madera que era el escritorio.

—No eres hija única...

—Eso ya lo sé —solté interrumpiéndolo.

—Tu padre ha tenido muchos otros hijos, la mayoría de ellos no llegó a mucho.

Eso lo sabía bien. Mis hermanos... pensar de ese modo en Salvador... se me revolvieron las tripas.

—Hasta lo que sabemos, desde la última vez que tu padre... —se interrumpió. Fue impresión mía o se ruborizó.

—Cuando tú naciste habían pasado más de ciento cincuenta años desde la última vez que tu padre engendró familia. Bueno, no estamos completamente seguros, pero creemos que así fue.

Ahí estaba la razón de su rubor, engendrar involucraba tener sexo, ¿era eso, de verdad? Por momentos Gabriel actuaba como un muchachito de once o doce años, en otros, cuando me besaba, me hacía sentir que quería mucho más. Ahora sufrí yo las consecuencias de pensar en estas cosas; se me aceleró el pulso. Por suerte para mi integridad, y más que nada, por la suya, Gabriel continuó hablando.

—Cabe destacar que se intervalo fue especialmente largo.

—Entiendo que siguen de cerca sus relaciones.

—Estamos atentos, es todo—. Ansioso, soltó su cabello liberando aquellas perfectas hondas castañas—. El detalle del lapso tal vez sea lo de menos, no así el hecho de que tu madre continué con vida.

Al escuchar eso me atraganté con mi propia saliva y me dio un ataque de toz que de ser humana, me hubiese matado de asfixia.

Gabriel se levantó de la silla y vino hasta mí para darme unas delicadas palmaditas en la espalda.

—¿Mejor?

—Explícate—. Lancé en cuanto logré restaurar la circulación de aire hasta mis pulmones.

—Tu padre se encargó de que todos sus hijos, más tarde o más temprano, quedasen huérfanos de madre. Ninguno de tus hermanos vivió en ambientes normalmente humanos más de diez o quince años. Oficialmente las madres de los niños murieron, al principio de los tiempos, por pestes, en labor de parto, en accidente casero, luego por razones, podemos decir, más rebuscadas o sofisticadas: en un naufragio, una explosión por un escape de gas, comida envenenada, un accidente a caballo, un duelo del que escapó una bala...

—Alto, alto, alto—. Me levanté y él se irguió detrás de mí.

—Tu padre se ha hecho cargo de todos tus hermanos antes de que se convirtiesen en adultos.

—Por qué no me lo contaste antes. ¿Por qué guardan esto como un secreto?!

—Para proteger a los niños y a las mujeres. No creemos que ninguno de los participantes en esta historia, salvo tu padre, pueda ser verdaderamente consciente de lo que sucede. Los niños no lo son hasta que crecen, y las mujeres suelen ser engañadas y cuando descubren el engaño ya es muy tarde. Nuestro mayor temor, sonará raro, no es que tu padre las elimine, sino que gente de la nuestra, intente evitar un mal a futuro tomando justicia por mano propia, acabando con aquellas vidas sin antes intentar cambiar el curso de los eventos. Rafael, Miguel, y yo nos dedicamos a ello todo lo que podemos.

—Significa que ustedes tres intentan evitar que esos niños caigan en manos de mi padre y que esas mujeres mueran. ¿Entendí bien?

Asintió con la cabeza.

—Perfectamente bien.

—Lo lograron con mi madre y conmigo.

Negó con la cabeza.

—Tu padre jamás intentó nada en contra de tu madre, por lo menos, hasta lo que yo sé. Y contigo, bien, no has sabido de él hasta hace muy poco, y créeme, es probable que no hubiésemos podido hacer mucho si él hubiese deseado presentarse ante ti antes; él siempre encuentra el modo. Es decepcionante pero así es.

—¿Por qué? —inquirí, mas la pregunta no iba dirigida a él, sino a Eleazar. Lejos de ser un alivio que mi padre no hubiese aparecido antes en mi vida, y que mi madre no estuviese muerta, el detalle no hacía más que ensanchar la sombra que envolvía toda mi vida.

—No pretendo preocuparte todavía más, sin embargo lo que más me extraña de todo, es que tu padre haya tenido el descaro de enfrentar a tu madre luego de tanto tiempo. No tenía necesidad de pasar por eso y es evidente que no le

importa mostrarse ante ella, es como si supiese que tu madre no dirá nada.

—¿Nada de qué? ¿De verdad piensas que ella sabe la verdad, es eso?

—Le he dado miles de vueltas al asunto y sabes qué sensación me queda siempre.

Negué con la cabeza.

—Qué lo hace a propósito, como si tuviese la firme intención de desafiarla.

—Desafiarla —repetí. Todavía recuerdo las miradas que Eleazar le dedicó a mi madre la primera vez que se vieron, mejor dicho, la primera vez que yo los vi uno frente al otro—. No comprendo por qué, ¿para qué?

—Tal vez tu madre es especial, tal vez lo es para él. Quizá ambas cosas, por eso te pregunté qué creías haber heredado de tu madre.

—Qué esperas que te diga, no existe una respuesta coherente que dar, si esperas que con ella, se sustenten los motivos por los cuales Eleazar no mató a mi madre, o lo que es lo mismo, provocó que muriese por alguna bizarra causa; mucho menos, para que se atreviera a meterse en su casa y la enfrentase así sin más, como si fuésemos todas personas comunes y corrientes sin secretos, sin un pasado paranormal o cómo demonios quieras llamarlo.

—Quizá solamente sea que la ama.

Que involucrase al amor en esto hizo que embistiese contra una dura y maciza pared, tanto es así, que el aire volvió a escapárseme de los pulmones.

—Miguel no lo cree posible, Rafael tiene sus dudas —añadió.

—Eres demasiado bueno, Gabriel, demasiado puro. Dudo que mi padre tenga algo de eso.

—Miguel es de tu misma opinión.

—Y quizá tengamos razón.

—Lucio también guardaba esperanzas de que así fuese.

—Es mejor pensar eso que sospechar que aquello que lo movió a actuar de un modo distinto a lo usual, con mi madre, y conmigo, es algo mucho menos noble y agradable.

—Creo que me gustaría tener la oportunidad de conocer a tu madre.

—No sé qué esperas encontrar.

—Lo que tu padre encontró en ella, sea lo que sea.

—Bien, entonces hagámoslo. Dudo que consigamos encontrar nada entre tanto papel, gracias por creer que tal vez yo fuese capaz de encontrar entre las notas del padre Lucio, algo que a él pudiese habersele pasado por alto, pero lo dudo, ya ves, siquiera sé que es lo que puedo haber heredado de mi madre—. Tragué saliva—. Cada vez me convenzo más de que no tengo ni la menor idea

de quiénes son mis progenitores.

—Por suerte, eres muy distinta a tus hermanos —sus palabras me llegaron enriquecidas por una mueca encabezada por una tentadora sonrisa que despertó en mí, las ganas de besarlo.

—Porque soy mujer —jugué aproximándome a su cuerpo; la luz que le daba por detrás, hacía que sus hombros se viesan aún más anchos.

Su rostro se juntó al mío. Así, de cerca, escrutó mi piel milímetro a milímetro.

—Sí, eso —rió.

—Tengo una suerte que no merezco.

—A qué te refieres.

—Por mi camino se han cruzado muchas personas en extremo especiales, excepcionales. Personas que no merezco.

—Esa es la diferencia —articuló lentamente y luego me besó.

Acabamos abrazándonos igual que siuviésemos la firme intención de fusionar nuestras moléculas.

23. Condenados.

—¿Gabriel, estás seguro de que es buena idea?

—Tranquilo —fue la respuesta de Gabriel a la pregunta que Cesar le formuló en el preciso instante en que nos disponíamos a entrar en mi automóvil para partir rumbo a casa de mis padres. Llevábamos un par de días planeando la ida hacia mi hogar, para discutir con mi madre, los tantos cabos sueltos que colgaban de mi historia, y de la suya con Eleazar, a la espera de obtener respuestas que aclarasen el presente.

Fui yo la primera en negarse a llevar más compañía que la de Gabriel, en mi primera salida de la casa madre de la hermandad, luego de días y días de no asomar la nariz fuera de la propiedad; días que se me antojaban una eternidad pese a que los días y las semanas, incluso los meses, tenían un significado muy distinto a aquel que yo les daba cuando todavía era humana.

Ami no fue el único en ofrecerse de escolta, de hecho, los primeros en alzar la voz para formar un cuerpo de protección alrededor de Gabriel, mis padres y yo, fueron los ángeles. Sabía perfectamente bien que aquellas criaturas con aspecto de níveas, frágiles y puras almas, eran poderosos y aguerridos guerreros, aun así, su aspecto continuaba dándome una sensación de fragilidad que me hacía querer protegerlos todo el tiempo (principalmente por eso me negué a llevar cualquier compañía).

Cesar intentó convencer a Gabriel, a mis espaldas, en una reunión que tuvieron a solas una madrugada de oscuridad sin luna, cuando creían que yo no me encontraba por los alrededores, de que le permitiese seguirnos, al menos de lejos, en compañía de un reducido grupo de apoyo. Gabriel le contestó lo mismo que yo le contesté a la mañana siguiente cuando me abordó a mí: no te preocupes, sé que podremos defendernos en caso de que algo suceda. Gabriel había añadido que volveríamos en un par de horas, que sería una salida fugaz, nada más. En cuanto a eso yo me sentía un tanto perdida, no tenía ni idea de cuál sería mi reacción al salir de aquí, al dejar este mundo y regresar a aquel en que yo era un demonio, una mujer casada, una amiga rompe corazones, una guía que había prácticamente abandonado a su discípula en las manos de alguien más. Gabriel repetía una y otra vez que mi fuga del mundo de allí afuera no había sido un acto egoísta, tal cual me lo parecía a mí, sino todo lo contrario. “Has venido aquí para intentar salvar al resto del mundo de un destino mucho peor”, decía él en ese tono de voz tan apacible que uno no podía captarlo sin sentirse un infractor de toda ley de Dios.

Todos insistieron en que no saliésemos sin custodia. Insistieron tanto que creí que Gabriel sedería; para mi sorpresa, se mantuvo firme en su decisión.

La noche anterior a nuestra partida, pasé horas cavilando por qué después de tanto insistir en mi protección, por fin había tomado la determinación de no llevar más apoyo que un arma cargada con aquel metal tóxico para los Nefilim, mucho cuchillos del mismo material, y nuestros celulares con la suficiente carga para poder pedir auxilio si lo necesitábamos. Sí, Gabriel me devolvió mi celular, parte de esa noche me lo pasé escuchando mensajes de Lucas (ya que no había ni uno de Vicente) y solo un par de mi madre y de Gaspar de aquellos primeros días en que no di señales de vida luego de largarme de la casa de campo, abandonando a Vicente y hasta lo que entonces fuese mi gloriosa existencia.

La voz de Lucas reverberó en mis oídos, y haciendo eco en huesos, tendones y músculos llegó directo a mi corazón. Herido, así se sentía él, herido, abandonado y engañado. Dolido como nunca escuché a nadie antes. Solo, muy solo, tanto es así que su soledad impregnó mi ser asegurándole a mi alma una condena eterna en el Infierno.

No encontré respuesta que justificase su decisión, más que para no arriesgar a los demás tontamente, mas estaba seguro que absolutamente todos aquí, estaban dispuestos a entregar sus vidas para salvar a la humanidad, incluso si eso incluía tener que salvarme a mí, un demonio, primero, después de todo, ya

lo habían hecho una vez.

Básicamente me dejé caer en la butaca del auto. Me sentía responsable por las muecas de preocupación en los rostros de aquellos que nos rodeaban. En especial en los rostros de los ángeles; tampoco resultaba del todo sencillo saber que Natalia, Ami, Cesar (mis amigos más cercanos dentro de la casa) estarían con un nudo en el estómago y el corazón en la garganta, a lo largo de todas las horas que permaneciésemos fuera del cobijo y la seguridad que brindaba este antiguo seminario.

Cerré la puerta y apartando la mirada, para no tener que sufrir más por ellos, abroché el cinturón de seguridad.

—Si no están de regreso en tres horas saldremos a buscarlos —nos amenazó Cesar con la mejor voluntad del mundo.

—Cuatro como mínimo, Cesar—. Entonó Gabriel acomodándose a mí lado—. Tenemos casi una hora de viaje de ida, y otra de vuelta, y no será una conversación sencilla de plantear. De todos modos, no te preocupes, llamaré si nos demoramos.

—Es ridículo que insistan en salir solos. Dame una buena razón para permitir que partan sin enviar a un grupo de apoyo tras de ustedes.

Eliot alzó la cabeza. Me convencí de que tenían preparado un auto para salir tras las marcas de las llantas de mi Porsche.

—Te las diré cuando estemos de regreso —le contestó con una enorme sonrisa en el rostro y cerró la puerta con energía. Cesar quedó replicando al otro lado ésta, enojado.

Me pregunté si las tendría, y en ese caso, cuáles serían esas razones.

Le di arranque al motor, el cual rugió igual que si los días sin uso, no hubiesen sido más que una corta siesta.

—Antes de partir... —comenzó decir frenando el movimiento que yo pretendía ejecutar con mi mano para mover la palanca de cambios—, tienes que prometer que harás exactamente lo que te diga, te guste o no, te parezca bien o no.

Lo miré con cara de pocos amigos.

—Promete que si te pido que regreses aquí sola lo harás.

—¿Qué?

—Primordialmente es tu vida la que estará en juego hoy más allá de la supervivencia de la humanidad o de mi propia existencia. Yo siempre encuentro el modo de regresar a casa—. Inclinandose hacia mí, añadió: —siempre lo hago.

Asentí moviendo la cabeza de arriba, abajo, preguntándome qué significaría aquello.

Quitó su mano de encima de la mía.

—Correcto, andando.

Un escalofrío se hizo cargo de todo mi sistema nervioso en el instante en que cruzamos el portón y salimos de aquel terreno consagrado a lo desconocido.

Me dio miedo y, en contrapartida a ese miedo, quedó confundido con una inyección de adrenalina que mi cuerpo liberó para contrarrestar aquel sentimiento que usurpaba la propiedad que por elección mía, había quedado en manos del infierno (bueno, en realidad solamente una parte fue mi elección, la otra mitad la heredé del hombre, o mejor dicho: la criatura que no fue elección mía tener como padre).

Exactamente cincuenta y cinco minutos más tarde, detenía el automóvil frente a la puerta de la casa de mis padres. Como todo buen fin de semana, en particular domingo —un domingo soleado y cálido— por la calle paseaba al gente, idas y venidas para visitar a parientes y amigos, mediodía de asados, tarde de facturas al sol disfrutando del esos anticipos del verano por los que solía perderme de ganas de gozar. Hoy no era el caso, el clima poco importaba. La hora del almuerzo había pasado y esto más que ser una visita social, sería algo muy parecido a un interrogatorio, a una intervención familiar con el fin de poner de manifiesto los secretos del pasado, los hechos que nos condenaban a todos, al futuro de hoy.

De camino aquí, relegué al miedo al papel de una mera sombra, que me seguía de cerca, pero que no lograba paralizarme. La adrenalina seguía allí, también unos nervios tan intensos que cuando puse los pies sobre los adoquines de la calle para descender del vehículo, mis rodillas amenazaron con jugarme una mala pasada.

—No capto nada, pareciera que todo estuviese en orden.

Entendí que se refería a que no percibía la presencia de los Nefilim por los alrededores. Gabriel pasó todo el camino espionando por los espejos retrovisores para cerciorarse de que no nos siguiese nadie.

En este momento yo sentía más temerosa de enfrentar a mi madre que a un grupo de Nefilim.

Inspiré hondo y presioné el botón del timbre. El nudo en mi garganta se ajustó al punto de no permitir el paso del aire por mis vías respiratorias, cuando mi madre respondió con un: ya voy, a mi aviso de arribo.

En el llamado que efectué para ponerla al tanto de mi visita a casa, le expliqué

que no vendría sola; mamá obviamente supuso que llegaría con Vicente. No fue fácil explicarle que no pasábamos por un buen momento, y que quién me acompañaría, era un amigo; “amigo”, Gabriel era mucho más que eso. Al pensar en él, moví los ojos en busca de su rostro, él se mostraba muy serio, aun así, sus ojos se las arreglaban para darme ánimos con la mirada íntegra de quien no está dispuesto a menguar ni siquiera frente a las vicisitudes más desafortunadas que el destino pueda imponerle.

Sería todavía más complicado que aquel llamado, enfrentarla y plantearle las preguntas que Gabriel y yo planeábamos hacerle.

—Calma—. Fue la palabra que brotó de labios de Gabriel en un susurro, cuando el sonido de la llave al moverse dentro de la cerradura al otro lado de la puerta, fulminó las últimas trazas de tranquilidad que quedaban en mí.

Fui plenamente consciente de la elevación de mi temperatura corporal.

—Mamá—. Fue entre un jadeo ilusionado y una entonación respetuosa que parece dicha de un modo un tanto sarcástico para alguien del cual no se tiene plena confianza.

Mi madre alevosamente pasó por alto mi presencia, su atención se centró directamente y como un flechazo de ballesta, en mi acompañante. Su rostro se descompuso ensombreciendo su semblante de un modo tal, que creí que iba a darle un ataque o algo así.

—Mamá, te presento a Gabriel. Gabriel, esta es Noemí, mi madre.

Por un momento me dio la sensación de que Gabriel estaba desconcertado, como si ante mi madre hubiese quedado a la deriva, tal si no supiese qué hacer a continuación; hubiese bastado con que entonase un simple “hola” o un “mucho gusto”.

Por un momento estuve tentada de darle un codazo para que reaccionase.

—Es un placer conocerla —articuló al recuperarse de aquel extraño lapsus.

—Entren por favor—. Mi madre se hizo a un lado para darnos espacio para pasar.

En silencio, recorrimos el pasillo. Entramos en el living, no vi a mi padre por ninguna parte, ni siquiera se lo veía por el jardín.

—Tu padre salió, fue a buscar algo para la hora del té, porque se quedarán a tomar el té, ¿no?

Gabriel sonrió.

—Sí, ya veremos —añadí yo captando las intenciones de Gabriel.

—¿Quieren tomar algo?

—No, gracias, mamá, estamos bien.

—Creí que no regresarías.

Ok, aquí comenzaba su ataque. No me sorprendió que fuese directamente al grano tan ponto. Ciertamente la presencia de Gabriel no representaba ningún freno para sus consabidos interrogatorios.

—Te separas de Vicente, desapareces de la faz de la tierra, no dices una palabra de donde te estás quedando... si hasta Lucas ya no llama y tampoco viene. Todos ustedes decidieron largarse al mismo tiempo. De verdad que me gustaría mucho saber qué es lo que sucede.

Todo un record, mi madre soltó terrible fardo y eso que siquiera llegamos a tomar asiento.

—¿Piensas explicarme qué es lo que sucede? ¿Será que tendré que adivinarlo? Apenas si reconozco en ti a mí hija. Mírate.

Bajé la vista.

—De dónde sacaste esas zapatillas, están muy viejas. ¿Y esos pantalones? Apuesto lo que sea a que siquiera cepillaste tu cabello hoy.

Sí, ciertamente para ella Gabriel tenía tanta importancia como una escoba abandonada en un rincón. Le importaba un cuerno si con sus comentarios, me ponía en ridículo frente a él.

—Te lo explicaría si pudiese, pero en gran medida, no tengo mucha idea de qué es lo que sucede.

—¿Vas a separarte de Vicente? —Mientras lo preguntaba, sus ojos taladraban a Gabriel—. Permanentemente, digo.

—No lo sé —contesté con voz rasposa en un volumen apenas audible.

Mi madre otra vez fijó sus ojos en Gabriel, él le sostenía la mirada con el entrecejo fruncido, no exactamente con mala cara, sino con un gesto como de curiosidad, no, curiosidad no, más bien... desconfianza. ¿Desconfianza?

—Mamá... Tenemos que hablar.

Me miró de costado.

—Tenemos que hablar de Eleazar.

Los colores abandonaron su rostro, con los ojos desorbitados nos contempló por turnos a Gabriel y a mí.

—No tenemos nada que hablar. Si quieres hablar de algo dime: quién es él y qué hace aquí.

Lo dijo de tan mal modo que me dio vergüenza de que esta mujer fuese mi madre. Me calmé tomando en consideración de lo difícil que debía resultar para ella, discutir sobre Eleazar; procuré convencerme de que sus malos modos se debían a una suerte de defensa contra el dolor que pudiese causarle

remover el pasado.

—Soy un buen amigo de Eliza y he venido porque deseo ayudarla.

—¿Ayudarla con qué, a reponerse de su separación, es eso? Hija, no apruebo esto.

—¿No apruebas qué?

—No soy estúpida, Eliza.

¿Tan obvio era?

—No vine a discutir mi vida sentimental, sino mi pasado, mis orígenes. Necesito... es muy importante que hablemos de Eleazar, necesito que me cuentes cómo...

—Ve con él y pregúntale todo lo que necesitas saber.

—No, no quiero ir con él, te lo pregunto a ti.

—No tienes ningún derecho a interrogarme.

—Tengo todo el derecho del mundo a saber cómo comenzó todo. Mi vida está en juego. No puedo continuar así, viviendo de las mentiras, soportando el peso de los secretos. Necesito aclarar mi pasado. No puedes negarme eso.

—Todos ustedes están condenados.

Sus palabras me atravesaron mi pecho igual que cientos de filosas espadas.

Ahí lo tenía frente a mí, lo real, lo cierto, lo inevitable, lo que hasta hoy pretendí no ver.

—Eres demasiado parecida a él. Ambos pueden mentir sin el menor reparo.

Me eché a temblar, los ojos de mi madre irradiaban fuego, un fuego capaz de matarme, uno que nada tenía que ver con aquel que éramos capaces de generar Vicente y yo, pero igual de mortífero, sobre todo, porque quién lo utilizaba en mi contra era mi madre.

—Tu padre no es bueno, tampoco tú lo eres.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. Podíamos tener todas las diferencias del mundo, mas nada se equiparaba al desprecio que ahora sabía, ella sentía por mí.

—Jamás lograste engañarme. Aprendí todo lo que necesitaba saber sobre ustedes con tu padre. Me hice a la idea de que ya no eras mi hija, si no suya, pero fue un error creer que como intentabas formar una familia, vivir una vida tranquila, serías un poco mejor, un poco menos mala. Me equivoqué. Mírate ahora, no te bastó con cambiar —apretó los dientes y se los oí rechinar—. Tienes que gritar a los cuatro vientos que cargas la sangre del mal en ti, engañando a tu esposo. Si hasta entre ustedes se desprecian al punto de faltarse el respeto ignorando el amor y votos tan sagrados como lo son el

matrimonio y...

—¡Ya basta! Cómo puedes hablarme así.

—Tengo todo el derecho del mundo, soy tu madre.

—Por favor, Noemí, procure calmarse, Eliza y yo...

—Tú no me dirijas la palabra, no eres quien —bramó mi madre amenazándolo con un dedo en alto—. Ni siquiera deberías estar aquí, no debí permitir que pusieses tus pies en mi hogar.

—No le hables así.

—Eliza, es mi casa y hablo como quiero.

—¿Dime cómo fue que conociste a Eleazar?

—No quiero volver a verte. Ya no queda nada de mi hija en ti.

—La vida de Eliza corre peligro. Necesitamos que nos ayude, por favor.

—Su vida ya no es responsabilidad mía —fue la contestación de mi madre ante el pedido de Gabriel—. Lárguense de aquí, ahora mismo—. Fijó sus ojos en mí—. De haber sabido que venías para esto te hubiese ahorrado la molestia.

—Mitad de la sangre que corre por mis venas es tuya —articulé sin ser capaz de evitar que unas cuantas lágrimas se desprendiesen de mis ojos.

—La mitad que le corresponde a él lo ha contaminado todo. Sabía que tarde o temprano así sería.

—No te importa si muerto.

—Tú ya estás muerta para mí.

El mundo sucumbió en un profundo silencio.

—Vete, no quiero demonios en mi casa.

En ese instante tuve la certeza de que todo este tiempo mi madre había ido un paso por delante de mí y eso fue totalmente desconcertante. Saber que ella sabía mucho más, mucho, incluso más que yo, me preocupaba. La caja de pandora se había abierto para soltar montones de odio, para descomprimir el silencio que todos pretendíamos guardar.

No más farsa.

—No solamente mi vida está en juego, mamá. Están sucediendo cosas —limpié las lágrimas de mi rostro—, cosas que podrían afectar a muchas personas.

—Ya no es mi responsabilidad. Vete, Eliza, vete antes de que mi esposo regrese a casa, preferiría que no te viese, él estará mejor sin ti, todos lo estaremos.

De ser por mí no me hubiese movido de allí. Si me aparté de mi madre, del

que fuese mi hogar, fue porque Gabriel me arrastró hacia afuera, guiando mi enceguecido ser con manos cariñosas pero firmes; yo ya no veía ni sentía nada.

...

Gabriel detuvo el motor y quitó las llaves del encendido.

—Lo lamento mucho.

Los ojos se habían secado de lágrimas. Me sentía medio muerta. Pasando sobre la palanca de cambios, lo abrasé prendiéndome de su cuello con desesperación. Sus brazos me acogieron envolviéndome en una sensación muy parecida a la que brindaban sus alas.

—No eres lo que tu madre dice.

—Sí, lo soy—. Hipé, continuaba llorando sin lágrimas, es que mi corazón estaba destrozado y probablemente, de esto, no se recuperaría jamás. Que tu madre te odie no es algo de lo que te puedas recuperar. Fue como perderlo todo.

—Ella está dolida, resentida, pero no contigo.

—¿Acaso no la escuchaste? —Me aparté de su lado.

—Es con él, no contigo. Eliza, Eleazar tiene el don de dañar todo lo que toca. Obviamente lastimó a tu madre y mucho.

Refregué mis ojos y pasé las manos por mi cabello, sentía un profundo agotamiento, nada común en lo que duraba mi existencia como demonio.

—Creo que lo mejor es que... lo mejor es que... —No podía hacer esto mirándolo a los ojos—. Pegué la espalda contra la puerta, para tomar la mayor distancia posible y bajé la mirada—. Nosotros no podemos seguir. Es probable que al igual que mi padre yo también sea capaz de dañar a todos...

—Ni tú ni tu padre juntos podrían contra mí.

—No me refiero a lo físico.

—Lo sé- dijo regalándome una sonrisa—. Te amo.

Sentí que no tenía derecho a oír aquello, de nadie, mucho menos de un arcángel.

—Estoy demasiado confundida.

—Bien —suspiró, su pecho se desinfló—. Supongo que lo mejor es que...

—Primero está todo lo demás, y yo... no está bien que te arrastre a hacer cosas que no harías en condiciones normales.

—¿En condiciones normales? ¿Qué es eso? —bromeó.

—Eres demasiado bueno.

—Preferiría no tener que tomar distancia de ti, de modo que no lo soy. Como sea, no pienso dejar de estar ahí para ti, para lo que necesites. Cuentas y podrás seguir contando conmigo para lo que sea.

Iba a agradecerle cuando Ami apareció de la nada junto a mi puerta. Con ambas manos empuñaba una pistola, por un segundo me apuntó, luego movió los brazos hacia su costado izquierdo, apuntando en dirección al camino de entrada de la propiedad sobre su hombro. Lo miré incrédula.

—¡Bajen!

Por el lado de Gabriel apareció Eliot (fue él quien nos exhortó a bajar del automóvil). Detrás de uno de los líderes de tácticas de la unidad cerraban filas Cesar, Ivy y Naquir. Todos ellos iban armados hasta los dientes y con cara de pocos amigos.

Un vehículo frenó bruscamente, justo detrás del corto rabo de mi Porsche, poco faltó para que nos chocase.

—Abajo —me gritó Ami. La violencia en su rostro era solamente equiparable con la violencia del momento. Me sentí como en plena zona de guerra, como si estuviésemos a punto de ser tomados como rehenes por un grupo armado de pensamiento contrario al nuestro. Su arma volvió a apuntar a mi cabeza.

De la camioneta que se detuvo detrás de nosotros, descendieron más de media docena de personas.

—¿Qué significa esto? —Gabriel abrió la puerta y puso un pie en el suelo.

—Baja, baja —lo apremió Eliot. Recién entonces me percaté de que su arma también me apuntaba a mí.

En escena apareció Ismael, quien apartó a Gabriel del medio, permitiendo que todos tuviesen la mira limpia con acceso directo a mi cuerpo.

En un rápido paneo con el que escaneé el espacio que me rodeaba, conté al menos a veinte personas con sus ojos fijos en mí. Pistolas, cuchillos, incluso había alguien apuntándome con una ballesta (el extremo de la flecha era de metal, no me costó imaginar que ese metal sería el mismo que utilizaban para las dagas y balas capaces de eliminar a los Nefilim y de herir de consideración a un demonio.

Incrédula —esta situación no tenía ni pies ni cabeza—, alce las manos para demostrarles que no iba armada y que no intentaría nada. Algo muy malo había pisoteado la amistad que logré forjar con todos ellos, y no tenía ni la menor idea de que podía ser.

Alguien se apuró para abrir mi puerta y a la carrera también se apartó de

adelante para devolverle la visual sobre su blanco a Ami. La diana era yo.

—¿Qué sucede?

—Eliza, sal del automóvil.

—¿Por qué me apuntas?

—Baja. Hazlo lentamente. No intentes nada, no me hace feliz la idea de dispararte, pero no dudes que si me das una razón, lo haré.

—No le hables así—. Rugió Gabriel desde el otro lado del auto—. Cesar, qué significa todo esto.

En movimientos lentos, salí del auto. En ningún momento Ami me perdió de vista con la mirilla de su arma. Mi paso hacia adelante al salir del vehículo, fue correspondido por uno suyo hacia atrás. Su dedo estaba en el gatillo, sus nudillos blancos me hicieron saber que la tensión era mucha.

—Los siguieron—. Fue su respuesta la respuesta de Cesar.

—¿¿Cómo?! —exclamamos Gabriel y yo a coro.

—¿Cómo lo saben? —Chilló Gabriel—. ¿Cesar?

—Gabriel, no podía permitir que saliesen solos. Sabía que te enfadarías; puedo vivir con eso. Un grupo salió unos minutos antes que ustedes, otro un par de minutos después. Detectaron un automóvil en actitud sospechosa cuando ustedes dos llevaban cinco minutos dentro de la casa de los padres de Eliza. El vehículo los siguió ni bien abandonaron la casa. Al principio procuramos no alterarlos, por eso no los llamamos para avisarles. Desde la camioneta los muchachos procuraban averiguar algo sobre el vehículo en cuestión y no consiguieron nada, es uno de esos automóviles fantasma...

—¿¿Demonios?! —soltó Gabriel en un jadeo.

—¿Automóviles fantasma... demonios? —Lentamente me di la vuelta. Mis manos todavía estaban en alto—. ¿De qué hablan?

—La mayoría de los automóviles que ustedes conducen son lo que nosotros llamamos automóviles fantasmas —comenzó a explicar Gabriel—. ¿Acaso no lo sabes? —Ante mi negativa continuó, yo no tenía ni la menor idea de a qué se refería con eso—. Los papeles de los automóviles que ustedes conducen no son reales, ninguno de los vehículos o de las propiedades que ustedes poseen tienen registros legales reales. Son solo fantasmas. Eso es lo que los convierte a ustedes en entes casi imposibles de rastrear. Son propiedades fantasmas. En la camioneta llevamos un sistema que tiene conexión directa a internet, por medio de este averiguamos los datos de cualquier propiedad, vehículo, empresa, o lo que fuere, que nos resulta sospechoso. Si no obtenemos nada, si todo sale en blanco, es porque pertenece a uno de ustedes.

El “ustedes” pronunciado por Gabriel me supo a sangre, a herida abierta, y marcó una diferencia entre él y yo mucho más amplia que la distancia del ancho del Porsche que nos separaba ahora.

—Avisaste que salías. ¿Hablaste con uno de los tuyos, no es así?

Me di la vuelta otra vez y enfrenté a Ami.

—No, no hable con nadie.

—Llevas tu celular encima.

Sí, era cierto, lo llevaba en el bolsillo trasero del pantalón.

—Ami, solamente escuché mensajes, es todo.

—¡Dime la verdad! ¿Planeabas entregarnos, no es cierto? —bramó abalanzándose sobre mí con el cañón de su arma a la altura de mi frente. Si disparaba yo sería historia.

—¡No, no es cierto, no llamé a nadie! Por Dios, Ami, ustedes son mis amigos.

—¡No mientas! —El bramido que salió de los labios de Ami hizo que diese un respingo a causa del miedo que infundió en mí su iracunda mirada.

—Calma—. Fue la voz de Cesar.

—No vi ningún automóvil. Tendría que haberme percatado de su presencia en cuanto tomamos el camino del pueblo, nadie más lo usa, solamente conduce aquí. Esto es ridículo.

Era cierto, mi vista se había perdido en más de una ocasión en aquello que reflejaba el espejo retrovisor y en ningún momento había visto nada, ese tozo de asfalto fue una franja que quedó desierta tras nuestro paso.

—Eso es porque interceptaron el vehículo —explicó Cesar.

—Ahí llegan —gritó alguien.

Una vieja camioneta beige que algún día había hecho reparo de comestibles y que ahora era utilizada por la hermandad en sus misiones, entró en el camino.

Creo que no fui la única que contuvo el aliento hasta que la camioneta se detuvo justo a un lado de la otra, es decir, a poco menos de tres metros de mí.

Una de las mujeres de la hermandad iba al volante. Oí que la puerta de atrás se abría, un par de cuerpos saltaron al camino; por el costado de la herrumbrosa camioneta apareció Yibril.

La gente se movió, hubo comentarios, murmullos. Cesar, Eleazar y Gabriel aparecieron a mi lado.

—Nos dio muchos problemas —comentó Yibril.

—¿Lo trajeron con ustedes?! —Gabriel los miró incrédulos—. ¿Trajeron a ese demonio?

—No te preocupes —le contestó el otro ángel—. Está consciente sin embargo

apenas si puede sostenerse en pie.

Sangre. Mi visión se convirtió en una gran mancha roja. Otros dos ángeles aparecieron en escena cargando de los brazos el cuerpo ensangrentado de un demonio.

Tuve que parpadear varias veces para convencerme de que aquello no era el producto de un juego macabro con el que mi mente se burlaba de mí.

No lo era.

Los vi arrastrar aquel cuerpo magullado del que se desprendían innumerables gotas de sangre. Las gotas caían sobre la gravilla dejando una marca indeleble mientras que la tierra absorbía otras, devorando así, parte de la energía y la vida de aquel demonio.

Para mis ojos los dos ángeles se movieron en cámara lenta.

Camisa blanca desgarrada e impregnada en sangre, pantalones claros. Las rodillas del demonio borroneaban las gruesas gotas rojas que caían de su nariz en aquel rostro que había quedado irreconocible a causa de los golpes y cortaduras (todo en aquel rostro era hinchazón y heridas). Sus pies arrastraban flácidos por detrás. Su cabello, sus manos... nudillos pelados... su anillo de bodas.

Mis rodillas perdieron fuerza. Mi corazón se detuvo. De mis pulmones escapó todo el aire.

—Vicente...

—¿Qué? —Gabriel se quedó de piedra; me miró a mí, miró a Vicente.

Todos se detuvieron.

—¿Es tu esposo? —Inquirió Cesar volviéndose en mi dirección.

No le contesté, simplemente me lancé con todas mis fuerzas hacia él, tenía que ver sus ojos, tenía que asegurarme que su corazón continuase latiendo. En ese instante el mundo volvió a limitarse a Vicente y a mí, fue como si todo lo demás nunca hubiese pasado.

Creo que di nada más que dos pasos hasta que al menos cinco cuerpos cayeron sobre mí, deteniendo mi andar. Nada más importó, después de todo, ya estábamos condenados. Me convertí en una fiera salvaje, en instinto, en pasión. No pude pensar en nada más que en él. Era lo más desesperante que se pueda experimentar. Mi energía rugía por llegar a él, por abrazarlo, protegerlo, por apartarlo de las criaturas que tenían el poder de infringirle dolor, de dañarlo.

Lancé golpes a diestra y siniestra sin que importase quién los recibía. Solamente podía pensar en él, si el mundo se caía a pedazos, si por salvarlo

tenía que eliminar al resto de la humanidad, pues así sería. El egoísmo tomó cuenta de mi cerebro, de mi corazón.

Así como lancé golpes, también recibí otros, dolió tanto dar, como recibir, caí, me levanté, volvieron a derribarme. Mis gritos se entremezclaron con los gemidos del forcejeo y los gritos de otros. Oí a Cesar dando órdenes, a Gabriel pidiéndome que me calmara, no les hice caso, Eliza ya no era permeable a sus voces, Eliza solamente necesitaba arrebatarme de las manos a Vicente.

La sangre volvió a ser protagonista, la mía y la de otros. Sabía que tenía un par de costillas rotas, también al menos dos dedos de la mano derecha y aun así, continué peleando; sanaría pronto, ellos en cambio, por su condición de humanos, tardarían semanas en reponerse. De todos modos, no fue fácil asimilar lo que sucedió a continuación: lo vi acercarse por mi lado derecho, su perfil amaneció como el sol por el rabillo de mis ojos, Ami, empuñando una daga. En ese fugaz instante lo odié porque sabía perfectamente bien lo que pretendía. Cuando eres un demonio, uno que todavía es una bomba de tiempo, ciertos actos, no son más que reacciones involuntarias. Cuando tu cerebro termina de racionalizar el acto, ya está hecho aquello que quizá no hubieses querido hacer.

El filo de la daga se me vino encima. En respuesta, mis manos atraparon aquel cuello ancho y musculoso.

Un crujido. Se desplomó sobre el suelo. Sobrevino el silencio, un silencio pleno, el silencio del universo más allá de nuestras existencias.

Entonces una mano atrapó mi nuca, y el mundo se puso negro.

Soñé a Vicente desplomado sobre la cima de un polvoriento monte. Su rostro iluminado por el sol; la tierra que el viento arrastraba de un lado para el otro pegoteándose en las gotas de sangre todavía húmeda, mientras que la sangre seca formaba costras.

Sus maravillosos ojos grises ya no contemplarían el cielo porque simplemente no volverían a abrirse jamás.

Allí, en la cima de ese monte en medio de la nada, solamente él, yo, y una tumba abierta custodiada por un simple cruz de madera.

Arrodillada a los pies del amor perdido para siempre, lloraba con el corazón destrozado.

Una mano tibia y pesada tocó mi hombro.

Giré la cabeza y vi a Ami. El enorme israelí se arrodilló a mi lado; me sonrió.
—Todo irá bien, ya lo verás.

—Ami, lo siento...

No podía entender cómo es que estaba aquí, recordaba perfectamente bien mis manos alrededor de su cuello, el crujido de sus vertebras, su cuerpo desmoronándose sobre la gravilla igual que un muñeco de trapo.

Un fantasma —pensé.

—*Nideevoot* —susurró con una sonrisa en los labios.

Significaba dulzura.

—Qué te hice, Ami—. Le dije estallando en un llanto todavía más desesperado aún. Mis manos acariciaron su rostro.

—Prométeme que harás todo lo posible para que valga la pena... es que tú lo vales *nideevoot*.

—Te asesiné.

Las palabras podían no significar nada, mas lo que sentía en el pecho era gigantesco, desgarrador, insostenible. Nunca...jamás, ni porque viviese mil años, me recuperaría de esto, no me lo perdonaría a mí misma nunca. Acabar con una vida es simplemente...

—Eliza. Eliza despierta.

Era la voz de Gabriel.

Percibí su perfume en el aire.

Alguien se removió a mi lado.

Las lágrimas empezaron a emerger de mis ojos incluso antes de que pudiese abrirlos. Mi pecho se estremeció.

—Lo maté... está muerto—. Sentía que no tenía el derecho de abrir los ojos y, por eso, me tapé la cara con las manos.

—Eliza...

Era la voz de Cesar.

—Merezco morir—. Deseaba tirarme de cabeza a aquella tumba que apareció en mi sueño, quise traer de aquel mundo onírico a Ami, devolverle la vida, cambiar lugares con él—. No voy a perdonármelo nunca —solté entre jadeos; tenía la sensación que mi pecho se abriría en dos, que mi cuerpo se derrumbaría a pedazos. Pedazos pútridos e infectos cuyo que debían regresar al infierno, donde pertenecían.

Un par de manos rodearon mis muñecas.

Abrí los ojos, el rostro de Gabriel se encontraba justo frente a mí.

—Se salió de control —dijo con voz queda.

—Fui yo la que se salió de control por eso ahora mi amigo está muerto.

—Eliza, no tenemos tiempo para eso—. Cesar entró en mi campo de visión—. Necesitamos que nos ayudes con ese demonio. Es urgente, Eliza.

Pensé en Vicente. ¿Urgente? ¿Cuántas horas habrían pasado desde que...?

—No podemos darnos el lujo de perder más tiempo, todos aquí, incluida tú, pueden estar corriendo peligro. Necesitamos tomar una decisión y para eso, es preciso que antes hablemos con él.

Me quedé mirándolo. Enfrentar a Vicente... moría de ganas de verlo y al mismo tiempo no me sentía muy segura de estar lista para ello. A decir verdad, tampoco me apetecía demasiado salir de mi cuarto, enfrentar a la hermandad luego de haberles arrebatado a uno de los suyos, a un amigo que también era mi amigo... no, no podría enfrentarlos.

—Queremos que nos acompañes a hablar con él. Necesitamos la verdad, Eliza— insistió Cesar.

24. Revelaciones.

Cesar abrió la puerta.

Inspiré hondo. Me odiaban, seguro ya me odiaban, y con todo la razón del mundo; ¿cómo volvería a mirarlos a la cara?, simplemente no tenía derecho a mirarlos a la cara, mucho menos a continuar aquí, aprovechándome de estos muros, de su trabajo, del esfuerzo de generaciones y generaciones de humanos que trabajaban a brazo partido junto a los ángeles para mantener el balance entre el bien y el mal en este desquiciado mundo.

Custodiando el pasillo, Ivy y otro ángel cuyo nombre no recordaba, más cinco humanos, todos ellos armados hasta los dientes. Se pusieron en alerta en cuanto me vieron aparecer.

Con un único movimiento de la muñeca de Ivy comprendí que esta vez no se lo pensarían dos veces si yo hacía algo que justificase prescindir de mí para salvar así, la vida de uno de los integrantes de la hermandad.

No podía culparla, se le notaba en el rostro, a ella y a todos los demás, el sufrimiento causado por la pérdida de un gran amigo, de un compañero. Me figuro que más de uno de ellos debía preguntarse si valía la pena tanto dolor, tanta muerte; ¿valdría la pena defenderme, luchar por mi vida?

No, definitivamente no, mi vida no valía ni un cuarto de lo que la de ellos, por una simple y sencilla razón, mis manos robaron una existencia mucho más valiosa y pura que la mía, arrancaron de su sitio un alma apasionada, tenaz y bondadosa, una que no se entregó al Infierno, una que pertenecía al Cielo.

Uno de los humanos gatillo el arma que llevaba en las manos y con ella me apuntó. La imagen recuperó de mi memoria los acontecimientos de esa tarde. Vi a Ami a través del cristal de la ventanilla, lo vi desplomarse inerte en una caída sin fin.

—Abajo —me indico Gabriel y supe de inmediato a qué se refería. Abajo, al sótano, muy probablemente al mismo cuarto en que me encerraron a mí la primera vez que estuve aquí.

En una comitiva que parecía andar hacia el patíbulo, ángeles, humanos y yo, nos movimos por el pasillo y luego escaleras abajo.

Sabía y sentía sus miradas y armas apuntadas en dirección a mi cuerpo, sin perder de vista los puntos más débiles de mi anatomía, sin pasar por alto ni el menor movimiento muscular en busca de posibles guiños de cualquier cambio en mi actitud.

Ciertamente no tenía la menor intención de atacar a nadie, apenas si me quedaban fuerzas para caminar. Sinceramente, desde lo más profundo de mi alma, quería morir, pero bien sabía, que si existía un Dios en este retorcido universo, de modo alguno me permitiría fallecer; a como diese lugar, me obligaría a pagar por mis pecados, por cada uno de ellos.

Cuando llegamos a la planta baja nos topamos con un pequeño grupo que salía del comedor. Si bien era hora de la cena, no se percibía en el aire ni el aroma de la comida ni el bullicio de las amenas reuniones alrededor de las mesas. El aire era frío e insípido, tan silencioso que se me puso la piel de gallina.

Entre esas personas se encontraba Natalia. Ella alevosamente dio vuelta la cara en cuanto me vio; cruzó unas palabras con quien tenía al lado, y se largó por el pasillo en dirección contraria a la nuestra.

Cesar apuntó con la cabeza la escalera que conducía hacia abajo.

Nuestros pasos resonaron en el frío de la piedra de las escaleras y paredes.

Di dos pasos y sentí los latidos de su corazón, sentí su energía vital, su glorioso aroma, el cual se encontraba manchado por trazas de un olor mucho menos agradable. Vicente debía experimentar enojo, dolor, angustia o alguna otra cosa que turbaba su estabilidad.

Dolor. Recordé la sangre y me pregunté cuántas veces más tendríamos que pasar por situaciones similares a esta, de aquí a la eternidad, si ya las padecemos tanto de manos de nuestros pares, los demonios, y ahora de los ángeles.

No tenían a Vicente en el mismo lugar en el que me encerraron a mí. El corredor tenía forma de “ele” y yo recién me percataba de ello. Sobre esa

parte más corta doblamos. Al girar vi a una docena de personas, entre ángeles y humanos, apostados en el corredor. Las puertas de lo que se parecía con demasiado realismo a una mazmorra de la época medieval, abiertas, me enseñaron una escena escalofriante, tenían a Vicente amarrado a una cadena que colgaba del techo, por sus muñecas juntas, detrás de la espalda, en una posición por demás incómoda y extraña que ejercía una gran presión sobre sus hombros. La cadena era demasiado corta para su altura, por lo que sus manos quedaban casi a la altura de sus omóplatos, obligándolo que permanecer inclinado hacia el frente para evitar así, descoyuntarse las articulaciones de los hombros por intentar girarlas más allá de lo normal.

Sobre sus tobillos se cerraban grilletes. Le habían quitado los zapatos; la sangre lo teñía todo, la piel de sus tobillos, la de sus muñecas, sus pantalones y camisa, el suelo, la remera azul de Yibril.

Procuré no enloquecer de furia una vez más; no fue fácil.

—Por Dios, ¿tenían necesidad de hacerle esto? —Jadeé apretando el paso, lo cual causó un gran revuelo a mi alrededor.

—Tranquilos, tranquilos —repitió Cesar una y otra vez.

—Es por nuestra seguridad Eliza, incluso por la tuya.

Fulminé a Gabriel con la mirada.

—No sabemos de qué lado está —añadió tragando sin agua mi bronca—.

Opuso mucha resistencia cuando lo increparon sobre su presencia en el lugar.

Pese a mis propias dudas me costaba creer que su silencio se debiese a lo que él insinuaba.

Las cadenas tintinearón. Vicente alzó la frente (la cual tenía perlada a causa del sudor); desde aquella posición incómoda y extraña alzó las cejas al empujarlas con los parpados en su intento de mirar hacia adelante. Una gruesa gota rodó por su lado derecho.

Los cortes y magulladuras continuaban allí, tan frescos como en un principio, preferí creer que se debía al metal de las armas de la hermandad y no a que se lo tomaron con él en revancha por la muerte de Ami.

A decir verdad, la escena no insinuaba nada bueno. Una vez, en casa de Gaspar, vi un libro que Diogo había comprado, el cual enseñaba con fotografías por demás ilustrativas, de los instrumentos de tortura utilizados por la Santa Inquisición. Esta escena me recordaba demasiado a aquellas del libro, es más, recuerdo perfectamente bien una ilustración que mostraba a un acusado de brujería colgado del mismo modo, así por los brazos por detrás de la espalda solo que sus pies no estaban fijos al piso, sino que de estos colgaba

un gran peso, mientras que dos hombres tiraban por el extremo opuesto de la soga, elevando al hombre del suelo. Aquel peso tironeando de los tobillos hacia abajo, como mínimo, le produciría un gran dolor cuando no dislocación de tobillos, muñecas, hombros y demás desgarros musculares.

Supongo que en ocasiones los hombres no interpretan del todo bien, los designios de Dios.

Su mirada encontró mis ojos y sorprendido (o asustado) por verme, se sacudió. Las cadenas tintinearón. Todos se alteraron una vez más. El brillo de las armas relució en la profundidad poblada por las sombras.

Vicente bufó y escupió una mezcla de sangre y saliva.

Su sangre llamó a la mía con un clamor desesperado.

Experimenté alfilerazos de dolor, vergüenza e impotencia por todo el cuerpo.

—¡A un lado!

A cómo diese lugar me haría espacio para llegar a él.

Escuché el chasquido metálico de las armas, el silbido de las dagas al ser desenfundadas, incluso la tensión de las cuerdas de las ballestas corriendo por los carriles centrales de las mismas, hasta que quedaban tensadas y armadas, fijas por una trabas metálicas a la espera de que los disparadores fuesen accionados.

Un gruñido rasgó el aire. Los ojos de Vicente se encendieron como fuego.

—¡No! ¡Alto! —Gritó Gabriel a mis espaldas.

Sin que me importasen la advertencia de Gabriel me eché hacia adelante dispuesta a chocar contra todos.

Esperaba que alguien se interpusiese en mi camino, sin embargo lo que hizo que detuviese mi carrera fue la fiera mirada que los ojos de Vicente me entregaron. Una mirada que al mismo tiempo era gélida y cortante, tan locuaz y terrible cuanto podía serlo el más dulce y trágico poeta en tiempos turbulentos. Con bruscos movimientos que amenazaron con soltar la cadenas del techo y piso —incluso con tirar abajo toda la estructura del edificio— se sacudió y tironeó de sus amarres rugiendo igual que un león. Las cadenas crujieron a más no poder.

—¡Cuidado! —Chilló alguien.

—Apártense todos —entonó alguien más.

Con un chasquido, una lengua de fuego se alzó entre él y yo, iluminando su rostro y el mío con el poder destructivo que nos hacía especiales a ambos.

Derrapé al frenar. El suelo era de piedra muy resbaladiza y además estaba húmedo... húmedo de sangre. Por muy poco logré evitar ir a parar al piso.

Mi confusión fue total, ¿era para mí esa mirada, esas llamas? En un principio imaginé que él solamente reaccionaba a sus captores, que había creído que yo era uno de ellos, que no había reconocido ni en mis ojos, ni en mi rostro, a la mujer que decía amar.

Esa idea no duró mucho. A través de las llamas volvió a enfocarse en mí y en sus ojos no había duda, sino desilusión.

Mudos sus labios se movieron articulando mi nombre.

Sí, definitivamente sabía que era yo y no un delirio de su mente aturdida por el dolor.

—Vicente... Vicente, soy yo.

La pared de fuego se alzó todavía con más brío. Los extremos afilados de la llama se expandieron por el techo achicharrando vieja pelusa metida entre las rocas, telas de araña y las partículas de grasa que acareaba el aire y que poco a poco se acumularon sobre la superficie en el paso de los años.

Me merecía aquel desprecio con todas las de la ley, lo sabía, solo que no tenía idea de si él me lo entregaba porque sabía (de algún modo, lo que yo había hecho) o por otro motivo que yo desconocía. Fuera como fuese, me atormentaba suponer que ya no me quería. Que hipócrita lo mío, como si mi infidelidad no contase para nada. Así fue que comprendí que mi amor por él continuaba intacto, y eso no cambiaría para nada, incluso si él creía que tenía otras razones para apartarme de su lado, o si simplemente ya no me amaba o nunca me hubiese amado.

Una mano se posó sobre mi hombro derecho.

—Cuidado, Eliza—. Gabriel tiró de mí hacia atrás. Lo dejé llevarme con él.

En un soplo de calma, mientras las llamas continuaban en pie, todos se reacomodaron en sus posiciones.

—Necesitamos saber por qué estaba allí, por qué nos siguió. Eliza, existe la posibilidad de que él forme parte de ese grupo de demonios...

—Nunca haría eso —solté interrumpiéndolo.

Gabriel tiró de mí nuevamente obligándome a darme la vuelta.

—No lo sabes. Los demonios están hechos para mentir, para engañar.

—Soy una de ellos.

—Vamos, Eliza —dijo en un suspiro—. Sabes a qué me refiero.

—Soy una de ellos.

—Tú no tienes intenciones de acabar con la humanidad.

Tragué en seco.

—Ase... —no logré terminar de pronunciar la palabra asesiné—. Acabé con

la vida de alguien.

—Fue un accidente. Escucha bien lo que voy a decirte, tu padre mueve hilos en todos los niveles, cuando planea algo, calcula a la perfección hasta el más mínimo detalle.

—Vicente no es uno de sus hilos.

—No sería mejor saberlo que solamente suponerlo —me espetó y en ese momento creí que podía odiarlo—. Pregúntaselo.

—Bájelo de ahí primero, esto es inhumano.

—Ese demonio no es humano.

Di vuelta la cabeza y le dediqué mi peor mirada a Yibril.

—No podemos hacer eso, no hasta que nos aseguremos que es inocente.

—Quién de todos nosotros en verdad puede certificar una inocencia absoluta. No puedo verlo así... —espié por encima de mi hombro, Vicente bufaba y se removía alterado. El empalagoso olor en el aire era síntoma de su enojo y malestar—. No dirá una sola palabra.

—Pues entonces peor para él. Si lo soltamos acabará contigo y luego se echará sobre nosotros. Puedo sentir su furia, sé que su temperatura corporal está alta, y también huelo su esencia. No es tu padre, pero si lo desea, podría apestar. No tiene más opción que hablar —negó con la cabeza—, en este viaje no existe otro camino alternativo. O habla o daremos por hecho que...

—¿Serías capaz de matarlo?

—Es un demonio.

—Lo sé, no necesitas repetirlo una y otra vez.

—No será el primero con cuya existencia acabe.

Gabriel pronuncio aquellas palabras con una voz completamente desconocida para mí. La voz de un guerrero celestial dispuesto a todo por defender un balance que yo hasta el día de la fecha, no le encontraba sentido alguno, me parecía una broma de mal gusto ese supuesto *status quo* entre el Cielo y el Infierno; hagan y deshagan a su gusto, pero no se pasen de los límites establecidos. ¡¿Límites?! ¿Hasta dónde es lícito herir y contaminar? ¿Hasta qué punto el bien nos defiende del mal? ¡Qué maldita locura!

—Es la guerra, Eliza, es él, o somos nosotros. Si todavía sientes algo por él, si crees que existe algo bueno que salvar en su persona, esfuérzate para que hable o de otro modo arderá en el Infierno para siempre.

Di un salto hacia atrás apartándome de él. Sí, ahora lo veía tal cual como fue concebido, un guerrero de alas tornasol y ojos como miras láser. Sus brazos bien podrían brindar los abrazos más cálidos, cuanto desgarrar la carne que él

creía contaminada, impura.

—Hazlo —insistió con su castaña mirada alzada en pie de guerra contra la mía.

Esto no era justo, en lo absoluto, para nadie.

Lentamente di la media vuelta. Experimenté el calor de su fuego sobre mi rostro; a pesar de éste, sentí frío. De no ser por mí, Vicente habría continuado viviendo una vida tranquila, sin problemas. Era culpable de arrastrarlo a esto, de insistir e insistir pese a sus negativas. Lo había logrado doblegado sus justas intenciones de no añadir otro demonio a este mundo... y no precisamente cualquier demonio. Sin duda habría estado mejor sin mí. Y todo para qué, para acabar engañándolo, para terminar viéndolo así: herido en todas las maneras posibles.

Te mereces su desprecio —me dije a mi misma y mi voz hizo eco dentro de mi cráneo—. Lastimaste a Lucas, ahora lo hieres a él; ¿cuánto tardarás en echar a perder a Gabriel?

Mi padre estaría orgulloso de mí, seguro que sí.

Antes de alzar la cabeza (cosa que me costaba ya que me sentía terriblemente avergonzada), espíe hacia atrás por encima de mi hombro. Gabriel continuaba allí parado cual si fuese el estandarte del bien, su más fiel y representativa insignia. Las cosas nunca se vieron tan claras para mí como en este momento: eran ellos y por otro lado, nosotros, igual que el agua y el aceite. Sobre mi piel sentí una mezcla de arrepentimiento y dolor proveniente de Gabriel, quién en este momento se debatía entre los suyos y yo, entre lo vivido y experimentado por siglos, y lo sucedido en las últimas semanas. Era para mí, imposible no quererlo, igual de imposible aspirar a continuar parada entre medio de ambos mundos.

Tonta, ilusa, la fantasía es eso mismo, fantasía; tarde o temprano la historia llega a su final.

Sentí que la distancia entre Gabriel y yo se estiraba a años luz, más o menos la misma que por este momento me separaba de Vicente.

Al menos él y yo somos lo mismo —me dije a mi misma alzando lentamente la cabeza.

Mis ojos fueron llenándose de lágrimas a medida que mi mirada recorría su existencia asimilando y reconociendo el devastador poder de quienes formaban la otra mitad del balance. Profetas, apóstoles y mártires, ángeles, demonios...humanos; únicamente el amor revelará ante todos el valor de la vida, del alma, entonces lo frágil se convierte en invencible, lo malo en bueno,

lo oscuro en luz.

En medio de este avispero susurrante de alas, armas y filos, de llamas infernales y odio, todo se redujo otra vez a él y a mí, a nuestro pequeño mundo, el que supimos construir para nosotros en procura de terreno fértil en el que cultivar lo que necesitábamos para vivir, es decir: el uno al otro, porque nos necesitábamos, y probablemente nos necesitaríamos siempre, estuviésemos juntos o no, porque parte de mi alma era suya, y parte de la suya era mía.

Mi deslealtad para con él, pasaría factura muy pronto, es más, comenzó a cobrarse la cuenta en cuanto trepando con los ojos anegados en lágrimas por su rostro humano detrás del cual se adivinaban facciones que ni en su momento, ni ahora infundían miedo alguno en mí, topé con fríos espejos de cristal que no reflejaban otra cosa más que mi propia vergüenza.

Sus ojos grises estaban llenos de mí, más solamente en superficie, por dentro, yo ya no tenía cabida, eso me decía su mirada con una certeza irrefutable. Las llamas ya no nos separaban, ni falta que hacían, él me quería lejos de su persona, para comprenderlo no necesitaba ni de fuego, ni de palabras.

Hice un primer intento de pronunciar su nombre, mas ningún sonido emergió de mis cuerdas vocales.

Aclaré mi garganta y lo intenté otra vez. Lo logré, fue extraño y al mismo tiempo reconfortantemente familiar pronunciar su nombre. Más allá de eso, no supe por dónde seguir. Me tomó un par de eternos segundos poner un poco de orden en mis pensamientos.

Deseaba tocarlo, acariciar su rostro. No lo hice, supuse que dadas las condiciones, me rechazaría, y en el menor de los casos, dudaría de mis intenciones, después de todo, era más que evidente que los ángeles y los humanos de la hermandad no habían experimentado demasiados reparos en mancillar su carne... su perfecto cuerpo, su piel. En este momento deseaba más que nada en el mundo, liberarlo, envolver mi cuerpo con sus brazos y hundir la cara en su cuello, besar cada una de sus magulladuras, llevarlo a casa y perder la conciencia junto a él.

Por su mirada, era obvio Vicente ni remotamente deseaba lo mismo; Gabriel tenía razón, si lo soltábamos nos despedazaría a todos (incluyéndome).

—Lamento esto —entoné procurando transmitirle los sentimientos que me invadían en este momento—. Nunca... jamás, ni remotamente deseé que las cosas terminasen así. Te amo... —se me fue el aire —...te amo—. Completé en voz alta y firme a sabiendas de que Gabriel se encontraba un par de pasos por

detrás de mi espalda. Decirlo no invalidaba lo que también sentía por él, y por ello, quedé abrumada. Mi padre no estaría muy feliz de escuchar de saber que su hija tenía el corazón dividido entre dos amores capaces de desgarrar mi alma por la mitad... partirme a mí al medio sin posibilidad de unir las trozos otra vez.

Vicente se quedó viéndome sin parpadear, parecía no comprender ni una palabra de lo que yo dijera segundos atrás.

—No debí irme así. Debí tener el valor suficiente para pedirte explicaciones. La mentira nos arrastró a esto—. Tragué en seco, él continuaba sin parpadear, tal es así, que por un momento, para evadir la intensidad de sus ojos, me vi forzada a apartar la mirada, es que sentía que en cualquier momento comenzaría a dolerme la cabeza—. Las sombras guardan demasiados secretos... todo entre nosotros se convirtió en oscuridad y desconocimiento. Ya siquiera sé quién soy o quién eres, o qué está bien y qué mal. Llegó la hora de hablar con la verdad, de afrontar...

—¿Qué hiciste? —Soltó cortante interrumpiéndome. Su voz sonó áspera revestida de una capa gélida.

—¿Por qué nos seguías? —Inquirí ignorando su pregunta.

—¿Qué me hiciste?

Ahora sus palabras dieron en el blanco, ya que era mucho más certeras y filosas, no así su tono, el cual pasó del frío al dolor. Ya no hablábamos de un modo genérico, éramos él y yo, y de algún modo, no entiendo cómo, él sabía, o al menos presentía mi deslealtad, la duplicidad de mi corazón.

—Yo...

—Jamás te engañe. No te engañé ni te engañaría; hacerlo sería mentirme a mí mismo. La presencia de Anežka me confundió, sí, pero yo te amo, siempre te amaré. Sé perfectamente bien que nunca habrá nadie más que tú en mi corazón; me guste o no deberé vivir con eso —se movió para refregar su mejilla derecha contra el hombro derecho emborronando de más sudor y sangre, su camisa; las cadenas tintinearón; sus labios dibujaron en su rostro una mueca de dolor agudo. Le tomó un momento reponerse de aquello y continuar hablando—. Es un ángel.

El tono en que lo enunció me llevó a comprender que aquello no lo sorprendía, en pocas palabras, no era una novedad. Que lo admitiese así, me recordó al padre Lucio. Cuando de aquella historia estaría dando vueltas por su cabeza ahora.

Sí, un ángel... él lo pronunció como si fuese una mala palabra y eso hizo que

mitad de mi corazón temblase de ira a causa del dolor derivado por su desprecio, la otra mitad reaccionó de un modo muy distinto, uno muy cercano al que se notaba, Vicente experimentaba al asomarse por sobre encima de mi hombro, para mirar más allá de éste, hacia esos ojos castaños que tenían la capacidad de ser terriblemente dulces ya al mismo tiempo, indudablemente mortíferos.

—¿Qué haces aquí? —Soltó a continuación—. ¿Por qué estás con ellos? ¿Es por él?

Ante su tono despiadado me recordé a mí misma lo que había hecho.

—Desde que te conocí hasta este día, lo único que he hecho es procurar cuidar de ti lo mejor posible; protegerte.

— ¿Por qué nos seguiste?

—Porque necesitaba saber qué sucedía.

—Nos espías —soltó Gabriel desde atrás.

Vicente lo ignoró concentrándose en mí.

—Nada de esto ha sido fácil, mucho menos dejarte ir, todavía menos mantenerme alejado de tu lado. Sí estoy vivo es por ti, creí que el sentimiento era reciproco, ahora veo que no. Esto no es como fue con Lucas...

Quise que la tierra me tragase.

—Puedo verlo en ti, puedo verlo en él, salta a la vista. Todo lo que los ángeles tocan... —se detuvo dejando la frase inconclusa, apretó los dientes, bajó la vista—. Puedes matarme ahora, tanto da, de todos modos, ya estoy muerto.

—No intento justificar lo que hice, pero tú...

—No tienes ni la menor idea de nada. Tú no eres un capricho para mí, yo no solamente paso el rato contigo... mantenerme alejado de ti, no responder a tus llamados, no buscarte, no abrazarte, no besarte, no poder contarte la verdad fue un suplicio, más nada es peor que esto. Siento que me arrancaste de tu vida sin darme la oportunidad de...

—Tu oportunidad es ahora, demonio —chilló Gabriel—. No sé Eliza, yo me harté de esto, o comienzas a contar la verdad o yo mismo te enviaré al Infierno.

—¡Gabriel! —Le grité para hacerlo callar.

Vicente se lanzó contra él, bueno, en realidad contra mí, ya que yo me interponía en su camino.

Todo sucedió demasiado rápido. Escuché el siseo de la flecha y luego sentí aquel calor, el ardor del metal irrumpiendo en mi carne. Lo único que yo deseé entonces fue protegerlo a él de más dolor, mi existencia le causara suficiente

ya.

Hubo terrible revuelo, gritos, rugidos, estos últimos sobre todo, de parte de Vicente.

El dolor me desestabilizó, todo mi lado derecho quedó entumeció en cuestión de segundos. Bajé la vista para comprobar que la corta flecha proveniente de algunas de las tantas ballestas que aún continuaban en alto, se hallaba clavada entre mis costillas. La sangre lo tiñó todo en cuestión de segundos, la sangre inundó mi pulmón todavía con más rapidez.

Probé el sabor de la sangre en mi boca, la boca se me llenó de esta.

Las rodillas se me aflojaron.

Caía. Caía y me dolía en el alma la perspectiva de no volver a verlo nunca más. Decidí que bien valía correr el riesgo a ser rechazada a deambular en la duda eterna sobre su amor. Solas, a ciegas, necesitadas de su calor más que de ninguna otra cosa en este mundo, mis manos encontraron su cuello y de él se prendieron. Colgué de su cuerpo con el peso del mío, el suyo por una fracción de segundo cedió a la sorpresa, pero pronto, en menos de lo que dura un parpadeo, se recompuso, y aceptando con firmeza mi tacto, sus músculos se endurecieron para sostenerme, ahora su peso, y el mío pendía únicamente de sus muñecas, de sus manos, de su dolor, de su enorme voluntad, de su amor, el más grande que sin lugar a dudas, nunca nadie más vería repetirse en otro ser humano, demonio, o ángel. Vicente podía tener miles de flaquezas, cientos de faltas, mas contaba con una ventaja inigualable, era un ser capaz de amar sin fronteras, de amar hasta lo indecible, lo supe cuando su rostro y cuello se juntaron al mío en un intento de abrazo, cuando al contacto de su piel con la mía pronunció mi nombre en un tono cargado de preocupación.

Mis dedos no pudieron sostener mi propio peso. Comencé a ver destellos blancos delante de mis ojos, mi respiración se tornó densa, lenta. Sentí náuseas y al instante mi garganta se llenó de sangre que las convulsiones me hicieron vomitar.

Vicente jadeó mi nombre y entonces caí, sintiéndome al borde de la inconsciencia.

Mi nombre brotó de los labios de alguien más, alguien que evitó que me estrellase contra el suelo, atrapándome con las manos que Vicente no podía usar por tenerlas fijas a una trampa, a un instrumento de tortura.

Mis párpados pesaban una enormidad, así y todo, me las ingenié para abrirlos apenas un poco, lo que pude. Por entre ellos vi a Gabriel, resplandeciendo al brillo de sus alas.

Vicente preguntaba por mí una y otra vez, eso es lo único que alcanzaba a oír entre tanto ruido. Su voz fue a lo que me adherí para soportar el lacerante dolor que me provocó la flecha al salir; Gabriel la arrancó de mi carne de un tirón seco y limpio. Sentí la sangre manar del agujero restante.

Gabriel me sentó en el suelo, y con una de sus manos tapó la herida alzando la remera que llevaba puesta. El contacto de su mano contra mi carne trajo paz, paz y alivio.

—Pasará, ya va a pasar —susurró una y otra vez mientras sus poderes hacían efecto sobre mí.

—He estado intentando protegerte de esto, de ellos, de nosotros mismos. Eliza, no lo entiendes, no quería que la realidad arruinase lo que eres, lo que teníamos. Eres la única cosa buena que he tenido jamás, realmente mía. Más que nada deseaba mantenerte lejos de esto. Te amo, te amo, te amo, te amo, por Dios, Eliza, no mueras. ¿Eliza?

La sangre paró de manar, aun así, su sabor y restos de ésta, permanecían en mi boca, en mi garganta. Débil y aturdida, abrí los ojos; en primer plano, el rostro de Gabriel, más atrás Vicente.

—Me topé con ustedes de casualidad. Regresé a la ciudad esta mañana, iba a ver a tus padres, quería saber si ellos sabían algo de ti, esperaba poder verte, encontrarte, pero antes necesitaba saber si deseabas verme, de otro modo hubiese continuado cuidando de ti desde la distancia. Cuando sentí tu presencia... cuando fui consciente de que te encontrabas en compañía de un ángel me paralicé. Quedé aturdido por eso que flota a tu alrededor, por eso que te une a él. Simplemente no sabía qué pensar. Enloquecí. Todo empeoró cuando reconocí el camino hacía aquí—. Sus ojos mostraron una fatiga centenaria finalmente liberada —no sé qué te han dicho, qué te han hecho creer; no soy el enemigo. Jamás, nunca... nunca te lastimaría, y si lo he hecho ha sido completamente sin intención. Tengo mucho que explicarte, tanto que contarte... te lo juro, todo lo que he hecho fue para protegerte. Han estado sucediendo muchas cosas, cosas que intento comprender, cosas que no son buenas; el mundo no es el que era hace un año atrás, tampoco nosotros. Tú... yo...

—Podrías empezar por explicarle a Eliza qué fue lo que le hiciste a Lucio, para que ella tenga una idea, de por qué él finalmente ya no pudo continuar luchando por su vida. Explícale cómo fue que maldijiste al hombre que hubiese dado lo que fuera por ayudarte.

A través de una cortina de dolor y confusión vi a Vicente palidecer ante las

palabras de Gabriel.

—Suéltelo —articulé al tiempo que me ayudaba de Gabriel para ponerme en pie. De este modo no podemos continuar con la conversación. Has que lo suelten, Gabriel.

Gabriel no se dio por aludido.

—Cesar.

Ante mi pedido, Cesar miró a Gabriel y luego cruzó una mirada con Eliot.

—Deberíamos llamar a Miguel —soltó Yibril. Ante la mera mención de aquel nombre me estremecí, no sé exactamente por qué, este me infundía mucho miedo, tal vez porque había sido quién se enfrentara a mi padre con éxito. Vicente tampoco se tomó muy bien la idea del ángel. Con los movimientos coartados por las cadenas que lo sujetaban de pies y manos, se sacudió y gruñó.

—Por favor, Gabriel, que lo suelten. Sé que ninguno de ustedes confía en mí, tampoco en él, sé que tienen motivos de sobra para opinar de ese modo, sin embargo supongo que entienden que de este modo, no llegaremos a ninguna parte. Gabriel te lo ruego... por favor, suéltalo. Suéltalo. Suéltalo.

En cuanto callé se produjo un profundo silencio, uno que trajo tristeza que nos recordó a todos, por separado, que esto en verdad era una guerra.

—Afuera todos —atronó la voz de Gabriel—. Salgan; todos... ¡ahora!

Ante su grito di un respingo.

—Ya, fuera todos. Yibil, quiero a todos los humanos fuera de aquí en este instante —bramó en un tono que rayaba en una ira desenfrenada—. Ahora mismo. Yibril, Ivy, ustedes también, afuera. Vamos, muévanse. No quiero a nadie aquí—. Gabriel me soltó y comenzó a arriar a los integrantes de la hermandad hacia el corredor.

Cesar puso cara de no saber qué hacer y la frente de Yibril se frunció de disgusto marcando profundas arrugas que de ningún otro modo podrían formarse allí.

Tambaleante sobre unas piernas que apenas si me sostenían, fui testigo de cómo a disgusto, Gabriel sacaba a todo el mundo fuera, prácticamente a los empujones, y luego cerraba la puerta dando un portazo que sin duda hizo temblar los cimientos del edificio.

Una vez que quedamos solos, Gabriel se alzó frente a la puerta y se volvió en nuestra dirección con sus alas extendidas en toda su envergadura.

Igual que aquella primera vez, sus alas volvieron a darme miedo.

Con un chasquido metálico y sin que nadie las tocara, las cadenas soltaron a

Vicente y éste cayó de rodillas al suelo. Yo fui tras él. Por un fugaz instante dude, mas al final, mi abrazo se concretó sobre él, rodeando sus doloridos hombros. Mi pecho se pegó al suyo, su calor se hizo mío.

—Fui un idiota por creer que podría cuidar de ti —susurró en mi oído.

—Fui una idiota por no cuidar de ti lo suficiente, por no esmerarme por merecerte, por simplemente dejarte partir sin más, sin pelear —le dije en el mismo tono de voz, y, apartándome lo suficiente para poder mirarlo a la cara añadí—. Lo lamento. Lamento esto.

—Quizá nunca fue buena idea. Tú y yo. Debí apartarme de ti cuando aún estaba a tiempo, antes de que todo empeorase, y no lo hice porque simplemente no podía apartarme de ti, no quería alejarme de ti. Nada pasó entre Anežka y yo. He estado en París, pero no por los motivos que puedas imaginar, sino para intentar averiguar qué es lo que sucede—. Se relamió los labios barriendo sangre, sudor y suciedad—. Visité este lugar antes... más de una vez; y sí, conocía a Lucio, ese hombre que Gabriel mencionó. También había oído hablar de él antes, de él y de todos los ángeles, y si no te conté nada, fue para mantenerte a salvo. No sirvió de nada.

Lo estreché entre mis brazos.

Finalmente el momento de las revelaciones había llegado.

25. Qué salvarías.

—Comienza a hablar demonio.

Gabriel se plantó junto a nosotros.

Vicente alzó la cabeza y lo miró. Mis ojos siguieron el movimiento de su perfil; me parecía increíble volver a tenerlo frente a mí, tan cerca, después de tantos días. La perfección de sus facciones todavía continuaba maravillando, no podía creer que este hombre fuese mío y que así, sin más, yo lo hubiese echado a perder. Sí, sin duda los dos habíamos cometido errores, pero solamente por mi boca puedo hablar, y sé cuánto me pesan, cuanto han cargado en mi conciencia. Amarlo había sido un regalo del cielo, un modo de estar más cerca del cielo y en algún punto me jacté de su amor, de nuestra relación. Huí en vez de pelear, callé en vez de discutir lo que debía ser hablado.

—No sé qué es lo que ustedes saben, me figuro que deben estar al tanto de que distintas fuerzas están dando rienda suelta a sus miembros. No hay nada declarado oficialmente, no al menos hasta lo que logré averiguar; es imposible

de ocultar que lo que sucede ya no tienen nada que ver con sostener el balance. En cuanto pronunció aquella palabra clave se me crisparon los nervios. Vicente sabía mucho, mucho más de lo que yo imaginaba.

No sé si fue porque sintió mi mirada clavada en él o por qué, se dio la vuelta y me vio con esos hermosos ojos grises que tenía.

—¿Sabes de qué hablo?

—Hay demonios y Nefilim siguiéndome.

Asintió con la cabeza.

—Antes vivíamos como dentro de un baile de máscaras donde nadie quería revelar su verdadera identidad, ahora poco a poco las máscaras comienzan a caer. Me da miedo pensar lo que suceda cuando ya nadie se oculte detrás de una máscara. Lo único que pretendo salvar de este mundo es a ti, tanto los Nefilim como los demonios pueden arrasarlo con todo, no me importa mientras tu estés a salvo. Hubiese dado cualquier cosa por terminar con esto antes de que tú te enterases de lo que sucedía.

—No puedes protegerme de todos ni de todo.

—Desearía poder, a eso me comprometí cuando di mis votos matrimoniales.

—Ni siquiera un hombre común y corriente podría hacerlo. Lograste más que eso.

—Demonio, no eres un ángel. No creo que simplemente desees protegerla. Los actos cometidos por ti antes de...

Vicente no le permitió terminar.

—No te conté sobre la existencia de los ángeles, de hecho los negué cuando me preguntaste sobre ellos porque todos los demonios que conocen su existencia acaban mal y de modo alguno quería que eso te sucediese a ti.

—¿Cómo conociste su existencia? La última vez hablaste de Ciro, de París.

Vicente me contempló un momento en silencio, luego espió en dirección a Gabriel. Volvió sus ojos a mí, inspiró hondo y despegó los labios para comenzar a hablar.

—Fue durante una de mis visitas a la sede, en las afueras de París. De hecho fue un accidente, no se suponía que debiese ver lo que vi—. Hizo una pausa para enderezar la espalda y pasarse ambas manos por el cabello. Al alzar los brazos en su rostro quedó plasmada una mueca de dolor. Si bien se mantenía en pie, se notaba que a todas luces, sus fuerzas eran pocas—. Esa noche en casa de Ciro... en ese lugar en el que lo conociste, se celebró una fiesta. Allí es común que los demonios se reúnan para disfrutar de festines, más esa noche había algo distinto en el aire. No era solamente un festejo más. Todos se

mostraban muy entusiastas y desinhibidos. Felices hasta el hartazgo diría yo, tanto que resultaba empalagoso, repugnante. Pese a que no era más que un demonio todavía muy joven, en comparación con los demás, se me permitió participar del evento, eso se debió a que desde un primer momento, Ciro siempre sintió cierta debilidad por mí. Creo que no pasaron ni dos horas desde el momento en que nos conocimos hasta que básicamente me ofreció lo máximo a lo que un demonio puede aspirar en esta tierra. En fin, el caso es que creo que pese a todo lo sucedido entre nosotros, Ciro todavía quería que fuese su pupilo, que me quedase con él para así enseñarme todo lo que tenía para mostrarme; aquello me granjeó un lugar en el fastuoso evento en el que sobraba comida, bebida y lujuria. Nunca antes, y tampoco nunca después, volví a presenciar nada semejante. Fue lo más sórdido que haya experimentado jamás.

Gabriel gruño por lo bajo.

—Amanecía cuando decidí alejarme de la muchedumbre. Había tomado lo suficiente como para quedar sumido en un coma alcohólico, más por mi condición, solamente me sentía algo nublado, creo que más que nada intoxicado por las cosas que vi y viví esa noche. Abrumado, salí de la casa y fui a dar una vuelta por los jardines, necesitaba aire fresco, y la bruma grisácea que cubría lavandas y arbustos prometía, al menos a mi modo de ver, absorber un poco de aquella densa y pegajosa carga que acarreaba ser un demonio en una noche como aquella. Realmente no tenía ni idea de hacia dónde me dirigía cuando di los primeros pasos fuera de la casa. Recuerdo que me llamó poderosamente la atención, no toparme con ninguno de los hombres de seguridad que deambulaban por los jardines día y noche. En ese momento no podía pensar con claridad mas ni de casualidad imaginaba el motivo de tal ausencia. Mi cerebro no contaba con la imaginación suficiente para formular lo que hasta ese entonces hubiese sido una hipótesis de lo más descabellada.

—Déjate de tantos rodeos; dinos que viste.

Vicente le dedicó una mirada rojo fuego. De entre sus labios emergió algo similar al perfume de las violetas.

—Deambulaba por ahí cuando sentí aquello, un poder en extremo magnifico y estremecedor. Algo que nunca antes había percibido. En un principio creí que era uno de los nuestros, alguien muy importante, alguien más importante que Ciro incluso, ya que su energía se desperdigaba por el lugar como en hilos que se entretejían con la fría bruma gris. Hacia la fuente de aquella energía me dirigí. A cada paso que daba aproximándome al epicentro del poder, más

extraño me sentía. Es que aquella energía era particular, distinta. Era como poco a poco ir abandonando una habitación en la que se fermentase basura podrida, para entrar en un fresco jardín acariciado por una brisa templada de primavera. Olí a jazmines, a rosas.

—A santidad—. Soltó Gabriel interrumpiéndolo.

Para mi sorpresa Vicente asintió con la cabeza.

—Escuché la voz de Ciro, la de alguien más que ordenaba, en el tono más autoritario que hubiese oído jamás, que acabaran con aquella cosa de una vez por todas—. Inspiró hondo y soltó el aire con fuerza—. Había otros demonios allí, lo supe de inmediato. Se encontraban todos al otro lado de un viejo cobertizo de jardinería, en un pequeño claro.

—¿Demonios junto al agua?

—Los demonios que allí se encontraban no eran demonios comunes y corrientes, y sin duda, hoy lo comprendo, escogieron aquel lugar para asegurarse de tener la privacidad que necesitaban. Me figuro que no contaban con lo imperturbable que era yo frente al agua, es más, dudo que siquiera estuviesen pensando en mí en ese momento, prometedor o no, yo en ese momento no era más que un detalle insignificante. Quienes se encontraban allí no lo eran. Ciro no lo es, tampoco aquel al que le pertenecía la voz que daba las órdenes.

Sentí una punzada en el estómago, creía intuir a quien se refería.

—En dicho momento no vi al demonio que estaba a la cabeza puesto que abandonó el lugar en un lujoso automóvil mientras yo me mantenía oculto detrás de unos arbustos, pero no por eso dejaría de saber o comprender quién era en realidad. Puede que no haya visto su rostro hasta más de un siglo después pero no por eso...

—Mi padre—. Afirmé.

Vicente asintió con la cabeza.

—Luego de que el automóvil pasara, asomé la cabeza hacia el lugar de reunión de los demonios y lo que vi me dejó sin aliento, muerto de miedo y también asqueado. Lo más lamentable de todo es que dentro de mi cabeza la maquinaria se puso en funcionamiento y todos esos sentimientos se amalgamaron mutando en uno nada loable: desprecio. Desprecié de inmediato a aquella criatura que yacía en el suelo sangrando a mares por la espalda, mucho más a los dos apéndices plateados que ardían dentro de una gran fogata de llamas azules que no tenía nada de humano. Era un ángel. Un ángel herido, agonizante, tan vulnerable que parecía humano. Era una muchacha de

larguísimos cabellos castaños y piel del color de la porcelana. Ella lloraba, suplicaba y oraba—. Vicente me miró fijo—. Lo recuerdo como si fuese hoy, como si estuviese contemplando aquella escena en este mismo momento.

—Tu padre mató a un ángel esa noche —comenzó a decir Gabriel.

Los dos lo miramos.

—Le arrancó sus alas y las quemó. Eso la dejó débil, prácticamente indefensa ante cualquier demonio.

—Eran un par de integrantes de Las Doce Sillas, no todos ellos, tal vez unos cinco o seis contado a Ciro —dijo Vicente retomando el hilo del relato—. Sin piedad la arrojaron al fuego y se quedaron allí, de pie, contemplando la extinción de lo más puro que yo hubiese visto jamás. Asustado y agotado por la experiencia me largué de allí en cuanto pude. Tardé semanas en encontrar el valor suficiente para preguntarle nadie sobre la existencia de los ángeles, es que en un principio creía que aquello no era más que el delirio de mi mente turbada por lo descontrolado de aquella noche. Cuando le pregunte a Ciro sobre la existencia de los ángeles, no la negó, pero dijo que el mundo era nuestro, que no tenía de qué preocuparme, que los demonios no teníamos nada que temer, y mucho menos, un demonio como yo—. Efectuó una breve pausa—. Procuré lanzar al olvido lo sucedido aquella noche, no lo logré. Pretender ignorar que existían nunca daría resultado. En silencio, cuando me hice mayor, cuando maduré y aprendí los modos y el protocolo de nuestro mundo, me interné en una búsqueda que acabó dándome algunas respuestas; no todas las que yo precisaba. Hubiese sido más fácil vivir sin saber que ellos existían, sobre todo, porque supe y vi a demonios ser borrados de la faz de la tierra por insinuar que Dios no se encontraba ausente de la tierra, si no todo lo contrario. Quien se atreviese a afirmar que un ángel era capaz de acabar con un demonio común sin el menor esfuerzo, e incluso meramente insinuar la existencia de los ángeles era acallado para siempre. Es así, como durante años de búsqueda, perdí al menos una docena de compañeros que procuraban la verdad. Es así también, como encontré a Lucio y como finalmente supe de la existencia de la hermandad y de toda la variedad de criaturas que comparten con nosotros la verdad oculta a los ojos de los humanos.

—Lucio murió por tu culpa —escupió Gabriel.

—Lucio era una gran persona.

—Ni siquiera tienes derecho a pronunciar su nombre.

—Lo sé.

—Debería matarte por eso.

—Alto, Gabriel—. Me plante entre ambos de cara a Vicente—. ¿Por qué le hiciste lo que le hiciste al padre Lucio?

—Conocer la verdad fue devastador para mí. Simplemente no resistí la maldad que había en mí; la vergüenza por ser lo que soy, era grande, asfixiante y al mismo tiempo ser consciente de mi vulnerabilidad ante los ángeles me puso a la defensiva. No pretendía hacer lo que hice. Esa noche Lucio me contó muchas cosas, él confiaba en mí.

—No debió confiar en ti.

—Tienes razón, no debió hacerlo, pero era un buen hombre y como él no era capaz de hacer cosas malas, creía fervientemente que los otros tampoco eran capaces de cometerlas. Lucio dijo muchas cosas esa última tarde en que estuvimos frente a frente. Cosas que yo no pude soportar, cosas que no deseaba oír. Fue entonces cuando le pedí, le rogué que me librase de esta carga. Arrodillado ante él le supliqué que me ayudase a cambiar. Yo me sentía agotado de ser esto, de vivir siendo este demonio, de no comprender la locura del mundo, de no encontrarle caso a la vida, mucho menos a la eternidad.

—¿Qué fue lo que le hiciste?

—No lo sé —me contestó—, simplemente dije que deseaba que experimentase en carne propia lo que yo tendría que vivir por toda la eternidad.

—Tú elegiste ser eso que eres, Lucio no lo pidió —protestó Gabriel.

—Es cierto. Al instante supe que había cometido un error. No pude reparar mis actos y por eso ellos pesan sobre mí del modo en que lo hacen. Es por él que estoy dispuesto a darlo todo, incluso mi vida, con tal de llegar al fondo de esto. Es por eso que frente a ti, Eliza, cuando me lo preguntaste, que frente a aquel perturbado muchacho que salía con Susana, e incluso frente a Julián he negado la existencia de los ángeles. No deseo involucrar a nadie más porque tarde o temprano terminarán heridos. Con el tiempo aprendí, que incluso dentro de nuestro mundo Eliza, dentro del círculo más cerrado de demonios, existe otro círculo, uno no jamás deja entrever aquellos asuntos que no quieren que los demás veamos, incluso, actuando en detrimento de gran parte de la población demoníaca.

—¿Qué dices?

La voz de Gabriel hizo que me volviese hacia él.

—Las líneas se desdibujan un poco más cada día y todavía no entiendo por qué. Los Nefilim están cada vez más cerca de aquellos oscuros a los que siempre despreciaron. No puedo asegurarlo pero estoy seguro que incluso, desde aquel día en los jardines de la casa de Ciro, se entretejen alianzas entre

ambos bandos. Ustedes tampoco están lejos de caer en eso —le soltó a Gabriel sosteniéndole la mirada.

—¡Eso jamás! Si sabes qué es lo que traman dilo ahora mismo o te juro que con mis propias manos, arrancaré tus condenadas alas también.

—No me amenaces, Gabriel. Tú también como yo, tienes en claro qué es eso que salvarías por sobre encima de todo lo demás, incluso cuando siquiera te sea permitido amarla, incluso cuando te arriesgas a ser juzgado, a perder tus alas. No soy el único cuya continuidad está en jaque. Pero al igual que yo, tú estás dispuesto a dar lo que sea por ella.

El “ella” vino acompañado de una penetrante mirada sobre mí.

—Ella es distinta y tú lo sabes, yo lo sé. No es un demonio común y corriente, por eso es que no la desprecias tal como me desprecias a mí. Ahora queda más claro que nunca, de otro modo jamás te hubieses permitido siquiera mover un solo dedo por su seguridad.

—El bien de la humanidad está en juego.

—La humanidad no tiene nada que ver en esto. Por lo que logré averiguar en mi estadía en Francia, Eleazar estuvo en Praga al mismo tiempo que nosotros. También he descubierto que los Nefilim y los Grigori que usualmente no se dejan ver demasiado por París, se mueven hoy en día mucho más abiertamente. No diré que de un modo despreocupado porque no es ese el caso, ya que obviamente traman algo en contra de Eliza...

—Cómo... —el resto de la pregunta se extinguió entre mis labios.

—Lo sé, lo averigüé, también sé que fueron demonios y no Nefilim los que atacaron en Praga. Los Nefilim me atacaron a mí, ellos quemaron mi mano. En su momento no te lo dije porque no podía contarte la verdad.

Hoy esta historia se me asemejaba todavía más grande que ayer.

—Entendí que si realmente quería ayudarte, protegerte, debía tomar una decisión, es por eso que acabé cedido al pedido de Ciro. En cuanto regresamos de París acepté tomar mi lugar en la organización. Soy miembro del consejo desde hace un par de semanas. Tomé mi cargo cuando te fuiste, en cuanto dejé a Anežka en casa de Gaspar. He estado con ellos desde entonces, trabajando codo a codo con los únicos demonios que saben la verdad, la única verdad. Me metí en el nido de víboras solamente para averiguar qué es lo que traman. Mentí para que me vean con otros ojos, para que confíen en mí del modo en que ellos suelen hacerlo: engañando a todos los demás. Le dije a Ciro que lo nuestro se había terminado y que probablemente nunca había existido, también tuve que pronunciar aquellas palabras frente a tu padre y

añadir unas tantas más, las cuales me costaron horrores pronunciar. Les dije que a como diese lugar, con mentiras, con engaños o lo que fuese, te llevaría allí para que ocupases el lugar, el que ellos dicen que te corresponde por ser hija de quien eres. Tu padre insistió en que regresase a buscarte, dice que solamente en París estarás segura, es más, me hizo prometer que te convencería de que formes parte del consejo.

—¿Una decimocuarta silla?

—Nada de eso, hubo un deceso, uno por demás sospechoso. Uno de los miembros más antiguos fue encontrado calcinado en su lecho, en su hogar, hace tres días. Vine a buscarte porque tienes que venir conmigo, tu padre y los demás traman algo, es arriesgado pero si no te llevo conmigo sospecharan y me temo que te arrastrarán a París por la fuerza, y si eso sucede ya no tendremos posibilidad alguna de descubrir qué es lo que traman, a menos no hasta que sea muy tarde; y mucho menos, evitar que te hagan daño. No confío en Ciro, mucho menos en tu padre. Los Nefilim me preocupan pero a quien más le temo es a tu padre, él ha estado insinuando cosas.

—¿Qué tipo de cosas? —Saltó Gabriel.

—Como que muy pronto todo cambiará. La noche anterior a la muerte de la quinta silla fui a cenar con tu padre, él no paró de hablar sobre lo muy agradecido que estaría conmigo si te llevaba a París a mi regreso. También hizo un comentario que me descolocó.

—Qué, qué dijo, qué fue.

—Que a tu madre le molestaría mucho; y lo peor del caso es que lo dijo con una sonrisa enorme y altamente desagradable dibujada en sus labios.

—¿Mi madre? ¿Qué tiene que ver ella en todo esto?

—No lo sé. Esa respuesta forma parte del enorme grupo de respuestas sin responder que cargo conmigo. Es por eso que necesito que regresemos juntos a París. Eliza, es todo o nada. No servirá de nada que intentes ocultarte aquí o en cualquier otra parte, mientras la verdad no salga a la luz correrás peligro.

—Tú lo dijiste, aquellos es un nido de víboras. No pienso dejarla partir, menos que menos en tu compañía, todavía menos sabiendo que piensas convertirla en uno de los miembros de la entidad más despreciable que haya pisado esta tierra jamás. Si entra entre sus redes jamás saldrá. Además ustedes tampoco podrán defenderla de los Nefilim en caso de que Eleazar no esté cooperando con ellos tal cual me da la impresión.

—Viendo y considerando como están las cosas, creo que es la única salida. Tal vez ni siquiera tú puedas protegerla de lo que se avecina.

—Vicente...

—Sí la amas harás lo que sea necesario. Así es siempre —le dijo directamente a Gabriel mirándolo por encima de mi hombro.

Esa frase fue para mí pero estoy segura que también caló muy dentro de él y de Gabriel. Gabriel... todavía reverberaban en mi cabeza las palabras de Vicente: "...incluso cuando siquiera te sea permitido amarla, incluso cuando te arriesgas a ser juzgado, a perder tus alas. No soy el único cuya continuidad está en jaque."

Amar... los Grigori habían caído por enamorar a humanas, por ceder a ese amor prohibido, a esa pasión de la cual no tenían permiso de gozar. ¿Le sucedería lo mismo a él? Está bien, él no era un ángel, sino un arcángel y yo no soy humana, sino un demonio, pero... ¿acaso no lo empeora todo eso? No había meditado sobre ese asunto antes, ¿podía ser que perdiese sus alas por mí, por quererme?

Sus hermosas alas... que futuro tendría ese amor, él, o yo. En este momento me parecía divisar futuro alguno. El mundo y mi propia existencia parecían caminar por una angosta cornisa.

Durante un par de segundos, un profundo silencio se adueñó de la fría, húmeda y oscura estancia.

—No tienes que amarme, solamente te pido que confíes en mí, al menos por última vez. Cuando solucionemos esto serás libre de tomar la decisión que quieras, la que te dicte tu corazón. Déjame ir con él—. Mi decisión estaba tomada.

—Si mientes, si tramas algo, si le sucede cualquier cosa, el menor rasguño, lo que sea, lo pagarás caro, tú y todos los demonios que formen parte de esto. No me importa si acabar con todos ustedes es lo último que hago, te juro que si tengo que ir a parar al Infierno, te arrastraré conmigo.

—Gabriel, por favor —le pedí. Ser consciente de las miradas de odio que se lanzaban el uno al otro me hacía estremecer.

—No miento.

—Más te vale —le espetó Gabriel.

—Hay algo más.

—Qué —pregunté.

—Tu padre quiere que llevemos a Anežka con nosotros.

—Qué, a qué viene eso.

—Desea que suceda allí, quiere que ella se convierta oficialmente en tu discípula en París.

—No creo que sea conveniente arrastrarla a ella también a esto.

—Como lo veo, dudo que tengamos otra opción. Tendremos que ir y llevarla con nosotros.

—Tal vez Gaspar y los suyos... —aventuré insinuando que podríamos pedirles que fuesen a cuidarla, solo por si acaso, por si Vicente y yo ya no podíamos protegerla.

Vicente negó con la cabeza.

—Sospecharían de nosotros si descubren que nos acompañan otros demonios que tanto en la teoría, cuanto en la práctica, no son adeptos a los usos y costumbres de Las Doce Sillas. Debemos ir solos y esperar lo mejor.

—Que estupidez. De veras piensas que te dejaré partir con ella así como así. Yo voy con ustedes, y no iremos solos, voy a llevar a los otros ángeles conmigo.

—Eso no...

—Lo que opines me importa muy poco, demonio. No pienso abandonarla en tus garras, no confío en ti. Mucho menos en su padre, y menos tranquilo me deja saber que París se ha vuelto el campo de juego de un montón de Caídos. De ninguna manera, si hacemos esto lo haremos a mi modo.

—Es obvio que a ninguno de los dos les interesa saber lo que yo opino —apreté los dientes—. Es mi padre, es mi vida. Son mis errores. Iré sola y enfrentaré a mi padre, debí hacerlo mucho tiempo atrás.

—Eliza, tu padre es capaz de cualquier cosa, eso incluye eliminar a sus propios hijos si estos se convierten en una molestia.

—Es cierto —convino Vicente—. No vas a ir sola a ninguna parte.

...

Gabriel abrió la puerta. La hermandad casi a pleno se encontraba apiñada en el angosto pasillo. En primera línea, se encontraban los ángeles, listos para entrar en acción; un poco más, los humanos de la hermandad, armados y a la espera de la orden que dispusiese su entrada en acción.

La hostilidad del grupo era palpable en el aire, también su nerviosismo y ligeras trazas de miedo que tal vez solamente Vicente y yo éramos capaces de captar (el miedo humano se huele en el aire).

—Yibril, prepáralos a todos, nos vamos de viaje.

Los ojos del ángel se abrieron como platos.

—¿Viaje? —entonó Cesar dando un paso al frente.

—Sí, nos vamos a París.

—¿De qué hablas? —Inquirió Eliot.

—Ya se los contaré. Por lo pronto necesito que los escolten a ellos arriba.

Giré al cabeza hacia atrás y miré a Vicente, llevaba una mala cara imposible de obviar. Escoltar en este caso era sinónimo de vigilar.

Dicho y hecho, una vez que nos abrieron paso, Vicente y yo fuimos guiados y seguidos de cerca hasta mi cuarto, allí nos dejaron, con custodia al otro lado de la puerta, y por lo que pude ver cuando me asomé a la ventana, en el jardín también, debían temer que saltásemos por la ventana en un intento por escapar.

En cuanto nos quedamos solos logré palpar de las pocas ganas de Vicente de quedarse a solas conmigo, mucho menos, ir a ninguna parte en mi compañía tendría, ya tenía suficientes problemas como para encima buscarse más: un montón de ángeles nos vigilaban sin siquiera parpadear.

—Por qué no te sientas un momento—. Señalé la cama—. Voy a pedirles que nos traigan algo para limpiar tus heridas; también sería conveniente que consiguiesen ropa limpia.

Vicente se sentó en el borde de la cama, más allá de eso siquiera demostró interés por el resto de mi oferta. De cualquier modo, abrí la puerta y asomando la cabeza hacia afuera, le pedí a uno de los ángeles todo lo necesario para ocuparme de las cortaduras y golpes de Vicente, también les pedí algo de ropa.

Creo que siquiera les agradó que asomase la nariz fuera del cuarto, como fuese, se comprometieron a hacer lo posible.

Cuando cerré la puerta otra vez, Vicente alzó la cabeza y me miró, tenía los ojos llenos de lágrimas. Eso fue demasiado para mí.

En un par de trancos, llegué hasta él y me arrodillé a sus pies. Prendida de sus manos, las cuales siquiera demostraron sentir mi tacto, lo miré a los ojos.

—Lo siento. No quiero que se convierta en una excusa... es que estaba tan confundida, no sabía que pensar de ti, desde la noche en que apareciste con la mano quemada allí en Praga... yo recordaba muy bien haber quemado a ese demonio que nos atacó a Anežka y a mí. Fue como si todo se confabulase para que dudara de ti, de lo nuestro.

—Debiste creerme, debiste confiar en mí.

—Creo que llegué a un punto en que me sentía demasiado entregada a tus manos.

Vicente bajó los ojos y enfocó la vista en mis manos aferradas a las suyas.

—Lo amas.

No me lo preguntaba, lo afirmaba.

—¿Cuánto tiempo... hace cuanto que...?

—Lo conocí la noche en que mi camioneta apareció abandonada en el supermercado, estabas fuera... los Nefilim me atacaron, ellos me salvaron.

—¿Has tenido contacto con él desde entonces?

—Han estado cuidando de mí.

—Yo he estado cuidando de ti.

—Gabriel se apareció cuando me separé de ti en la casa de campo, ellos se encontraban vigilando los alrededores. No confiaban en ti y sinceramente...

—apreté sus dedos—, la herida que te mostré fue hecha con las mismas armas por las que ahora sangras y nada dijiste.

—Solamente deseaba borrar de tu mente todo aquello, entré en pánico, no quería que supieses nada de eso. Nada más deseaba llevarte a París y tenerte allí conmigo, para resolver todo y luego largarnos a vivir nuestra vida. Como te dije esa vez: estoy agotado de esto, Eliza, estoy cansado de ser un demonio, ya no puedo soportar el peso de los secretos y las mentiras. Estoy agotado de luchar, de vivir. Nunca antes me sentí tan seguro de desear con todas mis fuerzas cerrar los ojos y no volver a abrirlos jamás. Ya no puedo con esto. Te perdí y ya nada tiene valor, no creo que me quede nada por lo que vivir.

—No digas eso—. Ahora fueron mis ojos los que se llenaron de lágrimas y lloraron.

—Ojalá nada de esto hubiese sucedido jamás. No pasa un segundo sin que desee con todo el corazón, volver el tiempo atrás, a aquel luminoso día en que puse un pie en el local en que trabajabas. Cierro los ojos y... te vuelvo a ver en aquel entonces. Estabas tan bonita —con los ojos cerrados sonrió.

Se me puso la piel de gallina. De mis ojos se despeñó un mar de lágrimas.

—Eras tan humana, tan vulnerable, tan dulce. Recuerdo perfectamente bien que

lo único que quise en ese entonces fue rodearte con mis brazos, guardarte para mí en un abrazo—. Abrió los ojos y me miró. Tragó saliva y luego me dedicó una sonrisa triste de labios apretados y contenidos.

Yo por mi parte, llevé sus manos hasta mi cuello y allí las posé. Alzándome sobre mis rodillas sobre el piso de madera, junté mi rostro al suyo y acaricié sus mejillas. Yo también deseaba volver a ese día, por aquel entonces era todo mucho más sencillo.

Mis labios se posaron sobre los de él.

Alzó la vista.

—Te amo más que a mí mismo —me dijo—. He dicho toda la verdad, ya no quedan secretos. Les he mentido a todos, te he mentido a ti, a mí mismo... Lo que nunca será mentira es que te amo, que estoy dispuesto a dar mi vida por ti, que estoy dispuesto a luchar contra todo y contra todos por volver a hacer que seas aquella mujer que conocí.

—Esa mujer todavía está aquí.

Por primera vez las yemas de sus dedos me tocaron sintiendo de verdad, el tacto de mi piel, el fluir de la sangre por mis venas y el calor que se alzaba sobre mí por la cercanía de su cuerpo.

—Te creo —añadí y no era mentira.

—Lo que le hice a Lucio fue un accidente, jamás le hablé de ello a nadie, no tengo ni la menor idea de cómo lo hice y no tengo intenciones de volver a repetir nada semejante. Es probable que si le hubiese comentado a alguien que era capaz de hacer algo como aquello habría descubierto el modo de controlarlo pero lo cierto es que ya tengo suficiente con mi fuego. No quiero ser un arma por eso también. Si supiesen que...

—Lo sé —dije acallando sus labios con los míos—. Lo sé.

—Temo tanto por lo que pueda sucederte, por lo que tu padre pueda hacer de ti. Todo ese asunto de los Nefilim y los Grigori.

—Shhh...

Con mis labios mordí los suyos, poco a poco fui sintiendo el sabor de su sangre, de sus lágrimas, otra vez el gusto de su piel. Los recuerdos del amor entre ambos volvieron tal si nada nos separase de la última vez que estuvimos juntos, allí en Praga.

El beso se tornó cada vez más enérgico. Sus manos pasaron de apenas tocarme a no querer soltarme; las mías tampoco les era indiferente su cuerpo.

Y entonces, sin previo aviso, la puerta se abrió.

Uno de los integrantes humanos de la hermandad se hizo presente cargando una

valija de plástico roja y blanca con un equipo de primeros auxilios. Por detrás de él se asomaban rostros curiosos, filos amenazantes y un par de cuevas oscuras que eran los cañones de las armas que nos apuntaban.

Llegar a París no sería nada sencillo en las condiciones dadas, resolver algo allí parecía casi imposible; pero qué otra opción teníamos. Sentarnos aquí a esperar no ayudaría en nada, mucho menos sabiendo que el epicentro de todo este lío se encontraba allí (o al menos así lo aparentaba).

No, llegar a París no sería nada, fácil. La convivencia hasta el momento de la partida básicamente fue un suplicio. Sufría horrores al ver las miradas que intercambiaban Vicente y Gabriel, se sacaban chispas por los ojos cada vez que se encontraban, y por desgracia, eso ocurría con mucha frecuencia; la misión, y el viaje en sí, implicaban mucha planificación y como Vicente y yo éramos los protagonistas principales, no podíamos estar ausentes cada vez que los ángeles se reunían para trazar los planes a seguir (si bien nos dejaron fuera de muchas conversaciones; no podía culparlos por tomarse el tiempo de discutir en privado los recaudos a tomar, después de todo, nosotros dos, Vicente y yo, no dejábamos de ser demonios). Este viaje era importante, muy importante para todo mundo. Si las cosas salían mal es probable que las heridas y daños causados, fuesen imposibles de reparar. Imaginar que los Nefilim o mi padre se saliesen con la suya, me alteraba, y no era la única que iba por ahí con la angustia atragantada. La hermandad a pleno también sufría en carne propia la tensión de la situación, sin contar que además todos llevábamos todavía muy a flor de piel, la pérdida de alguien muy especial. No pasaba un segundo sin que mi cerebro me recordase lo sucedido con Ami. Es egoísta sí: me dolía en alma que nadie se detuviese a pensar cuanto me afectaba a mí lo sucedido.

Por momentos me daban ganas de salir corriendo, buscar a mi padre y enfrentarlo. Esperar que no hubiese más heridos y más muertes era un sueño iluso, sería una batalla, la batalla final y nada bueno podía esperarse de aquel enfrentamiento. Habría dolor, habría muerte. Solamente me restaba espera que el destino quisiese que la tragedia no fuese demasiado grande.

La casa de la hermandad pasó de ser un refugio, un abrigo calmo y agradable, a convertirse en un cuartel de guerra en que las charlas amenas y la música fueron remplazadas por susurros a escondidas, reuniones que más de una vez terminaban a los gritos, y el sonido de las armas al ser disparadas en el campo de entrenamiento ubicado en los jardines de la propiedad.

No tener la oportunidad de volver a disfrutar de las horas de sueño que me proveí Gabriel me lo puso mucho peor, las noches en vela a solas o en compañía de un Vicente que casi siempre se mostraba demasiado silencioso y distante tornaba las horas doblemente largas y pesarasas. Después de aquel encuentro con Vicente, me fue en extremo difícil llegar a algún acercamiento con ninguno de los dos. Mi corazón se hallaba en extremo confundido, aturdido y mi cuerpo no lo pasaba mucho mejor, es como si yo fuese un trozo de metal y ellos dos potentes imágenes, las fuerzas me tiraban por un momento hacia un lado, por momentos hacia el otro.

Mi refugio por estos días, era el despacho del padre Lucio. Vicente volvió allí conmigo al día siguiente de su llegada a la casa. Con el permiso de Gabriel, le enseñé el lugar que él ya conocía. Por un par de minutos no lo pasó nada bien, imagino que una gran mezcla de sentimientos se ciñeron sobre él al atravesar la puerta del despacho. Vicente recordaba la casa, pero más que nada, según me dijo, tenía grabado en su mente, una foto mental de aquel cuarto, el cual según me dijo, no había cambiado mucho desde la última vez que estuvo aquí, pese a que en ese momento, el seminario todavía no era lo que es hoy. Por aquel entonces Lucio vivía aquí en compañía de otros dos párrocos muy mayores, entre los tres, se ocupaban de cuidar, como podían, la propiedad, la cual se encontraba prácticamente abandonada ya que llevaba mucho tiempo sin ser utilizada como seminario.

Los otros dos párrocos no tenían ni idea de la existencia de Vicente, mucho menos, de la investigación de Lucio sobre los demonios.

Vicente no lo pasó bien, tampoco Gabriel, sé que él allí afuera se retorció por dentro al saber que Vicente pisaba el suelo que Lucio no volvería a pisar jamás. Como fuese, Vicente se mostró interesado cuando le expliqué que habíamos estado investigando sobre aquello que unía a mi madre con Eleazar.

Pasamos horas allí dentro mas no logramos descubrir nada.

Al final, el momento de partir se nos vino encima. Viajaríamos en avión de línea, igual que mortales comunes y corrientes. Vicente planteó y con razón, que de modo alguno podíamos dirigirnos a París de otro modo pese a que Cesar insinuó que si quería, podía conseguir un avión privado para que volásemos todos juntos.

La opción quedó por completo descartada al instante, no podíamos darnos el lujo de despertar sospecha alguna, es más, luego de mucho insistir e insistir, Vicente logró convencer a todos de que lo mejor sería que arribásemos en vuelos distintos, nos recordó que si bien no todos los demonios pueden

reconocer a los ángeles, existen algunos que sí, tal vez mi padre, o quien estuviese detrás de esto, podía contar con la ayuda de criaturas como éstas.

Con los pasajes comprados, los hoteles reservados, ahora tan solo nos restaba buscar a Anežka y hacer las valijas. Eso último fue otro detalle que no le agradó a nadie, Vicente sugirió que los dos regresásemos a casa para hacer nuestras valijas, y partir desde allí al aeropuerto camino a París. Otra vez les recordó a todos que muy probablemente, nuestra ausencia de casa, estuviese siendo un foco de sospecha para mi padre.

Es así como la mañana anterior a nuestra partida, salimos de la casa de la hermandad, los dos en mi flamante coche, rumbo a casa para cambiarnos y luego dirigirnos a la propiedad de los Salleses para buscar a Anežka, de ahí regresaríamos otra vez a casa, siempre escoltados por un grupo de ángeles y humanos listos para defendernos de cualquier amenaza.

26. El reino de las almas perdidas.

—Si pretenden pasar desapercibidos no les está dando resultado —murmuró Vicente espiando de hacia atrás por el espejo retrovisor.

Por una fracción de segundo aparté la vista del camino sin aflojar la tensión de mis manos sobre el volante y le eché un vistazo al espejo retrovisor que pendía del parabrisas entre él y yo. Era cierto, quién estuviese al volante de la camioneta verde que solía conducir Ami, insistía en mantenerse pegado al rabo de mi Porsche a la escasa distancia de tres metros.

Pensar en Ami hizo que un torrente de bilis trepase por mi garganta, ya suficientemente extraño era volver a vestir aquellas ropas con las que llegué a la casa de la hermandad en un tiempo en el que me sentí muy demonio. Era consciente de hoy por hoy no caminar con la misma seguridad, y no solo por el hecho de llevar otra vez unos zapatos de peligroso taco, la confusión era a nivel interno y mucho más grave y profunda que una mera crisis de identidad a la hora de vestir, ese punto era una hilacha suelta, es todo, lo demás, lo que no se veía, era una urdimbre destrozada. Ya no tenía ni la menor idea de quién o qué era en realidad, mucho menos, qué deseaba realmente.

Volví la vista al frente.

—No se le ocurrió la posibilidad de que puedan sentirlos. Tres ángeles en un automóvil... —rezongó.

En realidad en la camioneta iban dos ángeles, un arcángel y dos humanos (para ser más exactos) y creo que lo que más molestaba a Vicente, era la presencia

del arcángel cuya mirada, cada vez que se cruzaba con la mía, ensordecía a mi cerebro arrastrándolo a una desgarradora sensación de desdoblamiento que generaba en mí, una profunda pena.

—Prometieron distanciarse cuando nos acerquemos a casa de Gaspar—. Gabriel lo había prometido, y a desgano, su verdadero deseo era entrar allí con nosotros. Ni modo, a nadie le gustaba esto, el lío con mi padre y con los Nefilim no era lo único que nos preocupaba, a cada uno de nosotros tres nos pesaban nuestras propias penas, los resultados de nuestras decisiones y las apuestas que habíamos hecho a la hora de vivir nuestras vidas.

Vicente gruñó por lo bajo y después se mantuvo en silencio por un par de segundos. Lo único que se oía era el rugido del motor.

Me impresionó la contundencia con que chocó ante mí la certeza de no sentirme tan cercana a Vicente como antes, y no me refiero a lo físico, mi cuerpo aún era sensible al suyo, sino más bien, en lo que creí era una conexión única. Siempre supe que no sabía todo de él, que debía tener sus secretos (cosas que prefería no contarme por una u otra razón), mas por momentos me daba la impresión de encontrarme en presencia de un perfecto desconocido y eso me hacía sentir desamparada, sola. Más que nunca deseaba poder meterme dentro de él para comprenderlo por completo; es cierto que uno siempre tiende a preferir no pensar en el pasado de una ex pareja para así conformarse con la ilusión de que el pasado para el ser amado, no existe, el problema es que Vicente tenía demasiado pasado tras sus pasos, y era éste, el que lo había hecho ser quién era, razón por la cual, pretender apartarlo de aquello era lo más tonto del mundo y en parte, el motivo de que hoy, él y yo, estuviésemos cada uno clavado en su butaca sin mirarnos, casi ignorándonos.

El pasado... —murmuré dentro de mi cabeza—. Sí yo también acarreaba con un pasado que siquiera conocía, el pasado que me trajo a este mundo, el de años de secretos guardados bajo siete llaves, secretos que hacían explotar a mi madre cada vez que yo intentaba aproximarme a ellos.

—No podemos contarle nada de esto a Gaspar —me recordó Vicente matando el silencio así de la nada.

—Lo sé, no pretendo ponerlos en problemas.

—Existe la posibilidad de que no volvamos a verlos jamás, de que no regresemos a casa.

—También lo sé.

—Tenemos que permitirles continuar con su vida en paz.

—Eso deseo.

—Es importante que a Gaspar no le queden dudas.

—¿Dudas sobre qué?

—Sobre nosotros dos. Tenemos que esforzarnos porque crean que todo va bien. Recuerda que en esa casa todos son en extremos sensitivos.

—No sé qué...

—Ahora más que nunca pesa la confianza que me tengas, si dudas, él dudará. Lo vi por el rabillo del ojo, giró la cabeza y me miró.

—Algún día, si tengo la oportunidad te contaré todo, absolutamente todo. Hoy no tenemos tiempo pero juro que lo haré... si quieres, claro está. Creo que sea cómo sea que acabemos los dos, por lo que tuvimos, deberíamos acabarlo en paz y no así. Lo que pasó me duele; no creo que entiendas lo que significa para mí, verte a ti sentir por alguien más lo que creí era mío. Jamás imaginé que eso pudiese pasar. Sería más fácil odiarte y que tú me odiases. Odiarte y olvidarte. Odiarnos el uno al otro, me parecía imposible; además de terriblemente doloroso. Sí, sin duda en parte merecía que me lanzase al olvido y ya, no por ello el pánico se abstenía de abrir la puerta y meterse en mi corazón amenazando con apropiarse de cada fibra sensible de mi cuerpo y así, luego de destrozar todo lo vivo y humano en mí, abandonarme olvidando tras sus pasos, una cáscara vacía e insensible. La sombra de lo que fui y podría haber sido.

Por un momento creí que me desangraría allí mismo.

No comprendo cómo, logré contener que se me saltasen las lágrimas.

—Sería más fácil si simplemente fuésemos demonios, sintiendo indiferencia el uno por el otro.

Iba a pedirle perdón otra vez, por lastimarlo, por hacerlo desear aquellas cosas, cuando alzando un dedo me indicó que debía doblar en la siguiente esquina.

Con un nudo en la garganta, de lágrimas, pena y arrepentimiento, comprobé que a mi izquierda discurría el paredón que encerraba la propiedad Salleses delimitando las fronteras entre el mundo humano y el demoníaco.

Detuve mi vehículo junto al portero eléctrico. Inspiré hondo y presioné el botón. La voz de Diogo no se demoró ni cinco segundos en darme la bienvenida.

—Bien, llegó el momento —entonó Vicente cuando el portón de entrada se abrió y yo, presionando el acelerador, guié al automóvil por el camino ascendente—. Ahora más que nunca necesito que te comportes como un demonio.

—¿Qué? —Balbucí desconcertada soportando un nuevo torrente de lágrimas, el cual conduje en dirección a mi garganta para no llorar.

—Miente, actúa.

Al instante y como por arte de magia, su cara pasó de la amargura a una placidez hipnótica, a esa postura en la que él atraía todas las miradas, tanto si así lo quería como si no.

Apreté tanto el volante que acabé clavándome las uñas en las palmas.

A diferencia de tantas otras veces, fuera de la casa no nos esperaba nadie. Ninguna comitiva de recibimiento, nada. No esperaba fanfarrias ni nada parecido, es más, sabía, por el tono que le oí a Gaspar cuando lo llamé por teléfono para comunicarle que pasaría a buscar a Anežka, que no se encontraba nada feliz. Mis días de ausencia y silencio, sumadas a las respuestas que no le di y a las evasivas con las que basé mi conversación con él, no lo pusieron más fácil, todo lo contrario. Vicente me instaba a mentir, a actuar una farsa, lo intentaría, sin embargo siempre supe que no sería una buena actriz si me hubiese decantado por aquel rubro; podía representar el papel mas no por eso, tenía asegurado convencer al público.

Apagué el motor. En ese exacto momento, Diogo salió por la puerta principal. Nos dedicó una sonrisa. Ni modo, algo faltaba, obviamente el público no estaba dispuesto a cooperar. Que Gaspar no saliese a recibirnos olía mal, muy mal para mí.

Vicente me lanzó una mirada con la que pretendía terminar de afianzar nuestro compromiso, lo único importante en este momento era la misión que teníamos por delante, eso era todo.

Siguiéndolo a él, inspiré hondo y salí del automóvil.

—No saben el alivio que siento por verlos otra vez aquí —entonó Diogo. Saludó primero a Vicente y luego se acercó a mí para darme un gran abrazo.

—Es bueno estar de vuelta.

—Claro que sí —convino estrujándome entre sus fuertes brazos—. Nunca vuelvan a desaparecerse de ese modo.

—Prometido—. Dije apartándome delicadamente de su lado para así, comenzar a actuar como un demonio, es que no podía prometerle nada.

—¿Dónde están todos?

Diogo se volvió hacia Vicente.

—Más de la mitad de la familia está de viaje y de hecho en casa hoy solamente encontrarás a Gaspar, a Anežka y a mí. Leandro fue a encargarse de unos asuntos que le encomendó Gaspar, Julián salió esta mañana con Petra,

tenían trabajo pero con suerte llegará por la tarde, tal vez si se quedan a...

—No creo que tengamos la oportunidad de quedarnos hoy —lo cortó Vicente

—. Tenemos muchas cosas que hacer.

—Sí, Gaspar me contó que planean salir de viaje.

Diogo me miró y yo sonreí sin mucha gracia.

—Necesitamos tomarnos un tiempo —acotó Vicente.

—Sí, es comprensible. Pueden dejar a Anežka aquí, ella es una muchacha muy dulce, muy buena, es estudiosa, trabajadora. Aprende rápido. Le gusta mucho la historia, sobre todo se siente muy atraída por aquellas partes en que los nuestros estuvieron involucrados.

—Quiero estar ahí para ella, Diogo—. Eso era cierto—. Quiero hacerme cargo del compromiso que tengo con ella... bien, en realidad no es que solamente me sienta responsable, quiero hacerlo, ella es especial para mí. Siento que la he abandonado.

—Nada de eso, es que cuesta acostumbrarse a este tipo de cosas.

—Por eso mismo creo que lo mejor es que pasemos un tiempo juntos los tres, como un familia... así como ustedes. Eso sería bueno para nosotros —añadí buscando los ojos de Vicente.

—Es cierto. La ayudaré con esto, lo lograremos juntos.

Sí, que hermosa mentira, sonaba a que intentaríamos formar una familia perfecta y el caso es que esto era cualquier cosa menos perfecto.

—Pasamos por una crisis pero vamos a estar bien.

—La crisis del primer año —bromeó Diogo haciéndose eco de las palabras de Vicente—. Claro que estarán bien. Ustedes han pasado por muchas cosas para llegar hasta aquí, nadie en su sano juicio les reprocharía tener una caída en la relación—. Nos sonrió a los dos por turnos—. Como sea, cuando regresen comenzaremos a planificar una fiesta para celebrar su primer aniversario de casados. ¿Sí? Me complacería mucho si me permitiesen agasajarlos. Ustedes dos en verdad son un ejemplo. Además aquí los queremos mucho y nos sentimos orgullosos de lo que han logrado, todo lo que han superado...

No alcancé a entonar más que un “gracias” ahogado.

Diogo nos invitó a pasar.

—Por cierto, cómo está Petra.

—Muy bien, apenas si le ha quedado marca. Marga hizo muy buen trabajo, dijo que en un tiempo ya ni se notará que sufrió lo que sufrió—. Su rostro se amargó—. Aunque dudo que pueda deshacerse así de fácil de los malos

recuerdos vividos.

—Con respecto a lo sucedió la última vez que estuvimos aquí yo quisiera — comenzó a decir Vicente pero Diogo no se lo permitió.

—Ya pasó, si regresaron aquí es porque aquello es algo que ha quedado olvidado.

—No, necesito pedirles disculpas a ambos. Me extralimité

—Amas a Eliza, Vicente, solamente cuidabas de ella. En nuestro mundo nunca está de más protegernos de lo que creemos son amenazas para aquellos a los que apreciamos. Nosotros no les deseamos mal a ninguno de los dos y siempre, siempre serán bienvenidos. Para hablar con sinceridad, por un momento nosotros también tuvimos miedo... te desconocimos y temimos que Eliza estuviese en peligro—. Sacudió las manos no sin cierta elegancia—. Que no se hable más de eso, fu un momento de mucho stress para todos. No hablemos más de eso. Entren, Gaspar los espera en su despacho, yo iré a buscar a Anežka. Eliza, ella se puso muy feliz cuando le contamos que vendrías a buscarla.

Sentí una punzada de angustia y culpabilidad, que Dios, el destino o quién fuese no permitiese que nada malo le sucediera en París. Antes de partir, en secreto, le había pedido a Gabriel que por favor, si algo nos pasaba a Vicente y a mí, se ocupase de ella; no quería que quedase sola y desamparada, ella no tenía por qué continuar sufriendo, no se merecía más dolor, sino algo de felicidad y tranquilidad. De ser por mí, la hubiese dejado con Gaspar y su familia. Arrastrarla a París me parecía una injusticia.

Sí, la vida no es justa.

La puerta del despacho de Gaspar estaba cerrada. Diogo la abrió. Gaspar alzó la vista de los papeles que tenía entre manos y me miró, una fracción de segundo más tarde, sus ojos buscaron a Vicente. No hubo sonrisas de su parte y no pude reprochárselo, la última vez que estuvimos aquí todo fue mal, y así, sin más, yo le había encargado a Vicente, a mi partida, que dejase a Anežka en su casa. Sin mayores explicaciones habíamos abusado de su bondad, de su preocupación y ahora, como si nada, regresábamos. Tenía todo el derecho del mundo a estar ofendido, a no querer a volver a vernos las caras, a soltarnos una buena reprimenda, a desconfiar de cuanto saliese de nuestras bocas.

—Hola.

Un hola un tanto quedo salió de mis labios, en aquel simple saludo noté que Gaspar terminó de comprobar que Gaspar estaba resentido.

—Buen día, Gaspar. ¿Interrumpimos?

El aludido se puso de pie al tiempo que cerraba la carpeta de piel negra que tenía frente a sí.

—No, para nada, los esperaba, es que mientras tanto aproveché para revisar unos papeles que tenía pendientes. Pasen, por favor.

Un sus palabras no detecte ni la menor partícula de efusividad, estaba siendo educado es todo, no cariñoso tal como solía serlo siempre.

—Diogo, puedes preparar café.

Hasta para mí fue obvio que deseaba que nos dejase a solas.

—Claro, voy a avisarle a Anežka que Eliza llegó.

—Sí, en un momento nos reuniremos con ustedes en la cocina.

Por si a Diogo le quedaban dudas: Gaspar no deseaba ser molestado, tenía planeado hacer su descargo, ponernos en nuestro lugar, pedir explicaciones.

Bajo las condiciones dadas, mentir no resultaría nada fácil.

—Tomen asiento por favor.

La puerta se cerró detrás de Diogo.

—Gracias por recibirnos, Gaspar. Antes que nada me gustaría disculparme por las cosas que dije la última vez que conversamos.

Gaspar tomó asiento sin pronunciar palabra, dándole lugar a que continuase explicándose.

—Sé que soy yo el primer afectado por el halo de Eliza. Es indudable que ella tiene no es para nada común y que a cualquier otro demonio en mi lugar también le afectaría. Pero es doblemente complicado para mí porque yo la amo y mucho —me miró—. Más que nada en este mundo, deseo protegerla, cuidarla. No pasábamos por un buen momento y todo era demasiado confuso. Me extralimité —agachó la cabeza. Me dio la impresión de que aquello era una suerte de gesto de sumisión—. No pretendía ofenderlos de esa manera, ustedes son la única familia que he tenido desde que perdí la mía hace muchos, muchos años ya. Fue el miedo quién expresó por mí ese día; sé muy bien que ninguno de ustedes sería capaz de algo semejante. A veces los celos...

Gaspar alzó la mano. Vicente se detuvo.

—¿Por quién me tomas? Los dos... ¿Creen que soy idiota? No nací ayer ni soy un neófito. ¿Qué demonios significa esto? ¿Qué clase de pantomima ridícula es esa disculpa.

—Yo...

—No necesito que te disculpes conmigo, Vicente. Necesito la verdad, con eso me alcanza y me sobra—. Nos vio a los dos por turnos con una mirada penetrante y certera—. Primero eso, luego tú desapareces —me dijo a mí—, y

tú vienes a dejar a esa muchacha aquí sin dar más explicaciones. Ambos desaparecen durante días... y ahora regresan así sin más.

—No pasamos un buen momento, Gaspar—. Entoné. Me parecía que ya era momento de entrar en acción, de otro modo este barco se iría a pique y ya no habría forma de reflotarlo. No quería que el barco se hundiese con la familia Salleses dentro.

—Algo sucede y espero que me cuenten qué es.

—Fue una crisis matrimonial, creí que Vicente... fue una tontería, hemos aclarado todo. Es que todavía no me siento del todo segura conmigo misma y... no sé, es difícil mantener en pie todo lo demás cuando uno no... —callé, Gaspar me miraba torcido. Lo que dije podía no ser la razón principal de lo sucedido, mas no era mentira, de eso había mucho.

—Vicente ha estado en París con tu hermano, a mis oídos llegó el anuncio de su nombramiento.

Nos quedamos mudos.

—¿Acaso esperaban que no me enterase de eso?

—Es algo que Vicente tuvo que hacer —comencé a decir saliendo al rescate—. Mi padre se lo pidió, Gaspar, no le quedó más opción. Tendremos que hacernos a la idea de que no podremos evitar cumplir con algunos de sus pedidos. Es mi padre... Vicente se negó demasiadas veces, supongo que podría haber continuado negándose de no haberse casado conmigo.

—Magda me contó de la herida en tu hombro.

Otra vez se hizo silencio.

—La quemadura en la mano de Vicente, el ataque que sufrió Petra, la muerte de esa muchacha que debía convertirse en demonio. El ataque que tú sufriste —sus ojos miel me atravesaron—. El cargo de Vicente, tu desaparición... el súbito regreso de ambos—. Reclinó su cuerpo sobre el escritorio—. Nada de esto es ni remotamente normal. Nada de esto se explica con una simple crisis matrimonial. Los mártires pasan a la historia porque mueren y yo los quiero demasiado a ambos para verlos morir. No me obliguen a comenzar a creer que los dos son parte del problema. Díganme que no lo son. Necesito que me aseguren que mis sospechas son banas, que a pesar de ser demonios todavía son criaturas de Dios, que todavía son parte de esta familia, que todavía valoran lo que significa ser un verdadero ser humano.

Esta vez no fui capaz de contestar.

—Lo que sucedió quedó en el pasado. Esperamos poder mirar hacia adelante y asegurarnos de no volver a cometer los errores del pasado.

—Por lo visto no piensan contarme qué es lo que sucede.

—No pasa nada, intentamos recuperar nuestro matrimonio, es todo.

—¿Dónde estuviste todo este tiempo, Eliza?

—Necesitaba apartarme, pensar.

—¿En dónde? —insistió.

Miré a Vicente, él me sostuvo la mirada sin parpadear.

—No tiene la menor importancia. Lo único que cuenta es que me ayudó de despejar muchas dudas, a comprender de qué va este mundo en realidad. Intento asimilar esta nueva vida lo mejor que puedo. No ha sido fácil.

—Si coacciona sobre ti para que no me cuentes... —comenzó a decir Gaspar y lo interrumpí de inmediato.

—¡Nada de eso, Gaspar! Vicente no me obliga a nada. No estoy bajo amenaza; él no es... Fueron momentos confusos para todos sin embargo hoy por hoy tengo muy claro que me ama, que aquí nada cuenta ni mi halo, ni el detalle de ser hija de quién soy, ni nada más. Para que me quiera solamente soy yo, y si alguien. No ha hecho nada malo, nada más que quererme y procurar mantenerme a salvo.

—Dijiste que saldrían de viaje, ¿París es su destino?

—No de inmediato —se apuró a responder Vicente, primero nos tomaremos un tiempo para nosotros.

—¿Por qué no dejan a Anežka aquí con nosotros?

Evidentemente Gaspar olía la mentira.

—Porque me parece que ella ya esperó demasiado. La he desatendido y me siento mal por eso, el prometí algo que no cumplí —inspiré hondo y solté el aire—, quiero hacer todo lo que esté en mis manos para darle paz. Quiero que tenga la oportunidad de sentirse fuerte, de liberarse de aquellos pesos que la han mantenido aprisionada contra la tierra desde que tiene uso de razón, quiero que por primera vez en su vida se sienta libre... se sienta ella misma. No hay razón para continuar demorando su cambio.

Suspirando, Gaspar recostó la espalda contra el respaldo de su silla.

—Sé que detrás de esas palabras que han pronunciado hay muchas otras que no quieren decir. No sé si le tengo más miedo que sea por desconfianza, o porque temen que eso nos ponga en peligro a mi familia y a mí. Cómo sea, me preocupa. Es probable que aunque ustedes no lo quieran, muchos salgan lastimados; solamente quisiera saber si hay algo...

—Sí, la hay: no hablemos más de ello, Gaspar.

—¿Hablas en serio? —jadeó Gaspar sorprendido.

Vicente asintió con un movimiento de cabeza.

—Si creen que esta conversación me dejará tranquilo, que no volveré a pensar en lo sucedido se equivocan. Ahora estoy más preocupado que antes.

Vicente se puso de pie.

—Terminemos con esto, Gaspar, solamente quería disculparme. No tenemos más nada de qué hablar—. Se volvió hacia mí—. Eliza, ve a buscar a Anežka, se nos hace tarde—. Gracias por todo, de verdad valoramos mucho lo que has hecho por nosotros.

—Ustedes dos son dos idiotas que no entienden que la vida no está hecha para vivir en soledad, inevitablemente siempre nos necesitamos los unos a los otros. Incluso los demonios se necesitan entre sí.

—Déjale de mi parte un saludo a toda la familia, pídeles disculpas de mi parte por lo sucedido.

Gaspar meneó la cabeza no creyendo que fuésemos a dejarlo todo así, sin más, sin mayores explicaciones. Es que se supone que así debía ser.

—Adiós, Gaspar—. Me despedí. Se me formó un nudo en la garganta.

—Cómo desearía que confiaran en mí.

Sin acotar nada más, me puse en pie y salí rumbo a la cocina. Allí encontré a Anežka en compañía de Diogo. Cuando la vi me dio la impresión de que se veía muy cambiada, mayor, más madura y centrada, también más segura de sí misma y sin duda, menos temerosa del extraño mundo al que había ido a parar. En cuanto se percató de mi presencia dio un salto y corrió hacia mí. Su efusivo abrazo por poco me arranca un torrente de lágrimas que de seguro no sería capaz de contener si comenzaban a aflorar. No quería llorar, no allí, no frente a ella.

Ni a ella ni a Diogo les cayó la prisa con que les aseguré, debíamos partir, Diogo ya hacía planes para un almuerzo familiar, para pasar el día conversando.

La entrada de Vicente en la cocina borró de un plumazo con las esperanzas del anfitrión de la casa, de convencernos para que nos quedásemos a comer, puesto que traía una cara larga y unas prisas que evidenciaban que hoy no sería el día de volver a como todo era antes.

Con pocas palabras y un tono áspero Vicente le pidió a Anežka que fuese por sus cosas.

Juntas subimos a buscar sus pertenencias. Me dio un escalofrío cuando reparé que la habitación en que ocupaba ella era la misma que habían adaptado para mí aquella vez en que me descontrolé, la vez que escapé de ellos poniendo en

riesgo absolutamente todo. Me pregunté si estaría volviendo a cometer el mismo error.

Apreté los dientes y tragándome las dudas y los miedos cargué la maleta y el bolso de Anežka (su equipaje había aumentado de tamaño durante su reciente estadía en esta casa, seguro por insistencia y a mano de Petra, Kumiko y Sofía).

Casi sin despedidas, escasos cinco minutos más tarde, abandonábamos la casa del clan Salleses. Me amargó ver cómo los ojos de Anežka se aguaban. Era horrible arrastrarla con nosotros a lo que sin duda, podía convertirse en lo peor de lo peor.

Por el espejo retrovisor eché una última mirada hacia atrás, era triste no saber si tendría la oportunidad de regresar aquí, de volver a verlos.

...

El equipaje aguardaba por nosotros, amontonado a un costado de la puerta de la cocina. Era una montaña de valijas de todos los tamaños, formas y colores. La contemplé en silencio con una taza de café entre las manos. Afuera estaba oscuro, muy oscuro y del momento de la partida nos separaba un par de horas nada más.

En otro momento el cansancio físico hubiese sido detectado por mi cerebro como una mera molestia que no afectaría nunca, mi desempeño físico, sin embargo hoy, sumado a la tensión y a los nervios, me sentía igual que si me hubiesen molido a golpes. Me sentí completamente agotada. Añoraba desesperadamente dormir un par de horas, desconectar mi cerebro, detener la maquinaria de mis pensamientos. Sabía que Gabriel se encontraba allí afuera, dentro de la camioneta junto con otros integrantes de la hermandad; que delicia sería pedirle que me pusiese a dormir... dormir igual que Anežka lo hacía ahora profundamente (hacía cinco minutos había pasado por su cuarto a echarle una mirada, solamente para asegurarme de que estaba bien, y la encontré durmiendo a pierna suelta, es más, roncaba). Sin duda era un alivio verla descansar de aquel modo, tan segura...

Vicente entró en la cocina con su taza de café en mano y el celular en la otra, marcaba un número.

—Llamo a Ciro para confirmarle que nuestra llegada —explicó.

—Estamos jugando con fuego.

—No nos queda más remedio—. Se detuvo junto a la mesada apartando la

vista del celular por un momento—. No hacer nada es igual de arriesgado que intentarlo. De este modo al menos habremos hecho algo; no soy partidario de quedarme con los brazos cruzados.

—Tampoco yo, es que me asusta lo que pueda sucédele a los demás. Si he de morir...

—No digas eso —me reprendió con mala cara.

—Es por quién soy, Vicente. Eso no es algo que puedas cambiar, no tiene que ver con lo que pasó entre nosotros, tengo la certeza de que de un modo u otro mi padre se las hubiese arreglado para hacerme entrar en su mundo—. Tragué saliva; bueno, en realidad apenas si pude, tenía la garganta cerrada y sentía igual que si sobre el pecho llevase una suerte de chaleco antibalas, una rígida estructura que me oprimía el pecho limitando los movimientos de mi torso al mínimo, es por eso que me resultaba muy difícil respirar, tragar, e incluso hablar—. Tiene que ver conmigo.

—No es tu culpa ser hija de quién eres.

—No, pero es lo que me ha tocado y no hay modo de cambiarlo. Negarlo es un gran tontería, ya quedó demostrado que ese detalle no puede esconderse debajo de la alfombra; es más que un poco de tierra y suciedad. Es lo que corre por mis venas... —lo miré a los ojos—. Es tan extraño saber que el Diablo mismo es tu padre. Si está en mis manos evitar que haga más daño, entonces haré todo lo necesario. No voy a llorar, no pienso compadecerme de mí misma. Esto es más grande que tú y que yo juntos, más importante...

Arrojó el celular sobre la mesa y dejó la taza con tal brusquedad que volaron gruesas gotas de café por todas partes. De un tranco se plantó frente a mí, agachándose a mis pies, frente a la silla en la cual me encontraba sentada.

—No vuelvas a insinuar nada semejante.

—No estoy dispuesta a permitir que sigan adelante con sus juegos, haré lo que sea necesario para detenerlos, incluso daré mi vida.

—Tu vida vale tanto como la de cualquier otra persona, incluso más.

—Vicente, podríamos estar hablando de toda la humanidad. Soy un demonio, soy la hija del Diablo, nadie me extrañará si...

— ¡¿Qué?!

Los ojos se le pusieron cristalinos.

Alcé una mano y acaricié su mejilla izquierda.

—Gracias.

—Gracias por qué —me preguntó.

—Por devolverme la vida, antes de conocerte todo era gris, monótono y

sinceramente, no creí que fuese capaz de amar así a nadie.

—Qué hay de él.

Supe perfectamente bien a quién se refería.

—No lo sé—. Era la pura verdad.

—Tal vez, cuando todo acabe, él pueda... como mínimo tal vez pueda devolverte tu humanidad. Es probable que él sea lo mejor para ti. No voy a quejarme si decides regresar a la senda del bien, yo lo haría si pudiese.

El celular de Vicente se puso a chirriar y a bailotear sobre la mesada; sonaba y vibraba al mismo tiempo.

—Ese debe ser, Ciro—. Se puso de pie—. No te muevas de ahí.

Atendió y sí, era Ciro. A cara de piedra le siguió la corriente informándole sobre nuestra inminente llegada y detalles que para él debían ser buenas noticias: yo lo acompañaría y demostraba mostrarme dispuesta a cooperar; Anežka arribaría con nosotros y ya planeábamos convertirla en demonio; no había surgido absolutamente ningún problema, nadie sospechaba nada y básicamente habíamos roto lazos con aquellos que en París, se consideraban indeseables.

Que mezcla de mentiras y verdades tan enredadas —pensé mientras Vicente fingía con mala cara, una carcajada de triunfo que debía acompañar a la que sonaba al otro lado de la línea.

Me desconecté de aquella conversación cuando comenzaron a discutir sobre trabajo y política (a política demoníaca me refiero).

Un tanto ida de la realidad que me rodeaba, bebí un trago de café y alcé mi celular, la pantalla gris me devolvió un reflejo de mi imagen. Me vi ojerosa, opaca, sombría.

Rápidamente, marqué un número que llevaba mucho tiempo sin utilizar.

Mientras el teléfono sonaba al otro lado de la línea, salí de la cocina y me interné en la oscuridad del jardín.

—¿Eliza? No lo puedo creer, comenzaba a pensar que habías muerto.

Lucas sonaba enojado, y con toda la razón del mundo.

—No tienes esa suerte—. Le contesté y él guardó silencio por un par de segundos—. En qué andabas, estás ocupado.

—No, para nada, jugaba con la PlayStation, de hecho iba perdiendo, es que esta noche no logro concentrarme. Qué haces tú llamando a esta hora, son las tres de la mañana.

—Tenía ganas de hablar contigo.

—Me sorprende, sinceramente iba haciéndome a la idea de que jamás

volveríamos a vernos.

—Llamo para disculparme por mi conducta, soy en gran parte responsable por tantas idas y venidas entre nosotros y no deseaba pasar otro día sin decirte lo mal que me hace no poder ser lo que tú quieres que...

—No necesito que sientas lástima por mí.

Por el tono de su voz imaginé que apretaba los dientes.

—Lo que nos une es mucho más grande que esta suerte de conquista adolescente a la que hemos estado jugando.

—No jugaba, te amaba.

¿“aba”? ¿Pasado?

—Admito que mi comportamiento fue el de un idiota, un cretino en más de una ocasión, sobre todo durante nuestros últimos encuentros.

—Sé que vas a odiarme por lo que voy a decirte pero es probable que nunca pueda darte más que amistad, yo te quiero, te quiero con toda mi alma porque de hecho mi alma siempre fue tuya, mas no sé, de algún modo y por alguna razón mi corazón está en otra parte.

—¿Y crees que no lo supe siempre?

Quedé muda.

—Hace días decidí no volver a preguntarme por qué, por qué no puedes amarme, por qué tuve que venderle mi alma al Infierno, por qué acabé junto a Vicente. Es que ya no quiero seguir viviendo así. Es hora de que todos nosotros aceptemos lo que somos y el lugar que debemos ocupar. Mi lugar no es contigo, nunca lo fue, ni aunque me fuese dado el derecho sobre tu alma. El lugar que yo ocupó en tu vida y el lugar que tú ocupas en la mía es... No es agradable admitirlo, mas yo aprecio mucho a Vicente, lo quiero —soltó una risa seca y corta—. Con todas mis fuerzas he procurado odiarlo, al igual que me propuse odiarte a ti; no dio resultado, además no quiero vivir así, sé que puedo tener más que esto, algo mejor, más sano. La eternidad es larga y confío en que encontraré a alguien.

—Seguro que sí. Serás feliz. Lo serás porque te lo mereces.

—No sé si me lo merezco; al menos estoy dispuesto a no continuar siendo tan miserable—. Pausa—. Me alegra que llamas. Yo no tenía el valor de marcar tu número, supongo que tampoco las ganas, me propongo reorganizar mi existencia pero no es que me sienta superado ni nada de eso, todavía desearía poder pedirte que vinieses a pasar la noche conmigo y que tú aceptases.

Aquello me turbó de sobre manera. Esa reacción no duró mucho ya que un movimiento a mis espaldas me hizo dar un respingo. Tardé un segundo en

reconocerlo, sin embargo el miedo que me cundió durante ese segundo, hizo que mi corazón se desesperase y que tuviese tiempo de imaginar que había llegado el final.

El rostro de Gabriel salió de la oscuridad. Una franja de luz que salía de la cocina iluminó la línea de sus ojos, los cuales se vieron igual si fuesen de mármol negro.

—Debería aprender a cerrar mi gran bocata —acotó Lucas frente a mi silencio.

—Lo siento.

—También yo—. Tragué otra vez sin poder apartar mis ojos de los de Gabriel

—. Tengo que colgar.

—Claro.

—Te quiero.

—También yo. Gracias por llamar.

—Gracias por atenderme. Adiós, Lucas.

—Hasta pronto—. Me respondió él mientras yo pensaba que quizá ese fuese el último recuerdo que me quedaría de él. Deseaba con todo el corazón que pudiese rehacer su vida, ser feliz.

Corté y me guardé el celular en el bolsillo.

—Se supone que el amor debiera ser una bendición—. Susurró muy bajo.

—Se supone —convine yo—. ¿Sucedió algo? —Me llamaba poderosamente la atención que hubiese entrado en la casa, acaso no temía ser visto, o que Vicente saliese y lo encontrase allí conmigo.

—Puedo sentir cuando piensas en mí.

Mi cuerpo se estremeció ante el revelador dato.

—Si quieres dormir...

—No, no creo que sea buena idea.

—Patrullamos la zona de modo que no es un riesgo, no al menos uno muy grande, que cierres los ojos por una hora o dos.

—Por qué tu padre permite que el mío haga estas cosas.

—No te entiendo.

—No debería ser así.

Movió ligeramente la cabeza de arriba abajo.

—Nadie obliga a nadie a hacer nada.

—Sí, lo sé pero hay ciertas cosas que no deberían suceder jamás. La gente muere, sufren niños, se pasa hambre, soledad, dolor, el mundo no es lo que debiera, si hasta los animales se extinguen y la vegetación se pierde.

—¿Te preocupa el calentamiento global? —me preguntó con una enorme sonrisa en el rostro.

No pude más y me largué a llorar.

Así, sin más, sin previo aviso, vino y me abrazó.

—Perdón, fue una broma tonta. Los nervios me carcomen y cuando me pongo nervioso no sé lo que digo.

Alcé la cabeza y volví a mirarlo a la cara.

—Por qué tengo la persistente y horrible sensación de que no tengo futuro.

Sus ojos se pusieron todavía más negros.

—Como sea, siempre existe un futuro—. Me apartó de él empujándome por los codos—. Quería hablar contigo porque es probable que de ahora en más no tengamos muchas oportunidades de estar a solas o siquiera de hablar.

Creí que no resistiría otra conversación como la que tuve con Vicente y más tarde con Lucas.

Sintiéndome a punto de desmoronarme, me abrasé a mí misma acurrucándome dentro del fino saco que me había echado encima para abrigar mi piel de la ligera brisa que corría.

—Sea lo que sea que suceda, pase lo que pase si salimos de esto... —sus dedos apretaron mis brazos, con decisión y dulzura me arrastró otra vez hacia él. Con los ojos abiertos, con sus ojos fijos en los míos me besó. Nos besamos hasta que nuestros parpados cayeron, en especial los míos. El mundo se puso negro.

Cuando abrí los ojos me encontraba tendida sobre la cama, cubierta por una manta. Vicente se hallaba a mi lado, viéndome dormir.

—Pasó mucho tiempo desde la última vez que tuve oportunidad de verte dormir. Lo hacías plácidamente.

Me refregué los ojos y trepé por las almohadas.

—Te encontré dormida sentada en los escalones de la puerta de la cocina. ¿Vas a explicarme cómo es que puedes dormir? Casi me muero del susto, creí que algo malo te pasaba.

—Gabriel —entoné sin dar demasiadas explicaciones.

—¿Gabriel?

—Tiene el poder de ponerme a dormir.

—¿Cómo?

—No lo sé.

—¿Estuvo aquí?

Le contesté que sí con un movimiento de cabeza.

—Eso nos lleva de regreso a la conversación que dejamos inconclusa en la cocina—. Inspiró hondo y me dio la sensación de que además, de paso, juntaba valor—. Tarde o temprano tendrás que escoger.

Sin darme tiempo a nada, se levantó de la cama.

—Qué bueno que despertaste, porque ya es hora de prepararnos para salir—. Se alejó en dirección a la puerta del cuarto pasando junto a los pies de la cama—. Me aseguraré de que Anežka le haya hecho caso a su reloj despertador. Lo único que nos falta es perder el vuelo.

Sin dedicarme una última mirada, salió del cuarto.

Sin ganas de nada me deslicé otra vez hacía abajo para quedar tendida en el colchón.

El reino de las almas perdidas esperaba por nuestra llegada.

27. El destino y la necesidad.

De gris nos recibió París. Por las calles soplaba un viento frío que amenazaba con arrancar de cuajo los edificios, incluso aquellos mucho más modernos que no condecían del todo con la imagen clásica de la ciudad.

Lo que sí iba a tono con ese idílico sueño de París que muchos guardan, era el coche en que viajábamos: amplio, lujoso, negro, sin detalles demasiado llamativos pero por su sobriedad, imposible de pasar por alto, incluso en el infernal tránsito de la ciudad.

De ser por mí hubiese preferido ir de taxi hasta la casa que Vicente tenía aquí; ni modo, mis ganas daban al traste con los planes de mi hermano, en aquel llamado que Ciro hizo a Vicente pocas horas antes de nuestra partida le comunicó que un automóvil pasaría a recogernos por el aeropuerto y nos llevaría hasta la propiedad de Vicente en una de las calles más costosas de la ciudad. Cortesía de la casa, había dicho con lo que Vicente describió como un empalagoso regocijo. Sin duda debían festejar que al final, se habían salido con la suya. Sí, los dos llegábamos a París para unirnos a Las Doce sillas que con nosotros, serían trece. Trece, el número de mala suerte para muchos; esperaba fuese lo contrario para nosotros, necesitaríamos toda la suerte de la que pudiésemos disponer para salir de ésta con vida, o como mínimo, para que nuestras muertes valiesen la pena.

Aparté la mirada de las calles que discurrían hermosas y algo lúgubres a tan temprana hora de la mañana, al otro lado de la ventanilla y le eché un vistazo a

Anežka quién a pesar de ir de negro y de haber dormido poco durante el vuelo se veía radiante. No pude dejar de preguntarme como lo conseguía, yo tenía la pinta de quién ha pasado semanas sin dormir, mi piel lucía opaca, tenía ojeras debajo de los ojos, me dolían las articulaciones, ya comenzaba a creer que era víctima de cansancio crónico y sin duda mi cabello había tenido mejores momentos. Y yo que creía que sería ella la más afectada por todo los cambios, la que más recelosa se sentiría de regresar a París, todo lo contrario, a Anežka le entusiasmaba volver aquí; no son ideas mías, me lo dijo fuerte y claro, según ella esta ciudad tenía algo especial, algo muy especial. Cuando lo dijo se me puso la piel de gallina; claro que la ciudad tenía algo de especial, por estos días la invadían demonios y ángeles caídos, los niveles de energía aquí debían ser descomunales y sin duda, ella debía ser en especial sensible a ellos; me equivoqué al creer que le afectarían de un modo negativo, el caso es que parecía reavivada por el halo de tanta criatura sobrenatural.

—¿Qué? —me preguntó al darse cuenta de mi mirada fija sobre su persona.

—Nada.

Vicente giró la cabeza y me miró.

—¿Va todo bien?

Amagué una sonrisa.

—Claro.

—En nos minutos llegaremos a casa.

—Muero por tener la oportunidad de volver a pasear por estas calles.

Lo de Anežka me sonó más a un pensamiento en voz alta que a cualquier otra cosa.

—No faltará oportunidad—. Dijo Vicente intentando comerse la ansiedad y parecer despreocupado. Cruzamos una mirada y después cada quien, volvió a su ventanilla para perderse en las postales que entregaba París a la vuelta de cada esquina.

Luego de que el vuelo que traía a Gabriel y a los demás, tocase suelo francés; el plan era que diésemos la más convincente representación de normalidad, eso implicaba, pese a lo que yo esperaba que fuese, salir a pasear, a hacer las compras, ir a fiestas, concurrir cuantas veces fuese necesario, a la sede de Las Doce Sillas, incluso, visitar a mi padre y pasar tiempo con él, ya que siempre, pero siempre, los tendríamos a ellos custodiando nuestras espaldas. Saber que se encontrarían ahí me dejaba más tranquila por un lado, y me ponía los pelos de punta por otro, si estaban ahí, sus vidas correrían peligro.

Lo admito, en este momento necesitaba a Gabriel conmigo. Saber que aún se

encontraba volando tal vez sobre el océano o ya sobre territorio europeo pero a kilómetros y kilómetros de aquí me hacía sentir un tanto desprotegida.

Un par de minutos más tarde finalmente arribábamos a destino. Anežka, que no conocía la casa, quedó encantada; la perdimos de vista a causa del entusiasmo que generó en ella el hecho de estar instalándose en su propio cuarto, en una ciudad tan excitante y hermosa cuanto lo era París, sin duda para ella esto sería la gloria, lo que toda jovencita de su edad puede desear, más, tomando en cuenta el estilo de vida que nosotros llevábamos (Anežka no se desvivía por los lujos, pero disfrutar de una vida como la nuestra, sin duda era un gran cambio, uno muy agradable a su anterior existencia).

—No podemos permitir que salga de la casa hasta que los demás lleguen —me recordó Vicente cuando nos quedamos solos en la sala de estar.

—Lo sé.

—Serán un par de horas nada más.

Asentí.

—Tenemos que procurar que no sospeche nada. Con un poco de suerte tal vez se acueste a dormir un rato—. Sacó el celular del bolsillo de su chaqueta y comprobó que no tenía mensajes—. Deben saber que ya estamos aquí, seguro que el chofer se los hizo saber en cuanto nos presentamos, de modo que debemos prepararnos, en cualquier momento podrían llamar o mismo presentarse aquí.

—¿Hay algo planeado? —Me preguntaba si por delante, en el futuro cercano, teníamos en la agenda algún evento oficial al que acudir o algo así.

—Ciro mencionó una cena, pero entiendo que sería en unos días. Lo que más me incomoda es que puedan presentarse eventos no oficiales, tales como que Ciro venga a darte la bienvenida, que nos crucemos con esos demonios que obedecen a solo Dios sabe quién, o con los Nefilim.

—También podría dejarse caer por aquí mi padre —acoté en tono burlón; más de una cosa mala podía suceder, es más, nuestras chances de que algo bueno pasase, eran casi remotas, esperar disfrutar de un respiro de un par de horas se me antojaba imposible, y de hecho así fue, en cuanto terminé de entonar la frase sonó el timbre de la puerta.

Así, al instante, un sudor frío me cubrió la piel, la sensación de hiel me llegó al alma.

Los dos tardamos en reaccionar, al final, fue Vicente quien atendió. Yo no logré hacer otra cosa que quedarme clavada en mi sitio; bien, sí, Vicente me pidió que no me moviese de dónde me encontraba, mas me hubiese gustado

asomarme a ver quién era, la curiosidad y los nervios me carcomían por dentro.

Por sobre el estruendoso sonido de los latidos de mi corazón, escuché que Vicente le agradecía a alguien en francés, un par de segundos más tarde regresaba a la sala de estar cargado un enorme arreglo floral de rosas color púrpura.

—Tiene un sobre con tu nombre.

Lo divisé en cuanto lo mencionó. Era un sobre del mismo violeta de las flores, en una caligrafía que parecía escrita con pluma, figuraba en néveo blanco, mi nombre.

Tomé el sobre y Vicente se llevó la canasta para colocarla sobre una de las hermosas mesas de estilo francés que se hallaban estratégicamente acomodadas por la sala.

Dentro del sobre había una tarjeta blanca escrita en violeta.

Las rosas violetas no existen en la naturaleza, son una innovación del hombre, pero no por ello, son menos hermosas.

Representan la realeza, la majestad, la grandeza y el encanto.

También son símbolo del amor y la protección paterna.

Las rosas púrpuras son todo lo que nosotros dos somos, hija, lo que somos y lo que haremos de nuestras vidas a partir de este glorioso día.

Bienvenida a casa.

E.

Leí la nota más de una vez y no por ello se hizo más sencillo asimilar lo que transmitía en muy pocas palabras.

Lo que mi padre esperaba de mí, fuese lo que fuese, de seguro no debía ser nada bueno.

Que le entusiasmase tanto mi llegada me revolvía las tripas.

Le pasé la nota a Vicente; él la leyó en silencio.

—Supongo que no podíamos esperar otra cosa. Que tu padre trama algo no es novedad.

—No, solamente necesitamos saber qué es lo que planea y cómo detenerlo.

—Tranquila, apurar las cosas no es un movimiento inteligente. Debemos mantener la calma, permitir que lo que sea que planea hacer, se muestre a nosotros poco a poco. Tarde o temprano acabaremos descubriendo qué es. Dentro de Las Doces Sillas hay muchos con la lengua demasiado floja, si

alguien sabe de algo, lo averiguaremos.

—¿Y si ese algo, mi padre no se lo ha contado a nadie, siquiera a Ciro? ¿Si es algo que planea aparte, con esos otros demonios que actúan entre las sombras?

—Pensé en eso. Cómo sea, alguien sabrá algo, este es el corazón de todo, aquí se forja todo destino, cada necesidad parte de aquí.

—Me dan escalofríos —entoné mirando en dirección a las flores. Me estremecí y encogí dentro de mi abrigo—. Las tiraré a la basura si pudiese.

—Si tu padre pregunta por ellas...

—Lo sé, le diré que son hermosas—. Entoné con falso entusiasmo.

—No hace falta que piense que te he lavado el cerebro, Eliza —bromeó con una sonrisa amena en los labios—. Con que aparentes ser al menos un poco cooperativa bastará; si te muestras demasiado entusiasmada con esto, sospechará.

Sí, sí, ya lo sabía.

—Esas flores han de ser un intento de llegar a ti, de hacer las paces luego de lo sucedido la última vez que se vieron. Tu padre sabe que no eres tonta ni volátil, que si desea alguna cosa de ti tendrá que intentarlo por las buenas porque por las malas no llegará a ninguna parte. Te conoce, nos conoce a ambos... tiene todas las cartas a su favor y hasta que no averigüemos qué juego pretende planear, debemos seguirle la corriente.

—No voy a llamarlo para agradecerle el ramo.

—Supongo que no espera que lo hagas, es más, me figuro que será él quien llama, de modo que deberías prepararte para oír su voz otra vez. Este será un juego de apariencias y engaños, Eliza, el que mejor represente su papel, ganará.

—Apestan.

Su dulce, empalagoso y anormal aroma comenzaba a darme arcadas y dolor de cabeza, la misma sensación que puede darle a uno luego de comer kilos y kilos de bombones.

Vicente frunció la nariz.

—Estás pálida, pero desde antes de que las flores llegasen. ¿Te sientes bien?

Negué con la cabeza.

—Deberías comer.

—No tengo hambre.

—¿Y cómo vas con lo demás?

La pregunta me descolocó.

—No hemos vuelto a discutir eso.

—Es extraño, todo lo demás parece dormido, está así desde hace días. Al principio, a mi llegada a la casa de la hermandad me ocupé de mis instintos y demás, ahora siquiera hay necesidad, es más, experimento cierta falta de energía. Quizá simplemente sean los nervios, la tensión del momento—. Meneé la cabeza y al mover el cuello me mareé y mi visión se puso borrosa, por suerte me recuperé pronto. De cualquier manera el cansancio no se iba.

—Sé que no te gustará pero tal vez sería buena idea que...

—¿Que qué?

—Cambiar a Anežka ahora sería más un problema que una solución, supongo que tomar alguna otra alma te ayudaría con esos síntomas.

—Ni lo pienses, nunca lo hice de ese modo y no...

—Eliza, te pusiste por delante una tarea que de por sí, es complicada hasta para los que más experiencia tienen.

—Gaspar y los suyos viven de otro modo.

—Son demonios antiguos, tú no eres más que una neófita con una necesidad.

—No —entoné categórica.

—En ese estado cualquiera podría aprovecharse de ti.

—No pienso hacerlo, además estoy segura de que nada tiene que ver con eso.

Se quedó mirándome en silencio. Yo tenía tantas ganas de vomitar que siquiera podía seguir discutiendo. Como excusa para largarme de allí y no vomitar frente a él, le dije que subía a darme una ducha.

Llegué con lo justo al baño. Vomité una primera vez y como todavía me sentía mal, abrí la ducha para que el sonido del agua cayendo tapase el que yo haría. Mi estómago se dio vuelta una y otra vez, incluso cuando ya nada quedaba en él.

Creí que moriría allí mismo, me sentía desvanecer.

Unos minutos después, más o menos recuperada, me deshice de mis ropas y me metí en la ducha.

...

Por el hueco de las escaleras me llegaba el aroma de la cena en el que predominaba el perfume del tomillo y el laurel, también olía a papas asadas.

Bajé los últimos escalones y entré en la cocina.

—Justo a tiempo, la cena acaba de llegar —dijo Vicente abriendo los paquetes de comida.

Anežka, que colocaba el último plato sobre la mesa, se dio la vuelta y me

saludó haciendo un gesto con la cabeza.

—¿Te sientes bien? Te ves ojerosa—. Me dijo en un perfecto castellano sobre el que apenas si podía detectarse un ligero acento. Anežka no solamente había aprendido castellano durante su estadía en casa de Gaspar, además ahora se manejaba mucho mejor con el inglés y su francés no tardaría ponerse en el mismo nivel que el de los otros idiomas. Sin duda tenía una facilidad innata para las lenguas, y eso que todavía no se convertía. Cuando fuese uno de los nuestros no encontraría más barreras comunicativas.

—Es cierto.

—No es nada—. Le respondí a Vicente y fui directo a sentarme a la mesa, no tenía fuerzas para nada—. Seguro que cuando coma me sentiré mejor—. No creía que fuese realmente así, el olor de la comida me revolvió el estómago, las náuseas persistían en su sitio decididas a no irse jamás. Sí, tenía el estómago vacío pero comer no parecía la solución para mi problema, de hecho, no tenía ni la menor idea de cómo o por qué me sentía así; si se supone que los demonios no enferman, que su poder es prácticamente ilimitado. ¿Tendría razón Vicente al decir que tal vez me hiciese falta comprar almas? Y de ser así, por qué ahora el mal estar, por qué debía surgir así tan de repente.

Vicente llenó mi plato con una porción de pollo, verduras y papas asadas. De vino preferí pasar, ya suficiente lucha sería intentar tragar la comida.

Anežka comía con ganas, la cena de verdad era exquisita sin embargo mi cuerpo parecía reacio a aceptarla. Vicente comía con relativa calma, lanzándome una mirada de vez en cuando; así como yo sabía que él sospechaba que algo no iba bien conmigo, él debía tener la certeza de que el paseo que le daba a mi comida, llevándola de un lado al otro del plato no era por mero aburrimiento o porque la comida no fuese de mi agrado.

—Hay pasta seca en la alacena, también tenemos salsas. Puedo preparar otra cosa si quieres.

—No, esto está bien. Voy a terminarlo.

—Mañana podríamos salir a cenar fuera ¿no?

—Sí, ya veremos.

—¿Podemos ir de compras también?

—Supongo —le contestó Vicente a Anežka sin quitarme los ojos de encima.

—Y conocer gente. Gaspar mencionó que París es una suerte de cuna para la cultura demoníaca. Me interesaría conocer más sobre eso. De casualidad le oí mencionar algo sobre un grupo o algo así llamado Las Doce Sillas. ¿Ustedes saben de eso, los conocen?

Vicente y yo dimos un respingo al mismo tiempo.

—¿De casualidad?! —Inquirió Vicente.

—Bueno, fue sin querer—. Anežka se encogió sobre su silla—. No fue mi intención espiarlos, Gaspar y Diogo conversaban en la cocina, yo bajaba de la planta alta y los oí hablar, me dio curiosidad. Perdón.

—Todavía siquiera eres un demonio, no deberíamos hablar de esto contigo.

—Por qué no, lo seré algún día... un día no muy lejano —acotó mirándome de refilón—, me gustaría llegar a ese momento preparada, y bueno, como estamos aquí creí que tal vez...

—Tal vez, pero no hoy, ni mañana.

—¿Tendré oportunidad de conocerlos? —Exclamó entusiasmada.

—Qué fue lo que oíste sobre ellos, Anežka—. Le preguntó Vicente con una paciencia de la que hoy a mí no me sobraba. Por lo embelesada que se la veía debía creer que eran una suerte de realeza para el mundo demoníaco, o como los astros de cine que aparecen en las revistas, personas a imitar, a glorificar, ídolos con vidas emocionantes y lujosas, personas bellas e inteligentes. Sí, bien, en parte eso eran, pero lo que seguramente ella siquiera imaginaba era el daño y el dolor que esos demonios podían causar.

—No mucho: que mandan sobre muchas cosas, que son de los demonios más antiguos que existen. Bueno, al menos fue eso lo que entendí.

—¿De qué hablaban Gaspar y Diogo cuando tú los oíste?

Anežka nos observó detenidamente a ambos, por turnos. De repente se había puesto muy seria.

—Gaspar le comentaba a Diogo que creía que tú habías entrado en el grupo.

—¿Que creía o que lo sabía? —disparó Vicente inclemente.

—Lo sabía, y creo que eso no le gustaba nada. Mencionó que no le parecía que fuese bueno para ti, mucho menos para ella—. Contestó con timidez.

Con Vicente cruzamos una mirada. Tenía ganas de preguntarle si pensaba que pudiese existir la posibilidad de que Gaspar sospechase algo de lo que realmente sucedía pero no deseaba hacerlo frente a Anežka.

—¿Es cierto, es por eso que estamos aquí, porque formas parte de ese grupo?

Decirlo, no decirlo, Vicente se debatió por un momento y al final asintió con la cabeza.

Los ojos de Anežka se abrieron de par en par y a mí el corazón se me paralizó. Sí, no tenía caso intentar ocultar el hecho de que él formaba parte del grupo y que yo básicamente también tenía un pie dentro; tarde o temprano surgirían los compromisos y aparecerían aquellos demonios que sin duda ella acabaría por

identificar como distintos a los demás (si es que ellos deseaban mostrarte tal cual eran, y por lo que yo intuía, esos demonios no tenían por qué esconderse frente a nosotros ya que ya los conocíamos).

—Woww. Eso no me lo esperaba.

—Es algo complicado; que no debe ser tomado a la ligera.

—No lo tomo a la ligera, nada del mundo de los demonios puede ser tomado a la ligera, es que estoy sorprendida.

—Y lo bien que haces al estarlo.

El corazón casi se me escapa por la garganta cuando oí su voz.

Anežka dio un salto y al instante se puso pálida. Me dio la sensación de que del susto, se encogía igual que si hubiese perdido diez kilogramos en una fracción de segundo.

Vicente se puso de pie apartando su silla.

—*Bon appétit.*

Recibir un arreglo floral de su parte, suponer que llamaría pronto, saber que tarde o temprano debería enfrentarme a él cara a cara, sin duda no era lo mismo que verlo caer de improviso en mi casa, irrumpiendo en nuestra cocina sin siquiera llamar a la puerta.

Eleazar iba impecablemente vestido como siempre. Llevaba un abrigo azul oscuro, un traje del mismo color de confección y corte impecable, camisa celeste, corbata de azul ligeramente más claro, gemelos de oro y zafiros en los puños. Acicalado y perfumado (con su aroma natural dulce e intenso), sin un cabello fuera de lugar. Sonriente y con sus ojos clavados en mí.

Aquellos ojos que yo había heredado. También mis manos eran muy parecidas a las suyas, solo que en este momento las mías buscaban de qué aferrarse, mientras que las de él, cargaban dos botellas de vino, una de blanco, la otra de tinto.

—Sorpresa —entonó sonriendo todavía más.

Proviendo de un ser humano normal, una sonrisa como aquella hubiese iluminado el lugar, por el contrario la de él, devoraba toda luz y brillo, incluso amenazaba con hacer desaparecer los colores.

—No sabía qué servirían de cenar de modo que... —alzó y bajó las botellas alternativamente—. En realidad yo ya cené—. Dio los dos pasos que lo separaban de la mesa y colocó las botellas sobre ésta, justo a mi lado—. Es que no quería dejar pasar más tiempo para venir a verlos—. En dos rápidos y certeros movimientos se quitó el abrigo y lo arrojó sobre la barra del desayunador—. ¿Las copas? —curioseó como si nada señalando con la cabeza

la hilera de muebles blancos que discurría a lo largo de toda la pared.

—En el segundo de la derecha —articuló Vicente.

Eleazar le sonrió a modo de agradecimiento y fue a por una copa.

—Ese *coq au vin* huele muy bien. Es del restaurante que queda a tres calles de aquí ¿no?

Vicente asintió con la cabeza lentamente. —¿Quiere... querría...? —dudó sin saber cómo dirigirse a él. Lo entendía, Eleazar no solo era mi padre, sino también el mismísimo Diablo.

El miedo me tenía paralizada. Una cosa era tener que enfrentar a Eleazar sola y hacerme cargo de lo que me tocaba por ser su hija, otra muy distinta es exponer a mis seres queridos a él. En la piel sentía la zozobra que provocaba en Vicente estar en presencia del mismísimo demonio.

Solamente me restaba aferrarme de una idea para sentirme un poco mejor, por lo que sentía y veía, me dio la impresión de que Anežka no tenía ni la menor idea de qué o quién era el hombre que acababa de meterse en la casa cargando dos botellas de vino y una sonrisa demasiado amplia que no condecía con nuestras caras de pasmo y miedo.

—No, gracias. Sé cómo sabe la cena, ese restaurante es mío—. Giró la cabeza y me miró—. ¿No te lo mencioné?

Negué con la cabeza, sabía que a Eleazar le apasionaba la industria de la restauración pero no tenía ni idea de que ese restaurante fuese suyo.

—Tan solo vine a darles la bienvenida—. Tomó el destapador de encima de la mesa—. ¿Blanco o tinto?

Sobre la mesa ya había una botella abierta sin embargo a él eso no le importaba.

—Qué tal el blanco, es un magnífico Château d'Yquem de la cosecha del año de tu nacimiento Eliza.

Por supuesto no esperó nuestra aprobación. Comenzó a abrir la botella.

—Bien, no vas a presentarme. Tengo la sensación de que esta bonita muchacha cree que soy un asesino o algo así.

Tragué en seco, Eleazar me sonrió con gusto.

—Anežka, te presento a Eleazar.

Eleazar le tendió la mano.

—Es un placer Anežka, soy el padre de Eliza. Cuanto me alegra que al fin nos conozcamos, creí que este momento nunca llegaría.

Anežka puso cara de total confusión, sin duda no entendía nada.

—¿Eres muy joven no? Se te nota—. Apretando los labios, tironeó del corcho

—No importa, seguro que Eliza te permitirá beber una copa. Es para brindar —acotó mi padre mirándome a mí como si me pidiese permiso para darle alcohol a mi protegida—. Hija, ¿te gustaron las flores que te envié? —me preguntó mientras escanciaba vino en mi copa.

Creí que no encontraría mi voz, al final logré contestarle que sí, no podía decirle que había estado tentada de tirarlas a la basura, es más, sabía que siquiera debía permitirme pensar en ello, temía que Eleazar viese mis pensamientos y descubriese que en realidad no cooperábamos con él y las doce sillas por gusto, sino para averiguar qué tramaba.

—Un bouquet maravilloso, ¿no lo crees? —entonó con los ojos cerrados y la nariz hundida en la copa.

Apartando la copa de su rostro, Eleazar abrió los ojos.

—¿Por qué están todos tan callados? Comienzo a pensar que no soy bienvenido.

—No es eso.

Mi padre taladró a Vicente con la mirada.

—No, claro que no, es que... —quedé con la boca abierta sin poder añadir nada más—. No te esperábamos esta noche, es todo. Sinceramente no pensé que vinieras. Ni siquiera...

—Ni siquiera le habías contado a ella quién es tu verdadero padre.

Negué con la cabeza.

Eleazar bebió un sorbo de vino.

—Eso me ofende. Eres mi bien máspreciado, lo que yo más quiero en este mundo...

—Eleazar, yo...

—Cuando dejarás de llamarme por mi nombre, soy tu padre.

La sonrisa se le borró del rostro.

—Anežka, podrías darnos un momento por favor.

—Sí, Anežka, danos un momento por favor —repitió mi padre detrás de mí, en checo.

Los ojos de Anežka se abrieron de par en par. Lentamente se levantó de la mesa, y sin darle la espalda a mi padre, salió de la cocina.

—Eleazar, antes que nada...

Mi padre cortó el discurso de Vicente alzando una mano frente a él, se giró y centró toda su atención en mí.

—La última vez que nos vimos quedé un tanto dudoso sobre ti, no sabía qué pensar —entonó dando un lánguido parpadeo—. Una vocecita dentro de mí me

decía que serías una nueva decepción, pese a ese poderoso halo que te rodea. Tenía la impresión de que todo ese poder acabaría desperdiciado. He tenido más de una decepción en mi larga existencia, pero tú, sin duda, hubieses sido la más pesadosa de todas. Lo creas o no, hija, me siento orgulloso de ser tu padre. Hoy puedo decirlo sin problemas. Los miedos y las dudas han quedado atrás. Sé que hoy por hoy me temes, lo siento en la piel, sé que a los tres se les heló la sangre al verme entrar, en especial a ti.

—Es que...

—No digas nada, es culpa mía. Lo que quiero de ti Eliza, no es temor, sino fidelidad. Yo te amo, eres sangre de mi sangre, eres parte de mi espíritu, de mi ser. Eres lo que necesitaba, eres mi destino... el destino. Eres el futuro—. Hizo una pausa y luego continuó—. Quiero que seas aquello para lo que existes, que camines a la par mío, hombro con hombro. No quiero que temas decirle a esa muchacha que tu padre es el mismísimo Diablo.

Di un respingo.

—Ella un día será grande también, tiene ansias de conocimiento, de poder... y una energía magnífica—. Lanzó una mirada en dirección a la puerta por la que Anežka salió—. Nada comparable contigo por supuesto, nada despreciable tampoco. Ella te hará más fuerte todavía, te dará seguridad y... —ladeó la cabeza y me escrutó con el entrecejo fruncido—. No te ves nada bien.

—No es nada—. No iba a decirle que tenía náuseas a causa del olor de las rosas que enviara.

—Tienes ojeras y tu piel luce el color de...

—Es cansancio.

—¿Cansancio?

—Le contaré a Anežka sobre ti más adelante, no quiero que...

—¿Qué se asuste? Eso no importa, no me agrada el modo en que te ves. ¿Tú no la cuidas? —le espetó a Vicente de mal modo, como si él fuese el responsable de mis ojeras.

—Ele...

Me miró mal.

—Papá no es su culpa —me corregí a toda velocidad.

—¿Todo va bien entre ustedes?

—Sí.

—¿Seguro? —Movié los ojos hasta Vicente—. Si la haces sufrir... —entonó en amenazador.

—Mejor brindemos, el vino me sentará bien—. Tomé mi copa y la alcé—. Por

qué brindamos.

Eleazar levanto su copa imitándome.

—Por ustedes, por nosotros, por nuestra sociedad, por esa muchacha —apuntó a la puerta con la copa—. Por el futuro.

En sus ojos detecté algo que parecía ternura. Sin duda debía ser falsa.

—Por ti, hija —entonó tocando mi copa con la suya.

El vino era exquisito pero me quemó al bajar por mi garganta irritada de tanto vomitar.

Eleazar bebió todo el contenido de su copa de un único trago; con un suspiro, dejó su copa sobre la mesa. Se puso de pie y rodeando la mesa llegó hasta mí, inclinándose estampó un beso sobre mi frente perlada en sudor nervioso. Se demoró mucho en aquel beso, mientras sus dedos acariciaban mi cabello.

—Deberías hacer algo respecto a tu malestar—. Susurró a mi oído para finalmente darme un beso en la mejilla—. Por París caminan cientos de almas perdidas, hazte de alguna, te sentirás mejor de inmediato.

Se alejó de mí arrastrando consigo un mechón de mi cabello que dejó resbalar entre sus dedos hasta que lo soltó.

—Los dejen descansar—. Dio la media vuelta y recogió su abrigo—. Nos veremos pronto. Disfruten el vino.

Y así, sin volverse, abandonó la cocina rumbo a la salida.

—Mierda—. Jadeé cuando logré recomponerme, unos minutos después de que su figura desapareciese en la oscuridad del corredor.

—Podría haber sido peor —me consoló Vicente.

—¿Lo crees? ¿Qué voy a decirle a Anežka sobre él? Seguro que notó que es un demonio, dudo que sepa quien realmente es, pero...- tragué en seco.

—Lo que más me preocupa no es ella, sino tú. Eleazar tiene razón, no te vez nada bien. Solo hazlo, quieres. Hazlo.

28. Presas y cazadores.

Creo que pasó todo un minuto entero hasta que Anežka parpadeó nuevamente, incluso me dio la impresión de que su corazón se tomó unos segundos vagos.

—Ese hombre da escalofríos, da miedo y al mismo tiempo... bien, no es un hombre.

Negué con la cabeza acompañando el movimiento de la suya.

—No puedo creer que sea un demonio.

No me animé a decirle que era el padre de todos los demonios.

—Ni siquiera me di cuenta—. Apretó los labios y alzó la mirada hasta mis ojos—. Pero cómo es que te tuvo a ti. Dijiste que los demonios no pueden procrear.

—Anežka, no hoy, estoy agotada.

—Está bien, está bien, entiendo. Es un demonio muy poderoso ¿no?, muy antiguo, Gaspar me contó que solamente muy pocos demonios pueden camuflarse así para que no se los note. Si fuese un demonio joven...

—Anežka, por favor—. Le pedí agarrándome la cabeza, sentía que mi cráneo se partiría en cientos de tozos en cualquier momento— Sí, no es joven. Oye, cuando pueda te contaré más. Ahora lo mejor es que te acuestes y descanses.

—Tú también debería intentar descansar. Sé que no duermes... no se sí ayudaría, pero al menos deberías recostarte un poco; no sé, es cierto, no te ves bien.

—Sí, tal vez eso haga. Sube y descansa, subiré en un rato.

Anežka me dio las buenas noches y se perdió en la oscuridad escaleras arriba. A los pocos segundos entró Vicente cargando de tazas de perfumado y muy cargado café.

Envolví la taza en mis manos para absorber su calor mientras él se acomodaba a mi lado.

Consultó la hora en su reloj.

—Me figuro que deben rondar por ahí afuera, ya.

Entendí a qué se refería con eso. Gabriel y los demás debían estar en París, pasaban tres horas del horario de llegado previsto para su vuelo. No me preocupó que todavía no se hubiesen puesto en contacto, formaba parte del plan que no llamarían hasta mañana por la mañana con el objetivo de permitir que toda la situación se asentase un poco, además primero tenían previsto asegurarse de cuál era la infraestructura que pudiese rondar a nuestro alrededor, esto es: si teníamos vigilancia demoníaca, si los Nefilim nos espiaban, si mi padre había mandado a alguien a proteger nuestra casa y demás cosas que nosotros, por estar aquí adentro, no pudiésemos ver. Gabriel y los integrantes de la hermandad tenían sobrada experiencia en estas cosas, también en moverse por las sombras. Me imaginé a Gabriel, rondando por ahí en la oscuridad, intentando detectar demonios escondidos detrás de la fachada de simples mortales.

Suspiré y bebí un sorbo de café.

—Qué dices, quieres salir un rato, tal vez encontremos algo fácil.

Esperaremos a que Anežka se duerma... ellos cuidarán de ella, no correrá peligro. Regresaremos antes de que se despierte.

Lo miré, en un principio sin saber de qué me hablaba, el cansancio no me permitía pensar con claridad.

¿Fácil?

—Podemos ir un por un alma y regresar en un par de horas.

Entonó al mismo tiempo que yo caía en cuenta de lo que insinuara antes.

—No me gusta nada esa idea. Me repondré, lo sé, no hará falta.

—No, no vas a reponerte, todo lo contrario, te debilitarás más cada día.

—No voy a salir a arrebatarle el alma a nadie —entoné categórica.

—Renegar de lo que eres es retroceder diez pasos hacia atrás. Puede no gustarte pero es parte de lo que elegiste ser. Si te debilitas demasiado...

—No lo haré.

—No tendrás fuerzas para nada —completó—. Y nuestra venida aquí habrá sido en vano. No es momento para sentirse culpable. Probablemente si no lo haces tú, lo hará alguien más. Buscaremos a alguien que...

—No pienso aprovecharme de nadie —articulé al borde de las lágrimas. De todo corazón, no deseaba mandar el alma de nadie al Infierno. Cambiar a Anežka para intentar dale una vida mejor, una más tranquila era una cosa, pero eso... no me creía capaz. Si incluso hasta me provocaba cierto pesar pensar en lo que sería de Anežka una vez que cambiase.

Visiblemente enojado, soltó la taza sobre la mesita que teníamos en frente.

—Genial, entonces le permitirás a tu padre y a todos los demás adueñarse de tu voluntad. Sí, claro, eso es mucho mejor. Quizá te entreguen a los Nefilim y luego ellos te maten para sí, luego de acabar con la humanidad, usen tu sacrificio a modo de boleto de entrada al cielo. Sí, claro —gruñó en tono socarrón—, si ellos se merecen entrar al infierno tanto como yo.

—Vicente...

—No, claro, no hay problema, entonces nada habrá valido. Déjalos —sacudió las manos hacia arriba—, no hay ningún problema. Tal vez así deba ser, es probable que de ese modo no exista tiempo, ni para mí, ni para nadie, de extrañarte.

—No...

Vicente me tomó por los costados, posando sus manos mitad sobre mi cuello, mitad sobre mi rostro.

—Qué piensas que hará Ciro cuando te vea en ese estado. ¿Recuerdas lo que me hicieron a mí? Ten presente mi historia, Eliza. No importa hija de quien

seas, aquí el poder todo lo vale.

Aparté la mirada. ¿Cómo lo haría si siquiera encontraba las fuerzas para apartar sus manos de mí, para levantarme del sillón?

—Está bien, pero voy sola.

—No pienso dejarte salir sola.

—A mi modo o no lo hago. No es negociable, Vicente, no quiero que Anežka se quede sola aquí, además no quiero que me veas haciendo...

—No voy a sorprenderme de nada, Eliza, lo he hecho cientos de veces, además creo que te vendría bien mi ayuda.

—Sé cómo se hace, me lo explicaste más de una vez.

—Aún así.

—No quiero que estés presente cuando lo haga. No lo haré si insistes en acompañarme.

Me miró ceñudo.

—Salir sola es un gran riesgo, recuerda que es a ti a quien quieren.

—Tú lo dijiste, ya deben haber llegado, probablemente me sigan cuando salga; sé que tendrán el buen tino de guardar distancia.

Las manos de Vicente se despegaron de mi piel. Supuse que le había sentado mal que prefería que fuesen ellos (los integrantes de la hermandad y en especial Gabriel) quienes fuesen testigos y cómplices de aquello, y no él.

No es que lo prefiriese puntualmente a Gabriel o a los demás, simplemente preferiría no tener una audiencia contemplando aquello, si es que lograba concretarlo, simplemente no me creía capaz de hacerlo frente a Vicente porque lo imaginaría a él haciéndolo y luego él jamás podría olvidarse de que yo también lo había hecho. Vicente tenía mucho más claro que yo, que negar la realidad era terriblemente estúpido, más a mí, en algún punto, todavía me pesaba horrores ser un demonio, y creo que me pesará por siempre; nunca podré llevarlo así tan a la ligera, o asimilarlo tanto como lo ha asimilado él. Una pizca de vergüenza siempre pesará sobre mí.

Bebí el café bajo su atenta mirada. Vicente no tocó su taza, sino que simplemente se limitó a contemplarme en silencio, inclinado hacia adelante con las manos posadas sobre los muslos, con la luz de la lámpara de pie iluminándolo por detrás, arrancando destellos cobrizos de su cabello. Posé la taza sobre la mesa, junto a la suya y me levanté. Cogí mi abrigo.

—Llevo el celular y algo de dinero.

—¿Por dónde irás? —Me preguntó levantándose del sillón.

—No lo sé, por dónde me lleven los pies, supongo.

—Confía en tu instinto.

—Supongo que debe ser eso lo que los cazadores hacen, ¿no?

—También lo que hacen las presas—. Me miró fijo—. Ten mucho cuidado, por favor.

—Lo tendré.

—Hazlo. Piensa que será mucho peor si no lo haces.

—Intento convencerme de eso.

—Si tienes sospechas, si crees que te siguen... llámame de inmediato, me pondré en contacto con los demás. Y no intentes nada loco, un esfuerzo podría...

—¿Podría qué?

—Dejarte en muy malas condiciones —dijo después de tragar con dificultad, sentí como si cuello se ensanchara lentamente al hacerlo.

Morir, esa era una salida fácil —pensé. Vicente prefirió no decirlo pero por boca de Gaspar yo había oído la historia de un demonio que se negó a tomar energías por no tener que comprar almas, era un demonio poderoso que tampoco aceptó tomar discípulos (pese a que eso podría haberle ayudado a mantenerse fuerte así como se mantenían los Salleses). Su poder poco a poco se fue marchitando. Con el paso de los siglos quedó postrado y solo, solo hasta que un grupo de demonios sin escrúpulos lo tomaron de rehén y se aprovecharon de su don, escurriendo hasta la última gota de sus energías para utilizarlo. Lo usaron igual que a un arma hasta que su poder simplemente se extinguió, al igual que su vida. Por supuesto el proceso no fue rápido, razón por la cual, me figuro, debe haber sido todavía más doloroso. Saber que te usan para el mal y no tener la energía suficiente para detener a los que se aprovechan de ti, o siquiera para huir, eso debió ser una tortura para él. También lo sería para mí. Sí, entre ese demonio y yo existía una gran diferencia, yo no estaba sola y sabía que mucha gente iría tras de mí si alguien me atrapaba, pero saber que se pondrían en riesgo por mí no me hacía sentir ni feliz ni orgullosa, además, seamos sinceros, probablemente si caigo en manos de alguien será por culpa de mi padre, y si es mi padre, bien, entonces yo y todos los que quieran ayudarme estarán perdidos.

—Saldré, lo haré y regresaré pronto—. Dije con más firmeza y decisión de la que reamente sentía.

...

Afuera hacía un frío mortal. Soplaban el viento y el cielo continuaba encapotado. La calle estaba prácticamente desierta. Había un par de automóviles estacionados aquí y allí.

Me guardé el celular en el bolsillo del abrigo y encogiéndome dentro de éste, los examiné. Todos aparentaban estar vacíos y ninguno levantaba sospechas. Alcé los ojos hasta los edificios de la vereda de enfrente; un par de ventanas iluminadas, cortinas corridas, el reflejo de algún televisor.

Me pregunté si Gabriel y los demás estarían por aquí, si me verían en este exacto momento.

Descendí el último escalón de la entrada sin saber si caminar hacia la derecha o a la izquierda. Hacia la izquierda había más luz, hacia la derecha todo parecía más silencioso, el viento también provenía de allí.

De cara al viento me eché a andar sin rumbo fijo.

Crucé la primera calle sin notar absolutamente nada, ni extraño, ni humano; la ciudad entera parecía dormida, completamente ajena a la luz rosada de las farolas.

Caminar sola por París me recordó a aquellos días en que vine aquí siguiendo a quien creía que solamente era mi jefe, un ser tanto extravagante, mas humano al fin. Cuanto habían cambiado de aquel entonces a ahora.

Caminé y caminé hasta que dejé de sospechar de las sombras, y de buscar vehículos dentro de los cuales pudiese seguirme mi escolta angélica. Me perdí en las calles de barrios mucho menos lujosos de aquel en que teníamos nuestra casa. Me alejé hacia lo desconocido sin tener idea de a dónde me dirigía, mi instinto no me decía absolutamente nada, no sentía nada, lo mismo daba ir por un lado o por el otro, no tenía ni la menor idea de dónde sacaría un alma que comparar, pese a que Eleazar aseguraba que en la ciudad sobraban almas que tomar, yo lo dudaba.

Vagueé por la ciudad hora y media, hasta que el frío entumeció mis dedos, pese a que llevaba la manos en los bolsillos del abrigo, y me caló los huesos.

La oscuridad me aburrió, tanto es así que regresé a las calles con más movimiento (bueno, movimiento es una forma de decir, al menos por esta nueva ruta pasaba un taxi o un automóvil de vez en cuando, incluso me crucé con un par de personas).

Sin entender muy bien cómo, aparecí en la lujosa avenida Foch no muy lejos del Arco del Triunfo, de inmediato algo tiró de mí hacia las sombras del Bois de Boulogne, el lugar era una preciosura de día; de noche se convertía en terreno libre para un tipo de vida mucho más sórdida.

Anduve por la gravilla con los sentidos en alerta, imbuida dentro de mi abrigo, viendo las luces de los automóviles pasar a toda velocidad creando sombras perturbadoras con los árboles alienados a los lados de la avenida. El cielo de esta noche lucía rojo, pesado.

A la distancia divisé Place du Maréchal de Lattre de Tassigny, la magnífica estación de subterráneo de Porte Dauphine y al otro lado de la calle, el edificio de la universidad. Por detrás de toda la luz de París, la oscuridad de los bosques de Boulogne.

Crucé las calles que me separaban del parque, la zona no parecía muy concurrida esta noche, de todos modos lograba percibir una intensa sensación de opacidad, era como estar metiéndose dentro de un mar denso, una masa pegajosa y pesada. Algo más desagradable que el humo que salía de los caños de escapé contaminó el frío aire nocturno; olía a vergüenza, tristeza, a odio. Al acercarme todavía más al bosque comencé a oler a perfume barato, alcohol, tabaco y marihuana. Un par de automóviles pescaron con sus luces a figuras oscuras que vagaban por la calle; uno de esos vehículos se detuvo, las sobras se le acercaron, por encima de ellas se elevó una voluta de humo y acto seguido, a sus pies, cayó una colilla de cigarrillo todavía encendida. Dos de las figuras se alejaron a paso lento hablando entre ellas (pese a que me manejaba muy bien con el francés, no logré comprender lo que decían, y eso nada tenía que ver con la distancia que nos separaba, si yo quería podía oír muy bien, incluso a esta distancia, mi incapacidad de comprender más, tenía que ver con la situación, o por lo menos, eso supuse), mientras que aquella de largas piernas y tacones como agujas se inclinó aún más sobre la ventanilla abierta. No deben haber pasado ni treinta segundos de aquel momento hasta que la puerta se abrió y la mujer subió al vehículo.

Las luces del vehículo se hicieron cada vez más pequeñas, no así, el llamado que movía algo enterrado muy profundo dentro de mí.

Mi boca se puso seca, mi lengua rasposa. Sentí sed, hambre, ansiedad y lo peor del caso es que quería caminar, alejarme de allí y no podía. Mis pies parecían clavados al suelo y mis ojos en aquellas almas oscuras que se paseaban bamboleando las caderas de aquí para allá.

Sentí como si una lengua de fuego trepase por mi garganta. Mis entrañas estaban al rojo vivo. Abrí la boca y se me escapó un jadeo. De dentro de mí emergió un vaho extremadamente dulce.

Al instante sentí asco de mí misma.

A todo aquello, se sumaron unas nauseas incontenibles. Cómo fuese, el

malestar no lograba aplacar la necesidad; era como si mi cerebro estuviese programado de antemano para realizar aquella tarea, como si aquel instinto nada más hubiese estado dormido, o fingiendo que dormía.

Desconocía por completo esa parte salvaje de mí. Dentro de mi cuerpo moraban dos criaturas, una lógica que procuraba mantener la cordura, mantener a raya a la fiera que con paso pesado comenzaba a ganar terreno poco a poco, sobre la parte racional de mi ser.

Me eché a temblar, supe que poco y nada faltaría para que me lanzase sobre aquellas mujeres. Me percaté de que además de sus almas, deseaba sus vidas, su sangre, sus sentimientos, su cuerpo, su aroma.

Por un momento me vi a mí misma como había visto a Vicente más de una vez, en aquel estado libre de máscaras. Si eso emergía de dentro de mí, daría terrible espectáculo que empeoraría las cosas todavía más.

La cabeza empezó a darme vueltas. Un hilo de razón me recordó que aquellas mujeres no tenían la culpa. La desgracia es que no logré convencerme a mí misma.

Mi zapato derecho se despegó del suelo para dar el primer paso.

El viento frío me daba de frente mientras los vehículos algunos pasaban a toda velocidad por mi lado, y otros, aminoraban la marcha para buscar aquello por lo que habían llegado hasta allí.

Un automóvil azul se detuvo encendiendo las balizas, me siguió a paso de hombre hasta que yo me detuve, porque en un momento dado, quedé enfrentada cara a cara con las dos mujeres que minutos antes se habían disputado el cliente con una tercera.

El vehículo finalmente se detuvo a mi izquierda. Tenía los vidrios oscuros.

La puerta del lado del acompañante se abrió. De dentro, emergieron palabras que otra vez, no pude comprender, lo único que sé es que las dos mujeres se alejaron no sin antes, soltar sobre mí una sarta de maldiciones y gruñidos.

Todo sucedió como en cámara lenta.

Giré la cabeza en el exacto momento en que por la puerta se asomaba un hombre. Debía rondar los cincuenta años, canoso, de cabello muy corto, bronceado (demasiado para esta época del año en París, deduje que esta mañana debió haber salido elegantemente vestido de su casa, mas ahora su traje se veía un tanto ajado, su camisa arrugada y en algún momento del día perdió la corbata, ya que en este momento llevaba sueltos los tres primeros botones de la camisa.

Había arrugas alrededor de sus ojos, arrugas que el botox comenzaba a dejar

entrever otra vez. ¿Cómo supe eso?, no tengo ni la menor idea. Tampoco consigo entender cómo es que supe su nombre. Fabien. Ni cómo sentí en mí, el desprecio que él sentía por mí en este momento, creyéndome una prostituta.

Fue igual que echar un fósforo en la boca de una inmensa red de tuberías de combustible. El material altamente inflamable comenzó a arder al instante.

El hombre me preguntó cuánto y yo le contesté que hoy sería su día de suerte.

Suerte, acababan de tener las dos mujeres que quedaron de pie junto a la oscuridad de los árboles en la linde del bosque, las imágenes que el hombre desprendía sobre mí no eran para nada agradables, todo lo contrario, exudaban maldad, dolor. Vi sangre, vi cadenas, vi una infinidad de pastillas y alcohol. Vi un arma, la sentí muy cerca de mí. La llevaba él encima, mientras que por dentro cargaba los efectos narcóticos de algo que no logré discernir qué era.

Ciega de ira, cerré la puerta del automóvil azotándola.

—Esos zapatos parecen muy costosos.

De hecho lo eran y él lo sabía porque había comprado los mismos a una mujer... a su mujer.

Ser consciente de ver su vida de ese modo hizo que se me pusiesen los pelos de punta, mi padre tenía razón cuando decía que yo sería buena, muy buena en esto. Sabía exactamente lo que este hombre quería.

—Detén el auto —le ordené sin titubear.

—¿Qué?!

—Aquí, ahora, vamos a dar una vuelta —entoné posando mi mano sobre su muslo derecho. Apreté su pierna y al instante el hombre pisó el freno. Por poco y los automóviles que venían detrás, nos llevan por delante.

Se acercó al cordón de la vereda y todavía con el motor en marcha, y voz entrecortada me dijo que no podía dejar su automóvil ahí.

—¿De verdad quieres que sea igual que siempre? —le espeté sin tener la menor idea de dónde salía aquello—. No, no quieres —solté sin darle tiempo a responder—. También yo tuve un día pesado, una jodida semana pesada.

—No eres como las otras.

Negué con la cabeza. Fabien me miró obnubilado. Entendí que así de fácil, ya lo tenía en mis manos.

Abrí la puerta y bajé del automóvil. En ningún momento pasó por mi cabeza la idea de detenerme y mirar atrás para asegurarme de que me siguiera, ni falta que hacía, sabía que él estaría allí, justo detrás de mí. Sus pasos siguieron los míos.

—*Comment tu t'appelles?*—entonó sin dejar de avanzar tras de mí.

—*Je m'appelle, Eliza.*

—*D'où tu es? Vous n'êtes pas d'ici, non?*

—*Non, je ne suis pas.*

—*J'ai réalisé que je t'ai vu. Ainsi, votre accent vous trahit.*

Mientras él hablaba y hablaba yo no podía parar de pensar en cuanto deseaba que cerrase la boca de una buena vez. A qué venía tanta charla si de verdad podía sentir que no estaba para nada interesado en eso.

Atravesamos la primera hilera de verde, y luego de cruzar la calle, entramos en el parque.

Dándome la vuelta contoneando mi cuerpo cual felino, lo llamé con un dedo. Por fin había parado de parlotear. No sé qué, ni saliendo de dónde, provocó que se formase una sensual sonrisa en mis labios. Sentí como el viento elevaba mi cabello formando oscuras hondas que seguían el contorno de mis hombros y cuello.

—No eres una de ellas, ¿no es así? No, no eres una de esas mujeres. Tampoco eres una mujer común y corriente.

—Qué perspicaz. Apuesto lo que sea a que tú tampoco eres un cliente común y corriente.

Así de repente, se puso serio y me miró. Ya no avanzábamos, estábamos parados el uno frente al otro, al abrigo de la sombra de los primeros árboles, que hacían todavía más oscura la noche nublada y sin luna.

—¿Acaso eres policía?

Detecté miedo y furia en su voz.

—¿Por qué, la policía te sigue? —Canturreé socarrona.

El hombre dio un respingo. Titubeó un momento.

—Estás casada —dijo apuntando mi mano derecha con un dedo tembloroso.

—¿Vas a decirme que eso te molesta? —Sinceramente no tenía ni la menor idea de dónde salían las palabras que brotaban de mi boca, mucho menos el tono meloso en que las pronunciaba. A paso lento, acorté la distancia entre él y yo, Fabien se había quedado más cerca de la calle, algo lo mantenía a unos pasos del bosque, ese algo, por su cara de alarma, era yo—. ¿Tienes miedo?

—Solté una carcajada—. Le temes a una mujer. Ahh... Fabien, Fabien, eso no es propio de ti. Y qué pasó con toda esa ira que pensabas descargar esta noche, no que tenías ganas de hacer de las tuyas. ¿Te arrepentiste? No me lo puedo creer.

El hombre retrocedió aturdido y con cara de espanto.

—¿Quién eres?

—No lo adivinarías ni en mil años —solté conjuntamente con una carcajada que encendió mi pecho y mis manos. Me arranqué el abrigo de encima, me moría de calor, sudaba a mares.

—¿Qué quieres?

—Lo único que verdaderamente te pertenece —inspiré hondo, percibía en las yemas de mis dedos, la energía que brotaba de su fuerza vital, de algo mucho más poderoso y duradero que su cuerpo, que la simple materia—. Tu sucia y oscura alma —gruñí entre dientes con una voz que no logré identificar como mía. No me detuve demasiado a pensar en ello, en este momento solamente deseaba ocuparme de su alma, hacerla mía—. Y vas a dármela, me la entregarás porque te daré a cambio lo que desees —exclamé abalanzándome sobre él ya sin poder contenerme.

—¡Eliza!

Todo sucedió demasiado rápido, la voz de Gabriel entonando mi nombre, el hombre sacando su arma, el disparo rasgando el aire nocturno, las gomas de un automóvil chirriando sobre el pavimento. Todos los sonidos se entremezclaron dando como resultado una cacofonía que sofocó todos mis sentidos al punto de bloquearme por completo por una fracción de segundo.

Sentí la bala pasar demasiado cerca de mi cabeza, susurró en mi oído, y el aire que movió acarició mi sien derecha. Supongo que de no ser por Gabriel, quien tiró de mí hacia mi izquierda, el proyectil como mínimo, hubiese rosado mi carne, sino perforarla.

—Corre —me gritó Gabriel al tiempo que yo veía una enorme camioneta, acelerar a toda velocidad en nuestra dirección con sus ardientes y enceguedores faros blancos puestos en mí. Antes de echarme a correr para no ser una carga para la mano con la que Gabriel tiraba de mí en dirección al bosque, vi como la camioneta atropellaba. Fue espantoso. Así, en ese instante, la sed, el hambre, la furia y el calor se extinguieron, otra vez sobrevino la debilidad. Las náuseas por lo visto no planeaban abandonarme.

—Corre. Corre rápido.

Correr, y mucho menos rápido, era una tarea prácticamente imposible sobre estos zapatos.

A toda velocidad nos lanzamos hacia el bosque, pasando por entre los delgados troncos de los árboles.

—¿Quiénes? —Alcancé a preguntar entre jadeo y jadeo. La carrera hizo que sintiese el frío sobre la piel, la vaporosa blusa que llevaba se me pegaba al cuerpo inútilmente, sin abrigarme. Lamenté haberme desprendido del abrigo.

—Nefilim —me contestó el al tiempo que soltaba mi brazo para tomar mi mano con fuerza.

La camioneta tuvo que desviarse para encontrar un hueco por el cual atravesar los árboles, pero al fin y al cabo lo encontró, y nos puso otra vez a tiro de sus faros acortando otra vez, la poca distancia que le ganáramos un momento atrás.

—Por aquí.

Resbalé y por poco voy a parar al agua de uno de los lagos de Bois Boulogne. A toda velocidad pasamos junto a la bella escultura que representaba una pareja, obviamente este no era el momento de admirarla, pero recordé en mi cabeza lo bella que era, y temí, inocentemente, que la camioneta se la llevase por delante.

Nada de eso, los Nefilim tenían un único objetivo, y ese era yo.

—Tenemos que perderlos de vista, no podrán entrar con la camioneta. Con un poco de suerte...

Gabriel se interrumpió ante el estruendo que produjo la camioneta al arrollar algo, tal vez un banco, una farola. No lo sé, ni intenciones tenía de darme la vuelta para mirar.

La idea era clara, teníamos que escurrirnos por donde ellos con su vehículo no pudiesen pasar, con la esperanza de perderlos de vista en la oscuridad y privacidad que brindaba el bosque.

Justo cuando estaba a punto de arrancarme los zapatos, Gabriel encontró un lugar por el que escurrirnos hacia el interior del parque.

Dio resultado.

Después de acelerar, frenar, y dar vueltas, la camioneta al final se detuvo, pero para ese entonces, nosotros ya nos perdíamos en ese mismo anonimato que la mayoría de los visitantes nocturnos del parque, buscaban. Así y todo, no paramos de correr.

Yo ya estaba totalmente perdida cuando Gabriel me indicó un camino. Por un estrecho sendero salimos a una calle poco transitada.

Un taxi se acercaba a nosotros. Gabriel prácticamente se lanzó delante de éste para detenerlo. Todavía jadeando, nos subimos al automóvil.

El arcángel le indicó al taxista una dirección que no llegué a pescar. El reloj del taxi se puso en funcionamiento.

Mientras intentaba calmarme lo miré. Iba de riguroso negro, al igual que siempre. Abrigo, remera, jeans, zapatillas. Su cabello recogido detrás de la nuca, sus ojos oscuros brillando con intensidad cuando en ellos daban las luces de los faros de los automóviles que circulaban en sentido contrario. Tenía la piel brillante a causa del sudor, su rostro había tomado algo de color a causa del esfuerzo.

Se percató de que lo observaba y me miró.

—Tiemblas.

Lo mencionó y acto seguido lo noté. Los dientes me castañeteaban.

— Tu abrigo... —musitó al tiempo que se quitaba el suyo para envolverme con éste.

—¿Nos siguen?

Giró sobre el asiento y echó un vistazo hacia atrás.

—No, estamos bien, los perdimos de vista.

Qué bueno, porque tenía la certeza de encontrarme al borde del desmayo. Tenía la impresión de ya no ser capaz de controlar mi cuerpo y tampoco mis pensamientos.

—Aguenta un poco más—. Su brazo izquierdo pasó por encima de mis hombros. Juntándose a mí, me atrajo hacia su pecho—. Enseguida llegamos.

—¿Adónde?

—No te encuentras bien.

—Eso ya lo sé. ¿Adónde me llevas?

La cabeza me daba vueltas y los párpados me pesaban, además tenía la sensación de tener la nuca llena de plomo y el cuello rígido. Mi corazón latía desacompañado y me ardía el estómago.

—A un lugar seguro.

—Gabriel, llévame a casa, necesito ayuda; tal vez Vicente...

—¿Tal vez Vicente pueda cazar un alma por ti? No, de eso ni hablar, no voy a permitir que lo hagas. Ya viste cómo acabó ese hombre.

—Gabriel, no puedes hacer nada contra eso, es probable que... —tuve que interrumpirme puesto que mi estómago se retorció. Fue inevitable soltar un quejido de dolor. Ahora los brazos se me pusieron pesados. No deseaba quedar inconsciente y tenía la impresión de que de un momento a otro, sería exactamente eso lo que me sucedería.

—No lo harás si puedo evitarlo.

—Sí no lo hago es probable que...

—Calla, ¿quieres? Desperdicias energías.

—Sí nos encuentran no podré defenderme.

—No nos encontrarán.

No me estaba tan segura de eso, sea como fuere me habían encontrado a mí. Tal vez no debería sorprenderme tanto, mi padre conocía mi ubicación, quizá fue él quien les dijo dónde encontrarme, o en el mejor de los casos, si por un milagro, Eleazar no tenía nada que ver en esto, tal vez lo hubiesen seguido a él hasta mí. Incluso, podrían haber detectado a Gabriel y los suyos y por ende, a mí.

En este momento apenas si importaba quién, cuándo, o dónde, el caso es que me parecía imposible volverá a ocultarme de ellos. Y yo que tenía la esperanza de que al menos, por un tiempo, París fuese segura para mí.

Creo que en algún momento vi de refilón la torre Eiffel, no estoy segura, como fuese, quedó atrás, cada vez más atrás, lo que sí sé es que no logré reconocer el barrio en el que el taxi se internó unos minutos después, bien podríamos encontrarnos en las afueras de París, o en cualquier parte, incluso en otro país, incluso podía estar yéndome con el enemigo sin siquiera darme cuenta. Me encontraba completamente a merced de la voluntad ajena.

El taxi finalmente se detuvo en una calle un tanto oscura y muy angosta, justo frente a un edificio de piedra clara en la que se reflejaba la luz rojiza de las nubes de lluvia que persistían sobre nuestras cabezas.

Gabriel pagó al taxista, abrió la puerta y me ayudó a bajar.

—¿Qué es esto? ¿Dónde estamos?

En respuesta a mis preguntas Gabriel se apartó para permitir que viese lo que tenía delante. Desde los cimientos hasta la torre, la pequeña iglesia tenía aire de casa de muñecas, igual que una miniatura de una de las enormes moles de París que los turistas visitaban cada día. Redondeada, de aspecto amable y con unos cuantos toques góticos, era abrazada por un jardín en sus vestiduras de otoño.

—Aquí estaremos a salvo y en paz.

—¿En paz? ¿Por qué me trajiste aquí? ¿Aquí se alojan ustedes?

—No, los demás se alojan en otra parte.

Di un respingo, temí que no fuese quién yo creía que era. Después de todo, tanto de los demonios como de los Nefilim podía esperar absolutamente cualquier cosa.

—Tranquila, te traje aquí porque amo este lugar. Nadie nos buscará en este lugar.

Me tomó de la mano. No noté en el tacto de su piel nada que evidenciase que

no era el Gabriel que yo conocía.

—Conozco al párroco y él me conoce a mí. Sabe lo que soy. Es un amigo; cada vez que tengo oportunidad lo visito. No te preocupes, es muy reservado, no suele hacer preguntas y siempre, sin importar el día o la hora, me recibe de brazos abiertos.

Así y todo, no me parecía buena idea.

Rodeamos la capilla por el jardín de piedra que la circundaba.

Gabriel llamó a la puerta de una pequeña entrada escondida entre un pilar gótico de forma triangular, y el retorcido tronco y ramas de una enredadera que en sus buenas épocas debía engalanar parte de la pared de un vibrante verde, mas que ahora simplemente parecían dedos huesudos que se aferraban de la piedra para mantener la estructura fija al suelo, impidiéndole su ascenso a los cielos.

Una bombilla se encendió sobre nuestras cabezas; la luz apenas si iluminaba nuestros rostros y poco más. Escuché los pasos al otro lado de la puerta, y un chirrido de metal.

Por la mirilla de la puerta se asomaron un par de ojos.

—¿Gabriel?

—Sí, soy yo, Philippe.

Los ojos se movieron hacia mí.

—Es una amiga. ¿Podemos pasar?

Los ojos parpadearon una y dos veces luego de tomarse todo el tiempo del mundo para requisar mi imagen. La mirilla se cerró y entonces crujió la cerradura. La puerta se abrió y por ella se escapó hacia el exterior un fuerte perfume a mirra enredado en un aire frío y húmedo que impidió que me olvidase de que mi abrigo yacía en la calle, muy lejos de aquí.

—Adelante—. El hombre apartó la puerta y nos hizo espacio para que pudiésemos pasar. Era una estancia diminuta, desprovista de más muebles que un escritorio muy angosto y un ropero empotrado en un rincón.

—Gracias, Philippe. Buenas noches.

—Buenas noches—. Puse un pie dentro; el lugar no estaba mucho mejor iluminado que el exterior; sí, ligeramente más cálido.

—Sean bienvenidos.

—Lamento irrumpir así de este modo.

—Despreocúpate —el hombre hizo un gesto con la mano para restarle importancia al hecho, y arrastrando sus pantuflas por el suelo, cerró la puerta. Caí en cuenta de lo muy mayor que debía ser, quizá de unos noventa años, o

más. Apenas si le quedaba cabello sobre la cabeza, caminaba muy encorvado, su piel era una arruga junto a la otra y los dedos de sus manos estaban deformados por la artritis. Junto a la puerta había apoyado un bastón que se apuró a recoger en cuanto corrió el último pasador—. Imagino que este no fue un viaje de placer.

Gabriel negó con la cabeza.

—Necesitamos un lugar en el que pasar al menos un par de horas.

—Claro, la casa es tuya—. Señaló una puerta no mucho más grande que por la que acabábamos de entrar—. Pasen, pasen. Iba a prepararme un té y a largarme a la cama, pero si me necesitan... —mi miró—. Usted necesita algo caliente, tiembla y si me permite decirlo: no se ve nada bien.

—Sería mucho pedir que le des algo de comer.

—No, no hace falta—. Dudaba poder pasar nada, además, dadas las condiciones, ni siquiera una buena comida podría ayudarme.

—Tengo queso, pan, algo de carne asada y de postre, unos bombones que tienen el poder de devolverle el alma al cuerpo.

La buena voluntad del hombre me enterneció sin embargo dudaba que fuese a servir de mucho.

Nos echamos a andar por un angosto pasillo en penumbras, el párroco por delante y Gabriel, llevándome a mí de la mano.

—Sígueme. Añadiré más de leña al fuego —dio unos pasos y luego se volvió para mirar a Gabriel por encima de su hombro, otra vez se averió la calefacción; dicen que tendremos que cambiar muchos de los radiadores y me figuro que ya es hora, muchos llevan aquí más tiempo que yo.

Gabriel le sonrió.

—¿Debemos tomar alguna otra medida?

—No creo que haga falta. De ningún modo me permitiría traerte problemas.

—¿Cuándo has traído tú problemas a esta casa?

Gabriel abrió la boca para decir algo pero el hombre lo interrumpió.

—Es siempre una alegría tenerte aquí; para este viejo continua siendo un honor y un placer verte.

—Por cierto, Philippe, ella sabe quién y qué soy.

Philippe me miró de hito en hito.

—Mejor aún, hablar en código nunca fue mi fuerte. Más allá de eso, si necesitan un lugar para pensar, para pasar un par de horas, este es el lugar indicado.

—Gracias; París se ha vuelto un lugar irreconocible.

—París es siempre la misma, Gabriel, los que están irreconocibles son sus habitantes.

—Algunos de ellos.

—Puedes contarme lo que quieras, ya lo sabes, este viejo es una tumba y de hecho no está muy lejos de terminar en una.

—No hables así.

—Mi médico insiste en que deje de fumar.

—¿Todavía mantienes el vicio?

—Y me lo llevaré a la tumba, creo.

El corredor desembocó en una agradable salita, cálida e iluminada de dorado por la luz de un par de veladores y por las llamas de un fuego que ardía en un extremo, a los pies de varios sillones, una alfombra y una mesita.

—Suceden cosas muy raras, cosas que podrían terminar muy mal.

—Pues esperemos que Dios no lo quiera—. Apoyándose en el bastón, retrocedió un paso—. Acomódense frente el fuego, enseguida regreso.

Gabriel me soltó la mano.

—Acomódate frente al fuego, voy a ayudarlo con eso, ¿está bien?

Asentí con la cabeza, las llamas del fuego me llamaban a gritos, quería arrodillarme frente al hogar a leña y no apartarme nunca de allí.

29. *De profundis.*

Sentada sobre la alfombra, abracé mis piernas y dejé que el calor de las llamas le devolviese temperatura a mis manos y al resto de mi cuerpo. Cerré los ojos y hundí la cara entre las rodillas. Así permanecí, incluso cuando el calor comenzó a arder sobre mi piel luego de traspasar mis ropas.

—¿Eliza?

Mis vertebras soltaron un desagradable crujido cuando alcé la cabeza y me di la vuelta para verlo llegar, cargando una bandeja abarrotada de cosas. Ver tanta comida revolvió mis tripas. No tenía fuerzas pero tampoco podría pasar bocado. Al menos la sed de almas de otros ya no era una acuciante necesidad, sino algo así como un dolor reflejo, una especie de contractura que sentía por sobre todo, en la espalda y el cuello, igual que si mi cuerpo estuviese oxidándose. ¿Sería eso lo que me sucedería: la rigidez se intensificaría al borde de impedirme movimiento alguno? Energía demoníaca contenida en un cuerpo inútil, reseco; a merced de la voluntad de otros, como un eco profundo en una caverna oscura y sin vida. Una luz que tarde o temprano acabaría

extinta y olvidada cuando ya nadie pudiese sacar más nada de ella.

Gabriel colocó la bandeja sobre la mesilla.

—He mandado a Philippe a la cama.

—¿No es peligroso para él que nos quedemos aquí? Podrían habernos seguido, podrían encontrarnos.

—No, nadie nos buscará aquí. Además, no nos siguieron.

—No tengo idea de cómo hicieron para dar conmigo. Mi padre me visitó esta noche, crees que lo siguieran a él o que él revelara mi paradero.

Gabriel bajó los ojos y en el más completo silencio, sirvió té en dos tazas.

—No, nada de eso. Era yo quien los seguía a ellos. Me topé con ellos de casualidad y comencé a seguirlos, de repente apareciste tú, te sentí llegar, creo que fue entonces cuando ellos se percataron de mi presencia y luego de la tuya. Fue mi culpa. Casi te atrapan por una tontería mía.

—Al menos no fue mi padre.

Meneó la cabeza en señal de negación.

—Es un alivio—. La frase se me escapó y no fui consciente de ella hasta un par de segundos más tarde, cuando por culpa de la cara que puso Gabriel, caí en cuenta de que era mi propio reflejo de sorpresa en su rostro. Me sentía aliviada de que mi padre, mi verdadero padre, de quien yo llevaba sangre corriendo por las venas, no me hubiese entregado al enemigo.

Para salir de aquella incómoda situación en la que no deseaba estar, puesto que no tenía ganas de explicar o de pensar en las razones que me habían llevado a sentirme aliviada porque mi padre no me traicionase, le conté sobre su visita de horas atrás.

Gabriel escuchó atentamente mi relato y luego encerrándose dentro de su cabeza, con una taza entre las manos, bebió los primeros sorbos. Yo apenas si había podido pasar un trago de té y ahora mordisqueaba de a trocitos muy pequeños, un bombón de chocolate con relleno de avellanas que él me había obligado a tomar.

El chocolate se disolvía en mi boca mas yo me sentía igual de débil.

—Mi estado no se corregirá ni con chocolate ni con ninguna otra comida. Ayudaría si las circunstancias fuesen otras, sin embargo esto es más grave.

—Lucio creía que...

—No servirá de nada, Gabriel, a mí tampoco me agrada la idea pero así no llegaré a ninguna parte.

Soltó la taza sobre la mesa y se envaró irguiendo la espalda sobre el suelo ya que los dos nos encontrábamos sentados en el piso, sobre la alfombra.

—No permitiré que lo hagas.

—No es momento de sacar a relucir tu título de arcángel. Tengo que hacer lo que tengo que hacer, si no te gusta date la vuelta y mira para otro lado, supongo que es eso lo que ustedes los ángeles hacen cada vez que algo no es como debiera. Simplemente apartan la mirada y se desentienden del asunto. ¡¿No es así?! ¡Qué balance ni que mierda! ¡A ustedes no les importa un cuerno lo que le pasa a la humanidad! Mucho menos debería importarle lo que hacemos los demonios—. Grité frenética sin lograr contenerme. Cuando acabé, la salita quedó en silencio y Gabriel observándome con los ojos igual que dos ranuras en la tierra negra y profunda.

—Si por un segundo creyese que realmente sientes todo aquello que acabas de soltarme así, ya te habría arrancado la cabeza y enviado al Infierno.

Con un pie sobre la ira y el otro sobre la vergüenza procuré mantenerme erguida.

—Me fui de lengua, no debí utilizar ese tono pero es cierto, te horrorizas de lo que necesito hacer para seguir con vida pero no haces nada frente...

—Los ángeles no están para salir a solucionar todo lo que está mal en este mundo. Ojalá fuese así. Ni por un segundo se te ha ocurrido pensar que a mí también me indigna todo esto. Es por eso que no quiero que lo hagas, ya suficientemente corrompido se encuentra el mundo.

—Es un poco tarde para intentar salvarme a mí; de hecho, ya no hay nada que salvar aquí; soy un demonio.

—De eso mismo quería hablar.

Le permití seguir adelante sin interrumpirlo.

—Es... es... No sé cómo explicarlo. Siquiera estoy seguro de que sea real. Es una sensación, es todo. No tengo armas para defender la idea pero...

—¿De qué hablas?

—*De profundis*.

—Es tarde y estoy muy cansada para tener clases de latín.

—Desde lo profundo.

—Desde lo profundo qué.

—Es que, hay algo, en ti... es difícil de explicar.

—No empecemos otra vez, ya pasé por esto una infinidad de veces.

Frunció el entrecejo como preguntándome de qué hablaba.

—Hay algo puro.

—¿Puro? Sí, claro. Oye, necesito hacerlo; nada de lo que digas cambiará eso.

—Tú nunca alcanzaste el estado en que podrías mostrarte plenamente.

—Que poética forma de decirlo. Es cierto, sin embargo... ¿qué importa?, supongo que tarde o temprano tendré que enfrentar esa cara mía.

—Cuando estábamos en Bois de Boulogne lo sentí. Supongo que se debió a que tu ser se hallaba casi por completo liberado, fue como si abrieses las puertas de tu corazón y eso aprovechó el momento para mostrarse.

Sinceramente me hacía mal recordar ese momento, siquiera quería pensar en ello.

—Creo que confundes los términos, lo que se mostró allí no fue nada puro.

—Justicia, deseabas justicia.

Su afirmación me dejó perpleja.

—Viste su alma, sus pecados.

—¿Y con eso?

—Los ángeles hacen eso.

—También los demonios. No se me ocurre qué es lo que estás pensando, no tiene que ver con nada puro, Gabriel; te lo aseguro. Admito que lamento mucho que la camioneta atropellase a ese hombre, de verdad siento culpa, ya que es mi culpa, él estaba allí por mí, pero todavía deseo su alma, ojalá hubiese podido quedarme con ella para reponerme de una buena vez; odio estar así, odio no tener fuerzas, odio tener que discutir esto contigo... es que nunca lo entenderías. No lo entiendes.

—Me creas o no, es cierto, aún hay algo en ti que tu condición no ha logrado corromper, que siquiera la sangre de tu padre puede contaminar.

—Eres un ángel y simplemente intentas encontrarme un lado bueno, te lo agradezco, pero de verdad, necesito hacerlo. No tengo ni la menor idea de dónde sacas tú tus fuerzas, el asunto es que por ser una neófita lo necesito y punto final.

—¡Es eso! —exclamó a todo pulmón sonriendo con una satisfacción que no supe a qué adjudicar—. Por supuesto, cómo no lo pensé antes.

—Pensar en qué. A por Dios, Gabriel, tampoco estoy para adivinanzas.

Gateando rodeó la mesa y se acomodó frente a mí.

—Ven aquí, vamos a intentarlo. Voy a pasarte un poco de mi energía.

Lo miré torcido.

Sin pedirme autorización, tomó mis manos.

—No pongas esa cara.

—Es ridículo, no va a funcionar. Tú y yo somos seres completamente distintos.

—Es cierto, al menos en parte. Lo único que importa es lo que tenemos en común.

—¿Y qué es lo que tenemos en común?

—Que desde lo profundo, de todo corazón, deseamos hacer lo correcto.

—No sé si soy así.

—Al menos lo intentas. Inténtalo conmigo esta vez. No preferirías no tener que hacerlo.

—Preferir... no cuenta lo que yo quiera Gabriel, no soy yo quien pone las reglas. De hecho creo que muchas de las reglas son bastante absurdas y no sirven para nada, el mundo no es lo que debiera ser.

—Nada es lo que debiera ser, eso es lo entretenido de la vida.

—No soy tan optimista.

—Si quieres decir que soy un ingenuo...

—Sé que no lo eres, sabes cuál es la realidad, lo que pasa es que por ser un arcángel intentas ver todo de color de rosa.

—No es cierto, más allá de todo, sigo siendo un guerrero y los guerreros no son tan inocentes como tú crees. Soy consciente del dolor, del sacrificio, de las injusticias—. Acomodó mis manos entre las suyas, igual que si buscase el agarre perfecto, el mejor contacto—. ¿Puedo intentarlo?

—Adelante. Perderás el tiempo.

—Gracias.

Resoplé ante el tono de su voz.

Cerró los ojos y se acomodó sobre el suelo. Sus brazos se relajaron mas sus manos continuaron fuertemente asidas a las mías.

La habitación quedó en silencio. Los segundos comenzaron a pasar y nada sucedía, si estaba haciendo algo yo no lo sentía. Comencé a aburrirme, esto no tenía ningún sentido, lo que yo necesitaba era salir a la calle y conseguir un alma.

Creo que todo otro minuto entero transcurrió.

—Gabriel...

Pronuncié su nombre y entonces sus alas estallaron detrás de su espalda. Abrió los párpados de par en par, sus ojos se veían sumamente extraños, parecía que los recubriese una delgada película espejada. Sus dedos se clavaron en mi carne y entonces lo sentí, fue como si hundiese poco a poco, las manos y luego los brazos en agua helada. La primera sensación era de dolor, luego de entumecimiento. Quise soltarme y no lo logré, tironeé pero Gabriel no se movió ni un ápice, no sé si no se daba cuenta de mi lucha o simplemente la ignoraba. No parpadeaba y sus ojos se encontraban fijos en un punto que me fue imposible precisar. El brillo de sus alas se intensificó. Las luces se

apagaron, el fuego también se extinguió. Quedamos únicamente iluminados por el brillo plateado que desprendía la esencia de la que estaban compuestas sus alas. Cuando el dolor me llegó a los hombros comencé a desesperar, él siquiera reaccionaba a mi voz pronunciado su nombre.

—Gabriel, por favor, suéltame ya, no está dando resultado. Gabriel, por favor, es demasiado doloroso y...

Los labios del arcángel se separaron y de su boca emergió algo parecido al sonido que emiten los delfines, solo que mucho más agudo e insoportable, casi ultrasónico supongo, yo conseguía oírlo porque al cambiar, mis oídos eran mucho más sensibles que cuando era una simple humana. El pitido amenazaba con perforar mis tímpanos.

Lo que sucedió a continuación me dejó helada. Sin que una mano física lo tocara, y por una energía de fuera de este mundo, la daga que Gabriel llevaba en la cintura salió de su cartuchera, se elevó en el aire, y apuntó con la filosa punta de su hoja, hacia mi pecho y allí se quedó, flotando amenazadora a poca distancia de mi corazón. Supe que si la daga se enterraba en mi carne probablemente sería el fin y me negaba a abandonar este mundo sin antes descubrir la verdad, toda la verdad.

Una única idea se me ocurrió, la más básica, la que prácticamente nos define a nosotros como demonios, lo primero en lo que piensa todo el mundo, cuando piensa en el Infierno: fuego.

Extrañamente, en oposición contra lo que esperaba, no me costó demasiado encontrar las energías suficientes para darle vida a las altas e intensas llamaradas que coparon la habitación ni bien pensé en ellas. Fue mucho más fácil de lo que fuera nunca antes; fue instantáneo, y el tamaño y el calor que generaban las llamas, algo nunca visto por mí.

El fuego ardía sobre el mobiliario, sobre las alfombras, lamía las paredes y recubría los libros de las estanterías y en realidad, no quemaba nada. Lo humano y mundano simplemente no era susceptible a mí fuego, sin embargo, y para mi sorpresa, si los extremos de las alas de Gabriel.

Mi intención era asustarlo para sacarlo de aquel transe, hacer que me soltase, no herirlo y mucho menos matarlo, sin embargo mis llamas eran lo que eran y comenzaban a hacer su trabajo. La hoguera que nos rodeaba dejaba un muy pequeño círculo franco a nuestro alrededor, círculo que no era suficiente para contener la envergadura de las alas de Gabriel.

El olor a quemado me revolvió el estómago. Alcé la vista para ser testigo del humo negro que flotaba por encima de sus alas. Los extremos negros y

chamuscados, el chisporroteo vivo, rojo y dorado que consumía en pequeñas explosiones similares a las de los fuegos artificiales, el glorioso material cuyo tacto no tenía comparación con nada que hubiese tenido oportunidad de tocar antes.

Sus alas comenzaban a chamuscarse, a consumirse.

Todo eso pasó en menos de diez segundos, pero para el desdoblamiento del tiempo que provocaba semejante tortura, nacida de mi arrepentimiento y vergüenza por alzarme, en todas las de la ley, contra un arcángel... Infierno contra Cielo... fue demasiado.

La reacción de Gabriel no se hizo esperar. La daga salió disparada dando giros para ir a clavarse en la tela de un cuadro a mis espaldas.

Un par de ojos negros y profundos me observaron igual que si estuviesen mirando un desconocido y potentemente mortal virus dentro de una placa Petri. La razón para una enfermedad que no tiene cura, para una enfermedad de la que toda la humanidad es portadora y de la que yo, en particular, cargo en la sangre en un alto nivel.

Sus dedos no solamente me soltaron, sino que me empujaron con una fuerza monstruosa. De un salto, él se apartó de mí.

El fuego desapareció, también sus hermosas alas.

Con el corazón disparado, desparramada sobre la alfombra, lo observe sin terminar de decidir si debía huir o preguntarle si se encontraba bien.

La luz regresó y el fuego del hogar volvió a encenderse.

Gabriel parpadeó y me miró. Acto seguido cayó de rodillas, y en esa posición, gateó hasta mí. Sus rodillas se detuvieron frente a mis piernas encogidas mas sus brazos continuaron andando a los costados de mi cuerpo, mientras su pecho y rostro se movían sobre mí. Su cara y la mía quedaron enfrentadas por escasos centímetros.

—Te dije que funcionaría —jadearon sus labios sobre los míos. Su mirada ardía sobre mis ojos por lo cual resultaba extremadamente difícil sostenerle la mirada.

Sinceramente, no estaba muy segura de lo que acababa de suceder, y mucho menos, de que hubiese funcionado lo que intentaba, admito que me sentía mejor, pero también había experimentado una súbita mejoría (y también muy efímera) cuando me dispuse a cazar el alma de aquel hombre.

—Te lastimé.

—Ya estoy bien.

Que no apartase ni la mirada, ni su cuerpo de mí, me ponía nerviosa, y por

varios motivos que siquiera prefería recordar. En un súbito flash me vino a la mente uno de sus besos; instintivamente bajé los ojos hasta los labios de Gabriel.

—No fue nada —añadió y sus labios se sumieron en un profundo silencio.

No podía moverme, no quería moverme por miedo a rozar su cuerpo, la tentación en este momento era mucha, y no deseaba caer.

—¿Qué sucede? —después de buscar por todos lados, algo de voz con la que hablar.

—Admito que temía que tu cuerpo rechazase mi energía... —sonrió—. Sucedió todo lo contrario.

—Y... ¿se supone que eso es bueno o qué...?

—Es... es... es extraño. Tomaste de mí todo lo que te di y mucho más. Tu cuerpo me recibió de brazos abiertos.

—No fue exactamente así como se sintió.

—Fue tu cuerpo pidiendo más; no fue malo, fue excesivamente bueno.

—Entonces por qué...

—Tu padre te hizo diferente, algo nunca antes visto.

—Odio ser diferente.

—No lo odiarías si te vieses al espejo en este instante.

—¿Qué?

Con una mano por debajo de mi cintura, y sin apoyarse en nada, Gabriel me levantó y se levantó.

Guiándome con cuidado, me puso frente a una de las ventanas que daba al jardín. Afuera estaba tan oscuro que la ventana hacia las veces de espejo, espejo en el que se reflejó el aura plateada que rodeaba todo mi cuerpo.

Me estremecí. Contemplar aquello era extraño, demasiado extraño, incluso para mí un demonio. El brillo era tan parecido al de sus alas que creí que alucinaba; igual de puro, de sobrecogedor.

Gabriel posó su mano sobre mi hombro izquierdo y apareció por detrás de mí, en el reflejo de la ventana, sus alas estaban allí otra vez, brillando como siempre, sanas, relucientes, sin rastro de quemadura alguna. Tan puras...

Su resplandor se mezclaba con el mío, juntos, formaban una especie de aura que creaba una suerte de energía que me hacía sentir bien, segura, en extremo consciente de mis pies plantados en el suelo, de la tibieza de la palma de su mano sobre mi hombro, de cada latido de mi corazón.

—¿Qué significa esto?

—Eso mismo deseo saber. Creo que esto habla por sí solo. Es la razón de la

insistencia de tu padre, de la poco desapercibida presencia de los Nefilim a tu alrededor.

Giré la cabeza y lo miré por encima de mi hombro.

—Eres distinta.

Me miré al cristal otra vez, la luz aún persistía.

—¿Cuánto durará esto?

En respuesta, se encogió de hombros. No tenía ni la menor idea.

—¿Sabías que sucedería?

—No, pero que sucediera ratifica lo que te dije antes: no todo en ti fue corrompido, una parte de tu ser continúa siendo lo suficientemente pura. Pura para aceptar aquello que no puede ser arrebatado ni pedido, siquiera deseado.

Volví a contemplar mi reluciente imagen.

—Gracias.

De verdad, y de todo corazón, le agradecía esto. Ya suficiente peso cargaba mi alma. Recordé a Ami y aquel hombre del parque; no quería ser responsable de más cosas como esas, no quería condenar a nadie más al Infierno, no de este modo, con personas como Anežka, o incluso como yo, era diferente, pero abusarse de la necesidad de alguien me parecía horrendo.

—Y ahora qué.

—Te llevaré de regreso a tu casa; hay algunas cosas que necesito hacer.

—¿Cosas?

—Tengo que contarle a los demás sobre esto.

—¿De verdad es necesario? —Me daba no sé qué que los demás lo supieran, es más, no tenía ni idea de cómo iba a explicárselo a Vicente.

Contestó que sí con la cabeza.

—Sé que es importante, que no es un detalle menor.

—Un problema más.

Sonrió y luego rió. Que se riese me hizo sulfurar, al menos superficialmente.

—Lo es para el problema que tenemos entre manos, pero yo no podría esperar para ti nada mejor. Es algo muy bueno de tener en común.

Miré el reflejo de sus ojos en la ventana, estos también sonreían. Tendría que ser muy ciega para no ver en ellos, que me quería y que saber que al menos una parte de su energía angélica fluía dentro de mí, lo hacía sentirse mejor consigo mismo, tal vez menos despreciado, menos abandonado, más querido.

Tuve ganas de abrazarlo, de pedirle perdón por existir, por haber irrumpido así en su vida, por arrástralo hasta aquí, en síntesis, me sentí pésimo por hacer uso de algo que le pertenecía y que yo, sin duda y pese a lo que él afirmaba,

tomaba provecho sin merecer.

Mientras me retorció por dentro, él insistió en que comiese, aseguró que encontrar la bandeja vacía haría feliz a Philippe. Me dio la impresión de que si comía, también lo haría feliz a él. Le di el gusto, no porque tuviese hambre, tampoco fue desagradable comer, mi estómago se encontraba bien, ya no sentía náuseas, de hecho mi estado era por demás bueno, era como si acabase de despertar de un agradable descanso, y como si al abrir los ojos, hubiese visto el sol brillar en un cielo magníficamente celeste, no en una noche cerrada y oscura como esta, en la que el cielo amenazaba con tormenta. Mi ánimo no era nocturno, tampoco otoñal, recordé que yo solía sentirme así, radiante, llena de vida, cada vez que invierno dejaba paso a la primavera y luego al verano; un resurgir a la vida.

Tenía mis reservas con respecto a volver a salir a la calle y todo lo demás. Mis dudas cayeron en oídos sordos, Gabriel estaba demasiado entusiasmado y esperanzado como para prestar oídos a mis palabras.

En una madrugada que comenzó lluviosa, el anciano amigo de Gabriel nos despidió con una sonrisa, recomendándonos cuidar con todo nuestro cariño, el antiquísimo coche que le prestó a Gabriel para alcanzarme a mí hasta mi casa; Gabriel no quería salir a buscar un taxi, y le preguntó si el viejo Citroën aún funcionaba (como una máquina a vapor pero sí, funcionaba).

...

En cuanto Gabriel detuvo el automóvil, Vicente se asomó a la ventana. Cruzamos una mirada y antes de que pudiese terminar de despedirme y agradecer al arcángel, ya había salido a la puerta armado con un paraguas.

Al verlo, Gabriel suspiró largamente, acto seguido me aseguró que en cuanto tuviese novedades, se pondría en contacto conmigo. Con sus últimas palabras, me pidió que tuviese mucho cuidado, que no volviese a salir sola y por sobre todo, que ni se me ocurriese intentar tomar alma alguna. También me advirtió que estuviese con el corazón muy abierto, atenta a todo lo que me rodeaba. No comprendí que quería decir con aquello, asentí con la cabeza de todos modos.

Como la situación comenzaba a tonarse insostenible: Vicente avanzando con paso pesado hacia el automóvil, y Gabriel, evitando ver a Vicente como si eso le recordase algo muy amargo, me despedí y bajé del auto.

Gabriel se largó de allí antes de que Vicente llegase para cubrirme con el paraguas. Su cara lo dijo todo, él también lo veía y no comprendía a que se

debía, supuse que se imaginaba lo peor, lo que más le dolía, una situación que nada tenía que ver con que si en mi quedaba pureza.

No fue fácil explicarle lo sucedido y para él tampoco fue sencillo digerir mis palabras.

Vicente no quedó tan encantado con el modo en que yo recargara mis energías, sí, estaba contento de verme mejor pero esto suponía para él una distancia insondable, una que tal como creía Gabriel, me acercaba más a él y a su mundo de ángeles celestiales, alejándome de la materialidad y lógica del mundo demoniaco, en el que los milagros, o como quiera llamársele a hechos similares, no tiene cabida.

Sola y oyendo el agua caer, mientras Vicente se encontraba fuera buscando pan y otras cosas para el desayuno, pensé y pensé en los hechos de la noche. Muchas cosas me tenían inquieta, una de ellas era la daga que me apuntara moviéndose sola, o tal vez como un reflejo defensivo del instinto de Gabriel; ¿sería eso?

Tampoco lo tenía fácil con el recuerdo de la imagen de la camioneta atropellando al hombre al que quise arrebatarle su alma. Por temor a oír sobre su muerte en las noticias, mantuve el televisor apagado, si bien éste, hubiese sido una buenísima opción para entretenerme y alejarme así, de las otras tantas cosas en las que pensaba al punto del dolor de cabeza.

30. Inferi Dii.

Chasqué los dedos y las velas frente a mí se encendieron. De un soplido las apagué.

Chasqué los dedos otra vez, el fuego volvió a brotar.

Vicente giró la cabeza y me lanzó una mirada por encima del hombro. Con sus ojos sobre mí, soplé; él suspiró, por lo que me parecía, fastidiado. Regresó a su labor, se ocupaba de la cena, yo no tenía ánimos para eso, a la única en esta casa que le hacía falta comer era a Anežka, ella era mi responsabilidad, y así y todo, no lograba encontrar el ánimo, las ganas, o la fuerza para levantarme de esta silla y cocinar.

El cuchillo bajó una vez, guillotinando las puntas de las zanahorias. Otra vez: perfectas rodajas anaranjadas. Y una más. Chasqué los dedos: pequeñas llamas aparecieron sobre los pabilos de las velas moradas que completaban la decoración de la mesa.

Vicente resopló.

Apagué las velas de un soplido, él arrojó las zanahorias dentro de la cacerola de bronce dentro de la que se cocían los medallones de carne.

La salsa dejó de borbotear a causa de los ingredientes fríos que acabara de recibir.

Todo me parecía tan obsoleto en este momento, tan insignificante. Comer... para qué... estar aquí, amargarme... cambiar a Anežka, ver a Gabriel, abrazar a Vicente. Nada... en este momento sentía que el futuro no existía, lo cierto es que tenía miedo de mi misma, de lo que pudiese hacer, de lo que los demás pretendiesen de mí, en especial mi padre.

Mi fuego... Chasqué los dedos y las llamas reaparecieron.

—Deja eso, ¿sí? Me pones nervioso. Esas llamas no son para jugar.

—No, claro que no, son para matar demonios —murmuré por lo bajo, más para mí que para él.

—Exacto, y eso mismo es lo que yo soy—. Giró y esta vez, en vez de mirar mis manos, me miró a los ojos—. Ya déjalo por favor.

—No tengo que hacer ni el menor esfuerzo para que salgan.

—Sí, me percaté de ello.

—Es extraño —se me escapó el aire de los pulmones, todo esto me tenía profundamente abrumada—. Cambió de un momento para el otro y ni siquiera sé cuándo, no me di cuenta.

Vicente apoyó la cuchara de madera sobre la mesada y caminó hasta mí. Se inclinó sobre las velas y apagó el fuego.

Nos miramos.

De repente tuve una idea muy loca. Moví la mano hasta la jarra de agua y apoyé un dedo justo por donde al otro lado del cristal, se encontraba el borde del nivel de agua. Pensé en lo que deseaba hacer, y así de simple, sucedió. Una columna de agua siguió el movimiento de mi dedo hacia arriba. Mi mano se despegó del cristal y el agua me siguió más allá de la jarra. Era de lo más extraño ver el agua hacer aquello, bien, no era la primera vez, aquel muchacho en el circo de Jan había hecho exactamente lo mismo.

—Termina con eso de una buena vez —rugió Vicente tomándome la mano por la muñeca.

El agua cayó al instante en el interior de la jarra, salpicando para todos lados.

—¿Crees que sea por lo que Gabriel me dio? —Todavía me tenía sujeta, y nuestros ojos no se separaban—. Siento igual que si tuviese un hormiguero dentro de mí.

—No debería haberlo hecho.

—Me siento mejor que nunca. Me siento bien, atenta, despierta, con los cinco sentidos afilados. Escucho a Anežka allí arriba, tiene su reproductor de música encendido, con los auriculares puestos, y aun así, oigo lo mismo que ella, también escucho y siento su pie repiquetear sobre el colchón. También sé que si me esfuerzo un poco, lograría escuchar sus pensamientos—. Poner esta nueva realidad en voz alta, la tornó más material, que lo supiera él era el fin de una etapa. No sé cómo, no sé por qué, pero tenía la firme sensación que era el fin de una etapa, el comienzo de una nueva era. Casi veinticuatro horas después de que Gabriel me pasase su energía, ni el mundo, ni yo, éramos los mismos. Intentar ocultarlo por más horas no tenía sentido, si mientras estaba en la ducha, momentos atrás, había logrado escuchar sus pensamientos y me amargó ver, lo mucho que le dolía que hubiese pasado esas horas en compañía de Gabriel, también sentí el miedo que tenía porque lo dejase, y los cientos de preocupaciones más, que daban vueltas por su cabeza. Meterme dentro de sus pensamientos fue más de lo que necesitaba ver o saber. Escuchar a la gente caminando por la calle, más de lo que podía procesar. Sentir cada alma que rodeaba esta casa, un excesivo nivel de percepción. No es que me sintiese mal, todo era muy impresionante, magnífico desde un punto de vista, y demasiado desde otro, era como si hubiese perdido la piel, como si fuese permeable a absolutamente todo. Frenar todas esas sensaciones era muy difícil y además, estar atenta me hacía sentir más segura y fuerte.

Su mano me soltó.

—Te ves diferente.

—Me pregunto si durará.

—Es agradable ver que se te quitaran las ojeras, sin embargo... para serte sincero...

Ni falta que hacía que lo dijese en voz alta, esto lo hacía sentirse más lejos de mí.

—No tienen nada que ver con nosotros.

—Tiene todo que ver con nosotros. Acabarás no necesítandome más, y yo aún te necesito a ti.

Iba a decirle que eso no era cierto cuando los sentí llegar, tanto en mis oídos cuanto en mi piel.

Me puse de pie. Sé que la alarma se notó en mi rostro porque Vicente puso cara de espanto también.

—¿Qué, qué pasa?

—Tenemos visitas.

Echó una mirada en dirección a la puerta y se quedó un largo segundo en silencio.

—Es Ciro.

No tengo ni idea de cómo, reconocí su olor. No creí que pudiese recordarlo y mucho menos percibirlo a la distancia que nos separaba ya que él aún se encontraba en la calle, frente a la casa; así era. Quise ver sus pensamientos y me fue imposible captar nada. Lo que sí percibí, fue otra cosa.

—Hay más.

Se mordió el labio inferior.

—Son muchos, en distintos vehículos.

Vicente se dio la vuelta y de un manotazo encendió el televisor, cambió de canal hasta encontrar aquel en que se proyectaban las imágenes de las cámaras de seguridad con las que contaba la casa. Allí estaban, en colores un tanto opacos y con sombra, tres vehículos oscuros estacionados justo frente a la casa. Había personas de negro moviéndose alrededor de estos y un hombre, uno en particular, avanzando hacia la entrada.

—Quédate aquí.

—No, Vicente, vienen a verme a mí.

—Tú todavía no eres parte de Las Doce Sillas.

—Trece.

—Lo que sea, no saldrás de esta casa con ellos.

—Podrían pensar que esa es una actitud un tanto hostil, se supone que vinimos para que crean que nos pasamos a su lado, si me niego a ir, no se lo tomarán muy bien. Además, creo que viene en calidad de hermano.

Sin llamar a la puerta, sin necesitar de una llave, Ciro entró en la casa, lo vimos todo por las cámaras de seguridad que lo siguieron por el hall de entrada, y luego por el pasillo hasta la cocina.

—Hermana.

Su profunda voz de trueno retumbó en las paredes de nuestro hogar. Su presencia tan poderosa que era como si un ejército hubiese copado nuestra cocina, no una sola persona.

Otra vez intenté husmear entre sus pensamientos sin éxito. Su mente fría recubierta por una gruesa capa de acero me mantuvo fuera de todo, solamente podía distinguir, en unas delgadísimas trazas plateadas que parecían hilo, una parte de sus intenciones: hablar conmigo. Sí, hablar, nada más, no venía para llevarnos a la rastra hasta la más importante sede demoníaca, no venía para vengarse de nada, tampoco para entregarme a nadie, ni siquiera para hacer

daño.

—Buenas noches a ambos.

—Buenas noches, Ciro.

Yo no logré contestar.

—Hermana, te ves muy bien, muy cambiada de la última vez que nos vimos—. Me sonrió—. Es un placer verte así.

—Voy por un abrigo.

Ciro rió.

—Es placer ser testigo de que, entre la sangre, sobran las palabras. Te espero afuera, veo que Vicente tenía algo más entre manos —su mirada apuntó en dirección a la bullente cacerola—, de modo que no lo entretendré. Nos vemos —le dijo a Vicente para luego dar la media vuelta y salir.

—No vayas —soltó con premura sin alzar la voz en cuanto Ciro quedó fuera del alcance de nuestras voces.

—Cuanto antes acabemos con esto mejor.

—Te acompaño.

Alce una mano y le acaricié la mejilla.

—Estás más seguro aquí.

—Ningún lugar es seguro si no estoy contigo. Cada vez que te dejo ir tengo la sensación de que jamás volveré a verte.

Sus palabras y la mirada que me dedicó, me llegaron al corazón.

—Haré todo lo que sea necesario para volver.

—¿Para luego correr hacia él? No sé por qué, tengo la sensación de que algo entre nosotros se rompió, es como si viviésemos en dos mundos completamente diferentes.

—Admito que todavía estoy algo confundida... sin embargo no es cierto, todavía...

Quitó mi mano de su rostro.

—Ve por tus cosas, voy a enviarle un mensaje a Gabriel avisándole que sales. Yo no puedo correr tras de ti, seguirlos, ellos lo notarían. La hermandad puede hacer lo suyo y cuidar de ti mientras yo me quedo aquí, de brazos cruzados, sin otra cosa que hacer que esperar por ti, a que regreses.

—Me salvaste tantas veces...

—Ahora es muy poco lo que puedo hacer por ti. Tu fuerza superó la mía, el resto lo aprenderás sola.

Eso me dejó sin habla.

Recogí mis cosas y salí. Parte de mi corazón quedó allí dentro, en la cocina,

con él, haciéndole compañía a su corazón destrozado, tal vez lastimándolo todavía más.

Me recordé a mí misma que primero que todo, debía resolver el gran problema que todos teníamos por delante; si eso salía bien, procuraría aclarar mi corazón y tomar una decisión. Tendría mucha suerte de poder elegir, si salía viva o al menos, libre de este embrollo, sería de milagro.

Afuera la lluvia había parado, dejando a su paso, un cielo despejado; hacía un frío mortal.

La puerta trasera del primer automóvil se encontraba abierta, el interior a oscuras no me permitía ver nada, mas ni falta que hacía, sabía muy bien que Ciro se encontraba allí dentro, esperando por mí, mientras ese otro demonio, con mala cara, sostenía la puerta para cerrarla detrás de mí.

El interior estaba caliente y olía a cuero, a tabaco, y al fuerte perfume de Ciro. Las luces del interior del automóvil se encendieron en cuanto el demonio azotó la puerta.

—¿Una copa para entrar en calor?

Tendió una copa de cristal hacia mí, dentro se bamboleaba un líquido color ámbar.

—Coñac. Tiene más de doscientos años.

Tomé la copa.

—Por nosotros: *Inferi Dii*—. Chocó su copa contra la mía—. Los dioses del inframundo.

El automóvil se puso en movimiento.

—¿A dónde vamos?

—A cumplir tu destino, eres una de los nuestros, lo eres desde el momento de tu nacimiento. Tienes una silla con tu nombre, reservada, esperando por ti. A veces el poder asusta, incluso puede ser que te de vergüenza poseer tanto; el hecho es que siempre ha estado en tu destino. Hay ciertas cosas que no se pueden evitar, sin importar cuánto luchemos contra ellas —permaneció en silencio por un segundo, mirando por la ventana—, de un modo u otro surgirán una y otra vez en nuestro camino hasta que las aceptemos —completó viéndome a la cara otra vez.

—Hablas como Eleazar.

—Es nuestro padre.

—¿Qué esperan que haga?

—Eso depende enteramente de ti.

Lo miré torcido, la respuesta no me satisfacía.

—Eliza, por el momento nos complace contar con tu presencia. No es momento de exigencias, eres nueva en esto y se tarda tiempo en aprender lo que nosotros sabemos. Nadie pretende que tomes tu cargo comportándote igual que un demonio milenario, tu tarea, por el momento, es ver, oír, asimilar.

—¿Es esa también la tarea de Vicente?

Ciro negó con la cabeza.

—Para nada, él tiene suficiente experiencia, está capacitado para tomar sus propias decisiones, para opinar y dar voto a aquello que crea conveniente. Su posición en Las Doce Sillas, ahora trece, no tiene nada que ver contigo. Tú eres mi hermana, nada cambiará eso jamás, nadie tiene el poder de cambiar eso—. Hizo una pausa en la que parpadeo varias veces—. Mi pequeña hermana.

Las tripas se me revolviéron, todo ese despliegue de simpatía, de supuesta camaradería entre hermanos, toda esta farsa de familia era imposible de digerir. Ellos me querían aquí para siempre y yo no desea otra que no fuese arrancarlos de mí, de mi existencia para siempre.

Simplemente no lograba entenderlo, ni a él, ni a Eleazar, que la sangre me uniese a ellos no me parecía más que una maldición, no quería parecerme a lo que ellos son, y en cierto punto, los aborrecía, de verdad, y con toda el alma. Incluso en este momento, a sabiendas de que debía fingir, me moría de ganas de soltarle a la cara que los odiaba a ambos, a él, en este momento, en particular, por haber hecho sufrir a Vicente. Me enfurecí al recordar ese momento y por poco, quiebro la copa.

No fue fácil recuperar la compostura, su cara de piedra y su espléndida sonrisa de demonio me hacían hervir la sangre.

—Es una verdadera pena que con este linaje de sangre no viniese un manual instructivo.

Ciro rió con ganas ante mi comentario, el cual no fue otra cosa que una fuga de la presión rabiosa que contenía en mí.

—Comprendo perfectamente el modo en que debes sentirte ahora, yo también sabía muy poco cuando llegué aquí. A eso se debe mi visita, no estás sola en esto. Para lo que quieras, para lo que necesites, estaré aquí.

—¿Los demás están felices con mi llegada?

—Eliza, las envidias son grandes y muy frecuentes entre demonios. Habrá a quienes les agrades, y a quienes no.

—¿Y qué me dices de tí? —De algún modo u otro tenía que descubrir qué se traía entre manos, ya que su mente no me permitía ver nada.

—¿Te preocupa que te odie? —Meneó la cabeza sin que se le borrara esa enorme y blanca sonrisa—. No soy Salvador.

Bebí un sorbo. El coñac era extremadamente fuerte, quemó mi garganta a medida que bajaba por ella.

Ciro tocó las yemas de mis dedos con las suyas mientras yo aún sostenía la copa frente a mis labios.

—Llenas de energía —murmuró con un tono místico—. ¿Cómo van tus poderes?

—Bien, supongo.

—No tienes trece años, seguro que tienes la capacidad para brindarme una respuesta mucho mejor que esa. Sabes de lo que te hablo. ¿Lees mentes, tienes el poder de infligir dolor, juegas con fuego, acaso con agua? ¿Qué poderes se han desarrollado dentro de ti? Vamos, que no te apene contármelo, puedes confiar en mí.

—No estoy segura de eso.

—Lo dices por aquella vez que ordené que torturaran a Vicente. Esa es historia pasada, si hasta él me perdonó. No quedan resentimientos. ¿O sí? Tenía entendido que aceptaste de buen grado unirte a nosotros; ¿era mentira? Comencé a sudar frío.

—No —mentí—, pero no esperes que confíe en ustedes así sin más, tú lo dijiste, los demonios suelen ser muy envidiosos y muchos harían cualquier cosa por poder.

—Eliza, tengo edad suficiente para haber visto otros hijos de mi padre ir y venir así sin más. Soy el más antiguo de todos los que han logrado sobrevivir a su propio ego. Conozco a mí padre y sé de nuestra especie mucho más que ningún otro. No tengo miedo de que puedas arrebatarme mi lugar, puesto que mi lugar siempre será mío, así como nadie logrará quitarte a ti, el puesto que por nacimiento, te pertenece. Es más, me alegra que decidieses venir, desde el comienzo me pareciste una mujer inteligente, decidida. Supongo que todos nosotros de algún modo, sabíamos que llegaste para quedarte. Que a los demás les agrade o no, me tiene sin cuidado. A nuestro mundo le hace falta orden, y una mano firme que lo dirija, y sobre todo, juventud con espíritu renovador. Muchos de los que forman parte de Las Doce Sillas se quedaron en el tiempo. Lo que funcionaba hace doscientos años no necesariamente corre por estos días. Los seres humanos han cambiado, los demonios cambian. Todo es distinto ahora.

—Distinto cómo.

—La gente no cree en nosotros, cualquier cosa ajena a la raza humana, a aquello que se pueda ver y tocar, queda lejos de tener esperanzas de causar efecto alguno sobre ellos.

—Los demonios todavía continúan comprando almas humanas.

—Cada vez es más difícil de convencerlos de que somos reales. Ya no nos temen.

—Y eso...

—Eso no está bien—. Entonó en una voz baja que no por ser apenas perceptible, resultó menos oscura y terrible.

Me pregunté si con eso intentaba darme a entender que planeaban hacer algo en contra de la humanidad. ¿Estaría él al tanto de los planes de Eleazar?

—Estamos en la una era en que la tecnología ha remplazado a lo sobrenatural. Tal vez si tuviésemos un microchip en nuestras frentes, se interesarían más por nosotros. Lo único bueno de todo esto es que los seres humanos se vuelven cada día más materialistas.

—¿Y cuál es el plan, hacer que todos sepan que existimos, darle un susto de muerte?

Ciro se rió de mis palabras otra vez.

—Tenemos que empezar a cambiar lo de adentro, para modificar lo de afuera. Nuestra raza está plagada de elementos indeseables que pretenden vivir sus existencias de un modo que no deberíamos permitir bajo ningún concepto.

Al instante pensé en Gaspar y los suyos y sentí miedo por ellos.

—Es momento de poner a cada quien en su lugar. Llegó el momento de poner la casa en orden—. Chasqueó la lengua—. Por cierto que no será nada agradable... Nuestro futuro depende de ello. Tiene que volver a ser o blanco o negro, hay demasiadas medias tintas por ahí que lo confunden todo.

—No creo que las cosas deban ser o blancas o negras.

—Eliza, no puedes guiar el poder sin leyes y reglas, no puedes tener leyes y reglas si no separas los tantos. El caos no es bueno. Incluso dentro de éste, debe existir orden. Tú y yo debemos dar el ejemplo, con mano dura y decisión, con sabiduría.

—¿Qué debemos hacer, entonces?

—Me alegra que lo preguntes. Ese interés demuestra tu compromiso.

Sin explicarme más, tomó la botella y rellenó mi copa y la suya.

—A su debido tiempo lo sabrás. Tan sólo permíteme decirte que me alegrará verte allí entre los demás.

Esa noche Ciro simplemente me llevó a dar una vuelta por la ciudad, con los otros dos automóviles siguiéndonos. En ese extraño paseo explicó como funcionarían las cosas de ahora en más.

Tendría a mi disposición absolutamente todo lo que necesitase, es incluía una cuenta con fondos ilimitados, chofer, asistentes, lujos, en resumen: lo que desease con tal solo chasquear los dedos. Una vida de rey, o mejor dicho, digna de un dios.

A cambio de eso, tendría que asistir a la sede de Las Doce Sillas cada vez que mi presencia fuese requerida. Además de eso, Ciro me hizo prometerle que pasaría más tiempo con él, deseaba enseñarme todo lo que sabía, y su plan era que nos conociésemos mejor. Sería él el encargado de presentarme a todos, de insertarme en el más alto círculo demoníaco. Guiaría mis pasos, sería mis ojos y mis oídos hasta que me formase mi propia opinión de los demás.

Hice mi mejor esfuerzo para sacarle toda la información posible, no dio resultado, si Ciro sabía cuáles eran los planes de Eleazar, no soltó prenda. Tampoco quedó claro qué esperaban de mí en lo inmediato. En cierto modo me sentía como si fuese a cumplir la misma función que un florero y eso me ponía sumamente nerviosa ya que temía, por las palabras de mi hermano, que los actos que fuesen a realizar y gobernar, no fuesen para nada de mi agrado, esto es: purificar nuestra raza. Ya me veía a mí misma presenciando sin poder hacer absolutamente nada, situaciones similares a las que Vicente y yo vivimos en la sede de la cabeza del gobierno demoníaco. Por otro lado, era consciente de que aun teniendo voz o voto, abrir la boca para defender a demonios que procuraban no hacer daño a los humanos, haría temblar mi situación, y si deseaba llegar al fondo del asunto, eso no me ayudaría ni un poco. Debía hacer que creyesen que había heredado de mi padre algo más que la sangre y unos cuantos poderes. Ellos esperaban que tuviese su carácter, sus ideales, su misma sed de grandeza y poder. Nada más lejos que eso.

...

—¿Se supone que daba quedarme todo el día en casa, es eso? —bufó Anežka.

—Serán unas cuantas horas nada más —le contesté dejando mi taza de café dentro del lavaplatos, ya eran las nueve de la mañana y se suponía que esta era la hora en que el automóvil nos recogería para lo podríamos llamar, mi primer día de trabajo en la nueva oficina—; te prometo que cuando regrese saldremos a dar una vuelta, a hacer compras.

Vicente, que se encontraba medio de espaldas a mí, calzando sobre sus anchos y poderosos hombros un abrigo, me lanzó una mirada sería por encima de su hombro izquierdo.

—Eliza, sé que intentas cuidar de mí, pero de verdad, no me sucederá nada si salgo un rato. Arriba tengo un mapa de París, tengo mi celular, tengo dinero; si noto cualquier cosa extraña regresaré de inmediato aquí. Lo juro, lo prometo. No tengo intenciones de meterme en problemas, tan solo quiero ver la ciudad, sentirla. Estar metida en mi cuarto aquí es lo mismo que estar metida en mi cuarto en Buenos Aires—. Se paró frente a mí y puso cara de perro apaleado—. Por favor, por favor, por favor. Prometo que para cuando regresen estaré de vuelta, sana y salva.

—Lo siento, no me parece buena idea.

—Ya no soy la de antes, ya no les tengo miedo.

Sabía que así era, ella había madurado mucho en este último tiempo, se la veía más fuerte, más decidida, muchísimo más segura de sí misma, pero lo que ella no sabía era que yo tenía miedo de algo más, no de esos simples demonios que pudiesen aparecerse cual espectros para asustarla. Los Nefilim y esos otros demonios que nos rondaban podían no limitarse simplemente a ver, sino, decidirse a tocar, a lastimar, a torturar e incluso a matar.

—No—. En este instante me vi a mí misma en el lugar de mi madre, cuando yo de adolescente quería salir de noche, y ella no me lo permitía aduciendo que allí afuera, había demasiados peligros para alguien como yo. Esas mismas, eran siempre sus palabras “demasiados peligros para alguien como tú”, igual que si siempre lo hubiese sabido. Gabriel me había contado que en casi cada momento de mi vida había tenido a alguien de la hermandad siguiéndome muy de cerca, ¿habría sido así también con los demonios? Pensar en lo cerca que podría haberlos tenido sin siquiera darme cuenta, me daba escalofríos.

En ese fugaz instante comprendí que tal vez, este destino que vivía ahora, era el único posible para mí, jamás me hubiese perdonado ser madre y traspasar a mis hijos una vida bajo la lente de dos razas que jamás pararían de chocar. ¿Cómo podría dormir, o siquiera parpadear a sabiendas de que esos niños corrían semejantes peligros, que estaban expuestos a semejante destino? Cómo lo había logrado mi madre. Incluso sin saber exactamente quién Eleazar era, cómo pudo seguir adelante cargando sobre sus hombros semejante secreto.

Le lancé una mirada a mi celular, el cual se encontraba sobre la mesada, pensando en ella, en cuanto me hubiese gustado que aquella vez en que intenté hablarle sobre el pasado, en vez de cerrarse por completo hubiese optado por

aprovechar el momento para pasar nuestra historia en blanco, para borrar las dudas, para ayudarme a seguir adelante.

Sentí que volvía a tener quince años.

Esperaba tener la oportunidad de contarle a Anežka, toda la verdad.

Sin pronunciar palabra, mi pupila dio un paso atrás.

—Todavía no eres un demonio—. No era una excusa para no dejarla salir, era la mera verdad.

—Hazlo entonces, hazlo de una buena vez. ¿Cuánto tiempo más tendré que esperar? Cuando viniste por mí a casa de Gaspar creí que ya había llegado la hora. Por qué te demoras tanto, a qué esperamos. Es injusto, yo quiero esto, quiero cambiar. Estoy segura, más de lo que he estado segura de nada, en mi vida. Qué caso tiene dejarlo para mañana, para la semana que viene o para el próximo mes si lo único que hago es permanecer encerrada escuchando música, leyendo o mirando la televisión. Siquiera se me permite vivir una vida normal. Siento que no soy ni lo uno ni lo otro.

Ahora me recordó a mí misma la infinidad de ocasiones en que le rogué a Vicente que me permitiese cambiar.

—Al menos en Praga era libre de ir a dónde me diese la regalada gana, aquí no soy más que una presa. No tienes derecho a digitar mi vida así. Ni siquiera se lo permití a mi madre, menos te lo permitiré a ti.

La situación se salió de por completo de control.

—Si no lo haces tú, alguien más lo hará. Esto es desesperante, ya no quiero esperar —me gritó a la cara—. ¡¿Vicente, podrías hacerlo tú?!

—¡¿Qué?! —chillamos los dos a coro.

—No quiero esperar más, siento que voy a estallar. Estoy cansada de que me lleven de aquí para allá igual que si fuese un paquete. Esto es peor que cuando yo los veía sin comprender nada. Ustedes me mostraron la verdad y no me permiten acceder a ella. ¡Es injusto!

—Anežka, ya basta. Es suficiente—. Soltó Vicente alzando tanto la voz que ambas dimos un respigo a causa de una mezcla entre susto y sorpresa.

—Ese no es modo de dirigirte a Eliza, crees que ella no tiene razones lo suficientemente valederas para justificar lo que hace —en un tranco llegó hasta nosotras—. ¿Crees que sabes lo suficiente para demandar tu cambio, para ponerte a nuestra altura? Pues te equivocas. Aquí no jugamos. Cuando cambies será para siempre, irreversible. Y el mundo al que entrarás no es precisamente una utopía. No sabes nada, siquiera reconocer el momento de cerrar la boca y aceptar que no tienes ni la menor idea de qué hay más allá de

lo que se te ha permitido ver. Una insolencia como la que acabas de cometer, frente a otras personas, podría costarte la cabeza. Eliza será tu maestra, tu guía. Por sobre todo, le debes respeto. Y si eso te suena absurdo, pues mejor replantéate tu decisión de cambiar, pues en nuestro mundo, no tendrás futuro alguno.

Las palabras de Vicente me recordaron a las dichas por Ciro dos noches atrás; el concepto era el mismo. Obviamente este tema se había conversado en Las Doce Sillas, durante la visita de Vicente a la ciudad. También comprendí que la reprimenda que acababa de darle a Anežka era un intento de evitarle futuros problemas, puede que él simplemente se enojase porque ella me hablase así, pero si ella se dirigía a mí de ese modo, frente a Ciro, frente a mi padre o incluso en presencia de los otros ocupantes de Las Sillas, u otros demonios un tanto estrictos, se metería en muchos, muchos problemas.

—Te quedarás aquí hasta que regresemos y asunto terminado.

Sin emitir sonido alguno, Anežka dio la media vuelta y salió corriendo de la cocina.

—Comienza a odiarme.

—Comienza a percibir que algo sucede —me corrigió.

—¿Sugieres que le cuente la verdad?

—En lo que decidas, te apoyaré—. Tomó de la silla mi cartera y mi abrigo, y me los pasó.

Esa respuesta no me era de mucha ayuda.

—No importa lo que hagas mientras continúes siendo tú misma al tomar esas decisiones.

Para interrumpirnos, sonó el timbre de la puerta. Habían venido por nosotros. Mientras avanzábamos hacia el automóvil de cuyo chofer, mantenía la puerta abierta esperándonos, envié un mensaje a Gabriel para avisarle que íbamos de salida, y que tal cual, según lo planeado, Anežka se quedaría en la casa sola; él prometió ocuparse de cuidarla mientras nos encontrábamos fuera, además, se suponía que un grupo de la hermandad, se encargaría de velar por nuestra seguridad también, siguiéndonos hasta donde fuese necesario, esperando por nosotros todas las horas que hiciesen falta.

“Mensaje enviado”—ponía mi celular en su pantalla.

Entré en el automóvil, Vicente me siguió.

Hice que mis dedos sonasen, me sentía realmente ansiosa, no tenía ni la menor idea de cómo continuaría sosteniendo el papel que se suponía, debía interpretar para no levantar sospechas, sobre todo, si las cosas se ponían feas;

el plan de Ciro de purificar nuestra raza no me agradaba en lo más mínimo. Vicente encerró mis manos con las suyas.

—Tranquila —susurró—. Hablamos sobre esto. Todo saldrá bien. Dudo que hoy siquiera pidan tu opinión. Lo que dijo Ciro tiene mucho de cierto, no esperan demasiado de ti, no al menos por el momento. Simplemente límitate a observar todo y contenerte de poner malas caras cuando algo no te guste.

—¿Y qué hago cuando algo me parezca horroroso? Tengo miedo de no lograr contenerme. Me da pánico pensar en lo que estoy a punto de ver.

—Con un poco de suerte no será más que una aburrida reunión en la que todos discutirán sin llegar a nada. Calma, es casi siempre así. A veces se tocan algunos temas menores que necesitan resolución, pero no harán que votes, es tu primer día. Haz de cuenta que es una reunión de directorio en una oficina —le dio un apretón a mis manos—. Además yo estaré todo el rato allí. No pienso dejarte sola.

—Odio tener que volver a verles las caras y pretender no recordar lo que te hicieron aquella vez.

Sus labios me regalaron una dulce y tímida sonrisa.

—Estarás bien, tú puedes con esto.

—¿Cómo haces para sobrellevarlo, no te dan ganas de arrancarles la cabeza en vez de sonreír y asentir?

—Soy un demonio, aparentar y mentir está en mi sangre.

—También lo soy y no...

—Solamente una parte de ti lo es, y la que menos importa.

El chofer entró en el auto y un par de segundos más tarde, puso el motor en marcha.

A los cinco minutos Vicente y yo fuimos conscientes de que no nos llevaban a donde creíamos que iríamos. Nuestra dirección no era hacia las afueras de la ciudad, sino hacía el corazón económico y comercial, allí donde torres de cristal y acero se alzaban desentonando con el resto de la arquitectura tan típica de París.

Cuando Vicente le preguntó al chofer sobre nuestro destino, este le contestó que hacia las nuevas oficinas.

Mi primer pensamiento entonces fue: bueno, después de todo sí va a ser algo así como una reunión de directorio de una gran empresa, una que tiene sede en absolutamente todo los países del mundo, una multinacional que maneja fortunas y mucho pero mucho poder.

El automóvil dentro del cual íbamos, detuvo su andar frente a las ostentosas

puertas doradas de una torre cuyos cristales relucían de un dorado cobrizo a la luz de la mañana. Los alrededores de la torre estaba perfectamente parquizados en una impresionante labor de jardinería que contaba con especies elegidas con gusto y cuidado, lo que hacía que la imagen final de los alrededores del edificio, combinase a la perfección con el mismo. Además, había hombres de seguridad por todas partes, personas de traje y portafolios, tanto hombres como mujeres, yendo de aquí para allá; ni un papel fuera de lugar, ni una hoja seca siendo arrastrada por el viento sobre el mármol de la entrada. Todo allí era perfecto, ordenado, limpio, de buen gusto aunque quizá un poco llamativo.

Tal como mi padre —pensé. No sería demasiado arriesgar que todo el edificio fuese suyo.

A la puerta de mi lado, tanto como a la de Vicente, acudió un grupo de personas, o mejor dicho de demonios.

Antes de que llegase a tocar la puerta, la abrieron por mí, y así, sin permitirme respirar, siquiera, me dieron la bienvenida en un castellano que sonó con diversos acentos distintos.

Vicente salió por su lado.

—Permítame presentarme, mi nombre es Samuel—. Me tendió una mano para que me apoyase en ella—. Seré su asistente si usted lo cree conveniente. Sepa que es para mí un honor servirla.

Me puse en pie fuera del automóvil. El viento que chocaba contra la cara frontal del edificio y se arremolinaba a sus pies se las tomó todas contra mi cabello, alzándolo por detrás para echármelo en la cara. Cuando logré quitármelo de adelante, reparé en que el hombre debía ser al menos una cabeza más bajo que yo, incluso en los momentos en que no vistiese zapatos de tacos como los que llevaba.

—También estoy aquí para guiarla. Si usted lo cree conveniente me gustaría enseñarle las instalaciones y explicarle el modo en que funciona todo aquí. Además tengo órdenes de presentarle a todos.

¿Todos? —repetí dentro de mi cabeza. Desesperada, busqué a Vicente con la mirada.

—William le dejó esto —le dijo un hombre de nos cuarenta años y aspecto muy jovial, a Vicente, entregándole un sobre de papel manila. Las pestañas cobrizas del hombre refulgieron cuando se dio la vuelta para mirarme. El sol dio de frene en sus ojos, revelando una cara poco humana de estos; se veían de un espejado rojizo, y eso no se debía al sol.

—Gracias, Liam. ¿Alguna novedad?

—Este es el informe que preparó Ciro.

Vicente suspiró levemente al recibir el paquete. No era un suspiro de alivio, mucho menos de emoción, sino de desagrado.

Informe... ¿acaso era un reporte sobre aquellos demonios que intentaban no ser unos verdaderos desgraciados como la mayoría de los que debían rondar por aquí?

—Bien, gracias.

Vicente notó que el demonio no me quitaba los ojos de encima, razón por la cual le lanzó una mirada bastante elocuente. El demonio se aclaró la garganta.

—¿Quiénes han llegado?

—Esta reunión contará con la presencia de todos, y de hecho, ustedes son los últimos en llegar.

Me estremecí.

Rodeamos el auto, Vicente iba más adelante; me hubiese gustado que me esperase, sentía que me encontraba básicamente sola, nadando en un océano plagado de tiburones. También entendí que se suponía que no debía sentir miedo, que más bien se esperaba de mí que actuase segura y consciente de ser la hija de quién era hija. Se suponía que los que debían tener miedo debían ser ellos, de mí, y no viceversa, se suponía que nadie más debía atreverse a dirigirme la palabra, a entrometerse en mi camino.

Los otros once miembros probablemente acostumbrasen a actuar igual que dioses, al ser tratados como si lo fuesen.

—Es por aquí —me indicó Samuel guiándome con una pose digna de un paje.

Le agradecí y lo seguí. Entramos en el edificio pero no usamos las puertas giratorias, sino unas que dos personas se ocuparon de abrir para mí, unas puertas centrales de doble hoja, por las que penetré en el hall central seguida de mi séquito de demonios. Fue allí, en el hall plagado de gente que iba y venía, cuando perdí de vista a Vicente.

Mi corazón se encogió. Me sentí todavía más extraña cuando reparé en que tenían un ascensor detenido esperando por mí.

Tragué en seco y mi boca se puso amarga.

—Adelante por favor.

Puse un pie dentro del ascensor, Samuel ingresó tras de mí; los demás se quedaron afuera.

Las puertas se cerraron.

Samuel insertó una llave en la cerradura junto al botón del trigésimo tercer

piso. La cabina comenzó a elevarse por la espina dorsal del edificio.

—Le enseñaré su oficina.

—¿Mi oficina?

—Sí.

—¿Para qué necesito una oficina?

—Espero que la encuentre de su agrado. De cualquier modo, si desea realizar cambios no tiene más que decírmelo.

Yo no necesitaba una condenada oficina.

—Si me lo permite, me gustaría expresar el orgullo que representa para mí, haber sido nombrado su asistente.

Esto era de lo más incómodo.

—Puede confiar en mí.

Sí, seguro.

—Soy un demonio desde hace setenta años, y he visto muchas cosas de este otro mundo. No soy un demonio mayor pero he recorrido cientos de países y vivido miles de experiencias. Conozco a los humanos y también conozco a los nuestros.

—Bien, gracias.

—No fui elegido al azar para ocupar este cargo.

Imaginaba que no, sin embargo no comprendía a qué venía el cuento.

—Su padre fue quien me transformó y estoy orgulloso de ello, desde entonces, lo he servido a él, y él ha tenido la bondad de permitirme acompañarla a usted, de ahora en más.

—¿Eleazar lo eligió?

Que conociese a mi padre quizá fuese de gran ayuda, si yo lograba controlar la situación, es probable que Eleazar lo hubiese puesto a mi lado, para tener un ojo de confianza siguiendo mis pasos, mas nada me impedía usar a este demonio a mi favor, tal vez, lograrse sacarle alguna información.

Asintió con una ardiente mirada en los ojos.

El ascensor se detuvo en nuestro piso.

Fue como si el mundo se detuviese para las personas, o mejor dicho: demonios, que se encontraban allí. No eran más de cinco o seis, en su mayoría frente a escritorios, colgados al teléfono, sin embargo todos alzaron la vista para verme salir del ascensor.

El lugar era de lo más extraño, un piso con el suficiente espacio para alojar a un centenar de personas en distintos boxes, sin embargo, la mayor parte del espacio alfombrado de color claro, se encontraba vacío, razón por la cual

prácticamente no había obstáculo alguno para divisar la magnificencia de París al otro lado de los cristales anaranjados.

El único obstáculo para la visión era un gran cubo de cristal en una esquina, un cubo que contenía un gran escritorio, sillones tapizados en tejidos claros, una mesa baja, un rincón destinado a reuniones, con una gran mesa rodeada de una docena de sillas.

Por los costados de los postes que sostenían los paneles de cristal colgaban cortinas brocado cuyo color era similar al de la alfombra solo que un tono más oscuro.

Samuel me presentó a quienes trabajaban aquí. Creo que no retuve ni la mitad de los nombres, únicamente quedaron grabadas en mí, sus encarnadas miradas de demonios que me llevaron a sentirme igual que dentro de un nido de víboras. Luego, me acompañó hasta mi oficina, cerró las cortinas y así, sin dar más explicaciones, me abandonó cerrando la puerta.

En cuanto me quedé sola, saqué el celular y llamé a Vicente; saltó su buzón de voz.

—¿Se puede?

Ciro tenía un pie dentro de mi oficina al momento de hacer la pregunta. Sin esperar respuesta entró y cerró.

—Qué tal encontraste todo, ¿te agrada? —Curioseó echándole una mirada al celular que yo todavía tenía en la mano.

Guardé el celular en el bolsillo de mi abrigo.

—Sí, todo está muy bien, gracias.

Andando despreocupadamente, mientras sus ojos pasaban por encima de todo como en una revisión militar, llegó a los sillones y allí se instaló. Con una mirada me dejó en claro que quería que lo acompañase.

En cuanto me senté, inspiró hondo y empezó a hablar.

—La reunión de hoy es muy importante. Muy importante. No tanto cuanto podría serlo si Eleazar nos acompañase, pero casi.

Esto no cuadraba con la simple imagen de reunión de directorio que Vicente había estimado que sería.

—¿De qué se trata?

31. A las puertas del averno.

—Es una suerte de interrogatorio.

Sus palabras no sonaban nada bien, sobre todo, porque por su mirada se

filtraba algo similar a la sed —sed de sangre, o de venganza tal vez—.

—Creo que te es familiar cierto espectáculo llamado “Panis et circenses”.

Un agudo dolor me atravesó el pecho y no se desvaneció de inmediato, sino que se esparció por todo mi cuerpo demostrándome lo vulnerables que éramos todos. Temía lo peor y de todos modos no podía hacer más que desear con todas mis fuerzas que dijese cualquier otra cosa menos lo que me esperaba.

Siquiera logré mover la cabeza para asentir. A Ciro no le importó, continuó sin hacer el menor caso de mi petrificado estado.

—Jan Hansen es uno de los directivos de la compañía de demonios que surcan el planeta en caravana igual que si fuesen unos payasos de poca monta.

Experimenté una sensación similar a que si el edificio se me cayese encima.

—Sé que los has visto, que sabes lo que esos demonios pueden hacer. Pues bien, ayer mismo la compañía arribó a París para presentarse en el teatro que poseen aquí, y por fin, después de mucho batallar, hemos logrado ponernos de acuerdo para acabar con esa farsa. Siempre he dicho que el poder no significa nada al menos que sepas cómo usarlo.

—No... —se me cerró la garganta y debí aclarármela para poder continuar—. No entiendo.

—Los instamos a clausurar sus shows hasta tanto y en cuanto no lleguemos a un acuerdo.

—¿A un acuerdo sobre qué?

—Sobre si los declaramos culpables de jugar con aquello que deberían respetar, de ponernos en ridículo, de no obedecer las reglas básicas de nuestra sociedad. Entenderás que lo que esos demonios hacían no debería ser permitido. A mi modo de ver es simplemente inadmisibile que vayan por ahí pretendiendo que aquellos grandes poderes que por gracia, les fueron otorgados, se tomen a modo de burla, presentándolos cual si fuesen meros trucos de magia.

—Jan no...

—Eleazar, por medio de muchos de los nuestros ha intentado una y otra vez regresarlos al buen camino; no lo escucharon—. Dio un lánguido parpadeo—. No quedó más remedio que usar la fuerza. Se resistieron —aclaró como si con ellos pretendiesen excusarse de lo que yo ya me imaginaba, debía haber sido un verdadero desastre.

Temí por todos ellos, y por lo que estaba a punto de presenciar.

—Por supuesto hubiésemos deseado que las cosas fuesen de otro modo, esperábamos poder contar con muchos de ellos en nuestras filas. Grandes

talentos—. Se puso de pie—. Deja tu celular aquí por favor, y acompáñame. Fue como si se hubiese adelantado a mis pensamientos para así alzar un muro ante mis acciones: yo en este instante, pensaba mandar un mensaje a Vicente para ver si sabía algo de esto, y para preguntarle qué se suponía que debía hacer.

—Eliza.

Alcé la cabeza, me resistía a moverme de allí, a formar parte de ello.

—Tu celular, por favor; no se permiten allí abajo.

—¿Interrogarán a Jan?

Extendió su mano derecha hacia mí, requiriendo mi celular.

—Seguro que tú también deseas oír lo que tiene para decir.

La situación me parecía completamente inverosímil. Esto no podía ser una mera casualidad, debía ser una prueba (tanto para Vicente cuanto para mí); Ciro disfrutaba esto.

—Pero...

—Tu celular, hermana. Y por favor, ponte de pie, es tarde, seremos los últimos en llegar.

Sus buenos modos se habían esfumado.

Le entregué el celular.

—Puedes quitarte el abrigo, abajo hace mucho calor.

Y comencé a experimentar el calor a medida que el ascensor descendía.

La caja de metal pasó de largo por la planta baja y descendió dentro de la tierra, más de lo que yo escogería ser testigo. Cinco pisos por debajo del nivel de la calle, cinco pisos y toneladas de tierra.

El calor en mí era una sensación similar a arder de fiebre, tenía la espalda empapada y al mismo tiempo mis manos y rostro tenían un tacto helado. Creí que me echaría a temblar. No iba a poder soportarlo.

—El afecto puede ser altamente peligroso cuando es entregado a manos erróneas—. Entonó Ciro un segundo antes de que las puertas se abriesen—. Tú aun no sabes nada de este mundo.

Me dedicó tal mirada de arrogancia que deseé hacer que ardiese aquí mismo. Yo sí sabía quiénes eran los que erraban, los que necesitaban ser castigados, y Jan no era uno de ellos.

Por Dios, no podía parar de preguntarme qué le habrían hecho sufrir, qué estarían dispuestos a hacerle si encontraban que su tarea deshonraba a esta desagradable institución. Aquí, a las puertas del averno, no me quedó más que

rezar porque Jan fuese lo suficientemente inteligente como para no presentar batalla, para comprometerse a encaminar su destino.

El ascensor abrió sus puertas a un espacio cuadrado y no muy amplio. Aquello era una caja de paredes de concreto en las que se notaban las marcas de los listones de madera, con las que había sido armada.

Las paredes grises resultaban terriblemente lúgubres y hostiles; el suelo de material pintado de gris no ayuda, menos que menos la poca iluminación proveniente de unos pocos puntos de luz focal de un tono azulino.

El calor aquí resultaba verdaderamente insoportable; debía hacer al menos unos sofocantes cuarenta grados y no corría ni una gota de aire. Parecía un horno y pese a que técnicamente yo no precisaba respirar para continuar con vida, creí que moriría asfixiada.

—Es por aquí —indicó señalando un corredor que discurría hacia la derecha, junto con un montón de tubos de cañerías que circulaban por fuera de la pared. El ascensor se cerró.

—Estamos inaugurando este lugar —explicó como si tal cosa—. Eleazar está muy orgulloso de este emprendimiento.

—Y la verdad es que resulta en extremo útil. Las instalaciones de nuestra otra sede quedaron un tanto desactualizadas. Sus mazmorras eran eso mismo, mazmorras. El paso del tiempo se hace sentir. Aquí es distinto, contamos con los mejores sistemas de seguridad, el lugar tiene aislación de sonido —su sonrisa se transformó en una mueca pícaro—, lo cual es terriblemente útil. Además lo bueno es que no tenemos que salir de la ciudad para cumplir con nuestro trabajo, y admito que me agrada saber que llegamos al punto en que actuamos justo delante de las narices de los humanos a este nivel, sin que ellos se den cuenta—. Se ladeó en mi dirección con un dedo en alto—. No sé si lo notaste: este edificio provee de oficinas a tres de los bancos más grandes del mundo, dos compañías petroleras, una farmacéutica, y al menos cinco multinacionales con capital suficiente para comprar un país del tercer mundo, entre tantas otra cosas; incluso aquí se instalaron hace muy poco, las oficinas de una gran editorial que tiene a su cargo una de las revistas de moda más conocidas. Por cierto—. Sus ojos me recorrieron de arriba abajo—. Vistes mucho mejor que cuando te vi por primera vez, es evidente que tu gusto mejoró considerablemente, ahora sí luces a la altura de la hija de quién eres.

Ante la mención de mi apariencia, me dieron ganas de quitarme los zapatos y ponerme zapatillas. Imaginar esa escena me recordó a la vez que frente a Gabriel, en la casa de la hermandad, me quité mis zapatos para quedar a su

altura, para acecharme a él en más de un sentido. La informalidad del arcángel al vestir no era más que el reflejo de ese espíritu sencillo, limpio y algo ingenuo que él tenía.

—A la izquierda.

El corredor apareció de la nada a mi lado.

Ciro permitió que me adelantase.

Pese a que mi visión era considerablemente más sensible de cuando era humana, la oscuridad reinante allí, de todos modos resultaba sobrecogedora.

Abruptamente e igual que si hubiese atravesado un velo, la luz apareció, iluminando una pequeña sala de suelo de mármol y paredes claras sobre las que colgaban serigrafías con imágenes de caudillos del Infierno mandando sobre aquellos demonios que arrastraban manojos de almas condenas a sufrir eternamente, hacia tormentas, rayos y fuego. Había doce cuadros y la notable ausencia de un décimo tercero hizo que se me congelase la sangre, no comprendo muy bien por qué. Las razones para que hubiese solamente doce cuadros eran muchas: el lugar era nuevo, mi ingreso al grupo recién se concretaba hoy, y por más que fuese de otro modo seguro que todavía no había habido tiempo para encargar un treceavo cuadro. Como fuese, que sobrase un integrante en el grupo, o que faltase un cuadro, me dio mala espina.

—Aquí es.

La monstruosa puerta de piedra era de lo más teatral y también, excesivamente elocuente. Tallada con cada una de las imágenes de las serigrafías aparentaba ser realmente el ingreso al averno.

Ciro se adelantó, alzó la mano. Con ese simple gesto, las puertas se abrieron.

Por la hendidura que se formó en un primer momento llegó a mi nariz un reconcentrado olor a demonio viejo, a odio y a furia.

El lugar era un domo oscuro que en un principio me recordó al bunker de Ariel, solo que este debía tener el tamaño de una catedral.

La única fuente de luz era un agujero en el centro de la cúpula al menos a veinte metros de altura.

Por todo alrededor del círculo central se alzaba un anillo de columnas.

En el piso, más precisamente en el centro, una estrella roja en cuyo centro orbitaba en planeta Tierra muy azul.

La sala se llenó de murmullos a nuestro ingreso.

Desesperada busqué a Vicente con la mirada.

Noté que más allá del aro de columnas había sillones ocupados y por detrás de ellos muchos otros cuerpos; en la oscuridad me resultaba imposible distinguir

a nadie.

Con la cabeza en alto, muy erguido y orgulloso de pertenecer a un linaje único en el mundo, Ciro avanzó por el centro del círculo e hizo que lo siguiese.

En cuanto él puso un pie sobre el piso de piedra un escalón por debajo de la altura de las columnas de mármol, se produjo un silencio tal que nuestros pasos rebumbaron haciendo eco una y otra vez contra la estructura del domo, igual que si fuese una caverna vacía.

Sentí sus ojos sobre mí, sus pensamientos rozándome, su energía y poderes intentando imponerse a los míos como diciendo: aquí estoy y no te temo, aquí estoy y me debes respeto.

Era agresión materializada chocando contra mi cuerpo desde todas direcciones.

Cuando pasamos por debajo del rayo de luz alcé la cabeza e imaginé el cielo.

El escalón volvió alzarse frente nuestro al otro lado; al llegar allí, vi dos sillones vacíos separados por unos tres metros, Ciro pidió que tomase asiento a su derecha, su lugar correspondía al centro de la herradura.

El sillón era grande e incómodo, de tacto demasiado frío a pesar del calor reinante y en cuanto mi cuerpo hizo contacto con éste, me invadió la sensación de que me atraparía entre unas enormes garras.

Ciro se acomodó en su sitio y al instante, un hombre de piel oscura asomó por el costado de su sillón y le susurró palabras al oído, a lo que él contestó moviendo la cabeza de arriba abajo.

El hombre se alejó y Ciro se puso en pie, para en dos pasos, frenar frente al escalón. Irguió la espalda, cuadró los hombros y se aclaró la garganta.

—Fuimos lanzados al Infierno, arrojados a las llamas. Pretendieron encadenarnos a la oscuridad... Ese fue el castigo que impusieron a nuestra negación de convertirnos en siervos cuando nuestro destino siempre fue reinar. Lo hicieron... —exclamó con brío dejando la frase inconclusa, alzó un puño y continuó—, más no supieron ver a tiempo, que la oscuridad pronto se convertiría en nuestra eterna aliada, en nuestro manto de seguridad, en nuestro símbolo más representativo.

Ante la pausa, la sala quedó en silencio. Desesperada continué buscando a Vicente sin encontrarlo, no alcanzaba ver nada más allá del sillón que ocupaba Ciro, y aquel en que encontraba orondamente sentado un demonio de prominente barriga que creí reconocer de la última vez que estuve en presencia de Las Doce Sillas. El demonio, fingía prestar atención al discurso de Ciro, mas sus ojos se desviaban hacia mí cada cinco segundos.

—Son ellos, los que ciegos de dolor, no podrán ver lo que vendrá. Antes que ninguna otra cosa fuese creada, nosotros ya éramos eternos y poderosos. Y, nada, nada en este mundo nos sobrevivirá —concluyó lleno de orgullo—. Teman aquellos que osen alzarse en nuestra contra. Teman todos aquellos quienes se atrevan a entrar aquí habiendo mancillado nuestro nombre.

En cuanto terminó la frase, las puertas de piedra volvieron a abrirse para dar paso a media docena de demonios, que a los empujones, entraban a un Jan magullado por donde se lo viese, cubierto de quemaduras, moretones, cortes, sangre viscosa y un sudor denso y viejo. Su piel se veía de un color cetrino y temblaba como una hoja. Su torso desnudo parecía de mármol, sus ojos dos cuencas vacías. Su cabello no tenía ni ton y son, y sus pantalones... bueno, por el estado en que estaban cualquiera hubiese pensado que llevaba una eternidad usándolos: destrozados, sin color, manchados. Estos demonios, en unas cuantas horas habían convertido a Jan en una sombra de sí mismo.

Mis uñas se clavaron en apoyabrazos. Procuré evitar destrozarme los dientes de tanto apretar la mandíbula. Deseaba gritar que los odiaba a todos, deseaba quemarlos y largarme de allí con Vicente y Jan. Con el discurso de Ciro y el estado de Jan ya tenía suficiente.

Por Dios que mis piernas pedían a gritos ponerse de pie.

A los golpes llevaron a Jan hasta el centro del círculo. Sobre su cabeza quedó brillando el haz de luz.

—Jan Hansen... cuantos años sin vernos —empezó a decir Ciro bajando el escalón.

Todo mi cuerpo pedía a gritos seguirlo.

Mentalmente llamé a Vicente, pero él no era Lucas, y si por una de esas casualidades, lograba escucharme, era obvio que no podía responderme.

Cómo fuese, teníamos que hacer lo que fuese necesario para salvar a Jan.

Jan escupió sangre al piso y alzó la cabeza.

—Lamento decirlo, Ciro: no te extrañé ni un poco en todo este tiempo. Menos te extrañaré cuando todo esto acabe y deje de verte otra vez.

—Yo tendría un poco más de cuidado con mis palabras si fuese tú, por lo visto aún no comprendes la gravedad de la situación en la que te encuentras.

Ciro miró la mancha de sangre en el piso, luego miró a Jan y se detuvo frente a él.

—No me amenes, Ciro, destrozaste mi negocio, mataste a muchos de mis mejores artistas. No sé qué quieres de mí, no tenías nada contra nosotros.

—¿Tú crees?

—La compañía tiene siglos de vida.

—¿Y eso los hace menos inocentes?

La situación se cargaba de tensión cada vez más.

—Exijo ser resarcido por los daños, además, demando saber dónde están los demás, qué hiciste con ellos.

—¿Exiges, demandas? Jan, creo que todavía no lo comprendes... tú ya no tienes absolutamente ningún derecho. Debiste pensar en eso antes de recorrer el mundo ridiculizando tu condición de demonio.

—Jamás hicimos tal cosa.

La sala se llenó de murmullos. Procuré escuchar la voz de Vicente pero esta no me llegó. Comencé a dudar que estuviese presente. Si lo estaba, sin duda éramos dos los que nos retorciáramos de preocupación por la posición de Jan, la cual, no parecía nada buena por estos momentos.

Ciro alzó una mano pidiendo silencio y le fue concedido al instante.

Bajó la mano y continuó hablando.

—Cómo te atreves a enarbolar semejante afirmación aquí, frente a los más grandes demonios de toda la historia. Probablemente hablo por todos aquí cuando afirmo que desde el principio nos hubiese gustado tenerte como un aliado y no como el enemigo.

—No soy el enemigo, Ciro. Jamás hicimos nada malo, nunca revelamos nuestra condición...

—¿Y crees que de eso se trata todo?

Al otro lado de la sala hubo un ruido, alguien empujó una silla, se hizo silencio; Jan y Ciro giraron sus cabezas en esa dirección, de la cual al instante, provinieron tres pasos firmes.

El rostro de Vicente apareció al borde del tenue reflejo de la luz que entraba de claraboya en el techo.

Mi corazón se aceleró. Iba a levantarme de mi silla pero en ese instante, el demonio que ocupaba su lugar a mi derecha, me lanzó una mirada de desagrado. Me dio la impresión de que me vigilaba.

—Por lo que sé, ningún integrante del espectáculo faltó jamás a nuestras leyes. He leído el informe... —Vicente dio un paso dentro del gran círculo—, por lo que entendí, no tenemos nada contra ellos. Sea lo que sea que esto signifique creo que Jan y los demás ya aprendieron su lección.

Ciro dio un lánguido parpadeo.

—Bien, eso depende de cuan indulgente pretendas ser—. Se echó a andar alrededor de Jan—. A mi modo de ver, lo que este demonio permite que

sucedá bajo sus narices, es más... —pasó frene a Vicente—, lo que fomenta, es una afrenta contra todo individuo perteneciente a nuestra raza, sobre todo contra aquellos que como tú, Vicente, o cómo yo, poseemos dones especiales, que nos ubican, por naturaleza, en un rango superior al resto de nuestros congéneres. Un rango que si bien goza de innumerables privilegios, también nos carga con importantísimas responsabilidades—. Hizo una breve pausa y continuó al tiempo que se detenía justo de espaldas a Jan—. Quien tiene un poder se debe a su pueblo.

Algo que sonó igual que un chicotazo, golpeó a Jan por detrás. El magullado demonio fue lanzado de bruces contra el suelo a dos metros de distancia de su ubicación inicial, cayó pesado, gimiendo de dolor sobre la dura y fría piedra. No logré contenerme más, esto era ridículo, es más, estaba completamente segura de que se trataba de una prueba para Vicente y para mí. No tenían nada contra Jan y tal vez si las cosas hubiesen sido de otro modo les hubiesen permitido seguir con su espectáculo eternamente. Mi temperatura corporal comenzó un fugaz ascenso.

Tropezándome con mis propios pies llegué al borde de la oscuridad. Al filo de la luz, sentí que todos me miraban. Hubo dos pares de ojos de los que sí fui testigo, se posaron en mí: Ciro y Vicente, éste último con una terrible mueca de espanto en el rostro.

—¿Sí, Eliza? —inquirió Ciro con gélida calma—. ¿Deseabas decirnos algo? Jan se levantó hasta quedar en cuatro patas, alzó la cabeza y me miró. Sus ojos revelaban un intenso dolor.

Despegué los labios, ninguna palabra emergió de ellos, ya que Vicente se apuró a hablar por mí.

—Seguramente Jan accederá a llegar a un acuerdo que resarza sus anteriores actitudes, me imagino —dudó un instante, miró a Jan, y luego a mí —que no le será difícil hacer entrar en razón a los demás, para que se unan a nosotros, para que trabajen codo a codo con Las Doce Sillas.

—Trece —lo interrumpió Ciro, corrigiéndolo.

Vicente me miró.

—Sí, trece.

Ciro se echó a andar en mi dirección.

—Bien, entiendo tu idea Vicente. A decir verdad, me agrada mucho—. Se detuvo a mi lado—. Lo cierto es que... —descaradamente se relamió los labios frente a mí— ...no será factible concretarla puesto que todos los demonios de la compañía han muerto; Jan es el único que queda y dudo que

tenga nada para ofrecerme que pueda interesarme.

Ni me imaginé que en ese estado, Jan fuese capaz de nada semejante. Nuestro amigo se puso de pie de un salto y se arrojó sobre Ciro, gruñendo, bufando, escupiendo sangre.

Ciro fue mucho más rápido que él, alzó una mano, y con lo que en apariencia fue solamente un gesto, repelió el ataque de Jan; éste rebotó en el aire contra una pared invisible y cayó de espaldas sobre el suelo, sangrando por la nariz y por un gran corte en su frente.

—¡Y tú crees que esa fue una muestra de que ese condenado demonio está dispuesto a cooperar! —exclamó apuntando a Vicente. Se dio la vuelta y me tomó por la muñeca—. Ven aquí —tiró de mí con todas sus fuerzas. Traté de resistirme mas no logré mucho, oponerme a él era igual que si intentase resistirme a una docena de demonios juntos—. ¡¿Ves esto?! ¡En esto es lo que se convierte la grandeza de nuestro padre cuando se sale de su cauce, cuando no hay nadie que se atreva a poner mano dura, cuando lo demonios comienzan a creer que no son distintos a los humanos, que pueden rebajarse a vivir sus vidas así sin más! ¡Escoria! —le gritó a Jan inclinándose sobre él.

Como todavía me tenía asida por el brazo, me vi obliga a seguirlo y a cruzarme con la mirada perdida de Jan.

Ví que él sabía lo que le esperaba y eso me desesperó.

—Su muerte será un ejemplo para todos los demás. Tenemos que enviar un mensaje claro y preciso—. Retrocedió arrastrándome otra vez con él—. Nadie, nadie volverá a burlarse jamás de nuestra condición, no al menos si no desea morir.

Hasta aquí llegas —le dije mentalmente a mi maldito hermano. Tironeé de mi brazo y logré zafarme de su agarre.

—La muerte de toda la compañía es un mensaje lo suficientemente claro.

—¿Eso crees, hermana?

—No tienes que matarlo a él también.

—Por qué, porque le tienes afecto. ¡Eso mismo es lo que nos hace débiles! ¡Hazlo! —Chilló apuntando a Jan.

Ahogada por comprender lo que insinuaba, solté un “qué” que emergió quedo y apenas audible, de mi boca.

—Debe morir.

—¡No! —Exclamó Vicente llegando a nosotros.

—¡¿Pero qué es esto?! ¡¿Qué significa?! Si es que ustedes dos parecen de la misma intoxicada y pútrida calaña que él. Les recuerdo que son parte de este

consejo. O es que esto no es más que una farsa—. Sus ojos se clavaron en mí —. ¿Eliza? Ese demonio debe morir, mancilló el nombre de tu padre, ¡tu nombre! Nos ha puesto en ridículo a todos.

—Ciro, si le permitieses vivir el mensaje llegaría aún más lejos, su mera presencia les recordará a todos lo que Las Doce... Las Trece Sillas, no está dispuesta a tolerar actos semejantes.

Ciro paseó su mirada sobre Vicente, casi sin verlo, y luego regresó a mí.

—No me extraña que Vicente continúe pensando como un humano, después de todo, sus más antiguas amistades no son lo que podrían llamarse “ejemplares”, pero tú —meneó la cabeza rechistado —eres hija de mi padre y pareces una sucia...

—No la culpes, Giro. Ella no tiene nada que ver en esto, Jan es mi amigo, lo defiende por eso; no comprende más que lo que yo le mostré. Lo defiende por mí.

Nos contempló a ambos por turnos, y luego no conforme con la explicación de Vicente, volvió a concentrarse en mí.

—Bien, si es así como él explica, qué mejor momento que este para que aprendas una lección que no se te olvidará jamás. ¡Quémalo! Ahora hazlo, o comenzaré a creer que mientes, que los dos mienten.

—No hagas esto, Giro, ella aún no lo controla.

—No me digas lo que tengo que hacer, es mi hermana.

—Es mi esposa y además soy su maestro, ella no está lista para esto.

—Me importa un bledo si estás lista o no, lo harás —disparó contra mí.

Yo sabía perfectamente que no lo haría, no podía hacerlo, en este momento mi cabeza llenaba mis ojos con los recuerdos de los momentos compartidos con Jan, y extrañamente de aquel otro amigo de cuya muerte sí había sido responsable. El rostro de Ami plasmado en mis retinas llenó mis ojos de lágrimas. Mi temperatura subió a lo más alto.

Tal vez no prendiese fuego a Jan, pero mis huesos iban a quemarse y desintegrarse a causa del calor que fundía mi interior.

—Si alguien no está de acuerdo en que este demonio deba morir, que hable ahora.

El silencio fue la única respuesta que Giro recibió.

—Es todo tuyo —me gruñó con los dientes apretados al tiempo que me lanzaba en el aire para arrojarme sobre Jan.

Caí de rodillas junto a él.

Con voz débil y escupiendo sangre, Jan pronunció mi nombre.

Me importó un cuerno todo. Me incliné sobre él, lloraba de dolor; con cuidado, aparté el cabello de su frente húmeda y caliente, y acaricié su cabeza. —Tranquilo, no pienso hacerlo. Voy a sacarte de esto, Jan, te juro que lo haré. Todo estará bien, ya lo verás.

—Hazlo, Eliza o te juro que daré orden de que tú también seas quemada por desobedecer una orden. Te pones en ridículo. ¡Hazlo! —Rugió una y otra vez hasta que simplemente dejé de oírlo.

Tomé una de sus manos entre las mías e intenté hacer lo que Gabriel había hecho conmigo; quise pasarle energía, hacer que menguase su dolor ya que su dolor, me dolía a mí también, solo que en el alma, no en el cuerpo.

—Si no lo haces entenderé que esto no es más que una pose por parte tuya, que tu venida aquí no fue más que una...

Las palabras de Ciro resultaban lejanas pero audibles otra vez.

—Mentirosa, farsante, tú también eres una de ellos. Lo pagarás...

El estallido de fuego me lanzó hacia atrás. Sentí un insoportable ardor en las manos, en el rostro. Fue como si un ardiente meteorito cayese ante mí.

Al caer de espaldas sobre el piso de piedra me golpeé la nuca, la vista se me puso en blanco, pero no por el suficiente tiempo como para que me perdiese de ver el brillo dorado de las llamas que solamente podían significar una cosa. Como pude, ya que las manos me ardían y latían, logré incorporarme.

Lo que vi me dejó helada. El cuerpo de Jan, con sus enormes alas negras batiendo contra el suelo igual que un pájaro que no puede levantar vuelo, ardía dentro de una hoguera que iluminaba todo, incluso más allá de límite delineado por las columnas.

Entonces, por primera vez, vi los rostros de aquellos demonios que torturaran a Vicente. Los noté complacidos, hasta felices a algunos.

Jan ardía y el fuego no había salido de mí.

Ciro había soltado amenazas en mi contra para instarme a cumplir con la ejecución de Jan...

Busqué a Vicente y lo encontré contemplando el fuego con la mirada fija en las llamas, los ojos vidriosos, la frente en alto y una devastadora mueca de vergüenza, asco y sufrimiento en el rostro.

Jan convulsionó hasta que dejó de moverse por completo.

Acababa de matar a uno de sus mejores amigos por mí.

Oí los pasos acercándoseme sin embargo no fui consciente de la presencia de Ciro hasta que se acuclilló a mi lado.

—Gracias, eso mismo es lo que quería. Ahora si me figuro que el mensaje ha quedado claro... grabado muy hondo en las mentes a las que deseaba llegar.

Giré la cabeza y lo enfrenté. Sonreía. Se burlaba de mí abiertamente. Ahora sí no me quedó ninguna duda de que la muerte de Jan no era un mensaje nada más que para mí; el resto de los demonios importaba un cuerno, mi hermano simplemente quería que me quedase claro que no iba a permitir que lo engañasen, ni que le fallasen.

Ciro estiró las piernas y la espalda hasta quedar muy erguido.

—Muchas gracias a todos por concurrir hoy, han sido ustedes muy amables. Espero verlos pronto.

Esa fue su despedida. Así como así, pasó por detrás de mí y se largó. Los otros once demonios, poco a poco, lo siguieron.

Al final, Vicente y yo quedamos solos, viendo las llamas empequeñecer.

Jan había muerto antes de que todos saliesen, sin embargo, algo de él aún quedaba aquí, en Vicente, en mí.

Lloré y lloré sin parar, me sentía abatida; no íbamos a poder ganarles... no íbamos a ganarles y lo peor de todo es que harían que presenciásemos el sufrimiento de todos nuestros seres queridos antes de acabar con nosotros.

Toda nuestra lucha, nuestros planes... todo me parecía tan ridículo, tan sin sentido.

Jan estaba muerto solamente porque mi hermano quería darme un mensaje, estaba muerto y no volvería jamás.

Vicente se movió de su lugar por primera vez. A paso lento, llegó hasta mí, se arrodilló.

—Tendría que haberlo hecho yo. Era tu amigo.

Me miró a los ojos una fracción de segundo y bajó la mirada hasta mis manos.

—Te quemé.

Mis manos lucían rojas, empolladas. La alianza se me clavaba en la carne.

Las sentía latir pesadamente, igual que si las hubiese sumergido en agua hirviendo, así y todo no me importaba en lo absoluto el dolor, esto sin duda no era nada en comparación con lo que Jan seguramente había tenido que sufrir, y no sería nada en perspectiva a lo que Ciro debía tener planeado hacer.

—Lo siento... lo lamento, murió por mi culpa. Nadie más debería morir por mí.

Las llamas ya casi se extinguían, todo se había vuelto oscuro y el aire olía a carne quemada, razón por la cual mi estómago estaba revuelto.

—No pensaba permitir que te obligase a hacerlo.

Tomó mi rostro entre sus manos y barrió mis lágrimas con sus dedos.

—Estoy seguro que Jan lo entendería.

—Era tu amigo —repetí, era en eso en lo único que lograba pensar.

—Ven, salgamos de aquí, tenemos que ocuparnos de tus manos.

—Ya no quiero seguir con esto, no quiero que nadie más muera por mí.

—Eliza, entiende que no es sólo por ti. No nos queda más opción o muchas, muchas personas morirán. No debemos permitir que se salgan con la suya, así sea lo último que hagamos en nuestras vidas, debemos impedir que conviertan este mundo en un Infierno. Arriba —me tomó por los codos y me levantó—.

Vamos a casa, aquí todo acabó.

Mis manos eran garras de vendas blancas manchadas de sangre y peróxido. El ardor se negaba a remitir. Experimentaba una sensación similar a la que pudiese sentir si por mis venas, fluyesen ríos de fuego: cada palpitar de mi corazón empujaba la sangre por los vasos sanguíneos, reavivando el dolor, la quemazón. Tenía los brazos entumecidos y deseaba poder arrancarme las manos, la molestia había llegado al punto de darme dolor de cabeza y a causa de la quemazón, siquiera era capaz de servirme un vaso con agua para tomar un calmante, es más, extraer una pastilla del blíster plástico parecía una misión imposible.

Empujando la puerta con un codo, entré en la cocina. Acababa de tener una larga y ardua conversación con Anežka en la que procuré explicarle cual era nuestra real situación sin alarmarla demasiado. Por supuesto mis intentos no dieron real resultado, la verdad era demasiado truculenta de por sí, para intentar suavizar sus efectos. Ni modo, ya no podía continuar ocultándole la verdad, necesitaba, para su seguridad, saber a qué atenerse, además, el estado en que se encontraban las cosas no auguraban nada bueno, y por si todo empeoraba, era preferible que entendiese mis motivos por si surgía la necesidad de ordenarle que se fuese, que se alejase de mí, que buscase refugio con Gaspar o incluso con alguien más, y si era posible, y si ella realmente lo necesitaba, que de una buena vez por todas, se alejase de este mundo de demonios para siempre, ya que todavía no era demasiado tarde para ella. Cuando le mencioné eso último fue con toda la intención de rogarle que diese marcha atrás con su decisión, que se replantease su futuro, todavía estaba a tiempo de recuperar su vida, de tener un presente y un futuro más normal... conocer a alguien, enamorarse, tener hijos, buscar una profesión, tal vez estudiar, envejecer y morir de un modo natural, convivir con seres normales, con situaciones normales. Vivir como se debe vivir, como se supone que todo mundo debería vivir.

Anežka es una chica inteligente y al instante entendió cuál era el punto y por supuesto, se negó a irse, no quiso saber nada de volver a su antigua existencia. Haciendo acopio de coraje, incluso se atrevió a asegurar que no tenía la menor importancia quien fuese mi padre.

La protegí de la verdad todo lo que pude, mas ahora, ocultar la verdad era incrementar el peligro bajo el que los tres vivíamos.

Fue agotador recordar cada detalle de la historia, desenterrar cada momento, cada duda, puesto que a ella, le surgieron las mismas que a mí. Incluso, para su seguridad, me arriesgué a contarle sobre los ángeles y le pedí,

le imploré, que no contase una palabra de eso a nadie, si lo hacía era solamente para que buscara ayuda en Gabriel en caso de necesitarla. Admito que en cierto modo me sentí tanto más tranquila cuando ella grabó el número de celular de Gabriel en el suyo y aceptó, mirándome con cara de creer que yo exageraba demasiado, a aprendérselo de memoria tal como se lo pedí.

Sé que para ella supuso una impresión fuerte conocer toda la verdad pero también sé que significó mucho que confiásemos en su persona de este modo, eso calmó sus ansias por cambiar y me figuro que la hizo sentirse más unida a nosotros.

El caso es que aquí estaba yo otra vez, dos horas más tarde, regresando a la cocina luego de haber dejado a Vicente allí sentado, abrazado al botiquín de primeros auxilios, unos minutos después de que terminase la labor de vendarme las manos.

La vulnerabilidad de su estado se notaba en la curvatura de su espalda, en el modo en que sus dedos se entrelazaban detrás de su nuca, en el ritmo de su respiración.

Sin quebrar su silencioso duelo, caminé hasta él y lo abracé por la espalda. Ansiaba tener el poder de quitarle de encima sus males, sus tristezas. Sentí su cuerpo duro tenso, el aroma de su piel matizado con un toque extremadamente dulce que lo decía todo. Su camisa olía a quemado; cargaba lo sucedido no solamente en su corazón, sino también en su piel, en sus ropas.

Vicente dejó caer la cabeza hacia adelante, y lentamente, se pasó las manos por el pelo. Los dedos cayeron por su frente hasta taparle la cara.

Le di un beso en el cuello y me senté a su lado.

Pasaron un par de minutos hasta que decidiese salir de detrás de sus manos.

El oscuro hermetismo de su ferrosa mirada continuaba intacta; apenas si pronunciara unas pocas palabras desde nuestro regreso aquí, y sí continuaba, encerrado en sí mismo.

—Está hecho, le conté todo lo que necesita saber.

No emitió comentario alguno.

—Absolutamente todo. Sabe que si algo me sucede debe ponerse en contacto con Gabriel.

—Podríamos morir mañana —soltó así sin más.

Cerré la boca y lo miré.

—O tal vez, esta misma noche.

—No creo que tengan intenciones de atacarnos, Ciro ya obtuvo lo que quería.

—Bésame.

Extrañamente, su pedido me sorprendió.

—Lo necesito, aunque sea mentira, aunque no sea completamente sincero. Me siento demasiado como un demonio en este instante, me siento distante de todo, incluso de mí mismo. Cada vez que lo hago, un pequeño trozo del humano que una vez fui, muere—. Apretó los labios entre sus dientes—. Necesito volver a sentir... la corriente me arrastra hasta ellos otra vez. Ardo por dentro. Odio... es lo único que puedo experimentar. Bésame —al pedirlo otra vez, su voz sonó intensa, incluso un tanto brusca. Aquel pedido no tenía nada de romántico o dulce.

—No creo que sea buena idea—. De verdad no me pareció que besarlo fuese a ayudarlo, me moría por tener el sabor de su boca otra vez en la mía, pero si de lo que él esperaba es alejarse del fuerte torrente demoníaco, ayudarlo a concretar la lujuria que se traslucía por su mirada, no era lo más recomendable.

—Estupendo, lo capto. No soy estúpido. No soy un ángel, no soy tu arcángel. Abrí la boca para replicar.

—¿Lo ves? A pesar de que te gusto, ya no sientes más nada por mí.

—Eso no es cierto, Vicente. No discutamos esto ahora, no es el momento ideal.

Su rostro reflejó una rígida expresión dolida.

—Miénteme, ya no importa. Haré de cuenta que todo es como antes. Miente por mí —rogó—. Dime que todavía me amas, que no me crees tan malo. Que aún continúo haciéndote sentir que serías capaz de cualquier cosa por estar a mi lado; que pierdes la cabeza cuando te toco —su mano caliente y ansiosa se posó sobre mi muslo.

Toda mi piel se erizó.

Vicente inclinó la cabeza hacia atrás cerrando los ojos.

Tomé su mano con la mía.

—Mírame.

Abrió los ojos y me miró directamente a la cara.

—No necesito mentir.

—De acuerdo —contestó y me supo a que no me creía.

—Oye... —relamí mis labios y los apreté, no sabía cómo seguir.

—Es malo, cuando te quedas así, terriblemente callada mi mundo se encoge.

Sin soltar su mano, me arrimé a él. Nuestros rostros apenas quedaron separados por unos cuantos centímetros. Nos miramos fijo.

Acaricé sus labios con los míos.

—No es mentira, pero no confiarás en mí hasta que todo acabe. No puedo culparte por dudar de mí a cada segundo; tengo de ti más de lo que merezco. Deberías haberte alejado de mí.

—Cómo si eso fuese tan fácil.

Mi boca quedó orbitando sobre la suya. Su mano apretó mi muslo y se movió lentamente hasta arribar a mi cadera, donde se instaló firmemente.

—Es cierto, y es lo que más me duele.

Cuando su mano se soltó de mí fue como perder el eje, la órbita. Sin más preámbulos se levantó de su silla.

—Si te arrastrase a la cama no haría más que lastimarte. Te arrepentirías y yo también. Tú, por hacer algo de lo cual no estás segura, y yo por arrastrarte a hacerlo por mí sin querer—. Negó con la cabeza y los ojos cerrados—. Es por Jan. Sé que no quedaba más opción, que debía hacerlo.

En un jadeo, solté su nombre. Me sentía horrible, maldita, arrepentida de haber nacido, de ser la causante de tanto dolor y sufrimiento. Así como por mis manos quemadas, por mis pasos marcaba el cauce de un río de fuego que lo dañaba todo.

—Saldré a caminar un rato. Necesito aire. Avisaré a Gabriel que salgo... él jamás te dejaría desprotegida.

Así sin más, dio media vuelta y salió de la cocina. Me tomó no más de cinco segundos reaccionar; corrí tras él; cuando llegué a la puerta principal, ya no estaba allí.

...

En cuanto sonó, creí que sería un llamado suyo. La prisa casi me hace perder el celular; rebotó tres veces en mis manos, igual que si fuese un resbaladizo pescado recién salido del agua, hasta que lo atrapé. La pantalla no mostraba su número sino el de Eleazar.

Mis esperanzas se desvanecieron tan rápido como llegaron, hundiéndome profundamente en el agua de la desesperación, Vicente llevaba toda la noche fuera y aún no había sabido nada de él. Iba yo por mi segundo café y él todavía no regresaba.

Me llevé el aparato a la oreja.

—Buen día —saludó asquerosamente rebosante de entusiasmo.

Mi respuesta no sonó ni remotamente similar.

—Quería invitarlos a desayunar. El cielo augura un día radiante, no podemos

desperdiciarlo. Conozco un lugar estupendo en el que comeremos muy bien y tendremos tiempo para conversar sin ser molestados. Vamos, qué me dices, una reunión familiar; nos la merecemos, si hace falta me encargaré de convencer a Vicente. Los quiero a los tres ahí conmigo; las generaciones más nuevas junto con el origen. ¿Eso suena bien, no? Intentaré no asustar a la chica humana, me comportaré, será algo informal, ameno.

—Vicente salió y...

—Mejor, yo solo con mis dos damas, qué más podría pedir.

—No sé, Anežka todavía... —me interrumpí, en ese exacto momento mi discípula apareció por la puerta, vistiendo su pijama de estampado escocés negro, violeta y gris, con el pelo revuelto y cara de dormida.

Me miró inquisitiva.

—Qué pasa conmigo, aquí estoy. ¿Qué hora es?

—Siete treinta —le contestó mi padre a través de la línea al escucharla—. Ya sabes cómo soy, no permitiré que me digas que no.

Anežka se desplomó en la silla frente a mí.

—Ciro me contó que ayer tuvieron un día duro.

Ciro no había tenido un día duro, es más, de hecho creo que lo pasó a lo grande ayer, viéndonos sufrir, viendo morir a Jan.

—Así es nuestro trabajo, lo lamento. Te prometo que vendrán días mejores. Sé que lo conocías...

Me mantuve en silencio, él guardó silencio también.

—Tú labor allí debe trascender la amistad y el afecto. Muchas veces nos vemos obligados a cumplir con tareas que no nos agradan, incluso con algunas que no consideraríamos correctas —calló y por la línea se filtró el sonido de la calle—. Permite que te lo compense; aún soy tu padre y tu dolor es mi dolor. Enviaré un automóvil a recogerlas... puede estar ahí en media hora, qué te parece. Cuando Vicente esté de regreso podrá reunirse con nosotros para el almuerzo. Tengo un montón de actividades planificadas para este día; hice todo lo posible para quedar libre por completo de mis otras responsabilidades, les dedicaré toda la jornada a ustedes. ¿Qué me dices, le darás o no la satisfacción a tu padre? En algún momento quisiera comenzar a recuperar el tiempo que tú y yo perdimos, y como no existe mejor momento que el presente... esta es la oportunidad.

La fatiga pudo conmigo. No tenía ganas de discutir con él y además sabía perfectamente, que no tenía oportunidad alguna, a eso debía sumarle que tal vez, con un poco de suerte, él se abriese a mí lo suficiente para entrever entre

sus palabras, sus mentiras y su actuación de padre cariños, sus planes.

—Bien, estaremos listas en media hora.

—Magnífico. Gracias hija, acabas de darle una alegría a tu padre, una más, sin duda que aceptases venir a París ha sido un sueño hecho realidad. Eres mi orgullo y mi alegría. Sé que nunca me defraudarás.

Sí, seguro —gruñí dentro de mi cabeza—. No cuentes con eso, Eleazar, lo más probable es que te arrepientas de haberme traído aquí, de ser mi padre.

Anežka palideció cuando le informé cuales eran los planes de mi padre y que acababa de aceptarlos. Después de palidecer, su rostro se transformó en una lánguida máscara de parafina derretida. Cuando logró reaccionar lo primero que soltó fue un: ¡ay Dios!; lo cual me hizo comprender que probablemente no estuviese lista para semejante encuentro. Procuré convencerla de que no tenía de qué preocuparse; creo que no me escuchó, simplemente se limitó a repetir sin parar “es tu padre, es tu padre”, como si eso lo resumiese todo. Y en parte lo hacía, era mi padre y ambas sabíamos muy bien quién era exactamente mi padre.

—Necesito ducharme. ¿Qué debo ponerme? ¿Cómo se supone que me dirija a él? ¿De qué debo hablar... o mejor dicho: le puedo dirigir la palabra?

Anežka enloqueció. De nada sirvió que repitiese una y otra vez que todo iría bien.

—¡Pero es tu padre! —chilló desesperada.

—Tranquila, solamente vamos a desayunar. Intenta no pensar en él de ese modo en el que piensas en él. Mientras seas respetuosa bastará.

Los ojos de Anežka se desorbitaron.

—No te preocupes, no va a comerte. Si no sabes qué ponerte puedes saquear mi armario—. Le dije, todavía le debía nuestra salida de compras por París. Mi propuesta ayudó a que recuperase algo de color en el rostro.

Me levanté de la mesa, me guardé el celular en el bolsillo de los pantalones y le pedí que me acompañase arriba, yo también precisaba ponerme presentable.

—Ya tranquilízate, con esa cara lograrás ponerme nerviosa a mí también.

—Es que tengo miedo de que la situación me desborde... es decir, la vez que lo vi no sentí nada en particular y por lo general logro controlarme muchísimo más que en el pasado pero él, él...

—Vas a estar bien, Anežka. Yo estaré allí, y jamás permitiría que nada malo te sucediese.

No logré que se decidiese a andar por sí sola.

—Querías conocer París, ¿no?

Contestó que sí con la cabeza.

—Pues es tu oportunidad, creo que nadie conoce mejor París que Eleazar.

—Temo hacer alguna tontería, avergonzaste ante él. Esta experiencia... es... conocerlo...

—Sí, sé cómo se siente. Estaremos bien.

Al fin, Anežka se movió por decisión propia.

Enfundadas las dos en costosas prendas nuevas, viéndonos tal como deben verse dos demonios: perfectos, elegantes, sexis, poderosos; media hora más tarde, salimos las dos a encontrarnos con mi padre.

Antes de dejar mi cuarto volví a llamar a Vicente; no respondió. No me quedó más opción que avisarle que me reuniría con él a desayunar y que esperaba pudiese unirse a nosotros.

Al pisar la calle busqué disimuladamente a Gabriel, o a algunos de los otros integrantes de la hermandad pero no di con nadie.

Eleazar por lo visto, estaba con ánimos exhibicionista, y envió a por nosotras, una lujosísima limousine tan flamante que todavía olía a pintura, a plástico y a pasta para pulir metales.

El vehículo nos condujo hasta un lujoso café que parecía una pequeña replica de alguno de los más bellos salones de Versalles. Colores pasteles, espejos, cristales, oro, mucha seda y elegancia.

Allí afuera, en la calle, rodeados de maseteros que delimitaban la propiedad del café, se hallaban un par de personas que enfrentando al fresco del otoño, desayunaban al aire libre con una copa de champagne, jugo, café, frutillas y rosados *macarrons*.

Un elegante y altísimo hombre, salió a recibirnos luego de que el encargado de abrir la puerta, nos cediese el paso; no necesite informarle quién era, o a quién esperaba, él ya me conocía; al instante me comunicó que Eleazar esperaba por nosotras en una mesa en la terraza. Al decir esto último nos indicó con un grácil gesto de su mano derecha, las escaleras de mármol de carrara y bronce que engalanaban el fondo del concurrido salón.

Una muchacha recibió nuestros abrigos.

Dentro del local el aire estaba perfumado con el aroma del café, la leche tibia, el pan recién hecho, vainilla y chocolate; oía a dulce, mantecoso, suave.

De fondo sonaba una música muy melódica que tenía algo de tango; misteriosa, aterciopelada. El ritmo de la música se aceleró cuando comenzamos a ascender los gastados peldaños. Y se convirtió en un dos por cuatro con todas las de la ley cuando llegamos arriba. Al bandoneón lo acompañaba un violín

que sonaba igual de angustiado que mi alma. Así, de pronto, sentí añoranza de Buenos Aires, de la vida normal, de las viejas costumbres; de las costumbres simples.

Mi seguridad se esfumó, una parte de ella, al menos, en cuanto alcé la vista y mis ojos se toparon con los de Eleazar. Se hallaba sentado a la cabecera de una mesa afuera en la terraza.

A través del cristal me saludo con un gesto de cabeza, poniéndose de pie.

El hombre que nos acompañaba se excusó con un gesto galante, y se retiró; de modo que así, en este primer piso, no quedó más nadie que Eleazar y nosotras, pese a que todas las mesas a nuestro alrededor, estaban vestidas y listas para recibir a los clientes.

Eleazar debía haber reservado todo el piso para que tuviésemos intimidad.

Anežka me siguió.

No esperaba que Eleazar viniese hacia nosotras, por eso me sorprendí cuando lo hizo.

Besó mis mejillas y me abrazó; era la primera vez que tenía semejante gesto para conmigo. Me sorprendió no sentirlo falso, es que de hecho me apretó contra su pecho tal si estuviese genuinamente feliz de verme.

Inevitable estremecerme.

Cuando me soltó, fue a por Anežka.

—Es un placer conocerte. ¿Ya te lo había dicho, no? —me miró sonriendo sin enseñar los dientes, casi como en un gesto tímido—. Esta vez lo haré correctamente, aquella noche iba con algo de prisa. No sucederá lo mismo en la presente ocasión; tú y yo tenemos muchas cosas de las que conversar.

—Eleazar, Anežka... le conté. Espero que no lo creas inconveniente, ella necesitaba saber la verdad.

—Por supuesto, hija —tomó una mano de Anežka y una mía—, esta joven aquí presente, tarde o temprano, pasará a formar parte de la familia—. Giró la cabeza en dirección a Anežka—. Imagino que ha sido una gran sorpresa.

Anežka emitió un sonido que fue mitad de camino entre una risita nerviosa y una tos. La pobre intentaba mostrarse fuerte pero su corta edad, su condición de humana y el simple hecho de encontrarse parada frente al Diablo, le afectaba. Nadie debía juzgarla por eso, siquiera Eleazar.

—No te preocupes, Anežka, y por favor, piensa en mí como... —revoleó los ojos pesadamente y de refilón me miró—...como pensarías en un abuelo —sonrió—. Confió en que congeniemos de maravilla. Apuesto que eres una joven muy inteligente y talentosa. Con un gran, gran futuro por delante.

Ciertamente tener como guía a mi hija es toda una suerte para ti.

—Es un privilegio del que me siento en extremo agradecida —pronunció Anežka con firmeza, si bien su voz no sobrepasó el volumen de la suave música que sonaba ahora desde los parlantes muy bien escondidos por todo el salón.

Eleazar apretó su mano; sobre su rostro imperaba una enorme sonrisa.

—Pero qué ceremoniosos nos hemos puesto —exclamó jovial—. Si ustedes dos son mis damas. Esto es una reunión familiar, olvidémonos del protocolo. Aquí somos simplemente Anežka, Eliza y Eleazar. Sí es que me alegra tanto tenerlas aquí, casi no lo puedo creer. Vengan, vengan, vamos afuera—. Colocándose en medio de nosotras, nos pasó un brazo a cada una, por encima de los hombros—. ¿Quién tiene hambre? En realidad no importa si tienen apetito o no, todo aquí está tan soberbiamente preparado y presentado que resulta en increíblemente tentador. No queda más que dejarse llevar y probar un bocado tras otro. Desayunaremos afuera, si no les molesta, y no te preocupes por el fresco, Anežka, he mandado a que enciendan los calefactores para que no sientas frío. A nosotros no nos molesta ni nos afecta —apretó mi hombro derecho—, por nada del mundo querríamos que te enfermases, ¿no es cierto, hija?

—No, claro que no.

—Pronto perderás esa debilidad... y muchas otras. Y espero que sea realmente pronto. No veo la hora de poder consentirte como todo abuelo consciente a sus nietos, solo que yo lo haría del modo en que únicamente un demonio puede ser consentido.

—¿Y cómo es eso?

Eleazar me lanzó una mirada por el rabillo del ojo. No respondió, en lugar de eso quiso saber cuándo llevaría a cabo el cambio de Anežka.

—Todavía no lo decidimos.

—No hay razón para que eso se demore mucho más, ¿no es así? Ahora me tienes a mí, hija, yo puedo ayudarte a cuidar de Anežka.

La simple idea de que formase parte del cambio y la enseñanza de Anežka me puso los pelos de punta, yo lo quería lejos de ella, todo lo que fuese posible. Que continuase siendo humana en cierto modo la alejaba de él, y por eso yo todavía no accedía a darle lo que ella tanto quería. La alejaba de él y de todos nosotros. Si todo resultaba como el peor escenario podía dictar, ella se quedaría sola, como un demonio neófito, sin nadie de confianza a quién recurrir. Esa era una pesadilla a la que siquiera deseaba asomarme. En este

exacto momento decidí que hablaría sobre ella con Gabriel, le haría prometerme que cuidaría de ella si algo me sucediese, nadie mejor que él para velar por su seguridad; que se convirtiese en su ángel de la guarda.

—Lucen las dos muy bonitas —alabó mientras nos servía café—. ¿Tuvieron la oportunidad de salir de compras?

Las dos negamos con la cabeza.

—Podríamos ir esta misma tarde. Será divertido, no les parece. Lo mejor para mis niñas.

Que nos tratase de niñas y que insinuase que éramos suyas, me desagradaba cada vez más. No podría probar bocado de los tentadores *waffles* belgas, *eclairs* ni ninguna de las otras exquisiteces dispuestas sobre la mesa igual que en un verdadero banquete de reyes.

No se me antojaba comer, siquiera para canalizar energías. Mi garganta se encontraba por completo cerrada y me ardía el estómago; ese ardor me subía por el pecho.

Desde mi silla, a la derecha de Eleazar, en tan magnífico espacio creado en una pequeña terraza de arquitectura francesa, se divisaba el extremo más alto de la torre Eiffel, apareciendo por sobre las cúpulas negras de los edificios que nos rodeaban.

Anežka degustaba, ahora con cierto placer, un *waffle* con generosos copetes de crema fresca y las frutillas más rojas, brillantes y grandes que yo haya visto jamás. Al principio comía con algo de desconfianza y vergüenza, pero esta pseudo mesa familiar llevaba ya media hora, tiempo suficiente para que el clima se distendiese un poco. Eleazar mantenía la conversación alegre y despreocupada. No se habían mencionado palabras como: demonio, ángel, muerte; siquiera: poder, dones. Nada de eso. Si mi padre ocultaba algún plan, no dio el menor indicio de permitir que se sus labios o gestos, se filtrase absolutamente nada.

En cierto modo me alegraba que mi discípula no estuviese pasando un mal momento, ella tenía permiso para relajarse, para pasarlo bien si podía; en cambio yo debía procurar mantenerme atenta a todo lo que dijese mi padre, a todos sus actos, a cuidar de ella. Por esa razón, por mi garganta no habían pasado más que unas cuantas migas de un brownie de chocolate y una taza de café.

—Es por eso que en cuanto pude, me las arreglé para traer a Eliza aquí, deseaba más que nada, que conociese la ciudad. Esta ciudad inspira. ¿No lo crees tú también?

No me di cuenta de que se dirigía a mí hasta que percatándose de que no seguía la conversación, me llamó por mi nombre.

—Decíamos con Anežka que París es una ciudad maravillosa.

—Sí, supongo que lo es.

—¿Supones? ¿Por dónde viaja tu cabeza en estos momentos, te noto en extremo distraída? ¿Tiene que ver con eso? —señaló mis manos vendadas—. Puedo ayudarte si tienes dolor. No deseaba entrometerme en tus asuntos pero considerando que eres mi hija, me figuro tengo justificado meter mi nariz donde no me llaman, al menos un poco—. Otra vez me dedicó una de sus sonrisas de padre cariñoso; yo no acababa de digerir la última que me regaló.

—Antes de venir cambié el vendaje, mejora muy bien. Para mañana por la mañana las últimas marcas habrán desaparecido.

Hice el amago de bajar las manos para ocultarlas, él lo evitó, tomándolas con las suyas.

—¿Tienes mucho de tu madre, lo sabes?

—No, a decir verdad nunca encontré en mí muchas similitudes con ella.

Ante el cambio de tema y de clima, Anežka bajó el tenedor al plato, las manos a la servilleta que descansaba sobre su regazo y continuó masticándolo lentamente, tal si temiese hacer algún ruido molesto.

—Sí, pues sí, tienes muchas cosas de ella. Tienes en la mirada esa misma mezcla entre angelical y demoníaca.

—¿Fue eso lo que te atrajo de ella?

Anežka alzó sus ojos a mí, al tiempo que tragaba ruidosamente.

Eleazar rió.

—Algo así. Tu madre parecía un verdadero ángel sobre el escenario —comentó y luego se volvió hacia Anežka—. No sé si te lo ha contado, la madre de Eliza era una excelente bailarina clásica—. Sin esperar respuesta, giró su cabeza otra vez, bruscamente hacia mí—. ¿Alguna vez te conté sobre la primera vez que vi a tu madre fue en el escenario? Es decir ella estaba en el escenario, yo en uno de los palcos. Fui a verla bailar cuatro noches seguidas, es que no podía creer que fuese real, de carne y hueso. Creo que me enamoré de ella la primera vez que la vi, en cuanto salió a escena luego de que el telón se abriese.

Era la primera vez que le oía a Eleazar decir que se había enamorado de mi madre. Sinceramente, no supe si creerle o no. Lo más complicado de todo es que me dio la sensación de que lo decía de corazón. ¡Por Dios! ¡¿De corazón?! ¿Podía ser eso cierto?

—Tu madre siempre fue una mujer muy bella y abusaba de ello. Sobre el escenario tenía mucho poder, poder que ciertamente no perdía al bajar de las tablas. Siempre fue en extremo obstinada, fuerte. Rechazó mis invitaciones a cenar al menos media docena de veces, y las flores y regalos que le enviaba parecían no causar efecto alguno en ella. Pese a su cremosa piel, a sus largos y delicados brazos, a los livianos pasos que daban sus piernas sobre el escenario, a sus níveos y cándidos trajes, tu madre siempre fue una mujer de hierro. Nunca se dejó impresionar. Si alguna vez la creí ingenua o débil me equivoqué. Ella no era lo que aparentaba. Por eso digo que te pareces mucho a ella, tú tampoco eres simplemente lo que pareces.

—No oculto nada.

—Noemí repetía lo mismo una y otra vez.

—¿Y no decía la verdad... fue por eso por lo que la relación de ustedes se terminó?

—Es más complicado que eso.

—¿Cuánto tiempo estuvieron juntos? Es la primera vez que me hablas sobre eso y ella jamás ha querido decir nada al respecto.

Noté la incomodidad de Anežka sin embargo no me detuve, no pensaba desaprovechar la oportunidad de sacarle a mi padre todo lo posible.

—Menos de un año. Cuando acabó no tenía ni idea de que existías.

Tragué en seco. Me hubiese gustado poder bajar aquello con un poco de café, pero por desgracia, apenas si el aire me pasaba por la garganta.

—¿Cuándo lo supiste?

—No es correcto que discutamos esto ahora, incomodamos a Anežka.

—Anežka puede soportarlo —chillé alzando el volumen quizá un poquito de más.

—Eliza, por favor.

—¿Alguna vez le contaste quién eres? Digo... ella... creo que ella intuye...

—Eliza, lo discutiremos en otro momento—. Me dio unas palmaditas en la mano—. Por favor, ¿sí? Prometo que te contaré toda la historia, pronto, muy pronto.

—Al menos dime cómo fue que eso pasó.

—¿Cómo fue que pasó? Según tú no soy capaz de amar. ¿Es eso? Tú amas a Vicente. No soy diferente de eso. Gracias por creer lo contrario —soltó en tono socarrón—. Para tu sorpresa debo aclarar que soy capaz de sentir absolutamente todos los sentimientos esperables, todos los considerados buenos, todos los tildados de malos... y con mucha más intensidad que

cualquier ser humano.

—¿Eso no te molesta? —entonó con una sonrisa divertida—. Sentir es lo mejor que le puede pasar a una persona. Por ejemplo: la vida sin pasión no es nada. Incluso el odio puede hacer que te alces en pie antes de lo esperado luego de una gran caída, para llegar incluso mucho más alto de lo que te encontrabas antes de precipitarte.

Era eso lo que le había sucedido a él.

—No conoces a tu padre hija.

—Supongo que no —susurré. Ni tú a mí, quise decir más callé.

—No te culparé por adjudicarme la responsabilidad de todos tus males, supongo que era de esperarse que por ser quien soy, creyeras que herí a tu madre y luego las abandoné a ambas, que por eso nunca antes me di a conocer —. Inspiró hondo, soltó el aire y también mi mano—. Tu madre es muy buena mintiendo y engañando. Eso es lo único que diré por el momento. También lo cierto es que si hubiese sabido de ti antes, hoy no estaríamos discutiendo estas cosas, sino conviviendo como conviven otros padres con sus hijos.

—Qué fue lo que te ocultó, que te molestó tanto.

—Hasta aquí llegamos, Eliza. No tenemos porque obligar a Anežka a presenciar semejante discusión.

—Tan solo responde a una pregunta: ¿ella sabe quién eres en realidad, y desde cuándo?

Con un movimiento casi perezoso, Eleazar deslizó sus ojos hasta Anežka, y luego hasta mí; ya no lucían del mismo castaño que los míos, sino oscuros, como dos espejos negros. Profundos, capaces de devorarme viva. Sentí una punzada de miedo en el estómago, aun así, mantuve la espalda firme y la cabeza en alto, y no quité mis ojos de los suyos.

—Lo sabe. Creo que siempre lo supo... desde el principio. Absolutamente todo.

Sentí como si algo duro chocase contra mi pecho. Se me escapó el aire de los pulmones y de repente no podía hacer más que parpadear y boquear.

—Te lo dije, tu madre es una verdadera caja de sorpresas.

—Pero...

—Se terminó, Eliza, si no tienes los modales para acabar con esto ahora, lo haré yo. Tenemos una invitada—. Arrojó su servilleta sobre la mesa al tiempo que se ponía de pie—. Discúlpeme un momento, voy a realizar unas llamadas para organizar nuestra salida de compras. Enseguida regreso.

Anežka asintió tímidamente con la cabeza mientras mi padre pasaba por detrás

de ella. El sol arrancó reflejos del color del cobre de su preciosa cabellera.

—Lamento esto.

—No te preocupes por mí—. Anežka abrazó su taza con ambas manos—. ¿No sabías nada de eso?

Negué con la cabeza.

—Mi madre... bueno, con ella no es sencillo hablar. Yo nunca decía nada por miedo a revelar demasiado pero es obvio que ella siempre supo más que yo. En este instante no era capaz de decidir si me sentía más enojada con mi madre o con Eleazar.

—Si quieres enviarme a la casa para hablar con él...

—No pienso enviarte a casa. No me molestas, Anežka.

—Tu madre debió significar mucho para él. Nunca pensé que pudiese... ¿tú sí?, y los demás también; he visto el modo en que viven Gaspar y su familia... simplemente no creí que él pudiese. Es... es... perturbador.

—¿Perturbador? —entoné con aire inquisitivo.

—Sí. A veces los seres humanos hacen cosas indescriptibles tanto por amor, como por odio. Me dan escalofríos de solo pensar en lo que él podría hacer.

—¿Por qué dices eso?

—Porque habló con demasiada pasión.

Ahora fue mi turno de mordirme el labio. Entre los dientes, apreté el labio inferior hasta que en la lengua, sentí el sabor de mi sangre, mezclándose con los resabios del aroma del café y con el amargo que éste dejara a su paso.

Mis ojos lo buscaron y encontraron, deambulaba por el salón de mesas desocupadas, con su celular al oído, parecía no prestarnos la menor intención. Lo menos que podía hacer yo en este instante era preguntarme qué sentimientos habían quedado en él, luego de la ruptura con mi madre.

No debían ser nada buenos, por el modo en que hablo, procurando con revelar demasiado, conteniéndose, no se sentía feliz de que mi madre le guardase secreto sobre mi existencia. Creo que hasta en algún punto, lo noté dolido por aquella ruptura.

¡Por Dios! —Exclamé dentro de mi cabeza—. El Diablo dolido por el engaño de una mujer... de una mortal, de la mujer que amó.

Mi madre tenía muchas cosas que aclarar conmigo. Lo recién contado por Eleazar no era más que la punta de un tempano de hielo sumergido en frías y oscuras aguas; uno mucho más grande que aquel que llevó a hundirse al Titanic.

A cómo diese tenía que ponerme en contacto con mi madre, no podía seguir

adelante sin la verdad, o al menos, sin su versión de ella.

Un par de segundos después, Eleazar estaba de regreso, otra vez con una gran sonrisa y muchos planes para el resto de la tarde.

A todo esto me pregunté dónde encontraría Vicente, su ausencia y silencio me mataban poco a poco.

33. Agujeros en el cielo.

Parada en medio del gran salón de una de las más lujosas tiendas de París, veía a mi padre ir y venir seguido de Anežka, y un séquito interminable de empleados de la firma, en busca del bolso perfecto tal si eso fuese una cuestión de vida o muerte, para mí. Anežka ya había elegido el suyo y mí no me quedaban más ganas de continuar actuando el rol de demonio que es digna hija de su padre.

Con un par de sonrisas que tal vez no tuvieron mucha gracia, los convencí de que eligiesen uno por mí, a modo de sorpresa. A mi padre pareció ilusionarle la idea, dijo algo así como que me debía muchos regalos de cumpleaños y que este sería un muy buen momento para recuperar aquellas oportunidades perdidas.

Otorgándoles carta blanca, me senté en el sofá circular, justo debajo de una magnífica lámpara de cristal que iluminaba el exuberante arreglo floral que decoraba el respaldo del sillón.

A hurtadillas, en lo que iba de la muy avanzada tarde, había dejado tres mensajes en el celular de Vicente; por demás está decir que la ansiedad y el miedo me carcomían por dentro, su ausencia y posterior silencio no podía ser augurio de nada bueno.

Me esforcé durante horas, en no dar la menor señal de que algo no iba bien, mas ya no era capaz de contenerme. De piernas cruzadas, mi pie repiqueteaba en el aire siguiendo el ritmos de las agujas del nuevo reloj que Eleazar prácticamente me obligara a comprar, entre tantas otras cosas que yo no necesitaba; en unas pocas horas había arrasado con percheros y escaparates. Anežka estaba feliz, tanto como pude estarlo una adolescente con la oportunidad de tener un nuevo guardarropas, basado en las páginas de las mejores y más reconocidas revistas de moda. Para ella en algún punto, más allá de su madurez, de sus experiencias personales, esto todavía era un juego; sin duda no comprendía la verdadera dimensión de aquel mundo al que se

disponía a ingresar. Su elección estaba hecha y me figuro que le dijese lo que le dijese no cambiaría de parecer, es más, es como si lo que sucederá hubiese estado marcado en su destino, igual que el mío, pero no por eso me sentía menos culpable o menos asqueada por las demostraciones de grandeza de mi padre, por sus despilfarros de dinero, por su firme intención de encandilarla con una fachada que no es más que un diez por ciento de lo que significa ser un demonio, por una careta que a la larga o a la corta, pierde toda importancia, por algo que suele convertirse en obsoleto, o incluso en un lastre, uno muy pesado; Vicente me lo explicó una vez, era por eso que él casi no tenía posesiones y que se preocupaba muy poco por éstas, en ese entonces mencionó que Lucas, en algún momento, comprendería que cuanto más liviano viajase, tanto mejor. Ojalá Anežka lo entendiese algún día.

Por lo pronto, debo admitir, me agradaba verla así de feliz y entusiasmada, disfrutando de veras de las bromas de mi padre, de sus sonrisas y juegos, de su entrega a dos manos; su pasado fue de restricciones, de dolor, de carencias, mientras no perdiese el eje de la realidad, estaría bien, y para eso estaba yo aquí, para acompañarla e impedir que quedase por completo obnubilada con tantos lujos y placeres.

Una de las dependientas se acercó para ofrecerme de tomar, por insistencia de Eleazar había bebido champagne en los últimos dos negocios a los que fuimos, pero ahora que él no se encontraba cerca, decliné el ofrecimiento ya que si bien el alcohol no era un verdadero problema, deseaba continuar con todos mis sentidos funcionando a un cien por ciento.

La mujer se retiró tranquilamente insistiendo en que si se me ofrecía algo, no tenía más que pedirlo.

Sola otra vez, busqué a mi padre y a Anežka. Se encontraban al fondo del salón, dándole interminables vueltas a un bolso purpura. Fue entonces cuando mi celular se puso a chillar.

Di un salto por la sorpresa inicial. Mi corazón desenfrenado a causa de los nervios se puso a dar golpes contra las costillas igual que si estuviese pidiendo ser liberado. El pobre desgraciado se detuvo en seco cuando las pequeñas letras en la pantalla indicaban que la llamada era de un número desconocido.

—¿Hola?

—¿Eliza?

—¿Lucas? —Me atraganté con su nombre, no esperaba oír su voz. Escucharlo me afectó, fue como sufrir un fuerte sacudón.

—Sí, soy yo —gruñó—. Sigues con vida. Qué bueno. Y por lo visto tu celular funciona.

—Sí... funciona—. Respondí como una estúpida sin saber qué más decir. No tenía ni la menor idea de qué contarle o contestarle, con el embrollo en el que estaba metida, prácticamente lo había dejado olvidado y abandonado en Buenos Aires, adrede me había esforzado por apartarlo de mí, tanto como para protegerlo de mí, cuanto de aquellos que amenazaban mi vida. Ahora todo eso, más nuestra historia, volvía así, de sopetón, con el sonido de su voz, con su reclamo.

—Magnífico, entonces debo entender que simplemente no deseabas ponerte en contacto conmigo.

—Lucas es una historia larga.

—Ni que lo digas. ¿Casi tan larga como la nuestra? Bien. Mi mitad estúpida se pregunta por qué no contéste a ninguna de mis llamadas o mis mensajes, y si te encuentras bien. La otra mitad en este momento solamente desea gritarte todos los improperios habidos y por haber hasta provocarte sordera y provocarse una completa afonía.

—No te culpo por estar tan enfadado.

—No estoy enfadado, estoy furioso. El único justificativo que hubiese aceptado para semejante desaire es que o bien estuvieses muerta o que alguien o algo te tuviese cautiva, te impidiese hablar. Como no es ninguna de las dos cosas, me gustaría decirte que de verdad, creo que cada día te pareces más a tu padre.

En seco, tragué su insulto. Me dolía más porque él lo decía a causa del dolor que yo le provocaba, que por el insulto en sí, igual me resultaba imposible pasar por alto la gran cuota de egoísmo, vanidad y lujuria que tenía mi relación con él.

—¿Te encuentras en París, no es cierto? Gaspar comentó que existía la posibilidad de que... sé que Vicente es parte del circo ahora. ¿Así que ese es el juego? Siempre supe que él acabaría cediendo a la tentación del poder; sinceramente no lo esperaba de ti, incluso siendo tu padre quién es. Soy un idiota por idealizarte hasta el punto de creer que no serías capaz de caer tan bajo. Es decir, siempre te vi de un modo distinto al resto de los nuestros. Habría sido mejor para todos, incluso para ti, no cambiar jamás.

—Dudo que esa hubiese sido la solución. De algún modo u otro mi padre habría conseguido arrastrarme hasta su mundo.

—Tal vez no.

La línea quedó en silencio.

—Supongo que ese es un pensamiento también muy ingenuo de mi parte.

—Lucas, no puedo discutir ahora. Si no te devolví ningún llamado o mensaje es porque no recibí ninguno—. Era completamente cierto, desde sus últimos mensajes durante mi estadía en la casa de la hermandad no había vuelto a saber de él y eso era un alivio, que no me buscara más me dejaba más tranquila, tenía la esperanza de que me olvidara. Por lo visto no había sido así —. No entiendo a qué se debe.

—Si no quieres hablar conmigo no tienes más que decirlo. Puedo soportar que seas sincera.

Destilaba dolor que su voz no lograba disimular.

—Se te oye bien, sana y salva; si hubieses querido ponerte en contacto conmigo lo habrías hecho.

—Lucas...

—Debería entender que no quieres tener nada más conmigo. Lo entiendo. Me gustaría poder ser así de indiferente a ti así como tú lo eres a mí.

—No es eso, Lucas. Es una historia muy larga.

—Sí, lo mencionaste.

—Y todavía continúa siendo cierto que eres muy importante para mí pero yo...

—No me amas, ya lo sé. Siempre lo supe. Ese no es el tema. La verdad es que no te llamé para que discutiésemos lo nuestro.

No sé qué me parecía peor: la perspectiva de un reclamo sentimental o una razón de peso tal que hiciera que Lucas dejara a un lado el resentimiento que tenía para conmigo, para sí, contarme algo más, algo que sin duda debía ser más importante que eso.

Aquí en este lujoso local me estremecí ante lo que intuía, no era nada bueno. Además no podía parar de darle vueltas a aquel asunto de porqué yo no había recibido ni uno solo de sus mensajes, ni uno de sus llamados. Estaba segura que él no mentaba al respecto de sus intentos de ponerse en contacto conmigo, simplemente no tenía por qué mentar.

—Te llamo desde el aeropuerto.

—¿Qué aeropuerto? —Me atraganté en el intento de contener aquella exclamación de sorpresa. Ante la duda no haber tenido éxito, me di la vuelta y busqué con la mirada a mi padre y a Anežka, temía que pudiesen haberme escuchado. Los encontré en un salón anexo, demasiado lejos siquiera para darse cuenta de que me encontraba al teléfono, es más, yo apenas si logra verlos desde aquí entre tantas flores, lámparas, anaqueles y clientes.

—Gaspar y yo esperamos por la salida de nuestro vuelo, hicimos el pre embarque, el avión sale en una hora.

—¿Vuelo hacia dónde? De qué estás hablando, Lucas. Responde: qué aeropuerto, qué vuelo.

—Vamos de camino a París.

—¿¿Qué?! ¿Por qué?

—Tu madre.

—Mi madre —repetí atontada por el shock.

—Tomo un vuelo directo a París esta mañana. Nosotros conseguimos de última hora uno con un montón de escalas pero Gaspar no quiere esperar, está muy preocupado por ustedes, por tu mamá. Le llegó el rumor de que Jan murió. Sentí que las paredes del local se ponían negras y caían pesada y lentamente sobre mí.

—Es... es... —quise decir que era cierto sin embargo no lo logré—. No vengan.

—¿Estás ahí, tu madre va a visitarte? ¿Me estás diciendo que no tenemos de qué preocuparnos?

—Lucas, por favor...

—¿Qué, qué pasa?

—¿Quédense donde están, yo me ocuparé de ella.

—Entonces sí estás en París.

—Sí, sí me encuentro en París.

—¿Sabías lo de Jan? ¿Lo sabe Vicente?

—No vengan.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que sucede? Qué es lo que pasa, Eliza.

—¿Es ella? Dame acá.

Fue la voz de Gaspar sacándole el teléfono de las manos a Lucas.

—Eliza, es hora de contar la verdad. Dime, qué es lo que debo esperar. Tengo que defenderte o acabaré enfrentado a ti.

—Gaspar, no puedo hablar ahora, estoy con mi padre.

—¿En París?

—Sí.

—Jan...

—Lo vi morir, fue... no puedo contarte todo ahora, él podría oírnos. ¿Qué sabes de mi madre?

—Esta mañana abordó un vuelo de Air France. En primera, con destino a París. ¿Tú la mandaste llamar?

—No, la última vez que vi a mi madre ella dejó bien claro que no deseaba volver a saber de mí.

—¿Entonces?

—Siquiera me atrevo a pensar... —el terror me cerró la garganta. Las posibilidades no eran muchas, sin embargo ninguna parecía buena. ¿A qué venía mi madre a París? ¿Eleazar tenía algo que ver con esto?

—¿Eliza?

¡Eleazar!

Mi celular salió volando y cayó a los pies de una clienta que acababa de ingresar al local. El aparato quedó en dos mitades.

—Hija.

Me di la vuelta y lo enfrenté. Estaba serio, su rostro parecía de piedra. En las manos cargaba una elegante y discreta cartera color azul oscuro.

—Por qué te asustaste así. ¿Era Vicente al teléfono?

—Yo... —no pude sostenerle más la mirada, tenía la sensación de que sus oscuros ojos intentaban meterse dentro de mi cabeza lo cual me estaba provocando el comienzo de una potente migraña.

Para desembarazarme de la situación di media vuelta y corrí a por mi celular. Lo sentí seguirme. Por desgracia para mí, sus manos llegaron primero que las mías al aparato, pero por suerte para mí, la pantalla estaba en negro, la batería había volado lejos.

—Levántate—. Tiró de mí hacia arriba, sosteniéndome de la axila derecha.

Empleados del local recogieron los restos del celular y se los entregaron a mi padre. Al revuelo de gente, llegó Anežka.

—¿Qué ocurrió?

—Precisará un celular nuevo —le respondió mi padre.

Disimuladamente recuperé mi celular, bien, tal vez no disimuladamente, forcejé algo con Eleazar, pero procuré que Anežka no se percatase de eso.

Lo armé. Milagrosamente funcionaba, mas la comunicación con Gaspar había caído.

—Soy muy torpe —comenté para distender un poco el ambiente entre nosotros tres, mi padre no paraba de mirarme con muy mala cara y yo no lograba cesar de preguntarme si sabía u había oído alguna parte de mi conversación con Gaspar y con Lucas.

—¿Te gustó el bolso que escogimos? Me parecía muy original, va con tu personalidad.

Mi padre todavía sostenía el bolso con una de sus manos.

Tiré de mis labios para sonreír, no sé qué salió de eso, al menos convencí a Anežka.

—Sí, me gusta mucho. La verdad es que es precioso.

Eleazar extendió un brazo y con ese brusco gesto, le pasó el bolso azul a Anežka.

—Diles que lo pongan en mi cuenta, también el purpura y el negro, y todos los que te gustaban. Llevaremos todo.

Anežka quedó boquiabierta.

—Bien, claro. Gracias, Eleazar.

—No tienes que agradecer nada, ahora hazme el favor de llevar eso.

—Sí, por supuesto.

Eleazar siguió a Anežka con la mirada hasta que se alejó lo suficiente para no poder oírnos.

—¿Qué tramas?

La fiereza de su tono de voz hizo que empequeñece dentro de mi cuerpo.

—Nada.

—¿Dónde está Vicente, hija?

No contesté.

—¿Dónde? —demandó sin una pizca de paciencia.

Uno de los porteros abrió la puerta del local, y por ella, para mi sorpresa, apareció Vicente.

Primero creí que alucinaba, y luego cuando él llegó a mí, rodeó mis hombros con su brazo y besó mi mejilla, quedé completamente confusa. Su arribo más oportuno no podía ser.

—El hombre del momento—. Entonó mi padre con sorna—. Ya me preguntaba yo dónde demonios se había metido mi yerno. Comenzaba a creer que había abandonado a mi hija.

—Nada de eso, es que tuve una mañana ocupada y la tarde se me complicó.

—¿Trabajo?

—Exactamente, mucho trabajo.

—Bien, supongo que no puedo culparte por cumplir con tu deber. Pero la próxima vez procura desocuparte pronto, abandonaste a mi hija casi todo el día y creo que eso comenzaba a afectarle—. Lo contempló con los ojos entornados, prácticamente transformados en dos líneas negras—. Ten cuidado o podrías perderla en una de tus largas ausencias. O alguien podría arrebátártela. Mi querida Eliza es un gran tesoro que muchos desearían tener.

Dicho eso, y sin más, Eleazar pegó la media vuelta y se dirigió tras los pasos

de Anežka.

Me contuve todo lo que pude, y cuando ya no pude más, me prendí del pecho de Vicente abrazándolo con todas mis fuerzas.

Su rostro se hundió en mi cuello al tiempo que sus manos subían por mi espalda. Sus dedos apretaron mi carne como si sintiesen una fuerte necesidad. Apartó su rostro de mí y cruzando sus labios con un dedo me indicó que guardase silencio. Bajó la mano, acercó su rostro al mío otra vez y acarició suavemente mis labios con los suyos.

Se alejó.

—Qué le pasó a tu celular.

—Voló sin saber que no tiene alas, fue un accidente.

Hizo una mueca que mediaba entre una sonrisa y un gesto de zozobra.

—Estoy cansada. Volvamos a casa, necesito tener un momento a solas contigo.

—Y yo.

Eleazar nos invitó a cenar, pero por suerte, siquiera Anežka tenía las fuerzas suficientes para continuar dando vueltas por la ciudad.

Mi padre desistió al primer no, de hecho me dio la impresión de que él tampoco tenía ganas de terminar la velada a nuestro lado. El sol ya caía y la noche tenía un aire extraño, pesaroso.

Eleazar nos dejó su automóvil, con chofer y bolsas y bolsas de compras, para que nos llevase de regreso a nuestra propiedad en la ciudad.

Sentí escalofríos cuando nos saludó con la mano desde la vereda mientras su automóvil se alejaba dejándolo a pie.

Vicente se apretó a mi lado, entrelazó los dedos de su mano con la mía.

Mordiéndose el labio inferior asintió con la cabeza. Entendí aquel gesto como un intento de decirme que todo estaba bien; de seguro no continuaría opinando lo mismo cuando le contase de la llamada de Lucas. Las noticias no eran precisamente, y por lo que intuyo, lo que él tenía para contar tampoco era para saltar en una pierna de puro gozo.

...

Vicente colocó las últimas bolsas que quedaban por subir, en el suelo junto a la cama, y cerró la puerta de nuestro cuarto. En este momento Anežka se encontraba en el suyo deleitándose con su nuevo guardarropas, probándose las prendas frente al espejo, ya conectada a su música. Verla con los auriculares en las orejas, cantando bajito, moviéndose al ritmo de los sonidos me recordó

a Lucas, a la época en que vivimos juntos en mi departamento; eso parecía haber sucedido un siglo atrás.

Ante aquel recuerdo fui yo la primera en contar las noticias, mientras intentaba arreglar mi celular.

Todavía no terminaba de hablar cuando Vicente sacó su teléfono.

—¿A quién llamas?

—A Gaspar.

—¿Por qué crees que no recibí ninguno de los mensajes de Lucas?

—No sé. No me agrada esto—. Se llevó el aparato a la oreja—. Supongo que por esa misma razón yo no recibí ningún llamado de Gaspar. Sé que pese a todo, él debe de haber intentado ponerse en contacto conmigo. Es sobre tu madre y sabe que estamos juntos. Además me figuro que debe estar interesado en averiguar qué fue lo que sucedió con Jan.

—Con respeto a eso...

—Lo hablaremos luego, lo más importante ahora es descubrir qué motivó la venida de tu madre aquí. No debería venir, será peligroso para ella—. Con un suspiro de exasperación bajó el teléfono una vez más, cortó la comunicación y volvió a marcar—. No contestan.

—Es probable que embarcaran, les dije que no vinieran pero no estoy segura de que me hayan oído o de que tuviesen intenciones de hacerme caso. En ese momento mi padre llegó por detrás y me asusté, fue entonces cuando se me cayó el teléfono.

Le di un golpe al aparato, lo encendí y milagrosamente prendió.

Tenía un mensaje de texto, de Lucas.

Abordando. Te llamo en cuanto lleguemos.

Se lo enseñé a Vicente.

Con el entrecejo fruncido, masajeándose la sien derecha, se echó a andar por el cuarto igual que una fiera enjaulada.

—¿Qué fue lo que averiguaste? ¿Por dónde anduviste todo el día? Quizá no me lo merezca pero me gustaría que me lo explicases; me angustié. Odio que desaparezcas así, que no respondas a mis llamadas. Me da la sensación de que vuelves a ser solo tú otra vez, me refiero a como cuando no estabas conmigo, cuando intentabas huir de mí.

—Anoche necesité huir de ti, mejor dicho: de nosotros; precisaba unas horas de soledad.

—Supongo que los dos ya tuvimos suficiente de eso. Si de verdad no quieres volver a intentarlo... ni siquiera yo sé qué es lo que quiero, sin embargo... cuando no estás conmigo, cuando no sé si te encuentras bien, si planeas regresar...

—Planeaba regresar por la mañana, lo juro, además ellos cuidaban de ti; fueron ellos los que me avisaron dónde y con quién estabas, por eso te encontré allí.

—Claro, debí suponerlo.

—Sí lo nuestro se termina, si decido irme, si tú me pides que me vaya, incluso así no iré a ninguna parte sin despedirme antes. No regresé a casa esta mañana, tal cual lo tenía planeado porque se me ocurrió una idea, y decidí pasar por la casa de Las Doce Sillas, aquella en las afueras de París. Esa casa no es simplemente la sede, el centro político y el corazón de la institución, sino que es también, el emplazamiento de una de las bibliotecas más grandes sobre nosotros. Sobre nosotros y lo que nos rodea, sobre nuestra historia, nuestros poderes, nuestras batallas..., y por lo que creo también, nuestros enemigos.

—Mi padre es un amante de las bibliotecas.

—Precisamente. Tu padre ama los libros. Es un apasionado por el arte en todas sus formas, pero por sobre todo, tiene devoción por coleccionar y recolectar, a como dé lugar, textos que toquen temas tales como demonología, religión y asuntos asociados a eso. Eleazar me habló de eso en mi anterior viaje aquí. Hablábamos de sus libros cuando al pasar, mencionó que debía instruirme más en nuestra historia. Cuando le pregunté qué me sugería para llevar a cabo ese cometido, soltó un simple: leer; a lo que acotó que todo lo que necesitaba saber lo encontraría en la biblioteca de la sede. Imagínate que yo por esos días ni pensé en ir allí simplemente para leer, aquel lugar... le repelo. No me dan ganas de visitar esa casa, y si puedo evitarlo, no voy.

—Eso era hasta esta mañana, ¿no?

Asintió con la cabeza.

—No se me había ocurrido siquiera pensar en ello hasta este amanecer. En un principio creí que si Eleazar coleccionaba textos sobre ángeles, Grigori o Nefilim estos no se encontrarían allí, al alcance de cualquier demonio, después de todo él posee cientos de bibliotecas privadas alrededor del mundo. Simplemente propuse darle la oportunidad, quizá encontrase algo, después de todo, allí mismo donde por primera vez, vi un ángel— hizo una pausa—. Quedé mudo al ver todo eso.

—¿Todo qué?

—La biblioteca que contiene libros sobre nosotros es amplia, sin duda, muy bien nutrida, pero separada por una reja de hierro forjado existe otra, doblemente grande custodiada por tres demonios, que según creo, está casi por completo dedicada a nuestros enemigos naturales. El lugar es como un altar de veneración.

—¿Qué?!

—No me permitieron acercarme a la reja a menos de dos metros, de todas maneras con eso bastó, el lugar es inmenso y no solamente hay libros, hay esculturas, pinturas, representaciones de todo tipo, con un único tema: ángeles.

—No te entiendo, por qué dices que es como un altar de veneración, si mi padre armó aquella biblioteca debió ser para conocer todo sobre sus enemigos, no para rendirles tributo.

—No le enciendes velas a tus enemigos, tampoco les pondrías flores, ni mantendrías aquel lugar en las condiciones en las que deberías verlo, luce. El lugar está lleno de luz, huele a jazmines, a fresco, es como un mundo aparte en aquel sótano oscuro, húmedo y maloliente. Es un pedazo de Cielo en la Tierra, es... —apretó los labios, me dio la impresión de que no encontraba las palabras justas para definir aquella experiencia—, es como si tu padre no quisiese olvidarse de lo que un día fue.

—Eso no puede ser así.

—Es tan puro que acercarte demasiado hace que se te pongan los pelos de punta. No tengo idea de cómo lo soportan esos demonios que custodian el lugar, es más, siquiera entiendo para qué tu padre los puso ahí, ninguno demonio se atrevería jamás a pisar aquel lugar, simplemente no podría. No es un lugar para demonios.

—Entonces... —mi cerebro se tildó—...mi padre debería odiar a los ángeles, o eso se supone.

—Pues si vieres aquella biblioteca no continuarías pensando lo mismo. La biblioteca demoníaca está únicamente abierta a los doce... bueno, ahora trece miembros de la organización, pero la otra, la de los ángeles... bien, tu padre es el único que puede autorizar a alguien a entrar.

—Vicente no entiendo. ¿Cuál es la relación de mi padre con los ángeles? Y si él no los odia, entonces por qué... Un momento.

Vicente alzó las cejas.

—Sí mi padre no odia los ángeles por qué ayudaría a los Nefilim.

—Tal vez ayudarlos no es lo que él hace. También yo me devané los sesos

intentando encontrar claridad. Es extraño sí, pero no sería tan descabellado aventurar que tu padre todavía siga en contacto con lo que fue algún día y al mismo tiempo, odie a esos ángeles caídos.

—Eleazar es un ángel caído.

—Un ángel al que le quitaron sus alas, los Nefilim todavía las poseen; solamente tienen prohibida la entrada al Paraíso, pero aún en cierto modo, nunca dejaron de ser ángeles, tu padre sí. Lucio alguna vez me habló de estas cosas; para mí no era más que palabrería sin demasiado sentido, no encontraba diferencia entre lo uno y lo otro.

—En resumen, mi padre todavía venera lo que un día fue y por eso envidia a los Nefilim, porque ellos a diferencia de él...

—Porque ellos quizá todavía tengan la oportunidad de volver a ser considerados ángeles por completo, a diferencia de él.

—No puedo creer eso. Dudo que mi padre pueda querer ser un ángel otra vez.

—Tal vez una parte de él lo desea y otra, la corrompida, no esté dispuesta a bajar la cabeza y como él lo vio algún día: someterse a los designios de su padre. Lucio una vez me dijo que el Diablo jamás dejó de amar a Dios.

—Eso es demasiado.

—Te lo repito, no afirmarías eso con tanta seguridad si vieres aquel lugar.

—Entonces por qué da toda la impresión de que tuvo contacto con los Nefilim.

—No lo sé.

—¿Y qué tengo que ver yo en todo esto?

—No tengo ni la menor idea —admitió molesto.

Me dejé caer sobre el borde de la cama, ahora me sentía mucho más confundida que antes.

—Hay algo más.

Alcé la cabeza.

—Al salir de la biblioteca me encontraba en tal estado de shock que desesperé. Necesitaba averiguar más.

—¿Y bien...?

—Hasta no hace más de un par de semanas, la antigua casona era el emplazamiento de los despachos de cada uno de los integrantes del concejo. ¿Recuerdas que te comenté sobre el fallecimiento de la quinta silla?

Asentí con la cabeza.

—Dijiste que había sido encontrado calcinado en su casa. Poco sutil, según mi opinión.

—En efecto, muy poco sutil. Pero no quiero adelantarme a los hechos. Como

Thamos murió, su despacho no fue mudado a la torre en el centro de París. No esperaba tener tanta suerte, la puerta estaba abierta.

—¿Tuviste oportunidad de revisar su despacho?

Contestó que sí con la cabeza.

—Durante la semana ya casi nadie va a la casa, a todos les agrada no tener que viajar para cumplir con su trabajo. La propiedad ha quedado para ser utilizada los fines de semana en fiestas, reuniones o para ocasiones extraordinarias. Por la poca presencia de los integrantes de la organización, han reducido el nivel de vigilancia. Prácticamente tenía la casa para mí solo. Entré en el despacho de Thamos y allí estuve hasta poco más de una hora antes de reunirme contigo. Di vuelta aquel lugar, creo que revisé todo, leí hasta el último de sus papeles.

—Y qué... qué fue lo que encontraste.

—Un registro detallado de cada uno de tus movimientos. Thamos tenía demonios siguiéndote... desde antes de que cambiases, incluso creo que desde antes de que nos conociésemos.

—Pero cómo, por qué.

—Supongo que sabía quién eras; qué podía esperarse de ti.

Me puse de pie otra vez, ni siquiera podía estarme quieta, mucho menos sentada.

—Mencionaste que tenía demonios siguiéndome.

—Eso deduje de sus notas, por su agenda y su índice telefónico. No logre hallar su celular pero no hizo falta, los nombres de esos demonios figuraban remarcados con un punto rojo en el margen, en su libreta de teléfonos. Creo que todo concuerda, Eliza. Busqué a esos demonios y no logré dar ni con uno solo de ellos, porque están todos muertos. Los borraron de la faz de la tierra, alguno simplemente desaparecieron, de otros no quedaron más que sus cenizas. Me volví loco, y no fue fácil, pero logré averiguar que todos ellos, incluso Thamos, estuvieron en Praga cuando nosotros estuvimos allí. También visitaron Canadá al mismo tiempo que Petra, Sofía y Kumiko.

Me estremecí.

—Sin duda no es una simple coincidencia.

—¿Fueron ellos? Pero qué, acaso querían matarme. ¿Hirieron a Petra, mataron a esa otra muchacha que se convertiría en demonio?

—Sí, creo que fueron ellos y no los Nefilim. No sé exactamente qué pretendían, porque mataron a aquella mujer o porqué te atacaron a ti.

—Mi padre se enteró y...

—Eso supongo, tu padre se enteró y lo eliminó, a él y a todos sus secuaces. Supe que uno de sus demonios, uno de los que Thamos creara, tenía el poder de generar fuego también. Todos, incluso él, aparecieron calcinados.

—Por qué quería matarme. Simplemente por poder o...

Se encogió de hombros. Robaron muchas de sus cosas, libros, cuadernos de notas, incluso algunas hojas de su agenda personal, las de la semana anterior a su fallecimiento fueron arrancadas con alevosía. Hasta sus sirvientes desaparecieron sin dejar rastro. Según averigüé todas sus casas y propiedades fueron vendidas. Literalmente, más allá de lo que quedó en su despacho, su existencia fue borrada del mapa. Casi seiscientos años de existencia y de eso prácticamente no dejaron rastro alguno.

Una oleada de frío me cubrió pese a que la calefacción de la casa funcionaba de maravillas y aquí dentro podía estar muy bien con muy poco abrigo, sin sentir frío. Me abracé a mí misma, tenía la sensación de que tenía la piel cubierta de escarcha.

—Todavía me resulta difícil creer que mi padre tenga montado una especie de santuario para los ángeles.

—Aquella vez que enfrenté al padre Lucio, en busca de una cura para mí, él me dijo que nosotros éramos como agujeros en el cielo, trozos de cielo que habían caído, dijo que Dios quería más que nada, volver a tener un cielo celeste y claro. “Dios te puede perdonar si tú de veras quieres ser perdonado. Cada trozo de cielo puede regresar a su lugar si así lo quiere, todos y cada uno de ellos sin excepción”. Esas fueron sus palabras. Todos, Eliza, él se refería a absolutamente todos nosotros, incluido tu padre.

—Mi padre no puede querer eso —balbuceé consternada, de pronto ya no tenía ni la menor idea de qué creer. El mundo sería infinitamente más sencillo si lo bueno fuese blanco, y lo malo, fuese negro, si no existiesen los grises; al menos mi vida sería mucho más sencilla ahora. Saber a quién echarle la culpa, a quién apuntar por todas las penurias que veníamos pasando hubiese sido infinitamente más fácil. Esto, esta confusión era tal que blandir una espada en contra de cualquiera podría significar un error fatal. ¿Contra quién peleábamos? ¿Contra todos?

Algo se desgarró dentro de mí permitiendo que saliese la sensación de que me perdía de algo, de que algo había sucedido y no lograba comprender qué. Fuera lo que fuese se me escapaba pese a que me agobiaba la impresión de tenerlo al alcance de la mano.

El más repudiado por ángeles y arcángeles tenía montado templo en honor a lo

más puro de la creación.

—En todo caso, tal vez no por el momento; de lo que sí estoy prácticamente seguro es de que no desea cerrar esa puerta, tal vez un día desee dejar de ser uno de los agujeros de cielo para volver a formar parte de él, parte del todo.

Permanecí muda con la vista fija en las bolsas de las compras que mi padre había pagado.

—No lo entiendo.

—Tampoco yo, por eso creo que deberíamos llegar al fondo del asunto. No le he contado nada de esto a Gabriel.

—Supongo que deberíamos, ¿no?

Me miró como diciendo: ¿deberíamos?

—No se trata solamente de ti, o de nosotros dos, o de nuestra situación en particular. Si esto se supiera, si la información trascendiera más allá de nuestro círculo, todos se verían afectados, todos los demonios. Ni siquiera arriesgo a aventurar qué sucedería entonces. Es tu padre, Eliza, es el Diablo, es el padre de todos nosotros, de la idea de lo que somos, de lo que deberíamos ser.

—Es el icono del mal, ya lo sé.

—Es más que un mito, que un icono. Es la contrapartida, la otra mitad del todo. Tu padre gobierna una sociedad muy poderosa, tanto en fuerzas, dones, como dinero. Qué pasaría si otros piensan que tu padre tal vez no odie tanto a nuestro enemigo como se supone debería.

—Sí piensas en que alguien pueda atreverse a intentar derrocarlo o...

—No fui yo quien pronunció esas palabras en voz alta, fuiste tú, llegaste a la misma deducción que yo.

—Eso nunca sucedería o... ¿sí? Me refiero a que: alguien tiene el poder suficiente para vencerlo y luego ocupar su lugar.

Sostuvo mi mirada firmemente. Detecté algo extraño en sus ojos.

—¿Por qué me miras así?

—Tú.

—¿Qué hay conmigo?

—Tú podrías.

—¡No! Claro que no.

—A su debido tiempo y con el correcto entrenamiento.

—No bromees.

—No es broma y lo sabes. No eres como el resto de nosotros, y no solamente porque eres hija de tu padre. Presiento que hay algo más. Gabriel piensa igual

que yo.

—¿Cuándo hablaste de mí con él?!

—No es que hayamos tenido una gran conversación. No somos los mejores amigos ni nunca lo seremos.

—¿Por qué hablaste de mí con él, qué dijo, qué dijiste tú?! —Me sentí realmente incomoda conmigo misma, visualizar la imagen de ellos dos conversando hacía que sintiese que mi deslealtad era todavía más horrorosa y punible. Además en esa imagen se mezclaban dos mundos que frágilmente apenas si podían convivir en mí, verlos plasmados en una situación real me empujaba a reconocer que sería imposible seguir dilatando el momento de poner mi corazón y mi mente en claro.

—Le conté todo lo que sé de ti, no de cosas privadas o de nosotros sino de tus poderes, de lo que percibía de ti cuando eras humana, sobre la vez que te quemé y cuando me quemaste tú a mí, de lo que percibo ahora.

Al pronunciar esas palabras me recorrió con la mirada, luego aparto sus ojos y comenzó a moverse otra vez por la habitación. La casa quedó en silencio; Anežka debía continuar conectada a su reproductor de música.

—¿Qué percibes? —pregunté no sin miedo de lo que pudiese decir.

—Es un siseo constate. Se percibe igual que una fuga de gas, una muy sutil; lo huelo; sin embargo no soy capaz de verlo o de determinar con exactitud qué es. No me queda claro qué fue, algo cambió en ti durante la temporada que pasaste con ellos.

Con el “ellos” entendí que se refería a la hermandad. Todavía, en lo tocante a ciertas cuestiones, Vicente y yo precisábamos de muy pocas palabras para entendernos.

—En tu interior se produce... no sé, tal vez podríamos llamarlo evolución. Sin riesgo a equivocarme aseguraré que tus poderes son más que unos cuantos, y mucho más fuertes que los de demonios que llevan siglos adiestrando su don en el más riguroso de los entrenamientos. Lo que no comprendo es por qué todavía no se manifestaron abiertamente. Es como si estuviesen retenidos de salir a la luz... de explotar.

Explotar. Eso no sonaba bien, yo no deseaba explotar ni descontrolarme.

—Lo que los contiene quizá sea eso otro que no logro entender, eso que traes encima desde que lo conociste a él, desde que sabes que los ángeles existen.

El silencio que sobrevino entonces fue pesado, denso, tal vez invisible, no por eso imperceptible. Esa ausencia de sonidos no escondía mi miedo de haberlo arruinado todo, o de ser totalmente capaz de arruinarlo si es que aún no lo

había hecho, todo lo contrario, lo ponía de manifiesto de forma rotunda, casi perversa.

Busqué en mí, aquello a lo que él se refería y no lo encontré.

Un fantasma, así podía definir a aquella parte de mí de la cual sabía poco y nada. Hasta ahora no lograba tomar conciencia de quién era yo como demonio, como hija de mi padre, como este nuevo ser en el que me transformara en la búsqueda de mucho más que pasar la eternidad al lado del hombre que amaba.

—Gabriel opina que no eres como ningún otro demonio que él haya conocido antes. Ha tenido la oportunidad de estudiar, al menos de lejos, a Ciro, que es el más antiguo de los hijos de tu padre, y dice que ni remotamente es como tu; es increíblemente poderoso pero completamente distinto. Quizá sea porque algo más lo une a ti, tal vez no; sea lo que sea no es un detalle que debemos desestimar. No por nada cedió, renegando de su naturaleza, a acercarse a ti de un modo para él impensable hasta que te conoció. Lo sabe, yo lo sé, eres diferente.

Lamenté que tuviese que decir aquellas cosas sobre los sentimientos de Gabriel con respecto a mí. Procuré armarme luego de sentir que me quebraba en cientos de pedazos, y entonces hable.

—Pasé más de veinte años queriendo tener algo distinto, no ser tan plana, tan igual a todos... ahora no deseo otra cosa que no sea no ser tildada de “especial”. Siento como si alguien me hubiese marcado con un dedo manchado de tinta en la frente. Quisiera borrar esa marca de mí, de una buena vez por todas. Algo me dice que no vamos a resolver esto hasta que no averigüemos qué es lo que une a mi padre con los ángeles y con los Nefilim—. No teníamos muchas opciones, dudaba que mi padre aceptase de buen grado, contarme qué tenía de especial aquella biblioteca—. Voy a visitar la casa, intentaré entrar en la biblioteca.

—Nadie entra allí sin el consentimiento de tu padre, y así y todo, dudo que puedas hacerlo; te lo expliqué: no es un lugar para demonios.

Mi cerebro se puso en funcionamiento.

—Si no puedo poner un pie allí dentro le pediré a Gabriel que entre por mí.

—Pensé en eso —admitió con desgano, supongo que al final, si lo demás no resulta, será nuestra última opción.

Nos quedamos un momento en silencio.

—¿Qué haremos con mi madre?

—No se me ocurre nada más que intentar mandarla de vuelta para Buenos Aires lo antes posible. Lo mismo deberíamos hacer con los demás. Si

descubren que vinieron comenzarán a sospechar de nosotros y lo último que necesitamos ahora son más complicaciones. No quiero que nadie más salga herido, y tampoco podría soportar más muertes.

La alusión al fallecimiento de Jan era más que obvia. Quise acercarme a él para confortarlo; como leyendo mis intenciones, se alejó en dirección a la puerta del cuarto.

—Crees que podemos sacarle a alguien más información sobre Thamos, necesitamos saber qué fue lo que averiguó y qué motivo sus ataques y porqué posiblemente mi padre decidió silenciarlo.

—Intentaré con el resto de los integrantes del grupo.

—Bien, me ocuparé de visitar la casa y hablar con mi padre sobre la biblioteca.

— Bien.

—Bien.

Así, sin saber qué hacer, o cómo seguir, nos quedamos los dos orbitando uno frente al otro.

Fue él quien tomó la iniciativa, se alejó de mí con la excusa de preparar la cena “Anežka debe comer”—dijo.

Y tú huir de mí antes de que te lastime todavía más —pensé yo.

Lo dejé ir.

34. Amores que matan.

Insufrible, así era la espera.

Irritada, escudriñé los alrededores una vez más. Nada, ni la menor señal de mi madre.

El aeropuerto desbordaba de personas en tránsito; ninguno de los cuerpos que deambulaba por ahí era el de mi madre. Llevábamos cuatro horas aquí sin tener noticias.

A mi izquierda, Anežka se puso a repiquetear los dedos sobre la mesa. Nos encontrábamos sentadas a la mesa de un típico café de aeropuerto, esperando a que Vicente volviese con novedades. Hasta ahora no teníamos siquiera la confirmación de que hubiese llegado a París, el vuelo que venía de Buenos Aires ya había llegado, media hora después que nosotros entrásemos en la terminal aérea, así y todo, no logramos dar con ella, pese a que montamos guardia en la salida.

La música que no entiendo cómo, no aturdió a Anežka, comenzaba a

molestarme, era rock, más bien pesado.

El tamborileo de sus dedos hacía que el azúcar desparramada sobre la mesa, alrededor de las tazas de café, de los restos de sándwiches y de los papeles de los chicles que yo masticaba histérica, saltase al ritmo de la música.

Comenzaba a exasperarme su actitud y al mismo tiempo sabía que tenía todo el derecho de sentirse rematadamente aburrida y fastidiada. La contemplé un momento; repantigada sobre la silla, con los diminutos auriculares blancos en los oídos, con su cabello cobrizo cayéndole sobre su lujosas ropas recién estrenadas. Las suelas todavía brillantes y rojas, de sus zapatos negros repiqueteaban sobre el suelo también. Llevaba quizá demasiado maquillaje para esta hora del día y aun así se veía maravillosa. Así, en ese instante tuve la impresión de que parecía uno de nosotros, un demonio. Oscura, firme, muy segura de sí misma, sabedora de que todas las miradas de quienes pasaban por delante de nosotras, se posaban también sobre ella, preguntándose quién sería, que secretos escondería. Muchos más de los que ningún humano realmente desearía saber.

Consciente de que la observaba, alzó la vista y se quitó los auriculares uno a uno, tirando del cable blanco.

—¿Pasa algo?

Negué con la cabeza.

Me sentí triste por ella. No me queda muy claro por qué, con cada segundo que pasaba viéndola mi corazón se rasgaba más y más. Desconsuelo, eso era lo que me producía verla así vestida, saber cuál sería su futuro.

Sentí a Vicente regresar y así, de un empujón, aparté todas aquellas sensaciones.

Se acomodó en la silla que vaciara veinte minutos atrás. En el más completo silencio cruzó los dedos de las manos, apoyando las muñecas sobre el borde de la mesa.

—Tu madre nunca llegó a París.

Anežka apagó el reproductor de música.

—Supuestamente el avión sufrió desperfectos durante el vuelo, se produjo una escala forzada por ese desperfecto. Bajaron en el aeropuerto Toulouse Blagnac. Por lo que logré averiguar tu madre descendió del avión allí y no volvió a abordarlo.

—¿Dónde es eso?

—Toulouse está situada cerca de la frontera española, a unos cien kilómetros. A unos novecientos kilómetros de aquí.

—¿Crees que la obligaran a bajar allí? ¿Qué hay de su equipaje, llegó aquí? ¿Cómo es que la bajaron así sin más? —Comenzó a faltarme el aire—. Vicente, si algo malo le sucediese a mi madre...

—No hay registros de ninguna denuncia en el aeropuerto de Toulouse, si pasó cualquier cosa, lo que fuere, nadie vio nada, sin embargo dudo que haya pasado algo, tu madre retiró su equipaje allí.

—Alguien debe haberla obligado a interrumpir su viaje allí.

—Quizá—. Entonó y luego se quedó pensativo—. El desperfecto en el avión no fue tal, solamente una falsa alarma.

—Entonces con más razón. Fue un truco para hacerla bajar del avión, para que no llegase aquí.

—Eliza, dime la verdad, no le contaste a tu madre que veníamos hacia aquí, ¿o sí?

—No, por supuesto que no, ella no sabía nada de nada, Vicente. La última vez que nos vimos dijo que no deseaba volver a verme nunca más.

—¿Por qué decidió venir, entonces?

—No tengo idea. Eleazar la habrá obligado de algún modo.

—¿No habrán sido esos otros, los Nefilim? —Entonó Anežka participando por primera vez en nuestra conversación, de hecho, era la primera vez que metía bocado en una de nuestras discusiones sobre la situación con los Nefilim y con mi padre, desde que tomase conocimiento de toda la verdad; hasta ahora se había mantenido como simple espectadora.

—Eso sería todavía peor —pensé en voz alta.

—Tenemos que averiguar con quién está tu madre y a qué vino a Francia.

—Llamaré a Eleazar —dije sin perder tiempo mientras sacaba el celular.

Vicente me puso freno, tomándome por la mano en la que sostenía el aparato.

—Un momento, piensa bien antes de hablar, ¿qué le dirás?

No tenía la menor idea, solamente quería saber si él tenía a mi madre.

—Vicente, no puedo quedarme de brazos cruzados.

—No te pido que lo hagas —soltó mi mano—. Larguémonos de aquí primero. Este lugar no me gusta, hay demasiada gente que va y que viene, demasiados rostros. Alguien podría vernos—. Se puso de pie y Anežka lo siguió.

—Un momento, ¿no vamos a esperar a que lleguen Lucas y Gaspar?

—No. Es demasiado arriesgado, no tenemos la certeza de que no estén siguiéndonos.

—Llamarán en cuanto lleguen, lo sé. Si es factible me reuniré con ellos en algún momento, a solas.

—Es decir que no piensas llevarme contigo.

—Claro que no, si tu padre o Ciro sospechasen de ti, estaríamos perdidos.

—¿Y si sospechan de ti?

—No sería la primera vez, además no creo que cuente demasiado, te quieren a ti, no a mí. Vamos, arriba, salgamos de aquí.

No del todo convencida, me levanté.

—Voy a pedirle a mi padre que cenemos juntos esta noche. Tengo una excusa, desde que llegamos apenas si hemos tenido tiempo para conversar a solas y me lo debe. No dirá que no. Sé que no lo hará.

—Probablemente así sea, pero no estoy seguro que desee hablar de tu madre. Tendrás que plantearlo con mucho cuidado.

—No hablaremos solamente de eso, me debe muchas explicaciones.

—Ten cuidado, podría no gustarle demasiado que le exijas nada.

—Mientras tanto intentaremos dar con ella... con mi madre.

—Claro, supongo que podemos mover algún contacto e intentar saber si alguien la vio o si tienen idea de quién está tras su desaparición. También avisaremos a Gabriel.

Ya tenía pensado hacerlo, pero no dije nada. Tenía demasiadas ganas de hablar con Gabriel, de pasar a su lado un par de horas, de contar con su compañía que me parecía demasiado verbalizar el hecho de tenerlo presente más de lo debido.

En cuanto me senté en la butaca del auto, llamé a Eleazar; no desea perder tiempo, por lo visto él tampoco, respondió al segundo ring.

Acodamos vernos en su casa en una hora y media. Eso me daba el tiempo justo para regresar a casa, cambiarme de ropas y salir rumbo a la suya.

Básicamente eso fue lo que hice. Estaba por salir de casa, un taxi me esperaba fuera, cuando Vicente me interceptó.

Estirando un brazo por encima de mi hombro, cerró la puerta de calle otra vez. Deliberadamente me obligó a retroceder hasta que mi espalda quedó contra la puerta. Entre nosotros no quedaba más que una brecha de unos veinte centímetros de aire. Su palma continuaba pegada a la puerta. Sus ojos me taladraban con descaro.

Incómoda me removí sobre el lugar, alzada en mis altísimos zapatos. Ante sus ojos me sentía desnuda sin embargo el abrigo que me cubría hasta los talones me sofocó.

El calor provenía en gran parte del interior de mi cuerpo, pero también de la carne de Vicente.

Su brazo tendido sobre mi hombro izquierdo provocaba el mismo efecto que un cable de alta tensión por el cual se escapa una fuga. A causa de eso, tenía el lado izquierdo del cuerpo erizado, sentía la tensión chisporroteando sobre mí.

—Quería decirte una cosa antes de que te fueras.

Nerviosa, cambié de manos una y otra vez, el sobre de gamuza negra en el que guardaba el celular y algo de dinero.

No sé por qué, me sentí igual que cuando yo todavía era humana, cuando recién nos conocíamos.

—Creo que hasta hoy, no sé por qué, no me había dado cuenta de que contigo... —susurró en voz muy baja y se detuvo—. Contigo... —su mano se despegó de la puerta y cayó sobre mi hombro; no se quedó allí, sino que viajó lentamente hasta mi cuello y con necesidad y dulzura, apretó mi carne.

Todos mis músculos se tensaron.

—Contigo me siento completo. Contigo mi interior está en paz. Luego de vivir tanto tiempo por primera vez tengo la impresión de estar completamente listo para lo que el destino depare.

No me gustó nada de nada como sonaron esas últimas palabras tuyas; sonaban a despedida, a quién se encuentra a punto de cometer una gran estupidez, a las palabras de un mártir, y yo no deseaba que lo fuese, lo prefería vivo.

—Es como si por primera vez lograra ver todo con absoluta claridad. Supongo que cuando todo acabe, si decides irte con él, será el final; no me quejaré. Si me juras que serás feliz sin mí, que tendrás cuidado, que él te cuidará más que a su propia vida, podré partir tranquilo.

—Qué dices—. La garganta se me llenó de lágrimas que no deseaba llorar, y por culpa de éstas me atraganté al hablar.

—Pese a toda esta locura es la paz, la más completa paz, cuando te libere de esto podré partir tranquilo.

—No tienes que ir a ninguna parte.

Su mano hizo más presión contra mí, aquello era una caricia contenida, una necesidad de aferrarse de mí, de mantener el vínculo.

Mi mano cubrió la suya.

—No exijo que tomes una decisión ahora mismo, ya no importa, no lo necesito como lo necesitaba ayer. Lo he aceptado.

—¿Qué es lo que aceptaste?

—Acepté que es probable que ya no me ames.

—Eso...

—Eso es o será lo que deba ser. Sin importar lo que tú hagas o decidas

siempre te amaré. A pesar de todo puedo decir que he tenido una vida sorprendente, he cometido muchos errores, me sucedieron muchas cosas malas; también he tenido grandes dichas y una gran pasión, un amor que no esperaba experimentar y eso te lo debo a ti. Viví mucho más de lo que cualquier hombre pueda desear. Fue un regalo y jamás esperé que durase para siempre.

—No digas esas cosas —le rogué con el corazón encogido. Entendía perfectamente bien que el mundo sin él no sería lo mismo. Es más, me parecía inconcebible mi existencia sin la suya, tanto que no tenía ni la menor idea de cómo había sobrevivido tanto tiempo antes de conocerlo.

Se inclinó y estampó un delicado beso en mi mejilla.

—Hazme un favor, no hagas nada que pueda ponerte en peligro.

Para mí me recordé que existían amores que crean, que daban vida; también existen de los otros: amores que matan, que quizá son de demasiado intensos, que vienen acompañados de una gran dosis de pasión, de una simbiosis incluso a veces enfermiza y que por su indivisibilidad, lleva al desasosiego, a la pérdida de toda materia, de toda consistencia, incluso del alma, cuando se desgarran y quiebra. Esos amores que matan pueden alzarte a la cumbre, elevarte muy alto, el único problema es que caer de esa altura únicamente puede resultar de un modo: fatal.

Se echó atrás. Quedé ingravida, mareada y sin oxígeno.

—Te ves hermosa —me dijo con una sonrisa—. Al igual que siempre. Tan bella como la primera vez que te vi. Tal vez esto mismo que me pasó a mí, le pasó a tu padre con tu madre; él no debe haber podido más que enamorarse perdidamente de ella.

—¿De veras crees eso?

—De otro modo creo que tu madre no conservaría su vida a estas alturas. Es duro decirlo y oírlo, sin embargo me parece completamente factible.

—Mientras no la haya mandado llamar para asesinarla.

—Eliza, no se tomaría tantas molestias.

—Me gustaría creer eso.

—Tranquila, heredaste su fuerza. Sea lo que sea por lo que tu madre esté pasando ahora, lo resistirá.

Me lancé sobre él echándole los brazos al cuello y lo abracé. Tardó en responder a mi gesto, pero al final lo hizo, con fuerza me estrechó contra su cuerpo.

—Gracias por sostenerme, yo no soy fuerte, tú me haces fuerte.

—Tú me sostienes a mí, mi ángel. Fuiste tú quién obró el gran milagro aquí. Quién me dio un final feliz.

—No hice tal cosa, Vicente.

Tomándome por el rostro me apartó.

—Lo tuve, me lo diste, tal vez no sea el tuyo, pero sí el mío. Quizá nuestros caminos deban separarse, por eso no experimentamos lo mismo.

—No me digas esas cosas, Vicente, todo eso suena horrible, me hace sentir pésimo y yo tengo la culpa.

—Nada de eso, siempre serás el gran amor de mi vida, simplemente quería que lo supusieses. No digas más nada... —barrió de mis mejillas las lágrimas que se me habían escapado—. No estoy llorando, no hay razón para ello—. Me dio un rápido beso sobre los labios—. Tienes mi bendición para hacer lo mejor para ti. Ahora vete y cuídate mucho.

Como no me movía, abrió la puerta por mí.

—Lláname en cuanto puedas, quiero saber que te encuentras bien.

Asentí y salí.

Despacio, anduve hasta el taxi que me esperaba. Subí. Vicente me miraba desde la puerta. La noche caía y la casa brillaba por dentro, igual que sus ojos al contemplarme.

Lo saludé con la mano y me devolvió el gesto añadiendo una sonrisa.

El auto arrancó. Vicente permaneció allí hasta que mi taxi se perdió de vista.

...

—La mujer más bella —entonó mi padre caminando hacia mí para recibirme en su hogar, en aquel departamento en el que me recibió cuando todavía no sabía que era su hija o quién era él. Todo estaba tal cual lo recordaba, como si fuese ayer cuando puse un pie aquí por primera vez.

Eleazar me tomó de las manos.

—A veces me resulta increíble que seas mi hija. Mírate nada más, estás radiante —entonó con una amplia sonrisa, extendiendo mis brazos hacia los lados. Los bajo y le dio un apretón a mis manos—. Perfecta.

—Estoy muy lejos de serlo.

Ladeó la cabeza sin quitarme los ojos de encima.

—¿Lloraste?

Cómo podía darse cuenta de eso. De camino aquí, en el taxi había retocado mi maquillaje y estaba segura de que mis ojos no daban evidencia alguna de tal

cosa.

—Dame tu abrigo. Vamos a ponernos cómodos. Esta noche dispense a todos mis empleados, tenemos el departamento para nosotros dos solos. Sin interrupciones.

—Sin interrupciones —repetí procurando sonar entusiasmada por la perspectiva de pasar tiempo de calidad con mi padre; o al menos deseaba que él se convenciese de que la situación supuestamente era esa.

—No me alcanzan las palabras para expresar lo mucho que me alegró tu llamado. Nos debíamos unas horas para nosotros dos. Tuviste muy buena idea. Me emocioné tanto que hasta cociné para ti.

Mi cara se quedó de piedra al notar el entusiasmo de Eleazar ya que no parecía fingido o forzado. En este instante simplemente parecía un hombre corriente, tal vez con un aspecto demasiado joven para ser mi padre, sin embargo los gestos y las miradas, cada uno de sus movimientos y la interacción de su cuerpo con el mío era el normal, el que debía ser, el mismo que podría tener con el hombre que durante casi toda mi vida creí, era mi padre.

Eleazar deslizó el abrigo por mis brazos hasta hacerse con él. Con cuidado lo apoyó sobre el apoyabrazos de uno de los sillones.

—Tenía razón al insistir en que comprases ese vestido.

Había insistido hasta el hartazgo para que lo comprase.

—Sabes una cosa. Sé que físicamente eres muy parecida a mí, sin embargo hay algo en ti que me recuerda mucho a tu madre cuando era joven. Por suerte para ti, jamás envejecerás.

Sus palabras no surtieron el efecto que seguramente él deseaba que tuviesen en mí, al pronunciarlas.

Por mi parte no acaba de acostumbrarme al hecho de que nunca tendría canas o arrugas, que me vería siempre igual mientras el mundo continuaba cambiando a mi alrededor, que muchos de mis conocidos morirían, que jamás tendría hijos. Pensar en eso último, hasta ahora no había sido traumático ni nada parecido, mas hoy por hoy, al menos en este exacto momento hizo me que mi corazón diese un leve tumbo; no sé por qué experimenté aquello, si yo jamás en mi vida humana pensé seriamente en convertirme en madre.

Procuré no perder la compostura, meforcé a relegar aquellos tambaleantes pensamientos al fondo de mi cerebro, al menos por un par de horas.

—Nunca... ¿nunca se lo propusiste? —curioseé, necesitaba saberlo, entender al menos si por un instante, mi madre se había planteado ponerse en la

situación que yo me encontraba ahora.

—Proponerle qué —preguntó despreocupadamente a modo de respuesta.

—Que cambiase por ti, para acompañarte.

Eleazar dejó escapar una risa suave, mientras meneaba la cabeza de un lado al otro.

—No, las cosas entre tu madre y yo nunca fueron de ese modo —reveló entre divertido y melancólico.

—Y cómo fueron entonces, ¿la amabas?

Eleazar inspiró hondo, tomándose todo su tiempo y al final, se paró con la espalda muy erguida, me miró a los ojos y contestó.

—Más de lo que he amado a ninguna otra mujer.

—Sí se amaban tanto, por qué es que no surgió la oportunidad para seguir juntos.

—Tu madre no lo deseaba, jamás lo deseó, supongo que en realidad jamás me amó. Por supuesto que yo no le era indiferente —en aquellas palabras se escapó un poco de su afectación, de aquella actitud tan suya que ponía a todos por debajo del nivel de sus talones—; me figuro que lo que sentía por mí no tenía nada que ver con el amor.

—¿Qué era entonces?

—Odio, supongo —respondió moviéndose en dirección a la puerta de la cocina.

Lo seguí apurada.

—¿Odio?

—Hoy por hoy lo que fuera, carece de importancia, de eso hace mucho. Tu madre me entregó una hermosa hija, eso es lo único que cuenta.

—Eleazar...

—Es gracioso que la vida sentimental del mismísimo Diablo te cause tanta curiosidad.

—No eres solamente el Diablo, eres mi padre—. Entoné desde el fondo de mi corazón sin pensar demasiado en lo que decía. Aquello sonaba ridículo, bizarro pero era crudamente cierto. Por sobre todo era mi padre, quien diera sangre, huesos y carne a mi ser.

—La mayor parte del tiempo soy más el Diablo que tu padre.

—¿Eso qué significa?

—Que tu madre me engaño y jamás se lo perdonaré.

—¿Buscas venganza?

Entró en la cocina y me dio la espalda.

—Tengamos la comida en paz.

Me sentí compelida a no darme por vencida. Su respuesta no me satisfacía en lo más mínimo. No podía seguir quedando dudas entre nosotros: la verdad ante todo, eso anhelaba con toda la fuerza de mi espíritu.

—Resolver el pasado es más importante que tener una comida en paz, jamás la tendremos si no me cuentas la verdad.

—No te pases de la raya, Eliza, ya te lo dije: la mayor parte del tiempo soy más el Diablo que tu padre.

Ignorándome, o pretendiendo ignorarme, se movió hasta el horno y echó un vistazo dentro. La cocina se impregnó de un aroma que no pude decidir a qué correspondía, olía como a frutos de mar, pero no estoy segura.

—¿Acabarías con su vida si tuvieses la oportunidad?

Cerró lentamente la puerta del horno y se volvió hacia mí.

—¿Qué te hace pensar que en todos estos años no ha surgido la oportunidad?

—Aún está con vida. ¿O no es así?

—Me figuro que sí.

De un paso atravesé el espacio y llegué a la isla central de la cocina; al otro lado, se encontraba él. Desesperada me tomé del canto de la mesada.

—No le hagas daño, haré lo que me pidas. Lo que sea, te lo juro. No tienes porqué tomarlo contra ella.

—Estoy seguro de que sí.

—Ella no pertenece a nuestro mundo, Eleazar.

—En eso estoy completamente de acuerdo contigo —articuló con calma girando sobre sus pies, para tomar la botella de vino que estaba sobre la mesada a su espalda.

—No tiene nada que ver con nosotros —insistí. No sabía si debía ser más clara, si lo conveniente sería exponer de una vez por todas, el hecho de que yo estaba al tanto de que él la había traído hasta Francia solamente para tener algo más con qué manipularme a mí.

Con el destapador que hasta unos segundos atrás estuviera a pocos centímetros de mis manos, comenzó a descorchar la botella.

—Debí abrirla antes —susurró mientras lo hacía.

—¿Qué es lo que quieres de mí, qué se supone que debo hacer para...?

Su placida mirada negra, la cual se alzó con calma pero con la contundencia de un gigantesco monolito de granito, tuvo el poder suficiente para interrumpirme, para dejarme sin habla.

—Eliza, la cuenta de tu madre es conmigo, no contigo, lo que suceda entre ella y yo es cosa nuestra.

—Pero...

—Pero nada. Cuando toda la verdad sea revelada lo comprenderás.

—¿Qué verdad?

—A su debido tiempo.

Tomó dos copas y escanció vino en ellas.

—No, Eleazar, estoy harta de esperar.

—Pues lo lamento, no será esta noche.

—Déjala tranquila.

—Tú no serás quién me diga qué debo hacer o cuándo hacerlo.

—Ya me tienes. ¿Qué más quieres? ¿Qué es lo que debo hacer, qué quieres de mí?

—¿Pero qué te sucede esta noche, Eliza? Cálmate sí, o acabarás prendiéndole fuego a mi cocina.

La alusión a mis poderes me choquéó.

—Supongo que si te concentraras podrías apagar el fuego por ti misma, ¿no?

Lo miré impávida; ¿cómo se enteró de mi domino sobre el agua?

Con un dedo, apuntó una de las copas.

—¿Puedes hacer esto? —Su dedo se movió hasta mí, y la copa con él.

—¿Qué...?! No, no sé. Qué importancia tiene eso ahora.

—¿Y qué tal esto? —sonó su voz dentro de mí cabeza.

Tal si fuese una presencia corpórea lo sentí salir de mí.

—¿Cómo está tu fuerza por estos días?

Crispada, terminé quebrando el borde. Los cerámicos crujieron entre mis dedos y palmas. Bajé la vista y detecté las rajaduras que se internaban hacia el centro de la mesada.

Eleazar sonrió.

—Por lo visto muy bien. ¿Notaste algún otro cambio últimamente?

—¿Qué es lo que buscas?

—¿Nunca te propusiste cambiar de aspecto?

Su pregunta me confundió, y por ende, por una facción de segundo me sentí ofendida, luego lo entendí, Vicente había mencionado en alguna ocasión que existían demonios que eran capaces de cambiar su apariencia por completo.

Negué con la cabeza.

—No es difícil, solamente debes visualizar dentro de tu cabeza aquello que deseas representar.

Lo sentí inspirar hondo. Apretó los parpados y cuando los abrió, ya no se veía como él, sino exactamente como yo. Era igual a verse en un espejo: el mismo rostro, las mismas ropas, el mismo peinado. Esa réplica mía no se limitó a estarse quieto y observarme divertido, sino que tomó la segunda copa, y bebió un largo sorbo de vino.

—Inténtalo —dijo al bajar la copa. Ya se veía otra vez como él.

—No creo que dé resultado.

—Sé que puedes hacerlo. Vamos, inténtalo, no tengas miedo, nada te sucederá. Aquí estoy yo. Te apuesto una cena, donde tú quieras, a que sí lo logras. No, mejor, si lo haces te entregaré los viñedos que tengo en el sur. Serán tuyos.

—No me interesan los viñedos.

—Bien, entonces solamente hazlo.

Sabía que no me dejaría en paz hasta que no lo hiciese.

Lo miré fijo intentando grabar su rostro en mis retinas, en mi cerebro, cerré los ojos. No tenía ni idea de qué se suponía que debía hacer para lograr aquel cambio físico, simplemente fue lo mismo que ordenarle a mi cerebro que le pidiese a mi mano que se alzara. Y así lo hice. Experimente un delicado cosquilleo en la piel de todo el cuerpo. No hubo dolor ni nada más. Abrí los ojos y al instante noté que mis ojos se encontraban exactamente a la misma altura que los de Eleazar.

Eleazar alzó una mano y cogió una de las tantas sartenes que colgaban sobre nuestras cabezas. La alzó ante mi rostro, con el fondo hacia mí. El acero pulido me devolvió la imagen que esperaba ver. La de Eleazar.

—¡Por Dios!

Eleazar se carcajeó.

Sí, imitar las voces es un poco más complicado; lo dominarás sin problemas en un futuro cercano.

Asustada y sorprendida sacudí la cabeza. Sentí el cosquilleo recorriéndome otra vez.

Comprobé que mis manos y mi cuerpo eran otra vez los de siempre; por las dudas, le arrebaté la sartén y certifiqué que fuese mi rostro el que se encontraba sobre mis hombros.

Eleazar me quitó la sartén de las manos.

—Muchos de estos trucos no son más que tonterías.

—Nuestro fuego mata, y por esos trucos que según tú, no son más que tonterías, murieron Jan y los demás.

—Tonterías para ti y para mí, no para el resto de los demonios.

—Tengo el presentimiento de que esperas que te diga que soy capaz de obrar milagros o algo así. Porque si todo eso no son más que trucos de feria entonces qué, qué debería ser lo que yo sea capaz de hacer o generar. Manipulo el fuego, el agua, puedo conectarme con la mente de algunos demonios, puedo cambiar de forma... qué más esperas que haga.

—Esperaba que me sorprendieses.

—Lo lamento, evidentemente eso no sucederá.

—¿Ni siquiera lo intentarás? No tiene por qué ser nada grandilocuente. Simplemente algo sencillo; magnífico pero sencillo. Ya sabes, los pequeños detalles son los que verdaderamente cuentan.

Así, de repente, tuve una idea. Se la debí al recuerdo de Gabriel pasando su mano suavemente sobre los trozos de cristal que fueran un vaso antes de caerse y estrellarse contra el suelo de la cocina de la casa de la hermandad.

Reconstruir, reparar, sanar. Las palabras surgieron en mi mente por sí solas, y con suma naturalidad.

Di un paso atrás. Ya sabía lo que deseaba intentar: hacer lo mismo que podía hacer un arcángel, no dañar, sino reparar.

Extendí la mano derecha sobre los cerámicos rasgados. La palma de mi mano se calentó. Los cerámicos crujieron otra vez, pero no para romperse, sino al unirse. Moví la mano hasta cubrir la última de las rajaduras y... ahí estaba: la reconstrucción, la sanación.

Eleazar se quedó tieso, mirando fijo mi mano y los cerámicos. Sus ojos se transformaron en dos bolas de antracita; negros, duros y con perturbadoras iridiscencias.

Ninguno de los dos se movió hasta que un celular empezó a tocar con ridícula insistencia, no era el mío, de hecho el mío había quedado con mi sobre y mi abrigo en el living.

Eleazar se sobresaltó.

Era su celular y sonaba dentro de uno de los bolsillos de sus pantalones.

Sacó el aparato y le echó una rabiosa mirada a la pantalla.

—Tengo que atender este llamado. ¿Me disculpas un momento?

Le contesté que sí con la cabeza.

—Enseguida regreso.

Rodeó la isla y salió de la cocina.

La puerta quedó abierta. Por el agujero lo vi alejarse más allá del recibidor, del living. Iba camino a su despacho.

Di unos pasos siguiéndolo para intentar escuchar lo que decía o con quién hablaba. No capté nada.

Frustrada, y conmocionada por lo sucedido en la cocina, me detuve junto al sillón, frente a mis cosas. Saqué el celular y llamé a Vicente.

—Qué bueno escucharte, ¿va todo bien?

—Sí, eso creo.

—¿Pudiste averiguar algo de tu madre?

—Creo que él la tiene.

—¡Eliza!

—Sí, ya lo sé. Le rogué que no le haga daño, traté de ponerle en claro que haré lo que haga falta. Creo que no le importó en lo más mínimo.

—¿Estás segura?

—Sí... creo. Es complicado hablar con Eleazar.

—Imagino que lo es.

—Sinceramente no sé qué es lo que espera de mí.

—¿Dónde está ahora?

—Fue atender un llamado, su celular comenzó a tocar cuando... —no podía explicarle aquello por teléfono—. No importa.

—¿Quieres que vaya por ti?

—No, no te preocupes, va todo bien. Te contaré todo cuando regrese a casa.

—Bien, llámame en cuanto salgas de allí.

Nos despedimos.

Volví a guardar el celular en mi sobre y regresé a la cocina. Pasé un par de segundos contemplando el resultado de mi trabajo, nadie hubiese dicho que hasta hace unos minutos atrás, aquella mesada había sido quebrada y reparada por fuerzas demoníacas. No quedaba ni el menor rastro de ninguna de las dos labores.

Intenté bajar aquello con un sorbo de vino; no dio resultado, todavía continuaba impresionada por haber sido capaz de reparar las rajaduras.

Oí sus pasos y lo sentí llegar, todo al mismo tiempo. Di la media vuelta para verlo avanzar cargando el celular en una mano un abrigo en la otra.

—Lamento tener que cancelar la cena, debo salir.

Tenía mala cara pero no puede decidir si era cara de enojado, o si simplemente estaba serio.

—Prometo que te lo compensaré pronto.

—No hay problema.

De un manotazo apagó el fuego del horno y recogió su copa para beber lo que le quedaba de vino.

Con un gesto me indicó que saliese de la cocina.

En la más completa mudez, llegamos a dónde dejara mi abrigo, otra vez, me ayudó con éste. Cuando terminó, me aferró por los hombros. Su mirada se había dulcificado. Así sin más, estampó un beso sobre mi frente.

—No te preocupes por nada. Todo irá bien, lo prometo. Mejor de lo que ha sido nunca.

—Por favor, Eleazar, no le hagas daño, después de todo, es mi madre.

Sus brazos se desprendieron de mí y cayeron lentamente.

—Nunca te dijo nadie que los amores que matan son eternos.

—¿Qué?

—Ten paciencia, el futuro está a la vuelta de la esquina.

Lo único que estaba a la vuelta de la esquina fue el taxi que Eleazar llamó para mí, al cual me monté menos de cinco minutos después de abandonar su departamento.

35. Insidia.

El chofer del taxi pisó el freno al cambiar la luz del semáforo a rojo.

Se me escapó un suspiro, casi olvidaba que había prometido llamar a Vicente en cuanto saliese de casa de Eleazar.

Extraje mi celular de mi bolso y lo llamé.

—¿Cómo va todo?

—Voy de camino a casa, estoy en un taxi. Eleazar canceló la comida. Tuvo que salir.

—¿Lograste averiguar alguna cosa más?

—No, nada—. Por el rabillo del ojo atisbé que un vehículo se detenía a nuestra derecha—. Lo único es que mi padre se perdió otra vez en sus divagues, insistió en que cuando sepa la verdad lo comprenderé todo. Mencionó que el futuro se encontraba a la vuelta de la esquina.

—Tranquila, resolveremos esto.

—Espero que sea antes de que algo malo le suceda a mi madre.

—Es tu madre, no le hará daño.

—Me gustaría creer eso; no lo sé, deberías haber visto su rostro mientras

hablaba de ella. Va a sonar loco: creo que de verdad la quiso y mucho, y ella de algún modo lo defraudó. Presiento que le guarda mucho rencor. Sea lo que sea, no se lo perdonará jamás.

Las luces del semáforo cambiaron y el taxi se puso otra vez en marcha, la camioneta también arrancó.

—Ni siquiera tuve oportunidad de hablar con él sobre la biblioteca angélica.

—No te preocupes por eso, averiguaremos que hay allí.

—Estoy harta de tantos secretos.

—Cálmate, esta noche no resolveremos nada.

El taxi giró a la derecha.

—Estaba pensando en ir a la casa.

—¿Esta noche?

—Sí. Para ir allí no necesito su permiso, ¿o sí?

—Bueno, no, técnicamente no, sin embargo, si piensas intentar escabullirte dentro de la biblioteca lo arruinarás todo. Tu padre se enfadará.

—No sabes si yo también tengo prohibido entrar ahí.

—Si Eleazar quisiese que visitases aquel lugar ya te habría hablado sobre él. No es buena idea Eliza, podrías poner al descubierto todo lo que sabemos y ahí sí que correríamos todavía un peligro mucho más grave. No te precipites, no tenemos que resolver todo esta noche. Debemos ir con calma.

—No puedo mantener la calma, Vicente, siento que estoy a punto de explotar y...—alcé la vista y mis ojos no creyeron lo que veían. Un vehículo avanzaba de contra mano, a toda velocidad, directo hacia nosotros.

—¡Cuidado!

El taxista no pareció reaccionar ante mi desesperada exclamación, no al menos del modo que se suponía debía hacerlo. La calle era muy angosta y la única escapatoria para no chocar era subir a la angosta vereda. Siquiera hizo el intento de salirse de la trayectoria del automóvil blanco de vidrios negros que se nos venía encima a toda velocidad, con sus brillantes faros encandilándonos. Todo lo contrario, por el sonido que emitió el motor del taxi comprendí que chofer mantenía el pie muy pesado sobre el acelerador, en vez de pulsar el freno.

Siquiera logré preguntarle qué hacía. Consciente de que íbamos a chocar de frente a toda velocidad, me encogí sobre el asiento.

Entre los rugidos del motor del taxi que aceleraba cada vez más, escuché los gritos de Vicente al otro lado de la línea.

Se me cortó la respiración. Las luces de los faros estaban sobre mí.

El mundo se ralentizó. Fui testigo del choque percibiendo todo con lujo de detalles.

El impacto inicial. El acero empujando al acero, crujendo. El cristal rajándose y luego explotando. El estallido. La inercia de la frenada. El golpe. Los airbags delanteros escapando de sus recamaras con un fuerte soplido.

Fui lanzada con todo el peso de mi cuerpo multiplicado por la velocidad de la aceleración y luego la brusca frenada, hacia adelante. Choqué dolorosamente contra el asiento delantero al tiempo que la cabeza del chofer impactaba contra el airbag. No me explico cómo, pero lo cierto es que detecté el exacto momento en que el corazón del hombre se detuvo por culpa del golpe que sufrió su pecho contra el volante.

La carrocería del taxi y del automóvil blanco colisionaron y se mezclaron en una masa infame sobre la cual rebotaban pequeños tozos de cristal que a la luz del alumbrado público se veían igual que lúgubres lágrimas del Infierno.

Sentí dolor, mucho dolor, mi cadera golpeó contra el asiento delantero. Algo crujió a esa altura de mi cuerpo, y también dentro de mi pecho. Fui consciente del quiebre de un par de mis costillas y el dislocamiento de mi hombro derecho. Lo que le sucedió a mi pierna izquierda fue menos sutil: la tibia y el peroné no resistieron al duro impacto contra las formas plásticas que se hacían lugar entre los dos asientos delanteros, desde donde salía la palanca de cambios. Los huesos se rompieron y escaparon los extremos quebrados rasgando carne y piel.

Pese a que para mí todo sucedía en una cruenta cámara lenta, no hice a tiempo de gritar puesto que mi cabeza impactó contra el techo del taxi y todo se puso negro, más negro que la noche más cerrada y oscura.

El tiempo se detuvo definitivamente. También mi corazón y mis pensamientos.

...

Mi cerebro se puso en funcionamiento otra vez y en ese exacto momento el dolor volvió a mí en intensas oleadas desde distintos puntos de mi carne magullada.

Todavía con los ojos cerrados, desparramada de una forma indescriptible dentro de los hierros retorcidos, sobre lo que fueran los asientos y los ya desinflados airbags, cubierta de cristales y sangre, oí varias voces hablando en un idioma que nunca antes había escuchado y que no sonaba parecido a ningún otro que hubiese tenido oportunidad de escuchar antes.

Oí pasos que iban de aquí para allá, deambulando sobre los trozos de cristales que estallaban debajo de las suelas de los zapatos de quienes caminaban a mi alrededor.

Abrí los ojos y percibí destellos. La cabeza me dolía horrores. Todo daba vueltas a mi alrededor.

Si bien no lograba pensar con demasiada claridad, estuve segura de que ningún humano hubiese podido jamás, sobrevivir a un impacto similar al que acaba de experimentar, de hecho, la presencia del inerte cuerpo del chofer se sentía en mí de un modo muy extraño, igual que si tuviese un gran trozo de hielo al lado. Como si sus restos fuesen una gran esponja que intentaba absorber mi calor, como el desagüe de una pileta que amenaza con succionar toda el agua.

Me estremecí de pies a cabeza, no quería ser succionada por aquella oscura y sinuosa cañería.

Apreté los párpados, volví a abrir los ojos. Distintos haces de luz se movieron a mi alrededor penetrando por los resquicios que quedaban en la carcasa retorcida y convertida en una cascarón que según mi modo de ver, me protegía al menos por el momento; era obvio que el choque no se debía a un simple accidente y tenía un nombre: insidia.

Intenté moverme y no logré más que intensificar el dolor que arrancó lágrimas de mis ojos. Se me escapó un gimoteo; sentía un dolor sordo y constante en la cadera, y como si tuviese fuego en la pierna rota. Todo mi cuerpo estaba húmedo y frío, cubierto por una mezcla de sudor y sangre.

Cuánto tiempo más tardarían mis huesos en soldarse y la carne en recuperarse. No tenía ni idea de cuánto tiempo permanecí desmayada, de modo que el tiempo no tenía ningún sentido en este momento, de todas maneras, me preocupaba no estar en condiciones de defenderme de quienes provocaron esto.

Necesitaba salir de aquí cuanto antes.

Las cintas luz se movieron a mi alrededor penetrando por las ventanas rotas, por los desgarrones del acero de la carrocería. Estaban buscándome, de eso, no me cupo la menor duda. Sabían que me encontraba aquí dentro.

Procurando no hacerle caso al dolor, me moví, había quedado entre los dos asientos delanteros, caída sobre mi lado izquierdo, apoyada contra el tablero delantero y la guantera, mejor dicho, sobre lo que quedaba de aquello, y la palanca de cambios que se clavaba en la parte baja de la espalda.

Estirando el brazo derecho, me aferré de un trozo de acero y tiré de mi torso

para incorporarme; en un principio me mordí el labio para no gritar, pero el dolor acabó por ganar la batalla liberando el alarido que pugnaba por salir de mi garganta.

La boca se me llenó de sangre que no paraba de manar de mi nariz.

Supongo que quienes encontraban afuera intentando penetrar entre los hierros retorcidos escucharon mi grito; no me detuve a pensar en ellos, solamente necesitaba salir de aquel apretujado espacio para liberar mi cuerpo, y por suerte, lo logré. La parte delantera había quedado prácticamente comprimida sobre sí misma de modo que no había salida por este lado. La única vía de escape visible era la luneta trasera. Si bien el automóvil se había plegado sobre sí mismo, hacía arriba, formando una “V”, el cristal estaba roto, y si empujaba la tapa del baúl otra vez hacia abajo, podría salir. Eso, si mi cadera y mi pierna rota se mejoraban, de otro modo siquiera arrastrándome; apenas si podía moverme sin quedar aturdida por el dolor, igual que ahora.

Sentarme implicaba poner mucha presión sobre la cadera, lo cual reavivaba con creces el dolor.

Me costó juntar el valor para echarle un vistazo a mi pierna rota. El espectáculo era de lo más desagradable, los huesos saliendo por la carne, tan blancos... la carne roja, tanta sangre. Siendo humana había pasado por esto, pero había tenido la suerte de desmayarme, ahora el desmayo no había durado mucho y todas las sensaciones era mucho más intensas y palpables. Resultaba de lo más desagradable ser consciente de aquellos huesos aflorando mi pierna, incluso mi hombro dislocado abrumaba mi consciencia con las señales que enviaban a mi cerebro, músculos y tendones en tensión por la extraña torsión causada por el impacto, incluso sentía la cuenca de la articulación del hombro vacía: era un ardor frío que quemaba.

Me dieron náuseas cuando entendí que tenía que arreglar aquello de algún modo, arrastrándome con la ayuda de un solo brazo no me permitiría llegar muy lejos.

Apreté los dientes, inspiré hondo y tiré de mi muñeca. Tenía el brazo tan entumecido y el tacto de mis dedos sobre esta se percibía como si entre mi muñeca y mis dedos hubiese una gruesa capa de goma. Tiré del brazo hacia abajo y adelante procurando mantener la espalda recta con la fuerza de los abdominales. Había visto en algún lado que para realizar este tipo de maniobras se necesitaban dos personas con bastante fuerza; conmigo debía alcanzar porque no había nadie más aquí que pudiese ayudarme.

Otro grito se escapó de mi garganta. Las lágrimas brotaban a mares de mis

ojos. Por un segundo creí que no lo lograría, el dolor era demasiado intenso. Me desesperé, llamé a los gritos a Vicente y le pedí a Dios que me ayudase. Esto no podía terminar así, no quería morir así, al menos deseaba estar en igualdad de condiciones para poder defenderme, sabía que ellos no me perdonarían la vida porque viesan que apenas si me podía mover, todo lo contrario, mi incapacidad les permitiría hacerse de mí; eso era lo que deseaban, dejarme fuera de juego.

Grité y grité hasta quedar sin voz. El silencio que dejó mi garganta saturada por la exigencia de las cuerdas vocales fue seguido por un desagradable “crac” y una reconfortante sensación de alivio. El hombro regresaba a su lugar original.

Sentí como la sangre volvía a correr libremente por mi brazo. Todavía me dolía y apenas si conseguía mover los dedos de esa mano, pero al menos, tenía por delante la perspectiva de moverme con un poco más de comodidad y velocidad.

Con dos manos útiles, logré acomodarme mejor sobre el asiento trasero tumbado lateralmente.

Un rayo de luz, que penetró dentro de habitáculo por el resquicio en que quedó convertida la ventana trasera del lado del acompañante, dio directo sobre mis ojos y quedé encandilada; entre los reflejos blancuzcos logré atisbar las manos que sostenían la linterna, eran muy blancas, de dedos largos.

Las voces sonaron otra vez y no conseguí comprender lo que decían. A esas manos se sumaron dos pares más, una sostenía una linterna, la otra una daga.

Maldije una y otra vez.

Desesperada, busqué mi celular, con el choque había salido volando de mis manos. Como era de esperarse, no logré encontrarlo.

Alguien más tuvo mejor suerte.

Hubo un golpe y adiviné a alguien saltando sobre el capot para cerrarlo. Fue inmediato, tanto que no me dio tiempo a reaccionar. Media docena de rayos de luz blanca se metieron en el interior del taxi y un par de manos tiró de mi cabello recogido en una cola, hacia atrás, obligándome a trepar por el respaldo del asiento.

Sin soltar mi cola de caballo, me tomaron también por las axilas y me arrancaron del interior de taxi.

Quedé acostada sobre el baúl, de cara al cielo nocturno, con plena vista a los edificios de típica arquitectura francesa que parecían vacíos, ya que en sus balcones y ventanas no había absolutamente nadie espionando hacia abajo;

¿debían haber oído el choque, no? Pensando en eso deseé escuchar el sonido de las sirenas de ambulancias y demás. La noche continuaba en calma más allá de las voces de quienes me rodeaban.

Mis ojos descendieron desde el cielo y a los pocos centímetros se toparon con un rostro que causaba dolor de tan bello.

Era el rostro de un hombre evidentemente joven, de edad imposible de determinar.

Su cabello resplandecía como la plata en un rubio casi blanco. Sus cejas bien podían ser transparentes porque apenas si se veían, solamente las detectaba por la sombra que producían conjuntamente con la luz del alumbrado público. Su piel era marfil salpicado de unas pocas pecas debajo de unos ojos castaños oscuros que no condecían con la dulzura de un rostro de curvas suaves y rasgos delicados.

Los ojos se fijaron en los míos y al instante mis oídos se pusieron a zumbar.

Comprendí que lo que contemplaba no era humano, tampoco demoníaco.

Nefilim.

Sentí miedo. Aquella criatura parada tan firme sobre el techo del taxi, contemplándome igual que si fuese el rey del mundo y yo una alimaña diminuta e insignificante me llevó a comprender que si salía de esto, sería de milagro.

La criatura pegó un salto. Creí que caería encima de mí y me aplastaría. No fue así, sus piernas cayeron una a cada lado de mi torso.

Así, erguido demostrando su dominio de la situación, me sonrió. Acto seguido, se agachó sobre mí, clavando una rodilla en la tapa del baúl, mientras posaba los antebrazos sobre la otra. Parecía un caballero haciendo una reverencia.

—Por la llama del sagrado éxtasis...

Parecía no poder creer que finalmente, se encontraba frente a mí.

—Malditos —gruñí invadida de rabia.

Su mano derecha salió disparada hasta mi cuello. Apretó con fuerza pero evidentemente, sin la intención de ahorcarme, porque si no, no me cabe la menor duda, lo habría logrado. Aquello simplemente hacía las veces de advertencia.

—Maldita seas tú también.

Alguien por detrás de mí soltó una exclamación que no comprendí. El Nefilim que me tenía sujeta por el cuello alzó la cabeza, alarmado. No escuché sirenas, sí el motor de varios vehículos acercándose a toda velocidad. Obviamente desde esta posición no podía verlos, ni falta que hacía ver para entender que venían por mí. Las frenadas sonaron al instante no muy lejos de donde se

encontraban. Hubo movimientos y muchas exclamaciones. Quienes me sostenían por debajo de las axilas me soltaron.

El Nefilim que tenía su mano sobre mi cuello, en vez de aflojar la sujeción, apretó mi carne angostando el espacio por el que bajaba el aire hasta mis pulmones. Si bien yo no necesitaba respirar, la sensación de asfixia de todos modos resultaba desesperante.

Su intención no era asfixiarme, sabía que así no podría matarme. Algo más lo ayudaría en tal cometido. Ese algo hizo acto de presencia una fracción de segundo más tarde.

Vi la hoja de la daga captar la luz que nos rodeaba y actué.

Si los dos somos unos malditos, entonces tú arderás también —pensé y tendí mis manos hacía su rostro.

El Nefilim se movió rápido, el filo de la daga rasgó la tela de la manga de mi vestido y la carne de mi antebrazo derecho al tiempo que oí la voz de Gabriel soltando una única orden.

—¡Suéltala!

Pensé en el fuego, sentí que mi temperatura corporal subía. Nada sucedió. ¡Nada! Desesperada me limité a forcejear por la tenencia del cuchillo.

A lo lejos sentí el tono de voz de Vicente, no hablando, sino forcejeando, luchando, y no era el único.

—Debes morir —me dijo el Nefilim apretando el filo de la daga sobre mi cuello.

Tenía una fuerza descomunal a la que apenas si lograba hacer frente.

—Si haces que pierda una gota más de sangre lo lamentarás eternamente, caído.

Sentí el perfume de la piel de Gabriel. La cercanía de su cuerpo mágicamente remitió mi dolor.

Los ojos del Nefilim se abrieron de par en par. El filo de la daga todavía empujaba mi cuello presionando lo suficiente contra la piel como para poder sentir la potencia del metal, no tanto como para cortar la piel y sacarme sangre.

La advertencia de Gabriel pendía de un hilo entre él, y yo.

Supuse que le haría frente, que no renunciara a degollarme.

Me equivoqué.

Con un salto imposible, magnífico. El Nefilim salió despedido hacia atrás en un tirabuzón frenético y fue así de simple como desapareció esfumándose en la noche.

También, así sin más, desaparecieron los demás conjuntamente con la aparición de un vendaval que enfrió la sangre que recubría todo mi cuerpo.

La noche quedó otra vez en calma, tal si nada hubiese sucedido.

Gabriel saltó sobre el baúl del automóvil.

—¡Por todos los ángeles! —Jadeó al de revisar mi estado.

—Exactamente así me siento.

Eché un vistazo hacia atrás, mis piernas caían sobre el respaldo del asiento trasero. Los huesos todavía sobresalían de la pierna rota.

—¿Qué más?

—Creo que tengo la cadera rota. Costillas fisuradas. Tenía el hombro dislocado pero lo he vuelto a su lugar de un tirón.

—Tenemos que sacarte de aquí.

—¡Eliza!

Era la voz de Vicente.

—¡Por todos los santos! —lanzó una segunda voz que reconocí como la de Cesar.

—¿Qué te hicieron? —Vicente trepó al automóvil acomodándose al otro lado de mi cuerpo.

—Todo esto es producto del choque —le expliqué.

Vicente se puso pálido después de revistar mi estado una vez más.

—Creo que los cortes comienzan a sanar pero mi pierna y la cadera...

—Puedo ayudarte con eso —soltó Gabriel interrumpiéndome—, pero primero debo sacarte de aquí.

—Sí, tenemos que devolver el hueso a su sitio.

—Gabriel, la policía se acerca —entonó Ivy desde atrás de mí, así, tumbada sobre el auto no lograba verla. Un segundo después comencé a escuchar las sirenas acercándose.

—¿Y el chofer? —curioseó Cesar.

—Está muerto —le respondió Gabriel—, no podemos hacer nada por él.

—Mi cartera y mi celular están dentro del automóvil, en alguna parte.

—No tenemos tiempo para eso—. Me contestó Gabriel—. Lo solucionaremos de otro modo—. Ismael, hazte cargo de limpiar el lugar. Andando, tenemos que sacarla de aquí—. Giró la cabeza en dirección a Vicente—. Ayúdame.

Entre los dos me tomaron por debajo de los hombros y de las rodillas y me sacaron de encima del taxi.

Imposible no chillar de dolor, sobre todo a razón de mi pierna rota.

Me alejaron del vehículo y depositaron en el suelo a suficiente distancia como

para que Ismael hiciese aquello que Gabriel le había pedido. El taxi estalló en llamas que no tardaron nada en contagiársele al automóvil blanco.

Vicente me recostó sobre sus piernas y pecho, y me abrazó. Cesar y Gabriel se arrodillaron uno a cada lado.

—Toma su rodilla Gabriel, tenemos que enderezar los huesos antes que nada. No podemos trasladarla en este estado.

Gabriel me tomó por la rodilla mientras Cesar sujetaba mi empeine con una mano y posaba la otra sobre la pierna.

—Lo siento mucho, no hay otro modo de hacerlo. Dolerá.

Vicente entrelazó los dedos de sus manos con las mías y apretó sus brazos contra mi pecho, su agarre parecía el de una camisa de fuerza.

—Uno, dos...

Apreté los dientes. Con Gabriel cruzamos una mirada, sus ojos parecían pedirme perdón por lo que estaba a punto de suceder.

—Tres.

El rudo tirón desde cada uno de los extremos de mi pierna y la subsiguiente presión de la mano izquierda de Cesar sobre los huesos me arrancó un alarido que desgarró mi pecho. El dolor fue increíblemente intenso, creo que dolió más que cuando los huesos se rompieron. El dolor me arrastró hasta el borde del desmayo, sólo hasta el borde por desgracia. Un profundo ardor subió por mi pierna al tiempo que un río de lágrimas estallaba desde mis parpados apretados.

Todas las manos me soltaron, menos las de Vicente.

Despegué los parpados. Los huesos habían desaparecido de mi vista, en su lugar quedaba un desagradable desgarro en la carne y mucha, mucha sangre.

—Ahora si podrás sanar —susurró Vicente a mi oído.

—Bien, andando —Cesar se levantó—. Larguémonos de aquí o nos veremos forzados a explicar lo inexplicable.

—Sí, ya están muy cerca —añadió Ivy.

—Tan solo denme un momento, quiero intentar una cosa—. Les pedí—. Ya no soportaba el dolor, así me sentía inútil, una carga, y además me resultaba difícil pensar en este estado.

—¿Intentar qué? —exclamó Gabriel con los ojos achinados viéndome igual que a un sospechoso de asesinato.

—Lo que hiciste con aquel vaso en la casa de la hermandad, lo que hiciste con mi hombro cuando me hirió la daga de Pavel.

Gabriel abrió la boca y no dijo nada. Vicente me soltó.

La cadera me incomodaba pero ya no tanto. Como pude me senté sobre ésta y me incliné hacia adelante. Con ambas manos cubrí la herida y pensé en reparar, en sanar.

Pude sentir a nivel celular el proceso se poniéndose en marcha.

La sangre paró de manar de la herida. El dolor remitió.

Gabriel alzó la cabeza mirándome inquisitivo.

—¿Cómo?

—Me lleva el diablo —balbuceó Cesar, quién al igual que los demás, era testigo de la curación de la herida a una velocidad imposible para el mundo humano.

Ante el pasmo de todos fui consciente de que lo que acababa de hacer funcionaba incluso mucho mejor que lo que hiciera Gabriel con mi herida; esto no solamente ayudaba a la curación, sino que definitivamente aceleraba el proceso.

Vicente jadeó mi nombre.

—Ahora sí, ya me siento mejor, podemos irnos.

Vicente no tardó ni medio segundo en pasar un brazo por debajo de mí mientras con el otro tironeaba de mi muñeca para ponerme en pie.

En ese momento tomé conocimiento de la presencia de tres automóviles, uno era el de Vicente, los otros dos debían haber traído hasta aquí a la media docena de integrantes de la hermandad.

—Bien, andando entonces.

—La llevaré directo a casa —le avisó Vicente.

—Perfecto, estaremos en contacto —le respondió Cesar—. Gabriel, vamos, la policía estará aquí de un momento a otro.

Gabriel alzó la cabeza lentamente y me miró.

—Voy con ustedes —exclamó dirigiéndose a Vicente y a mí.

—No creo que sea conveniente —intervino Ismael.

—Voy con ellos —insistió.

Cesar los miró a uno ya al otro por turnos.

—Oigan, pónganse de acuerdo rápido.

—Voy con ellos.

Vicente se quedó orbitando como si no supiese muy bien qué hacer, todos sabíamos de sobra que el hecho de que nos acompañase podía ponerlo en peligro todo, sin embargo estoy segura que tampoco era la única que sentía mucha curiosidad por saber a qué se debía la insistencia de Gabriel.

—Necesito cruzar unas palabras con Eliza y tiene que ser ahora.

—Cómo sea —resopló Vicente y comenzó a arrastrarme en dirección al automóvil.

El grupo se dispersó.

Gabriel llegó al auto de Vicente antes que nosotros. Abrió la puerta trasera y me tendió las manos. Fue un acuerdo tácito e instantáneo, Vicente me entregó a él. Con la ayuda de Gabriel me acomodé en el asiento trasero al tiempo que Vicente se acomodaba detrás del volante. Arrancó.

Los otros dos vehículos también se pusieron en marcha. Las ruedas de ambos chirriaron cuando a fuerza de bruscas maniobras ambos dieron vuelta en “u” y desaparecieron por calles laterales.

—¡Sujétense fuerte!

Vicente volanteo hacia la izquierda para salir de la calle obstruida por los dos vehículos en llamas, y volvió a volantear, esta vez a la derecha, para tomar la calle que discurría en ese sentido.

Los espejos retrovisores se llenaron con las luces de los automóviles de la policía.

Sonaron las sirenas de las ambulancias también.

—Mierda —gruño Vicente—. Tenemos compañía.

Gabriel y yo giramos las cabezas para mirar hacia atrás. Las ambulancias se habían detenido, también alguno de los autos, mas, dos de ellos, nos seguían.

—Lo que nos faltaba. Sujétense fuerte, tengo que perderlos —soltó y en ese momento giró otra vez a la izquierda metiéndose de contramano en una calle poco transitada. El auto de la policía aceleró para seguirnos el paso.

—No pueden alcanzarnos.

—Lo sé, Gabriel —replicó Vicente colgándose del volante para girar a la derecha en una avenida atravesando el semáforo que para nosotros, se encontraba en rojo. Vicente filtró por un espacio milimétrico, el automóvil a través del tránsito. Nos salvamos de milagro de chocar, Uno de los coches policía que venía tras nosotros se demoró un segundo en cursar pero al final volvió a pisarnos los talones en esta enloquecida carrera en medio del pesado tránsito parisino.

—¿Cómo hiciste eso con tu pierna?

—¡¿Qué?! ¿Qué importa eso ahora, Gabriel?

—Nunca dijiste que podías hacer eso.

—Eso es porque hasta esta noche no tenía la menor idea de que podía. ¡Cuidado! —Chillé esto último cuando Vicente se pasó de carril. Los automóviles que venían en sentido contrario apenas si lograban esquivarnos.

Salimos de la avenida en la siguiente esquina.

Gabriel no me despegaba la vista de encima.

—Ni siquiera sabía que daría resultado, Gabriel. No podemos discutir esto en otro momento.

Tomándome por el mentón con mano dura, volvió mi rostro para que lo mirase a la cara.

—No deberías poder hacer nada semejante.

—¿¡Qué demonios sucede ahí atrás?! —protestó Vicente.

Iluminados por los faros que nos seguían, vi sus ojos en el espejo retrovisor, despedían fuego.

—Por qué no —inquirí.

—Tener la capacidad de reparar, curar y crear es un privilegio que únicamente poseen los ángeles. Y ni siquiera todos...

—Como sea Gabriel. No es momento para discutirlo, nos sigue la policía. Si nos atrapan nos veremos en la necesidad de...

Vicente pisó el acelerador todavía más. Metiéndose otra vez de contramano, ahora en una calle completamente vacía, nos granjeó a todos una distancia un tanto más amplia. Volvió a volantear una, dos veces más, hasta que al final los perdimos de vista. Fue entonces cuando tomó dirección a nuestra casa en la ciudad.

—¿Cuándo descubriste que podías hacerlo?

—No te lo dije, ya: es la primera vez que lo hago Gabriel. Bueno, en realidad la segunda, esta noche reparé los cerámicos de la mesada en casa de mi padre; no pensé que fuese a dar resultado para curar, mejor dicho, para curarme. La verdad es que más que nada lo hice porque me dolía mucho y porque necesitaba saber si no había perdido mis poderes —por el espejo retrovisor crucé una mirada con Vicente—, es que intenté sin éxito quemar a aquel Nefilim. Creí que los había perdido.

Vicente frunció el entrecejo.

—¿Reparaste su mesada? —curioseó.

—Sí, fue un accidente, conversábamos y no pude contener mis fuerzas, él... Eleazar no paraba de insistir en que hiciese algo, algo distinto. La verdad es que no tengo ni idea de qué pretendía con aquello. Me molestó tanto que hice lo primero que se me ocurrió. Reparé la mesada, es todo.

—¿Así de fácil? —Entonó Gabriel.

—Así de fácil.

—Nunca conocí a ningún demonio que pudiese reparar nada, o curar.

—Eso es porque ustedes fueron creados solamente para destruir y herir.

—¡Oye! —replicó Vicente.

Desde el asiento trasero percibí la escalada de su temperatura corporal.

—Gabriel, por favor.

Mi intención era bajar los ánimos pero tarde llegué, las alas de Gabriel brillaban esplendorosas detrás de su espalda.

—Ninguno de ustedes debería contar con un don semejante. No es justo.

Eso último me sonó infantil.

—A mí me parece injusto no poder defenderme de un Nefilim que pretende matarme. Ya que sabes tanto, dime, por qué no pude quemarlo.

No me agradó soltar aquello, mucho menos en el tono que sin querer, salió de mis labios.

—No tengo ni la menor idea, en teoría no existe ninguna razón por la cual tus poderes pudiesen haberse visto bloqueados ante él.

—Pues ahí lo tienes, es mi compensación. Gabriel, no le deseo a nadie lo que acabo de pasar, ¿tienes alguna idea de lo que significa ser consciente... percibir de primera fila el dolor de un hombro dislocado, varias costillas entre fisuradas y rotas, la cadera quebrada y una pierna con fractura expuesta, eso sin mencionar lo que seguramente fueron daños internos y posiblemente una contusión cerebral? Perdía sangre por los oídos, la nariz. ¡Tenía cortes por todos lados! ¡¿Tienes alguna idea de lo que significa eso?!

—Es que no es normal —replicó a la defensiva.

—¡Normal un cuerno, Gabriel! Sea lo que sea, por el motivo que sea, lo cierto es que tengo alguien acechándome a cada paso que doy. ¡Y estoy harta! Estoy harta de esto. ¡Mírame! Estoy cubierta de sangre y cristales. Estoy hecha un desastre, mira mis ropas. ¡Mírame!

—¡Eliza! —Vicente exclamó mi nombre al tiempo que pisaba el freno.

Gabriel se echó hacia atrás.

—¡Ya! ¡Debes calmarte ahora mismo! —Añadió asomándose hacia atrás desde el asiento delantero—. Sal de aquí —le gritó a Gabriel—. Sal ahora.

Me costó entender lo que me sucedía. No me percaté de ello hasta que vi mis propias manos envueltas en llamas. Me llevé terrible susto. Sacudí los brazos intentando apagar el fuego que en realidad no me quemaba.

Vicente se echó hacia atrás.

—Calma, respira profundo. Ya pasó.

No, todavía no pasaba, la furia bullía dentro de mí.

Cerré los ojos y procuré concentrarme en los latidos de mi corazón. Llevé las

aceleradas revoluciones a las que funcionaba mi cerebro, al ritmo tranquilo de mi diafragma al contraerse y extenderse. Poco a poco mi corazón se calmó, y la temperatura bajó.

Abrí los ojos.

Sentía una corriente fresca acariciándome el rostro. La puerta trasera del lado del conductor estaba abierta de par en par, Gabriel había desaparecido.

—Se ha esfumado —susurró Vicente adivinando mis pensamientos.

Estirándose por encima de su asiento tiró de la puerta para cerrarla.

—Larguémonos de aquí, todavía deben estar buscándonos.

—¿Y Gabriel?

—No te preocupes por él, estará bien.

—¿Cómo me encontraste?

—Supe al instante que algo malo sucedía. Corté y llamé a Gabriel, él te seguía. Me dijo dónde estabas. Nos costó llegar a ti, unos Nefilim nos interceptaron. La hermandad los ahuyentó—. Su cara se descompuso en una mueca de horror—. Juro por Dios que creí que moría. No podía creer lo que veía —extendió un brazo y acarició mi mejilla pegajosa de sudor y sangre—. Que haría yo sin ti.

Desoyendo a la sombra de dolor que me invadía, me lancé sobre él y lo abracé.

—Tuve mucho miedo.

—Ya pasó—. Con una mano apartó de mi rostro un mechón de cabello que se soltara de la cola.

—¿Tú tampoco supiste jamás de un demonio que tuviese el don de curar?

Negó con la cabeza.

—No, es decir, nosotros sanamos más rápido pero lo que hiciste fue algo así como...

—¿Un milagro? —Entoné estremeciéndome de pies a cabeza.

Asintió con la cabeza.

¿Sería eso lo que Eleazar buscaba que pudiese efectuar milagros?

36. Certezas y dudas.

Salí de la ducha reagueando. El agua caliente había resultado reparadora para los golpes.

Al lavarme el cabello se desprendieron las costras de las heridas ya casi

cicatrizadas, y salió sangre seca de mis oídos y nariz. Al cepillarme los dientes, y para mi impresión, noté que más de uno estaban algo flojos. Sabía que me recuperaría con el pasar de las horas, pero no por eso dejaba de ser impresionante verme en aquel estado de maltrato.

Dar la cara frente al espejo terminó de mostrarme el panorama. La inflamación en mi hombro derecho verdaderamente representaba una imagen de lo más grotesca: un bulto entre morado y negro con trazas de rojo, amarillo y verde dispersándose por encima de la línea de la clavícula y el pecho. Esos colores combinaban a la perfección con los de los moretones desperdigados sobre mis costillas y el escarlata intenso de mi cadera.

Baje la vista al sentir una gota caliente rodando por mi piel, el corte de la pierna volvía a sangrar; el sangrado era poco, semejante al que puede emanar luego de arrancarse la cascara que se forma luego de rascarse frenéticamente una picadura de mosquito. De todas maneras aquella débil gota de sangre que corrió pierna abajo, me recordó mis certezas y dudas.

Certezas.

Primero: según Gabriel, los demonios no debía tener el poder de curar, sanar, reparar ni nada que se le pareciese, aquello era dominio exclusivo de los de arriba, no de los de abajo.

Segundo: Vicente jamás había conocido a ningún demonio que tuviese el poder de hacer lo anteriormente mencionado.

Tercero: los Nefilim tenían todos los números en esta rifa de responsabilidades. Obviamente me querían muerta y se mostraban dispuestos a todo con tal de lograrlo. Bueno, tal vez no a todo, todo. Por el modo en que salieron pitando cuando Gabriel los enfrentó, evidentemente no estaban dispuestos a dar de frente contra un arcángel —al menos no por el momento—.

Cuarto: cada vez me sentía más anormal. Por desgracia debía admitir que Eleazar tenía razón en lo que decía sobre mí.

Dudas.

Primero: a qué se debía la presencia de mi madre en Francia y quién la había arrastrado hasta aquí.

Segundo: qué era lo que escondía Eleazar.

Tercero: por qué los Nefilim querían matarme.

Cuarto: por qué tenía yo un poder reservado únicamente a algunos pocos ángeles y arcángeles.

Eleazar y mi madre me debían muchas explicaciones.

No resistí más contemplar mi reflejo en el espejo, aquello era deprimente.

Arropada con una bata, salí del baño.

Vicente justo entraba en el cuarto cargando una taza de té y un sándwich.

—Te traje esto.

—No tengo hambre.

—Comerás de todos modos—. Colocó la taza de té y el plato con el sándwich sobre la mesa de luz—. Anežka preguntó por ti. Le dije que estabas bien, que se fuera a dormir.

—Bien, porque no quiero que me vea así.

—¿Duele? —preguntó apuntando mi pierna con sus ojos grises.

—Un poco —el problema es que el dolor de la pierna sumando al dolor de la cadera me hacen caminar igual que si estuviese toda descalabrada. No te voy a mentir —me senté sobre el borde de la cama—. Me siento igual que si me hubiesen molido a golpes.

—Ningún ser humano habría sobrevivido a ese choque.

Un flash me trajo la imagen del cuerpo del taxista apretujado entre los hierros retorcidos.

Por mi garganta subió una oleada de jugos gástricos que provocaron un intenso ardor en mi garganta y boca.

Arrodillado frente a mí, rosó la piel de mi pierna herida con sus dedos.

—Luce bastante bien y eso que solamente ha pasado poco más de una hora—.

Alzó la vista hasta mis ojos—. Lo que hiciste fue increíble.

—No fue tanto.

—Gabriel tal vez exageró un poco, pero solamente un poco.

Desestimé sus palabras con un bufido.

—¿Me contarás que sucedió en casa de Eleazar? —Se alzó sobre sus rodillas—. No puedo evitar preocuparme todavía más, por ti. ¿Qué dijo Eleazar cuando hiciste eso con la mesada, cuando la reparaste?

—Nada, no dijo nada, simplemente se quedó petrificado contemplándome; su celular comenzó a sonar y ahí finalizó la velada—. Inspiré hondo y le conté, con lujo de detalles, tal como me lo pidió, todo lo sucedido en mi encuentro con Eleazar. Entre frase y frase me obligó a beber el té y comer el sándwich, en cuanto le di el primer bocado a este último se despertó mi apetito.

Vicente se guardó todos sus comentarios para cuando concluí mi relato. Bien, en realidad no fueron muchos. Primero se levantó del suelo y caminó hasta la ventana. Luego, volvió en silencio hasta la cama y se sentó a mi lado. Tomó mis manos.

—Necesitamos averiguar por qué tienes ese poder. He pensado en ello desde

que nos lo contaste allí en aquella calle. No he logrado librarme de ese pensamiento.

—A qué te refieres exactamente.

—¿Viste cómo se puso Gabriel cuando contaste sobre tu poder?

—Sí, lo tenía al lado.

—Apuesto lo que sea a que jamás se había comportado así contigo.

—Bueno, la primera vez que nos vimos... no estaba precisamente feliz de ver a un demonio. De todas maneras no fue igual, lo de aquella primera vez fue como una reacción defensiva, lo de esta noche en cambio... —titubeé, lo de esta noche me parecía exagerado, ridículo, todavía no terminaba de comprender por qué se largara de aquel modo, fue rayano en lo infantil—. Fue distinto, fue como sí... —mi cerebro hizo clic —como si huyese de mí, como si tuviese sospechas que prefería con contarme. Estaba alterado y no quería hacerme frente. Fue todo lo contrario a aquella vez, no quería hacerme frente. Y eso que yo me alteré mucho cuando él insistió con el tema de que yo no debía tener aquel poder.

—Creo que fue exactamente así. Poco faltó para que lo atacases y él no quiso pelear contigo. Tenía miedo.

—¿Miedo?! Eso es ridículo. Por qué habría de temerme. Fueron los arcángeles quienes enfrentaron a mi padre. Gabriel no me tiene miedo.

—Estabas demasiado alterada para sentirlo, creo. Ciertamente te aprecia mucho —dijo eligiendo cuidadosamente sus palabras—, sin embargo no fue ese sentimiento el que lo detuvo. No temía hacerte daño, temía lo que tú pudieses hacerle a él.

—Vicente, siquiera pude atacar al Nefilim, ¿qué daño podría hacerle a él?

—No lo sé, todavía quedan partes confusas a este razonamiento.

—No sabemos todo sobre los ángeles y arcángeles; menos sabemos sobre los Nefilim. Quizá simplemente no fuiste capaz de defenderte de aquel Nefilim porque te encontrabas demasiado débil.

—Todo esto es demasiado. Qué se sabe de mi madre.

—Nada nuevo. Iba a decírtelo, hablé con Gaspar hace un par de minutos.

—¿Le contaste?

—Me resistí a hacerlo. Gaspar amenazó con arrancarme la verdad a los golpes. Quisiera no necesitar tanto su ayuda —apretó mis manos—. Los necesitamos y si vamos a permitir que nos ayuden deberemos contarles la verdad o de otro modo el riesgo será todavía peor para ellos, necesitarán saber a qué se enfrentan.

Que Vicente se mostrase dispuesto a acceder a que nos diesen una mano era síntoma inequívoco de que las cosas iban mal, muy mal.

—Fue Gaspar quien me llamó, intentaron ponerse en contacto contigo.

—Me imagino que mi celular yace derretido entre los restos del taxi.

Asintió con la cabeza.

—No les quedaba más remedio y me llamaron a mí. No confían en mí, pero hoy por hoy fui el único medio que tenían para llegar a ti. Les pedí que me diesen un par de minutos para discutir esto contigo. Tenemos que decidir si aceptaremos o no, la responsabilidad de involucrarlos.

Ahora fui yo quien apretó sus manos.

—Desearía poder resolver esto sola, pero no puedo salir a buscar a mi madre.

—Eso mismo pienso yo; estoy seguro de ello desde que te vi tendida sobre aquel automóvil. No pienso volver a permitir que salgas sola. Además, con un poco de suerte, todavía nadie sabe que Gaspar y Lucas están aquí, ellos podrán ir tras sus pasos con algo más de libertad, al menos por un tiempo. Sí te parece, llamaremos a Gaspar y le contaremos toda la verdad. Preferiría hablarlo cara a cara pero no quiero que los vean con nosotros. Tú te salvaste por los pelos, no quiero que a ellos les suceda lo mismo, Lucas todavía es mi hermano y Gaspar uno de mis mejores amigos.

Aquellas palabras hicieron que le soltase las manos para echarle los brazos al cuerpo. En un abrazo me apreté contra él.

—Hazlo, yo llamaré a Gabriel para que me acompañe a echarle un vistazo a esa biblioteca angélica que tiene mi padre.

Un gruñido reverberó en el pecho de Vicente.

—Esa idea no me agrada mucho.

—Los demonios no se atreverán a ponerme una mano encima.

—No, tal vez no, pero puede que a tu padre no le guste que metas la nariz allí, menos en compañía de un arcángel.

—Tampoco voy a ir a pedirle permiso, porque si contesta que no, quedará sobre aviso de mis intenciones y entonces será mucho más difícil —y para dejarlo más tranquilo, solté una gran mentira—; sinceramente la parte del plan que me parece más complicada de ejecutar es convencer a Gabriel de que me acompañe, después de esta noche—. Gabriel propondría ir a ver esa biblioteca en cuanto le hablase de ella, el problema en realidad sería entrar y salir sin ser vistos, en un sola pieza y sin poner en riesgo la vida de todos, posiblemente, de toda la humanidad si tal como me lo explicase Ami, lo que los Nefilim querían eran ofrecirme como ticket de entrada al cielo cuando el

fin del mundo acabase con la humanidad, enviando todas las almas al paraíso. Esto era ridículo, siquiera tenía la certeza de que ese fuese el plan de los Nefilim.

37. Desastre natural.

—No te preocupes, Eliza, encontraremos a tu madre.

—Claro que sí —lo secundó Lucas. Su voz sonó metálica, sintética y lejana a través del altavoz del teléfono celular de Vicente.

—Gracias a los dos—. Les dije de todo corazón. No me agradaba meterlos en este embrollo en el que sus vidas, por el simple hecho de saber la verdad sobre la existencia de nuestra contraparte en el universo, los ponían en peligro. Ningún demonio, ángel, arcángel o integrante de la hermandad debía saber que ellos estaban al tanto de la verdad, siquiera los Nefilim.

Les costó asimilar la verdad. Lucas primero pensó que le gastábamos una broma y nos dedicó toda una variada serie de calificativos que pusieron de manifiesto su enojo, no porque lo dejásemos fuera de la verdad durante todo este tiempo, me imagino que más que nada aprovechó la oportunidad para descargar su frustración, la generada por las ideas y venidas entre él y yo, por su separación de Vicente, por todo lo que cambió nuestras vidas en este último tiempo.

Lucas hasta llegó a amenazar con buscar a Vicente y ponerlo en su lugar. Nos costó mucho calmarlo; Vicente y yo desde este lado de la línea pudimos hacer muy poco, quién más mérito se llevo fue Gaspar por supuesto, el mismo Gaspar tranquilo y meditabundo de siempre, que tomó con cautela nuestras palabras, escuchando con atención, preguntando para eliminar dudas. Fue un gran impacto para él, tal como lo era para todos nosotros demonios, sin embargo lo tomó con calma, asimiló las palabras bocado a bocado, comenzando a ver el mundo de una nueva manera, de la manera en que realmente era. Tal vez un poco más justo y luminoso gracias a la presencia de aquellas otras criaturas.

Lo que a ninguno de los dos les gustó oír fue la parte de los Nefilim, de la telaraña tejida por mi padre, de lo que Ciro me obligó a hacer y por lo que Vicente se hizo cargo. Todo aquello era bola de estambre repleta de nudos.

Lucas se puso hecho una furia cuando Vicente les contó sobre el accidente automovilístico que sufrí.

Más allá de todo, fue agradable escuchar sus voces.

—Llamaremos cuando tengamos novedades.

Volví a agradecerles y entonces Vicente quitó el “manos libres” y se llevó el celular a la oreja.

Afuera llovía a cántaros, caía agua a mares desde hacía una hora razón por la cual no se notaba que ya había amanecido.

—¡Por Dios! —Exclamó en checo—. Parece que te hubiese pasado un tren por encima.

Sus ojos hinchados de sueño abiertos de par en par me contemplaban con pasmo.

Corrió hasta mí.

—¿Qué te hicieron? —Extendió una mano para tocar mi rostro pero se contuvo igual que si temiese despertar el dolor. Su brazo dio marcha atrás. Sobre su pecho, se tomó la mano con la que pretendía tocarme.

—No te preocupes, ya estoy bien—. Fui yo quien la tocó a ella posando una mano sobre su hombro.

—No luce ve como si lo estuvieses —replicó acomodándose sobre uno de los banco altos del desayunador mientras me contemplaba con el entrecejo fruncido. Parecía sufrir mi dolor. Iba de pantalón pijama y llevaba encima dos remeras superpuestas, una violeta de mangas largas y una negra de mangas cortas. Iba descalza y sin medias lo que hizo que a mí me diesen escalofríos, con el clima así destemplado y esa lluvia cayendo sentía más frío del que realmente hacía.

—Esos malditos caídos, deberían haber ido a parar al Infierno. ¡¿Cómo es que no fueron a parar al Infierno?!

A mí también me gustaría saberlo.

—¿Tu padre ya sabe de esto?

—No, y por el momento no vamos a contarle nada—. Alcé la vista, Vicente seguía al teléfono con Gaspar, se había alejado de nosotras un par de metros y hablaba en susurros. Odiaba que hiciese eso, incluso no sabiendo si lo hacía por mí, o para evitar que Anežka lo oyese.

Tomé una taza y serví café en ella, se la pasé a Anežka junto con la leche. Ella me agradeció.

—Bien, entiendo, nada de esto a nadie.

—¿Tostadas?

Me contestó que sí con la cabeza.

Saque dos tostadas de la tostadora las coloqué en un plato y se las pasé.

—Con quién habla —curioseó espiando a Vicente por encima de su hombro.

—Con Gaspar.

Las cejas cobrizas de Anežka se alzaron muy alto, igual que dos arcos góticos sobre su frente blanca. Ella ya sabía sobre mi madre y sobre la presencia de Gaspar y Lucas en el país, pero no tenía ni idea de que habíamos decidido incluirlos en nuestros planes. Se lo expliqué mientras el café se enfriaba entre sus manos.

Acabé de hablar y a los pocos segundos Vicente se despidió y cortó.

Anežka se estremeció sobre su banco.

—Deberías subir a abrigarte. Ponte un par de medias o algo—. Al decirlo me sentí como si fuese mi madre y me hizo gracia, al mismo tiempo me invadió cierta amargura por lo lejos que casi siempre la había sentido de mí. Ahora podía estar verdaderamente lejos, correr peligro. Cuanto tiempo desperdiciado —pensé suspirando profundamente.

Vicente llegó a nosotras y rellenó su taza de café.

—Es este clima horrible, ¿ya vieron el cielo? Da la impresión de que fuese a caerse sobre nosotros de un momento a otro—. Manoteó el control remoto del televisor el cual se encontraba junto a la frutera y encendió el aparato. Había quedado en un canal de noticias—. Quiero ver hasta cuando continuará lloviendo así, me pone los pelos de punta.

En las noticias no decían nada sobre el clima, la pantalla partida al medio mostraba dos zonas de desastre prácticamente idénticas, una de las cámaras mostraba las consecuencias de un terremoto de ocho punto ocho en la escala de Richter que sacudió Los Ángeles desde sus entrañas, el otro punto informativo se daba al otro lado del mundo, una en algún punto de Asia, un maremoto había arrasado kilómetros y kilómetros de civilización.

—Qué horror —balbució Anežka—. Fue anoche, ¿no?, o le entendí mal.

No, no había entendido mal, ambos desastres naturales se había producido más o menos a la misma hora en que yo tuve el accidente, que en verdad, no fue tal.

—¿Vicente? —Jadeé asustada por la perspectiva de que de algún modo ambos sucesos estuviesen conectados. Inmediatamente pensé en Ami y en aquella historia apocalíptica.

—Sí, estoy viendo.

El terremoto y el tsunami quedaron atrás. Una nueva conexión vía *Skype* mostró a una periodista brasilera mostrando los estragos que la lluvia había causado en diversos estados de su país; la lluvia caída había producido deslizamientos de tierra, había cientos de heridos y muertos.

Otro desastre: un volcán en Italia. Nevadas descomunales en Rusia. Granizo en Inglaterra. Tormentas de viento y arena en Turquía. Una ola de calor sofocante en Egipto.

—Es casualidad, Eliza—. Su voz sonó calma y persuasiva. Una voz de demonio intentando convencerte de que lo malo que crees ver, que en realidad es real, no te afectará. Técnicas de demonio en plan caza de un alma que entendí, no eran aplicadas con maldad, sino por amor, para proteger. Vicente no quería venderme nada, siquiera cuando corrió tras mi alma.

Exageración o no, se me erizó el pelo.

—Estas cosas simplemente suceden. Dudo que siquiera tenga que ver con el calentamiento global. La naturaleza funciona así, es todo.

Terminó de hablar y entonces sí, comenzó el reporte del clima en la televisión. Diluviaba en toda Francia. Los anegamientos en París eran incontables, el tránsito más caótico de lo normal, había grandes zonas de la ciudad sin luz y sin agua, varios ramales del metro tenían el servicio suspendido y se habían caído las señales de varias compañías de celulares. Muchos canales de televisión también experimentaban problemas.

—Por lo visto hoy va a ser un día de confinamiento —murmuró Anežka por lo bajo.

—Lamento decírtelo pero aunque no lloviese no permitiría que salieses, no pienso permitir que nada malo te suceda.

—Hablando de eso—. Anežka bajó la taza e irguió la espalda—. Soy la única aquí que todavía es vulnerable a accidentes como el que sufriste anoche. Quiero cambiar —entonó con voz queda y persuasiva—. Quiero poder ayudar. Fue una tortura quedarme aquí sola anoche sin saber cómo estaban ustedes, sin poder hacer nada. Sé que dijeron que por más que cambie tardaré en acostumbrarse, pero al menos, si cambio, no tendrán que preocuparse tanto por mí. Me siento de lo más inútil. Si he de morir, si esto termina mal para todos me gustaría al menos haber tenido la oportunidad de experimentar al menos una pequeña probada de aquello de lo que siempre me sentí parte.

Vicente giró la cabeza y me miró.

—Por favor. Por favor, Eliza, necesito enfrentar lo que siempre fue una sombra corriendo tras de mí. No quiero morir al ser atacada por la espalda. Es cobarde. Quiero enfrentar esto con ustedes. Son mi familia... más de lo que lo han sido aquellos con los que comparto sangre—. Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Por favor. Quiero ayudar.

—Quizá haya llegado la hora. Ella tiene razón: podrá defenderse mejor siendo

una de los nuestros.

No transcurrió ni medio segundo antes de que la euforia se transluciese en el rostro de Anežka. Puede parecer ridículo sin embargo aquella oscura y poco sacrosanta perspectiva alzó sus labios tirando de las comisuras para formar una espléndida sonrisa.

—No digo que debamos hacerlo hoy mismo —acotó Vicente parándole los pies. Ella pareció desinflarse.

—¿Mañana?

—¡Hey, alto, alto! Calma ¿sí? Tal y como están las cosas...

—Eliza, si a ustedes les sucediese algo quedaría indefensa.

—Eso no es del todo cierto Anežka. Cambiar no es como darse una ducha, no simplemente sales te sacas y te cambias de ropa. Los primeros días son un tanto abrumadores y lo ideal sería que pudieses tomarlo con calma.

—Creo que estamos lejos de encontrarnos en una situación ideal.

Fulminé a Vicente con la mirada, después de todo lo que me había hecho esperar a mí, me sorprendía que estuviese de acuerdo con Anežka en que debía cambiar pronto.

—Sí no sucede nada podríamos hacerlo entre mañana y pasado. No me parece mala idea, incluso eso podría darnos nos días libres del consejo, los cuales no nos vendrían nada mal para intentar encontrar a tu madre y poner un poco de orden en nuestra situación.

—No te olvides que ella será una neófita, estará inestable y...

—Pese a todos mis malos augurios a ti no te fue tan mal.

—No, lo cierto es que no pero ella...

Vicente me interrumpió otra vez.

—Creo que puede manejarlo. Intuyo que el cambio no la desbordará, no está en la naturaleza de Anežka, ella es tranquila, centrada. Le irá bien.

Anežka le dedicó una gran sonrisa.

—Eliza, por favor, es frustrante continuar siendo humana, y una carga. Además tú me lo explicaste, tomar mi alma te hará más fuerte a ti también. Después de lo de anoche no te sentará nada mal algo de energías.

—Intentas sobornarme —le dije medio en broma medio en serio.

—Piénsalo; no tiene demasiado sentido continuar demorando lo inevitable.

Sentí el corazón de Anežka acelerarse, su pulso se disparó cuando hice contacto visual con ella. Vicente tenía razón, si nos sucedía algo a él y a mí, sería más sencillo para ella y para quienes la ayudasen a escapar y la guiasen luego en los subsiguientes pasos de su vida, que estuviese convertida en un

demonio. Serlo, de daba muchas más chances de salir ilesa. Sí antes creí que como humana le iría mejor si todo se iba al demonio, ahora, su humanidad me antojaba como una gran debilidad de la cual yo podía sacarla. Darle esa nueva vida que deseaba, bien también podría ser lo último que hiciese por ella. Morir y dejarla sola sin nada me parecía una pésima forma de concluir nuestra relación.

¿Para qué demorarlo? Podía morir mañana, hoy mismo...

Al menos haré esto por ti —entoné dentro de mi cabeza viéndola fijamente a los ojos.

—No hoy, quiero visitar la biblioteca angélica de mi padre, esta noche. Cuando regrese decidiremos cuando; tal vez mañana por la noche...

—¿De verdad?!

Anežka estaba exultante de felicidad, lo único que le faltaba era ponerse a saltar.

—Tenemos que discutir eso.

Anežka se ensombreció.

—No, no tu cambio, su visita a esa biblioteca.

Los colores le volvieron al rostro.

—Necesito respuesta. Además, cuánto tiempo más crees que lograré sobrevivir salvándome de milagro antes de que finalmente me maten. Podría ser cuestión de horas, nada más.

—No hables así.

—Es la verdad. No sé para qué me quieren... Sea lo que sea intuyo que al final se desharán de mí para siempre.

—Si estás de ánimo derrotista —comenzó a rezongar pero lo interrumpí.

—No es ánimo derrotista, es sinceridad, todos sabíamos que existía la oportunidad que de que la historia no tuviese un final feliz. Las cosas no nunca han salido demasiado bien para mí; tuve suerte contigo, mucha suerte y creo que allí se acabó mi cuota.

—No puedo creer lo que estoy oyendo —resopló enojado.

Por desgracia yo pronunciaba estas palabras con calma, no es que quisiese morir, que diese todo por perdido, que simplemente fuese pesimista, ansiaba con todo mi corazón continuar con vida, sin embargo no podía hacer oídos sordos a una verdad que me era gritada a todo pulmón. Todo podía salir mal. Era un cincuenta y cincuenta de posibilidades entre morir y vivir. Debía prepararme para ambos desenlaces. Eso intentaba hacer con la mayor entereza posible, y como yo no era la única involucrada quería que Vicente supiese que

si me iba, lo haría en paz, dejando tras de mí, la mayor sensación de armonía posible.

—¿Hablas en serio? —Anežka se había puesto pálida otra vez, si hasta parecía que sus pecas se hubiesen desvanecido.

—Oigan, no es que me entregue, continuaré peleando hasta el final, es que todos debemos prepararnos para lo que pudiese llegar a ocurrir.

—Nada malo te sucederá.

—Anoche me salvé por los pelos. Negarlo no es buena idea.

—No volverá a ocurrir, no pienso perderte de vista nunca más —exclamó poniéndose rojo como un tomate. Se pasó las manos por el cabello y tironeó de éste.

—Al menos por esta noche deberás resignarte a que salga sin ti, tengo que entrar ahí, Vicente, llámalo presentimiento o como quieras...

—¿Capricho? —Replicó con una ceja en alto—. No debí contarte sobre aquel lugar. Le diré a Gabriel que vaya solo.

—Es una locura, no puede ir solo. Además necesito verlo con mis propios ojos.

—Ni siquiera sabes si Gabriel está dispuesto a acompañarte.

—Para eso pienso llamarlo. Necesito tu celular.

—Iré con ustedes.

—Alguien tiene que cuidar de Anežka.

—Entonces iré yo con él —soltó con urgencia.

—Tu celular, por favor —pedí extendiendo una mano hacia él, todavía traía el aparatito en una de las suyas—. Por favor. No me atacarán en esa casa y de camino allí estaré en compañía de Gabriel.

—Odio que tengas que ir con él, odio que tengas que ir.

Fue un momento de lo más incómodo, no fue intención de Vicente soltar aquello pero allí estaba. Anežka se puso colorada y yo deseé que la tierra me tragase; obviamente era difícil para él soportar mi cercanía con Gabriel, no poder prescindir de él parecía el colmo.

De mala gana me entregó el celular.

—Voy a darme una ducha, enseguida bajo.

Evidentemente siquiera quería tener que soportar una conversación compartida entre Gabriel y yo.

—También necesito una ducha —me dijo Anežka en checo, abandonando la cocina menos de un minuto después de que lo hiciese Vicente.

Apoyé el celular de Vicente sobre la mesada y me levanté a servirme una

segunda taza de café. Regresé a mi lugar, lo contemplé mientras bebía unos cuantos sorbos.

¿Quería siquiera volver a hablar conmigo?

El modo en que se alejara de mí anoche, me daba muy mala espina.

En ese preciso instante decidí que aunque Gabriel no me acompañase, iría a ver la biblioteca. Por supuesto, si iba sola no le mencionaría ni una sola palabra de ello a Vicente.

El contenido de la taza que quedó en la mitad. La deposité sobre la mesada, tomé el teléfono y marqué el número de Gabriel.

—Sí, Vicente, que pasa, ¿ocurrió algo?

La voz de Gabriel me provocó escalofríos.

—Soy yo.

Silencio.

—Perdí mi celular por eso le pedí a Vicente prestado el suyo.

—¿Sucedió algo?

—No, nada. Primero que nada llamaba para disculparme, anoche en el auto no pude controlarme.

Soltó algo similar a un gruñido y no tuve ni la menor idea de que significaba aquello.

—Entiendo que puedas haberte enojado pero no es mi culpa si tengo; no es un don que yo pidiera tener, ni siquiera sé si lo quiero. Simplemente está ahí, y a decir verdad creo que puede ser útil.

—Lo sé, te entiendo y la verdad es que si lo es.

—No creo que deba disculparme por tenerlo —insistí ante la parquedad de su tono. De la boca para afuera aceptaba mis palabras sin embargo era obvio que por dentro todavía le molestaba—. Imagino que sabrás que no pienso aprovecharme de ese poder así como no me aprovecho de mis otros dones. Gabriel, no intento ponerme en tu lugar, nunca lo haría, ustedes son... tú eres... ni de casualidad me comparo contigo. Me imagino que para ti no se ve bien que yo tenga aquello que no debe pertenecerle a los míos sin embargo debes saber que nunca jamás lo usaría en contra de ustedes...

—Ya, Eliza, no me debes tantas explicaciones.

—¿Por qué te fuiste así?

—Porque saber que puedes hacer aquello que es intrínsecamente natural de los de mi clase hizo que una barrera de las que me impedía amarte con libertad, cayese.

Casi me caigo de la silla al oír eso.

—Entré en pánico. Durante todo este tiempo intenté aferrarme a todo lo que me ha sido posible para no sentir nada por ti. Primero insistí en convencerme de que ese sentimiento me haría perder mis alas, también me impuse recordar a cada segundo el voto sagrado que diste cuando contrajiste matrimonio, al final, cuando me pediste tiempo, apreté los dientes y fingí estar de acuerdo en dártelo. Desde anoche no me queda nada, porque ya no te veo como a un demonio, como a alguien que entregó su alma sino como a un...

—Soy un jodido engendro de la naturaleza, Gabriel.

—No bromees. No eres tal cosa, eres... eres tú y te amo.

Apreté con fuerza los parpados y el puño de mi mano libre. Mi garganta se cerró y tuve la sensación ser rasgada en dos mitades.

Mi conciencia nunca había estado tan cargada y pesada antes.

—No espero que contestes.

Siquiera podía articular nada, mucho menos pensar en decidirme por el amor de una u otra de las criaturas más maravillosas, me profesaban.

—¿Cómo está tu pierna?

—Duele. Va mejorando, no me veo nada bien pero no importa, estaré como nueva en un día o dos. Gabriel, necesito hablarte de algo y pedirte un favor— y así sin más le solté la historia de la biblioteca—. El lugar tiene algo que repele demonios, aquel lugar es una especie de santuario, un altar.

—¿En el buen sentido?

—Eso creo; como si los admirase.

Gabriel se quedó mudo, la línea sonó tan silenciosa que pensé que algo había sucedido con la comunicación.

—¿Gabriel?

—Sí, aquí estoy.

—Necesito ver el lugar, saber qué guarda mi padre allí y entender por qué lo mantiene. Es su secreto, su lugar privado, dudo que ningún demonio fuera del grupo de las sillas sepa de su existencia y creo que más allá de conocer el lugar, ninguno de ellos ha entrado jamás allí.

—¿Y cómo planeas entrar tú?

—Supongo que no por las buenas.

—Supuse que dirías eso —medio gruñó.

—Necesito que me acompañes, temo no poder entrar en aquel lugar sagrado por ser un demonio.

—Dime dónde es, iré solo.

—No cuentes con eso. Iremos juntos. Tengo que verlo con mis propios ojos.

—¿Cuándo?

—Esta noche. La casa queda en las afueras de la ciudad.

—Tenemos que encontrarnos en alguna parte entre tu casa y el lugar en el que nosotros estamos parando.

—Puedo recogerte con el auto por donde me digas.

—A las nueve en el puente Alejandro III.

—Bien, a las nueve en el puente Alejandro III—. Dicho puente, ubicado sobre el río Sena, era uno de mis lugares preferidos de todo París, en gran parte debido a su decoración con querubines, ninfas y sus treinta y dos preciosas farolas *art nouveau*; además de por su inigualable ubicación uniendo la explanada de Les Invalides con el Grand Palais y el Petit Palais. Desde allí podía verse la majestuosa cúpula dorada que se alza sobre la tumba de Napoleón asomando por un lado, Torre Eiffel por otro; al fondo los Campos Eliseos. Desde el puente la vista panorámica era excepcional, uno perdía la noción del tiempo y el espacio allí.

Creo que una de las razones por las que me gustaba tanto el lugar eran sus cuatro torres coronadas por dorados caballos alados, esos pegasos que parecían querer remontar el cielo me hacían sentir que en la vida no existían los imposibles. Aquellas criaturas esplendorosas infundían en mí una profunda sensación de libertad.

El lugar era perfecto. Pena que lo eligiese como preludio de una noche que podía terminar muy mal.

38. Luz dorada.

Por un momento pensé que Vicente no me permitiría salir de la casa, creí que me encerraría en alguno de los cuartos. Supongo, por su mala cara, que ganas no le faltaban. Aborrecía de principio a fin mi idea de salir de casa y para colmo, que intentase escurrirme dentro de la biblioteca angélica de Eleazar.

El caso es que creo que no le quedó más remedio que dejarme partir cuando le expliqué que no estaba dispuesta a ceder, mi incursión en aquella casa no era negociable, tampoco ningún otro de los detalles del plan para esta noche.

Debí sonar como una persona con demasiada sangre fría, incluso despiadadamente insensible puesto que Gabriel me acompañaría, pero lo cierto es que le dije que aunque debiese pasar sobre su cadáver para salir de casa, lo haría. La verdad no era exactamente así y él sabía que no, mas si intentaba usar la fuerza conmigo, yo la usaría con él.

Otra vez se despidió de mí en el umbral de la puerta, alzando una mano, mientras yo maniobraba para acomodar el auto en la calle. Anežka estaba con él.

Se formaba un vacío en mi pecho al ver su imagen achicándose en el espejo retrovisor.

Pisé el acelerador y giré en la siguiente esquina.

Frente al semáforo en rojo comencé a preguntarme qué se sentiría morir, morir de verdad... ir a parar al Infierno. ¿Se revelarían ante mí las verdades de la vida o simplemente me hundiría en mi castigo eterno sin más explicaciones? Me dio miedo, no quería morir, pero sobre todo detestaba la idea de partir todavía cubierta de un manto de las mentiras y secretos.

...

París por la noche lucía un brillo especial, dorado, un tanto rojizo por momentos, casi como si el aire fuese naranja.

La ciudad también vibraba de un modo diferente por las noches, su vida recobraba energías. Esta ciudad no se apagaba nunca, bueno, tal vez se calmaba un poco entre la madrugada justo antes del amanecer, aún así, por ciertos rincones, podías percibir que si dormía, lo hacía con un ojo abierto. Es por eso que al aproximarme a los alrededores del puente Alejandro III encontré el tránsito cargado, nada parecido a los embotellamientos del día, tampoco nada para despreciar.

Encendí la luz interior del auto y me preparé para buscar a Gabriel.

En las veredas se mezclaban parisinos y turistas. Las postales nocturnas de los monumentos y edificios emblemáticos de la ciudad eran de un atractivo irresistible para las cámaras fotográficas.

Uno de esos puntos de la urbe en que los flashes se juntan en una condensación que hace pensar que diminutas estrellas flotan sobre el río, es el puente de Alejandro.

Mi corazón empezó a latir desacompañado, igual que un metrónomo averiado cuando divisé alzándose al cielo, las dos columnas con sus ángeles y pegasos dorados, y como de ángeles se traba esto, distinguí las formas de uno de carne y hueso, oteando la calle con la frente en alto y los ojos atentos.

El tránsito y yo en ésta marea imparable, fluimos hacia él.

Los peatones pasaban frente a Gabriel casi sin prestarle atención, la mínima indispensable para no llevarlo por delante. Sí supiesen quién y qué era en realidad.

El arcángel Gabriel sobre un puente de París. Eso resultaba casi increíble hasta para mí.

Cuando lo tuve a tiro, le hice luces con los faros, él giró la cabeza.

Alce una mano para saludarlo sin estar muy segura de si me veía o no, de si sabía que era yo.

Lo supo. Caminó hasta la esquina. Un par de metros por debajo de él se encontraba el muelle donde se toman los *Baetau Mouches* que recorrían el Sena cargados de turistas con espíritu romántico y parejas que se organizaban para emprender aquel recorrido.

El tránsito no iba demasiado pesado sin embargo esperaba que de todos modos, me aturdiesen con el sonar de incontables bocinas cuando me detuviese para recogerlo.

Frené. Las esperadas bocinas se hicieron oír. Gabriel corrió hasta el auto; abrí la puerta para él. Fue todo muy rápido, en cuanto se sentó aceleré otra vez casi sin darle tiempo a cerrar la puerta. Cinco segundos más tarde fluíamos otra vez camuflándonos entre los tantos vehículos que deambulaban por París.

—Hola.

Me agradó escuchar su voz libre de aquel tinte crispado con el que se dirigió a mí dentro de este mismo automóvil ayer por la noche.

—Hola. ¿Llevas mucho esperándome?

Con un dedo señaló el reloj del auto. Pasaba un minuto de las nueve.

—Entonces recién llegabas. ¿Te acompañó alguien?

—Cesar me dejó al otro lado del puente.

El cual volvíamos a cruzar en este momento.

Por el rabillo de los ojos lo contemplé, parecía tranquilo hasta que se percató de que lo observaba, entonces su calma se hizo añicos.

—Todos esos querubines —comencé a decir apuntando con un dedo que despegué del cuero del volante, a las últimas farolas del puente—, es extraño contemplarlos al mismo tiempo que te tengo sentado a mi lado. Es de lo más bizarro.

—Por momentos el mundo se pone más ridículo de lo normal.

—¿No te gustan? ¿No son muy fieles esas representaciones? —bromeé al notar su mala cara. Sus sonrisas eran tan hermosas que verlo enojado era un verdadero pecado.

—La verdad es más real, menos adornada.

—¿Eso crees? —subí un cambio, al alejarnos de las zonas turísticas los automóviles comenzaban a escasear—. Lo dices como si creyeses que tu ser

se encuentra desprovisto de cualquier cosa susceptible a considerarse bella, y permíteme que añada que tus alas ciertamente son infinitamente mucho más magníficas que cualquiera de las esculturas de ese puente. Todo en ti irradia la más excelsa de las bellezas.

Avergonzado igual que un adolescente que no sabe enfrentarse a las mujeres. Intentaba contener la sonrisa, no lo logró por mucho tiempo.

Su rostro bronceado recortado en el juego de luces y sombras de la noche, así, con esa espléndida sonrisa que acabaron dibujando sus labios era simplemente espléndido, mucho más significativo y hermoso que los cuatro pegajos de las torres del puente: un pasaje directo que tenía el poder de elevarte al cielo.

—Gracias por acompañarme.

—No hay por qué. Puede que suene raro... me alegra estar contigo ahora. Tal vez no sea la mejor situación...

—No lo es —sonreí.

—Tanto da, atesoro cada segundo a tu lado. Amar de este modo es algo que nunca había experimentado antes. Es algo que no olvidaré jamás.

—Mientras no termines odiándome por eso—. No me creía merecedora de su amor. ¿En qué mundo los ángeles se enamoran de los demonios?

Negó lentamente con la cabeza.

—Supongo que no puedes odiar. Por ser un arcángel, digo.

—Últimamente experimento sentimientos que nunca antes había tenido. Pero no, no te odio.

—Nunca me animé a preguntarte si esto —moví la mano señalándonos por turnos—, no te traerá problemas.

—Sea cual sea el castigo lo aceptaré gustoso.

—No me agrada eso, Gabriel. No deberías hablar de ese modo. Que te castiguen por mí...

—Podría haberme enamorado de cualquier otra persona. Bueno, supongo que no de cualquiera. No consigo expresarme bien —tomó aire por la boca, como para darse aliento y prosiguió—, lo que quiero decir es que no es tu culpa que yo te ame. Aprendí mucho desde que te conocí, lo más importante de todo, a lo que le doy más valor además de a ese amor que hiciste nacer en mí, es... quitaste la venda de encima de mis ojos. Hasta que te conocí me consideraba un guerrero y creía que los guerreros no debían amar o aferrarse demasiado a sus afectos, tenía la idea de que eso me debilitaría. Creo que en algún punto, antes de conocerte, no comprendía demasiado bien lo que significa, e implica vivir. Ahora lo sé, veo el mundo de un modo diferente, más completo. Me

obligaste a asomarme hacia el otro lado, a comprender que no era simplemente un profundo hoyo negro vacío. Hay mucho más que oscuridad allí. Es probable que fuese hora de que aprendiese esa lección, después de todo, en algún momento el guerrero debe bajar de su caballo, saltar al campo y ver que hay en él. Observar todo desde arriba te muestra una única perspectiva. No podía continuar viendo todo desde allí, porque es aquí, aquí abajo —extendió su mano y la posó sobre la mía, que se encontraba sujetando la palanca de cambios —es donde se encuentra el verdadero significado de todo.

El tacto de su piel contra la mía desestabilizó mis sentidos. El violento arrebato de calor que abrazó mi cuerpo me hizo pensar en el amor como un pecado; los congéneres de Gabriel debían catalogar ese amor como la peor de las bajezas.

Procuré no mirarlo pero no pude evitarlo, sus ojos parecían flamas. En silencio quitó su mano de encima de la mía.

—Entonces... cómo haremos para introducirnos en esa casa sin ser vistos, para alcanzar la biblioteca.

—No creo que entrar represente un verdadero problema, la casa está rodeada de bosques, es de noche y los demonios ya casi no concurren allí.

—Pero en cambio entrar en la biblioteca... —empezó a decir dejándome el resto para mí.

—No tengo ni idea de cómo haremos para entrar ahí. Quizá yo ni siquiera pueda poner un pie dentro.

—Sí, recuerdo que me comentaste la teoría de Vicente.

—Lo que no termino de entender es cómo mi padre logra entrar allí.

—Alguna vez fue un ángel.

—Eso fue hace mucho, perdió sus alas, y supongo que también todo derecho a reclamarlas.

—Todavía lo es.

—¿Lo consideras un ángel? Pensé que no te agradaba... es decir: que ya no lo considerabas uno de los tuyos.

—Lo que yo piense de él es irrelevante.

—No para mí.

Suspiró.

—Fui creado con la concepción de que el perdón está al alcance de todos aquellos que realmente deseen ser perdonados.

—¿Pero? —siempre hay un “pero”, y este se notaba en su cara.

—No creo que a él le interese tal cosa, Eliza. Es él, el mismo que fue en el

pasado, el mismo que será siempre.

Afuera la ciudad se oscureció y entonces su perfil se reflejó en el cristal. Un perfil tantísimo más oscuro y sombrío de lo real.

Eché una mirada hacia adelante para asegurarme de que el camino continuaba libre y sin cambios y luego giré la cabeza y lo miré a él.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que en el hipotético caso de hacer algo para conseguir el perdón, seguramente lo hará esperando ganar más que eso. Dudo que el perdón en sí mismo le interese demasiado.

—¿Algo como qué?

—No tengo idea.

—Bueno, si mi padre puede entrar tú también. Quizá descubramos algo que nos dé una pista.

—En eso pensaba. Lo que así mismo creo es que quizá tú también puedas entrar, después de todo si él fue un ángel un día, esa misma sangre angélica corre por tus venas. Quizá esa sea la razón por la que goces de un don que solamente algunos ángeles tienen. Eres lo que él fue hasta corromperse. Mitad humana, claro...

—Y ahora demonio —acoté. Sería esa la razón de poseer un don considerado casi sagrado.

—Pero con un mismo origen. Sí, tal vez tú también seas capaz de entrar en aquel lugar.

...

—No debemos estar muy lejos—. Le comenté a Gabriel y me dije a mi misma. Vicente me había explicado cómo llegar a la casa. Si no entendí mal, más allá del camino iluminado solamente por los faros del automóvil en que viajábamos, se hallaba una bifurcación. Ese nuevo camino era la ruta de acceso a la casa: una cinta asfáltica de un par de kilómetros cuya existencia se justificaba únicamente por la presencia de la propiedad de Las Doce Sillas; no había absolutamente nada más en kilómetros a la redonda, ningún poblado, ninguna granja, ninguna otra casa, nada de nada más que campo y bosques, bosques de los cuales pretendía aprovecharme. No podíamos llegar a la casa lo más tranquilos en mi automóvil y simplemente pedir entrar; primero porque no deseaba que mi padre supiese que yo había estado allí, y segundo porque existía la posibilidad de que algún demonio descubriese que Gabriel era un

arcángel. Por esa razón tenía planeado dejar el auto escondido entre los árboles y continuar el camino a pie.

—Deberíamos ir buscando un lugar, no crees.

Levanté el pie del acelerador. Echando un vistazo a mi alrededor me percaté de que sería difícil encontrar un lugar en el que ocultar el automóvil, los árboles crecían unos tan apretados de los otros que no quedaba ni un resquicio siquiera, por el que pudiese parar una motocicleta, mucho menos un vehículo cuatro veces más ancho.

—¿Qué tal allí?

Gabriel apuntó hacia la izquierda cruzando un brazo por encima de los míos.

El espejo era único.

Para no delatar nuestra posición, ante posibles merodeadores y guardias, bajé las luces de los faros. El paisaje prácticamente quedó a oscuras. En el medio de la nada y con esta noche nublada y sin luna, el campo quedaba más negro que la boca de un lobo, de uno que bien podía tragarnos de un bocado sin que nadie se diese cuenta.

El terreno irregular de campo comenzó a sentirse en la suspensión de un auto diseñado para las ciudades de asfalto suave. Contra el piso bajo de la carrocería, golpeaban piedras y detritos típicos del bosque, además de volar gruesos gotones de barro por los perfiles de las puertas y por encima del capó. Con cuidado de no quedar encallada en el barro, me dirigí hacia la entrada que parecía abrirse en el bosque entre dos árboles, un roble y un nogal. Sí por alguna condenada mala suerte me veía obligada a salir de allí a toda velocidad, probablemente las cuatro ruedas se clavarían en el blando suelo convertido en una masa pegajosa, a causa de la excesiva cantidad de lluvia caída. Aún a esta hora continuaba relampagueando allí en lo más alto del cielo.

—¿Puedes con esto? —Inquiría Gabriel aferrándose del asiento.

—Mi segundo nombre es “corredora de rally”—jugué—. No te preocupes, vamos bien. Si no puedes bajar o empujar, seguro que con tu fuerza bastará para sacar el auto de dónde quede varado.

En ese exacto momento cayó sobre nosotros un aguacero.

—Tengo una mejor idea, te bajas tú—. Replicó sin quitarle los ojos de encima a la cortina de agua que prácticamente impedía ver nada más allá de los diez metros. Obviamente él también bromeaba—. Tal parece que será un paseo bajo la lluvia.

Encendí los limpiaparabrisas. Las gomas arrastraban caudalosas olas de agua

de lluvia.

—Si no para llegaremos nadando.

—Bueno, quizá la lluvia torrencial aleje a posibles guardias que puedan estar vigilando la zona. Los demonios no son muy amantes del agua.

—Hablando de eso, se supone que hay un río por alguna parte, Vicente me dijo que debíamos seguir su paso río arriba.

—¿La casa queda junto a un río? —inquirió extrañado.

—Bueno en realidad no es uno demasiado caudaloso y además entiendo que queda a una distancia prudencial.

—Bien, entonces andar junto a este nos protegerá.

—Siempre y cuando que los demonios a los que enfrentemos no sean como Vicente y yo.

—Esperemos en tener suerte—. Alzó una mano para indicarme los árboles que ya casi teníamos encima—. Cuidado ahora.

Conteniendo la respiración, guíé el auto por aquella angosta entrada. El auto patinó de cola unas cuantas veces, por suerte logré mantener el rumbo sin que le diésemos a nada.

Los árboles se abrían en un zigzagueante camino que nos llevó a internarnos en el bosque lo suficiente para que el auto no se viese desde la ruta. El camino natural continuaba internándose en la oscuridad del terreno pero me pareció que lo mejor era no aventurarnos mal allá, era cada vez más difícil contener el volante que quería irse para todos lados a causa de los resbalones que daban las gomas sobre la tierra encharcada.

Aprovechando un pequeño claro, maniobré hasta colocar las ruedas delanteras otra vez en dirección a la ruta (otra vez previendo que tuviésemos que escapar de allí disparados).

Apagué el motor. Las luces de los faros se extinguieron, quedamos en silencio oyendo la estruendosa caída de la lluvia sobre el techo y cristales del auto.

—Supongo que llegó la hora de mojarse.

—Y de embarrarse —acoté. Probablemente terminaríamos caminando con el barro hasta las rodillas—. Pero no te preocupes, te prometo que si salimos con vida de esta mañana mismo te llevo a Hermenegildo Zegna a comprarte ropa nueva—. Seguro que se vería muy bien en uno de sus trajes, o tal vez en un Armani; un Dolce y Gabbana le sentaría de maravilla, tenían su cara.

—¿A dónde? —Preguntó sin tener ni la menor idea de qué le hablaba.

Quien compraba su ropa allí era Vicente. Gabriel podía tener la cara para llevar aquellas cosas, mas sin duda le importaba un cuerno lo que dijese la

etiqueta detrás de su espalda. En su espalda podía lucir un par de cosas mucho más gloriosas y bellas que una etiqueta con un nombre de moda.

Deseé morderme la lengua. Si la intención de mi subconsciente era la de fusionarlos los dos en uno solo, no daría resultado. Nunca daría resultado.

—Nada, no importa.

—No tienes que comprarme ropa —soltó inocentemente.

—Fue un chiste—. Ahora me parecía uno de muy mal gusto.

—Bueno, se terminó la hora de las bromas.

—Sí.

—¿Lista?

Cerré mi campera hasta el cuello y me eché la capucha sobre la cabeza. Sentí frío si bien aquí adentro aún restaba el calor de la calefacción ya apagada.

Gabriel cerró la suya, abrió la puerta del auto y por esta se coló el barrullo que metía la tormenta. Salió y yo tras él.

El agua que caía del cielo era tanta que las gotas no tardaron prácticamente nada en traspasar el tejido de mi campera, el del fino suéter que llevaba por debajo y por último tocar mi piel. Casi lo mismo le sucedió a mis jeans; de las rodillas para abajo ya eran barro, al igual que mis botas. Tenía hasta los tobillos hundidos en la mezcla de barro, hojas secas y púas de pinos.

De por sí, alcanzar la casa sería toda una hazaña.

La lluvia era fría y los gotones golpeaban igual que si fuese granizo, de la prepotencia con la que caían del cielo. Más que caer parecían ser lanzados con fuerza sobre nosotros.

Mantener los ojos abiertos resultaba casi imposible y con el agua cayendo así por la cara ver por dónde uno pisaba no era más que una ilusión.

—Tal vez deberíamos regresar. La noche está imposible.

—Nada de eso, Gabriel, sigamos adelante.

—¿Por dónde? —Quiso saber luego de apartarse un mechón de pelo de la frente.

Caminé hasta él y presté atención a los sonidos por detrás del insistente cantar de la lluvia a la cual en ese momento, se le sumaron poderosos truenos que estremecieron la tierra.

Intenté escuchar el río y no oí más que un murmullo constataste que bien podía ser el agua que para estas alturas se había metido en mis oídos.

Un poco por intuición, un poco guiándome por el mapa que me había hecho Vicente, el cual quedó grabado casi fotográficamente en mi cabeza, de tanto contemplarlo concentrada, un poco por aquel murmullo que creía percibir

apunté hacia atrás de él.

Giró la cabeza y echó un vistazo.

—Bien... —se volvió y me miró—. Tienes tus armas; conviene que estemos listos, por cualquier eventualidad.

Saqué mi daga, del bolsillo de mi campera.

—Perfecto—. Prosiguió levantando la remera y la campera por encima de la cintura de sus pantalones, de ésta última colgaba una especie de cinto de cuero negro, del cual llevaba prendido al menos tres dagas con hojas de diversos largos, y una pistola.

—¿Para qué es todo eso? —La foto ante mí fue definitivamente la de un guerrero. Entonces a eso venía el cómo se consideraba a sí mismo.

—Por las dudas —contestó tranquilamente. Sacó una daga y la asió fuertemente en su mano izquierda. Los nudillos se le pusieron blancos de la fuerza que ejerció al apretar el metal.

—Planeas matar a todo mundo allí. Se supone que debemos entrar y salir sin ser notados.

—Ya te lo dije, es por si las cosas se ponen feas. Andando.

Los primeros minutos no vimos más que lluvia y árboles, muchos árboles, y ramas caídas, por docenas, la lluvia y el viento debían haber hecho estragos durante las primeras horas de la tormenta en que las precipitaciones habían venido acompañadas de fuertes vientos. Las ramas que aún continuaban en su sitio crujían peligrosamente. Las copas de los árboles se bamboleaban de un lado para el otro, abriendo claros, como claraboyas, en la cúpula de bosque que permitían ver el cielo iluminado de reflejos plateados.

A los diez minutos le pedí detenernos, no por cansancio —pese a que las piernas ya me pesaban una tonelada cada una por el esfuerzo de caminar por el complicado terreno y por el mismo peso del agua que habían absorbido mis ropas— sino para rectificar el rumbo, desde aquí el río se escuchaba con mucha más claridad. Giré un par de grados hacia mi izquierda intentando captar los sonidos, y le indiqué el nuevo camino, el río quedaba por allí y la verdad es que se oía como una tromba marina, no como un río poco caudaloso. Como fuese, aquella era nuestra ruta.

Nunca antes había visto este río, pero sin duda, debido a la lluvia, ya no era el río poco caudaloso que Vicente mencionó. El agua marrón corría revuelta y espumosa avanzando en la misma dirección que nosotros. Sobre su turbulenta superficie flotaban hojas, pasto arrancado de los bordes que se desdibujaban a

cada segundo que el río chocaba contra las horillas arrancando tierra de las paredes del borde, y ramas caídas, entre tantas otras cosas. El río rugía todavía más fuerte que la tormenta.

Se me pusieron los pelos de punta, el río parecía una bestia fuera de control, y en mi cuerpo experimentaba una extraña atracción hacia él, como si sus aguas pretendiesen hipnotizarme para obligarme a caer en su seno y ahogarme. Me dio vértigo.

Salí de aquel transe cuando Gabriel tocó mi hombro al tiempo que me llamaba para que continuase andando.

Los dos chorreábamos agua, la única diferencia entre su cuerpo y el mío es que él aún conservaba algo de calor. Pese a que mi temperatura normal superaba siempre la media de cualquier ser humano en un par de grados, en este preciso instante me sentía cerca del punto de congelación. Tiritaba sin poder controlar los espasmos de los músculos agarrotados por la acción del agua fría que no cesaba de caer todavía con la misma intensidad que cuando se largó el primer chaparrón.

El tacto de su mano caliente me dio un escalofrío que se extendió por todo mi cuerpo.

—¿Vas bien? Tal vez no sea buena idea que caminemos junto al río.

No era factible apartarse demasiado del río, a escasos dos metros se hallaba un bosque cerrado y oscuro que no me agradaba nada, menos que el río, debo añadir.

—Estoy bien. Además no creo que falte mucho más para llegar—. Sin soltar la daga aparté con mi antebrazo, de agua y cabellos de delante de mi rostro.

Su mano se apartó de mi hombro y tomó el mechón que yo acababa de correr y lo enganchó por detrás de mi oreja. Se acercó a mí y estampó un beso en mi mejilla derecha. Aquello lejos de tener una connotación romántica se sintió como una especie de bendición y la acepté de buen grado, sobre todo porque hizo que el calor renaciese dentro de mí.

Sin cruzar ni una palabra, continuamos andando. Los sonidos sobaban.

Intenté concentrarme en el ambiente, en el plan, que a decir verdad no estaba demasiado planificado; lo que sucedía es que deseaba no pensar en él, en su espalda de hombros fuertes, en sus labios tocando mi piel. Si, de eso no había ninguna duda, él era el ángel y yo el demonio, incapaz de mantener una promesa, de ser fiel, de no arder con el tacto del cuerpo deseado, de amar a dos personas al mismo tiempo con mucha más intensidad de la que palpitaban los remordimientos por ello en mí.

Por un fugaz instante deseé tener el coraje de echarme de cabeza al río y ahogarme. Pero no, antes que nada debía resolver todo este embrollo.

Me puse firme. Paré de pensar en él, en toda esta novela retorcida que parecía un perfecto culebrón centroamericano y focalicé absolutamente toda mi atención a intentar percibir la presencia de otros demonios. Cambié el modo “divagaciones amorosas” de mí mente al botón “demonio que intenta colarse donde no debe”. Poco a poco mi cerebro se amoldó a esa nueva actitud impuesta y se concentró tanto en ella que le imposible moverse de allí, incluso cuando Gabriel se tropezó con una rama que no vio y yo lo tomé del brazo mientras él se prendía con el otro de la rama de un árbol, para evitar caer. Pese a que su mano se asió fuertemente de la mía, ya no perdí el rumbo, tenía un objetivo y a éste llegaría sin más desviaciones.

...

Cinco minutos atrás advertí a Gabriel que ya no faltaba mucho para llegar. Pese a la lluvia, al viento y a la distancia, lograba percibir el reconcentrado aroma a demonio antiguo. Era como si el empalagoso perfume emanase de la tierra cada vez que al dar un paso, mis pies dejaban profundas huellas, posos que ponían al descubierto tierra que probablemente llevaba años y años sin ser removida. Tal vez siglos de demonios contaminando el terreno.

El bosque terminó abruptamente y más allá, medio tapada por la estructura que teníamos a un par de metros de distancia, la casa.

No había un alma en los alrededores, parecía una propiedad abandonada.

Gabriel me atrajo hacia detrás de los árboles otra vez tirando de mi codo.

—No me gusta esto, percibo algo extraño.

—Es un lugar contaminado por los míos, Gabriel. No pasa nada, creo que no hay nadie. El lugar se ve prácticamente desierto.

—Sé lo que veo, sé lo que es, sin embargo no se siente exactamente así. Hay dolor aquí. Sus cejas se crisparon—. Tiene que ser el lugar.

El lugar —pensé y al segundo lo comprendí—. Aquí, junto a este cobertizo de jardinería era donde unos demonios, incluido mi hermano, habían matado al ángel. Gabriel recordaba la historia contada por Vicente.

—Este lugar me revuelve las tripas. Malditos demonios.

—Lo siento—. Casi me sentía responsable por esa muerte.

—No es tu culpa—. Lo dijo mas sonó falso. Apartó sus ojos de mí y se concentró en la casa—. Hay alguna puerta trasera.

Apunté hacia el lado de la casa que daba al río.

—Por allí. Es una especie de entrada de servicio que da a las cocinas, a la bodega. Vicente dijo que en su momento también había habilitada una entrada desde allí hasta los sótanos, pero que teme que la hayan clausurado porque dice que hace un par de años se hicieron remodelaciones. En teoría deberíamos ir por el pasillo de servicio hasta una especie de hall de distribución, allí hay una puerta que da acceso a la parte subterránea de la casa.

Gabriel frunció los labios.

—Qué pena que ustedes no duerman, sino podríamos contar con que quién esté de guardia esté echando una siesta.

—No cuentes con ello.

—Que se atrevan a enfrentarnos —masculló apretando el arma.

—Será mejor que no intentemos nada estúpido, Gabriel, seguramente nos superarán en número.

—No considero que sea estúpido acabar con unos cuantos demonios.

—Me doy cuenta de que no, pero si mi padre o alguien más sospecha que estuve aquí... —lo observé en silencio por un segundo, sus ojos destilaban desprecio—. Todavía no comprendo cómo es que me soportas.

—¿Qué?! —soltó enojado.

—Ellos te dan asco y al mismo tiempo te paras a mi lado sin...

—No eres igual que ellos.

—Tengo algo que decirte.

—¿Ahora?

No sé porque se me ocurrió que era el momento para contarle sobre Anežka.

—¿Lo harás?! ¿Por qué me lo dices ahora?

Me encogí de hombros, no tenía ni idea de por qué había decidido soltar semejante bomba justo en este preciso momento.

—No es momento para hablar de esto. Tenemos mucho que hacer.

—Oye... —hice el ademán de tomarlo por el brazo ya que dio un primer paso con el que pretendía avanzar hacia la casa, pero me esquivó.

—Lo haces a propósito para que te aborrezca.

Sentí como si me apuñalasen en el estómago. Quizá.

—Lo discutiremos luego.

—Le prometí que lo haría.

—Lo hablaremos luego —insistió alzando la voz.

—Gabriel...

—Andando.

Se lanzó a la carrera bajo la lluvia, probablemente pasando sobre la tierra baldía en la que ardiera en ángel años atrás. Corrí tras él y al pasar por encima de aquel lugar sentí un profundo escalofrío. Allí había una presencia distinta que no tenía que ver con la casa. Había sufrimiento sí, mucho dolor y un vacío que se te metía dentro contrayendo tu corazón y todos tus vasos sanguíneos. Se me taparon los oídos y por una milésima de segundo mi visión se volvió blanca.

Corrimos a toda velocidad hacia la casa, medio agazapados, procurando escondernos detrás de los pocos árboles y plantas, y las ocasionales fuentes y esculturas desparramadas por el bosque, incluso, ya muy cerca de la casa, nos detuvimos con las espaldas pegadas a una vieja camioneta oxidada que tenía la apariencia de no haber sido movida de aquel lugar en mucho, mucho tiempo.

—¿Crees que alguien nos hayan visto? —Me asomé un poco por encima del capó de la camioneta, las ventanas continuaban a oscuras.

—¿Sientes algo?

Negué con la cabeza. Si había demonios en los alrededores no se encontraban demasiado cerca.

—Te dijo Vicente con cuantos guardias podíamos toparnos.

—Como mucho unos ocho. Dice que jamás ha habido más de una docena, ahora como la casa ya casi no se usa, él supone que es probable que no haya más de seis demonios dando vueltas por ahí.

—Puedo contra doce demonios.

—Te creo. No necesitas demostrármelo. Mejor entremos procurando no ser vistos, ¿sí?

Asintió con un ligero movimiento de cabeza.

—Andando.

De la puerta trasera nos distanciaban unos quince metros. Hasta ella corrimos. Me extraño no ver cámaras de seguridad, ni sensores de movimiento ni ningún otro tipo de artilugio tecnológico y eso que a los demonios les gustan mucho esas cosas. Era obvio que aquí no hacía falta, ningún ser humano en su sano juicio intentaría meterse a robar en una casa con tan oscuras vibraciones como ésta, y por lo que respecta a otros demonios, al menos que estuviesen locos no osarían poner un pie aquí dentro sin ser invitados. Gabriel y yo éramos los únicos desquiciados que teníamos la idea de introducirnos allí para quebrar los secretos de mi padre.

Nos pegamos por las espaldas a la pared, uno a cada lado de la puerta, junto a

los tres escalones de mármol.

—¿Algo?

Entendí que se refería a si captaba a algunos de mis congéneres.

—Todavía nada.

—Es toda tuya —soltó apuntando la puerta con la cabeza.

Si la puerta estaba cerrada con llave no representaría un problema para mí. No lo fue. Presioné la manija y la puerta se abrió así sin más. Por un momento contuve la respiración esperando el sonar de chillonas alarmas. Nada, no hubo nada más que el silencio del interior de la casa en contraste con el barrullo que provocaba la tormenta en el exterior.

Asomé la cabeza y eché un vistazo. No detecté ni un solo rastro de luz, movimiento o presencia alguna. Gateé sobre los escalones y entré.

Agachado, Gabriel entró tras de mí. No fuimos muy lejos, en cuanto tuvimos el espacio suficiente, todavía de rodillas sobre el suelo que ahora estaba mojado gracias al agua que chorreaba de nosotros, cerramos la puerta.

Alcé la vista buscando algo en particular y por suerte lo hallé sobre la cabeza de Gabriel.

Un perchero de simples ganchos de hierro del que colgaban dos camperas negras, un delantal verde de trabajo y lo más perturbador, un enorme azadón cuyo filo recién sacado, brillaba igual que una media luna de plata.

¡¿Qué demonios hacía eso allí?!

Por un momento tuve un pensamiento muy tonto: la muerte lo colgó allí al entrar.

¡Dios!

Era una estupidez, aun así se me pusieron los pelos de punta.

Ante la mirada impávida de Gabriel estiré un poco las rodillas y manoteé una de las camperas, con el interior de tela de algodón, sequé el suelo que habíamos empapado con el agua que chorreaba de nosotros.

Gabriel se sonrió.

Volví a colgar la campera en su lugar.

Continuábamos chorreando agua pero así al menos nuestra entrada no sería tan obvia.

Cruzando unos cuantos gestos y señas nos pusimos de acuerdo para retomar la marcha. Nuestra incursión dentro de la casa acababa de empezar.

El corredor de servicio era una puerta tras otra, todas cerradas y en silencio. En cualquier momento podía salir un demonio de alguna de ellas y descubrirnos. Teníamos que movernos rápido.

—¿Intentamos por la puerta de la bodega o vamos directo al acceso principal hacia el sótano? La puerta de la bodega debe ser una de estas. Señalé las puertas que se encontraban de mi lado del corredor. El lado derecho.

Antes de que tuviese tiempo de responderme sonó un crujido en alguna parte de la casa, no puedo precisar dónde, solamente sé que se escuchó cerca.

Gabriel abrió muy grande los ojos.

Nada se movió. Nos quedamos muy quietos en cuatro patas sobre el piso de largos listones de madera.

El crujido volvió a sonar, y luego otro, y otro. ¡Eran pasos!

La respuesta de Gabriel vino en forma de acción.

Abrió la primera puerta a mi derecha, era una especie de cuarto de servicio. La cerró con delicadeza y se abalanzó hacia la segunda. Era una escalera y conducía hacia abajo.

¡Las bodegas! El olor, la humedad y el fresco eran típicos de ese tipo de instalaciones.

Adentro del pequeño espacio formado por una suerte de balcón que era el descanso de la escalera, me empujó Gabriel, para acto seguido cerrar la puerta otra vez.

El lugar quedó completamente a oscuras. Ni se me ocurrió buscar alguna luz, si encendía una, probablemente el brillo pasaría por debajo de la puerta delatando nuestra ubicación.

Viendo apenas sombras sobre oscuridad, detecté el contorno del cuerpo de Gabriel acercándoseme. Casi chocó contra mí, evidentemente él no veía muy bien en la ausencia total de luz. Al oído me susurró que bajásemos por la escalera. Iría por delante.

Tomó mi mano izquierda y a tientas, con su otra mano, ubicó el pasamano para colocar la mía encima.

La temperatura descendía a medida que bajábamos los escalones. Mis ropas se pusieron más y más frías. Conté los peldaños, fueron exactamente cuarenta y dos, los cuales se enroscaban sobre sí mismos formando una escalera en espiral de una vuelta y media.

En el aire se sentía que el espacio se había abierto y mucho, igual que si nos encontrásemos en una amplia catacumba.

Oí a Gabriel moverse cerca de mí y de repente lo vi. Bueno, mejor dicho vi sus alas. El brillo de éstas iluminó todo lo que se encontraba a nuestro alrededor.

No hallábamos en una especie de corredor semicircular de unos siete metros

de alto, construido en una piedra marrón claro. De ancho debía tener el doble que de alto. Era extremo espacioso y me hizo sentir pequeña, pero lo que más me impresionó fue la cantidad de botellas y barriles perfectamente acomodados a un lado y al otro del mismo. El espacio se abría hacia un lado y al otro curvándose de modo tal sobre el centro de la casa que resultaba imposible ver dónde terminaban, si es que terminaban en alguna parte. Todo a lo largo de techo discurría una línea de cables de luz de los que colgaban cada tanto, una simple lámpara de metal con una bombilla encerrada en una reja de cuatro alambres.

—Es mejor que cualquier linterna—. Bromeó Gabriel echando la cabeza hacia atrás ligeramente—. No necesita pilas.

Reí suavemente.

—Estuvimos cerca.

—¿No es peligroso que...?

—¿Qué saque mis alas así?

Asentí con la cabeza.

—Tranquila, hago todo lo que puedo para evitar que me noten, y a ti también.

—¿Cómo?

—Es difícil de explicar. Quédate tranquila, mientras no nos topemos frente a frente con ellos es probable que no nos noten—. Inspiró hondo y soltó el aire—. ¿Hacia dónde?

Apunté con la cabeza hacia mi derecha.

—Es por allí. En alguna parte debiera haber un desvío con un corredor alternativo y luego una puerta, una pequeña, un tanto escondida en un recodo. La puerta lleva a un corredor largo y angosto que termina en otro más grande y supuestamente más habitado, por lo cual también más peligroso, que une la biblioteca, la biblioteca angélica de mi padre y otros tantos recintos menos agradables (como ser: celdas, cuartos del olvido —Vicente me comentó que así se llamaba a los lugares en los que encerraban a los demonios para castigarlos—, y demás cuartos infernales).

—Busquemos esa puerta entonces. No perdamos el tiempo. Cuanto antes salgamos de aquí mejor.

—Me alegra que dejaras de insinuar que te gustaría matar unos cuantos demonios antes de salir. No me gusta oírte decir esas cosas. Sé que como arcángel es tu tarea, siento que cuando te pones en ese papel se forma una brecha entre nosotros. Casi te desconozco.

—Es este lugar el que me hace perder la cordura. Recuerdas que cuando te

conocí también me comporté así a la defensiva. No puedo evitarlo.

—Con un poco de suerte saldremos de muy pronto de este horrible lugar.

—Sí digo alguna otra barbaridad no me hagas caso—. Hizo una pausa que duró un par de pasos—. Jamás creí que entraría en un lugar como este. Siento como si hubiese caído de cabeza en el Infierno. Tengo los oídos aturridos de los gritos de espíritus atormentados, y veo pasar por mi lado sombras. Hay tanta mezquindad aquí. La perversión impregnada en estas paredes es tal, que hace que me duela el corazón. Estar aquí duele... en el alma.

—¿Todo eso te sucede ahora mismo? Y yo que creía que ser un demonio era abrumador.

Dio un lánguido parpadeo. Cuando abrió los ojos giró la cabeza hacia su derecha.

—Aquí.

Frenó en seco y dio la media vuelta para meterse entre dos gigantescos toneles de roble soportados sobre unos pies de madera que parecía la cabecera de una cama estilo Luis XV.

Encogió las alas, el espacio apenas si era suficiente para andar medio de costado.

—¿Cómo sabes que es por aquí?

—Sentí una corriente de aire. Además huele de un modo diferente.

Olfateé el aire, tenía razón en vez de oler a madera y humedad, y con aquel tinte ácido de los vinos, olía como a perfume de vainilla sintético, extremadamente dulce.

Dimos contra la pared, pero entre la pared y el tonel de la derecha se abría un espacio en forma de cuña escondido detrás del siguiente tonel, y en aquel espacio, una pequeña puerta.

Gabriel intentó abrirla y no pudo.

—La habrán bloqueado con las remodelaciones —aventuró.

—Permíteme intentarlo.

La puerta no se resistió a la presión que ejerció mi muñeca al girarla.

—No, parece que no—. Con cuidado abrí la puerta al tiempo que metía la cabeza por el espacio entre ésta y su marco para asomarme al corredor. No pude ver mucho—. Este lugar es un verdadero laberinto. Debe ser al menos diez veces más grande que la casa.

—Sí, es probable que abarque gran parte de la propiedad y no me sorprende. A tu padre siempre le gustaron los lugares bajo tierra en los que no llega la luz. La oscuridad es su hábitat natural.

—Pues no es el mío.

—Déjame a mí, pondré algo de luz aquí. ¿Libre?

—Eso creo. Huele a demonio sin embargo creo que es olor viejo. No hay nadie aquí.

Me dio algo de claustrofobia.

Anduvimos a paso vivo hasta que el corredor acabó definitivamente en otra puerta. Al otro lado se hallaba territorio más peligroso: la parte habitada de esta infernal sucesión de catacumbas y corredores.

Esta vez la puerta no le hizo frente.

Con el arma por delante, abrió la puerta.

Por encima de su hombro divisé un espacio muy similar a los que podían encontrarse en la casa, al nivel del suelo. El mismo tipo de decoración recargada, estilo Luis XV. De las paredes colgaban pinturas. Había muebles, por lo menos vi una mesa angosta y larga arrinconada contra la pared de enfrente, sobre la que descansaba un candelabro y un busto. El piso de piedra estaba cubierto de alfombras aquí y allí, y lo más importante de todo, lo principal: las luces estaban encendidas.

Con un movimiento de cabeza le indiqué la dirección que debíamos tomar. Ahora sí, más que nunca, debíamos tener mucho cuidado.

...

Percibí una nota distinta en el aire. Detuve mis pasos y extendiendo un brazo por delante de su pecho, obligué a Gabriel a detenerse también.

A poco más de dos metros por delante de nosotros sobre el lado izquierdo del corredor que se ensanchaba notablemente terminando en una pared curva cuyo espacio ocupaba una impresionante escultura de mármol que me recordó a una de las obras de Miguel Ángel, había unas pesadas puertas de hierro anchas como un portón de garaje abiertas de par en par. Supe que allí era. El aire olía a demonio.

Llegó el momento, me dije a mí misma.

Lo empujé hasta arrinconarlo contra la pared.

—Creo que hay alguien aquí.

—Yo también lo siento —me susurró al oído—. No se suponía que hubiese guardias en la entrada de esta biblioteca.

—Tal vez no sea un guardia. Me encargaré de él sea quien sea, tú intenta colarte dentro. Vicente dijo que no deberíamos tener problemas para entrar

allí, supuestamente la puerta no se cierra nunca.

—No es buena idea que vayas sola —entonó afirmando la sujeción sobre el arma.

—Gabriel recuerda que debemos procurar entrar y salir sin ser vistos.

Puso mala cara.

—Dame un momento, si se pone feo de cualquier modo deberás ayudarme.

—Ten cuidado.

Guardé la daga en la cintura de mis pantalones, inspiré hondo y comencé a caminar en dirección a las puertas abiertas. Una tenue y vacilante luz emanaba de aquel arco pesado y antiguo. Sentí en el aire el olor a pabilo quemado, a parafina derretida. Eran velas.

El espacio que se abría frente a las puertas era amplio y dorado, iluminado por las llamas de cientos de velas posadas sobre una infinidad de candelabros de todos los materiales, tipos y formas, lo cual me recordó a aquella sala en la que los demonios amenazaron y torturaron a Vicente frente a mí, una sala que debía estar por sobre encima de mi cabeza, en alguna parte, no muy lejos de aquí.

En esta sala no había más que candelabros, una alfombra persa roja con dibujos en un pálido azul oscuro, blanco, beige y marrón. En el centro de la alfombra un hombre, con un libro entre las manos, leyendo tranquilamente.

Puse un pie dentro de la sala. El hombre no paro de leer, leía y caminaba en círculos.

A mi izquierda, detrás de otro arco similar al de la entrada se encontraba la esplendorosa y gigantesca biblioteca, la cual, me quitó el aliento. El lugar era sencillamente inmenso y de aspecto glorioso. El espacio era un tesoro en sí mismo. Estanterías y estanterías, metros y metros de estructura de madera decorada con molduras de bronce, con incrustaciones de madre perla y marfil. Filas... corredores... parecía interminable. Cientos de miles de libros con todo tipo de encuadernaciones. En el techo, desde la altura de lo que debía ser un segundo piso, pendían, al menos las que yo llegaba a divisar desde aquí, seis lámparas de cristal de las proporciones y el lujo de la más exquisita casa de ópera europea.

Todo esto se hallaba detrás de unas pesadas rejas que parecían esas que separan los claustros en las iglesias. La puerta de hierro forjado de ondulantes formas estaba abierta.

Puse un pie sobre la alfombra.

El demonio giró hacia mí alzando la cabeza al tiempo que bajaba el libro que

tenía en las manos.

—Buenas noches.

Su rostro borroneado de repente cobró unas facciones familiares.

—Papá...

—Es la primera vez que me llamas así.

Había mantenido el libro marcado con uno de sus dedos, pero entonces quitó el dedo y cerró el libro de un golpe. Sonreía.

—¿Qué haces aquí?

—Escuché hablar sobre la biblioteca.

—¿Y eso te trajo aquí por estas horas?

—Qué más da que hora sea si nunca dormimos.

Estiró el cuello para mirar por encima de mi hombro.

—¿Viniste sola?

No podía mentirle en voz alta, sentía que las palabras no me salían. Contesté que sí moviendo la cabeza de arriba abajo.

—¿Qué es exactamente lo que has venido a buscar.

Me dio la impresión de que detrás de aquella pregunta había más, tal sí supiese que yo no había venido aquí simplemente para ver la biblioteca.

—¿Fue Vicente quién te contó sobre la biblioteca?

—Sí.

—Me alegra que lo hiciera, quería hablarte de este lugar pero nunca surgió el momento.

—¿A sí, ibas a hablarme de la biblioteca?

Tomó mi brazo y guió mis pasos hasta la puerta.

—Sí. ¿Lo sientes?

Lo sentía. Era algo en extremo poderoso, indescriptible.

—A este lugar únicamente tienen acceso los ocupantes de las sillas y ocasionalmente alguna que otra excepción, incluso así, son muy pocos los que resisten entrar.

—Creo que entiendo por qué—. Al poner un pie dentro de la puerta sentí como si el mundo se pusiese negro. Eran las tinieblas mismas. Me pregunté si Gabriel sería capaz de entrar aquí, si lo resistiría. Probablemente el aura de este lugar pusiese en jaque sus poderes y naturaleza, así como la biblioteca angélica me repelería a mí.

—Mas admitámoslo, lo que mantiene a casi todos fuera de aquí, es la sabiduría. No es fácil comprender lo que estos libros contienen. Es una desgracia pero la mayoría no está capacitada para enfrentarse a esto.

—¿Por qué no?

—Porque su entendimiento no ve más allá de lo que son. Siempre, para comprender algo debes verlo en su contexto general, como la parte de un todo. Muchos de ellos no tienen ni idea de lo que hay más allá de su propia naturaleza, de lo que los ha engendrado.

—Es decir... ¿de ti?

Asintió con la cabeza.

—No me conocen, no saben las cosas que yo sé, no tienen ni idea de lo que he vivido. Tienen una sola cara de la moneda frente a ellos y no se molestan en averiguar qué hay del otro lado.

—¿Qué es lo que hay del otro lado? —Inquirí. Tenía la sensación de que mi padre deseaba contarme la verdad, empujarme a ella, igual que si supiese que yo sabía que había más allá de esta biblioteca, más allá de él como Diablo, como ángel caído.

Con un nudo en el estómago sentí que en cierto modo se burlaba de mí, como si supiese que yo estaba al tanto de todo y que sabía que él lo sabía, incluso me dio la impresión de que sabía quién se encontraba en el corredor.

¿Jugaba conmigo? Pero... ¿por qué?, ¿para qué?

—¿De verdad no lo sabes?

Nos metimos de lleno en la biblioteca, él andando tranquilamente. Yo medio tropezando con mis propios pies mientras me guiaba su brazo, en el cual posara mi mano.

—Podrías explicármelo.

—Te dije que lo averiguarías un día y eso sucederá, tal vez mucho antes de lo que creía. Cada día me enorgullezco más de ser tu padre. Vas más rápido de lo que creí que irías.

—No sé de qué me hablas.

—Eres única. Tienes la capacidad de ver y entender que hay oscuridad en la luz y luz en las sombras porque ambas coexisten en ti.

—¿Por qué no me cuentas todo de una buena vez?

—No planeo facilitártelo a ese punto, hija. Tu viaje, tu descubrimiento también es el mío, y me figuro que así lo es también para muchos otros. Tendrán que aprender de ti, serás un ejemplo, un ícono.

—No quiero ser nada de eso.

—Pero si ya lo eres —rió alzando la voz—. Estabas destinada a esto. Puede que en un principio te odiase...

—¿Me odiabas?

—Ya comprenderás por qué—. Su mano palmeó mi brazo—. Ya no, fue muy estúpido de mi parte plantearme eliminarte, creí que serías una amenaza... —deteniendo nuestro andar, me dedicó una amplia sonrisa—. No eres tal cosa, sino uno de mis mejores logros. Una batalla ganada en las narices de mis enemigos, algo que jamás podrán reparar, una herida que sangrará en sus cuerpos eternamente. Me gustaría acompañarte por más tiempo, pero seguro que prefieres estar sola un rato.

Soltó mi mano de su brazo y comenzó a alejarse de mí.

—Eleazar...

—¿Qué hija?

—¿Por qué haces esto?

—Porque no pretendo influenciar la decisión que un día, no muy lejano, deberás tomar. Esa misma decisión que yo tomé un día, la cual me hizo libre. Sí todo sale bien, y espero por el amor que te tengo, que así sea, tú también lo serás.

—¿Qué decisión es esa?

Eleazar sonrió a boca cerrada, sus ojos irradiaban un brillo descomunal que me encegueció.

Cerré los ojos y cuando volví a abrirlos, mi padre ya no estaba allí.

Lo busqué por los pasillos adyacentes y nada, literalmente se había esfumado.

Salí corriendo en procura de Gabriel, temiendo que mi padre lo hubiese encontrado. Nada de eso, el arcángel todavía me esperaba donde yo lo dejé.

—¿Qué fue eso?

—Mi padre... estuvo muy raro. Se ha ido, desapareció.

—¿Tu padre? —Su frente se arrugó y sus ojos se cerraron hasta quedar igual que delgadas muescas en una madera seca y rajada, no eran más que angostos resquicios de oscuridad.

—Dijo un montón de cosas; se mostró de lo más misterioso, creo que sabía qué es lo que vine a hacer aquí, incluso creo que sabía que tú me acompañabas, o por lo menos lo intuía. Trama algo, no sé qué es pero tengo la impresión de que quiere que vea la biblioteca, que averigüe cuál es su secreto. Sé que quiere que así sea, lo desea. Ahora más que nunca temo lo que pueda haber allí, creo que no quiero saberlo; él dijo que tendría que elegir...

—Tal vez deberíamos irnos.

—Por más que me pese sé que no puedo simplemente dejar las cosas como están. Eso, sea lo que sea me atraparé tarde o temprano. No puedo huir.

—Juega con nosotros, seguro que sí. Tu padre adora este tipo de cosas. Tener

el control le da placer.

—Tendrá el control en tanto y en cuanto sea el único que sabe la verdad. Es por eso que debemos seguir adelante. Sea o no que haya estado digitando cada uno de mis pasos, tal cual me da la impresión en este momento, no seré libre de él hasta que yo también sepa la verdad. Si continuó en la ignorancia jamás podré enfrentarlo, jamás podré detenerlo. Esto tiene que terminar, Gabriel.

Con un gesto de pesar en el rostro, Gabriel accedió a seguir adelante conmigo. Hacia el fondo de la biblioteca nos dirigimos, ambos con nuestras armas en mano otra vez.

Llegar a la parte posterior de las instalaciones no fue fácil, los corredores de a poco se fueron llenando de pesadas y antiguas cajas de madera que probablemente llevaban siglos acumulando polvo, también había otras cajas de cartón, mucho más nuevas todavía con las fajas de seguridad de una conocida empresa de correos. Obras de arte en sus embalajes de viaje, sillas y muebles apilados, estantes desarmados, percheros, candelabros de pie, todo tipo de trastos que nos vimos en la obligación de apartar para poder pasar. A cualquiera se le quitarían las ganas de descubrir que había más allá de todas esas cosas con la perspectiva de quedar cubierto de polvo tal cual que quedamos. Con las manos ásperas, oliendo a papel viejo.

Todo el cuerpo me picaba.

Al traspasar todo eso quedamos frente a frente con una pared de biblioteca tan repleta de libros cuanto las otras, pero que corría en sentido transversal a aquellas que nos condujeron hasta aquí.

Por encima de la pared de estantes de madera y libros se entreveía un arco igual al que daba comienzo a la biblioteca.

Iba a colarme por el costado de la pared cuando con un gesto muy poco cuidadoso, más bien brusco y duro, Gabriel pescó mi muñeca y tiró de mí.

Esta vez fue su vez de anunciar que habíamos llegado a destino, al definitivo. Lo hizo en un apresurado jadeo que no sobrepasó el volumen del susurro que en este instante, provocaban sus alas.

A la nariz me llegó el olor de las rosas y a jazmines. Y al cuerpo, una debilidad nunca experimentada desde mi cambio.

Traté de pasar sobre aquella sensación; no resultó. Es gracioso, así se suponía que debía sentirse Superman con la criptonita, ¿no? Esto era mucho más que una idea salida de un comic, era real.

Sacudí la cabeza, no pensaba continuar prestando oídos al malestar corporal.

Estirándome en puntas de pies, para alcanzar la altura de Gabriel, le susurré al

oído que me ocuparía de distraer o directamente, eliminar a los demonios que custodiaban la puerta. De todos modos ya no importaba si aparecían muertos o no, mi padre sabría que había sido yo.

Gabriel negó con la cabeza.

—No hará falta, estoy casi seguro de que no hay nadie allí.

—¿Cómo?

Todavía sujetándome por la muñeca pasó por detrás de mí y se asomó por el borde de la pared. Primero, apenas unos centímetros, luego, liberando mi mano, finalmente todo su cuerpo hasta que desapareció de mi vista.

Fui tras él.

Lo que tuve oportunidad de contemplar aflojó mis rodillas y por poco caigo al suelo.

El contorno del cuerpo de Gabriel recortado en una magnífica luz dorada que parecía porvenir de todas partes al mismo tiempo, y de ningún lugar en particular, una luz que incluso opacaba el brillo de las alas del arcángel.

Todo, al otro lado de las rejas mencionadas por Vicente era luz, una que como energía que corresponde a las más puras vibraciones, atacaba directamente contra mi nueva vida.

El lugar era simplemente majestuoso.

No había demonios por ninguna parte, simplemente Gabriel, yo y aquella luz increíble que contrastaba con la oscuridad proveniente de las ventanas instaladas todo alrededor sobre las paredes. Aquí no había lámparas, ni falta que hacían; además, de haber sido instaladas, hubiesen tapado una de las más magnífica obra de arte que hubiese visto jamás. El techo era un inmenso fresco con semblanzas de aquel que es parte y vida de la capilla Sixtina. Un prístino cielo celeste, morada de ángeles de bellísimos rostros y admirables alas. Luz, mucha luz y unas pocas nubes que únicamente parecían estar ahí para que los ángeles se posasen sobre ellas para observar deleitados, la magnífica colección de libros y obras de arte en su honor.

Ni siquiera viéndolo con mis propios ojos pude creer que mi padre fuese el responsable de que esta biblioteca se alzase en pie.

Este lugar era como elegir el amor y luz a cada instante y mi padre no podía querer eso.

Avancé hasta Gabriel y lo encontré boquiabierto frente a la puerta. Extendió una mano y la posó sobre la reja.

—¿Puedes percibirlo?

Le contesté que sí con la cabeza. Era igual que como se sentía estar a su lado

solo que magnificado millones de veces.

Desde esta nueva posición vi un cuadro de la anunciación: el arcángel Gabriel presentándose a María.

Ese arcángel no se veía ni remotamente parecido al real, éste, no solo por ser de carne y hueso, sino por lo que desprendían sus ojos, era muchísimo más sobrecogedor.

—Tu padre quitó los guardias de aquí —dijo girando la cabeza en mi dirección—. Quería que vieses esto. Ven aquí—. Tiró de mí hacia la puerta.

—No creo que deba entrar allí... no creo poder. Lo lamento, de verdad quería ver que hay allí pero no puedo entrar. Es más fuerte que yo.

—No temas, Eliza, si tu padre sacó a esos demonios es porque sabía que podrías entrar.

Tiré de mi mano hacia mí, incluso la luz lastimaba mis ojos; permitir que rozase mi piel, zambullirme en ella sería demasiado, mucho más de lo que yo era capaz de resistir.

—No quiero, no me obligues.

Soltó mi mano y abrió la puerta, ésta no opuso ni la menor resistencia a su mano.

—Escucha bien lo que diré porque no pienso repetirlo.

Di un paso atrás.

—Si permaneces aquí, jamás lograrás salir de la oscuridad. Tu misma lo dijiste. La luz que brilla allí dentro es el único camino, si la aceptas se convertirá en tu fortaleza a la hora de tomar aquellas decisiones que te coloquen en un camino apropiado para avanzar en la vida—. Volvió a tomarme de la mano—. Es momento de demostrar quien realmente eres. Sé quién eres. Intentaba darme valor y yo cada vez me asustaba más.

—No te soltaré. Nada te sucederá. Confía en mí, jamás te arriesgaría a algo que pudiese ser potencialmente dañino para ti. Antes me arrancaría un brazo. Por favor —su mano apretó la mía todavía más—. Haz lo que te pido. Todo cambiará cuando entres allí.

Giré la cabeza y contemplé la brillante luz que flotaba sobre todo, igual que niebla hecha de polvo de oro. ¿De verdad podría resistirlo?

La luz me llamaba y al mismo tiempo me repelía.

Sin entender muy bien por qué lo hacía, apreté sus dedos y di el primer paso. Gabriel me dedicó una dulce sonrisa.

—Eso es—. Me animó dando pequeños pasos de espalda.

La luz bañó mis brazos. En un primer instante se sintió terrible, como si cayese

de cabeza en una gigantesca cacerola de agua hirviendo, sin embargo, a los pocos segundos el agua pasó de hirviendo a tibia, a increíblemente agradable, al abrazo tierno de una madre, quizá, a algo similar a lo que podía ser el útero materno. De repente me sentí inmensamente feliz. Feliz y perfumada. Mis dos pies quedaron dentro de la biblioteca y fue como saltar a otro mundo, a una dimensión paralela. Como caer parada en el Paraíso. Aquí dentro no había cabida para el dolor, el miedo o la tristeza, todo era paz, tranquilidad y amor, mucho amor, el mismo que vi reflejado en los ojos de Gabriel en este preciso instante mientras me contemplaba.

—Lo ves, te encuentras perfectamente bien. Estaba seguro de que nada te sucedería.

Inspiré hondo, en mí ya no quedaban rastros de malestar alguno.

Soltó una de mis manos, y luego lentamente, poco a poco, su otra mano fue deslizándose por mi piel. Las yemas de sus dedos rozaron las mías y finalmente perdieron contacto.

Nada sucedió, todo continuó bien, como si nada. Ningún rayo cayó del cielo para partirme, no fui quemada viva, tampoco sentía más, la necesidad de alejarme de aquí.

Las alas de Gabriel se extendieron en toda su envergadura.

—¿Cómo puede ser?

—Es maravilloso ¿no? Se siente igual que volver al hogar.

—¿Tu hogar?

Dio un largo parpadeo al tiempo que inspiraba hondo.

—Ahora es tu hogar también.

—No exageres, solamente porque consiguiera entrar no significa que...

—No discutas conmigo, soy un arcángel.

—Y eso qué tiene que...

—Que pudieses entrar aquí es... me hace inmensamente feliz.

—Hace falta muy poco para hacerte feliz.

—Eso es cierto, pero esto no es precisamente poco. Bien, es mejor que no perdamos tiempo, no me fio de tu padre, puede haber quitado a esos demonios de la entrada sin embargo dudo que nos haya otorgado carta blanca. Solamente nos permite ver lo que quiere que veamos. Eso puede terminarse abruptamente en cualquier momento.

—Por dónde empezamos, siquiera sé qué debemos buscar.

—Tampoco yo—. Miró a un lado y al otro—. Probablemente por alguna parte haya algún libro de registro en el que figuren las obras que forman parte de la

colección.

—Aun así, no tengo ni la menor idea de qué se supone que deba ver.

—Quizá lo sepamos en cuanto lo veamos. Comencemos a buscar ya mismo—. Apuntó hacia atrás de mí. Giré y vi una serie de escritorios, detrás una especie de archivador de madera conformado por pequeños cajones con manijas de bronce en forma de alas. Además había estantes con carpetas y cuadernos y oh sorpresa, una laptop negra encendida y con una pantalla de seguridad de cintas de colores danzando alegremente sobre un fondo negro.

Di vuelta la cabeza y lo miré con el entrecejo fruncido como preguntándole si mi padre sería capaz de tanto. Si había dejado una computadora prendida para mí por qué no directamente me decía la verdad.

Gabriel alzó las cejas en respuesta como diciendo: ni modo, vamos a averiguar que hay allí.

Me ganó de mano y se sentó en la silla frente a la pantalla. Pasó el dedo por el rectángulo sensible y el salvapantallas desapareció.

—Es un listado de archivos—. Con el dedo movió el cursor arriba y abajo—. Creo que los archivos de la biblioteca...son alrededor... poco más de dos mil setecientos [manuscritos](#) en [latín](#), [griego](#). Otros tantos en lenguas ya muertas, entre ellas el arameo—. Pasmado abrió los ojos de par en par—. Treinta y tres mil documentos sueltos con edades que datan desde la edad de hierro. Parece que la biblioteca también cuenta con más de mil quinientos [incunables](#) y cerca de cuarenta mil cinquecentinas, alrededor de quince mil [grabados](#) y mapas. Tienen aquí grandes existencias de libros contemporáneos también. Lo que hay aquí es un tesoro invaluable. También figuran las pinturas, las esculturas y las reliquias.

—¿Reliquias? ¿De qué clase? A qué podía denominarse reliquia, que tuviese que ver con los ángeles si una reliquia por definición es una parte de un cuerpo de una persona venerada por algún motivo o algún objeto que, por haber tocado ese cuerpo, es digno de veneración.

—No están detalladas—. Acercó el rostro a la pantalla—. Dice corredor treinta y cuatro X, Y y Z.

—Treinta y cuatro X, Y y Z... —repetí—. Tengo que ver eso.

—No sé qué pueda ser. La verdad es que me produce escalofríos pensar en lo que tu padre haya podido recolectar.

Creo que los dos nos imaginábamos lo mismo: ángeles o parte de ángeles disecados, plumas arrancadas de sus bellas alas, incluso alas en sí mismas, expuestas en vitrinas de cristal. Menos horroroso podía ser ver sus armas, o

quizá sus ropas, o alguna otra cosa que les hubiese pertenecido.

Gabriel se levantó de la silla al tiempo que yo me ponía en marcha.

Nos tomó un par de minutos encontrar el eje entre filas e hileras pero al final lo hayamos.

—Por Dios —jadeó Gabriel deteniéndose bruscamente frente a mí. Por poco lo llevo por delante.

Lo primero que divisé de lo que sin dudas era la más morbosa de las exhibiciones, fue ala izquierda, de un blanco amarillento, sostenida por un soporte dorado dentro de un prisma rectangular de cristal.

Me dieron nauseas, luego arcadas.

Este lugar era el único espacio en la biblioteca en que no brillaba la luz dorada. Todas las vitrinas, estantes y demás anaqueles de exposición estaban iluminadas por lámparas de luz eléctrica.

Vi trozos de paño blanco que no parecía de este mundo. Espadas, anillos, plumas, trozos de papel con inscripciones. Incluso partes sueltas de lo que podría haber sido una vasija. La colección era basta, truculenta por momentos, bizarra por otros... un mechón de cabellos dorados dentro de una pequeña copa de piedra verde, un pequeño cuaderno de cuero cerrado por un listón azul cuyas hojas tenían el perfil dorado.

Gabriel se movió examinando todo con mirada atenta y labios silenciosos. Seguí sus pasos intentando no ver demasiado, tenía miedo de en verdad, encontrarme con algún ángel disecado, lo cual sería por demás horrendo y además, aquello desataría la furia de Gabriel, ya sentía su sangre arder a causa del solitario miembro expuesto igual que si fuese un espécimen de algún animal extinguido hace siglos.

Gabriel se alejó de mí una vez más, pero no para ir muy lejos, se detuvo delante de un cordón negro que sostenido por cuatro pilares plateados, mantenía a distancia prudencial del pie de madera en cuyo extremo, dentro de un cubo de cristal, descansaba una solitaria pieza similar a una moneda. O al menos eso me pareció distinguir.

—Es el sello de Miguel—. Anunció Gabriel acercando lentamente la mano a la pequeña vitrina de cristal de forma cúbica.

El sello de Miguel era una especie de moneda de unos tres centímetros o cuatro centímetros. Oscura, de un material irreconocible. Me acerqué al pie que sostenía el cubo para estudiarla más de cerca.

Era muy, muy antigua, se notaba en sus bordes gastados, en las muescas que perturbaban los grabados del metal, los que por cierto, eran muchos e

intrincados. Lo único comprensible para mí en esos adornos eran las cuatro espadas que dividían la circunferencia en porciones iguales. Lo demás eran símbolos indescifrables, completamente desconocidos, así también como lo era la escritura que rodeaba todo el contorno.

—¿Cómo es que eso llegó a manos de mi padre, y qué es exactamente?

Gabriel se mordió el labio inferior sin apartar la vista de la moneda.

—Cada uno de nosotros tiene uno.

—¿Cada uno de ustedes?

—Es una especie de placa de identificación.

—¿Tienes una?

Contestó que sí con la cabeza. Metió la mano por el cuello de su remera y extrajo una larga cadena, de esta pendía una moneda de tamaño y similar color, distinta en símbolos y escritura.

Lo contemplé procurando registrar cada forma. Sin duda sus símbolos eran más sencillos, más fáciles de seguir, lo que sí, igualmente herméticos. Lo que sí, el aspecto general era mucho más amable que el de Miguel. El del otro arcángel casi instaba a uno a mantenerse alejado de él.

—¿Por qué nunca me lo habías mostrado antes? Nunca lo vi. ¿Lo llevas siempre?

—Bien, es que no se supone que deba ir por ahí enseñándolo. Por lo general lo llevo al cuello, pero si no, de un modo u otro, va siempre conmigo.

—Y Miguel... ¿él perdió el suyo?

Se apartó de la reliquia.

—Es evidente que en algún momento... tal vez tu padre... cuando él y Miguel...

—¿Se lo quitó cuando se enfrentaron?

—Sí, eso. Podría ser—. Todavía con la vista fija en la moneda añadió—. No tenía ni idea.

—Te noto muy sorprendido. Es que acaso el debió haberte contado que lo perdió.

Me preguntaba qué tipo de relación tendría con él; esto era de lo más extraño.

—Cómo sea, nunca lo mencionó—. Giró la cabeza y me miró—. No me gusta que tu padre lo tenga. Me da mala espina.

—Es solamente una moneda, peor son las otras cosas.

—Miguel debió mencionarlo —entonó más para sí que para mí.

—Deberíamos llevárnoslo con nosotros.

—No lo sé—. Dudó. Volvió a acercarse al cristal—. Hay algo que no cuadra

aquí.

—¿Qué cosa?

—Necesito sacarme la duda.

Sin darme tiempo a preguntarle qué era lo que necesitaba ver, e incluso, a pedirle que no tocara aquella cosa —ya me imaginaba alarmas sonando, a luces rojas girando sobre nuestras cabezas— levantó la tapa de cristal y tomó la moneda.

—¿Es broma?! ¡Está mofándose de nosotros!

—¿Qué? ¿Por qué?

—¡Es falsa! No es la original. Es una burda copia—. Me tendió la medalla con el reverso de cara hacia mí—. El fondo de la misma era liso, bruñido y con un aspecto completamente distinto, impecable y nada misterioso. Gabriel no me dejó ver nada más, acercó otra vez la medalla a su rostro—. Tiene una fecha grabada aquí abajo.

—Permíteme ver eso.

Me tendió la moneda, la cual casi se me cae de las manos cuando tomé conciencia de lo que aquella fecha representaba. O era una maldita casualidad o mi padre tenía un sentido del humor horrorosamente retorcido.

—Es la fecha de nacimiento de mi madre.

—¿Qué?

—Que es la fecha de nacimiento de mi madre.

—¿Estás segura?

—¡Claro que sí! —contesté algo histérica—. Es un maldito. Está jugando conmigo, tiene a mi madre y evidentemente sabe que estás conmigo, que nos conocemos, que me ayudas en esto. Previó que tú vendrías directo al sello al verlo. Esperaba que viese esto. Me lo está advirtiendo, tiene a mi madre.

—Calma.

—No puedo calmarme. Ya no entiendo más nada, Gabriel. Lo odio, es un maldito. Alguien tiene que acab... —no pude terminar de articular la palabra, mucho menos la frase—. Gabriel tapó mi boca con una de sus manos y con la otra, con un solo dedo, cruzó sus labios pidiendo silencio.

Yo también lo oí. Eran pisadas. Teníamos compañía.

39. Alas.

—¿Tu padre? —me preguntó en un susurro.

—No lo creo—. No sentí como si fuese él. Los guardias debían haber

regresado.

Procurando no hacer ruido, nos movimos hasta la salida.

Por las ventanas allí arriba, sobre el nivel más alto de las estanterías, se veía la noche. Continuaba lloviendo a cantaros. Sopesé la opción de escapar por allí, no sería factible, o no al menos sin ser escuchados, las aberturas estaban cubiertas por rejas de aspecto pesado y firme que se resistirían duramente tanto a mis fuerzas, cuanto a las de Gabriel.

El final del corredor se presentó.

Oí una voz, hablaba en francés, decía que la puerta de la biblioteca estaba abierta; del otro lado, una voz metálica que salía de un celular le respondió algo que no logré entender.

—Creo que saben que hay alguien aquí —lo empujé hacia atrás para alejarlo del demonio—. Pidió refuerzos. Voy a distraerlo, quizá logre engañarlo y así puedas aprovechar para salir.

—No- me tomó de la muñeca—. No dará resultado.

—Si comenzamos a enfrentarnos con ellos ahora no lograremos salir con vida de aquí.

—¿Quieres apostar?

—¿Quién anda ahí? —Gritó en francés el guardia.

La voz y los pasos se nos acercaban cada vez más.

—Sé que hay alguien ahí. Mejor sales y das la cara.

Gabriel alzó su arma, listo para atacar. Atajé su mano y con una mueca le indiqué que guardase silencio.

—No sé cómo lograste entrar aquí pero no saldrás con vida si no te muestras en este instante.

—Déjame —le susurré. Mi voz apenas si se oyó.

Gabriel frunció el entrecejo y los labios. Forcejeé y me liberé de él.

A los trompicones salí de detrás de la biblioteca y aparecí frente al demonio, a un par de metros de distancia. El aire se llenó de un olor nauseabundo.

El demonio era un hombre de unos treinta años, cabello muy corto, bajo de estatura pero con una masa muscular excesiva, realmente de cuidado. Iba vestido de los pies a la cabeza en negro, y sus ojos almendrados no parecían ser de esos que perdonan.

—¿Quién eres y cómo lograste entrar aquí? —Me espetó en un tono rabioso.

Armándome de coraje erguí la espalda y solté:

—Cómo te atreves a cuestionarme—. Enfrentarme a una lucha cuerpo a cuerpo con él ciertamente no sería una buena idea y dado mi estado, no me sentía

segura de poder generar fuego para defenderme, ni eso, ni ninguna otra cosa. Al demonio le importó un cuerno mi supuesta altanería y pose de superioridad que pretendí. Sin más, soltó una estentórea carcajada, al cual rebotó en los amplios techos de piedra sobre nuestras cabezas.

—Nadie puede entrar aquí. Está prohibido.

—Yo no soy nadie—. Repliqué sin bajarme de aquella pose inspirada en mi padre.

—¿No? —Anduvo lentamente hasta mí casi arrastrando los pies sobre el suelo de piedra mientras en su mano, le daba vueltas al celular una y otra vez—.

¿Quién eres entonces?

—Soy Eliza, la hija de Eleazar.

Por un segundo me dio la impresión de que me creía ya que se puso serio, incluso creí notar que se ponía en alerta, y se asustaba un poco. Debe haber sido ilusiones mías, porque al siguiente, todo se desmoronó. El demonio volvió a reír despiadadamente.

—¿A sí?, entonces debemos ser hermanos —se burló—. Con que hija de Eleazar... —detuvo sus melosos pasos junto a mí, tal es así que quedamos hombro a hombro, de costado echó sobre mí una mirada ladina—. ¿Y quién es tu madre?

Que mencionase a mi madre encendió mi mecha. Bueno, eso y que él hedía a demonio reconcentrado. Mis nuevos instintos se encendieron. Me sentí lista para cualquier cosa.

—No tienes ni la menor idea de en lo que te estás metiendo. Te arrepentirás por tu falta de respeto—. Por un instante sentí a mi padre hablar por mí. Mi tono salió tan parecido al de él que me impresionó. Podía oponerme a emular sus pasos, pero sin duda la genética hacía los suyos y en eso, yo no tenía elección.

—Obviamente tú tampoco alcanzabas a divisar las desagradables consecuencias que caerían sobre ti por entrar aquí—. Ladeó la cabeza en mi dirección para mirarme desde abajo con las cejas en alto. Sentí sus ojos pasando por encima de mí. De repente, alzó su mano izquierda, en dirección a mi mentón. Con un movimiento rápido lo esquivé. Eso lo alteró—. Sabes algunos trucos, ¿no?

—Ni te imaginas cuantos.

—De verdad que no querrás enfrentarte a mí.

—El único que perderá con esto serás tú.

El aire se cargó de energía.

—Te equivocas. En cinco minutos estarás deseando volver a ser humana para poder morir.

Sonó un potente estallido y creí que había sido el arma de Gabriel. No fue eso, sino el demonio que tenía frente a mí, el cual todavía rodeado de una nube oscura similar al humo, al más denso y sofocante, detonó para convertirse en la más terrorífica representación de un esbirro del Infierno. Su deformado y anguloso rostro de piel con un aspecto similar al cuero, sus ojos sin vida, sus alas, sus potentes músculos... Nada de eso era nuevo para mí, yo había visto a Vicente cambiar, sin embargo este demonio no era para nada como Vicente. Al menos lo doblaba en altura y sus alas se alzaban rozando el techo, obstruyendo la salida. Lo más espeluznante de todo es que su cuerpo irradiaba oscuridad al mismo tiempo que devoraba la luz dorada del lugar.

Tambaleante di un paso atrás, luego otro. Era una bestia inmensa que metía miedo. Sin importar cuán intensos fuesen mis instintos, al instante supe que no podría con aquello.

¿Qué demonios era esto?

—¡Maldición!

Esa fue la voz de Gabriel, sonando justo por detrás de mí.

La bestia rujió enseñando a los cuatro vientos lo más profundo de su oscura garganta cárdena y su lengua negra. Los dientes de aquella potente quijada eran casi tan largos como mis dedos, filosos, puntiagudos y prestos para devorar mi carne. Igual que un perro rabioso, me tiró un tarascón.

Las circunstancias me hicieron entender por qué, las alas de Gabriel brillaban iluminando el cuerpo de la criatura alada. Esa cosa no era algo común y corriente.

—¿Qué es eso? —Jadeé sobrecogida por la situación.

—Algo que jamás debería haber salido de su madriguera—. Me tomó por los hombros obligándome a retroceder todavía más. La criatura mientras tanto, batió sus alas y rugió aturdiéndonos.

—Es algo que jamás fue humano—. Añadió extendiendo las alas todavía más. Las sentí brillar y vibrar detrás de mí.

Sin previo aviso el enorme monstruo se abalanzó sobre nosotros dando un salto impulsado por sus alas. Los dos trastabillamos al retroceder. Por poco caigo sobre Gabriel cuando, por esquivar los libros y trozos de madera que volaron disparados hacia nosotros igual que metralla de cañón, tropecé con sus pies; el demonio había desbaratado, de un solo golpe, el extremo de la biblioteca perdiendo para siempre obras de incalculable valor que ahora

yacían reducidas a papel picado y jirones de cuero. El aire delante de mi rostro se calentó, la criatura emanaba calor igual que una gran caldera. El mundo de mi padre jamás dejaba de sorprenderme, y no gratamente.

Gabriel atajó mi cuerpo ayudándome a recuperar la verticalidad. El demonio gruñó una vez más, acto seguido se lanzó tras nosotros sin poner el menor cuidado en no llevarse por delante los estantes y destrozar el contenido de los mismos en el camino.

Salimos disparados a toda velocidad con la criatura pisándonos los talones. Mientras corríamos, Gabriel se dio la vuelta y disparó, una, dos y tres veces. El lugar se llenó de humo dentro del cual flotaba papel, polvo y madera convertida en aserrín, por delante de mi cara también cayeron diminutos trozos blancos de mármol que según creo, debían ser los restos de dos querubines de carrara que vi sobre un pedestal entre medio de dos filas, cuando caminábamos para salir de la biblioteca.

Las heridas ralentizaron un poco el andar del demonio, sin embargo no hicieron más que eso, seguía destruyendo todo a su paso. Al menos, nos dio la ventaja suficiente, para que el arcángel, tironeando de mis ropas todavía húmedas, me hiciese girar hacia la izquierda para cambiar de corredor.

—¡Corre!

—Mierda, Gabriel, Eso hago—. Iba a toda velocidad. Así y todo, las pisadas del demonio volvieron a retumbar a nuestra espalda.

Sobre mi hombro y sin soltar mi mano, Gabriel volvió a disparar. Los estallidos me dejaron sorda de un oído.

Por el rabillo del ojo espíe hacia atrás, del pecho de aquella infernal creación brotaba sangre pero eso no parecía preocuparle, en sus ojos se reflejaba nuestra imagen, atraparnos era su cometido y no se detendría hasta lograrlo.

Gabriel me dio un empujón hacia adelante al tiempo que me gritaba que saliese de aquí. La puerta de rejas se encontraba a unos pocos metros.

—Yo lo detendré.

Lo agarré de la mano.

—Nada de eso, vienes conmigo.

—Eliza —chillo empujándome otra vez.

—Si te quedas me quedo.

Estábamos casi frente a la puerta.

Gabriel soltó algo que sonó como a insultos, solo que dichos en un idioma que no comprendí.

Juntos atravesamos la puerta colándonos por la angosta abertura igual que

ratones que se escapan del gato metiéndose por un pequeño hoyo en un socalo. Cuando chocó contra la reja hasta las paredes se estremecieron.

Sin detenernos para mirar atrás, apretamos todavía más el paso y atravesamos la biblioteca.

—Aparecerán en cualquier momento —le advertí a Gabriel, los sentía muy cerca, eran muchos demonios, quizá media docena.

Salimos al corredor y allí nos encontramos con el primero. El arcángel me soltó y a una velocidad que me cortó el aliento sacó una de sus dagas para lanzársela al demonio. La hoja se clavó en el pecho del demonio frenando su carrera. Sabía que eso no lo mataría pero cumplió con el objetivo. Pudimos pasar junto a él para llegar hasta la siguiente puerta.

Los corredores se llenaron de luz, de voces y de pisadas. Ya no estábamos solos, la casa había despertado. No sonaban alarmas pero ni falta que hacía.

Desandamos el camino en un tercio del tiempo que nos llevó recorrerlo a la ida.

No volvimos a toparnos con nadie hasta que entramos otra vez en las bodegas. Abrí la puerta y di de frente con sus rostros, eran dos. A partir del avistamiento todo sucedió demasiado rápido, por ello es que siquiera atiné a defenderme cuando uno de demonios me atrapó por el cuello para lanzarme hacia el otro lado de la bodega. Salí despedida por el aire y di de lleno contra uno de los toneles el cual resonó igual que un tambor. Si no se partió fue de milagro; lo que si se partió fue mi labio, también mi cabeza. Los dolores residuales del accidente de automóvil resurgieron.

Caí al piso despatarrada dándome cuenta de que no tenía la daga en mi poder, la había perdido en algún momento, no sé cuándo, si durante el vuelo o el choque contra el tonel.

El piso estaba frío y yo muy aturdida por el golpe. Por suerte, no tenía ningún hueso roto, nada que me impidiese ponerme en pie y defenderme de las pisadas que se me venían encima entremezclados con sonidos de lucha.

Mi mente fue directa hacia Gabriel, debía estar enfrentándose al otro demonio. No tuve mucho tiempo para pensar en nada más que en esperar que pudiese defenderse solo, yo ya tenía problemas: entre el mundo que giraba a mi alrededor bamboleando las paredes con una oscilación que las hacía parecer de goma, divisé la patada que se me venía encima.

Rodé sobre el piso para esquivar el golpe, y al alejarme, tomé el tobillo del demonio y tiré de él. El pesado cuerpo cayó medio encima de mí golpeándome los riñones. Sentí una fuerte punzada de dolor en el codo derecho.

Abrí los ojos y busqué la daga. Nada, no se encontraba por ninguna parte. Ni modo, debería defenderme de otra forma. Apretando los dientes para concentrar la energía, tiré tantas patadas como pude para quitarme al demonio de encima y cuando tuve suficiente espacio, me aparté de él incorporándome, al menos a medias, necesitaba tomar distancia de él para pensar en hacer algo, para intentar concentrarme.

La ventaja que le saqué al ponerme de pie fue casi nula; moviéndose mucho más rápido que yo, el demonio saltó sobre las suelas de sus zapatos y me enfrentó al tiempo que con la manga del saco de su traje, se limpiaba el chorro de sangre que le salía de la nariz. Bufó enseñándome los dientes ensangrentados y sin más, se lanzó sobre mí. Puse las manos por delante y pensé en fuego. Sentí el calor siendo propulsado hacia mis manos, por mis brazos sin embargo el fuego no llegó. Forcejamos, yo tironeando de su camisa, él de mi cuello. Caí medio de espaldas con el demonio encima de mí. Con todas mis ganas, todas las que me quedaban después de tanto golpe, pero ni modo, no pensaba rendirme ahora, le lancé un rodillazo a la entrepierna y di en el blanco, el demonio chilló de dolor y yo también ya que sentí igual que si por la rodilla, hacia la pantorrilla, alguien hubiese clavado en mi carne una espada al rojo vivo.

El demonio cayó a mi derecha hecho un ovillo, jadeando y bufando.

Esta tenía que ser mi oportunidad. Visualicé el fuego y extendí los brazos, de hecho, logré ver el fuego incluso antes de que se hiciese real. Las lenguas de calor que brotaron por delante de mis palmas me asustaron. La energía se retrajo regresando a su fuente en el centro de mi pecho, es por eso, que las llamas desaparecieron de mis manos, pero no, de la carne del demonio, el cual se golpeaba la cara y el pecho intentado apagar el fuego.

La visión me dejó petrificada sobre mi lugar, sin saber qué hacer. Ese demonio me hubiese matado de haber podido, pero no por eso, lo que yo acababa de hacer me parecía menos terrorífico.

Una fuerte explosión cortó el aire, luego otra, otra, y otra más. El demonio ya no se debatía contra las llamas.

La bodega quedó en silencio.

Una mano se posó sobre la parte baja de mi espalda.

—¿Estás bien?

Giré la cabeza y lo primero que vi fue la mano derecha de Gabriel empuñando un arma.

Lo miré a los ojos.

Se había apiadado del demonio el modo más misericordioso, liquidándolo de tres tiros en el corazón. El fuego, continuaba haciendo lo suyo.

Me tambaleé, el lugar comenzaba a oler a carne y a tela quemada.

—Salgamos de aquí.

Tenía un corte en la frente y uno muy profundo en el brazo que se veía con desagradable nitidez a través de las varias capas de prendas de vestir que llevaba encima.

Sin que ninguna palabra pudiese brotar de mis labios, avancé con él cuando me tomó de la mano para llevarme en dirección a la salida.

Gabriel frenó frente a la escalera, echó un vistazo hacia arriba apuntando con el arma en la dirección en la que iban sus ojos.

Se oían gritos y correría lejana.

—Andando.

Con el pasillo despejado, tampoco tuvimos problemas de llegar a la puerta trasera y salir al exterior. Llovía a cántaros y la lluvia se veía con claridad ya que afuera brillaba una intensa luz blanca proveniente de reflectores ubicados en las paredes de la propiedad y en postes entre los árboles. La luz era tanta y tan potente que las gotas brillaban igual que si fueses gemas de cristal en extremo facetadas, cayendo del cielo o simplemente colgando de éste, como una cortina fría dentro de la cual nos metimos, levantando otras gotas mucho menos glamorosas. El lodazal amenazaba con tragar nuestros pies.

Ya sin intentar cubrirnos como en el camino de venida hacia aquí, nos lanzamos en línea recta hacia la caseta de jardinería y de allí hacia el río. Sentí la presencia de demonios muy cerca, nos seguirán, o al menos eso supuse, no lograba oírlos.

Sin detenernos a mirar atrás o siquiera aflojar el paso, corrimos hasta internarnos en el bosque. Íbamos tan a prisa que las ramas de los árboles nos golpeaban al pasar.

Por un segundo creí que nos habíamos perdido, entonces me pareció divisar la pulida superficie del capó de automóvil de Vicente.

Nos metimos dentro a toda velocidad.

Arranqué el motor. Las luces se encendieron, también empezó a sonar la radio, no entiendo por qué. Gabriel la apagó de un manotazo.

Puse primera y apreté el acelerador. Voló barro en todas direcciones las gomas derraparon. Sin más percances logré sacar el auto al pavimento. Allí, aceleré a toda marcha espiando como loca por los espejos retrovisores.

La ruta estaba igual de oscura que cuando llegamos.

—Eso fue intenso—. Jadeó Gabriel un par de minutos después, cuando el nivel de tensión bajó ya que evidentemente, nadie nos seguía—. ¿Estás bien? Como no llevaba puesto el cinturón de seguridad, se adelantó sobre el asiento acercándoseme. Su mano resbaló sobre mi mejilla.

—¿Estás llorando?

No lo noté hasta que lo mencionó.

Su mano se deslizó por mi mejilla.

—Hiciste lo que tenías que hacer.

—Nunca me acostumbraré a esto—. Ahora si sentía las lágrimas brotar a mares, creo que lloraba más por Ami que por el demonio, bien, la muerte del demonio solamente me ayudaba a recordar aquello de lo que era capaz.

—Y así debe ser, pero cada día te harás más y más fuerte y así podrás manejarlo mejor—. Su mano bajó hasta mi cuello y en mi nuca se instaló-. Lo que pasó con Ami fue un accidente...

Con un gesto torpe me limpié las lágrimas de los ojos.

—¿Cómo sabes que...?- Acaso leíste mi mente, no me digas qué... —¿podría hacer con él lo mismo que hacía con Lucas?

—Soy muy perceptivo, es todo. Me preguntaba cuando realmente explotarías por eso, llevas demasiado tiempo guardándolo en ti. Fue solamente eso, uní los cabos. Es una desgracia; muy seguido perdemos seres amados, a cada rato suceden cosas horribles que no logramos evitar. Esta noche eres más fuerte de lo que eras anoche, y todavía más lo serás mañana.

—Es un pésimo modo de hacerse más fuerte.

—Sí, esto apesta la mayor parte del tiempo.

—Me siento desarmada.

—No lo estás.

—No sé qué hacer con lo que encontramos.

—Tengo una idea, pero debes darme un poco de tiempo.

—¿Qué idea es esa?

—Creo que quizá Miguel sepa algo.

—Lo dices porque la fecha de nacimiento de mi madre estaba grabada en su sello. Pero si el sello siquiera era real.

—Esto sí lo es.

Una pequeña ala de ángel confeccionada en un metal plateado y pequeños brillantitos cayó delante de mis ojos después de rodar por una cadena de tipo cordón.

Casi sin darme cuenta pisé el freno. Los dos nos golpeamos ya que no

llevábamos puestos los cinturones de seguridad, Gabriel más que yo, ya que tenía una de sus manos ocupada sosteniendo la cadena, de modo que atinó a atajarse solamente con una, yo, como tenía aferrado el volante logré sostenerme.

—¿De dónde sacaste eso?! —exclamé ahogándome. Algo que no era exactamente un recuerdo, no al menos no demasiado visual, me hizo sentir que de alguna parte, conocía ese objeto. Comencé a hiperventilar.

El ala de un ángel.

—Estaba escondida debajo de del sello de Miguel. ¿Lo conoces? ¿Viste esto antes?

No supe qué responder.

El limpiaparabrisas hizo ruido a goma resbalando sobre el agua, de un lado al otro, mientras la lluvia estallaba sobre el cristal.

—¿Qué es exactamente?

—Otro tipo de identificación.

Lo miré con el entrecejo fruncido como diciendo: ¿otra identificación? Aquello a simple vista era una pieza de joyería, es todo.

—Todos cometimos errores alguna vez —continuó diciendo—. Pero son nuestros errores. Puedes culparte a ti mismo por cometerlos sin embargo no a ellos... no tiene por qué penar por nuestro actos, es más, muchas veces eso demuestra que incluso de los errores pueden dar cosas muy buenas. Lo he visto cientos de veces... esas personas que van por la vida haciendo el bien a cada paso sin pretender nada a cambio, esas miradas puras y profundas que te recuerdan a...

—¿De qué estás hablando, Gabriel?

Alzó otra vez el ala delante de mi rostro, esta se meció de un lado al otro captando en su superficie, las luces de los instrumentos del panel delantero.

—Así, con esto, fue con lo que Miguel identificó al producto de su error.

—Continuó sin comprender de qué hablas.

—No soy el primer arcángel en enamorarse.

Fue como si de un golpe me arrancasen el aire de los pulmones.

—¿Qué? ¡Oh por Dios! ¿Miguel? —Todo comenzó a cobrar sentido, bueno, una parte. Sí, definitivamente mi padre debía saber que yo tenía contacto con Gabriel, incluso que iría a la casa a averiguar sobre la biblioteca, y que él me acompañaría. Suponiendo eso, había dejado en nuestro camino, pistas que únicamente el arcángel podía saber.

—Sí. Nadie más lo sabe... es decir, sí, Él, pero no Rafael, ni nadie más.

Miguel me lo contó en su momento, cuando por aquel entonces éramos muy cercanos.

—¿Ahora ya no lo son?

—No, es decir, sí, bien, en realidad las cosas son distintas, el mundo cambió y nosotros con él.

—Sí Miguel se enamoró, y por lo que entiendo, tuvo descendencia, por qué no fue desterrado al igual que los otros ángeles caídos.

—No somos cómo otros ángeles, además, Miguel pidió perdón por su error. Y a mí que me preocupaba ser la responsable de su caída. Ahora resultaba que había hijos de los hijos, de los hijos —y así eternamente— del arcángel Miguel.

—Ok. Por lo visto esta noche no piensa parar de sorprenderme. ¿De dónde sacó eso mi padre?

—Supongo que lo robó.

—¿A uno de los descendientes de Miguel?

Asintió con la cabeza.

—¿Y por qué lo puso ahí?

—Es lo que le preguntaré a Miguel.

—Cómo es que mi padre sabe de eso... de los hijos de Miguel.

—No tengo idea. Sin embargo no me extraña que lo averiguara. Tu padre juega este juego desde hace mucho, de hecho podría decirse que fue él quien lo inventó. Además, fue Miguel quién lo venció, me figuro que haría cualquier cosa para vengarse de él.

—Cualquier cosa como qué. Que eso estuviese allí...

—No lo sé.

—Qué tiene que ver esas alas con lo demás, con lo que pasó allí, con mi madre. Contigo, conmigo... con esos malditos Nefilim.

—No pienso arriesgar nada hasta no discutirlo con él.

—Mi padre quería que encontrase esto, ¿lo entiendes? Sabe que estoy contigo, sabe que de otro modo jamás hubiese descubierto que ese objeto pertenecía a la descendencia de Miguel.

—Sí, lo sé. Es más que eso, tu padre debe haber estado guiando cada uno de nuestros pasos. Ese es su estilo.

—Hubiese sido más fácil que directamente nos contase la verdad.

—Todo esto debe divertirle muchísimo.

—Es un jodido sádico.

Gabriel se sonrió.

—¡No es para risa!

—No, ya sé que no.

—¿Por qué ríes entonces?

—Porque intuyo que incluso asumiendo que es para su propio beneficio, tu padre nos está ayudando.

Puse el auto en movimiento otra vez.

—No te olvides que por poco nos matan allí dentro.

—Te apuesto lo que quieras a que les dio órdenes precisas e inviolables, de que no nos diesen más que un susto.

Sacudí la cabeza incrédula. Mi padre parecía tener el mundo en su manos, sus hilos sujetaban absolutamente todo, incluido el mundo de los ángeles.

...

—Detenten el automóvil aquí mismo —soltó Gabriel a toda prisa poniendo una mano encima de mi antebrazo. Inclinandose por delante de mí, espió hacia afuera—. No apagues el motor. Creo que algo sucede en tu casa.

Nos encontrábamos apenas pasando la esquina. Yo también vi todas las luces encendidas y el automóvil estacionado justo delante de la puerta.

—¿Crees que supieran que éramos nosotros? Vinieron a desquitarse.

—Tú quédate aquí—. Posó una mano sobre la manija de la puerta

—¿Gabriel, no te cansas de decirme eso? ¡Por supuesto que no pienso quedarme aquí! —Giré la llave y el sonido del motor se extinguió—. Es mi familia la que está allí dentro. Voy a defenderlos así sea lo último que haga.

—Sí te matan no podrás hacer nada por ellos —exclamó Gabriel saliendo del automóvil tras de mí—. Déjame a mí.

Salí corriendo; crucé la calle sin siquiera mirar si pasan el tránsito. Mi corazón latía a mil kilómetros por hora lleno de miedo y angustia. Y algo tironeaba de mí en dirección a la casa con un ímpetu imposible de resistir. Tenía la impresión de que si no entraba allí rápido, perdería la cabeza. Mis pensamientos comenzaban a desmenuzarse en una nube negra.

La puerta de la casa se abrió, un cuerpo apareció en el umbral. Me tomó un largo segundo reconocerlo. Y cuando al final mi cerebro asoció el rostro de esa persona al sentimiento la nube oscura desapareció. Sentí como si campanas de cristal se moviesen dentro de mí, como si un rayo de sol hubiese asomado en plena noche, tímido, dulce... y tan, tan querido.

Aquel sublime momento en que la mirada de Lucas se juntó a la mía me indicó

cuanto lo extrañaba.

Mi amigo... el verdadero amo de mi alma, el único ser en este mundo con el que podía hablar sin necesidad de emitir una sola palabra. La persona con la cual podía conversar sin tener que editar o censurar cada una de mis palabras o mis pensamientos.

En un parpadeo mi felicidad se hizo añicos. Un rayo de luz pasó por mi lado empujándome hacia atrás. Perdí el equilibrio y no caí, es por eso que pude ver a Lucas cambiar a aquella feroz imagen que me enseñó Vicente por primera vez y que esta misma noche, un demonio que jamás debió salir del Infierno, acabó con la biblioteca angélica de mi padre.

Todavía mudando pero ya con las alas extendidas en toda su envergadura, Lucas saltó hacia adelante con una sola intención, atacar al alado rayo de luz en el que se convirtiera Gabriel.

Detrás de Lucas aparecieron tres personas.

—¡No, Lucas no! —gritó Vicente.

—¡Lucas no lo hagas! —Esa fue la voz de Gaspar.

—¡Lucas! —chilló Anežka.

Como si el mundo hubiese quedado pendiente de un delgado hilo al tiempo que en el aire flotaba el último y muy agudo acorde de una pieza briosa, el tiempo se detuvo.

Llamé a Gabriel y fue demasiado tarde.

Sonó un estruendo, el producto del choque de dos importantísimas y elementales fuerzas.

El quejido que mis oídos captaron paralizó mi corazón.

—¡Lucas! —El grito que soltó mi garganta desgarró mi pecho.

Por detrás de las brillantes alas de Gabriel, vi el cuerpo de Lucas caer al suelo.

Creí que moriría allí mismo.

Gaspar extendió sus manos hacia él igual que si quisiese salvarlo. Sus dedos se cerraron en el aire.

—¡Lucas!

—¡Lucas, no! ¡No! ¡Lucas! —Vicente fue el primero en llegar a él, justo a tiempo para atajarlo y que así, no golpease el suelo.

Gabriel retrocedió. Como una flecha, pasé junto a él. Sin preocuparme por el golpe que me daría en las rodillas, me tiré sobre el empedrado frente a Vicente, quién sostenía en sus brazos a Lucas.

Una de las dagas de Gabriel estaba enterrada en su pecho, del lado del

corazón.

—¡Dios no! —Mis manos fueron directo a la herida para detener el incontenible flujo de sangre que manaba de ella—. ¡Lucas, Lucas! ¡Lucas! — Entré en pánico, Lucas no reaccionaba, sus ojos estaban cerrados y su cuerpo se balanceaba completamente inerte frente a las sacudidas que le propinaba para hacerlo reaccionar.

A nosotros llegaron Gaspar y Anežka. Anežka, tapándose la boca con las manos horrorizada y paralizada ante la escena. Gaspar se unió a mí.

—¡Tenemos que llevarlo adentro! ¡Ahora! Andando.

El resplandor de las alas de Gabriel iluminó los ojos ámbar de Gaspar. Sé que por un instante, Gaspar alzó la vista y lo miró, justo por encima de mi hombro izquierdo, la sorpresa y la estupefacción se mezclaban en su rostro con la fascinación. Era la primera vez que él veía un ángel.

Arcángel...

Mientras Vicente levantaba el cuerpo de Lucas en volandas me di la vuelta.

—Haz algo —le escupí a la cara—. Lucas simplemente no podía morir así, por una tontería tan grande, por una estupidez. Es mi mejor amigo. Por favor, Gabriel.

—Adentro —me llamó Gaspar—. Eliza, necesitamos tu ayuda.

—Buscaré el botiquín —exclamó Anežka.

Gabriel continuaba petrificado en medio de la calle.

—Por favor, Gabriel—. Jadeé al ver a Vicente llevárselo, ayudado por Gaspar —. Tienes que hacer algo, tienes que ayudarlo.

Del dedo índice de su mano derecha se desprendió una gota de sangre que cayó sobre uno de los adoquines húmedos, dentro de un diminuto charco de agua de lluvia.

—Me atacó... —balbuceó.

—No debía tener idea de quién eras.

—Ese demonio hizo algo... él... —alzó la mano y apuntó en dirección a la puerta.

—Gabriel, si Lucas muere un parte de mí se irá con él. Simplemente no puede morir. Te lo ruego.

—Es un demonio —replicó tal si eso lo explicase y justificase todo.

—Es mi mejor amigo.

—Lo siento, no puedo.

—¿Qué?! —Me dieron ganas de saltarle a la yugular para que se desangrase allí mismo.

Apreté los dientes. Negué con la cabeza y le di la espalda para salir corriendo; tal vez yo pudiese ayudar a Lucas.

Cuando entré en la casa vi que habían colocado a Lucas sobre uno de los sillones. Gaspar y Vicente lo rodeaban. Anežka estaba agachada frente a la mesita del café abriendo con los dientes un sobre de gasas estériles. El aire olía a alcohol.

—Tienen que sacarle la daga —chillé lanzándome hacia ellos con todas mis fuerzas—. Cuanto más tiempo la tenga dentro más dañará su cuerpo.

—¿Qué es?

—Está confeccionada para matar Nefilim, además de ser mortíferas para ellos son muy útiles contra nosotros. En el lugar indicado puede... —contuve el resto de la frase dentro de mi boca, el rostro de Lucas se ponía cada vez más pálido y grisáceo, sobretodo alrededor de los ojos. De la comisura de sus labios corría un hilo de sangre—. Sácala o morirá—. Le urgí a Vicente.

—Está muy débil y es probable que se desangre si lo hago.

—Esto es imposible... no es fuego... —Gaspar alzó la vista y clavó sus ojos en mí—. Deberían habernos contado sobre esto.

—Lo siento —musité.

—¿Lo siento?! Resulta que hay algo que puede matarnos y ustedes no fueron capaces de contármelo, ¿¿pensaban?! ¡Anežka, pásame esa toalla! —Los dedos de su mano derecha se hicieron eco del potente tono de su voz.

Anežka le pasó la toalla. Gaspar envolvió con esta el filo de la daga, presionando el pecho de Lucas.

—¡Quítala, yo haré presión cuando la saques! Tal vez podamos hacer algo.

Vicente asintió con la cabeza.

—Déjame a mí —me colé por delante de Vicente.

—Está bien, yo puedo, Eliza—. Las manos ensangrentadas de Vicente apartaron las mías. De repente tomé consciencia de que había sangre por todos lados, incluso hasta en el piso. Lucas se desangraba.

—Ahora—. Le indicó a Vicente.

La daga salió del cuerpo de Lucas emitiendo un sonido húmedo y desagradable. Al quedar completamente fuera, se escuchó un susurro como de baja frecuencia que enmudeció en cuanto Vicente arrojó la daga sobre la mesa del café. Sin quitarle los ojos de encima al filo enrojecido, y con cara de asco, Anežka se apartó de la daga igual que si fuese un objeto maldito.

Con todas sus fuerzas Gaspar presionó el pecho de Lucas.

—Vamos Lucas, abre los ojos —posé mi palma sobre su mejilla derecha—. Lucas, Lucas, abre los ojos para mí. Lucas... —su piel estaba fría para ser la piel de un demonio—. Lucas...

Los parpados de Lucas se entreabrieron por un fugaz segundo. Puedo jurar que me miró.

Sus ojos se cerraron otra vez.

—¡Lucas no! —creí que me ahogaría con mi propio grito.

—¡Maldición, tiene que haber algo que podamos hacer! ¿Gaspar?

Gaspar negó con la cabeza y apartó las manos llevándose consigo la toalla ensangrentada.

El rostro de Lucas comenzaba a ponerse negro y su piel reseca.

—¡No! ¡No puede morir! ¡Apártate! —Tironeé del brazo de Vicente para sacarlo del sillón. Sentí mis uñas arañando su piel; es que no podía contener mis energías, tampoco la furia que me invadía.

—Eliza, por favor. No hay nada que hacer.

—¡Muévete! Apártense todos.

Anežka dio un salto y Gaspar clavó sus ojos en mí.

Mis pegajosas manos cubiertas de sangre rasgaron la camisa y luego la remera que Lucas vestía. Aparté los jirones de tela dejando el pecho al descubierto. Su torso tenía el mismo color de su rostro, sin embargo, la herida se veía mucho peor, entre verdosa y morada.

Mis palmas fueron directo hacia la rasgadura en la carne, la cual no tenía más de cinco centímetros de largo, entre dos costillas, muy cerca del corazón, o tal vez, justo encima del corazón.

—No vas a morir, me oyes, no morirás. No hoy. Lucas... Lucas... no morirás hoy.

Me estremecí. Dentro de mí, y sin saber muy bien cómo, o por qué, encontré algo... un sendero, una ruta de luz, tibia, afable. Sobre esa ruta dorada, igual que si fuese un cable, una línea de alta tensión, descargué toda mi fuerza vital, todo lo que me hacía sentir viva: los momentos felices, las sensaciones agradables, los aromas que me recordaban a buenos momentos, los sueños, las caricias, las palabras, los deseos, el inmenso cariño que sentía por Lucas.

Sin mover las manos de su sitio, permití que esa agradable sensación bajase por mis brazos hasta su cuerpo. La sentí pasar de mi piel a la suya en un chisporroteo eléctrico en las yemas de mis dedos.

La carne fría por debajo de mis manos ganó un par de grados. La temperatura continuó ascendiendo al tiempo que mis pies se helaban y entumecían, igual que mis piernas. El frío me llegó al estómago al tiempo que sentí un agradable palpitar rebumbando en el hueso de mis palmas.

La cabeza comenzó a darme vueltas.

Escuché un largo y presuroso aspirar de labios deseos de probar la vida una vez más.

Mi corazón se detuvo.

El frío tomó cuenta de mí.

Todo se puso negro.

40. Las cosas que hacemos por amor.

Despegué los párpados, entre las sombras divisé una fuente de luz tenue y calma.

Calmo también era el aire que me rodeaba.

La cabeza me dolía horrores. Mis sienes palpitaban y sentía como si tuviese la nuca forrada en plomo. Apreté los párpados e inspiré hondo.

Una mano tomó las mías acariciándolas.

—Tal parece que no termino de entender que el mundo cambió. Mi mundo cambió.

Empleé todas mis fuerzas en despegar los párpados otra vez.

—Gabriel... —No logré mucho, más que captar su rostro de modo algo borroso. Mis ojos se cerraron pesados otra vez.

—No deberías volver a intentarlo, por poco te mueres. Le diste a aquel chico casi todas tus energías. No es así como se hace, Eliza. Hubiese bastado con la mitad.

—No tenía ni la menor idea de lo que hacía.

—Sí, me doy cuenta—. Una de sus manos soltó las mías y fue a posarse sobre mi frente—. Tengo que enseñarte a hacerlo como lo hice contigo.

Abrí los ojos y estaba vez me empeñé en no permitir que se cerrasen.

Me miró fijo.

—Perdón. Entiendo que él es importante para ti, así como tú lo eres para mí, cuando entré estabas caída sobre Lucas... medio sin vida—. Pausa—. Es así como se siente.

Tragó y su cuello se ensanchó.

—¿Por qué hiciste eso?

—Porque lo quiero... mucho. Lucas es muy importante para mí.

—Lo sé, lo vi... él me lo enseñó. Vi lo que pasaba por su mente. Permitted que lo viese—. Sus ojos se afilaron sobre mí—. Nunca había experimentado nada semejante.

—Algunos demonios tienen poderes especiales, el de Lucas consiste en eso, él y yo podemos compartir nuestros pensamientos. No tenía ni idea de que pudiese hacerlo con alguien más.

—Créeme que no fui yo quien le abrió la puerta, no lo invité a mi mente. Fue instantáneo. Nuestras miradas se cruzaron e incluso antes de que cambiase yo logré ver muchas cosas a través de sus ojos. El tiempo se dilató en una curva

paralela y en ese ínfimo instante fui testigo de muchos recuerdos. Intuyo que al mismo tiempo logró ver mucho de los míos. Fue eso lo que me descontroló. Toda esa información junta.

Su mirada me inquietó. A través de sus ojos debió haber visto cosas que hubiese preferido que no viera, una cosa es escucharlo de los labios de alguien, otra, verla con sus propios ojos.

Enrojecí.

También tomé nota mental de que yo no había logrado comunicarme mentalmente con él nunca, pese a que Lucas y yo lo hacíamos con suma facilidad.

—Las cosas que hacemos por amor—. Susurró.

Remonté sobre las almohadas que tenía detrás de la espalda y la cabeza.

—Las cosas que hacemos por amor —repetí.

—Tienes suerte de haber amado tanto, de ser tan querida.

—No me cabe ninguna duda de que soy en extremo afortunada.

Quitó sus manos de encima de mí.

—Debo irme, tengo cosas que hacer—. Se levantó de la cama—. Es probable que te sientas un poco rara por el próximo par de horas.

Sí, me sentía un poco rara y además, segura, firme, con los pies bien plantados sobre la tierra. De repente, así, sin más, quizá por oír unas palabras dichas en el momento justo, me sentí lista para tomar una decisión, es decir, en realidad no había nada que decidir.

—Gabriel —lo llamé empujando mi cuerpo hacia arriba con la fuerza de mis brazos.

—¿Sí?

—Tengo algo que decirte.

Sonrió tenuemente, sus ojos descendieron al piso.

—Presiento que no querré oírlo—. Alzó la cabeza—. Dime por qué, justo ahora, que todo parece tan nítido, tan simple, tan real, tú tienes algo que decir.

—Tal vez por eso mismo. Éste es mi mundo, ellos son lo que soy, son parte de mí, son lo que necesitaba y deseaba..., él es lo que necesito, lo único que necesito. Amo a Vicente más que a nada en este mundo, él siempre y a pesar de todo y de todos, está presente en cada uno de mis pensamientos. Lo es todo, es parte de mí y soy parte de él de un modo imposible de explicar. No es lo que yo haría por amor a él, es que él es el amor, es mi amor, mi verdad. Es quien hizo real este mundo, mi mundo y mi existencia. Es el origen de todo, lo que elegí una vez y volvería elegir cientos de miles de veces. No necesito

buscar nada más, no necesito nada más. Estamos demasiado unidos como para intentar separarme de él; eso sería imposible. No puedo. Sé que una y otra vez regresaré a él porque es mi verdad. Mi única verdad. Con Vicente me siento más yo misma que con ninguna otra persona en este mundo. Simplemente yo misma, sin importar que sea humana, demonio —sonreí—, o ángel. Con él trasciendo absolutamente todo.

Gabriel retrocedió un paso.

—Lo entiendo.

—Ojalá que sí. Ojalá que esto te suceda un día. Egoístamente debo decir que cuando eso suceda me sentiré menos culpable por esto.

Gabriel se sonrió. Extendió un brazo y tomó mi mano, la alzó, y me dio un beso sobre el dorso.

—Las cosas que se hacemos por amor —repitió igual que si fuese el estribillo de una canción de moda—. Debemos cuidar el amor cuando lo encontramos.

Asentí con la cabeza.

—Eso es lo que debes hacer: cuidar lo que tienes.

Soltó mi mano.

—Tengo que irme—. Se alejó de mí un par de pasos—. Intenta descansar.

Buenas noches.

—Buenas noches.

Gabriel salió de la habitación pero nunca saldría de mi corazón.

Puede parecer estúpido pero entonces, por mi decisión, me sentí la persona más feliz del mundo... del universo.

La cabeza volvió a darme vueltas y tuve que acostarme. Me sentí flotando en las nubes.

No pasaron ni tres segundos hasta que llamaron a la puerta.

—¡Por fin despiertas!

La exaltadísima voz de Lucas estalló en mis oídos.

Abrí los ojos para verlo entrar. Se veía fenomenal. Sano, fuerte como un toro. Tenía muy buen color en el rostro, de hecho me pareció que estaba algo bronceado. Sus ojos oscuros resplandecían, su sonrisa era enorme. Hasta su cabello se veía de lo mejor. Lo único que empañaba la imagen eran sus pantalones salpicados de sangre, sobre el pecho, había tenido el tino de ponerse una remera nueva, pero los pantalones eran los mismos que llevaba cuando lo encontré desparramado en el sillón de abajo.

—No te ves muy bien —dijo a modo de chanza viniendo a sentarse en el borde de la cama.

Le tiré un abrazo y le di un pellizco en una de sus mejillas.

—Te ves genial.

—Me siento genial. Desbordo de energía. Siento que tengo la fuerza suficiente para mover una montaña. Podría probar con la torre Eiffel.

Lo pellizqué otra vez.

—¡Auch! Tal vez me merezco eso, toda esa energía que corre por mí es tuya, o eso entendí. Debes sentirte capaz de cualquier cosa, cosas como las que hiciste abajo.

Entendí su insinuación y la dejé pasar, no deseaba discutir eso ahora.

—La verdad es que en este momento no siento fuerzas para nada—. Recosté otra vez la espalda sobre los almohadones.

—Gaspar te está preparando de comer para que recuperes energías.

A falta de Diogo —pensé. Gaspar no podía con su alma de padre, él debía siempre cuidar de todo el mundo.

—Es bueno verte. Te extrañaba. Sé que este último tiempo nosotros... me comporté como un idiota.

—Me lo merecía. Enredé las cosas a tal punto que perdí la noción de lo que hacía. Eso pasó, quiero aclarar todo, quiero poner orden en mi vida.

—¿Tiene que ver con ese...? ¿Con él? —Fruunció los labios—. Pasó algo. Vi cosas, no sé si son ciertas. Sus recuerdos. ¿Es cierto? ¿Lo sabe Vicente?

—Sí, es cierto, y sí, lo sabe. Acabó, estaba confundida, ya no lo estoy, sé perfectamente bien con quien quiero pasar la eternidad.

—Gracias por escogerme.

Por un segundo se me cortó la respiración. Todo pasó cuando él empezó a carcajearse.

—¡Era broma, era broma! El muchacho de oro es dueño de tu corazón desde hace mucho. Lamento haber estado tan enojado. Fue frustrante terminar con Lucía; es que esperaba encontrar con ella lo que ustedes tienen. Eso nunca habría sucedido si no fuese porque continuaba pensando en ti a sabiendas de que lo nuestro no era más que un amor platónico. Costó que lo entendiese y más que lo superase. Estoy libre de eso ya.

Suspiré aliviada.

—Ahora tenemos mayores problemas.

—Sí que los tenemos.

—Fue una sorpresa enterarme de la existencia de esas criaturas.

—También lo fue para mí.

—Todo es distinto ahora.

Revoleé los ojos, imposible explicarle cuánto.

—Enloquecí. Es que cuando vi a aquella cosa, a eso...a él. Es extraño. Se siente raro y no raro bien —precisó—. Raro, raro y no como se sienten los Nefilim.

—Raro que da miedo —afirmé.

Se encogió de hombros.

—Hace que se me ericen los pelos de la nuca. No entiendo cómo es que soportas tenerlo cerca. Incluso estando aquí arriba y él abajo—. Sacudió los hombros y la espalda—. Resulta inquietante. No me gusta. Ya le pedí perdón por atacarlo pero igual no me gusta. También se disculpó por intentar matarme. No puedo creer que sea un arcángel. Todo esto parece producto del delirio de alguien.

—Sí, es exactamente así como se siente.

—Gracias por salvarme la vida.

—Gracias por ayudarme con mi madre.

—Creo que estamos a mano.

—A propósito, qué hacen ustedes aquí. Creí que estaban en el sur con ella. ¿Quedó sola allí?

Negó con la cabeza.

—Tu madre llegó a París hace poco más de dos horas, por eso vinimos hacia aquí.

—¿Está aquí?! ¡¿Cómo?!

—La seguimos hasta un aeropuerto privado. Abordó un avión particular.

—¿Dónde está?

—No lo sabemos, únicamente pudimos confirmar que el avión llegó. No pudimos averiguar nada más, siquiera a quién pertenecía la nave. Sean quienes sean que la tienen o acompañan, son expertos en borrar cada una de sus pisadas. Es como si quiera existiesen.

Sopesé sus palabras por un momento: había dicho “quienes la tengan o acompañen”, ¿acompañen? Acompañada implicaba todo lo contrario a lo que yo creí que ella estaba sufriendo. Acompañar no incluye tener a alguien contra su voluntad.

—Lucas... Insinuaste que tal vez esas personas no tengan a mi madre contra su voluntad. ¿Es eso o lo entendí mal?

Lucas se rascó la frente, con la vista fija en las mantas de la cama.

—Se lo comenté a Vicente, Gaspar dice que no es posible; el caso es que vimos cuando tu madre subía a ese automóvil, en la puerta del hotel en el que

estaba y ella... ella no parecía preocupada ni molesta, mucho menos, asustada. La rodeaban una media docena de personas sin embargo ella salió por la puerta con la cabeza en alto, casi sin mirar a nadie, directo hacia el vehículo que la esperaba. Alguien abrió la puerta para ella. No noté tensión; no vi que nadie coaccionase contra ella de modo alguno.

—¿Lo que crees es que no retienen a mi madre por la fuerza?

Negó con la cabeza.

—No vi miedo en sus ojos, solamente rabia. Tu mamá no parecía la misma mujer que conocí.

—¿No? —ese último comentario suyo me dio miedo.

—No. Y lo que más me molesta de todo el asunto es que ni Gaspar ni yo pudimos determinar si quienes la acompañaban eran demonios o Nefilim. Me da la sensación de que ya siquiera importa si son los nuestros o los Nefilim. Esto no me gusta nada. Desde que llegamos aquí, no logro quitarme de encima la sensación de que eventualmente, algo cambiará para siempre... o terminará. Es por eso que quería que entre nosotros, las cosas quedasen claras y en paz. ¿Estamos bien, no? Lo último que pretendía era arruinarlo todo.

—No arruinaste nada, Lucas. Te quiero y nada, ni de este mundo ni de otros, cambiará eso jamás.

—¿Amigos?

—Que no te quepa la menor duda.

...

Con Lucas, bajamos juntos a la cocina, allí nos esperaban Gaspar, Anežka y Vicente; Gabriel ya se había retirado, tenía que poner a los suyos al corriente de las últimas novedades y además de eso quería intentar ponerse en contacto con Miguel para discutir el hallazgo del colgante en forma de ala de ángel.

Gaspar nos sintió llegar. Cerró la puerta del horno. Sus manos eran las responsables de que la cocina estuviese impregnada en aroma a romero, carne y verduras asadas, y a pan caliente.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó raudo y presuroso adelantándose a Vicente y a Anežka.

—Mucho mejor, gracias.

Vicente vino directo hacia mí. Lucas fue directo a robarse un trozo de pan y un poco de queso de encima de la mesada.

—Nos diste terrible susto —me susurró tomándome de la cintura.

—Estoy mejor, de veras, no me siento capaz de correr una maratón ni nada pero ya pasó—. Alcé la vista en dirección a Gaspar—. En cuanto coma algo de eso que huele tan bien, me sentiré todavía mucho mejor.

—Lo que hiciste fue una verdadera locura—. Me reprendió Gaspar—. Y también extraordinario e increíblemente loable—. Añadió con una sonrisa viniendo hasta mí para regalarme un gran abrazo—. Nos asustaste mucho. Eres una insensata, Eliza. Si no te quisiese tanto en este momento estaría enviándote de regreso a tu cuarto y te dejaría sin cena, igual que si fueses una adolescente rebelde. Arriesgarse a veces es bueno, pero lo tuyo...

—No podía permitir que muriese. Jamás he pretendido que ninguno de ustedes muera por mí.

—Gabriel me explicó lo que hiciste... es extraordinario. Casi un milagro.

—Daría todo por ustedes, de verdad, mi propia vida si hiciese falta—. Podía sonar exagerado sin embargo así era.

Una mano de gesto dulce atrapó mi mano derecha.

Todavía encerrada en el abrazo de Gaspar, giré la cabeza y vi a Vicente sonriéndome.

Te amo —articulé con los labios sin emitir sonido alguno. Supo leer mis labios. Su sonrisa se ensanchó, ya no era una mueca de labios muy juntos, sino una ventana abierta a su corazón.

Mientras me atiborraban de comida, les conté todo lo sucedido en las horas pasadas.

Gaspar y Lucas se tomaron su tiempo también, para contarme los pormenores de seguimiento que le hicieran a mi madre desde su arribo al país.

Cuanto más oía de ellos, más me daba la impresión de que Lucas había captado la situación con perfecta claridad: nadie obligaba a mi madre a nada. En ningún momento hubo malos tratos, empujones, o situaciones de tensión. A ella no se la veía mal, o siquiera en situación de rehén. Al menos que estuviese sufriendo de síndrome de Estocolmo o que se encontrase bajo alguna suerte de hechizo que le impidiese pensar por sí misma, habría dado señas de sufrir por lo que estaba pasando y no era el caso. Jamás había intentado escapar, ponerse en contacto con nadie o siquiera daba señales de despreciar a sus captores.

La idea de Gaspar al respecto era que mi madre se encontraba en estado de shock y que tal vez, su pasividad se debía a amenazas. Insistió en que seguramente le habían dicho que si intentaba escapar, se desquitarían con sus

seres queridos y eso, me incluía a mí.

Por increíble que parezca me resultaba mucho más creíble y válida la suposición de Lucas, incluso comprendiendo que no encontraba más motivo a la cooperación de mi madre con quienes fueran que fuesen sus captores, que desquitarse con Eleazar por ser quién era, y por vengarse de mí por haberme convertido en lo que soy hoy. Ella ya había demostrado en sobradas ocasiones que despreciaba a Eleazar y que no le agradaba aquello a lo que yo decidí cambiar.

—Cuál creen que será el próximo paso de Eleazar; a esta altura de la noche debe saber que Gabriel y yo pasamos por su biblioteca, incluso que nos hicimos de ese dije. ¿Tienen alguna idea? Yo ya no sé qué esperar de él. Me da miedo de solo pensar cuál pueda ser su próximo movimiento.

—Sea cual sea, lo más probable es que si queremos llegar al fondo de este asunto, debemos seguir el camino que él marque.

Vicente lo miró con mala cara.

—Gaspar, no podemos simplemente dejar todo en sus manos.

—No es todo, Vicente. El arcángel dijo que pondría todo su esfuerzo en averiguar por qué Eleazar colocó aquel collar allí para que Eliza lo encontrase, puesto que es obvio que lo que hemos visto hasta ahora, que lo que sabemos es así únicamente porque él lo quiere.

—Vicente tiene razón, estamos poniendo demasiado poder en sus manos.

—Supongo, que lo que tu padre no quiere, Eliza, es dañarte, sino ya lo habría hecho —acotó Anežka participando en la conversación por primera vez.

—No me fiaría de eso.

—Lucas, su padre ya tuvo suficientes ocasiones para intentarlo.

—Quizá simplemente no llegó el momento—. Lucas nos miró a todos buscando aprobación a su comentario.

En respuesta Vicente se pasó ambas manos por el cabello echándose hacia atrás para descansar la espalda sobre el respaldo de la silla; Gaspar frunció el entrecejo.

—Es cierto. He oído hasta el cansancio, a Eleazar repetir que aún no llega el momento de que yo sepa la verdad.

—¿Y qué, te dirá la verdad y después te matará? ¿De qué le serviría eso si luego la verdad muere contigo? Es ridículo, para qué tanto es fuerza.

Nunca lo había pensado de ese modo.

Vicente se tironeó del pelo.

—Cómo sea creo que lo mejor sería que nos adelantemos a conocer la verdad.

—¿Cómo haremos eso? —Soltó Lucas.
Gaspar empujó su silla hacia atrás levantándose de la mesa.
—Mandaré llamar al resto de la familia.
—No—. Exclamamos Vicente y yo a coro.
—No lo hagas —insistí—. Es demasiado peligroso.
—Acaso tú no correrías a ayudarlos si necesitasen ayuda.
—Sí, pero...
—Sí pero nada. Es obvio que no podremos con esto nosotros solos. Somos una familia y las familias se mantienen unidas incluso en los peores momentos.
—O al menos así debería ser —acotó Anežka con una mirada triste en los ojos—. Gaspar tiene razón, estamos todos juntos en esto.
—Así es—. Gaspar posó sus manos sobre el respaldo de la silla con la firmeza que solamente los líderes tienen, dando de este modo, por zanjado el asunto—. Apuesto cualquier cosa a que será tu padre quien dé el siguiente movimiento y para entonces debemos estar preparados.
—Sí, eso —murmuró Anežka.
Eso... Con la mirada fija en sus manos me quedé pensando en su cambio, en convertirla oficialmente y técnicamente también, en parte de la familia. De repente se me cruzó por la cabeza que si ella estaba dispuesta a arriesgarse por esta familia hasta la muerte, lo mínimo que podía hacer yo era darle lo que ella tanto deseaba, incluso si ese “algo” no era aquello que muchas personas pudiesen tener como último deseo.

...

Eran las tres treinta de la madrugada, Vicente refregaba la asadera mientras yo les daba una última repasada con el paño a los platos calientes recién salidos de la lavadora.
Anežka dormía, Lucas y Gaspar habían ido a acomodarse en algunas de las tantas habitaciones vacías de la casa, para descansar un poco, darse una buena ducha, cambiarse de ropas, instalarse.
Guardé la última copa en su sitio y Vicente cerró la canilla.
Le pasé el repasador para que se secara las manos.
—Gracias—. Lo tomó y envolvió sus manos en éste.
—Perdón por haberte asustado.
—Tanto...
—Tanto.

Colgó el repasador de la manija del horno.

—Me alegra que lo devolvieras a la vida. Casi me muero cuando lo vi salir disparado hacia el arcángel. A veces me gustaría encadenarlo a una silla para evitar que se meta en problemas. Igual a ti. Entre los dos terminarán matándome.

—Vicente.

—¿Sí?

—¿Me aceptarías de nuevo a tu lado... eternamente? Sé que me comporté como una idiota, de un modo despreciable... pero ahora más que nunca sé que quiero quedarme contigo para siempre. Lamento haberte metido en tantos problemas.

—¿Hablas en serio? No necesitas preguntármelo. Claro que quiero estar contigo, te amo, qué más podría pedir. Olvidemos lo que sucedió. Lo único que me importa es que quieras estar conmigo, que me ames.

—Te amo.

—Es todo lo que necesitaba saber. Es lo único que necesito

Plantó sus manos sobre mis caderas y me besó como hacía mucho tiempo no lo hacía y se sintió perfecto, maravilloso. Fui en extremo feliz por ser testigo de la evidencia que demostraba que lo nuestro era inalterable; para nuestro contacto todo seguía igual, o tal vez incluso mejor. Puede que suene tonto pero creo que ambos maduramos con todo lo que nos pasó.

Fue algo incómodo, para que no quedasen dudas, para empezar de cero con claridad, le expliqué que ya había discutido esto con Gabriel y que mi decisión estaba tomada.

Bebí un sorbo de café y bajé la taza para rodearla con mis manos, para ser lo que yo era, tenía los dedos fríos.

—Quizá deba llamarlo yo—. Esperar a que Eleazar se pusiese en contacto conmigo me crispaba los nervios, que él tuviese todo el control era una locura, definitivamente debíamos adelantárnosle.

—¿Y qué le dirás? —contestó Vicente bajando su taza también.

—Que sé lo que vi y que además sé que mi madre está en París.

—Mejor esperamos a que Gabriel averigüe lo que pueda sobre aquel dije. Enfrentarlo sin armas será un suicidio; estamos mejor así. Eleazar debe saber que estás al tanto del dije y de tu madre, no haría la menor diferencia que fueses a encararlo. Cuando él esté dispuesto a enseñarte algo más, se pondrá en contacto contigo. A mí tampoco me agrada que estés en sus manos, pero por

el momento no tenemos otra opción.

Sabía que en parte tenía razón, no por eso me agradaba quedarme en mi sitio sin hacer nada.

—Estuve pensando en Anežka.

Vicente alzó la vista.

—Esperemos hasta el amanecer, al menos.

—Ojalá todo salga bien para ella.

—Supongo que es tarde para echarse atrás; ha visto demasiado, sabe demasiado.

—Toda esta locura comenzó cuando la conocí. Ojalá hubiese podido mantenerla al margen de todo.

—No fuiste tú quien la arrastró a nuestro mundo, si no hubieses sido tú habría sido alguien más.

—Su madre no fue buena con ella y yo tampoco lo estoy siendo, sé que voy a darle lo que quiere, pero lo que ella quiere no es bueno.

—No es simplemente lo que quiere, Eliza, es lo que necesita, igual que lo necesitaste tú, que lo necesité yo. No tengo ni idea de por qué somos diferentes al resto de las personas, solamente sé que así es; la humanidad nunca fue para nosotros.

—¿Lo crees?

—Sí.

—Lo que sucede es que ahora sé que hay algo más aparte de la humanidad y de nosotros.

—¿Acaso Gabriel te dijo que los humanos pueden convertirse en ángeles?

—No, no dijo nada de eso.

—¿Preferirías que fuese otra cosa y no lo que tú eres?

Preferiría que hubiese otra opción, que el mundo no fuese tan complicado.

—Tal vez, no sé. Lo único que temo es no ser capaz de cuidar de ella. Su madre le falló, no quiero fallarle yo también. Seguro que si hubiese tenido oportunidad habría sido una pésima madre.

Vicente estalló exclamando mi nombre tan fuerte que las copas guardadas en la alacena tintinearón.

—¡¿Qué dices?! Es que anoche te golpeaste la cabeza y quedaste tonta.

Su última frase me hizo gracia.

—No, no que recuerde.

—De haber podido tener hijos los hubiese tenido contigo.

—Lo dices porque me quieres.

—Lo digo porque por experiencia propia sé que eres capaz de brindar muchísimo amor.

—A veces el amor no es suficiente.

—Para ser una buena madre es lo que cuenta. No es desubicado que pienses en ella como en una hija, al fin y al cabo, algo así será, probablemente dependa de ti por mucho tiempo, y sin lugar a dudas el lazo que las unirá a ambas será muy fuerte. A veces las condiciones para ser padre no son las ideales y se hace lo que se puede.

—Al menos no la odio tal como mi madre me odia a mí, yo jamás me sentiré avergonzada de ella. Respeto su decisión, por nada de este mundo podría pretender que fuese algo que no es.

—Tu madre no te odia.

—Quizá no, quizá simplemente esté un poco melodramática esta noche, sin embargo sí puedo afirmar que jamás fuimos unidas, que ella nunca confió en mí, que jamás se sintió cómoda o feliz a mi lado.

—No debe haber sido fácil para ella, teniendo en cuenta quién es tu padre.

—A veces me pongo a pensar en cómo fue que ella descubrió quién era él, no sé por qué tengo la sensación de que no fue Eleazar quien lo confesó. No es que intente defenderlo ni nada... en ocasiones me da la impresión de que más allá de que él pretende mostrarse duro y distante respecto a ella, la ama.

—No es imposible.

—Claro que no. En cambio sí creo que ella lo aborrece.

—Bien, es el...

—El Diablo sí; pero por qué en algunos momentos le temo más a ella que a él.

—¿Eso es así?

—Sobre todo en este último tiempo, más que nada desde esta misma noche—. Consciente de la locura que estaba a punto de soltar me aparté un poco de él, no deseaba que me gritase en el oído otra vez—. ¿Y si mi madre estuviese cooperando con los Nefilim movida puramente por rencor?

Los ojos de Vicente se abrieron de par en par.

—¡Eso es ridículo! ¡Aliada a ellos para lastimarte! Por todos los santos Eliza, piensa en lo que dices.

—Ya lo pensé.

—No tiene sentido.

—Entonces explícame por qué tengo anclada en el pecho la sensación de que ella coopera con quienes la tienen.

—Siquiera sabemos quiénes son los que la tienen.

—Dudo que sean demonios; me cuesta más creer que mi madre se comporte así de tranquila con demonios enviados por Eleazar. Y no creo que sean otros demonios, tú mismo dijiste que el ocupante de la quinta silla apareció muerto y así también sus ayudantes. No se me ocurre nadie más que pudiese estar detrás de esto.

—Ciro.

—Postular a mi desagradable hermano no sería tan desacertado si al menos él hubiese dado alguna señal, si quisiese algo de mí ya lo habría reclamado. Se ha comportado como todo un demonio pero nada más que eso. Si me lo preguntas me parece que no tiene ni la menor idea de lo que sucede aquí.

—Nada de esto tiene sentido. Pasaste una noche fatal; deberías descansar. Te propongo algo, subamos y recostémonos un rato sin pensar en nada más que en nosotros dos. Al menos hasta que salga el sol. En la mañana todo se verá distinto.

Desgraciadamente, la salida del sol no cambió nada.

A simple vista la escena en la cocina lucía tal cual debía verse una alegre foto familiar de desayuno. Gaspar repartía las tostadas mientras Lucas servía jugo de naranja en el vaso de Anežka y ella a su vez colocaba las frutas sobre la mesa mientras Vicente manipulaba la máquina de café para preparar cinco tazas bien cargadas.

Afuera las nubes habían desaparecido, en su lugar un brillante cielo celeste cristalino a causa del aire helado.

Coloqué los frascos de dulce sobre la mesada y luego de comprobar que todavía faltaba para que estuviese listo el café me dispuse a tomar el teléfono y llamar a Gabriel, cinco horas de espera eran suficientes. No llevaba ni tres números marcados cuando sentí un cosquilleo bajando por mi columna vertebral. Lo supe al instante.

—Vicente —mi voz emergió entrecortada. Mi padre acababa de cruzar el umbral de la puerta. Ni falta hacía que se lo advirtiese, por su cara era evidente que él también lo había sentido llegar.

Lucas y Gaspar soltaron lo que estaban haciendo y se quedaron atentos mirando en dirección a la puerta. No tenían idea de quién era pero sí sabían que no era nada bueno.

Anežka nos miró a todos con cara de espanto.

Mi padre puso un pie dentro de la cocina cuando yo todavía tenía el teléfono en la mano.

—Que silencio —entonó muy sonriente—. Hubiese jurado que no había nadie. El rostro de Gaspar de repente cobró un aspecto fantasmagórico, viendo el rostro de Eleazar saltaba a la vista su identidad, su hija había heredado muchas de sus facciones.

A Lucas le costó un poco más procesar toda la situación.

—Me agrada encontrarlos a todos aquí reunidos —entonó entusiasta—. Gaspar, al fin nos conocemos —le tendió la mano, Gaspar siquiera atinó a moverse, todavía se encontraba demasiado sorprendido.

Temiendo que mi padre tomase aquello como una ofensa, intervine.

De un manotazo colgué el teléfono sobre su base y a paso presuroso me uní a ellos junto a la mesa.

—Gaspar, este es mi padre, Eleazar.

Aliviada vi a la cabeza del clan Salleses reaccionar, enseñando un gesto cortés y toda su corrección de siempre. Lentamente acercó su mano a la de mi padre. Imagino que debió ser de lo más extraño para él, darle un apretón de manos al Diablo. Lamenté que Gaspar tuviese que pasar por esto.

—Es un placer.

—Lo mismo digo. He oído mucho sobre ti y tu familia. No todos los cometarios no fueron demasiado elogiosos pero no suelo dejarme llevar por las opiniones de terceros, prefiero ver a las personas con mis propios ojos, no a través de los ojos de los demás. Como decía Confucio: “Para conocer a un hombre debes ver cómo actúa, descubrir lo que busca, examinar lo que le hace feliz”. Los vínculos de mi hija son también míos, o al menos espero compartirlos.

—Claro—. Casi que balbuceó Gaspar.

Lucas parecía estar perdido en el limbo.

Mi padre se dirigió a él sonriéndole.

—Con gran regocijo te he visto cambiar y crecer. Sin duda no fue la suerte, mucho menos la casualidad quienes te hicieron merecedores del privilegio de adquirir el alma de mi hija. Más allá de los sucesos acontecidos, ese detalle, que bien puede parecer ínfimo no lo es tal, sino una diferencia rotunda al final de la ecuación—. Cruzando el aire con su brazo derecho, posó su mano sobre el hombro derecho de Lucas—. Imagino que tampoco es coincidencia que terminases aquí, bajo el mismo techo en que mi hija mora. Nada de esto se debe a la fortuna, siquiera mi presencia aquí esta mañana—. Bajó el brazo del hombro de Lucas y se asomó por encima de éste para darle los buenos días a Anežka—. Pero vamos... por favor, no se pongan así. Se han quedado todos

paralizados-. Desayunemos juntos. ¡Me muero de hambre! Y ese café huele delicioso —añadió echándole una mirada de refilón a Vicente—. Seguro que tienen lugar para uno más—. Con total naturalidad vino hasta mí y me tomó por los hombros. Vestía en sus ojos, una enigmática mirada.

—Eleazar no deberíamos...

Cortó mi frase al estrecharme contra él.

—No, claro que no. Nada de trabajo esta mañana, solo familia. No he pasado una buena noche y necesito despejarme. Tal parece intrusos se colaron en una de mis casas anoche.

Sé que no fui la única en quedar helada. En la cocina cundió el silencio.

—Hubo destrozos mayores. Pérdidas de las cuales no sé si lograré reponerme—. Sus ojos se clavaron en mí—. Necesito que me levanten el ánimo, que me ayuden a pensar en otra cosa.

—¿En algo como qué?

—En algo así como un gran cambio, algo positivo hija.

Seguí su mirada, ésta lentamente se movió en dirección a Anežka.

—Algo que sume entre tantas cosas que restan por estos días.

Clavándome los dedos en el hombro Eleazar me empujó hasta la mesa. Con cara de nada, me sentó frente a Anežka, rodeó a la mesa y fue a acomodarse junto a ella.

Algo en su rostro liberó el miedo que hasta ahora no terminaba de aflorar.

—Vamos, vamos, siéntese todos. Ansío mantener una charla familiar con ustedes.

Tenso como la cuerda de un arco listo para disparar, Gaspar se acomodó en la cabecera de la mesa que quedaba entre Anežka y yo, Lucas tomó asiento a mi derecha. Vicente fue el último en llegar, colocó una taza delante de mi plato y con la suya, fue a sentarse en la cabecera restante.

—Así que... ¿Anežka, todavía no te unes al clan?

—Pensábamos hacerlo pronto.

—¿Cuándo es pronto, Eliza? —Disparó tomando la taza de café.

Crucé una mirada con Vicente.

—En estos días supongo, aun continuamos instalándonos.

—Yo los noto perfectamente instalados. ¿O es que tienes mucho trabajo? Específicamente le pedí a Ciro que no te molestase con tonterías.

—No, no es eso.

—¿Entonces qué es?

—Todos intentamos amoldarnos a la nueva ciudad—. Dijo Vicente saliendo en

rescate de mi mudez.

—¿Y ya reciben visitas? —Inquirió apuntando a Lucas y a Gaspar con sus ojos.

Ninguno de nosotros se atrevió a interrumpir su silencio, se palpaba en el aire que su discurso estaba incompleto.

Plantando los antebrazos sobre el borde de la mesa, con la espalda muy recta, aclaró su garganta. El suave carraspeo sonó igual que preludio de una melodía potente, briosa y quizá algo trágica también.

—Muchas visitas—. Acotó y así en esa pose, olfateó el aire—. Huele raro, ¿no creen?

No necesitaba que insinuase nada más, entendí a qué se refería. Eleazar sabía que un ángel había estado aquí, si me quedaba alguna duda de que él iba un paso por delante de nosotros, ésta se esfumó. Retorciéndome los dedos debajo de la mesa, me pregunté cuál sería su reacción; ¿nos asesinaría, nos haría sufrir? ¿Nos extorsionaría? Eso último era su especialidad, de hecho también había entendido que quería que Anežka cambiase pronto. ¿Sería eso, me obligaría a hacerlo ahora mismo?

Disimuladamente, Vicente me lanzó una mirada con la que quería hacerme saber que él también intuía que Eleazar sabía que un arcángel había pasado por nuestra casa horas atrás.

—Deberías ventilar este lugar hija. Eso y cuidar muy bien, de ahora en más, a quién le abres la puerta. Hay mucho mentiroso y farsante por ahí dando vueltas, escondido debajo de un manto de supuesta inocencia y bondad. No fui yo quién inventó la maldad, créeme. La maldad existía desde mucho antes. También las mentiras y los engaños—. Dramáticamente giró la cabeza en dirección a Vicente—. Me decepcionas, de verdad creía que cuidarías de ella mucho mejor. Sobrestimé tus capacidades. Acaso no te importa que mi hija ande por ahí en compañía de semejante individuo. Ella es joven, obviamente no sabe lo que hace, ¿pero tú...? ¿Cómo pudiste permitirlo? —terminó articulando a dientes apretados. Al otro lado de la mesa llegó el calor que emanaba de su cuerpo.

—Eleazar.

—¡Soy tu padre! No un desconocido, ya no me llames así—. Volvió a girar la cabeza en dirección a Vicente—. Eres un incompetente.

—No es su culpa.

—¡Siquiera puede controlar a su esposa! ¡Claro que lo es! No eres digno de ocupar una silla.

—Nada de esto es su culpa. Fui yo la que aceptó colaborar con ellos.

—¡Te engañaron!

—Y hablando de engaños, nadie sabe que ellos existen, siquiera yo lo sabía. Ese es un engaño.

—¿Estás de su lado?!

—Simplemente quiero que entiendas que Vicente no tiene nada que ver en esto.

—No claro —lanzó—, eres tú la que ha dado vueltas por la ciudad en compañía de un arcángel. ¡¿Qué más has hecho con ese desgraciado mentiroso?!

—¡Gabriel no es nada de eso! —chillé sintiendo que me ahogaba con el peso del cielo sobre mi cabeza. Mi padre lo sabía todo, absolutamente todo.

—¿Gabriel? ¿Tanta familiaridad hay entre ustedes? Mi casa quedo apestando igual que este lugar.

—¿Es eso lo que te preocupa?

—No, me preocupa que mi hija se revuelque con un arcángel.

—Eleazar—. El nombre de mi padre estalló en los labios de Vicente. Eleazar lo fulminó con la mirada.

—Vuelve a sentarte o te haré lamentarlo por toda la eternidad.

El borde de la mesa crujió a mi izquierda entre las manos de Gaspar.

—Siéntate —repitió mi padre y entonces Vicente obedeció.

—Tú querías que él me acompañase a la casa. Sé que no me equivoco al afirmarlo, querías que él encontrase el sello de Miguel y ese dije. Sabías que estaba conmigo, permitiste que estuviese conmigo... todo forma parte de tu plan. ¿Vas a recriminármelo ahora? Hice exactamente lo que querías que hiciera; como una tonta tomé el camino por el que planeaste que yo caminase. Dime de una vez qué es lo que esperas de mí, ¿qué quieres que haga? ¿Para qué?Cuál es la verdad... el fin.

—Ellos no son lo que te han hecho creer.

—No me han hecho creer nada, simplemente sé lo que vi.

—Dirás: lo que han permitido que vieras. Apuesto todo mi poder a que Gabriel no tuvo el coraje de contarte toda la verdad.

—Tampoco tú lo haces.

—Simplemente me protejo de ellos.

Solté una carcajada seca.

—Probablemente ellos estén protegiéndose de ti.

—Deberías tener cuidado con ellos. Gabriel te apuñalará por la espalda en

cuanto tenga ocasión, y si no lo hace él, sabrá hacer la vista a un lado cuando alguien más se proponga hacerlo.

—No haría nada semejante.

—Tú qué sabes, apenas lo conoces.

—No lo haría.

—Ellos son responsables de actos que ni siquiera te atreves a imaginar.

—No es cierto. Ya acabemos con esto, dime por qué permitiste que se acercasen a mí, por qué dejaste que lo llevase a la casa, que entrase en tu biblioteca.

—Por una simple y sencilla razón: para demostrarte lo que en realidad son, para ponerlos en evidencia. Alguien tiene que arrancarles la máscara para que su verdadero rostro sea visto por todos.

—No por todos. Por mí. La mayoría de los demonios siquiera sabe que ellos existen.

—Es cierto, no me importan otros demonios, me importas tú. ¿Crees que no sé qué no confías en mí, que me temes, incluso que me aborreces? Hija, no nací ayer, desde el principio supe que no sería sencillo ganarme tu confianza. Lo que hago es para demostrarte quienes en esta historia, son los indignos de confianza. Cuando seas capaz de ver con tus propios ojos la verdad de todas las verdades, ya no dudarás de mí, y entenderás que tu lugar es a mí lado, y no en esa suerte de nube gris en la que flotas ahora, con un pie en cada mundo.

—No tienes derecho a manipularme de este modo.

—Claro que lo tengo, soy tu padre y por lo tanto hago lo que todo padre haría, guiarte hacia la verdad para que la descubras tú sola. Bien podría decirte cómo son las cosas, contarte toda la historia... De mis labios no la creerías jamás. En cambio, si te lo demuestro con hechos, con actitudes, no te quedará duda alguna.

—No sé qué es lo que intentas hacerme creer...

—Ya te lo dije pero tú no me prestas atención. No intento hacer que creas nada, cuando llegue el momento sacarás tus propias conclusiones. Siquiera hará falta que añada nada más. Lo sabrás; así de simple.

—Te jactas demasiado de eso.

—No alardeo de nada, más que de saber la verdad, de ser uno de los testigos y participantes de esa verdad. La historia es una sola, y lo creas o no, en esa historia no soy el victimario sino la víctima. Fui engañado y golpeado donde más podía dolerme.

¿Qué?

—Y ese dolor dura hasta hoy, porque la historia aún no llega a su final. Me defiendo, no ataco. Te defiendo a ti porque eres lo más valioso que he tenido jamás—. Su mirada se suavizó y centró en mis ojos—. Y eso que ni siquiera te tengo, porque entre tú y yo existe una distancia mucho más extensa, prácticamente insondable, que esta mesa.

Algo se revolvió dentro de mí, a la altura de mi estómago, otra vez, como tantas antes, no supe distinguir si decía la verdad o si sus palabras no eran más que una farsa con la cual engatusarme.

—Tienes serios problemas hija, tiendes a idealizar a las personas y en este mundo, eso no funciona.

Apreté los dientes deseosa de decirle todo lo que tenía atravesado en la garganta. Una de esas cosas, salió.

—Suelta a mi madre, sea lo que sea, esto no tiene nada que ver con ella.

—No tengo a tu madre, hija. Pero no niego que me gustaría tener una reunión con ella, para discutir unas cuantas cosas. Tengo entendido que anoche llegó a la ciudad, ¿no es así? —los ojos de Eleazar se movieron hasta Gaspar.

—¿Sabes dónde está?

Eleazar movió la cabeza de arriba abajo contestando afirmativamente.

—¿Dónde?! ¡Dime!

—No estás lista para encontrarte con ella aún. Además, intuyo que tarde o temprano ella te encontrará a ti.

—¿De qué demonios hablas?!

—Lo sabrás todo, cuando sea el momento indicado.

—No quiero seguir esperando, no puedes tenerme así para siempre, Eleazar.

—No, no es para siempre, supongo que serán nos cuantos días, nada más. Yo que tú, primero empezaría por pedirle a tu dulce y farsante arcángel unas cuantas explicaciones—. Se levantó de la mesa—. Y Gaspar, yo que tú no traería mi familia aquí, Ciro y los demás están muy decididos en hacer una purga de elementos indeseables. No pienso salir en defensa de todo el mundo. No soy la niñera de tus criaturas—. Se enderezó y posó una mano sobre el hombro de Anežka—. Sé que la próxima vez que nos veamos serás una de los nuestros, entonces mi hija y tú, entenderán muchas cosas—. Quitó la mano de encima del hombro de Anežka—. Lucas —le sonrió—, tú y yo ya conversaremos largo y tendido un día, cuando todo esto acabe.

Lucas despegó los labios pero nada salió de su boca.

Mi padre bebió el resto de su café y posó la taza otra vez sobre la mesa.

—Vicente.

Vicente alzó el mentón al tiempo que le sostenía la mirada.

—Sabrás lo que debes hacer cuando el momento llegue. Sé que así será, puedes haberme defraudado en otras cosas, pero confío en que entonces, tendrás oportunidad de corregir todos tus errores. Después de todo, uno puede hacer muchas tonterías por amor, pero cuando la ocasión lo amerita, también muchos actos verdaderamente valiosos y significativos. Los dejo terminar de desayunar en paz.

Me levanté de un salto.

—No puedes irte así. No puedes soltar una bomba de esas y largarte como si nada.

—No me largo “como si nada”, debo ir a solucionar los desastres que ese arcángel y tú dejaron en mi casa.

—No fue nuestra culpa que eso nos atacara.

—Como sea. No pienso facilitarte más las cosas, de aquí en más será tu camino. Es tu historia también. Esfuérzate un poco y llegarás a la verdad.

—¿La tienen los Nefilim?! ¿Otros demonios? ¡Eleazar! ¡Eleazar!

El diablo no hizo el menor caso de mis gritos. Se fue sin mirar atrás, sin añadir nada más.

41. El valle de los ángeles.

—Deberías intentar calmarte primero.

La sugerencia de Vicente quedaba fuera de discusión. Cómo calmarme. Las manos me temblaban y apenas si podía contener en un ritmo medianamente normal, los latidos de mi corazón. Mi cerebro funcionaba miles de kilómetros por hora intentando descubrir, casi por arte de magia, los secretos ocultos detrás de las insinuantes palabras de mi padre. Obviamente no iba a adivinar nada, por eso, con el teléfono al oído, esperaba ansiosa a que Gabriel respondiese a mi llamado. El teléfono repiqueteó dos, tres, cuatro veces. El condenado buzón de voz me ofreció el espacio para dejar un mensaje.

—Soy yo, Eliza —ladré—. Necesito hablar contigo cuanto antes, debemos discutir un asunto. Por favor, Gabriel —añadí bajando el tono intentando no dejarme llevar por las insidiosas palabras de mi padre. Tanto fuese como mi padre lo planteara, tanto como si no, necesitaba saber si ya se había puesto en contacto con Miguel y qué había dicho éste—. Mi padre pasó por aquí hace un par de minutos... Es urgente que hablemos. Lo sabe todo. Llámame cuanto

antes.

Giré sobre mis talones.

—¿Tienes el número de Cesar?

—Sí, sí lo tengo pero...

—Se me ocurrió una idea mejor, ¿sabes dónde se quedan?

Vicente me miró espantado.

—No es buena idea que salgamos ahora.

—No pensaba ir sola, iba a pedirte que vinieses conmigo—. Por el gesto en su rostro supe que ni eso lo convencía—. No pienso quedarme aquí sentada esperando que el mundo se arregle.

—No es eso. No quiero que nada malo te suceda.

—No puedes mantenerme guardada para siempre, acabará encontrándome tarde o temprano, me esconda donde me esconda. No quiero caer al ser atacada por la espalda, prefiero enfrentarlo de frente.

—No hables así.

—No puedo hablar de otro modo; sé que algo... —apreté los puños; podía sentir claramente, igual que cuando se distingue una enorme y potente tormenta acercándose desde el horizonte: muchos más sufrirían por esto, y por desgracia, otros morirían. No es que estuviese siendo pesimista, tampoco es que esa certeza fuese producto de una visión ni nada por el estilo, era simplemente una certidumbre instalada dentro de mí con la contundencia de una marca hecha fuego. Esa marca no estaba allí antes de que mi padre pisase esta casa, razón por la cual, comencé a preguntarme si no era él el responsable de que se encontrase allí ahora.

—Dale al menos cinco minutos, si no te regresa el llamado, te llevaré al lugar donde se están quedando. Lo prometo; sé que Gaspar no tendrá ningún problema de acompañarnos también mientras Lucas se queda aquí cuidando de Anežka.

—¿Qué? —Bufó Anežka.

—Podemos ir todos —empezó a decir Lucas.

—Eso es, si necesitan ayuda...

—Anežka ni lo pienses —solté cortándola—. Lucas, por favor, ella no puede defenderse sola.

Anežka me miró con cara de pocos amigos.

—No de los demonios al menos.

—Eliza y Vicente tienen razón, ustedes se quedarán aquí.

—Yo también quiero saber lo que ese ángel tiene para decir. No me gustó nada

todo eso que insinuó el pap... —Lucas se cortó—...Eleazar. Mierda, si hasta es extraño referirse a él. ¡Bah! Aquí lo único importante es que el ángel cante la verdad. No me cae en gracia y dudo que acabe agradándome ninguno de ellos. Seguro que te mintió, o como mínimo, te ocultó muchas cosas que deberías saber.

—Lucas no deberías dejarte guiar por las palabras de Eleazar, debemos tomar con pinzas todo lo que él dice. No nos olvidemos quién es.

Iba a secundar las palabras de Gaspar cuando Lucas siguió adelante con su discurso.

—Eleazar es lo que nosotros somos, es nuestro origen.

—¿Lucas?

—No me mires así, Eliza. ¡Son el enemigo!

—¡Lucas! —Le grité con la clara intención de reprimirlo.

—Lucas no digas eso—. Gaspar le puso una mano en el hombro con la intención de apaciguarlo.

—Sí es cierto, todos lo sabemos. Si ese ángel nos soporta es únicamente por causa de Eliza.

El silencio cayó sobre nosotros.

Vicente apartó la mirada, dio la media vuelta y se alejó de mí, todo con la excusa de prepararse un café. Entendí que en ese momento simplemente no quería verme a la cara. Todo estaba mejor entre nosotros pero las heridas aún continuaban frescas y para mi desgracia el virus soltado por Lucas picó en mí; sí, era muy probable que Gabriel simplemente tolerase a los demás por mí. Lucas tenía razón en eso, éramos enemigos por naturaleza. Ninguno de nosotros podría andar jamás por el valle de ángeles, por la misericordiosa luz que los iluminaba a ellos; es probable que cuando esto se resolviese cada quién volvería a sus tierras, a su vida; jamás volveríamos a vernos. Nunca volver a saber de él... ni de los demás. La certeza me desconsoló. Ellos volverían a ser ellos, nosotros, nosotros; cada quién por su lado, nuevamente a ignorarnos, a no saber nada los unos de los otros.

—Como sea Lucas; una tregua es una tregua.

—No entiendo por qué estás tan seguro de que eso es lo que es, Gaspar.

—Lucas, detente.

—¡Vamos, Vicente! Sé que no sé nada de ellos, y por eso mismo es que dudo. No deberíamos fiarnos de él... ni de nadie. No es que los culpe de nada, es que simplemente creo que deberíamos ser más precavidos. No tenemos ni idea de quién miente y quién no. No es tan descabellado pensar del modo en que

pienso, yo, al igual que tú, al igual que todos en esta cocina simplemente quiero proteger a Eliza y resolver este condenado embrollo y de preferencia, salir con vida de él. Ustedes están dando demasiado por sentado y a mí todo esto no me parece más que una guerra de todos contra todos. Oigan, ¿soy yo el único que entiende que si fue el arcángel Miguel quien enfrentó Eleazar una vez, podría volver a intentarlo, incluso contra su hija? ¿Por qué creen que él o Gabriel, o cualquier otro ángel se podrían de nuestro lado?

—Son seres de bien, Lucas —entonó Gaspar en un tono manso.

—¿Y yo por desconfiar no lo soy?

—Nadie dice eso, Lucas.

—Entonces qué intentas decir, Eliza.

—Quiero que no actúes a la defensiva. Intenta ser algo más imparcial, me han ayudado mucho hasta ahora, eso merece algo de crédito.

—Simplemente digo que deberían contarnos toda la verdad y obviamente no lo están haciendo, tu padre dejó en claro eso.

—Mi padre es el primero en implementar esa actitud de guardarse lo que no le conviene decir.

—Puede ser pero...

—Nada. Agradezco te preocupes tanto, y que no te quepa la menor duda que soy la primera interesada en descubrir la verdad. Contra todas las dudas posibles, iré a enfrentarlo sin más compañía que la de Vicente, no me interesa hacer que Gabriel sienta que desconfiamos de él, eso quebraría toda la tregua que intentemos mantener en pie. Si vamos todos se sentirá agredido.

Los labios de Vicente se torcieron de disgusto. Gaspar aceptó mi decisión sin replicar.

Lucas bufó y rezongó igual que un niño pequeño (esa parte de él no cambiaría jamás).

Pasaron cinco, diez, quince... dieciocho minutos contados por reloj y el teléfono no sonó.

Sin más dilaciones le indiqué a Vicente que era hora de salir. Sin replicar tomó las llaves de auto, un abrigo y su teléfono celular.

—Los llamaremos en cuanto tengamos novedades —les dije a las dos caras enfurruñadas sentadas a la mesa: las de Lucas y Anežka. Volveremos lo antes posible —añadí viendo directamente a Gaspar, quien considerando la conducta de los otros dos, para los efectos, se quedaba en casa a modo de niñera.

...

Vicente abrió la puerta del automóvil para mí y luego lo rodeó para ingresar en éste, del lado del conductor. Lo noté tenso, demasiado silencioso y meditabundo. Su cara de piedra volvió a la vida cuando nos encontramos dentro del habitáculo, con el motor ya en marcha, esperando que el portón levadizo dejase el espacio suficiente para que pudiésemos salir.

—¿Qué haremos si todo sale como Lucas piensa? —soltó mientras acomodaba la tira del cinturón de seguridad sobre su pecho. Que lo usase era síntoma inequívoco de todos sus temores y dudas.

—Me resulta difícil pensar en Gabriel de ese modo.

—Lo sé—. Inspiró hondo y posó las palmas sobre el volante-, Lucas en un poco tiene razón, tal vez Gabriel esté de nuestra parte...; no creo que todos lo estén y debemos prepararnos para esa posibilidad. Esta unión entre ellos y nosotros es muy delicada. Tal vez no quiera contarte la verdad, quizá la verdad no deba ser oída por ningún demonio.

Intenté tragar sus palabras pero siquiera logré masticarlas, eran duras y parecían de goma demasiado resistente.

—Una línea de descendencia del arcángel Miguel. ¿No crees que sería algo que tu padre podría usar en contra de quién un día lo puso de rodillas lanzándolo al Infierno?

Por supuesto que lo creía.

—Creo que Gabriel debe estar arrepintiéndose de haber revelado aquello—. Puso marcha atrás y me miró sosteniendo el vehículo todavía en su lugar—. No quiero ser pájaro de mal agüero pero me da mala espina que aún no respondiera a tu llamado.

—Dame tu celular, voy a llamar a Cesar.

Sin discutir, Vicente me pasó el aparato y acto seguido, sacó el automóvil del garaje.

Entendí perfectamente bien porque se había guardado esto hasta ahora. Estaba conmigo y lo estaría hasta el final sin importar cuánto yo me esforzase para apartarlo de mí lado, para evitar así que saliese lastimado, pero él, el igual que yo, deseaba proteger a los demás, mantenerlos alejados del peligro todo lo posible. Vicente era mi compañero, mi amigo, mi amante y mi amor y seguiríamos juntos hasta el final, con este gesto, lo declaraba.

La rotundidad del mensaje era perturbadora puesto que lo último que yo deseaba en este mundo era que sufriese por mí, por otro lado me hacía

inmensamente feliz tenerlo aquí a mi lado, también me alegraba ser capaz de permitirle ocupar ese lugar... al fin, y para siempre, fuese cuanto fuese la cantidad de tiempo que eso involucraba.

Atravesamos París en tiempo record. Mientras nos movíamos por las calles sentí como si en realidad nosotros estuviésemos quietos y por nuestro alrededor pasase simplemente una proyección en una gran pantalla, una que lo tornaba todo menos vívido y real.

Por un momento, bueno, en realidad más de uno, las dudas de los demás me hicieron desear regresar a la casa.

—Aquí... —Vicente se quedó boquiabierto dejando la frase inconclusa. La velocidad de las gomas decreció hasta que finalmente nos detuvimos. Con un dedo apuntó hacia afuera por la ventanilla de su lado—. Esa es la dirección.

Al ver la casa temí que dijese eso. La casa estaba cerrada a cal y canto pese a que luego de un día de tormenta como el de ayer, bien hubiese servido abrir las ventanas para dejar pasar el sol, y salir la humedad.

—Está vacía —afirmé. Lo sabía, por un sexto sentido o lo que sea, lo sabía—. Lo sé —le dije cuándo me miró.

—Salgamos a echar un vistazo.

—Para qué, no hay nada allí. Se fueron, no me preguntes cómo es que lo sé, se fueron. Lo siento en la piel. El probable que hayan partido hace horas—. Al entonar aquellas palabras se formó una grieta en mi corazón. No solamente me dolía la deserción de Gabriel, sino también, y en un sentido más amplio, el ser abandonados por el bien. Librados a nuestra propia suerte. Con ellos se llevaron la verdad... —Apuesto lo que sea a que mi padre sabía que se fueron, por eso vino a vernos.

—No me extrañaría, tu padre va varios pasos por delante de nosotros. Ya sea que esperase que nos pusiésemos en contra de los ángeles, o por saber genuinamente que ellos se fueron, lo cierto es que tenía razón en una parte... Gabriel se fue.

Di un salto cuando alguien llamó a mi ventanilla.

Por poco me desnucó al girar la cabeza.

—¿Gabriel?!

El arcángel apartó la mano y luego todo su cuerpo al retroceder sobre la vereda.

De un tirón me arranque el cinturón de seguridad y a los empujones abrí la puerta del auto. —¿Qué haces aquí?! Estás aquí. Creí que te habías ido.

Escuché la puerta y entendí que Vicente acababa de salir a la calle también.

—Los demás se fueron.

Asintió con la cabeza.

—Volvieron a casa anoche.

—Pero... ¿por qué?

—Fui yo quien les ordenó regresar... lo mejor era mantenerlos al margen de esto.

—¿Al margen de qué?

—Gabriel, es hora de que hablemos con la verdad.

—Lo sé —miró a Vicente, quien se nos acercaba rodeando el auto por delante, y luego me miró a mí alzando la cabeza—. Esa es la razón por la cual los llevé al aeropuerto en cuanto regresamos anoche— Bajó la mirada a sus pies y al instante volvió a subirla para continuar hablando—. Nadie más debe saber sobre esto.

—Es por lo que me contaste sobre Miguel.

—Es eso, solo que lo que te conté...

—No era toda la verdad —completó Vicente.

Meneó la cabeza.

—No deberíamos discutirlo aquí en la calle. Es peligroso.

Algo me hizo sentir incomoda y distante de Gabriel, no podría precisar qué era, solamente sé que no me agradó nada de nada sentirlo. Escruté su cuerpo de pies a cabeza buscando aquello que tanto me molestaba y no logré encontrarlo. No eran sus ropas: vestía de negro igual que siempre; tampoco había cambiado su peinado: llevaba el cabello recogido detrás de la nuca; no era nada que emanase de su cuerpo, su rostro... Di con sus ojos; apartó la mirada. Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

—Dejé un mensaje en tu teléfono —solté interrumpiendo algo que decía Vicente, no tengo idea de qué.

—Sí, lo sé, lo escuché.

—Por qué no me devolviste el llamado. ¿No tenías planeado hacerlo?

—No, no es eso, simplemente no tenía ni la menor idea de qué hacer.

—De qué hacer con qué.

—Con todo esto. Ni siquiera se supone que debería estar aquí.

—¿Deberías haberte ido con los demás? ¿Es eso?

—No exactamente. Vayamos a alguna otra parte. Por favor.

—Claro, sube. Vamos, Eliza, entra tú también en el coche.

Asentí con la cabeza con un movimiento algo quedo y lento.

Vicente nos dio la espalda.

—¿Es tan malo? —Mis ojos se encontraron con los de Gabriel cuando éste se disponía a abrir la puerta trasera.

—Todavía no lo sé. Hablé con Miguel y él se negó rotundamente a contarme nada.

—Les contaré lo que yo sé, el resto...el resto deberemos descubrirlo por nuestra cuenta, supongo.

—Eso significa que estamos solos en esto, ¿no?

Me contestó con una mueca más que elocuente.

...

El lugar escogido fue la mesa de un pequeño café, en una calle no demasiado transitada, frente a un parque sorprendentemente vacío de turistas. Como justificativo para nuestra presencia allí: tres tazas de café, y para nuestra seguridad, el Lexus de Vicente estacionado a menos de dos metros de nosotros. El larguirucho joven que nos trajo las bebidas se alejó para atender a otros clientes. Fue recién entonteces cuando Gabriel tomó coraje para hablar.

Antes de pronunciar sonido alguno, sacó del uno de los bolsillos de su abrigo negro, el colgante en forma de ala y lo colocó justo en el centro de la mesa, a un lado del plato que contenía las pequeñas masitas que venían acompañando nuestra orden de bebidas calientes. El metal relució a la luz del sol, envían reflejos de todos los colores del arcoíris sobre nuestras tazas y mis manos.

—Miguel asegura que ya no existen descendientes de su sangre, según él, su línea sucesoria se interrumpió hace mucho tiempo.

—¿Fue Eleazar responsable de eso? —Preguntó Vicente arrancándome las palabras de la boca.

—Supuse lo mismo, después de todo; esto estaba en su poder. Se lo pregunté —. Las yemas de sus dedos acariciaron el borde del dije—. Se exaltó muchísimo ante mi pregunta.

—No te contestó —afirmé. Lo adiviné en su rostro.

—Miguel se niega rotundamente a conversar sobre ese tema, dice ese es un asunto terminado y que no piensa continuar discutiendo el pasado, puesto que ya está muerto y enterrado.

—¿Eso dijo? Es que no le importa que mi padre tuviese eso en su poder.

—Claro que le importa; él no se mostró dispuesto a reconocerlo sin embargo sé que sí. Es más, estoy convencido de que oculta algo. No me dijo la verdad,

lo presiento.

—¿Y qué dijo con respecto al sello... a su sello? No importa que fuese falso, sé que significa algo; por Dios, tenía grabada la fecha de nacimiento de mi madre.

—Con respecto a eso... Qué sabes de su familia, de su pasado.

Capté en sus ojos algo que provocó que se me aflojasen las piernas y los brazos. Entendí hacia dónde se dirigía y fue demasiado; demasiado y completamente increíble.

—Gabriel... Sé poco y nada de mi madre o de su familia, ella fue hija única, no tiene ni hermanos ni primos ni nada. Sus padres murieron cuando ella era muy joven—. Apreté los dientes, todavía no podía creer la idea que se estaba gestando dentro de mi cabeza, era completamente loca, surreal.

Gabriel tomó el dije por la cadena y lo alzó en el aire.

—Creo que esto perteneció a tu madre.

Y con eso fue todo. El mundo se estremeció debajo de mis pies. Mi cuerpo fue víctima de una estremecedora sacudida. Toda mi piel se erizó, mi estómago dio un vuelco y mis palpitaciones se fueron al demonio. Sentí como mi temperatura corporal trepaba súbitamente hasta alcanzar niveles peligrosos.

Simplemente no podía ser cierto, aquello era demasiado, es que acaso no tenía suficiente con ser hija de mi padre como para encima... ¡Por Dios! ¿De verdad? ¡¿Descendiente del arcángel Miguel?! No, no podía ser verdad. Este debía ser un truco de mi padre... para confundirme, para enloquecerme, para poner mi mundo patas para arriba.

¡Cómo no lo vi antes! Eleazar había puesto al alcance de mis manos todas las pistas necesarias. Ahí estaba, frente a mí, la prueba más importante, colgando de la mano derecha de Gabriel. Aquella fotografía del colgante meciéndose lentamente al sol revivió de algún recóndito y oscuro rincón de mi cerebro, un recuerdo que amenazó con salir a la luz la primera vez que Gabriel me mostró la joya. Lo vi igual que si estuviese viendo una película de alta definición, el recuerdo se presentó con una nitidez tal que volví a sentirme como una niña de cuatro años, la niña que era en ese momento en mi primer día de jardín de infantes. Hacía calor, las madres y los niños se agolpaban en la puerta de la escuela. Mi madre se inclinó sobre mí para despedirse, para darme un beso en la mejilla. Del cuello de su camisa beige se escapó aquella misma cadena con ese dije. Recordé que me había parecido precioso, que lo quise para mí.

Recibí el beso de su parte y luego ella se apartó. Mi papá me acarició el cabello y me aseguró que nos veríamos a la hora del almuerzo. Ambos se

apartaron un paso, la maestra me tomó de la mano, y entonces, entre la gente vi a alguien, un rostro imperturbable que se veía exactamente igual que hoy en día. Eleazar había estado allí, su mirada se había juntado con la mía por una brevísima fracción de tiempo.

El recuerdo se extinguió hasta convertirse en un delgado hilo negro que se rompió, más bien estalló, arrancando de mí un sentimiento impreciso que más bien era la mezcla de muchos. Los ojos se me empañaron y al instante sentí las lágrimas rodando por mis mejillas.

Preocupado, Vicente atrapó una de mis manos entre las suyas.

—¿Eliza... te encuentras bien?

—Era de ella... ese dije. Me pareció conocido la primera vez que lo vi, siquiera estaba segura de dónde o porqué, simplemente tenía la impresión de conocerlo de algún lado y así era, lo recuerdo. Es de ella, de mi madre, lo llevaba puesto en mi primer día de escuela, la cadena salió de dentro de sus ropas. Lo vi entonces, así como lo veo ahora, brillar bajo el sol. Eleazar estaba allí también, entre los padres de los otros niños.

—¿Qué?

—Allí estaba él, Vicente, entre los demás... creo que fue esa mañana cuando Eleazar se lo quitó a mi madre, no sé cómo ni por qué... mi padre estaba allí... estoy segura de que fue entonces.

—¿Estás segura que lo recuerdas?

—Sí, Gabriel, ciento por ciento segura. Eso pertenece a mi madre.

—Dios... —jadeó Vicente tomando comprendiendo por fin, lo que eso significaba.

Lo que significaba es que mi padre había tenido una hija con la última descendiente del arcángel Miguel.

La venganza perfecta ¿no? Contaminar con tu sangre la sangre de tu mayor enemigo. Tornando así, su sangre en su contra. Seguro que Miguel lo sabía, por eso se negaba a discutir el asunto. Mi padre se había vengado de él de la mejor manera.

—Es por eso que pudiste revivir a tu amigo. El que seas descendiente de Miguel justifica muchas cosas: tus poderes... lo que eres. Todo esto —movió lentamente la cabeza de un lado al otro abarcando todo lo que nos rodeaba—. Y este condenado juego que tu padre nos obliga a jugar.

Me agarré la cabeza. Esto era demasiado. Saberlo es una cosa, pero asimilarlo... no lo lograría así tan fácilmente.

Mi madre... Quedé sin aliento al pensar en ella. Jamás tuvo el coraje de

contármelo. Es que acaso creyó que no merecía saberlo por ser hija de mi padre. ¿Por eso me aborrecía?

Pero... un momento, no es mi culpa, fue ella quién... Me planteé si odiaba a mi padre tanto por haberla engañado para vengarse de Miguel. Seguro que sí. La había utilizado para darle una bofetada. Mi padre... Eleazar... el mismísimo demonio se había aprovechado de todos nosotros y continuaba aprovechándose para llevar a cabo la más fina de las venganzas.

Esto no debía ser más que un juego para él, un engaño como tantos otros.

Me encontraba perdida en mis pensamientos cuando Gabriel tomó mi mano izquierda por la muñeca y volviendo la palma hacia arriba, colocó en el centro de ésta, el colgante.

—Te pertenece.

Todo mi cuerpo se estremeció al contacto con aquel metal.

A la luz del sol, detrás de la espalda de Gabriel brillo el aire en miles de centellas de resplandecientes colores, como si sus alas estuviesen allí sin estarlo.

Era esta la razón por la cual yo todavía no me había mostrado con la forma demoniaca como todos los demás. Me pregunté cómo serían mis alas si las tuviese, más como las de un demonio o como las de un ángel.

Un pie en el Cielo, el otro en el Infierno, en medio de una guerra eterna entre dos fuerzas indestructibles.

—Me alegra que seas quien eres —susurró Gabriel cerrado mis dedos sobre la cadena.

—Dudo que nadie más se sienta feliz por esto.

—Es increíble —balbuceó Vicente—. Siempre supe que eras distinta, que algo te hacía especial pero jamás creí que... Oigan... ¿están seguros de esto?

—Sí —le contestamos.

Vicente sonrió.

—Siempre supe que eras mi ángel pero...

—Mitad ángel —lo corregí—. Mierda es... es increíble. Dudo poder asimilarlo.

Gabriel empujó mi mano hacia mí.

—Deberías llevarlo puesto, estás en todo tu derecho.

Abrí el puño y le eché una mirada al colgante. Continuaba pareciéndome bellísimo.

—Bien... ¿qué haremos ahora. ¿Dónde está mi madre y quién la tiene? ¿Qué papel ocupa Miguel en todo esto? Es que simplemente quedamos en medio de

su riña.

—Creo que es más que eso. Miguel no está dispuesto a hablar, y no creo que sepa de qué se trata todo esto. Tengo la impresión de que es algo entre tu madre y tu padre. Y los Nefilim.

—Los Nefilim... —repetí intentando encontrar un eslabón dentro del cual calzasen ellos en la historia—. Eleazar dijo que mi madre me encontraría; él también dijo que ya no participaría en esto, que el resto del camino debería seguirlo por mi cuenta.

—No sé qué pensar de Eleazar.

—Ni yo de mi madre.

—Lo que no entiendo es por qué los Nefilim están metidos en esto, que tiene que ver con esto, si Eliza es descendiente de Miguel no se atreverán a matarla tal cual como suponían ustedes que harían para ganarse su ticket de entrada al cielo.

—Pero también soy hija de mi padre, quizá eso pese más a ojos de Miguel. Tal vez estén trabajando para él.

—Miguel no haría eso —soltó Gabriel sin perder tiempo.

—Lucas tenía razón, ellos no tienen cautiva mi madre, mi madre está con ellos porque quiere.

—No puedes afirmar eso—. Vicente se puso nervioso—. No debemos arriesgarnos a especular con ese tipo de cosas. ¿Quién es enemigo de quién, quién odia a quién? ¡Es una condenada locura! Gabriel, estás seguro de que Miguel no se aliaría a los Nefilim para vengarse de Eleazar. No suena tan descabellado. No me entra en la cabeza porqué es que si sabe que Eliza es quién es, no la defiende ni nunca la defendió, la única respuesta que se me ocurre a eso es que a él no le agrada Eliza.

—Gracias por eso—. Bromeé.

—Amor, lo que piense Miguel me trae sin cuidado, no creo que esté en posición de opinar sobre ti.

Gabriel puso mala cara.

—¿Intentas defenderlo? —disparó Vicente apuntando hacia Gabriel con ojos de acero.

—No, simplemente intento no pensar mal de él.

—Entonces sí admites que esto podría ser una venganza, en venganza por lo que Eleazar le hizo. Quitarle a su hija por arrebatarse el último trazo de su línea de sangre sobre la tierra.

Gabriel contestó que sí con la cabeza.

—Y lo peor del caso es que mi madre podría estar de acuerdo con todo esto —añadí llena de amargura. En este momento solamente me quedaban fuerzas para desear con todo el corazón, que mi madre no me aborreciese tanto. Tanto como para preferirme muerta a ocupar la diestra junto a mi padre.

La mesa, el bar y la calle, súbitamente quedaron en silencio.

—Te metes en un problema por permanecer aquí —le dije a Gabriel.

—Lo sé, es que es injusto y no pienso permitir que suceda, no eres responsable de lo que hayan hecho tus padres.

—Pero lo que soy ahora se debe a la decisión que tomé, de la vida que elegí. Es suficiente motivo para ganarme su desprecio.

—No puede simplemente ignorar que llevas su sangre, él actuará como es debido.

—Mejor regresemos a la casa, necesitamos organizarnos.

Miré a Vicente y luego me miré las manos, ya no tenía ni idea de quién era este cuerpo.

—Debería llamar a Eleazar, decirle que sé toda la verdad. Tal vez sea el único modo de ponerle fin a esto.

—No creo que el fin sea ese, Eliza—. Soltó Gabriel arruinando el pequeño rayo de esperanza que intentaba mantener vivo dentro de mí—. No será tan fácil. Es más grande que la verdad misma. Es la eterna lucha entre el Cielo y en Infierno.

—Y por eso vamos a necesitar ayuda, ya que estamos prácticamente solos en esto. Es obvio que ya no contamos con la hermandad para que nos den una mano y tampoco convenceremos a ninguno de los nuestros para que actúen en tu favor —entonó Vicente mirándome—, por lo menos no si descubren que por tus venas corre la sangre de un ángel. Hemos quedado en el medio de todo, somos nosotros contra todos. Supongo que llegó la hora, nos vendrá bien un par de manos extras cuando debamos enfrentarnos a los Nefilim, porque tal como dijo tu padre, en cualquier momento ellos se cruzaran por nuestro camino. Anežka.

El nombre quedó vibrando en el aire.

—¿Ahora? —cambiar a Anežka ahora mismo me daba vértigo, ya tenía demasiadas cosas para un solo día.

—Podrían aparecerse en cualquier momento y solo Dios sabe cuántos son. Supongo que también es una forma de que esté más segura, a los Nefilim les importará un cuerno si es humana o no, ha estado con nosotros todo este tiempo y me imagino que eso es lo único que cuenta para ellos.

Vicente sacó su billetera y de esta extrajo unos cuantos billetes que colocó sobre la mesa. Acto seguido se puso de pie.

—Andando.

Sin levantarse, Gabriel giró sobre su silla y echó un vistazo hacia atrás.

—¿Qué?

Se volvió y me miro.

—Creo que... no estamos solos.

—Larguémonos de aquí ahora mismo.

Vicente se puso al volate, conmigo a su lado; Gabriel en el asiento trasero. Ni en el café y durante el camino de regreso a la casa logré ver a nadie, mas no por eso desconfié de la presunción del arcángel, si él decía que había alguien ahí, probablemente lo hubiese. Seguro que los Nefilim no querían perdernos de vista.

A los nervios ya latentes en mí se sumaron aquellos que generaban el tener que contarle la verdad a los demás, más saber que debería aceptar el alma de Anežka para el—infierno. Convertirla en demonio iba a ser un cambio rotundo tanto para ella, como para mí. Nada volvería a ser lo mismo, ya tampoco lo era. El mundo a mi alrededor no paraba de cambiar.

—En este momento me siento igual que un experimento de laboratorio—. Entóné cuando un semáforo nos detuvo a pocas calles de la casa, aquel pensamiento se me escapó—. Uno que tal vez no haya salido también. Un resultado que nadie deseaba realmente.

—No tienes porqué sentirte así.

—Peor es la perspectiva de sentirme como el objeto de una venganza — repliqué.

Vicente apretó los labios de disgusto.

—Tranquila. Lo resolveremos.

42. Nueva raza.

Mis oídos quedaron zumbando luego de oír toda la historia de mis labios. El inquietante silencio resultante encogió el espacio a nuestro alrededor. La reacción quedaba justificada, mis palabras sonaron inverosímiles hasta para mí. A una pesadilla, a eso tenía gusto esto.

—Mierda —jadeó Lucas contemplándome con cara de pasmo. Los colores se le borraron del rostro hasta dejarlo igual que una fotografía en blanco y negro. Gaspar apenas si logró pronunciar mi nombre, decir que había quedado

perplejo por la revelación era quedarse corto. Incluso me pareció notar que siquiera respiraba, se había quedado muy quieto, con sus ojos ámbar fijos en el colgante que pendía de mi cuello. Sí, la joya era tan bella que de por sí, ejercía un efecto hipnótico, mas el encandilamiento de cabeza del clan Salleses se debía sobre todo, al origen de la misma.

—¿Estás segura?

Anežka se veía mortificada.

—Sí—. La voz me tembló ligeramente. Quizá los demás no lo notasen, en mi interior una luz titilaba, igual que una bombilla antes anticipando un corte de electricidad.

—¡¿Qué mierda vamos a hacer ahora?!

Lucas tan elocuente como siempre —pensé.

—Es decir... no creo que debamos contárselo a ningún otro de los nuestros. Podrían intentar tomar represalias contra ti, después de todo sí eres...

—No, no vamos a pedir ayuda a los nuestros —lo interrumpió Vicente—. Dudo que podamos confiar en nadie más. Creo que sería imprudente arriesgarnos por más que podamos llegar a necesitar ayuda. Seremos solo nosotros, como siempre.

—Nosotros y el resto de la familia—. Lo corrigió Gaspar—. No esperabas que el hiciese caso a Eleazar.

Puff, claro que no —rezongué dentro de mi cabeza; eso era básicamente, pedirle que fuese alguien quien no era, pero por unas cuantas horas mantuve viva la esperanza de que en verdad hubiese decidido mantener a sus hijos al margen de este nefasto lio infernal.

—Anežka—. Al pronunciar su nombre, mi sangre se enfrió dentro de mis venas—. La decisión es tuya, llegó el momento, si no quieres hacerlo, no pienso retenerte aquí por más tiempo. Si quieres largarte, ahora es cuando, lo más probable es que lo que venga de aquí en más, no sea nada bueno. Nadie te recriminará nada si te largas y regresas a tu vida de antes, es más, creo que yo me quedaría más tranquila si lo hicieses; si escoges quedarte, continuar siendo humana es un riesgo innecesario que no permitiré que continúes corriendo-. Me llevé las manos a la espalda y apreté los puños con fuerza hasta que las uñas se me clavaron en las manos. Estos podían ser nuestros últimos minutos juntas. Me esforcé por retener su aspecto en mis retinas; en su mirada no se detectaban rastros malicia; a simple vista resultaba imposible identificar las marcas que en ella imprimieron sus visiones y la vida que éstas le obligaron a llevar hasta que nos conoció, hasta que por fin supo que no estaba loca, que el

mundo era tal cual como lo veía, y no como lo veían el resto de los seres humanos.

Probablemente la vulnerabilidad se le borraría del rostro en cuestión de horas; jamás olvidaré la primera vez que me vi al espejo luego de cambiar, por un instante no me sentí yo misma, y por más que ese reflejo era agradable de contemplar, acarreaba un futuro demasiado denso y para nada sencillo. La verdad es que en ese momento no imaginé que sería tan pero tan complicado. Ojalá Anežka no sufriese demasiado.

—Irme... No pienso abandonar esta casa al menos que sea con ustedes. Gracias por darme la oportunidad de largarme; no pienso tomarla—. De un empujón apartó su silla y se puso de pie—. Hagámoslo en este instante, hay muchos traseros de Nefilim que patear.

Su determinación se ganó un lugar en mi corazón y el orgullo que me hizo sentir, añadió unos kilos más a mi consciencia.

—Me gusta su actitud—. Exclamó Lucas muy sonriente—. Entonces lo primero es cambiarla.

Vicente asintió con la cabeza.

Por el rabillo de mis ojos vi que a mi derecha, Gabriel se removía sobre su sitio, incómodo.

—¡Genial! —Lucas también saltó de su silla—. ¿Lo haremos ahora mismo?

Tragué en seco. Yo apenas si sabía lo que tenía que hacer. De los nervios me temblaban las manos, las cuales escondí en los bolsillos de mis pantalones. En silencio y con complicidad, Gabriel detectó mis movimientos. Su mirada lo dijo todo: no quería verme llevar acabo aquello, supongo que de ser por él, hubiese intentado disuadirme.

—¿Lo harán ahora?

—Eso creo —le respondió Vicente al tiempo que me miraba como preguntándome si estaba lista.

Nunca podría estar más lista de lo que me encontraba en este instante. Esto no me hacía feliz, simplemente sabía bien que era algo de lo que no podría escapar por siempre.

—No puedo creer que de veras sucederá.

Había mucha emoción en su semblante, y así mismo una serenidad que le devolvió algo de calma a mi corazón.

—Bien, antes que nada... —Vicente caminó hacia Anežka—, debemos prepararnos. Anežka, deberías quitarte todas las joyas, sólo por las dudas, temo que puedas lastimarte. Deberíamos hacerlo en el living, ¿no? —Le

consultó a Gaspar—. Si apartamos los muebles contra las paredes tendremos más espacio.

—¿Espacio, para qué necesitamos espacio? —inquirí comenzando a angustiarme, oírle decir que se quitase las joyas para evitar así que se lastimase, que necesitábamos espacio, nada de eso se había hecho conmigo.

—No todos cambian del mismo modo —me respondió Gaspar—. Es preferible prevenir. Anežka podría tener mucha fuerza, como no lo sabemos...

—¿Podría lastimarlos? No haré eso. Nunca lo haría.

—No lo harías adrede; a veces es difícil acostumbrarse, los primeros minutos son desconcertantes—. Gaspar le tocó el hombro—. Es solo por las dudas, ya hemos hablado de esto. Tranquila, todo saldrá bien.

—Lucas, ve a mover los muebles del living, por favor.

—Sí, claro —contestó éste con entusiasmo.

Lucas desapareció por la puerta hecho una exhalación.

Lo primero que Anežka se quitó fue su cruz de tao. La colocó sobre la mesada a un lado de la mano derecha de Gabriel, quien se encontraba pegado al borde de piedra, encogido sobre sí mismo igual que si estuviese extinguiéndose. Tenía aspecto de derrotado, así con los hombros caídos hacia adelante y la vista clavada en el piso.

Mi futura joven discípula dejó el resto de sus cosas allí. Gaspar se la llevó tras los pasos de Lucas, fue así que entonces, Gabriel, Vicente y yo quedamos solos en la cocina.

—Si no les molesta creo que permaneceré aquí mientras lo hacen.

Vicente le dedicó una suerte de reverencia que consistió en una inclinación de cabeza y se retiró.

Un chiflete de aire frío sopló en mi nuca.

—Es por su propio bien, Gabriel. Es lo que quiere, lo que necesita.

—Su alma es muy pura.

—Probablemente la de muchos demonios lo es, tal vez, muchos más de los que tú imaginas.

—Su espíritu es fuerte.

—Lo sé, ha soportado muchas cosas.

—Es muy parecida a ti en más de un sentido.

—Estará bien.

—Todos queremos pensar eso, pero... ¿lo estarás tú?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Por qué a mí se me revuelven las tripas de solo pensar en lo que harán, y

como tú cargas algo de... Cometerás un gran error al hacerlo, Eliza.

Mis ojos se empañaron.

—Lamento defraudarte. No sé qué más hacer.

—Déjala morir.

—¿Qué?!

—Tú puedes.

—¿Por qué haría algo así?

Su respuesta fue una pared de silencio que se alzó hasta el cielo, entre él y yo.

—Nunca lo entenderías, jamás fuiste humano, jamás fuiste un humano como ella o como yo. Cuando arribas a cierto punto en el camino, simplemente no hay vuelta atrás. No sé si es el destino o qué, Gabriel, no sé qué es, pero cuando llega simplemente lo sabes, es para ti, es tu único camino, la única forma de seguir andado, de continuar existiendo. Hay mucho más después de la muerte, está la resurrección, esa otra vida que no es comparable con nada que hayas probado jamás, es lo que tus ojos ven, lo que hace que te estremezcas, lo que inunda tu corazón y tu alma de pequeños detalles que hasta entonces no fuiste capaz de captar. Es la vida en su máxima expresión, en su más tierna esencia. Es lo más simple y lo más grandioso que puedas experimentar, y no tiene porqué ser malo o dedicado a la maldad, lo que define quien eres son tus acciones, las que haces con el corazón y la mente clara. El ser humano no es humano solo por ser humano. Todos, incluso ustedes, son capaces tanto de hacer el mal, como hacer el bien. Lo dijiste, existe un balance, nosotros podemos mantenerlo para que la vida sea un poco menos injusta. Al menos lo intentamos Gabriel, al igual que tú lo intentamos.

—No puedo explicarte porqué lo digo... es que simplemente creo que esa jovencita es más...

—¿Más qué?

—Más de lo que se ve.

—Si tienes algo que decir, este es el momento, Gabriel.

Dio un paso atrás con la cabeza gacha.

—Será lo que deba ser, entonces. Quédate aquí, nadie te obligará a presenciarlo.

Salí de la cocina sintiéndome terriblemente incómoda dentro de mi piel.

Al entrar en la sala de estar, me impresionó la velocidad con la que habían apartado todos los muebles de en medio, había sillones y mesas apiladas contra las paredes, las alfombras estaban enrolladas y acomodadas en el ángulo entre dos paredes.

Debajo de la lámpara de caireles de cristal y bronce, Vicente y Anežka; a un lado se mantenían Lucas y Gaspar.

Vicente giró la cabeza, me sonrió y tendió una de sus manos hacia mí.

—Todo saldrá bien...

Vicente se retiró al terminar de repetir las indicaciones por duplicado.

Me sabía de memoria lo que debía hacer pero no por eso me sentía menos nerviosa.

Le ofrecí mi mano derecha a Anežka y ella la tomó, así se supone que debía ser.

Mi palma se calentó al tomar contacto con su piel, el calor se extendió a lo largo de mi antebrazo, del brazo y por último mi pecho.

El mundo desapareció en términos humanos. Es complicado explicar lo que apenas se comprende, lo que no se puede ver. Es sentir, guiarse por los instintos pues ese es el único modo de entrar en la oscuridad que lo devoró todo en cuestión de segundos, deslizándose por debajo de nuestros pies, por encima de las paredes y los muebles.

Escuchaba la respiración de Anežka, sentía su corazón latir porque era lo único vivo aquí, al menos por el momento. Su mano estaba tibia pero pronto, su temperatura sería otra.

No es que exista un modo de entregarse, cada quien lo hace tal como se lo dicta el alma, siquiera es necesario hablar. La entrega pasa por otro lado, por uno mucho más sutil que un contrato escrito y firmado, que por palabras que puedan sonar pomposas o demasiadas veces dichas. Es algo que todo demonio siente justo en mitad de su cuerpo.

Tal vez no exista un modo de entregarse, sí uno de recibir.

Me estremecí de pies a cabeza cuando el fogonazo de energía atravesó igual que un hierro caliente, mi brazo, fue como tener en vez de huesos, una jabalina de acero al rojo vivo dentro de mi carne. Un dolor horrible e indescriptible detuvo mi corazón. Me quedé sin aliento, de hecho, dejé de respirar. Los oídos se me taparon, ya no oí el vaho azufrado que se tornara cada vez más persistente junto con la llegada de la oscuridad, siquiera lograba oír mis propios pensamientos, mucho menos ver, y no porque todo estuviese oscuro a mi alrededor, sino porque en este momento, lo único importante era aferrarme a ese calor de vida que no pude más que desear para mí.

Toda la existencia de Anežka estaba allí, en mí, en mi abdomen. Toda su vida, igual que si la cargase en el útero. Sentí la desgarradora necesidad de no

dejarla partir jamás. Me deleité con su intensidad, con el palpitar lento y denso de su alma.

La energía se multiplicó y multiplicó y multiplicó extendiéndose por mi cuerpo, dándole luz y nueva vida a cada uno de mis órganos. Anežka estaba dentro de mí, estábamos compartiendo mi cuerpo, mis pensamientos, nuestras energías. Así juntas éramos más que la suma de las dos en dos cuerpos separados.

Todo sucedió al mismo tiempo, el nacimiento del deseo de apagar su espíritu y apropiarme de su energía, y el estallido de su miedo.

No había movimiento ni acción, tampoco sensación a nivel piel, sin embargo aquello era similar a intentar ahogarla en un mar de denso lodo negro. En alguna parte no sé precisar dónde, podía experimentar la fuerza que ella hacía para contrarrestar el peso de mis manos sobre su cabeza.

Sin escucharlos, sentí sus gritos rogando para que la soltase, para que le permitiese volver a la superficie otra vez.

Su voz sonaba pastosa, densa.

—¡Eliza! Eliza, por favor.

Nunca, más que en este momento, me vi a mí misma como hija de mi padre. Era igual que si él estuviese empujándome, alentándome a hacerlo.

—No puedo permitir que ganes, no se supone que sería así.

Antes de darme cuenta de que lo hacía, le permití partir, simplemente tomando no para mí, sino para otras manos, esa suerte de prenda por la cual recibiría a cambio algo similar a lo que yo tenía.

Anežka soltó un grito y su éste no fue el único en sonar. Los chillidos me aturdieron a tal punto que creí que la cabeza me estallaría, porque sí, ya sentía mi cabeza otra vez. También sentí el golpe que se dio mi cuerpo contra el suelo cuando caí inconsciente.

—Eliza, despierta. ¡Eliza! Abre los ojos, debes ver esto. ¡Eliza!

Lo primero que vi cuando abrí los ojos fue el rostro de Vicente, lo siguiente, un intenso resplandor blanco.

Ayudada por Vicente, logré sentarme.

Si alguien me hubiese adelantado que sería esto lo que vería, no le habría creído jamás.

Anežka flotaba de pie, a un par de centímetros del suelo, rodeada de una nube de destellos entre blancos, plata y dorados.

—¿Qué es eso? —balbuceé aturdida.

—No tengo ni la menor idea.

—Pero... ¿está hecho, no?

—Sí, pero eso no acaba aquí—. Tomó mi mano y la colocó a la altura de mis ojos. Esa misma nube brillaba alrededor de mi cuerpo.

—Por Dios... —jadeó la voz de Gabriel quién acababa de entrar en la sala. Los pies de Anežka tocaron el suelo. Abrió los ojos y me buscó con la mirada. Sosteniéndome de Vicente me puse de pie.

Todos se acercaron al centro del ambiente mientras yo caminaba hasta Anežka.

—Se siente... —comenzó a articular con una voz cristalina y dulce, la suya, solo que ahora completamente perfecta—...se siente... es indescriptible. Las cosas son... tan bellas—. Giró la cabeza en dirección a Vicente—. Mira sus ojos—. Movié lentamente la cabeza en dirección a Lucas—...su sonrisa—. Alzó el mentón y la mirada—. La luz.

—Cada cosa que ves hace que tu corazón se llene de gozo, el mundo se ve mucho más bello, incluso con todas sus imperfecciones.

—Me siento tan...

—Desbordante de energía —completó Lucas por ella.

—Anežka... ¿vas bien, cómo te sientes? —le preguntó Gaspar.

—Perfectamente bien. Tranquila —sonrió—. En paz. Como si por primera vez fuese yo misma.

Así también me había sentido yo.

—Entonces... ¿nada de furia? ¿Estás tranquila?

—En mi vida me sentí mejor que ahora—. Le contestó Anežka a Vicente regresando a nivel del suelo.

Anežka me tomó por el mentón y obligó a mi cabeza a apuntar en dirección a Gabriel.

—Mira sus alas —me susurró con manifiesta admiración—. No son bellísimas. Gloriosas. Lo más bello que nadie pudiese ver jamás.

—Lo son —le contesté al tiempo que el rostro de Gabriel se deformaba en una mueca que le dio a ese rostro sin edad, el aspecto de un hombre que bien podría haber vivido miles de años, soportando una existencia muy dura y sacrificada.

—¿Las ven?

¿Si las vemos, acaso no estaban allí a la vista de...?

Giré la cabeza y les eché un vistazo a los demás, por sus caras adiviné que algo no iba bien.

—¿Qué está pasando? —Quiso saber Vicente.

Al menos que las dos estuviésemos alucinando... las alas de Gabriel estaban

allí.

—No deberían verlas, no las estoy mostrando, no al menos que...

—¿Al menos qué, qué? —intervino Gaspar.

—Cómo no lo vi antes —fue la respuesta que Gabriel dio con voz estrangulada y pose tiesa—. Debí reconocerlo cuando me hablaste sobre ella, cuando contaste lo que podía hacer—. Solamente los ángeles pueden reconocer a otros ángeles, ver sus alas si no es qué estos las están mostrando en su forma física.

El “qué” se me quedó atragantado.

—No juegues Gabriel, se supone que yo tengo sangre de un arcángel...

—¿Tengo sangre de ángel? —Soltó Anežka.

—Eso creo.

La joven demonio se llevó una mano a la boca abierta y muda.

—¿Y por qué puede ver a otros demonios?

—Simplemente porque ellos se lo permitieron, probablemente supiesen qué tipo de sangre corría por sus venas, lo deben haber hecho para divertirse, para torturarla.

—¿Soy el único al que esto no le sabe a coincidencia?

Todos nos volteamos para ver a Lucas.

—Mi padre —entóné sintiendo otra vez el peso de su mano sobre mi cabeza.

—Ahora las dos son capaces de reconocer a cualquier ángel que se atravesase a atravesarse por sus caminos.

Las palabras de Lucas sonaron rotundas y la verdad es que eran tan precisas que podíamos dar por descontado que la situación fuese otra. No lo era.

—Y somos demonios —articulé completando la idea que él comenzara a exponer.

Mi padre lo había hecho bien, tenía a dos demonios con una capacidad única, una que ponía al descubierto la presencia de quienes se suponían, eran el enemigo. Una de sus armas, la capacidad de pasar desapercibidos frente a los demonios, ya no existía, contra nosotras dos, era obsoleta.

Así de repente, fui hilvanando ideas... la novicia que las hijas de Gaspar habían ido a buscar a Canadá, la cual había resultado muerta en un ataque perpetrado por individuos de identidad desconocida. Las otras muertes de esos otros candidatos a demonios... todos debían ser como Anežka.

Alguien estaba intentando pararle los pies a mi padre.

Lucas me miró y entonces lo sentí dentro de mi cabeza, había oído cada uno de mis pensamientos.

—Los Nefilim... —entonó—. Están ayudando a Miguel a frenar el plan de tu padre.

—Eleazar lo tiene todo planeado, no ha dejado ni un cabo suelto.

Mientras hablaban pensé en el ex novio de Susana, él también podía ver ángeles, además de demonios.

Tragué en seco. ¿Desde cuándo venía ejecutándose este plan? Acaso yo misma era parte de él. Supongo que sí. Conmigo mi padre había dado el puntapié inicial para una nueva raza, una mezcla entre demonios y ángeles. Una que conjugaba lo mejor de ambas especies, una que pondría a su disposición seres increíblemente poderosos.

—Le di exactamente lo que él quería —balbucí sufriendo un deficiente control de mis emociones. Mi cuerpo se puso tenso. De soslayo le lancé una mirada a Gabriel, él lucía tan aturdido cuanto yo me sentía.

—No teníamos modo de saberlo—. Vicente me abrazó.

—Si todo esto es cierto, cuando los Nefilim se enteren de que Anežka se entregó ante Eliza, enloquecerán. Me imagino que ya no se limitarán a permanecer escondidos.

Gaspar tal vez no estuviese tan desacertado en opinar aquello.

—Qué vamos a hacer. No puedo llamar a mi padre para pedirle ayuda, hacerlo será contraproducente, él querrá adueñarse de esto. Lo esperaba ansioso, ahora comprendo que lo insinuó aquella vez que nos encontramos en ese campo en medio de la nada ni bien salimos huyendo de Praga—. Mi mente se quedó en blanco, lo único que podría visualizar era que antes o después, deberíamos enfrentarnos a los Nefilim y quizá también, al propio Miguel.

Nos habíamos quedado todos, sumidos en el más completo silencio, cuando un celular comenzó a sonar.

Lucas dio un respingo.

Y otro.

Gaspar se llevó la mano al bolsillo de los pantalones.

Y uno más, el de Vicente.

El televisor se encendió sin emitir ninguna señal reconocible, solamente estática gris con su sonido tan característico a chisporroteo eléctrico.

Lucas atendió su teléfono.

—No es nadie.

Gaspar también cortó. O los teléfonos enloquecieron todos juntos o...

—Qué está pasando aquí —murmuró Vicente con cara de preocupación al guardarse el celular otra vez en el bolsillo de los pantalones, tampoco había

respondido nadie en su aparato.

Di un respingo cuando el equipo de música se encendió y comenzó a sonar a todo volumen la voz de Charles Trenet interpretando “*La Mere*”; el cd era uno de los preferidos de Vicente. Yo adoraba esa canción porque la asociaba a Vicente y a todos los buenos momentos que pasamos juntos, pero en este momento, me puso nerviosa, es que sonaba escalofriante... una burla quizá, igual que el asunto de los celulares sonando todos al mismo tiempo.

Cuando en una barrida de la sala, me topé con el rostro de Anežka, lo vi transido de pánico. Ella se abrazó a sí misma encogiéndose sobre su pecho.

—¿Gabriel? —entoné girando la cabeza para buscarlo. Presentía que estaba a punto de suceder algo, no tenía ni la menor idea de qué, pero allí estaba la funesta impresión. El aire palpitaba en sobre mi pecho. A mis centros nerviosos acudieron ínfimas descargas eléctricas que provocaron que se me pusiesen los pelos de punta. Los ojos se me aguaron. Tenía miedo de moverme de dónde me encontraba parada, la sensación era la misma que encontrarme de pie sobre una mina personal. Sentía que si me movía demasiado volaría por los aires; todos volaríamos por los aires.

Por un momento cundió el más completo silencio y luego las ventanas de la casa estallaron en cientos de miles de pedazos, tanto los cristales como los marcos de madera y las celosías, también las macetas con sus plantas de flores rojas, también la pantalla del televisor y las bombillas de la lámpara sobre nuestras cabezas. Por los aires volaron cadenas de bronce y cristal que hasta pocos segundos atrás, formaban parte de la hermosa lámpara de la sala.

La explosión retumbó sobre nosotros, sobre las paredes. El edificio entero se estremeció sobre sus cimientos. Nos arrojamos al suelo. Anežka cayó convertida en una compacta bola, Vicente se tiró sobre mí para cubrirme de la explosión; creo que Lucas se golpeó contra algo o algo lo golpeó, porque en el estallido lo escuché quejarse. Lo último que vi entre los brazos de Vicente fue a Gaspar agarrándose la cabeza.

Una lluvia de desperdicios nos cayó encima.

Volaron cristales en todas direcciones, también trozos de madera y mampostería, papeles y diminutas esquirlas de porcelana de unas piezas de colección que Vicente guardaba en un pequeño aparador. Parte de los rosetones de yeso del cielo raso se cayeron a un lado nuestro estrellándose contra el suelo de madera para convertirse en polvo blanco.

—¿Los Nefilim? —jadeó Lucas incorporándose para emerger de entre la nube de polvo blanco que se mantenía ingrávida flotando en el aire. Un hilo de

sangre muy roja, corría desde su frente hacia el lado izquierdo de su rostro. Tenía de todo metido entre su largo, negro y sedoso cabello.

Gaspar ayudaba a Anežka a sentarse, por suerte ninguno de los dos estaba herido de gravedad, tan solo unos cuantos rasguños y nada más.

—¿Son ellos? —insistió Vicente.

Al final Gabriel asintió con la cabeza.

—Creo que sí.

—¡Mierda, es que acaso estaban esperando atrás de la puerta a que ella cambiase! —Despotricó Lucas.

No pasó ni medio segundo desde que Lucas pronunció aquello hasta que la puerta que daba a la cocina se abrió de un golpe, hacia allí miramos todos sin saber que la misma imagen se repetía a nuestras espaldas.

Un grupo de hombres vestidos de negro se hizo presente en la estancia. En un rápido recuento llegué a los diez, por detrás otros tantos. El grupo tenía un aspecto muy similar al que me emboscó en aquel estacionamiento de supermercado. Esa fue la primera vez que vi sus pálidos rostros, sus fríos ojos azules, sus poco angelicales cabellos dorados.

Veloz como solamente tal vez él pudiese serlo, Gabriel extrajo de no sé dónde una de sus dagas. A los demás nos tomó más tiempo incluso solamente ponernos de pie.

El aire alrededor de nuestros pies se tiñó de oscuridad. Percibí un fuerte aroma almizclado.

Con una lentitud agónica, uno de los Nefilim se separó del grupo para adelantarse.

Por la presión de los otros terminamos apiñados en el centro del espacio, justo debajo de la lámpara la cual aún se mecía de un lado para el otro igual que si acabase de temblar la tierra.

El Nefilim alzó una mano y con un dedo rígido y blanco, apuntó en mi dirección.

Sentí igual que si la yema de su dedo presionase entre mis dos ojos.

—¡Suelta ya lo que tengas que decir, maldito! —le gritó Lucas.

Los dientes de Vicente rechinaron.

El Nefilim bajó el brazo y miró a Lucas con expresión torva.

—Es que acaso no saben hablar.

Lucas, cierra el pico —le grité mentalmente. Lo que menos nos hacía falta era provocarlos.

Gabriel enarboló su daga.

—Lárguense. Su intromisión aquí no les será tolerada. Si hacen algo más me veré obligado a reaccionar. Sus actos no serán apadrinados por nadie, lo único que lograrán es hundirse todavía más. Si buscan redimirse, este no es el camino.

Los labios del Nefilim vistieron una enorme sonrisa.

—Creo que le importan un cuerno tus advertencias, arcángel.

Volví a dirigirme mentalmente a Lucas otra vez para soltar su nombre, tenía que callar de una buena vez.

De la garganta de Gabriel brotó un gruñido de frustración.

—Señor, ten piedad. Cristo, ten piedad. Señor, ten piedad —comenzó a entonar el Nefilim, una voz casi celestial manchada con una gota de densa oscuridad que al final de cada palabra, absorbía todos los sonidos del entorno—. Cristo, óyenos. Cristo escúchanos. Dios Padre celestial, creador de los ángeles, ten piedad de nosotros.

—¿A qué mierda juegan?

—Dios Hijo Redentor del mundo, señor de los Ángeles, ten piedad de nosotros.

—Son las invocaciones a San Gabriel —explicó Gaspar en respuesta a la pregunta de Lucas. Creo que tanto Vicente así como yo, no teníamos ni la menor idea de que lo eran.

—Dios Espíritu Santo, vida de los ángeles, ten piedad de nosotros.

—Nefilim de nada te servirá...

El Nefilim siquiera oyó a Gabriel, o al menos esa impresión me dio.

—Santísima Trinidad, un solo Dios verdadero, delicia de los Ángeles, ten piedad de nosotros. Santa María Reina de los Ángeles, ruega por nosotros. San Gabriel Arcángel, ruega por nosotros. Embajador de Dios Padre. Servidor del Verbo, Luz eterna. Locutor de la Encarnación. Mensajero de la Esperanza.

—¡Ya basta! —Exclamó Gabriel.

—Protector contra el Maligno —continuó canturreando a medida que alzaba la voz—. Guardián de nuestro Bautismo. Patrono de los sacerdotes...

—Qué es esto, un rito de sacrificio.

Sentí la ansiedad de Lucas dentro de mi cabeza.

—Escudo de la castidad. Guía de los desorientados. Consejero de los confundidos. Músico celestial. Todos los santos Ángeles, rueguen por nosotros.

Un frío de mal agüero me recorrió la espalda.

—Cristo, óyenos—. El Nefilim inclinó la cabeza hacia adelante—. Cristo,

escúchanos.

Señor, ten piedad.

—Nadie tendrá piedad de ti si sigues adelante con esto—. Le gruñó Gabriel—. Retírate, ¡retírense todos y tal vez pueda considerar la posibilidad de pasar por alto esta ofensa!

—El Señor manda a sus ángeles para cuidarnos en todos los caminos.

—Ok, yo también comienzo a atarme de esto—. Vicente me soltó y se subió las mangas hasta el codo para luego cuadrar los hombros—. Mejor va a ser que oren porque irán todos de cabeza al Infierno.

—Eso suena bien —soltó Lucas picado por la emoción.

Por lo visto íbamos a hacerlo, no nos quedaba más opción que enfrentarnos a ellos.

—Oremos —susurró el Nefilim—. Dios todopoderoso, que nos amas con amor eterno, envíanos a tus Ángeles para ser defendidos del Maligno, y haz que, por la Sangre preciosa de tu Hijo, y los ruegos de la Santísima Virgen María, en medio de los peligros nos refugiemos en ti.

—Este no es el camino, hermanos—. Insistió Gabriel sin obtener absolutamente nada. No era una impresión mía nada más, los caídos estaban a punto de atacar.

—Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Ni bien terminó de pronunciar aquellas palabras el Nefilim alzó la cabeza y entreabrió los párpados de unos ojos hasta entonces cerrados. Estaba listo para atacar.

—Muy bien... si así lo quieren—. Gabriel saltó sobre el Nefilim, con la daga por delante y sus alas brotando a la forma física por detrás de su espalda.

Chocaron y el aire tronó.

Giré sobre mis talones buscando a Anežka, tenía que protegerla, los Nefilim se nos venían encima. Si mi objetivo era protegerla a ella, el de Vicente, cuidar de mí: sentí por detrás de mi espalda el calor que desprendía la pared de fuego que emanó de sus manos y se alzó entre los caídos y nosotros.

Tiré del brazo de Anežka y por los pelos la salvé del agarre de una de las criaturas, la cual Gaspar envió de un empujón, volando hacia la pared. La criatura impactó contra un gran oleo. Tanto la pintura como el Nefilim cayeron al suelo, el marco dorado, hecho trizas.

Lucas por su parte repelió a uno con un potente puñetazo en la quijada y a otro de una patada; su pie impactó en la rodilla del hombre trajeado de negro. Hubo ruido a huesos rotos. El Nefilim cayó sobre su lado derecho igual que un

gran árbol.

A los Nefilim caídos los suplantaron otros. Comprobé con mis propios ojos que el fuego que tanto Vicente cuanto yo, podíamos conjurar, no les agradaba en lo más mínimo. No les quemaba como lo hacía con nosotros, pero sin duda les causaba dolor y furia también. Una de las criaturas enloqueció cuando le lancé una llamarada a la cara en el instante en que él intentaba arrebatarme a Anežka de mi lado.

La lucha se tornó todavía más física. Lucas se defendía a los golpes frente a tres individuos. Gaspar intentaba no perder terreno frente a otros tantos que cada dos pasos, lo obligaban a retroceder tres; armado con la parte posterior de los restos de una silla rota (el respaldo y las patas traseras) lanzaba golpes a diestra y siniestra.

Los Nefilim nos superaban en número y a pesar de nuestra fuerza resultaba difícil mantenerlos a raya.

Escuché a Vicente tener un encontronazo a los golpes con uno de ellos, otro arrebató su improvisada arma de madera a Gaspar y por los aires, sobre mi cabeza, vi volar girando igual que un boomerang, una de las dagas de Gabriel. Lucas chilló de dolor y yo sentí el puño cerrado de un Nefilim impactar contra mis costillas cuando me lancé hacia él para evitar que tomase a Anežka por el cuello, ya que tal parecía ser esa su intención.

El golpe me arrancó el aire de ambos pulmones. Experimenté lo mismo que debe sentirse ser un blanco de dardos de bar. Fue como si clavasen sobre mi costillar, justo debajo del brazo derecho, un centenar de clavos al rojo vivo. El dolor se expandió por delante de mi pecho y también por mi espalda. Sentí que algo se me clavaba más allá del nivel de los huesos, más adentro. Juro que creí percibir que tenía algo clavado en el pulmón (tal vez un trozo de hueso). Haciendo un gran esfuerzo, después de alzar ante mí una gran pared roja y dorada, volvía inhalar. Mi pulmón izquierdo se llenó pero el derecho no. Me dio un ataque de toz seca y entonces sentí el gusto de la sangre trepar por mi garganta, volví a toser y en mi mano quedó un hilo de sangre mezclada con algo de saliva.

La pared de fuego se vino abajo, por entre medio de las flamas que se convertían en simples estelas de calor y humo, apareció el Nefilim que me había golpeado, esta vez sus manos no estaban vacías, sino que en una de ellas, sostenía la daga perdida de Gabriel. Se abalanzó sobre mí con la daga apuntando a mi corazón. Siquiera tuve tiempo para reaccionar, y aunque lo hubiese tenido, el dolor en el pecho y la sangre que subía por mí garganta

dándome arcadas y ahogándome, apenas si me permitían pensar. Logré pensar en el fuego cuando ya lo tenía encima.

Algo, mejor dicho alguien, me golpeó por detrás empujándome a un lado.

—¡Eliza! —Chilló la voz de Anežka.

—¡Anežka, no! —Esa última fue la voz de Gabriel.

A tres brazos, uno mío, solamente el izquierdo, ya que el derecho lo tenía paralizado de dolor, y dos de Anežka, atajamos el brazo del Nefilim el cual empuñaba la daga. La bestia parecía tener más fuerza que nosotras dos juntas.

Justo cuando pensé que ya no resistiría en pie, la sangre que subía por mi garganta era demasiada, las rodillas me temblaban y la cabeza me daba vueltas, apareció Gabriel, solo Dios sabe de dónde y lo apuñaló por el costado izquierdo a la altura de los riñones. La hoja apenas entró un par de centímetros dentro de la carne del Nefilim y como este era muy rápido, rechazó el ataque lanzando un codazo al cuello de Gabriel. Gabriel trastabilló avanzando hacia atrás con ambas manos sobre el cuello igual que si no pudiese respirar.

Esta vez no te salvarás, maldito —le gruñí dentro de mi cabeza y con una sola mano, muy torpe, lo tomé del cuello de su elegante traje negro y pensé en el calor, en las abrazadoras llamas del Infierno. Las imaginé intensas, briosas, hambrientas de su carne. No sé si había antecedentes de esto, pero el fuego que brotó de mi mano prendió sus ropas, luego su cabello y su carne. Girando, dando tumbos y gritando, el Nefilim se apartó de nosotros y separó del grupo.

Cuando giré la cabeza Gabriel ya se había incorporado y cortaba el aire con su cuchillo de hoja ensangrentada intentando apartar a dos Nefilim que rugían y se lanzaban hacia adelante amenazadores, igual que dos leones sin domesticar; salvajes hasta la médula.

—Vicente, sácalas de aquí —le gritó Gabriel, y entendí perfectamente bien porqué le dio esa orden. Los Nefilim habían terminado obligándonos a retroceder sobre nuestros pasos hasta que el círculo que formábamos, se cerró tanto que apenas si sobrepasaba la circunferencia de la lámpara que pendía sobre nuestras cabezas.

Antes de que Vicente llegase y cerrase con la fuerza de una barra de hierro, su mano sobre mi brazo para tirar de mi cuerpo entre el corredor que súbitamente se había formado entre los Nefilim, logré encender en llamas a otro de nuestros enemigos.

Igual que un alud, Vicente nos arrastró a Anežka y a mí fuera del living. Pese a que me tenía muy sujeta, logré continuar repeliendo el avance de los Nefilim

que nos seguían, todo eso, sin perder de vista a Gabriel, Gaspar y Lucas, quiénes se quedaron enfrentando, cada uno de ellos, a un ángel caído. El resto venían detrás de nosotros.

Hubiese deseado poder decirle que me soltara, pero mi garganta todavía inundada de sangre no me lo permitió, de mis cuerdas vocales no salían más que borbotones indescifrables.

Con el corazón encogido también comprendí que alejarme de ellos probablemente fuese lo mejor; nos seguirían ya que su objetivo éramos Anežka y yo.

Y así lo hicieron. Mientras nosotros corríamos en lo que se veía igual que cámara lenta, el Nefilim que luchaba contra Gaspar se dio la media vuelta y corrió detrás de los más rezagados del grupo, a unos diez metros de nosotros.

Gabriel acabó con el segundo cuando éste intentó enfilar hacia nosotros; su cuerpo inerte cayó al suelo. El tercero, el que luchaba con Lucas picó de un salto y pasando sobre los cuerpos quemados de sus compañeros, se lanzó igual que una bala tras nosotros.

—¡A la calle! —Exclamó Vicente saltando entre los restos de la ventana para dirigirse rumbo a la puerta de calle la cual se encontraba abierta de par en par. Tirando con una mano de Anežka y con la otra de mí llegamos hasta la salida. Vi la luz del exterior y creí que sería la salvación pero de pronto el rectángulo de vibrante y resplandeciente blanco fue tapado en parte por una sombra negra.

Vicente nos soltó dispuesto a enfrentarse a él sin embargo el Nefilim reaccionó antes, cayó sobre él lanzando un golpe tras otro.

Yo no podía gritar, la sangre en mi garganta se había vuelto más densa —supuse que se debía a que mi pulmón ya no sangraba—, si pude escupir a un lado y aclarar lo suficiente mis cuerdas vocales para decirle con voz pastosa, que se fuese el Infierno. Lo arranqué de encima de Vicente tironeando de sus ropas al tiempo que por mis brazos bajaba calor.

Los dedos del Nefilim soltaron a Vicente en el preciso instante en que el fuego se expandía por sus ropas al igual que si éstas estuviesen impregnadas en alguna solución altamente inflamable.

Empujé al Nefilim lo más lejos que pude de nosotros y lo más en mitad del camino del resto de sus congéneres mientras Anežka ayudaba a Vicente a ponerse de pie.

Salimos a la calle. En la vereda de enfrente y a un par de metros de distancia, curiosos se habían detenido a ver qué sucedía dentro de nuestra casa. Alguien

evidentemente había llamado a la policía porque el típico sonar de las sirenas de la policía francesa se oía por todas parte.

No teníamos muy buen pinta, yo subía de sangre por el cuello y el cuerpo, todos cubiertos de polvo, moretones y rasguños.

Los parisinos no entendían nada.

—*¡Arrête, arrête!* —gritó Vicente a viva voz, parándose en mitad de la calle con los brazos extendidos por delante con la firme intención de detener el automóvil que avanzaba hacia él.

El vehículo desaceleró. El hombre que lo conducía sacó la cabeza por la ventanilla y le dedicó un insulto. Ni lerdo ni perezoso Vicente corrió hacia él, de un tirón abrió la puerta del auto. Forcejearon. Vicente ganó la pulseada. El hombre cayó de rodillas sobre la vereda en el instante en que Vicente nos gritó que nos subiésemos al auto.

Era un vehículo pequeño, compacto, de solo dos puertas por que Anežka se tiró hacia los asientos traseros pasando entre medio de los delanteros; no teníamos tiempo para fijarnos cómo demonios debíamos hacer para correr el asiento del acompañante.

Con el corazón palpitándome en los oídos, cerré la puerta.

El automóvil estaba en marcha por lo que a Vicente no le restó más que pisar el acelerador con todas sus fuerzas.

Las gomas traseras patinaron sobre el empedrado levantando dos nubes de humo negro con olor a goma quemada.

Uno de los Nefilim nos alcanzó cuando salíamos arando. Tiró un golpe a la ventanilla del lado del conductor que no trajo mayores consecuencias.

Por el espejo retrovisor vi al resto de los Nefilim salir de la casa para correr hacia sus vehículos.

Atento al tránsito, intentando ganar cada metro posible, Vicente mantuvo firme el pie sobre el acelerador sin fijarse que rumbo tomaba.

Por un par de cuadras temí verlos aparecer en el espejo retrovisor, pero si alguien nos seguía, no lo noté.

Estuvimos perdidos en el intenso tráfico de París un buen rato, hasta que Vicente tomó la autopista. Para ese entonces ya me sentía mucho mejor. Mi boca todavía sabía sangre y tenía un latente dolor en el pecho del lado izquierdo sin embargo la punzada había desaparecido. Cuando alcé mis ropas sobre mi torso para echar un vistazo a estado del golpe, me encontré con un moretón de unos diez centímetros de diámetro, ya de color entre verde y amarillo, con apenas unos toques de púrpura y negro.

—¿Cómo estás?

Por una fracción de segundos los ojos de Vicente se desviaron del asfalto y el tránsito hacia mí.

—Mejor.

—¿Anežka? —Preguntó asomándose hacia atrás por encima de su hombro derecho.

—Estoy bien, estoy bien.

—¿Y los demás? —Ahora en vez tener sangre en la garganta, tenía angustia.

Vicente me pasó su celular.

En primer lugar llamé a Lucas; no contestó. Llamé a Gabriel; tampoco nada.

Cuando elegí el número del celular de Gaspar las manos me temblaban.

—¿Vicente?!

—No, Gaspar, soy yo, Eliza.

—¿Están bien? ¿Dónde estás? ¿Vicente está contigo?

—Sí, estamos los tres juntos, en un automóvil de alguien que interceptamos por la calle, no tengo ni la menor idea de dónde nos encontramos. Entramos en la autopista hace un par de minutos. Vi a los Nefilim salir de la casa para buscar sus automóviles. ¿Están todos bien... dónde estás tú? Marqué los teléfonos de Gabriel y Lucas pero ninguno de los dos contesta.

—No sé dónde está Gabriel, yo dejé la casa...

—¿Y Lucas... dónde está Lucas?

—No tengo ni la menor idea de qué fue de él. En un momento estaba allí detrás de mí, y al siguiente ya no. Lo he buscado por los alrededores de la casa... yo también intenté ponerme en contacto con él por teléfono y nada.

—¿Se lo llevaron los Nefilim?

—No lo creo, más bien diría que él fue tras ellos.

—Condenado Lucas —rezongué y es que me salió del alma; por qué tenía que ponerse en peligro inútilmente.

—¿Qué pasó?

—Es Lucas —le expliqué a Vicente—. Gaspar cree que salió tras los Nefilim.

—¿Lo atraparon?

El miedo titiló en lo profundo de los ojos de Vicente.

En respuesta me encogí de hombros, siquiera Gaspar lo sabía con certeza.

—¿Y Gabriel?

Negué con la cabeza y regresé a mi comunicación con el padre del clan Salleses.

—Gaspar, dónde estás ahora.

—Estoy dando vueltas por la ciudad... eso he hecho desde que salí de la casa, temo que si me quedo demasiado tiempo en alguna parte me encuentren. De hecho, los sonidos de la ciudad eran captados por el micrófono de su celular.

—Tenemos que ir por él —le dije a Vicente.

—¡No, nada de eso! —Exclamó Gaspar al escuchar mi sugerencia—. Tienen que alejarse de aquí lo más posible. Es obvio que nosotros solos no podemos contra ellos Eliza. Mis hijos no llegan hasta dentro de un par de horas.

—Creí que les dirías que no vinieran.

—Estamos todos juntos en esto.

—Gaspar, siquiera sabemos cuántos son, podrían ser cientos y por más que toda la familia venga jamás...

Los ojos de Vicente se abrieron desmesuradamente cuando procesó el significado de mis palabras.

—No vamos a darnos por vencidos así tan fácilmente.

Tragué saliva. El gusto que tenía en la boca era horroroso.

—Tenemos que hacer algo. Si Gabriel pudiese hacer que los demás regresen...

El celular de Vicente emitió un pitido que era lo último que yo deseaba escuchar en este momento. Las baterías estaban a punto de agotarse. La comunicación se cortó por un segundo y luego volvió.

— ...tu padre... ayudar... no pararán... muerta.

Capté esas últimas palabras sueltas entre los pitidos del celular que luego se apagó en mis manos.

Bajé el aparato y miré a Vicente.

—Se acabaron las baterías.

Vicente le dio un puñetazo al volante. Todo el pequeño automóvil cimbó.

—Creo que Gaspar quiso decirme que me pusiese en contacto con mi padre. Será que sin él, no saldremos de esto... con vida.

Vicente apretó los labios en silencio.

Anežka apareció entre los dos asientos, posando una mano junto al hombro derecho de Vicente y la otra a mi izquierda.

—Por qué es que ahora ya no tengo miedo de morir.

Al oírla decir aquello me estremecí y mis ojos se empañaron de lágrimas. Yo tampoco le temía a la muerte, sin embargo, no quería morir, todavía quedaba pendiente de cumplir una eternidad junto a Vicente; no quería que me arrebatasen eso, tampoco quería morir sabiendo que el mundo quedaría en el

estado en que se encontraba en este momento.

43. *Dies iraes.*

Días de furia. Así serían los días venideros si no resolvíamos la situación de algún modo. Esta guerra no haría más que empeorar si no deteníamos la locura que cada vez, más abiertamente, se extendía incluso sin miedo de cruzarse por los ojos de los humanos. Si todo continuaba de este modo, nuestro mundo, el mundo en que ángeles y demonios se dividen la tierra, dejaría de ser un secreto y moriría gente, mucha gente, no solamente criaturas que tal vez no mereciesen continuar con vida. Supongo que a ninguno de los bandos acabaría importándole demasiado si en esa frenética lucha perecían inocentes, después de todo la prueba estaba ahí, a la vista de todos nosotros: Miguel se había hecho a un lado, la hermandad se había alejado y los demonios... Los demonios; ¿estaría mi padre dispuesto a ayudar?, a ¿qué coste?

—Regresemos a la ciudad, tenemos que buscar a los demás.

—No, nada de eso, no podemos regresar, no bajo estas condiciones, Gaspar tiene razón, solos jamás lo lograremos. Iremos a mi casa de campo y desde allí nos comunicaremos otra vez con Gaspar e intentaremos ponernos en contacto con Lucas y con Gabriel.

—Voy a llamar a mi padre —solté interrumpiéndolo. Si hay alguien que puede frenar toda esta locura es él, no importa si quedo atada a él eternamente más de lo que ya lo estoy. Esto tiene que acabar porque los Nefilim removerán cielo y tierra para dar con nosotras.

—¿Estás segura?

—No me agrada hacerlo, pero... qué otra opción tenemos.

Vicente apretó tanto el volante que los nudillos se le pusieron blancos.

—Bien. Llamaremos a tu padre.

El trayecto fue una verdadera tortura. No poder llamar a nadie, no saber nada de nadie... me sentí como si nos hubiésemos perdido del mundo; estar incomunicados era lo peor de lo peor, pero Vicente se negó rotundamente a detenerse en ninguna parte para intentar llamar por un teléfono público, insistió en que era demasiado peligroso.

El atardecer fue cayendo, primero lentamente, hasta que cuando el sol llegó al ocaso, la noche tomó coraje y avanzó a pasos agigantados tachonando el cielo de un intenso azul, de cientos de estrellas plateadas que brillaban hermosas junto a una luna en cuarto creciente tan grande y clara que no parecía real. En

verdad, haciendo un poco de retrospectiva, nada parecía real; ¿cuántas veces como humana deseé escaparme de alguna situación que temía no poder resolver? Demasiadas supongo, sin embargo querer huir de esto no tenía sentido alguno, era básicamente imposible, el mundo puede parecer muy grande, pero para los demonios y los Nefilim no lo es; además, no quería pasar el resto de mi existencia huyendo, ni por más que fuesen solamente un par de días, o un par de horas. Me sentía dispuesta a no permitirle a nadie forzarme a vivir de ese modo. Al alcance de la mano tenía todo lo necesario para ser feliz y ni loca me plantearía abrir mano de la felicidad, ya había tenido suficiente miedo, ya había malgastado demasiado tiempo. Puede ser que los lazos sanguíneos no me hubiesen dado lo que todos esperamos, mas la vida se encargó de darme lo que yo necesitaba, un amor incommensurable, una familia aglutinada por sentimientos comunes, amigos, incluso una joven discípula que ahora se encontraba en el asiento trasero tomada de los dos respaldos delanteros, con la cabeza metida entre Vicente y yo, oteando el oscuro camino al que entramos al abandonar la ruta principal del pequeño poblado en que Vicente tenía su casa de campo desde hacía un siglo.

Mientras avanzábamos entre dos hileras de árboles que alzaban alto, muy alto hacia el cielo intenté divisar a la distancia, posibles sombras sospechosas. La casa era un lugar seguro, nadie más que un cerrado círculo alrededor de Vicente sabía de su existencia; de cualquier modo preferí asegurarme de que no contásemos con visitas indeseadas.

Los tres nos pusimos tensos porque sabíamos perfectamente que en cualquier momento podíamos volver a ser atacados.

—Sé que tal vez mi comentario esté fuera de lugar... —comenzó a decir Anežka, hizo una pausa y entonces escuché su estómago crujir—...es que me muero de hambre.

—Es normal —le explicó Vicente—, en cuanto lleguemos a la casa prepararemos de cenar.

—Tengo el estómago vacío igual que si no hubiese comido en siglos, además, me siento floja.

—Es todo parte de lo mismo.

—Es abrumador.

—Sí, lo es —afirmé—. Quédate tranquila, te sentirás mejor cuando llegamos a la casa y puedas tomarte un momento para asimilar el cambio.

—Todo se ve tan distinto... tan lleno de detalles; incluso la luz de la noche se ve mucho más brillante.

—Nuestra vista nocturna es considerablemente mucho más fina que la de un humano promedio. La comida también te sabrá distinta, como si nunca antes la hubieses probado. Tendrás que tomarlo con calma, a muchos les sucede que a pesar del hambre, después del cambio no pueden comer, sienten arcadas y asco. Tarda un poco que el cuerpo se acostumbre a las nuevas condiciones.

—También lo que escucho... tengo la impresión de que podría oír conversaciones a mucha distancia.

—Todos los sentidos mejoran.

Anežka me miró y asintió con un parpadeo.

—Lo único que me incomoda es que tengo la sensación... —se interrumpió—. Es como si ardiese de ganas de darle puñetazos a una pared o como si me sintiese completamente preparada para correr al menos diez kilómetros sin parar. Lo siento dentro de mí—. Se llevó el puño cerrado al pecho y lo movió con fuerza sobre el esternón—. Pese al cansancio que experimentan mis brazos y piernas, eso se encuentra allí dentro, pugnando por salir.

—Haremos que salga gradualmente—. Vicente bajó un cambio y aflojó la presión sobre el pedal del acelerador. Nos acercábamos a la casa. El techo comenzaba a asomar entre la vegetación.

—No me molestaría descargar toda esa energía en un encontronazo contra los Nefilim, ya me gustaría saber qué puedo hacer—. Giró la cabeza hacia mí—. ¿Cómo descubriste que podías generar fuego?

La pregunta que me hizo quedó sin responder, Vicente giró el volante para rodear el limonero, la pequeña fuente y las matas de lavandas. La entrada de la casa se mostró ante nosotros, iluminada por la luz de la luna.

Vicente detuvo el automóvil frente a la puerta de entrada. No apagó el motor, simplemente lo dejó regulando. Se quitó el cinturón de seguridad y echó un vistazo inclinándose por delante de mí.

—No percibo nada—. Le dije. A nuestro alrededor no se escuchaba más que el sonido de los insectos en el campo, y el arrullo del viento entre los árboles.

—Tampoco yo, pero con esas cosas nunca se sabe.

—No sé si es porque estamos los tres aquí dentro o qué, pero únicamente huele a demonio. Ellos despliegan un aroma distinto, más ácido —olfateó el aire—. No lo huelo.

Anežka sí que era inteligente, había aprendido rápido de la mano de Gaspar y sin duda, si le daban la oportunidad, aprendería mucho más en un muy corto lapso de tiempo.

Bajé el cristal de mi ventanilla y saboreé el aire frío que entraba. Olía a

campo, a verde, eso es todo, nada de ese aroma un tanto ácido que noté en los Nefilim esta noche.

—Echaré un vistazo—. Entonó al tiempo que abría la puerta de su lado—. Ponte en mi asiento, si no regreso en dos minutos te largas de aquí.

—Vicente, por favor —rezongué.

—Ponte al volante —me ladró—. Si algo pasa regresa a esa estación de servicio por la que pasamos y desde allí intenta ponerte en contacto con Gaspar.

—Si algo pasa no pienso dejarte aquí solo.

Colándose por el espacio entre los dos asientos delanteros, Anežka se acomodó donde yo había estado sentada hasta recién.

—Tampoco yo pienso irme a ninguna parte. No pienso volver a quedarme con las ganas de enfrentar a esos ángeles caídos que se merecen que alguien los mande de una patada al infierno.

—¡Perfecto! Ahora debo lidiar con dos demonios increíblemente cabeza dura. Anežka le sonrió. Fue una sonrisa de demonio en toda ley, divertida, algo burlona y sobre todo, espléndidamente amplia y radiante. Todo en la joven estaba cubierto por un brillo sedoso que atrapaba y encandilaba, desde su rabioso cabello pelirrojo hasta su piel de un profundo blanco y sus enormes ojos.

Sacudiendo la cabeza al tiempo que ponía los ojos en blanco, Vicente cerró la puerta a mi izquierda para rodear al vehículo por delante y caminar en dirección a la casa.

Debajo de la maceta con el rosal que en primavera y verano daba unas diminutas florecitas blancas que parecían pompones de algodón, había un juego de llaves de repuesto que siempre quedaba allí por las dudas, pero ninguno de nosotros necesitaba de una llave para abrir una cerradura; si la señora del pueblo que hacía la limpieza de tanto en tanto.

Vicente comprobó que la llave estuviese en su sitio. La verdad es que ni él ni yo sabíamos si los Nefilim tenían nuestra capacidad para burlar cualquier cerradura, por más segura que esta pudiese considerarse.

Alzándome sobre el asiento vi las llaves plateadas brillar.

Vicente bajó la maceta y entonces se acercó a la puerta, pegó la oreja a la superficie de madera y se mantuvo allí por un instante. Comprendí que no había captado nada cuando retrocedió un paso y puso su mano derecha sobre el pomo.

Abrió la puerta lentamente y puso un pie dentro. Otro, y la oscuridad se lo

tragó.

Miré la hora en el reloj del auto para calcular el tiempo. Si no salía entraría yo.

Pasó un minuto y comencé a retorcerme los dedos de los nervios.

La casa era pequeña y de una sola planta, no podía tardar mucho en recorrerla. Suspiré aliviada cuando por los costados de la casa se vio el reflejo de las luces fosforescentes del jardín trasero. Acto seguido se encendió una luz en el interior de la casa.

Apagué el motor del auto.

Y por último, con un chispazo, se encendió el farol delantero.

Abrí la puerta y salí en perfecta coordinación con Vicente, quién apareció en el portal con un evidente gesto de alivio en el rostro.

—No hay nadie... ni rastros de nada por lo que debemos preocuparnos — informó cuando me asomé por encima del techo del auto.

Llamé a Anežka para que saliera y azoté la puerta. Quería entrar a la casa y ponerme frente a alguna potente fuente de calor, tenía las manos heladas. Y por qué negarlo, yo también me moría de hambre.

...

Vicente cerró la puerta delantera, pasó llave y apagó las luces de afuera.

La casa estaba fría, olía a una mezcla de humedad y cera para madera, con un toque de un aroma seco y áspero que no logré identificar.

El teléfono colgaba de una de las paredes de la cocina y hacia allí fuimos.

Vicente llegó a él primero que yo, y sin dilación comenzó a marcar el interminable número de teléfono del celular de Gaspar. Contenía la respiración.

Mientras él procuraba ponernos en contacto con el mundo allí afuera, encendí dos de las hornallas; necesitábamos algo de calor aquí. También de comida.

Abrí las alacenas y encontré un paquete de pasta seca y una lata de salsa italiana. Coloqué ambas cosas sobre la mesada y me volteé en dirección a Vicente, Gaspar se estaba tomando todo su tiempo en responder.

—Saltó la casilla de voz —me explicó cuando nuestras miradas se juntaron—.

No puedo dejarle dicho dónde estamos —dijo tapando el micrófono del auricular con la mano—, cualquiera podría oír el mensaje—. Colgó el aparato sobre el soporte amarillento, cortando así la comunicación.

—¿Crees que le pasó algo? Espero que no. Intenta con Lucas, necesitamos

saber dónde está y si se encuentra bien.

Vicente descolgó el auricular otra vez y se dispuso a marcar. Mientras tanto tomé una cacerola y la coloqué en la piletta debajo del chorro de agua, para cocinar la pasta.

Con pasos sigilosos, Anežka llegó hasta mí, como excusa tomó la lata de salsa y la giró sobre sus manos, entonces comenzó a hablar.

—¿Qué haremos si no logramos ponernos en contacto con nadie?

—Seguro que los demás se encuentran bien—. Eso era lo que deseaba creer—. Llamaré a mi padre —puse la cacerola sobre el fuego—. Eleazar nos ayudará—. Abrí las puertas de la alacena otra vez, para buscar sal.

—Todavía no puedo creer que por mis venas fluya la sangre de un ángel.

—A mí también me cuesta, no entiendo cómo es que mi madre nunca me lo contó, me pregunto si es porque no lo sabía o si simplemente decidió ocultármelo.

—Estamos en la misma situación. Mi madre siempre prefirió tildarme de loca.

—Quizá ella en verdad no tuviese ni la menor idea.

—No sé de dónde me vendrá eso. En verdad que es una locura.

Vicente incrustó el teléfono sobre su soporte con tanta fuerza que de casualidad no se rompió en cientos de pedacitos.

—Nada —masculló—. Es imposible ponerse en contacto con el celular de Lucas.

Anežka y yo nos dimos la vuelta.

—Es momento de llamar a mi padre.

La puerta que daba de la cocina al jardín trasero se abrió súbitamente.

Nos tomó nada más que una fracción de segundo reaccionar.

Armada con la cacerola llena de agua, me defendí de los tres Nefilim que cayeron sobre mí al tiempo que otros tantos se abalanzaban sobre Anežka. Y me figuro que lo mismo le sucedía a Vicente, la verdad es que no pude ver más nada que la cara de dolor del Nefilim al que le di con la cacerola llena en el rostro al tiempo que salpicaba agua por todas partes.

Caí de espaldas sobre la mesada dándome terrible golpe a la altura de las caderas con el borde de piedra. La cacerola se me escapó de las manos.

Esta vez no hubo pelea cuerpo a cuerpo porque no eran puños los que nos atacaban, sino armas. Dagas, cuchillos y revólveres; y no cualquiera de estos, sino aquellos que eran de la misma clase de los que usaba la hermandad contra los Nefilim. Cómo lo sé, porque uno de los caídos apuñaló mi brazo intentando defender a su compañero del cacerolazo que al final de todos

modos recibió. El filo del acero me hizo soltar un alarido.

Los sonidos de la lucha y el forcejeo murieron pronto y a lo último casi de un modo abrupto, dejando únicamente a la percepción del oído, el sopleteo discontinuo del gas saliendo de la hornalla, quemándose de forma desigual en una llama entre azul celeste y amarilla a unos pocos centímetros de mí.

Por el rabillo del ojo, con mi brazo izquierdo chorreando sangre y el filo de un gran cuchillo curvo sobre mi cuello presionando contra mi piel, vi a dos demonios sujetar a Anežka mientras un tercero le apuntaba con una pistola justa a su frente, igual que si tuviese toda la intención de volarle la tapa de los sesos.

A mi alrededor ahora había cuatro criaturas, las cuales tironearon de mí para incorporarme.

Al recuperar la verticalidad vi que tenían a Vicente aplastado contra el piso entre seis, mientras otros tantos se movían por la cocina. Casi todos ellos iban armados de la misma manera. ¿Acaso habían robado el arsenal de la sede local de la hermandad? ¿De dónde demonios habían sacado todas esas armas?!

Aliviada comprobé que no había sangre sobre Vicente; lo malo es que no continuaría así indemne si seguía forcejeando de aquel modo contra los Nefilim. Las criaturas lo amenazaban sin piedad.

—¡Quítenme las manos de encima! —Vicente se retorció en el suelo. Pataleó y las sillas que rodeaban a la mesa volaron al demonio. Los Nefilim se retorcieron sobre él.

—Dile que deje de pelear o te cortaré la garganta, aquí mismo—. Rugió en mi oído el Nefilim que sostenía con pulso firme el filo de su arma sobre mi garganta.

Evidentemente Vicente oyó sus palabras porque rindiéndose, al tiempo que los caídos caían sobre sus extremidades con el peso de sus cuerpos, soltó derrotado la cabeza contra el suelo, alzando sus ojos al techo.

—Bien, parece que ahora sí nos entendemos.

—¿Qué es lo que quieren? —Gruñí sin dejar de bufar. Vicente podía tener miedo de que me lastimasen, pero a mí someterme de este modo no hacía más que llenarme de furia y de calor.

—Pronto lo sabrás. ¡Levántenlo! Tenemos que llevarlos afuera.

Los Nefilim tironearon de Vicente para ponerlo de pie. Hubo nuevos forcejeos porque Vicente intentaba quitárselos de encima otra vez. Lo golpearon en el abdomen y uno de ellos le apretó tanto la mejilla con la punta de su cuchillo,

que un corte en forma de “V” apareció sobre su piel para derramar una delicada gota de sangre. Perdió el resuello y momentáneamente las fuerzas es por eso que lograron sacarlo prácticamente con los pies por delante, cargándolo igual que si fuese un peso muerto.

Anežka también se puso difícil. Sus ojos se pusieron al rojo vivo cuando intentaron arrástrala en dirección a la puerta para separarla de mí. De su pecho brotaron unos profundos y estremecedores gruñidos. El rostro se le encendió al punto que de tan rojo, casi no se le notaban las pecas. Se le erizó el cabello igual que si fuese el pelo de un gato muy enojado.

Los Nefilim que me sujetaban y yo, quedamos solos en la cocina.

—Pagarán por esto. Tanto el Infierno contra el Cielo irán tras ustedes y los encontrarán. No pasarán esto por alto. Lo que intentan hacer es borrar un error con uno más grande y eso no les servirá de nada, más que para hundirse todavía más.

—Estás muy equivocada, hija del Infierno.

Son ustedes los que se equivocan, también soy hija del Cielo.

—Si lo eres, entonces tal vez, si lo mereces, en la hora señalada, quizá tengas alguna opción de redimir tus pecados.

—Malditos cretinos, ustedes son los principales pecadores. El asesinato no purifica el alma, siquiera el asesinato de un demonio.

—En eso te equivocas. Tú y los otros son criaturas que deben ser eliminadas de la faz de la tierra. Ninguno de ustedes merece existir... contaminan el aire. Ensucian todo lo que tocan.

—Ustedes no son mejores que nosotros. Nadie apañará sus acciones. Este no es el camino.

—Te equivocas una vez más. Nuestra cruzada contra el Infierno es una cruzada divina. Tu padre traspasó todos los límites con esa chica y con los demás—. Soltó apuntando con la cabeza en dirección a la puerta por dónde habían sacado a Anežka.

En esa fracción de segundo que quedó libre hasta que el Nefilim continuó hablando, mi cerebro se concentró en un detalle, ésta había mencionado a Anežka y a otros, pero no a mí. ¿Por qué?

—Y pagará por ello, el precio más alto. Es hora de purificar la tierra de todo lo que la contamina. Los días de ira están sobre nosotros, los días de ira corregirán lo que deba ser corregido...lo cambiarán todo. Y cuando esos días pasen, el mundo será un lugar distinto.

El Nefilim apartó la daga de mi cuello y tomándola por la hoja, me enseñó el mango.

Se me aflojaron las piernas cuando vi el sello grabado en el mango. Era el sello de Miguel, la misma estampa que aquella moneda falsa que Gabriel encontró en la biblioteca angélica de mi padre.

—¿Sabes qué es esto? ¿Reconoces el sello? Deberías temer a esta insignia. Deberías y tu padre jamás debió perderle el respeto. Ha estado revolcándose en su propia mugre durante mucho tiempo pero le llegó la hora. Lucifer será enviado otra vez al lugar al que pertenece, del cual jamás debió salir. Ya nunca más volverá a mofarse en la cara del Cielo, mucho menos frente a las huestes de Miguel.

—¿Huestes de Miguel? —Balbucí horrorizada comprendiendo de qué iba esto —. Están apadrinados por él. Trabajan para él.

—Gustosos nos hemos puesto a sus pies para cumplir con su santo designio.

—Miguel no es un condenado dios y ustedes están locos.

—Él abrirá las puertas del cielo para nosotros.

—Ustedes mataron inocentes, no merecen entrar al Cielo. Están locos y Miguel también.

Las tripas se me revolviéron cuando pensé en Gabriel, ¿lo sabría, estaría al tanto de lo que planeaba su hermano arcángel? Es que por eso, así de repente se había esfumado.

Me sentí horrible, ilusa, también engañada aunque en realidad no tenía pruebas en su contra.

Lo que más asco me dio de toda esta situación, es que Miguel estuviese dispuesto a sacrificar su sangre con tal de tener un motivo para volver a enfrentarse a mi padre.

—Tu muerte y todas las otras muertes no son más que justicia, justicia divina, y los que no hayan tenido ni culpa ni parte en esta situación, los que tengan el alma pura serán recibidos de brazos abiertos en el cielo.

—De verdad crees que la familia del taxista que murió cuando chocaron su auto contra el nuestro podrá sentirse mejor por escuchar algo semejante. Eso es pura mierda. Ustedes no tienen justificativo alguno para lo que hacen, tampoco Miguel. Toda esta supuesta cruzada no es más que una locura. Ustedes no irán al cielo, no recuperaran sus alas, si yo muero ustedes irán a parar al Infierno al igual que yo. Tú y yo, Nefilim, por más que te pese, no somos muy distintos. Deberían verse la mirada que cargan en los ojos todos ustedes, allí no hay bondad alguna. Ustedes desprecian hasta la vida humana,

cargan contra todo y contra todos sin que les importe nada, nadie que lleve eso dentro de sí podría ser perdonado jamás. No sé qué les prometió Miguel; ninguno de ustedes verá el paraíso jamás. Son lo peor de lo peor y pronto tendrán que darse cuenta de ello.

Con un rápido juego de manos el Nefilim volvió a tomar el cuchillo por la empuñadura. Fue como si mi cuerpo hubiese presentido lo que estaba a punto de suceder. Me eché hacia atrás pero no pude apartarme demasiado, razón por la cual, la hoja entera de la daga entró en mi vientre y allí quedó mientras la criatura me miraba fijamente a los ojos.

—Miguel ha sabido sacrificar en justa hora, su propia sangre para el bien de toda la humanidad. Tú en cambio solamente supiste corromper sin el menor contrición o duda, lo único bueno que había en ti.

El dolor no me permitió responderle, es más, apenas si logré oír sus palabras, es que los oídos me zumbaban. La cabeza me daba vueltas. El metal me quemaba dentro del cuerpo.

—Morirás... ese es el único modo de reparar el daño que has hecho. Tu muerte le enseñará a tu padre quién en verdad manda.

—Nos veremos en el Infierno, Nefilim.

Con un giro de muñeca el ángel caído arrancó de mis entrañas el más profundo quejido de dolor que yo hubiese soltado jamás. Sentí que me desvanecía. Las piernas se me aflojaron y lo que empezó como un brillante punto blanco fue creciendo y creciendo hasta que todo quedó blanco y ya no vi más nada que aquel enceguecedor resplandor.

...

—Eliza, abre los ojos. Eliza. Despierta ya. Abre los ojos. Eliza, soy tu madre, abre los ojos y mírame. ¡Eliza! ¡Eliza!

Mi primera reacción fue pensar que todo era parte de una pesadilla, que despertaría en la cama del hotel de Praga, abrazada a Vicente, aquella última mañana de paz antes de que toda esta locura comenzara. Creí... mejor dicho, esperé, que todo estuviese bien, sin embargo pronto sentí que no era así, el dolor en mi abdomen era insoportable, también el de mi brazo y mi madre... la voz de mi madre no tenía por qué sonar en aquella habitación de hotel en Praga. En ese escenario tampoco cuadraba el frío, mucho menos el césped frío debajo de mí. Tampoco el olor a parafina derretida. Mucho menos el ácido

aroma de los Nefilim.

—Sé que me oyes, Eliza. Abre los ojos. El dolor no acabará hasta que abras los ojos, nada de esto terminará hasta que deba terminar, y cuanto más lo demores, peor será para ti y para todos. Abre los ojos, Eliza. Necesito que me veas a la cara cuando te diga lo que tengo que contar.

La voz de mi madre sonaba tal cual yo la recordaba, pero de ella en su voz no quedaba más que el tono, que el sonido, de lo demás, nada de nada, nada de cariño, ni la menor demostración de afecto. Todo lo contrario, noté rencor, dolor y mucho desprecio.

Unas lágrimas con vida propia se me escaparon por los párpados aún cerrados.

Moví los dedos helados entre la tierra y pensé en Vicente y en Anežka, en Lucas, en Gaspar y en el resto de mi familia.

Muy lentamente fui abriendo los ojos. Sobre mí, el cielo nocturno, todavía estrellado, enmarcado por un halo dorado. Había un círculo de velas ardiendo a mi alrededor. Parecía todo listo para un sacrificio. Esto no tenía nada de santo, nada de divino, era enfermizo y ridículo, producto de antiquísimos rencores, de una guerra que jamás se resolvería en una batalla... jamás habría una última batalla, sin importar que yo muriese esta noche o no, ni el cielo ni el Infierno parecían dispuestos a rendirse jamás ante la perspectiva de perder la oportunidad de demostrarle al otro quien tenía la razón, quien era capaz de desplegar más poder o más mentiras y engaños.

Escuché un crujido sobre la tierra a mi izquierda y hacia allí volví la cabeza sin poder levantarla del pasto, el dolor me había debilitado mucho.

—Mamá —entoné con un hilo de voz sintiendo que se me iba la vida al llamarla.

La veía y volvía a verla, incluso a los ojos y ni siquiera así, conseguía creer que estuviese allí, entre los demás Nefilim, vestida igual que ellos, con la misma mirada fría que ellos.

En vez de responder a mi llamado igual que lo hubiese hecho cualquier otra madre en su lugar al ver a su hijo sufrir de dolor, mi madre se inclinó sobre mí y arrancó de mi cuello, la cadena con el colgante de ala de ángel.

—Esto no te pertenece. No eres digna de llevarlo. Además, Eleazar me lo robó. Seguro que fue él quien te lo dio, no es cierto. Eleazar pondría el mundo de cabeza por ti, claro que sí; te has convertido en la luz de sus ojos. Hizo de ti lo que quería y tú se lo permitiste.

—Nada de eso es cierto. Si me hubieses contado la verdad... si al menos

hubieses dicho una palabra. Al principio no tenía ni idea de en qué me estaba metiendo. Nunca me advertiste. Siquiera me contaste que sangre del arcángel Miguel corría por tus venas. ¿Por qué jamás dijiste nada? ¿Cómo pudiste guardar tantos secretos? Tenía todo el derecho del mundo de saber la verdad. No puedes recriminarme nada porque me dejaste sola en esto, sola y sin armas para defenderme, e incluso, cuando supiste que yo comenzaba a internarme en este mundo... —tosí de dolor y luego continué —ni siquiera entonces fuiste capaz de enfrentarme y hablar con la verdad.

—No te mereces la verdad, eres igual que tu padre, ambos viven de las mentiras, de los engaños—. Se guardó la cadena en el bolsillo del abrigo—. Siempre supe que así terminarías. Desde pequeña anduviste por el camino errado. La influencia de tu padre siempre fue más fuerte y cuando tuviste edad para aceptarlo y abrazar lo que él es lo hiciste así sin más.

—No es cierto, mamá. No sé qué fue lo que te hizo, no tengo idea de qué pasó entre ustedes pero a mí me hubiese encantado tenerte a mi lado y jamás estuviste allí, por más que estuvieses presente jamás estuviste allí.

—Cómo iba a estar allí si cada vez que te veía a los ojos lo veía a él. Desde que naciste no ha pasado ni un solo segundo en que pueda olvidarme de él. No tienes ni idea de lo que eso significa. Tu padre fue inmensamente feliz cuando supo lo que había hecho.

—No sé de qué hablas.

—Cuando supo que tú existías.

Haciendo un gran esfuerzo —y sufriendo de dolor— me incorporé hasta quedar sentada sobre la tierra fría y dura. Eché un rápido vistazo a mi alrededor y no logré encontrar ni a Vicente ni a Anežka por ninguna parte. Hacia el frente de la casa, del lado izquierdo había más de media docena de vehículos estacionados. Había Nefilim por todas partes.

—Tu padre se regocijó de felicidad. No entiendo como en algún momento pude sentir algo por él. Me engañó, me hizo creer que podía quererme. Nada de eso —sacudió la cabeza con una mueca de asco en los labios—. Siempre supo quién yo era en realidad y por eso se acercó a mí, lo único que deseaba era burlarse de Miguel. No sé cómo fue que descubrió quien yo era pero no entiendo por qué creí que no lo haría, tu padre jamás da puntada sin hilo, él siempre tiene fríamente calculado cada uno de sus movimientos.

—¿Y tú no sabías quien era cuando lo conociste? ¿Cuánto sabías de esta historia, cuánto conocías de este mundo escondido detrás de la fachada de normalidad que todos los humanos ven?

—Fui criada con la perspectiva de enfrentar algún día a tu padre... como todo descendiente de Miguel, nuestra vida tenía un único cometido. Generaciones y generaciones han luchado contra él. Al final llegó la hora.

—O sea que sabías quién era cuando lo conociste. ¿Por qué tuviste un hijo de él si así fue?

—Tu padre tiene cientos de rostros y se oculta detrás de un sinnúmero de fachadas. Sus trucos son... Hizo todo lo posible para evitar que descubriese quien era. Logró que me enamorase de él, que me olvidase de todo lo demás y luego así, sin más, cuando yo había caído en sus redes soltó la verdad. Ni te imaginas lo que eso significó para mí. Me sentí sucia—. Su rostro se descompuso—. Hizo que me diese asco de mí misma. Lo hizo a propósito.

La verdad es que no me parecía imposible que hubiese sido así, igual, de todos modos, nada de eso justificaba que ella me hubiese ocultado la verdad por tanto tiempo, así, hasta último momento. Triste comprendí que esta conversación no era para reconciliarnos ni nada por el estilo, ella, aún hoy, continuaba despreciándome, incluso más abiertamente que antes. Ya sin máscaras, sin engaños. Y si yo tenía que morir, ella me dejaría morir, para así librarse del recuerdo de mi padre para siempre, al cual sin duda, todavía amaba. Se le notaba en el rostro que así era, y supongo que eso era lo que más le dolía. Una descendiente del arcángel Miguel enamorada de su peor enemigo. Mi madre siquiera podía perdonarse a sí misma quererlo.

El revuelo que se armó a nuestro alrededor me arranco de mis cavilaciones. Mi madre se puso de pie y los Nefilim que nos rodeaban se tomaron posición de alerta.

Un automóvil se aproxima a toda velocidad y de hecho ya estaba muy cerca.

Hubo movimiento a nuestro alrededor, uno de los automóviles estacionados junto a la casa se puso en marcha. Avanzó en reversa como disponiéndose a tomar el camino para interceptar aquel otro auto, pero ese aquel otro auto, cortó el terreno entre los árboles y arbusto y llegó a nosotros cinco segundos después.

Sentí mi sangre bullir dentro de mi corazón cuando el automóvil negro frenó derrapando a pocos metros del círculo de Nefilim.

Mi padre. Mi sangre respondía a él. Pero cómo... cómo me había encontrado.

Las luces de los faros quedaron encendidas y apuntando en dirección a la casa.

Mi padre se bajó de un bestial Lamborguini negro, pisando firme. Sin demostrar ni una pizca duda o temor frente a los Nefilim que me rodeaban.

Se me paró el corazón cuando vi salir por la otra puerta a Lucas. Quien ni bien

puso un pie sobre la tierra grito mi nombre.

—¿Qué significa todo esto? —Exclamó Eleazar sin parar de avanzar en dirección a mi madre—. Qué planean hacer con todas esas velas y por sobre todo: ¿quién fue de todos ustedes el desgraciado que se atrevió a poner sus manos sobre mi hija?

Los ojos de mi madre se desorbitaron cuando su mirada se cruzó con la de él.

—No sólo no eres capaz de contarle a tu hija toda la verdad, sino que además, eres capaz de entregarla para que la maten. Lo tuyo no te postula como la mejor madre del mundo, Noemí. Ciertamente que no—. Resopló—. Y tú eres quien se atreve a hablar en mi contra.

Me impresionó ver que los Nefilim estaban cómo paralizados.

—Por qué no le cuentas que en realidad, el plan de ustedes era engañarme y hacerme caer para luego matarme. Miguel y tú llevan mucho tiempo urdiendo planes en mi contra. No creas que no lo descubrí, tal vez fue algo tarde; los secretos no pueden ser ocultados por siempre—. Eleazar se detuvo a unos pocos pasos de mi madre, Lucas, por detrás de él a menos de dos metros—. Trabajas con él desde que eras una jovencita; lo cierto, Noemí, es que yo no tenía ni la menor idea de quién eras cuando te conocí, tú también supiste muy bien, esconder tu sangre de mí. Y no lo revelaste hasta mucho después, hasta que supiste que con tus engaños, habías logrado hacerte de la mejor arma contra mí. Siempre temí que fueses capaz de hacerle daño a Eliza y no me equivoqué, aquí está la verdad. ¡Mírala! Esos caídos la han herido, quieren matarla y a ti tanto te da. En cambio yo —gruñó poniéndose rojo—. Quiero arrancarles la cabeza a todos por atreverse a poner sus sucias manos encima de mi hija.

—¡Yo no sabía quién eras cuando te conocí! —Gritó mi madre histeria, sacando de no sé dónde, una daga con el sello de Miguel.

—¡Ni te atrevas a usar eso contra ella!

—Y tú no te atrevas a difamarme más. Fuiste tú el que me engaño, el que siempre engaña.

—¡Yo te amé cómo nunca antes había amado a una mujer y así me pagaste tú, ocultando a mi hija de mí, usándola como un arma en mi contra!

—¡Alguien tiene que detenerte! Lo que haces es innatural. Sabemos que intentas crear una suerte de ejército de demonios con sangre angélica. Lo sabemos hace mucho.

—¿Lo sabemos? —La remedó mi padre—. A propósito de eso, dónde está tu arcángel. No veo a Miguel por ninguna parte. ¿Es que acaso no es capaz de

resolver sus propios asuntos? Apuesto una mano a que Miguel siempre supo quién era yo y no te detuvo a propósito para que pudiésemos arribar a este día. ¿Nunca pensaste en eso, Noemí? Tú bien podías no saber quién era yo, pero crees que Miguel no. Vamos, abre los ojos. Miguelito no es un ángel. Todos aprendimos lo que sabemos en el mismo lugar. Acéptalo, lo conozco mejor que tú.

El rostro de mi madre se desfiguró, la duda sembrada en ella comenzaba a germinar.

—Lo único que deseaba Miguel es una excusa para que volviésemos a enfrentarnos. Supongo que se quedó con ganas de más, y lo cierto es que a mí no me molesta en lo absoluto. Solamente me molesta que se metiera con mi hija, porque a diferencia de él, yo valoro la sangre. Lo que hizo contigo —apuntó a mi madre con sus oscuros ojos—, y lo que está haciendo con Eliza ahora, demuestra que para él, cualquier tipo de vida que no sea la angélica, es completamente despreciable, incluso la humana que lleva trazas de su propia sangre.

—¡Admite que intentas crear lo innombrable!

—No lo niego —respondió mi padre con toda tranquilidad y una gran sonrisa en los labios—. Fue el propio Miguel quien me dio la idea, con su engaño. Sí que lo hizo bien, ¿verdad? Lo que pretendió hacer en mi contra, hoy se volvió en su contra. Supongo que además espera que tú mueras esta noche también, para así borrar definitivamente cualquier evidencia de su error, de lo que pudo costarle sus alas, de lo que pudo convertirlo en un caído al igual que estas criaturas. ¡Miguel se deshará de todos ustedes después de esta noche! —Rió mi padre—. A partir de mañana irá por ahí despreocupado y tranquilo.

—¡Eso no es cierto!

—¡Sabes que lo es! —Replicó mi padre con un grito todavía más estremecedor que el de mi madre—. Siempre lo has sabido. Miguel no es de confiar y siempre dudaste de él. Yo nunca te engañé. Si no te conté la verdad sobre mí antes fue porque te amaba y no quería perderte, es todo, no porque hubiese urdido un plan en tu contra ni nada parecido.

—¡No digas nada! —Chilló mi madre fuera de sí, agarrándose la cabeza sin soltar la daga.

—Libera a mi hija de inmediato, y a los demás también. Lucas, ayuda a Eliza a ponerse de pie.

Lucas salió disparado por delante de él pero mi madre frenó su avance amenazándolo con la daga.

Lucas se paró en seco con los brazos en alto.

—No haga esto, Noemí. Es su hija.

—Es un demonio.

—Se lo advierto, Noemí, no permitiré que le haga daño.

—¡Apártate!

—No pienso dar ni un solo paso atrás. No tiene ni la menor idea de lo que hace. Si no entiende el significado de la palabra familia se lo demostraré.

Miré a Lucas sin entender muy bien porqué pronunciaba aquellas palabras. Cuando su mirada se cruzó con la mía noté algo extraño. Lucas bajó los ojos al suelo y luego volvió a alzarlos hasta mi madre.

—No te metas en esto, Lucas, eres un demonio, acabaré contigo si es necesario.

Lucas apretó los labios y meneó la cabeza.

—Por más que sea su madre, si le pone un dedo encima a mi hermana se arrepentirá hasta el momento en que exhale su último suspiro. Se lo juro por la sangre que corre por sus venas, si usa eso en contra de Eliza seré yo mismo quién le haga pagar.

Mi cerebro derrapó. Creí que a causa de la pérdida de sangre y el dolor comenzaba a tener alucinaciones auditivas. ¿Hermana? ¿Hermanos él y yo?

Válgame Dios —gemí dentro de mi cabeza.

—Por eso es que tenemos esta conexión —dijo Lucas dentro de mi cabeza—, por eso es que esta noche, cuando recurrí a Eleazar en busca de ayuda supe perfectamente dónde encontrarte. Tu mente y la mía están conectadas al punto tal que pude ver tus pensamientos y entonces vi esta casa. Le dije a Eleazar dónde podíamos encontrarlos. Es mi padre, Eliza, y también el tuyo. Por eso no morí cuando esos traficantes me golpearon hasta matarme, Eleazar no permitió que yo muriese. Es por eso que yo tenía derecho sobre tu alma y no Vicente. Eleazar siempre quiso que nos conociésemos.

Lo sentí sonreír dentro de mi cabeza.

—Técnicamente soy tu hermano mayor.

En shock pensé en aquellos momentos en los que casi... siquiera logré completar esos pensamientos porque me sentía muy rara e incómoda al tenerlos.

Menos mal que nunca llegamos a... —entonó dentro de mi cabeza.

¡Lucas por favor! —Chillé dentro de la suya—. No es momento para discutir esto.

—Basta de cháchara—. Entrégame a los demás. Esto me aburre y me tienes

aquí perdiendo demasiado tiempo. ¿Dónde están Vicente y Anežka?

—¿No tan rápido! —Mi madre volvió a apuntar a Lucas con el cuchillo—. No creo nada de esto. Son más de tus mentiras de siempre, Eleazar. No sé qué le hiciste creer a este demonio...

—No le hice creer nada, Lucas es mi hijo también.

—No importa quién sea. Si lo es morirá, al igual que los demás, al igual que tú.

—¿De verdad? —se burló mi padre cruzándose de brazos despreocupadamente. En el gesto que hizo, vi algo de Lucas en él y eso me hizo estremecerse, ahora que los veía juntos encontraba cierto parecido entre ambos. De todos modos no estaba segura de desear confiar demasiado en Eleazar. Por desgracia, en la sangre que corría por mis venas sentía una seguridad que hacía que todo lo que yo sentía por Lucas encajase en su sitio perfectamente bien—. ¿Y se puede saber quién será el que se ganó el honor de acabar conmigo? ¿Eres tú Noemí? O será que Miguel se dignará a dar la cara. Sinceramente no creo que venga, Noemí. Me parece que te quedaste sola en esto. Algo me dice que Gabriel es el único aquí que todavía recuerda lo que significa ser un arcángel. Lo admito —se llevó una mano al pecho en un gesto solemne—, es incapaz de mentir o engañar. Tengo la impresión de que siguiendo todas las reglas establecidas, porque así es él —acotó—, nuestro querido Gabrielito le fue con el chisme a alguien, de lo que Miguel planeaba hacer esta noche, y por lo que intuyo, Miguel no recibió el apoyo que esperaba tener, sino ya estaría aquí, amenazándome una vez más—. Mi papá pegó los labios en una sonrisa de suficiencia, y así, de brazos cruzados se quedó en silencio esperando.

Pasaron un par de segundos en los que nadie habló ni se movió.

Mi padre se descruzó de brazos y miró la hora en su reloj.

—¿Crees que tarde mucho más? —Le preguntó a mi madre—. Tengo un desayuno a las siete y media, y odiaría llegar tarde.

Mi madre retrocedió medio titubeante paso. Lucas se mantuvo en su sitio.

—¡Traigan a esos dos ahora!—ordenó mi madre con un grito agudo.

De dentro de la casa sacaron a los empujones a Vicente y a Anežka. Secundados por los Nefilim que hasta entonces habían estado pululando por los alrededores, los trajeron hasta el centro del círculo.

Al instante mis ojos y los de Vicente se unieron.

—Muy bien, ahora déjalos partir y nadie saldrá herido.

—Nada de eso, Eleazar. Acabaremos con lo que empezados.

—Es que todavía no entiendes que eso ya no existe. Están solos... Morirán solos... Morirán de mi mano, todos ustedes—. Sonrió—. Los veré en el Infierno.

—Prepárense—. Gritó mi madre en una clara orden de la que ella también se hizo eco al lanzarse a mi lado, con la daga lista.

—Noemí, si haces que pierda una gota más de sangre... —masculló mi padre destilando odio por los ojos. Pese al tono de su voz y a sus palabras, no logró amedrentar a mi madre, de un empujón que me propinó en el cuello con su mano, me tiró otra vez contra la tierra, la punta de la daga fue a posarse directo sobre mi corazón. Sentí que los demás Nefilim también se removían, iban a matar a Vicente y a Anežka también.

—Noemí... no lo hagas—. Articuló mi padre con los dientes apretados.

—Si das un solo paso más... —lo amenazó mi madre.

—¡Suelta la daga! —Exclamó la voz que faltaba, la de Gabriel—. Si se detienen ahora tal vez podamos remediar lo que ha sucedido. Eleazar dice la verdad, ya no cuentan con el apoyo de Miguel, y de hecho Miguel se encuentra en muchos problemas, deberá dar muchas explicaciones por todo lo que ha hecho a lo largo de todos estos años. Ha provocado un desaguado que ni él es capaz de resolver. Nos ha metido a todos en esta locura. Pare ahora y quizá todavía estemos a tiempo de remediarlo. Es su hija, no lo haga. Se arrepentirá si lo hace.

A pesar de que mi madre me tenía agarrada por el cuello, giré un poco la cabeza, lo suficiente para poder ver a Gabriel parado a escasa distancia de mi padre con sus alas bellamente desplegadas en el aire nocturno.

El pulso comenzó a latir con fuerza en mis oídos.

—No lo haga... suéltela—. Giré la cabeza otra vez en dirección a mi madre y entonces lo vi en sus ojos, iba a hacerlo. Desde que lo pensé hasta que sucedió pasó una ínfima fracción de segundo que se sintió eterna. Mi madre alzó el puño en el que tenía sujeta la daga para tomar envión y así, sin más, sin piedad se abalanzó sobre mí.

Varias personas gritaron ¡No!, todas a la vez.

Esperé que el dolor llegara, incluso comencé a imaginar cómo sería morir y si sufriría eternamente en el infierno.

El mundo se detuvo, vi en un flash toda mi vida. Mi décimo cumpleaños, el día en que Cristian me propuso casamiento, la noche de navidad en que Vicente me obligó a apuñalarlo en el estómago para demostrarme que no era humano, el día en que me dejó, la primera vez que volví a verlo cuando regresó,

nuestro casamiento, la última vez que hicimos el amor en Praga. Su última mirada unos minutos atrás. Cerré los ojos y esperé, alejando de mí el miedo.

Se hizo silencio. El silencio más puro y tranquilo que yo hubiese tenido oportunidad de sentir jamás. Sentí como si levitase sobre la tierra, flotando ingravida en una agradable nube tibia perfumada con el aroma de las azucenas... las azucenas de Gabriel Arcángel.

Algo chocó contra mi lado izquierdo duramente. Chocó contra mí y me levantó en volandas alejando del griterío y del estruendo.

Abrí los ojos vi Vicente y a mi madre forcejeando por la daga. Luchaban, a mis ojos, casi en cámara lenta.

Helada vi cómo mi padre, alzando sus brazos, convertía en llamas vivientes a cada uno de los Nefilim.

Era una imagen dantesca, horrorosa.

—¡Suéltela! —Le dijo Vicente a mi madre manteniéndose firme sobre el puño de la daga pero sin arremeter contra mi madre— Le juro que no le haré daño.

Nadie la tocará. Usted es su madre.

Por detrás de ellos Gabriel estaba agachado sobre Anežka. Al instante temí que estuviese herida.

Vicente soltó la daga y retrocedió dos pasos con los brazos en alto.

—Vamos, Noemí, Eliza no desea verla morir. Acabemos con esto ahora mismo, suelte la daga. Se ha terminado. Está sola... no la vale la pena continuar con esto.

Sin soltarme, Lucas bajó mis pies al suelo.

Mi padre bajó sus brazos y contempló la escena.

—No empeore las cosas, Noemí. Nadie hará nada contra usted si...

El “si” de Vicente quedó suspendido en el aire mientras mi madre se lanzaba contra su pecho con la daga por delante. El sonido que el acero emitió al colarse por las costillas de Vicente directo a su corazón desgarró mi alma en dos, dejó mi mente en blanco y paralizó los latidos de mi corazón.

—¡No! ¡Nooooo!

Vicente se desplomó allí mismo.

Haciendo oídos sordos del dolor y la debilidad me desembaracé de las manos de Lucas y me lancé sobre él.

—Craso error, Noemí —gritó mi padre.

Lo escuché saltar sobre ella y a mi madre gritar, pero yo no tenía más, oídos, mente o corazón que para ocuparme de él.

44. Eternamente.

—¡Vicente! —El dolor de mi abdomen amenazó con hacerme perder la consciencia. Una punzada de dolor atravesó mi cuerpo desde el frente hasta la columna cuando inclinada hacia adelante, recogí a Vicente entre mis brazos. Sangraba por el pecho. La sangre que brotaba de su corazón esforzándose por continuar irrigando los órganos vitales se escapaba entre los dedos de mi mano izquierda—. Vicente mírame, abre los ojos —la voz me tembló; él tosió y se estremeció. Despegó los párpados y me miró—. Shh... tranquilo, estarás bien. Concéntrate en mí, no me dejes.

Lentamente subió su mano hasta mi rostro y me acarició la mejilla.

—Te amaré eternamente —dijo con un resto de voz sin fuerza.

—Claro que sí —le sonreí —yo también te querré por siempre. Viviremos juntos...

Vicente siguió el rastro de las lágrimas que corrían por mi rostro hasta mis labios y tapó mi boca con sus dedos.

—Se feliz por mí.

Entré en pánico, estaba despidiéndose.

—¡No! ¡¿Me oyes?! No, Vicente, no permitiré que te vayas a ninguna parte. ¡Vicente!

—Casi mueres por salvar a Lucas. No permitiré que te arriesgues por mí. He vivido lo suficiente, tú aún tienes toda la vida por delante.

Aterrorizada comprobé que las manos se le enfriaban y que la sangre salía a borbotones cada vez más lentos y menos caudalosos.

—Qué sentido tendría vivir sin ti... ya no puedo vivir sin ti—. Desesperada intenté aferrarme a su mirada. Todavía continuaba sorprendiéndome lo bello y profundo de sus ojos grises coronados por delicadas pestañas cobrizas... el arco de su nariz, sus labios, la línea de sus cejas. Posé mi mano sobre la suya —. Tú solo relájate y déjame hacer...

—No—. Soltó con determinación y luego tosió.

Su mano estaba helada.

Sentí a mi padre llegar por mi izquierda.

—Eliza.

—No voy a dejarlo partir.

—Se ha ido ya.

Mi corazón se detuvo, giré la cabeza y vi los ojos de Vicente cerrado.

Escuché a Lucas soltar una exclamación ahogada.

—¡No! ¡No! ¡No, Vicente! —Lo sacudí—. No puedes hacerme esto. No puedes dejarme aquí sola—. Ya no podía contener el mar de lágrimas que se escapaba de mí—. Sí crees que voy a dejarte ir estás muy equivocado.

Lo bajé al suelo. Rasgué de un tirón su camisa dejando así, la herida al descubierto.

—Eliza, no lo hagas, morirás, es demasiado tarde y su herida demasiado seria.

—No lo entiendes Gabriel, él es todo para mí. Si se muere moriré con él —le contesté posando ambas manos sobre la herida para empezar a atraer hacia mí, las fuerzas que lo curarían, que me lo devolverían sano y salvo.

Gabriel cayó de rodillas a mi lado.

—Tal vez fuese su momento—. Posó su mano derecha sobre mi antebrazo derecho e hizo el ademán de apartarme del cuerpo de Vicente.

—Ni te atrevas a intentarlo. O estás conmigo, o estás contra mí, Gabriel.

—Eliza, por favor...

—Ayúdame —berreé desesperada sin lograr concentrarme—. Por lo que más quieras ayúdame. No puedo perderlo. ¡Por favor, ayúdenme! —Giré la cabeza —. ¡Papá!

Eleazar bajó la cabeza lentamente.

—Gabriel tiene razón, fue herido de muerte, no hay nada que hacer.

—¡No, eso no es cierto! —Volví la cabeza al frente y cerré los ojos. Apretando los párpados con fuerza me concentré en el amor que sentía por él, mis brazos se calentaron y mis pies y luego mis piernas comenzaron a enfriarse. Lo que experimenté fue como si por mis brazos saliese de mí hacia su cuerpo, toda mi energía. Las fuerzas fluían hacia él, descargándose en su cuerpo.

La piel de su pecho, debajo de mis manos comenzó a cobrar temperatura.

Las piernas se me durmieron y me dio un calambre en el estómago. Le estaba entregando todo de mí y aun así no parecía suficiente. Maldije a Gabriel y a Eleazar por tener la razón. Mis fuerzas no eran suficientes para traerlo a la vida... pero al menos... al menos me iría con él. Después de todo, tal vez si fuésemos a terminar la eternidad juntos.

El frío subió desde mi abdomen hasta mi pecho, mi corazón se detuvo, también mis pulmones.

Me mareé, pocos de mis pensamientos sobrevivieron a la negrura que se extendió por mi cerebro avanzando desde la raíz de mi nuca. Fue como si poco a poco, cayese un pesado y oscuro telón.

El frío bajó desde mis codos hasta mis brazos y sentí mi consciencia

deslizarse por mis músculos igual que si yo estuviese abandonando mi cuerpo por un interminable tobogán por el que bajaba lentamente, muy lentamente. Apartándome del mundo, de lo material.

Me deslizaba por mis dedos cuando sentí un cosquilleo suave pero al mismo tiempo firme, cubrir mis manos.

Fue como si alguien le subiese la llama al fuego de mi existencia, insuflando una nueva presión de gas. Un quemador al que alguien había conectado una nueva fuente de energía.

—Aquí estoy...

La voz de Gabriel hizo eco en aquel lugar inmenso e infinito en el que me encontraba.

—No te dejaré morir... y tampoco a él... Si es lo que tú quieres.

—Sí—. Le respondí con algo que no fue mi voz—. No podría vivir sin él.

—Sé qué crees que no lo comprendo pero no es así. No puedo permitir que mueras porque yo tampoco concibo este mundo sin ti en él. Si debe vivir para que tú vivas también... pues que así sea.

—Gabriel—. Su nombre hizo eco en el azul profundo que nos rodeaba.

—Puedo traerlos otra vez a la vida... a los dos...

—Gracias—. Ahora sí fue mi voz la que se extendió en todas las dimensiones del espacio.

Sentí mis antebrazos otra vez, el calor y mi espíritu volviendo a ellos. Subí por el ángulo de mis codos, trepé por los brazos, los hombros y me esparcí por mi pecho igual que las olas del mar que cubre una playa, avanzando primero con timidez, luego con brío.

Mi corazón dio un primer latido, luego otro y otro.

De a poco mi cerebro fue saliendo de la niebla a medida que mis pulmones se ensanchaban, sentí mis piernas y los dedos de mis pies fríos dentro del calzado. El dolor en mi abdomen había desaparecido.

Una energía clara, plateada y pura chisporroteaba por todo mi cuerpo, pero donde más la sentía, era a nivel piel, sobre todo en mi mano izquierda la cual hacía contacto con una vibración palpitante y tibia.

Sentí cierta incomodidad y frío del lado derecho de mi cuerpo y, a medida que fui capaz de pensar, reconocí aquello por estar tumbada sobre la tierra húmeda y fría, de ese lado. Mi lado izquierdo en cambio, reposaba agradablemente sobre la tibieza de otro cuerpo, de un cuerpo que olía del modo más maravilloso.

Sentí mis parpados y al verme capaz de moverlos, los despegué lentamente.

Mi rostro estaba a pocos centímetros del suyo, mi mano sobre su pecho. Vicente giró la cabeza.

Me llenó de regocijo ver que los colores habían vuelto a su rostro, ver que solamente tenía ojos para mí, y que su sonrisa estaba feliz de encontrarse otra vez conmigo.

—Jamás haces caso a nada de lo que te digo —me regañó con la voz quebrada. Era un regaño ligero y sin demasiados fundamentos, sus ojos y sus labios todavía me sonreían.

—Y tú, todavía después de tanto tiempo, todavía insistes en querer abandonarme—. Lo estreché con mi brazo izquierdo apretándome a su lado—. Si es que somos el uno para el otro. Simplemente no podemos estar separados—. Le sonreí—. Donde sea pero juntos, Vicente, eternamente juntos.

—Te amo.

—Te amo y siempre te amaré.

Sus brazos me rodearon.

Así, sobre la tierra fría, con la luna y las estrellas de testigo, nos besamos.

Fue el beso más increíble, el más perfecto de todos, uno de esos besos que te elevan al cielo y al mismo tiempo te llevan al corazón de la tierra. Nos besamos hasta que de nosotros saltaron chispas, hasta que sentimos que nuestros labios se fundían, hasta que creí que perdería la cabeza, que me perdería en él y él en mí, hasta que todo desapareció.

Epílogo.

Mi madre murió esa noche en Francia.

Su ausencia dejó un gran vacío en mí, uno que jamás se llenará, sin importar lo que suceda. Desde entonces no he parado de pensar en cuan distintas hubiesen podido ser las cosas entre nosotras dos. Me hubiese encantado que compartiese conmigo su vida de verdad, me hubiese encantado poder compartir mi vida con ella.

Sé que podríamos haber sido felices juntas, pese a nuestras diferencias, porque al fin y al cabo, lo que teníamos en común era mucho mayor, más transcendental. Ese lazo habría podido contra todo lo demás. Es una pena reconocer que ella jamás pudo recomponerse de lo sucedido con mi padre, sobre todo del hecho de haberse enamorado de él, y de que muy probablemente Eleazar continuase siendo el amor de su vida. Me angustia

pensar que fue infeliz por no permitirse ver más allá de aquello que le enseñaron, de lo que se suponía un descendiente de arcángel Miguel debería ser. Fue víctima de un destino que le impusieron y del cual no pudo ni supo escapar.

Lo que pudo ser y no fue... lo que debió ser...

Mucho ha pasado en mi vida desde aquella noche sin embargo los recuerdos continúan intactos e imagino que así será por mucho tiempo, primero y principal porque me niego a olvidar de dónde vine y quién soy, y segundo, porque esa es mi vida ahora, ese es el mundo real para mí: ni más complicado ni más sencillo de lo que es para el resto de los mortales, sino simplemente distinto, un mundo en que ángeles y demonios no se encuentran separados por una clara línea divisoria, sino más bien dentro de un mundo de grises de infinitas tonalidades, porque dentro de todos nosotros mora tanto el mal como el bien y en nuestras acción es diarias, sale a relucir la fuerza que palpita dentro de nosotros con más ímpetu.

Tan poco claro está el límite que divide lo blanco de lo negro, que hoy por hoy existen en este mundo más de un demonio con algo de ángel y más de un ángel caído. Y eso no se debe solamente a herencias sanguíneas, el amor nos empuja a todos a cambiar, tal vez más de lo que hubiésemos elegido.

Cambiar más de lo imaginado puede ser un gran regalo.

—Tengo que irme ya—. Dijo Gabriel luego de sentarse a mi lado en la silla vacía. Dejó su copa de champagne sobre la mesa.

—¿Tan temprano? —Apunte con la cabeza en dirección a la pista de baile montada sobre el césped de la casa que volvía a ser nuestro hogar—. El baile recién empieza.

—El baile no es lo mío, creo que tengo dos pies izquierdos —me contestó sonriendo.

Reí con él; sabía que no estaba de humor para fiestas, menos para ésta fiesta, la de mi primer aniversario de bodas; aun así había asistido. No podía más que agradecerle eso, y el hecho de continuar aquí conmigo a pesar de todo. Lo cierto es que yo tampoco estaba de ánimo para esto, Vicente había sido el de la idea de reunir a toda la familia; para mí hubiese sido suficiente con una cena íntima, sin embargo concordaba con él en la idea de aprovechar el momento para agradecerles a todos por estar ahí con nosotros, tanto en las buenas cuanto en las malas.

—Bueno, por esta vez te lo dejaré pasar, pero me debes un baile —lo apunté con mi copa agua—, tenlo pendiente.

—Claro, te lo debo, no me olvidaré.

—Más te vale.

Música de jazz comenzó a sonar. Vi que Lucas arrastraba a Anežka hasta la pista, ya bailando. Mi medio hermano se movía igual que si no tuviese huesos en el cuerpo. A Anežka se le pusieron las orejas y el rostro colorados de la vergüenza.

Julián les silbó burlándose de ellos, Petra lo hizo parar dándole un tirón de orejas (en la sonrisa de ésta última ya no quedaba ni rastro de la fea cicatriz). Leandro aplaudió y Gaspar y Diogo se carcajearon sin parar de balancearse al ritmo de la voz de Louis Armstrong y su tema “*Whe you’re smiling*” uno de mis preferidos por aquellos días, adoptado de Vicente, después de su resucitada pasión por la música.

—Entonces... cuánto tiempo estarás fuera.

—Un par de semanas —me contestó apartando la vista de Lucas y Anežka quienes bailaban muy juntos, para mirarme a mí a la cara—. Qué tal le sientan a Lucas los cambios.

—Muy bien —volví a sonreír pase a que el gesto se me había aguado antes porque sabía que esta era una suerte de despedida—. Está fascinado con volver a tener la capacidad de dormir, creo que a todos nos sienta bien eso. No deja de agradecerse a mi parte angélica. Cómo sea, todos lo estamos disfrutando. Nos hace sentir un poco más normales, más humanos.

Gabriel me lo había explicado, que la herencia de Miguel en mí, había cobrado nuevas fuerzas la noche en que descubrí que era capaz de hacer cosas que solamente los ángeles pueden hacer; le transmití eso y muchas cosas más a Lucas y a Vicente al traerlos de la muerte. Eso sin contar lo que Gabriel me pasó a mí cuando me ayudó a traer a Vicente de vuelta. En resumen, ahora todos nosotros no solamente compartíamos un lazo familiar y de amistad sino una condición que nos hacía únicos. Una mezcla entre ángeles y demonios. Muchas, muchas cosas eran diferentes para nosotros desde entonces, no solamente el hecho de poder dormir, tal cual pueden hacer los ángeles, ahora los cuatro teníamos poderes que solamente les son concedidos a los ángeles.

—Antes de que te vayas...

—¿Sí?

—Bueno... Vicente todavía no lo sabe, pero como no pensaba contárselo hasta más tarde, cuando estuviésemos solos...

Una sonrisa todavía más grande se desplegó en el rostro de Gabriel.

No sé si lo adivinó o qué, pero bajó la vista hasta mi vientre con sus ojos

brillando.

—Parece que al igual que todos los ángeles, también puedo...

—¿Serás madre?

—Así parece —le contesté sintiendo que estallaría de la emoción y de la felicidad—. Desde esta mañana estoy que no quepo en mí de la felicidad... y también del pánico. Me muero del miedo, no creí que nada semejante fuese a suceder. Es lo más maravilloso que me ha pasado jamás y siquiera sé si me lo merezco. Digo... después de todo lo que pasó tengo la sensación de que no debería sentirme así de feliz.

—Espero que no lo digas en serio—. Me estrechó en un gran abrazo que no me dio solamente con sus brazos, sino también con sus alas—. Felicidades. Claro que te lo mereces, sé que serás muy buena madre. Los dos serán muy buenos padres. Nacerá dentro de un seno familiar único, ese niño o esa niña tendrá muchos tíos y tías que lo amarán mucho.

—¿Sí? No sé si nada de esto es correcto. No puedo dejar de pensar en qué será... tengo tanto miedo...

—Será un niño feliz, sano... un niño cómo cualquier otro. Será lo que él decida ser a pesar de la sangre que corre por sus venas, al igual que cualquier otra persona—. Gabriel se alejó un poco y como bendición, me dio un beso en la frente—. Saluda al padre de mi parte.

Se me llenaron los ojos de lágrimas de felicidad.

—Te llamaré en un par de días para ver cómo estás, ¿sí?

—Sí, gracias.

Gabriel se levantó de su silla.

—Vamos a extrañarte por aquí.

—No te preocupes, volveremos a vernos.

—¿Lo juras?

—Lo juro, además ahora voy a ser tío—. Rió—. No me perdería de eso por nada del mundo.

Alguien tocó mi espalda. Giré la cabeza y vi a Vicente. Me puse de pie.

—¿Ya vieron a esos dos? —nos preguntó sonriente apuntando con su copa a Lucas y a Anežka. La segunda pieza acababa de comenzar y ellos continuaban bailando juntos—. Huelo algo ahí.

—Ya lo creo —convino Gabriel.

Los miré, Lucas y Anežka bailaba si parar de reír.

—Por Dios —balbuceé—. Miren cómo se miran.

—Creo que lo que huele Vicente, es amor.

—Sí —entonó Vicente sonriendo. Se volvió hacia mí—. Cómo te ves acompañando a tu hermano al altar.

De los nervios se me escapó una carcajada.

—¿Será para tanto?

No hice más que preguntarlo que Lucas tomó a Anežka por el cuello y comenzó a besarla.

—Ahí tienes tu respuesta —se carcajeó Gabriel.

—¡Por Dios, esos dos va demasiado rápido!

Gabriel rio más fuerte todavía.

—Ok, yo los dejo. Tengo que irme.

—Pero todavía es temprano.

—Sí, lo sé, Vicente, es que me esperan.

Vicente le tendió la mano, cruzaron un fuerte apretón.

—Hasta pronto.

—Hasta pronto—. Le respondió Gabriel—. Eliza —entonó mi nombre realizando una ligera inclinación de cabeza. Dio la media vuelta y se fue. Sus alas brillaban más que nunca por detrás de su espalda.

—Tal parece que de a poco, cada cosa ha encontrado su lugar —me susurró Vicente al oído—. Sinceramente por un momento temí que lo perderíamos todo.

—Yo también lo pensé. Ojalá las cosas hayan cambiado para siempre... que las manipulaciones de mi padre hayan terminado de una buena vez. No es por ser pesimista pero sé que solamente hay un modo de acabar con eso y no es este. Él aún está vivo y mientras lo esté, el mundo será su campo de juego. Lleva una eternidad divirtiéndose a costa de todo el mundo.

—Bueno, al menos ya no se divertirá más a costa nuestra. No sé por qué, tengo la impresión de que pasará mucho tiempo hasta que volvamos a saber de él.

Por suerte los dos habíamos podido abandonar nuestros lugares en Las doce Sillas y nadie rechistó porque lo hiciésemos, supongo que en verdad nadie nos quería allí, siquiera mi padre, y puede que suene extraño que lo diga, creo que Eleazar no es el mismo desde la noche en que mi madre murió.

—Espero que nos den algo de paz, vamos a necesitarla.

Vicente me miró extrañado.

—¿Y eso porque?

—Bueno, pese a todo creo que no vas a poder dormir demasiado en los próximos meses.

Vicente balbuceó un “qué” apenas audible.

—Vas a ser papá.

Vicente me sonrió, luego se puso pálido.

—Feliz aniversario —le deseé.

Con un gesto todavía menos recatado que el de Lucas, me tomó en sus brazos y me besó del modo en que solamente él podía hacerlo. Nuestros besos eran únicos y continuarían siéndolo por toda la eternidad.

*Todo lo que se hace por amor,
se hace más allá del bien y del mal.*

Friedrich Nietzsche

Table of Contents

- [1. Praga.](#)
- [2. Uno de los nuestros.](#)
- [3. Cruz.](#)
- [4. Luna menguante.](#)
- [5. Raíces y alas.](#)
- [6. Días oscuros.](#)
- [7. Los pecados del padre.](#)
- [8. El discípulo impaciente.](#)
- [9. Herida fresca.](#)
- [10. Ángeles de fuego.](#)
- [11. Los caídos.](#)
- [12. Amor y caos.](#)
- [13. Heridos.](#)
- [14. Halo.](#)
- [15. Baby you're the world to me.](#)
- [16. Después de la oscuridad.](#)
- [17. La debilidad de la carne.](#)
- [18. Cómo ser un ángel.](#)
- [19. Inserción.](#)
- [20. Opus angelorum.](#)
- [21. Cómo mantener el Infierno lleno.](#)
- [22. Todo se transforma en nada.](#)
- [23. Condenados.](#)
- [24. Revelaciones.](#)
- [25. Qué salvarías.](#)
- [26. El reino de las almas perdidas.](#)
- [27. El destino y la necesidad.](#)
- [28. Presas y cazadores.](#)
- [29. De profundis.](#)
- [30. Inferi Dii.](#)
- [31. A las puertas del averno.](#)
- [32. Ríos de fuego.](#)
- [33. Agujeros en el cielo.](#)

- [34. Amores que matan.](#)
- [35. Insidia.](#)
- [36. Certezas y dudas.](#)
- [37. Desastre natural.](#)
- [38. Luz dorada.](#)
- [39. Alas.](#)
- [40. Las cosas que hacemos por amor.](#)
- [41. El valle de los ángeles.](#)
- [42. Nueva raza.](#)
- [43. Dies iraes.](#)
- [44. Eternamente.](#)